
UC-NRLF
B 2 898 343

NOTICIAS HISTORIALES

DE

LAS CONQUISTAS

DE

TIERRA FIRME



EN LAS

INDIAS OCCIDENTALES

POR FR. PEDRO SIMON

DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO DEL NUEVO REINO DE GRANADA

SEGUNDA PARTE

PUBLÍCASE POR VEZ PRIMERA, SOBRE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
Y CON INTERVENCIÓN Y AUXILIO DEL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

BOGOTA
CASA EDITORIAL DE MEDARDO RIVAS
1891

PRIMERA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

CONTENIDO: 1.º Sale Rodrigo de Bastidas de Cádiz en demanda de estas Indias Occidentales—Llega á ellas, y da vista á las costas de Santa Marta—2.º Prosigue su viaje costeando el mar hasta el puerto del Retrete, desde donde tomó la vuelta á Santo Domingo, y de allí á España—3.º Dale el Rey el Gobierno al Capitán Alonso de Ojeda la tierra que hay desde el cabo de la Vela hasta el río del Darién.

EL cabo de la Vela que puso fin á la parte que le cupo tratar á nuestro primer tomo, por la costa y frente de la Tierra Firme que moja el mar salado del Norte, da principio á esta segunda parte. Comenzando su historia desde allí hasta llegar al Río Grande de la Magdalena, ochenta leguas al poniente, que es el término á que se extiende la Gobernación de Santa Marta por esta costa con lo que le toca la tierra adentro, y así sólo se ocupa esta nuestra segunda parte en esta Gobernación, y en lo que desde ella se fué conquistando al sur, por la tierra firme y el gran río de la Magdalena, que fueron estas anchísimas tierras de este Nuevo Reino de Granada, que tuvo sus primeros pasos en esta Gobernación de Santa Marta, como lo irá diciendo la historia.

1.º A esta costa el primer castellano que le dió vista fué Rodrigo de Bastidas, vecino de Triana en Sevilla, hombre de buena fama, sangre, calidad y estima; el cual, llevado de la fama de que ya se iba llenando el mundo de las gruesas riquezas que se iban descubriendo en las Indias Occidentales, intentó hacer viaje á ellas, y procurando y habiendo ya alcanzado licencia para ello, empleó su caudal en armar dos navíos ó carabelas, y puesto todo á pique para

el viaje de la bahía de Cádiz, desde donde á la sazón se despachaban todos los navíos para estas partes, con alguna buena gente de mar y guerra, con quien hizo compañía para el viaje, y siendo Capitán de todos, se dió á la vela, á los primeros de Enero del año de mil quinientos y uno. Y trayendo por piloto á Juan de la Cosa, vizcaíno diestro en el arte, y en especial de los rumbos de aquella carrera, por haber hecho ya en ella todos los viajes que el Almirante cuando descubrió la tierra firme, con buenos sucesos en pocos días; le dieron vista á la parte de Maracapana, desde donde tomando la costa en la mano y guiando al poniente, saltando en tierra en las más de las playas y puertos donde salían innumerables naturales á rescatar oro y perlas por las bujerías que los navegantes llevaban de Castilla, que era el cebo que les hizo salir de ella. Llegaron á la Punta de Coquibocoa, ó golfo de Venezuela, y al cabo de la Vela, hasta donde algún tiempo antes había descubierto el Capitán Alonso de Ojeda y desde donde se había vuelto, sin costear más al poniente, á la isla de Santo Domingo, la cual costa fué prosiguiendo Bastidas ahora hasta llegar y dar fondo á la Provincia y puerto de Gaira, que es una legua más al poniente de donde está poblada la ciudad de Santa Marta. Habiendo también saltado en tierra, desde el cabo de la Vela hasta este puerto en todos los que había, y playas de aquellas costas y tierras de los indios Goajiros y de lo que hoy se llama el Río de la Hacha, la Ramada y costas de Gaira, por Santa Marta, donde iba rescatando ó trocando con los indios oro, perlas, telas de algodón y otras cosas de la tierra. Sin dar en todo este viaje enojo ni asediar á ningún indio.

2.º Surgió de este puerto, y prosiguiendo la costa en la mano al mismo rumbo del occidente, á pocas leguas encontró con las aguas dulces del Río Grande de la Magdalena que le pusieron en peligro los embates que traen con ellas las del mar. Lo que no pudieron excusar estos navegantes por entrar las aguas de este gran río cinco y seis leguas la mar adentro, y ellos por ser pequeños sus navíos, irse siempre llegando á tierra, y entonces se tiene por cierto que pusieron á este río el de la Magdalena, porque por ventura le dieron vista, y entraron en sus aguas el mes de Marzo y el jueves antes de la Semana Santa, cuando la Iglesia celebra la conversión de la Magdalena: costumbre bien usada en esta tierra entre los españoles, poner nombres á las cosas de estas Indias de los días en que se descubren, ó de otro suceso, el primero que se ofrece luégo en descubriéndolas. No se ignora ser opinión de otros, en especial de Herrera, haber sido descubierto, y puesto nombre á este gran río por García de Lerma, cuando vino por Gobernador de Santa Marta, de quien después se trata; pero no contradice á la otra opinión, pues pudo ser haberlo descubierto por más arriba de sus bocas en alguna entrada de las que hizo conquistando la tierra adentro. Desde la ciudad de Santa Marta pasó Bastidas adelante, y del puerto

de Urabá al del Retrete, que fue el del Nombre de Dios, desde donde tomó la vuelta para la isla de Santo Domingo: y desde allí, después de haber compuesto algunas diferencias que se ofrecieron con Francisco de Bobadilla, Gobernador que era á la sazón de aquella isla, pasó á España con gran caudal de oro, perlas y otros rescates, que no fueron de poca alegría general en toda España, viendo el crecimiento que iban teniendo la fama y riquezas de las Indias. Pocos días después, el Capitán Alonso de Ojeda, haciendo segundo viaje por estas costas, les dió también vista, pasando del cabo de la Vela, á donde sólo en el primer viaje había llegado, hasta donde queda dicho llegó Bastidas; sin saber en todo el discurso del viaje que iba delante de él, no saltó en tierra en esta costa de Santa Marta, ni en otra parte tan de propósito como en la isla de Calamar, que es donde se fundó y permanece la ciudad Cartagena. Llevaba en este viaje Ojeda consigo á Américo Vespusio, como le llevó en el primero, de donde tomó ocasión cautelosamente el Américo de atribuírse á sí el primer descubrimiento de la tierra firme y poner su nombre contra la autoridad de los castellanos, como largamente dice la primera parte de esta lista.

3.º Esta de esta Provincia de Gaira y tierra firme quedó desde este tiempo, por algunos años, sin que nadie la frecuentase, sino era cuando mucho algunos navíos que á la deshilada y con menor cuidado de registros que se tiene ahora, desgaritándose de los puertos de la isla de Santo Domingo, llegaban por allí rescatando, como se sabe luégo de un Juan Guerra y otros, hasta que llegando el año de mil y quinientos y ocho (1508), deseando el Rey se poblasen ciudades en la tierra firme, ya días antes descubierta, y conocida por tál, pareció persona á propósito para dar principio á esto el mismo Capitán Alonso de Ojeda, que á la sazón estaba en la isla de Santo Domingo, si bien su caudal para negocio tan arduo no llegaría á la satisfacción que era menester y se tenía de la persona; lo cual se remedió haciendo compañía con Juan de la Cosa, hombre que de los rescates pasados había allegado y sabido guardar gran número de hacienda, que ofreciéndosela al Ojeda y llevando los poderes, tomó la vuelta de Castilla, y negoció en la Corte por medio del Obispo de Palencia, Juan Rodríguez de Fonseca, que era quien á la sazón despachaba los negocios más graves de las Indias, y muy de la devoción de Ojeda, que se le diera por gobierno toda la tierra que hay por la costa y algunas leguas la tierra adentro, desde el cabo de la Vela hasta el río del Darién: despacháronse los recaudos de esto con algunas condiciones, como fueron que fabricase dos fortalezas en el distrito de su gobierno, de que se le darían las tenencias perpetuas, y que pudiese fletar los navíos que quisiese en la isla Española, y en ellas hacer sus provisiones; y se le diese pasaje franco desde Castilla para doscientos hombres, y desde la isla de Santo Domingo para seiscientos; que por tiempo de diez

diremos en la tercera parte. Se dió á la vela, en la barra de San Lucar, á doce de Abril de este mismo año, aunque les atajó los pasos á pocas leguas un tan terrible vendabal de travesía, que los forzó á arribar, con algunas pérdidas. Tornaron á rehacerse de nuevo, y saliendo otra vez y llegando con buenos sucesos á la isla Dominica, que es una de las que hoy llaman de Barlovento, de quien tanto hemos tratado en nuestra primera parte, donde se rehicieron de agua y leña, dieron vista á la tierra firme, y fondo en el puerto de la Gaira, donde ya los indios, por estar acedos de las ocasiones pasadas, los estaban aguardando con tantos bríos desde que descubrieron los navíos á una vista, que en el puerto se metían, el agua á la cintura, intentando flechar y matar á la gente de ellos, en especial cuando vieron que arrojaron anclas y saltaban algunos á los bateles para salir á tierra, de los cuales mataron á dos con sus envenenadas flechas de la primera rociada, que no puso en poco temor á los nuéstros por entender de aquello los mayores peligros que les amenazaban si pasaran adelante, como sucediera si no mandara Pedro Arias disparar algunos tiros de pólvora, con que todos los indios huyeron, pensando eran rayos y truenos, con lo cual determinó Pedro Arias saltase su gente en tierra y fuesen siguiendo á los bárbaros con intento de castigar la muerte de los dos españoles y quitarles los bríos y avilantez; y para más asegurar y dar ánimo á los soldados, saltó con ellos á tierra el mismo Gobernador, que despachando una buena tropa en alcance de los indios, cautivaron los soldados en el primer pueblo que entraron cerca todos los niños y mujeres que no pudieron huír al paso de los gandules, que viendo la presa que se hacía en su chusma, revolvieron contra los nuéstros con ímpetu de leones, con que se les acabó presto, volviendo tan ligeros como venían, huyendo de las espadas y escopetas, de que se aprovecharon bien en la ocasión los soldados, que divididos en escuadras, entraron á la tierra más adentro, que no les fué de balde, pues rancharon cuanto hallaban, y entre lo demás, fueron algunas joyas de oro y esmeraldas de las que iban en rescate, de nación en nación, desde este Nuevo Reino de Granada, porque en aquella tierra hasta hoy no se han hallado de otras. No les faltaron en el rancheo algunas telas de algodón, que las hace esta gente por extremo delicadas, y muchas vasijas de barro muy pintadas y de varias hechuras. Gastaron en esto algunos días, y habiéndoles hecho los más varios requerimientos de que fuesen cristianos y obedientes al rey de Castilla, y ellos respondido á esto con muchas flechas, tomaron los soldados la vuelta de los navíos, cargados de buen pillaje, donde el Gobernador mandó soltar á muchos de los presos y darles algunas bujerías de Castilla para que no quedasen tan desabridos. Con que se dió á la vela para seguir su derrota, sucediéndoles, al salir del puerto, que cierta ave grande que los castellanos llaman acroto á

anocrátalo, que siempre habita en las aguas, llegando como á visitar la capitana y después á las demás naves, cayó muerta entre ellos, de que algunos tomaron mal presagio, y que lo fué de las muchas desgracias que después sucedieron á Pedro Arias y á los de su gobernación.

CAPITULO III

CONTENIDO: 1.º Toma asiento con el Rey Rodrigo de Bastidas para poblar las tierras desde el Cabo de la Vela á la boca del Río Grande, y dásele título de Gobernador y Adelantado de ellas—2.º Sale de Santo Domingo, al afecto llega á Gaira, en cuya tierra pobló la ciudad de Santa Marta—3.º Hace algunas entradas á la tierra adentro: disgústanse los soldados con él y dánle de puñaladas—4.º A cuya causa y hallarse el señor Gobernador mal dispuesto de las heridas, determinó volverse á Santo Domingo, deja en su lugar al Capitán Palomino y él muere en la isla de Cuba 5.º Muere Palomino, habiendo venido por Gobernador Pedro de Badillo.

1.º ASÍ se estuvieron muchos años estas frentes y costas de Tierra firme desde el cabo de la Vela hasta la boca del Río Grande, sin que nadie acudiese de propósito á ellas fuera de algunos navíos, que picados de los rescates se desgaritaban á la deshilada, de la isla de Santo Domingo, San Juan de Puerto Rico y otras: y aportando á ellas, sólo trataban de acrecentar sus caudales entre los indios, sin que sucediese cosa que nos detenga la historia, porque como caía este pedazo de tierra (por lo que hemos dicho) en el gobierno que se le dió á Ojeda, y él nunca trató de poblar aquí, por haberse entrado en la ensenada de Urabá y haber poblado allí á San Juan de Buenavista, y otras diferencias y disturbios que allí se sucedieron, no se encomendó esta tierra de Santa Marta á nadie, hasta que él murió, ni aun después por algunos días hubo quien se acordara de ella, bien contra el deseo del Rey y su consejo, que era el que se fuesen poblando ciudades de españoles en toda la Tierra firme descubierta, lo cual se fué disponiendo el año de mil quinientos y veintiuno (1521), apeteciendo esta población el Capitán Rodrigo de Bastidas, que fué, como diremos, el primer castellano que dió vista y costeó todas aquellas tierras: este Capitán, habiendo dejado ya del todo las de España y avecinándose en la isla y ciudad de Santo Domingo con bien acrecentados caudales, trató de tomar á su cargo la población de las tierras como lo hizo y asentó, con el Consejo, en quince de Septiembre del año de veintiuno (1521) en que se le dió título de Gobernador y Adelantado de la costa dicha, desde el cabo de la Vela hasta la boca del Río Grande, con las capitulaciones ordinarias, como fueron que fundase luégo un

pueblo que tuviese á lo menos cincuenta vecinos de ellos casados y con sus mujeres y familias; que edificase una fortaleza para el amparo y defensa de la ciudad y españoles, de cuya tenencia se le hizo merced con otras muchas que por ser largas no las ponemos. Dió á Ojeda licencia para que de la isla Española, de la de San Juan de Puerto Rico y de la de Jamaica, sacase la gente y ganados que hubiese menester para las tierras que fuese conquistando y poblando.

2.º La dilación de tiempo que tuvo en aparejar la jornada el Adelantado Bastidas, dió á entender la dificultad con que se hizo, porque como la gente que había de sacar para su conquista había de ser de las tres islas dichas, que entonces estaban bien esquilmadas de ella por haber salido mucha para los descubrimientos de Pirú y Nueva España, que á la sazón andaban haciéndose con mayor fervor; hallábase con dificultad gente á propósito para el intento de Bastidas y así se dilató el ponerlo todo á pique para darse á la vela desde la isla de Santo Domingo, hasta el año de mil quinientos veinticinco (1525), en el cual saliendo de aquella ciudad con tres ó cuatro navíos, atravesó el de Gaira, y surgiendo en el que hoy tiene la ciudad de Santa Marta, comenzó á edificar luégo donde hoy está la ciudad, poniéndole por nombre Santa Marta, no sé si por su devoción ó porque le había puesto, como dejamos dicho, al Río Grande que los años atrás había descubierto el de Magdalena, por estar este sitio no lejos de su boca, y como hermanado al fin. Sea por lo uno ó por lo otro, él la fundó donde hoy permanece, señalándole calles, casas é iglesia con título de la Concepción de Nuestra Señora; nombró cabildo con alcalde de él, y por su teniente á un Pedro de Villafuerte, natural de Ecija, aunque á éste ya le traia nombrado desde antes que se embarcara, y por contador de la jornada nombrado por el Rey, á un Juan de Ledesma.

3.º Trató luégo Bastidas de sentar amistad con los indios de Gaira, los más fronterizos á su ciudad, más valientes y señores de aquella tierra, y que fuesen entrando algunas tropas de sus soldados á la conquista y pacificación, y dejando algunos muchachos españoles entre los indios para que aprendiendo la lengua, sirviesen de intérpretes para la predicación evangélica y trato más fácil con los indios. La primera salida fué á ciertos pueblos puestos entre la ciudad y la provincia de Bondigua, de donde volvieron los soldados con brevedad y buen ranche de oro y otras alhajas ó cosas que ellos quisieron se las repartieran, como lo hiciera el Adelantado, si no atendiera á que primero se pagaran las averías y gastos comunes de la armada que los había traído, de que no quedaron poco desabridos los soldados mal considerados, y entre ellos su teniente, tomando ocasión de aquí, intentó poner en ejecución los deseos que días había le andaban solicitando de introducirle en el gobierno á costa de la vida del Adelantado, y

así, hallándose cierta ocasión en la cama, embistió con él y le dió de puñaladas, haciéndole espalda otros cuatro ó seis de su pelaje, como fueron: un Montalvo, natural de Guadalajara, un Porras de Sevilla, Montesinos de Lebrija, y un Samaniego y Serna, que conjurados para el exceso atroz, pretendieron quitarle la vida, como lo hicieran, si el Adelantado no se arrojara de la cama y ellos pensando quedara muerto no huyeran. Entre los demás soldados que trajo Bastidas fué un Rodrigo Alvarez Palomino, ya baquianc y bien versado en conquistas, pues se había hallado en la de Méjico, el cual, oyendo las voces que dió el Adelantado viéndose herido, acudió á la puerta del aposento y la defendió valerosamente con un montante de los agresores que, sabiendo no era muerto el Gobernador, volvían á matarle, aunque con gran disimulo del Villafuerte, pues entraba á ésta diciendo que había de matar á quien había maltratado al Gobernador, su padre, que así le llamaba, y el Adelantado á él, hijo. No consintió esto el Palomino, antes afeándoles el caso y más á Villafuerte, les dijo tan pesadas palabras, tratándolos de traidores, que el Villafuerte lo vino á desafiar, lo que Palomino no rehusó, pero dijo que lo dejaba para otra ocasión, porque aquélla no era sino de defender á su Gobernador, para que nadie ejecutase la traición comenzada. Fuele forzoso al Villafuerte con esto irse á su casa, á quien muchos de su pelaje y opinión siguieron, quedándose Palomino en la de Bastidas, que habiendo oído lo que había pasado, llamándole de hijo al Palomino, le dió la vara y nombró por su Teniente General y ordenó á todos le obedeciesen como á su persona. De que comenzaron luégo nuevas diferencias, procurando Villafnerte con sus aliados atraer el resto del pueblo: diligencias que le salieron en vano, pues al cabo advirtiendo el mal paso que había cometido, tuvo por mejor retirarse con los que le quisieron seguir; y metiéndose por la serranía con innumerables peligros, en que iba cada hora perdiendo de su gente, fué á dar á Valle d' Upar, sin hallar amparo en algún pueblo de los naturales, aunque iba sembrando fama entre ellos que los españoles eran sus enemigos y gente mala, que sólo pretendían robarles, quitarles sus haciendas, mujeres é hijos.

4.º No le faltaron, á quien tan mala suerte sembraba, castigos, pues en cierta guazabara se halló el Villafuerte con un ojo menos de un macanazo, con que determinó tomar la vuelta del mar, con intento de que si hallaba navío huirse de aquella tierra; pero hallándose defraudado de este intento, volvió la la costa adelante, hasta los indios que después llamaron de la Ramada, donde halló uno de los muchachos españoles que el Gobernador había nombrado sembrar para aprender la lengua, que no fue poca parte para que le diesen algún socorro, desde donde viéndose con pocos de los naturales y muy minorada su gente, determinó volverse á Santa Marta á lo que quisiesen hacer de él, que eso tenía yá por menor mal, el que le iba creciendo al Gobernador de sus heridas,

se obligó á salir de Santa Marta y volverse á Santo Domingo, por probar si mudando de tierra se mejoraría, y también por dar lugar á algunas molestias que tenían con él los soldados; con la cual determinación se embarcó y aportó á Cuba, donde dicen que murió del mal curado. Habiendo quedado en su partida bien acepto el Capitán Palomino en Santa Marta, pues todos le juraron por su Gobernador, cuya causa favorecieron mucho los Capitanes Gonzalo de Vides, Antonio Ponce, Carrión y Carranza, con cuyo favor tomó más fuerza el Palomino, y lo primero en que la empleó fue en prender á Villafuerte y á Porras, como más culpados en la muerte del Adelantado, y remitirles á la Audiencia Real de Santo Domingo, donde pagaron en la horca su pecado. Aquella Real Audiencia, luégo que tuvo nueva de la muerte del Gobernador, proveyó para aquel Gobierno, en el interín á un Pedro de Badillo, que, llevando por su teniente á un Pedro de Heredia, después pobló á Cartagena, como diremos en nuestra tercera parte. Con doscientos soldados en tres navíos se dió á la vela y atravesó á Santa Marta, donde el Palomino, con ayuda de los vecinos que le amaban mucho por ser hombre valiente y generoso, le hizo resistencia á la embarcación, de tal manera que hubo el Badillo de enviar á su teniente Heredia á que tratase con Palomino de medios para que le dejase desembarcar; aunque los intentos de Heredia, dicen, se alargaban á matarle si no podía negociar de otra manera ó suerte, como de hecho lo quiso ejecutar por medio de un Capitán portugués con quien lo trató, llamado Hernán Vaez, á quien ahorcó el Capitán Palomino por haber entendido la traición y aun no sé si hiciera lo mismo en el Heredia si no se volviera á embarcar con brevedad; intentando otro medio por medio de un clérigo, Capellán del Pedro de Badillo, y de un fraile mercenario que estaba en Santa Marta, vinieron á componerse, que gobernasen los dos con igual jurisdicción, lo que no le fue gustoso á la mejor gente de la ciudad y su cabildo, por querer tanto á Palomino y no estar tan seguros del Pedro de Badillo, por no tenerle experimentado, y así despacharon luégo á la Corte, por parte de la ciudad, á Pedro de Espinosa, pidiéndoles subrogasen á Palomino en el Gobierno.

5.° El cual prosiguiendo juntos los dos Gobernadores, trataron de hacer una entrada á la tierra adentro, después de haber hecho otras muchas y con intento, según lo que tenía Palomino, de llegar al mar del Sur (que no sabían aún que distaba dos mil y quinientas leguas); lográronse mal estos intentos del Palomino, pues al pasar cierto río que se descuelga de las Sierras Nevadas, viniendo á la sazón más crecido de lo ordinario, el caballo en que pasaba, por mal nadador, ó por haberlo asido un caimán, lo zabulló dos veces, quedando ambos ahogados á la postrera, de cuyo desastrado suceso se quedó con el nombre del Capitán este río, con que permanece hasta hoy.

CAPÍTULO IV

CONTENIDO—1.° Dale el Rey á García de Lerma el Gobierno de Santa Marta.—2.° Hace García de Lerma algunos asientos con los alemanes Henri Alfinger y Jerónimo Sayller y dale el Rey algunas instrucciones.—3.° Llega el Gobernador Lerma á Santo Domingo, y de allí á su Gobierno, de donde envía á Badillo preso á España.—4.° Hace el Gobernador entrada en algunas provincias, corre la tierra y vuélvese á Santa Marta.

1.° AUNQUE quedó con el suceso de Palomino solo en el Gobierno de Santa Marta Pedro de Badillo, que hizo buenas acciones en las entradas que dispuso la tierra adentro mientras le duró, que no fueron pocos días, pues llegó hasta el año de mil quinientos y veintiocho (1528), no por eso la Real Audiencia de Santo Domingo dejó de hacer demostración de sus sentimientos al Real Consejo, que enojándose, ó por mejor decir, habiéndose quejado antes de que muriera, Rodrigo Alvarez de Palomino, por no haber obedecido simple y llanamente y sin contradicción alguna sus provisiones, y admitido al Pedro de Badillo, á quien se le ordenó en el Consejo que le dejase el Gobierno al Capitán Palomino, como Teniente legítimo del Adelantado Bastidas, y que se castigara con mayor severidad y demostración la osadía que había cometido el Villafuerte y sus aliados. Todo esto pudo el encarecer de Pedro de Espinosa, Procurador de Santa Marta en el Consejo, con grandes ponderaciones los servicios y valor del Rodrigo Alvarez de Palomino, si bien todo vino á no ser de efecto, pues ya por otro respecto, ó ya por la muerte del Palomino, que se supo en el Consejo, se dió el Gobierno de Santa Marta á García de Lerma, concediéndole todas las ventajas, preeminencias y exenciones que se le habían concedido al Gobernador Bastidas y sus pobladores, y se suelen conceder á los que van á semejantes gobiernos, y con las mismas franquezas y mercedes. En esto era ya entrado el año de mil quinientos veintiocho (1528). Dándole también orden que averiguase ciertas infidelidades que se habían tenido en las cuentas reales y castigase el remanente de los rebelados contra Bastidas.

2.° A la sazón que se hacía esta provisión y despachos de García de Lerma, se hacía la de los alemanes Henrique Alfinger y Jerónimo Sayller, factores de los velzares para la Gobernación de Venezuela, que confina con esta de Santa Marta en el cabo de la Vela, por lo cual tomaron ciertos asientos con el García de Lerma, para ayudarse en los gobiernos y conquistas, y darse la mano, si se ofreciera en los términos de ambas Gobernaciones, lo que confirmó el Rey viendo ser conveniente para proseguir los intentos de las paci-

ficaciones en cada una y otra provincia, como dejamos tocado en nuestra primera parte. Demás de las cuales se le dieron otras órdenes particulares á García de Lerma para cosas convenientes al estado de su Gobierno, como fueron que inquiriese con cuidado donde quiera que hallase indios de su Gobierno, que los tuviesen por esclavos, los tornase á sus tierras á costa de los que los poseían, valiéndose para esto de la fuerza de la Audiencia de Santo Domingo, á la cual también se ordenó no consintiese que de alguna parte de islas ó de tierra firme hiciese armada para ir á rescatar á la provincia de Santa Marta. Señalóse por factor del Rey para aquella jornada á Grajeda, y por defensor de los indios de aquella provincia al padre fray Tomás Ortiz, de la orden de Santo Domingo, por ser baquiano y bien experto en las cosas de los indios, por haberlas tratado mucho en la isla Española, donde estuvo primero, y después en la Nueva España, á donde pasó con los primeros frailes de su orden ó religión que pisaron aquellas tierras, de donde por hallarse mal de salud, volvió otra vez á España, en donde estaba á la sazón de esta jornada, en que se determinó viniera con este oficio, encargándole el Rey que pusiese particular cuidado en lo dicho y fuese advirtiendo de lo que le pareciese convenir se proveyese para el buen tratado de ellos, cumunicándose en todo lo que se determinase con los religiosos de nuestra orden, que pasasen en esta ocasión para poblar en la ciudad de Santa Marta, como lo ordenaba el Rey; si bien esto no tuvo efecto por entonces, por no tener el asiento las cosas de la tierra que convenía para fundar de propósito conventos, y así no se fundó hasta el año de noventa y siete (1597), como dejamos dicho; ordenóse también que para que se conservase el hospital de Santa Marta, se le adjudicase la escobilla y relieves de oro, plata y otros metales que se fundiesen en toda la Provincia, y que éstos fuesen propios del hospital y pudiesen arrendar, para acrecentarle la renta, la escribanía mayor de fundiciones. Concertó también García de Lerma con Sebastián Bello Cabrera, portugués, que llevaría cincuenta portugueses bien pertrechados, casados los veinticinco, y con sus mujeres y familias, y de ellos oficiales en toda obra mecánica y labradores con toda suerte de semillas, para entablar más de asiento la población de la tierra.

3.º Dispuesto todo, y los navíos para la embarcación, se dió á la vela García de Lerma, juntamente con los alemanes, que en una de las capitulaciones que entre ellos se hicieron, y llegando á la isla y ciudad de Santo Domingo sin sucesos contrarios el año de mil quinientos veintinueve (1529), despachó de allí al factor Grajeda, á que en su nombre tomase posesión del Gobierno, y cuenta á Pedro Badillo en lo que se le achacaba acerca del fraude de los quinientos reales, y de haber fundido oro, fuera de la fundición real, y, hallándose culpado, lo prendió y trató tan ásperamente, que si no llega tan

pronto el Gobernador García de Lerma, pudiera ser que lo despachara de esta vida, aunque no le duró mucho, pues aunque se portó con él más piadosamente que Grajeda y le despachó preso á Castilla, á vista de ella, en el paraje que llaman Arenas Gordas, dando el navío al través se fué á pique toda la gente y cuanto en él venía. Halló García de Lerma capitanes y soldados en su Gobierno bastante lucidos y baquianos para cualquier acción honrosa, por haber militado con Rodrigo Alvarez Palomino, hombre de ánimo valeroso y de buena disposición en las cosas militares y que parece había hallado gracia entre aquellos naturales para reducirlos á la amistad sin violencia de armas. Estos eran el Capitán Escobar, Juan de Céspedes Cardoso, el Capitán Juan de Sanmarín, Gaspar Gallego y otros que después fueron conquistadores de este Nuevo Reino, como veremos que juntos éstos y otros buenos soldados con otros que el Gobernador traía, como fueron Juan de Lerma, supremo Capitán que vino de la gente de á caballo, y García de Lerma su sobrino y su Teniente de infantería Arbolancha, con los Capitanes Ponce, Benavides, Escobar, Carranza, pudo lucir mucho en las acciones que emprendiera en las conquistas de la tierra adentro, si no le siguieran desgraciadas suertes, y se dejasen gobernar por los baquianos, pues ellos son en estas guerras los de la mayor importancia para los efectos que se desean, porque son los que sacaron en el aprieto al Capitán la barba de vergüenza; los que aconsejan á propósito, rastrean, caminan y no se cansan, cargan lo que se ofrece; velan, sufren el hambre, la sed, el sol, el agua y el sereno; sin achaques; saben ser espías, centinelas perdidos, echar emboscadas, descubrirlas y seguirlas; marchar con cuidado; abrir los caminos; no les pesan las armas ni huyen del trabajo; buscan y conocen sus comidas silvestres; hacen la puente y el rancho; el sayo de armas, la rodela y alpargate; pelean al uso de aquellas guerras, sin que les dé terror y espanto el horrendo y repentino són de los fatutos y voces de la algazara, tristes aullidos y confusos gritos de los indios al primer ímpetu de la guazabara, y lo que no importa menos es que no están tan sujetos á enfermedades y llagas, de chapetonadas, como los bisoños ó chapetones, los cuales aunque sea verdad que como hombres nacidos en España con honradas obligaciones, hagan de su parte cuanto les obliga la vergüenza y que llegados al punto de pelear, tengan también ánimo mejor que los baquianos mientras no lo son, aciertan lo menos y yerran lo más.

4.º Los deseos que tenía el Gobernador Lerma de ensanchar los términos de su Gobierno no lo dejaron sosegar más en la ciudad de lo que fué menester para asentar su casa y dar despacho á negocios pendientes, como el de Badillo y otros, porque luégo trató con algunos de los Capitanes dichos y buen acopio de soldados de dar vista al Bonda, que á la sazón estaba de paz, y visitar las sie-

rras y tomando la vuelta por Buritaca á la parte de la Ramada, por donde no se descuidaba de hacer catear y reconocer todos los rastros de minas de oro, de que no iban allegando poca cantidad, así por este cuidado, como por el que tenían los indios de Bonda y otras Provincias, el acudirles con alguno por estarse todavía en la buena fe y amistad que le habían dado al Capitán Palomino, lo que también fué causa de poder entrar sin contradicción al Valle de Buritaca, y á dar vista á otros dos grandes pueblos llamados Abaringua y Bolingua, que halló despoblados por haberse huído los vecinos, no queriéndole hacer amistad ni resistencia, sin hallar ninguno en el camino; pasó desde aquí á Posiqueica y al valle de Loto, todo bien poblado en aquellos tiempos, por ser buenos países, y de cordilleras altas y frescas, á dos leguas de la mar; retirándose desde allí la vuelta de Santa Marta; todo lo pudo hacer sin resistencias ni inconvenientes por el buen asiento que en todos había dejado Palomino.

CAPÍTULO V

Contenido:—1.º Repártese la tierra de Santa Marta entre los soldados, y vuelven á hacer algunas entradas la tierra adentro — 2.º Envía el Gobernador á Pedro de Lerma á que corra las márgenes del Río Grande y viene por primer Obispo de Santa Marta el Padre Fr. Tomás Ortiz — 3.º Pegan fuego á la nueva ciudad unos negros cimarrones y arrásanla toda —4.º Sale el Gobernador con algunos soldados é indios amigos á castigar á los Posiqueicas y tiene con ellos algunos encuentros.

1.º ASEGURADO el Gobernador Lerma de esta pacificación y buen corazón de los indios para con los nuéstros, determinó darles dueño, repartiendo la tierra entre sus capitanes y soldados, con que pretendió dos cosas: la una, asegurar más á los naturales en la paz con que los hallaba, lo cual se efectuaría por la industria y cuidado de los encomenderos interesados; y la otra, tener los soldados y capitanes más gratos y aficionados, viéndose remunerados en sus trabajos por el provecho de tributos que les irían dando los indios; para lo cual señaló por repartidores al Capitán Juan de Céspedes, á Tribiño y á Pizarro, que eran los más antiguos y baquianos de aquella Provincia, y aunque procuraron igualdad en esta repartición, no fué tal que faltasen quejas de agravios, de desigualdades, y tales que llegando á los oídos del Rey, mandó que se volviese á hacer de nuevo, procurando guardar justicia, y las órdenes que para ello tenía dadas, aunque al cabo se vino á guardar muy poco lo uno y lo otro. Despachó también por entonces algunas tropas la tierra adentro, como fué á la Ramada, á donde envió al Teniente Arbolancha y á su sobri-

no Pedro de Lerma, con los Capitanes Juan de Sanmartín, Gaspar Gallego y Alonso Martín, que habiendo corrido parte de la tierra y pacificádola, volvieron á Santa Marta con alguna cantidad de oro, lo que también le sucedió al mismo Pedro de Lerma en otra salida que hizo al Valle de Tairona, seis ó siete leguas de Santa Marta, con los Capitanes Feria, Muñoz y el mismo Alonso Martín, pues por ser la tierra rica, sin lo que cada soldado trajo escondido, hubieron á las manos en treinta días que se ocuparon en él setenta mil pesos, lo que no le sucedió á otra tropa que entró en el Valle de Mongay, que aunque también de moradores ricos, salieron con las manos en la cabeza, como también le sucedió al mismo Gobernador haciendo entrada á Posiqueica con buena compañía de soldados, que burlándose de los más baquianos que le aconsejaban no tomara más de asiento el estar en aquella Provincia, porque no se acedaran los indios, gente altiva, que más con maña que con fuerzas los tenía algo quietos Palomino, dijo que á pesar de todos los de la Provincia, había de tomar muy á propósito el ranchearse en ella, como lo hizo, haciendo le armasen su cama de campo, con mesa y aparador, que fué ponerles todo esto de asiento por pillaje á los indios, pues al tercero día se descubrió tanta muchedumbre de ellos tan bizarros y de buenos bríos, que aunque los tenían muy gallardos los Capitanes Ponce y Muñoz que se opusieron á la resistencia en diversos puestos, les pareció partido el retirarse ambos, desamparando sus sitios, á más andar, lo que también hizo Berrío, Capitán de la guardia del Gobernador, después de haberle hecho valerosamente rostro, donde recibió una mala herida en una pierna que lo dejó cojo por toda su vida; y viendo el Gobernador que la suya estaba en peligro por la innumerable multitud de bárbaros que iban cargando, le fué forzoso procurar salvarla, y las de sus soldados, dejando vacida cama, sillas y mesa por despojo de los indios, que quedaron tan soberbios y orgullosos, que se pudo temer cualquiera atrevimiento.

2.° Con que no le tenían los nuéstros, algo atemorizados, de salir en toda ocasión si no era bien pertrechados y con buena escolta, como se juntó, para enviar al Gobernador otra vez á Pedro de Lerma al Valle de Upar y Cacari, con orden que corriesen las márgenes del Río Grande arriba; salieron á esto los Capitanes Cardoso, Muñoz, Escobar, Carranza y Gaspar Gallego, los cuales llegando al puesto llamado Lebrija, que ya hoy está despoblado y no hay rastro de él, determinaron por el parecer de los más, no llegar á dar vista al Río Grande, que les demoraba al Poniente, sino volver al Este á la Provincia de la Ramada, donde algunos tenían su repartimiento de indios, y querían visitarlos y sacar algún oro, como sucedió. Ya en estos tiempos había el Rey hecho elección del Padre Fr. Tomás Ortiz por primer Obispo de Santa Marta, con que viendo las nuevas obligaciones en que se hallaba, salió con otra tropa que

despachó el Gobernador adelante de la Ciénega, nueve leguas de Santa Marta la vuelta del Río Grande, cerca de una gran población que entonces había en Posiqueica, donde bajaban muchos indios á rescatar sal y pescado con oro y mantas; iban aquí los Capitanes Muñoz y Escobar con buena tropa de soldados, que no siéndoles posible á los unos y á los otros acabar con los indios, admitiesen la predicación evangélica, ni hacer caso de ella, tomaron algunos esclavos, y la vuelta de Santa Marta, desde donde volviendo á enviar el Gobernador su sobrino á cierta Provincia que llamaban de los Caribes, la vuelta del Río Grande, con otra buena tropa de gente y el mismo Obispo, se unieron los indios con tanto valor en defender su tierra, que aunque los principales escuchaban alguna cosa de lo que se les predicaba, al fin se hubo de venir á las manos y á encenderse una reñida batalla que, quedando muertos gran multitud de indios, lo quedaron también quince castellanos, y otros tantos caballos, y forzados los demás á tomar la vuelta de la ciudad con el Obispo, que con buen espíritu iba á todas aquellas faciones por la buena gracia que tenía en la predicación y versado que estaba en el trato con los indios.

3.º Entre estas desgracias y otras innumerables que cada día le sucedían al Gobernador, no fué la menor la que en este tiempo sucedió en la ciudad, abrasándose toda por haberle pegado fuego ciertos negros cimarrones, que vinieron á eso en secreto desde la Ramada, que fué notable aflicción la que tuvo toda la ciudad; pues de ella escaparon sólo las personas, y apenas algunas armas y caballos; sin quedarles pan, vino, aceite ni otra cosa de comer ni vestir, ni tener parte cierta donde poder ir á buscarlo, por las alteraciones y cuidados con que vivían los indios contra los nuéstros; pero al fin venciendo los temores de los naturales fronterizos, que no faltaban la necesidad y bríos de los españoles, salió el Capitán Juan Céspedes la vuelta de Gaira, donde sacó dos hanegas de maíz, y la vida con la de seis soldados que llevaba, que le pareció no haber hecho poco, por haber hallado los indios puestos en armas y á pique de venir sobre la ciudad, procurando aprovecharse de la ocasión en la desgracia de la quema. Mejor suceso tuvo el Capitán Cardoso, tomando la vuelta de Buritaca, catorce leguas de la ciudad, al rumbo de la Ramada, saliendo con los mismos intentos de buscar comida para los de la ciudad, pues llevando otros seis soldados, tres de á caballo y tres peones, tuvo traza con los buriticaes de que lo socorriesen con buena cantidad de maíz, á que los obligó diciéndoles que les tenía lástima de que los españoles tenían determinado venir á poblar aquel valle de Buritaca por habérseles quemado su ciudad, y que si le socorrían de comidas, él sería parte para estorbar la población. Entretúvose con este socorro de comidas de Cardoso la ciudad afligida, hasta que Dios les mandó otro mayor con un navío que llegó al puerto con mucho cazabe, tasajo y otras vituallas con que

tuvo abundancia de comidas; la cual acrecentaron otros navíos que fueron llegando de lo propio por disposición de los Oidores de Santo Domingo, á quienes llegó con brevedad la nueva del desgraciado suceso.

4.º El que le había sucedido al Gobernador en el desbaraste que había tenido con los Posiqueicas le traía tan afligido é inquieto el pensamiento en los medios que podría tener para recobrar la opinión perdida, que no cesaba de dar trazas para escoger la mejor para el efecto, y pareciéndole la mejor pedirle ayuda al Cacique de Bonda, que tenía su asiento á tres leguas y media de Santa Marta, la puso en efecto, que no le salió mal en cuanto fué esto primero, pues le dió el Cacique efectivo seiscientos flecheros, con los cuales, y otros del Durcino, que era un pueblo que estaba de paz, y los soldados y capitanes que le pareció, tomó la vuelta de los Posiqueicas él en persona, y no atreviéndose á subir á lo alto por el temor con que hallaba á sus soldados Bondas y Durcinos, con que no los pudo hacer subiesen con sólo talar algunas labranzas de los maizales de los Posiqueicas y quemar un pueblecillo su convecino, se acabó esta facción mal satisfecho de sus deseos; y así pasando con ellos adelante, dispuso al punto otra entrada desde la misma ciudad, en que ordenó que los Capitanes Muñoz, Alonso Martín y Feria con trescientos soldados y algunos de los mismos indios Bondas y Durcinos diesen con todo secreto un ataque á los Posiqueicas, abrasándole lo menos sus casas, como lo comenzaron á hacer á buen tiempo, pues fué al cuarto de la alba; pero como la población era muy escondida y de innumerables gentes, cargó sobre la nuéstra de manera que les fué necesario á los Capitanes, recogiendo su gente, de la cual estaba gran parte herida, retirarse á la ciudad, donde murió alguna por el veneno de la yerba, y entre ellos el Capitán Feria; y sanaron otros, como fué el Capitán Escobar y Sanmartín, quedando los Posiqueicas con acrecentados bríos por las acrecentadas victorias que iban teniendo de los nuéstros, con que también se le iban recargando las ocasiones del desabrimiento al Gobernador. Ya en estas ocasiones era mediado el año de mil quinientos y treinta (1530).

CAPITULO VI

CONTENIDO:—1.º Pide socorro el Gobernador al Cacique Bonda contra los indios del valle de Loto; dásela y envía gente á esta facción—2.º Dan vista nuestros soldados á la población de Tamalameque, y hacen amistad con los indios—3.º Viendo el Gobernador Lerma el disgusto con que sus soldados estaban, dispuso hiciesen una entrada, procurando se descubriesen con ella tierras del Pirú—4.º Prosigue este descubrimiento, en que padecieron muchas calamidades, vuélvense á Santa Marta, donde ya era muerto el Gobernador García de Lerma, y en su lugar gobernaba el doctor Infante.—5.º Vuélvese el doctor Infante á Santo Domingo.

1.º NO eran menores los gallardos bríos que de los Posiqueicas los de los indios que habitaban el valle de Loto, que está entre ellos y Santa Marta, para donde ordenó el Gobernador hiciesen otras entradas algunos soldados, porque aunque casi todas les sucedían mal, intentaba muchas, procurando reparar lo pasado con lo presente y porvenir; éstos, entre las demás facciones, hubieron á las manos al Cacique de un buen pueblo llamado Cansequín, que viéndose preso en la ciudad donde lo trajeron, dejó contrato doble, por si lo volvían á su pueblo, daría mucho oro y á las manos con nimo quieto á otros Caciques sus convecinos. Codicioso el Gobernador de lo uno y de lo otro, señaló por cabo de una buena tropa de soldados para esta facción al Capitan Villalobos, con los Capitanes Cardoso y Muñoz; que llevando preso al Cacique y conociendo ya cerca de su pueblo su trato doble por algunas muestras, enviaron por sobresalientes á dos soldados para que rastreasen el estado en que estaban los indios, los cuales, viendo la ocasión en las manos, embistieron á los dos soldados, matando al uno solo, porque el otro se escapó por unos despeñaderos; alborotándose con esto tanto todos los del valle, que en un instante ocuparon todos los pasos, con que con gran dificultad pudieron escapar los nuéstros con la vida, habiéndosela quitado primero en la horca al Cacique Cansequinque y otros sus capitanes; fuéle forzoso al Gobernador, para el castigo de esta desgracia, volver otra vez á pedir socorro al Bonda, que, dándoselo de buena copia de flecheros, y con algunos soldados con el Capitán Pedro de Lerma y Alonso Martín, revolvieron sobre el mismo valle de Loto; disponiendo el embestir de noche, como se ejecutó, yendo el mismo Gobernador con la misma desgraciada fortuna (hablo al modo del vulgo) que siempre había tenido, pues aunque llevaba alguna artillería y muchos y valerosos Capitanes, como eran Céspedes, Villalobos, Cardoso y otros, comenzaron á poner fuego á los pueblos del valle, en que se abrasaron muchas casas y muchos indios en ellas, revolvieron los restantes, que eran innumerables,

sobre los Bondas y nuestros soldados, que haciéndoles retirar los metieron en las antiguas, de ciertos estrechos de la aspereza de la tierra, que sólo el favor del Cielo las pudo librar de ellos, yéndoles picando y recargando los indios sin aflojar un punto la mano hasta que vieron á los nuéstros fuera de sus tierras, quedando briosísimos, viendo las buenas suertes que les ofrecía su buena diligencia. Otra entrada mandó hacer el Gobernador Lerma al valle de Upar para dar aliento á sus soldados con intento que le trajesen demarcada la tierra y los nombres de todos los Caciques, para repartirla en encomiendas á los demás beneméritos. Con que no se pudo hacer entonces por haber hallado en el valle, que es muy gracioso y á la sazón muy lleno de indios, á todos alborotados y quemadas las casas por haber pasado por allí el alemán Ambrosio Alfinger, como dejamos tocado en nuestra primera parte, y hecho aquel estrago.

2.° Esto les obligó á ir trastornando montes y valles á estos soldados y Capitanes, que eran Villalobos, Cardoso (que tenía ya encomienda en el Valle Dupar) y otros, sustentándose de los venados que alanceaban, por haber muchos; hasta que dieron vista á la gran población de Tamalameque, á donde se fueron allegando, hasta ponerse río el medio, y que podían hablar á los indios, los cuales, burlándose de los nuéstros, pensando que si no les daban canoas como se las pedían no podrían pasar el río, les decían que pasaran á nado y serían sus amigos, pretendiendo con esto tirarles al paso y acabar con todos, lo cual entendido por nuestros españoles y cuán de cumplimiento andaban los indios, y que era imposible volver atrás sin mantenimientos, valerosamente se arrojó el Capitan Cardoso con su caballo, que saliendo nadando bien á la otra orilla, les hizo dar canoas para pasar el resto de los soldados, á quien por grado ó por fuerza recibieron bien. En su pueblo les hicieron amistad y dieron algún oro y quejas de cierto Cacique llamado Cicuaza, situado á las márgenes del río de la Magdalena, el cual en cierta guerra de las muchas que de ordinario tenía, había habido á las manos al Cacique Tamalameque, y le tenía sacados los ojos y hecho oprobio y juego de niños de su pueblo, y que si los nuéstros querían favorecerlos en recobrar su Cacique, lo gratificarían con oro y buena y perpetua amistad; no pareciéndoles mal lo uno ni lo otro á los nuéstros, lo aceptaron y tomando en su compañía ciento y cincuenta indios de guerra que les dieron para que los guiara por tierra, fueron los demás por la Laguna en trescientas cincuenta canoas, que era de mucho gusto el verlas cargadas de gente : quedando ésta por agua, y los nuéstros con los demás por tierra ; recobraron al Cacique Tamalameque, y haciendo amistad entre los unos y los otros de sus antiguas guerras, se volvieron á Tamalameque, donde fueron dando muestra los indios de la amistad prometida y aun de la pesada

carga que les eran los nuéstros, no obstante el concierto hecho; y así hicieron otro en modo de estratagema para echar los soldados con buen tiento de su tierra, haciendo que vinieran otros indios de otro pueblo cercano y fingiesen que trayéndoles cierta cantidad de oro se le había tomado la gente de Ambrosio de Alfinger que había pasado ahí cerca, con lo cual salieron nuestros soldados á buscar estos rastros y hallándolos y conociendo eran de muchos días, conocieron también ser embuste de los indios y que les importaba poco andar por aquellas tierras y así se volvieron por el Valle de Upar á Santa Marta por las Ramadas, que era el lindero por entonces de toda la soldadesca de aquella tierra, por haber sido indios pacíficos y de flacos bríos y toda ella tierra de oro, aunque bajo cuanto se halló en estas tierras.

3.º Los muchos bríos con que se hallaban los soldados del Gobernador y que pudieran lucir en todas partes, los traía melancólicos á él y á ellos entre tan desgraciados sucesos, como en toda ocasión tenían; cebaba estos descubrimientos la gruesa y gloriosa fama que se acrecentaba cada día de los nuevos descubrimientos que se iban haciendo en el Pirú, con que viendo los soldados cerradas todas las puertas, al fin deseaban salir de esta tierra á probar nuevas aventuras, porque del Gobernador no era posible sacar licencia, ni había otro camino por donde escaparse. Se arrojaban muchos á nado á vista de algunos navíos que pasaban cerca de la costa para que los recogiesen; pensando el Gobernador cómo reparar estos daños, y otros que de aquí se podían temer y amenazaban, determinó y dispuso se hiciese una entrada á las corrientes arriba del Río Grande, si por ventura por allí se podía dar con las tierras del Pirú. Esto se dispuso y efectuó al fin del año de treinta, enviando por cabo de la gente á un clérigo, y en falta suya por muerte ú otro acontecimiento, le sucediesen los Capitanes Juan de Céspedes, Juan de Sanmartín y por maese de campo á un Quiñones, mestizo; no eran pequeños los bríos con que iban todos los que salieron á esta jornada, donde al cabo de diez ó doce días de una enfermedad que le dió murió el clérigo, quedando en su lugar los dos Capitanes dichos, que llegando á la margen del Río Grande, dieron trazas de hacer balsas en que pasar á la banda del Poniente todos los de la jornada, con los caballos, que era buena copia; las cuales se deshicieron acabada de pasar la gente, porque no es pasaje de mayor consistencia, por ser de solos palos cruzados y atados con sogas y bejucos; fueron caminando sin dividirse del río arriba á la parte del Poniente, con innumerables dificultades, por grandes malezas de arabucos, ciénagas, esteros y tremedales, y no fuera esto lo más dificultoso de sufrir si no se fueran amontonando plagas de mosquitos, gusanos, llagas, hinchazones de que se pelaban las personas y caballos, y se les saltaban las uñas: tal era la maleza de la tierra, á que se acrecentaba la falta de comidas, que

acabándoseles las que habían sacado de Santa Marta, no hallaban de qué echar mano en ninguna parte, por no dar lugar la maleza de la tierra á que estuviese poblada de naturales, y así se daban á comer de lo que hallaban: raíces no conocidas, hojas de árboles, cogollos de biao y otras bascosidades, que no eran la menor causa de las enfermedades y muertes que por momentos sobrevenían.

4.º Fueron prosiguiendo con estas calamidades el rumbo de la margen del Río Grande, que lo llevaban por guía, hasta que descubrieron el del Cauca, que fueron los primeros españoles que le dieron vista, sin saber qué río era, y pasando más arriba toparon el río que le pusieron de San Jorge, que entra en Cauca, donde hallaron algunas varias poblaciones, sin socorro suficiente de comidas y mucho menos de oro, con lo cual y que habían gastado hasta allí más de un año desde que salieron de Santa Marta y perdido la mayor parte de la gente y caballos, determinaron no pasar adelante, desgraciada determinación para sus intentos, pues si dieran algunos pasos adelante, dieran vista á las sabanas de Tacapluma, que son bien anchas y escombradas, y en aquellos tiempos bien pobladas de naturales, y desde ellas bien pudiera ser les corriese alguna venturosa suerte, llegando al Senú y sus ricos sepulcros, que le tuvo guardada su ventura á Pedro de Heredia, conquistador y poblador allí á dos ó tres años la ciudad de Cartagena, de donde sacó innumerables riquezas, como veremos en nuestra tercera parte. Al fin desde ésta, que determinaron volverse los Capitanes con la poca gente que les había quedado, volvieron á desandar lo andado con las mismas y mayores dificultades, hasta que llegaron á Santa Marta, después de haber gastado en el viaje quince meses, con trabajos tan innumerables, que á poderse escribir no fueran muy grandes; de que hallaron bien poco alivio, pues á siete leguas de la ciudad supieron cómo el Gobernador García de Lerma era muerto de enfermedad que había tenido en este tiempo, que era ya el año de treinta y uno ó entrado el treinta y dos, y por haber días que había muerto, había ya enviado la Audiencia de Santo Domingo á un Oidor llamado el doctor Infante, que gobernaba por muerte del Lerma: nuevas tan desabridas para los Capitanes Juan de Céspedes y Sanmartín, que á no vencerlos las obligaciones que tenían á buenos soldados de dar cuenta de su jornada, no llegaran á la ciudad; pero al fin esto, y venir rendidos de los innumerables trabajos, les hizo llegar á ella, donde los recibió con buen agasajo el doctor Infante, que viendo el decaimiento con que venían, y el que tenían los soldados de la ciudad, no quiso ocuparse en averiguar culpas, aunque traía autoridad para ello y tomar residencia, sino en entretener los soldados, enviando parte de ellos á la Ramada, y á los Capitanes Céspedes, Cardoso y Sanmartín á los Bondas, que era donde de ordinario recibía la ciudad mayores daños: llegaron estos Capitanes con buena copia de gente cerca de Bonda, á donde subieron con buena parte

de ella, dejando con gran secreto emboscados los caballos; apenas hubieron dado vista los indios á los que iban subiendo, cuando les embistieron con valerosos bríos, y los nuéstros, como si no los tuvieran, les volvieron las espaldas, fingidamente; cebando á los indios en su alcance hasta que llegaron á la emboscada de los caballos, que pudiéndose servir de ellos, se hizo no pequeña matanza, ni se sacó pequeño rancho de oro y otras cosas, con que volvieron victoriosos á Santa Marta, aunque no con ánimos tan quietos que no se inquietase con eso el del doctor Infante, de manera que le fué necesario, por consejo del Capitán Cardoso, dividir la gente unos á la Ramada y otros á otros valles, en uno de los cuales, estando ranchada una tropa de los soldados, uno de ellos, apartándose de los ranchos, fué á coger unas mazorcas de maíz, y comenzándolas á coger, se vino para él un indio no muy corpulento, pero bien fornido y mejor determinado, que le dijo al español que por qué le cogía su maíz, y haciendo y diciendo embistió con el soldado, y comenzó á luchar con él á brazo partido y andaba tan malo el del español que ya le pesaba haberse tomado con el indezuelo, cuyos pies, mirándolos el soldado, halló que eran de gallo, con que quedó más turbado, y dando una gran voz, diciendo ¡Jesús, valedme!, se halló sin indio entre los brazos ni á la redonda, con que cayó medio amortecido, dando algunas voces confusas, pero bastantes á que las oyeran sus compañeros, por estar cerca, que viéndolo algunos y hallándolo así y llevándolo á los ranchos medio muerto, cuando volvió en sí y contó el suceso, juzgaron haber sido el diablo el que luchó con él y por eso le pusieron este nombre al valle y por los muchos aires de que es combatido, aunque después le mejoraron el nombre llamándole de Bartolomé.

5.º Otra tropa de soldados envió el Oidor á los Caribes, donde dijimos fué derrotado Pedro de Lerma, con que quedó seguro de las sospechas de alzamiento que tenía por los disgustos de los soldados el doctor Infante, el cual gobernando aquella tierra hasta el fin del año de treinta y tres (1533) y entrados el de treinta y cuatro (1534), diciendo que se hallaba enfermo, se volvió á su plaza de Oidor á Santo Domingo, aunque dicen que más lo hizo por guardar la autoridad y decoro de Oidor para no aguardar la residencia que le había de tomar el Adelantado de Canaria don Pedro Fernández de Lugo, que ya se sabía en aquella ciudad traía por suyo el Gobierno, y así dejó en su lugar al Capitán Antonio Besos, que fué á quien halló el Adelantado cuando llegó á Santa Marta.

Nota.—(Los nueve capitanes que faltan aquí se hallarán en los cuadernos de la conquista de Santa Marta que tratan de ellas, hasta que don Pedro Fernández de Lugo vino al Gobierno de Santa Marta, de donde ésta comenzó).

CAPÍTULO VII

CONTENIDO:—1.º Modo que se tiene en disponerse para venir á las Indias—2.º El que tuvo don Pedro Fernández de Lugo, Adelantado de Canaria, para venir al Gobierno de Santa Marta.

1.º O BIEN á los principios de los descubrimientos de estas Indias tomó fuerzas la costumbre en los que ya estaban algo experimentados en sus conquistas y cebados con alguna poquilla de ventura que les había corrido de hablar de ellas con tantas ponderaciones y fuerzas de palabras que aboban de tal manera á los hombres y los llenan de tales esperanzas, que sin apartarse de la rueda donde se hablan, se prometen mayores riquezas que las de Marco Craso, Creso y Midas; y ser mayores señores que el Magno Alejandro, lo cual sin excepción hace golpe en toda suerte de hombres, enanos y gigantes, bravos y cobardes, humildes y soberbios, y en toda sangre villana é hidalga prende el veneno de esta yerba; porque como sea natural al hombre desear el descanso aun en esta vida y esté librado (según el parecer del mundo) en tener haciendas y riquezas, naturalmente al hombre le mueven aquellos objetos de donde las puede sacar, y más aquellos de donde más y mejores se le representan, como son las que ponen delante estos platicantes, los cuales levantando de punto lo de por acá, haciendo la nada algo, y lo que es algo mucho, y lo mucho muchísimo, arrancan de cuajo, ya barren de los reinos de España y otras partes á millones los hombres de todas suertes: hacen que deje el labrador su mancera ó esteva, á sus abarcas y antiparas acude, los bueyes, yugos y coyundas, pareciéndole ya todo esto bajeza; no obstante, por la sangre que heredó de sus padres, no pide otras más altas ocupaciones, porque piensa topar todo esto en oro fino y salir de los inmensos trabajos de la labor; no consigue menores esperanzas el oficial pobre, que después de haber reventado todo el día en su oficio, se halla con dos reales á la noche de ganancia en su casa, y no se alimenta menos la hidalga y noble sangre, puesto que de suyo ella lo está, porque si vive con pobreza por no haberle seguido dichosa suerte y próspera ventura, ó porque no heredó de sus padres más que la sangre noble, ya le parece ha de hacer linaje de nuevo y avivar los colores al escudo de sus armas, añadiéndoles nuevos blasones, y que éstos han de ser de barras de oro, en competencia de las de los Reyes de Aragón y otros mil devaneos con que se lisonjean al són de las palabras del charlatán. Si tiene una razonable pasada ventura y con qué sustentar la honra que sus padres le dejaron, se alienta á más altas empresas, pareciéndole está superfluo en el mundo, el que á su linaje no adelanta la piedra siquiera otra raya y que es cosa triste y

aun enfadosa contar siempre sucesos antiguos de sus mayores sin añadirles nuevas grandezas, pues así como lo muchas veces repetido engendra fastidio, todo lo nuevo place; al fin con estas consideraciones, y que después comunica con sus almohadas, determina de hacerse del número de todos los doctos intentos y dejado su pasadía á buscar otra mejor, pasando con los demás á las Indias, á donde poniendo el primer pie se comienza á deshacer el encanto, y cargando la melancolía no se alcanza un suspiro á otro, vese sin casa propia, á mesas ajenas, que las calles de las ciudades no están empedradas de oro y las paredes no son de plata como allá lo imaginaba; represéntase tras esto la quietud de su casa y cama que dejaron en sus tierras; el labrador ya tomara lo que allá despreció ; el hidalgo echa menos lo que allá tenía, y así todos conocen, aunque tarde, su engaño y que lo fué no considerar é informarse de lo que por acá pasa, que si no se trabaja mucho no se come nada, si no se vela no se duerme, si no se llora no se ríe, si no se cansa no se descansa, y si no se suda no se posee nada, y que todo lo de acá tiene dueño: la tierra lo es de sus metales y que le han de abrir las entrañas para sacarlos de ellas ; las tierras son de los indios por derecho natural y divino, y que para haberlas de labrar se los han de sacar de su posesión, y que todo esto no se hace sin notables cuidados, y que al que no los tiene, y muchas veces aun el que los tiene, sucede que después de muchos años de Indias, se estaban con mayor miseria que la que tenían en sus tierras, que si estas consideraciones hicieran á tiempo, no les llegara tan tarde y tan á su costa el desengaño.

Si bien es verdad que si no hubiera habido de estos apacibles, suaves y gustosos engaños, ni estas Indias se hubieran conquistado ni se hubiera enriquecido España ni otros muchos reinos con la inmensidad de piedras preciosas, oro, plata y otras riquezas que de ellas se han sacado, porque cuando se vean los hombres por estas tierras y que de los suyos no tienen que aguardar medicinas para sus melancolías, buscan en las ajenas, y añadiendo fuerzas, é industria á industria, emprenden conquistas, rompen dificultades, contraminan montes, haciendo que den oro, plata y piedras preciosas que tienen en sus entrañas, llenan las tierras de toda suerte de ganados y sementeras y dan en otros arbitrios, con que á muchos no les han salido vanos los deseos que los movieron á dejar sus tierras y buscar éstas de las Indias.

2.º Expuesto este breve discurso aunque en común para cifrar en él lo que desde sus principios sucedió en el descubrimiento y conquista de este nuestro Nuevo Reino de Granada que vamos poniendo en nuestra historia, cuyos primeros pasos fueron éstos. Sabida en Castilla el año de mil quinientos treinta y uno (1531) la muerte del Gobernador de Santa Marta, García de Lerma, luégo hubo en Castilla á quien se levantasen los pensamientos á

pretender aquel Gobierno, y entre los demás, no fué el que menos crecidos los tuvo don Pedro Fernández de Lugo, Adelantado de Canaria, caballero de grandes prendas, de mucho valor y conocidas virtudes; era este caballero hijo legítimo de Alonso Luis Fernández de Lugo, que por los años de mil cuatrocientos noventa y dos (1492) (que fué en el que don Cristóbal Colón descubrió estas Indias Occidentales), conquistó las dos islas de las Canarias, Tenerife y las Palmas, de donde después se le dió título de Adelantado perpetuo: la poca edad que á la sazón de estas conquistas tenía don Pedro de Lugo, le estorbó el hallarse en ellas, pero entendiéndola y habiendo muerto su padre, le heredó juntamente con su sangre y valor el título de Adelantado de Canaria y de Gobernador de las dos islas dichas, y el de Capitán General que se le había hecho merced por dos vidas, de la costa fronteriza de Africa á éstas, desde el cabo Ágnez hasta el de Butidón: en todo lo cual estando yá su cargo por muerte de su padre, se portó tan valerosamente el don Pedro de Lugo, como lo dió á entender su gobierno, y las numerosas presas que hizo en los moros en el término de su gobierno, teniendo con ellos famosas y sangrientas batallas, en especial la que llaman de Tagaos, donde quedaron muertos á sus manos y las de sus soldados, que eran muy pocos, más de ochocientos jinetes alarabes y más de cuatrocientos peones, y en la que tuvo en otra entrada en la tierra de Bezebriche con los negros Jalosos, junto al río Sanaga, donde fueron innumerables los que mató y prendió, que ambas fueron tan porfiadas, que cuando en aquellas edades, islas y costas se quería exagerar haberlo sido alguna cosa, la ponderaban diciendo haberlo sido como la Tagaos ó la Bezebriche; pareciéndole con todo eso á don Pedro cortos términos todos éstos para estrechar en ellos lo ancho de su valiente corazón, y deseos los tuvo luégo que supo de la vacante del Gobierno de Santa Marta, por muerte de García de Lerma, para pretenderle, los cuales alentó, ó por ventura les dió principio un Francisco Lorenzo, natural del Condado de Niebla, el cual habiéndose vuelto á España de la misma Provincia de Santa Marta, donde había sido soldado de Rodrigo de Bastidas, su primer Gobernador, y teniendo conocimiento con el don Pedro Fernández, le supo decir tales y tan superiores cosas de esta Provincia de Santa Marta, de sus indios, conquistas y riquezas, que entendiendo ser todo así como se lo decía y otras noticias que por otras partes tenía, se determinó el Adelantado, deseoso de sus acrecentamientos, y de servir más á Su Majestad, á pedirle aquel Gobierno, para lo cual despachó á la Corte desde la isla de Tenerife, donde á la sazón estaba, con sus poderes á su hijo don Alonso Luis de Lugo, que tratado el intento en el Supremo y Real Consejo de Indias, tomó asiento con el Rey de las condiciones con que se le concedió el Gobierno, como consta de los recaudos que se le despacharon en veintidós de

Febrero del año de mil quinientos treinta y cinco (1535) que comienzan así: "Por cuanto don Alonso Luis de Lugo en nombre de don Pedro Fernández de Lugo, Adelantado de Canaria, nuestro Gobernador y Justicia Mayor de las islas de Tenerife y la Palma, por virtud de vuestro poder especial y bastante, que para ello presentó en nuestro Consejo de las Indias: sea ofrecido que vos el dicho Adelantado con la voluntad que tenéis de nos servir, y del acrecentamiento de nuestra Corona Real; iréis á conquistar y poblar las tierras y Provincias que hay por descubrir y conquistar en la Provincia de Santa Marta, que se extiende desde donde acaban los límites que tenemos señalados á la Provincia de Cartagena, cuya Gobernación tenemos encomendada á don Pedro de Heredia, á donde asímismo se acaban los límites de la Provincia de Venezuela y Cabo de la Vela, cuya conquista y Gobernación tenemos encomendada á Bartolomé y Antonio Welsar, alemanes, de mar á mar de poner todo bajo nuestra obediencia y señorío, guardando siempre los dichos límites, todo ello á vuestra costa y diminución y sin que en ningún tiempo seamos obligados á los pagar y satisfacer los gastos que en ello hiciéredes, más de lo que la capitulación y asiento que con el dicho don Alonso Luis de Lugo en vuestro nombre mandamos tomar, etc."

CAPÍTULO VIII

Contenido:—1.º Cédula real y despachos que le dan á don Pedro Fernández de Lugo para el Gobierno de Santa Marta — 2.º Instrucciones y condiciones que se dan al Adelantado para su Gobierno — 3.º Prosíguese el asiento é instrucciones — 4.º Promete el Rey guardar las capitulaciones que se asentaron con el Adelantado, si él cumple con ellas.

1.º ADEMAS de lo referido en el dicho título de Gobernador, se asentó con el Rey que por honrar la persona del dicho Adelantado le hacía su Gobernador y Capitán General de la dicha Provincia de Santa Marta y todos sus pueblos comprendidos en los límites de aquella Gobernación por todos los días de su vida y los de su hijo don Alonso Luis de Lugo, que había de sucederle en el Gobierno con un cuento de maravedises de salario cada año, de que había de gozar desde el día que se hiciese á la vela para venir al Gobierno. En cualquiera de los puertos de las islas de Canaria con la gente que había de llevar de allí y de España para las dichas conquistas, los cuales maravedís se habían de pagar de las rentas y derechos que perteneciesen al Rey, de la tierra que se conquistase y poblase, durante el tiempo que

estuviere en la dicha Gobernación, y que no los habiendo en el dicho tiempo, no fuese el Rey obligado á pagar cosa alguna de los dichos maravedís. Dábasele también título de Adelantado en las tierras que descubriese y poblase, en que también sucediera el dicho su hijo por toda su vida, acabada la del padre; diósele también facultad que en las partes que pareciere convenir, para la seguridad de las dichas Provincias pudiese hacer dos fortalezas, con merced de la tenencia de ellas, y salario de setenta y cinco mil maravedises con cada una en cada año, pagados de los frutos de la tierra; que se conquistase desde que estuviesen á su costa acabadas y vistas de los oficiales reales, y que por habérseles suplicado se le hiciese merced de algunos vasallos, en las tierras que de nuevo había de conquistar, se le concedió que entretanto que era el Rey informado de lo que se conquistase y poblase, y se proveyese lo que más conviniese á la satisfacción de sus trabajos, llevase el ojo adelante la dozava parte de los provechos que tuviese el Rey cada año en las dichas tierras que de nuevo poblase, y fuera de lo que hasta que él entrase en el Gobierno estaba descubierto, sacándose ante todas cosas de estos provechos, los gastos y otros salarios que el Rey tuviese en ellos.

Hízole, además de esto, merced de cuatro mil ducados pagados en las rentas y derechos reales de las dichas tierras, de ayuda de costas para los gastos de la gente de las conquistas, que pudiese repartir á los pobladores, solares, tierras y estancias de pan y ganados, según la calidad de cada uno y meter en su Gobierno cien negros esclavos, libres de derechos, que á lo menos el tercio fuesen hembras, con condición que los que dejase en las islas de Tenerife y la Palma se aplicasen á la Cámara y Fisco Real, que se daría provisión en forma para que pudiese tomar tres navíos de las islas de Canaria, de los que se ocupan en el trato de las Indias, para hacer su viaje, pagando el flete, y no estando fletados para otra armada.

2.° Encargósele mucho al Adelantado el buen tratamiento de los indios de aquellas Provincias, en sus personas y haciendas, acerca de lo cual estuviese obligado á guardar con puntualidad las instrucciones que para ella están hechas y de nuevo se hiciesen, como se hicieron las que luégo veremos, y llevase consigo las personas eclesiásticas y religiosas que el Rey señalase para la instrucción de los naturales en nuestra Santa Fe Católica, sin cuyo parecer no hiciese las conquistas; á los cuales religiosos, en todo el tiempo que durase la navegación, había de dar matalotajes á su costa, y flete en lugares acomodados de los navíos y que por ser leyes de los reinos de Castilla, que cuando los capitanes y soldados de las armadas reales prendían algún Principe ó señor el rescate y todas las cosas muebles que se hallasen pertenezcan al Rey; considerando los grandes trabajos y peligros que se pasan en las

conquistas de las Indias, tenía por bien Su Majestad que si en estas que emprendiese el don Pedro se captivase algún señor, de todo el pillaje que de él se hubiere á las manos, así de rescate como por otra vía, sacando la sexta parte para sus reales cofres y después el quinto, lo demás lo repartiese entre los conquistadores; pero que si el tal señor fuese muerto en batalla ó después por vía justicia ó en otra cualquiera manera, de los bienes que justamente se hubiesen de él, la mitad fuese del Fisco, y habiendo sacado de la otra mitad los quintos reales, se repartiese el resto entre los conquistadores; y por haberse tenido noticia de los malos tratamientos que se habían hecho en tiempos pasados á aquellos indios, para el reparo de eso se le dieron algunas instrucciones particulares, que fueron se informase de lo que se les había hecho y por quién y cuál la razón de la culpa, y su parecer lo remitiese al Real Consejo de Indias; que quitase á quien tuviese indios esclavos y los volviese libres á sus Provincias, si se pudiese hacer buenamente, y si no, los poblare y encomendare en parte acomodada de la Provincia, teniendo siempre consideración á que fuesen tratados como libres y sin darles excesivos trabajos, ni meterlos contra su voluntad en las minas, procediendo en todo con la voluntad y el parecer del Prelado, sobre lo cual se le encargaba mucho la conciencia; y que si fuesen cristianos no los volviesen á sus tierras, si eran infieles, aunque ellos quisiesen, por el peligro conocido que se podía seguir á sus almas.

Que los religiosos que llevase tuviesen cuidado de que fuesen bien tratados y favorecidos los naturales, sin consentir hacerles fuerza ni daños, y que haciendo lo contrario diesen aviso luégo al Consejo para que se castigase; que no hiciesen salidas á conquistas y poblaciones los Capitanes sin parecer de los Oficiales reales y de los religiosos y clérigos, con pena de perdimiento de la mitad de sus bienes, de los que contraviniesen; que con fiel intérprete, se les declarase á los indios los intentos del Rey en sus conquistas, que son de apartarlos de sus idolatrías, comer carne humana, y otros vicios; é instruírlos en la santa fe católica y vida política; pretendiendo en todo la salvación de sus almas, principal fin para que se intentaba el sujetarlos, haciéndoles algunos otros requerimientos que se entregaron á dicho don Alonso Luis de Lugo, firmado de Francisco de los Cobos, y que al fin todo lo conveniente á esto se hiciese con el cuidado necesario al buen efecto, encargando á los clérigos, religiosos y al Adelantado sus conciencias para que quedase descargada la de Su Majestad.

3.º También se ordenó que si después de hechas suficientemente estas amonestaciones y entendidas por los naturales, fuese necesario hacer fortalezas, casas fuertes y llanas para habitar los españoles entre ellos con el resguardo de los peligros que se pudiesen ofrecer, se hiciesen; y desde ellas, con ejemplo

y doctrina, los redujesen con suavidad y persuadiesen á la perseverancia en la fe católica y real servicio, para que había de ser uno de los medios más eficaces no hacerles agravio en sus haciendas y rescates qne se hubiesen con ellos, y que de ninguna manera se consintiese tomase nadie para esclavo algún indio, salvo en caso que ellos resistiesen á que los clérigos y religiosos estuviesen entre ellos y los instruyesen en la vida política y buenas costumbres, predicasen nuestra santa fe católica ó no quisiesen dar la obediencia al Rey, defendiéndose con mano armada para esto y para que no se buscasen y sacasen minas de oro y otros metales que se hallasen, porque en esos casos se permitía que por ello y la defensa de las vidas y bienes pudiesen los pobladores, con acuerdo de los religiosos y clérigos, siendo conformes y firmándolo de sus nombres, hacerles guerra, y en ella, lo que los derechos de nuestra santa fe y religión cristiana permiten, y no en otra manera y caso alguno, salvo si fueren los indios tan inquietos que no los dejasen vivir en paz ó no tuviesen entera seguridad de ellos ; que tampoco se permitiese compeler á los naturales ir á las minas, pesquerías ó granjerías y que si de su voluntad lo quisiesen hacer, no los trabajasen demasiado, ni la ocupación fuese tanta que les estorbase ir á la doctrina cristiana, y se les satisfaciese cumplidamente su trabajo, y todo con parecer é intervención de los sacerdotes; con el cual también se le dió licencia, que si conviniese para mejor servicio de Dios y mayor educación, encomendarlos á los cristianos para que los amparasen y se sirviesen de ellos como de personas libres, lo pudiese hacer el Adelantado como lo ordenasen dichos sacerdotes, procediendo en todo de manera que no quedase cargada la Real conciencia.

4.º Haciendo el Adelantado todo lo dicho, y las demás instrucciones que adelante se le ordenasen, prometió el Rey que se le guardaría todo lo que con él asentaba y capitulaba, y no haciéndolo ni cumpliéndolo así, ni fuese obligado Su Majestad á guardar y cumplir cosa alguna de ello, antes lo mandaría castigar y proceder contra él como perjuro y que no guardaba los mandamientos de su Rey y Señor natural. Determinóse también para atajar diferencias, que pudieran haber entre don Pedro de Heredia, Gobernador de Cartagena, y el ya Adelantado, acerca de los términos que parten las dos Gobernaciones por el río Grande de la Magdalena, que todas sus islas fuesen de la jurisdicción de Santa Marta, por cuanto de allí se habían descubierto. En esta ocasión, dice Herrera, que se erigió el Obispado de Santa Marta, no acordándose que tiene dicho él mismo, en la década quinta, libro quinto, capítulo once, que el año de mil quinientos veintinueve (1529) eligió el Rey por Obispo de aquella tierra, estando en ella el padre Fr. Tomás Ortiz, de la Orden de Santo Domingo, donde se ve que ya había seis ó siete años estaba erigido este Obispado de Santa Marta, y así en esta ocasión sólo se nombró el nuevo, por estar en Sede vacante el Obis-

pado, por Obispo al Licenciado Torres, del Colegio de San Bartolomé de Salamanca, por la satisfacción que el Rey tenía de su vida, virtud y letras, y ordenó al Conde de Cifuentes, que á la sazón era Embajador en Roma, le presentase al Pontífice en su nombre; pero habiendo muerto sin salir de España, fue electo en su lugar Fr. Cristóbal Brochero, de la Orden de Santo Domingo, que á la sazón era Prior del convento de Santa María de Villada, que no queriéndolo aceptar, fue presentado al Pontífice en su lugar, el Licenciado Juan Fernández de Angulo, que llegando algún tiempo después del Adelantado á la ciudad de Santa Marta, se halló en su muerte, como luégo diremos.

CAPÍTULO IX

CONTENIDO:—1.º Nombra el Adelantado sus Oficiales; levanta gente, dáse á la vela y llega á Panamá—2.º De allí á Santa Marta, y sucede un caso peregrino en el camino—3.º Desembarcan en Santa Marta y aposéntanse lo mejor que pudieron según la estrechura de la ciudad.

1.º DESPACHÁRONSELE luégo recaudos de su Gobierno al Adelantado don Pedro, y haciendo nombramiento de sus Oficiales, señaló por su Teniente General á don Alonso Luis de Lugo, su hijo, que después le salió bien á la cara, pues fue causa de su muerte, á lo menos de abreviársela, como diremos, de la cual elección los demás Oficiales no disgustaron por entonces, por ser hijo de quien era, mozo de buena edad y buenas partes, en lo natural de buena y agradable persona, buen rostro y bien hablado, aunque anublaba un poco á éste el ser codicioso, como después veremos, que no ha de ser de los que menos ha de ocupar nuestra historia. Nombró por Justicia mayor al Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, natural de la ciudad de Córdoba, que no degeneraba de los demás hijos de su patria, en letras y valentía, pues parece se juntaron en él, con amistad estrecha, Marte y Minerva: junta que raras veces se halla. Nombró por Maestre de Campo á don Diego Sandoval, hombre de muchas prendas; por Capitanes, á Juan de Orejuela, caballero calificado, natural de Córdoba, Alférez de Italia contra Lotrech; el cual teniendo levantados á su costa cincuenta soldados en el Andalucía, el Emperador le mandó dejase la jornada para donde los tenía, é iba levantando más, y se juntase con el dicho Adelantado y siguiese este viaje, en el cual luégo que llegaron á Tenerife le hizo Sargento Mayor. Nombró también por Capitanes á Diego de Urbina, vizcaíno; á don Diego de Cardona, á Diego López de Haro, Gonzalo Suárez Rondón y á Alonso de Guzmán, con los cuales levantó en diversas partes de España mil y cien soldados, muchos de ellos caballeros é

hijosdalgo, y los más bien á propósito para esta jornada, para lo cual ayudaron mucho Gómez del Corral y Luis Bernal. Dispuesto todo al viaje, partió con toda esta gente y otra mucha que no se cuenta, porque los seguían algunas mujeres, yá que lo eran de los que allí venían, yá que venían á sus aventuras; hízose á la vela por fin el año de mil quinientos treinta y cinco (1535), y con buen tiempo y en pocos días llegaron á la isla de Tenerife, donde tenía su casa y hacienda el Adelantado, y donde tomó muestra de su gente y nombró los oficiales que faltaban en tres de Noviembre del dicho año, haciendo oficio de Sargento Mayor el Capitán Orejuela. Rehiciéronse de muchas cosas para el viaje, en especial de mayores matalotajes, de que aquella fertilísima isla tanto abunda.

2.º Salieron de allí siguiendo su viaje y en cuarenta días le dieron fin surgiendo en el Puerto de Santa Marta á lo último de dicho año con prósperos y felices sucesos, sin haber tenido en la navegación desgracia de consideración, sino fué una que por su descuido le sucedió á un mozo natural de Málaga, llamado Gonzalo de Cabrera, y pudiera sucederle peor, si la Virgen, como él decía, poderosa para mayores cosas, no le librara de la muerte, que ya en tantas veces tragó; pues yendo su navío navegando con la fuerza que llevan con viento, y á popa y á todo trapo, por desgracia cayó á la mar, sin que fuese posible amainar á tiempo que pudiese ser socorrido, porque cuando advirtieron los del navío, ya apenas lo podían ver entre las olas, por la prisa que la nave llevaba; ya sin esperanzas del cuerpo, le encomendaban á Dios el alma; el cual enderezó la suya entre aquellas olas y tragos de la muerte á la Virgen Sacratísima, pidiéndole su favor, como le daban lugar las angustias, á las cuales sin duda acudió la buena intercesora, trayendo por allí un navío de mercaderes, que venía días había siguiendo las naves; y llegando á donde vieron al mancebo, ya el alma en los dientes, entre el oleaje, tuvieron lugar de amainar y recogerle en el navío, el cual, como debiera ser buen velero, alcanzó á las delanteras, y saludándolas á la usanza de los navegantes, calló la presa que había cogido y pasando adelante, llegó dos días antes que ellos al puerto, donde lo hallaron surto, y al Cabrera paseándose por la playa, á quien antes que hablaran tenían por fantasma que representaba aquella persona, según habían dejado la suya tan entregada á las olas y en desamparo de humanos favores, pero contando él que no habían faltado los divinos; dieron gracias al Señor por el suceso y porque los había traído á todos en salvamento á la ciudad y puerto de Santa Marta.

3.º Antes que entraran los navíos en él, ya á la vista, vistos, y cada cual de los que venían de las más lucidas y vistosas galas que traía, que no eran pocas ni poco costosas, porque traían hecho gran empleo de esto, llenaron los

navíos de fanales (?) y gallardetes, que todo junto así mirado á bulto desde la ciudad y la playa, hacía una agradable primavera con la variedad de sedas y recamados de tan varios colores, sonaban á vueltas de esto los ministriles, los pífanos y tambores, tremolábanse banderas, disparábanse algunas piezas gruesas con la mosquetería, que resonando por aquellos anchos mares y tierra, todo era materia de gusto, como los de la ciudad también lo mostraron con la correspondencia que pudieron en otras cosas, ya que no lo tuvieron en las galas, porque las que vestían los más de la ciudad por su mucha pobreza, era un capotillo de dos aguas sobre la camisa de lienzo de la tierra, que es de algodón, con forros de lo mismo; los gregüescos eran de la misma tela, y el que más se adelantaba traía esto de manta de algodón, que es un poco más dura; otros, por diferenciar, hacían del mismo lienzo unas que por acá llaman camisetas, que son á modo de saltambarcas, y todos comunmente traían medias de lo mismo y calzaban alpargates; al fin estaban de traje que acá llaman de soldados de jornada: con esto cubrían sus tostadas carnes, que por el terrible sol que allí hace, en especial cuando no corren brisas, que es el aire ordinario de aquella costa, y con los grandes fríos que sufrían cuando hacían entradas á la parte de las Sierras Nevadas, estaban todos percudidos y de color de carne tostada en barbacoa ó medio asada: los cuellos largos, las piernas y barriga enjutas, y de modo que no les apegaba nada para poder tomar con ligereza un alto, yendo en alcance de los enemigos; bien diferentes de los chapetones que saltaron en tierra, porque todo era bizarría en vestidos, plumas, gordos, colorados y en todo muy á lo recién salidos de los regalos de España.

Como se vieron todos juntos y con tánta diferencia en todo, después de haberse saludado y dado la bienvenida con grandes cortesías y respetos, no faltaron vayas y cordelejos de unos á otros, con graciosos y amigables dichos. Los chapetones, como veían á los baquianos de aquella traza, les preguntaban que cuánto había que los habían sacado de curtido, que si era vivo el molde de aquellos pescuezos, que dónde se vendían de aquellas caras que por un maravedí lo eran, que dónde estaba la carne de aquellas pantorrillas, que con que rayasen el pellejo de las canillas de aquellas piernas podían servir de flautas, que si la traza de los vestidos la habían sacado de las muchas que pone Lázaro Boifio en su libro de *vestuario*, y otras gracias á este modo que suelen usarse entre soldados; á que los baquianos, que eran menos agudos, respondían bien á propósito, especialmente un Manjarrés, que era gracioso y agudo en hablar, como se experimentó en muchos años que vivió en este Reino; decíales que aquellas plumas que los chapetones traían eran señal del aire que había donde venían puestas, y que con ellas en las frentes serían más ligeros que el caballo Pegaso. Señalábase en la defensa un Pedro de Madrid, con muchas

gracias, que las tenía para echar apodos, con que todos al cabo de la trisca quedaron desagraviados ayudando á que se acabara más pronto un Quiñones, que entrando, metiendo paz entre los amigos, comenzó á desengañar á los chapetones, certificándoles que habían de llegar, si vivían, al estado en que veían á los baquianos, y que su venida era venirse al matadero, y que cesasen ya las burlas, pues otras cosas sentirían en las veras. Acabados estos entretenimientos, y de desembarcar la mejor gente, Antón Vesos, que era Teniente del Gobernador, hombre muy cabal y en nada de desechar sino en el nombre, acompañado con el regimiento, llevaron al Adelantado y á la gente de más lustre á las posadas que mejor pudieron acomodar en aquella corta y pobre ciudad y en especial de casas, y ocupadas las que había, los que no cupieron pusieron toldos é hicieron barracas á orilla del mar, en que se recogían, comenzando desde luégo á gozar las averías de las Indias, y de desengañarse del pensamiento que los sacó de España; crecían estos sentimientos en las pobres mujeres, que por verse allí con caudal de dones, que no habían sacado de su tierra, pensaban les habían de tener más respeto las inclemencias de los tiempos á que estaban bien sin defensa debajo de un pobre toldo ó tienda, á donde llegándose á conversar algunos de la ciudad, les preguntaban las mujeres por ella, porque de ruín aun no la habían visto y que de qué eran, á dónde estaban las murallas, dónde las plumas y bizarrías de los Capitanes, á lo cual el Manjarrés respondía que la ciudad era invisible y las murallas transparentes ó de sutilísimas redes para que no impidiesen el entrar el viento y refrescarla; y que ellos no se ponían plumas porque como eran caballeros aventureros y medio encantados, y siempre andaban corriendo por las florestas, las plumas impedirían por el topar en los árboles, y por lo mismo andaban con alpargates, para poder andar más ligeros y correr para donde había las aventuras á que suelen acudir los caballeros viandantes; y que si ellos buscan de aquellos caballeros, que á buena tierra habían llegado; pero que si buscaban otra cosa que trabajos, se volviesen á las suyas, que en éstas de ésos se vivía: gozábanse algunos ratos en estas facecias (burlas) y entretenimientos vanos con que consolaban las aflicciones que les daban las calamidades del tiempo y sitio, bien enfadosas á los chapetones.

CAPÍTULO X

CONTENIDO:—1.º Da en el pueblo de Santa Marta una grave enfermedad—2.º Determina el Adelantado una salida la tierra adentro—3.º Hace acerca de ella á todos una plática.

1.º NO pasaron muchos días que todos estos entretenimientos y risas no se convirtiesen en llanto, que son los fines ordinarios que ellas suelen tener, porque como la gente era mucha y no había de dónde ir levantando los almacenes de las comidas, fuéronse acabando, de manera que en breve picó el hambre, sin tener de dónde repararla, y tras ella una peligrosísima enfermedad de disentería, tan pestilencial, que escardaba por la posta toda gente, sin perdonar á chapetones ni baquianos. Aumentaban estas enfermedades, demás del hambre que siempre las trae por hijas, y que cada día iba creciendo una destemplanza, que por aquellos tiempos vino de los aires y excesivos calores, que sólo bastaban á poner á todos en aflicciones, de que las tenía notables el Adelantado, lastimándole aquella miseria más que á todos juntos, por ser él de quien cargaban los cuidados de las curas y remedios; y que los que él ponía, que eran todos cuantos se ponían, no aprovechaban á dar el alivio que era menester y él deseaba; no perdonaba sus despensas en el remedio de todos hasta agotarlas, ni el cuidado de las visitas personales de noches y días con andar él bien participante de aquellas mismas disposiciones, que antes más necesitaba de ser curado que algunos de quien él cuidaba: á éstos consolaba con palabras, á otros con obras; á los otros, con lo uno y lo otro; no permitiendo hubiese descuido en nada, en especial en la administración de los sacramentos, en que andaban bien ocupados los sacerdotes que había. Acompañaba personalmente, con notable ternura, todos los difuntos, sintiendo la muerte de cada uno como si fuera la de su hijo.

2.º Todas estas cosas y lo que de ellas necesariamente se había de seguir, solicitaban imperiosamente qué determinación tomaría para reparar algo de estos males y que no les cogiese la muerte allí á todos, y entre varios juicios que sobre esto echó comunicándose para mejor acierto con los más experimentados y de sanas intenciones de sus Capitanes, se resolvió en que saliese la gente que se hallaba más sana é hiciesen algunas entradas la tierra adentro, donde se harían algunos castigos que lo merecían, y á vuelta se tomaría por ventura algún socorro para el pueblo de mantenimientos, y cuando menos mudando temple, podría ser no se minoría la salud tanto como allí; ayudaba á estas determinaciones ver las que mostraban los soldados, salidas de los deseos que tenían, en especial los chapetones de verle la cara al enemigo, de

quien se prometían aventajadas victorias, porque, como no habían experimentado aquellos modos de guerra, les parecía no haber dificultad en alcanzarlas de hombres desnudos, como lo manifestó, lo que decía, en presencia de todos, un Capitán chapetón, cuyo nombre era Salazar, el cual viendo allí dos Caciques amigos que se hallaron presentes cuando estas cosas se trataban, fiando mucho en sus manos y pareciéndole que los indios no las tenían, decía: voto á tal! que en mil de éstos no tiene mi montante para desayunarse; y experimentó el pobre bien á su costa lo contrario, pues á la primera entrada que se hizo en aquellos pueblos vecinos al nuéstro, en una bien pequeña guazabara, pasado el cuerpo con una flecha de hierba venenosa, rindió la vida rabiando y conociendo cuán otra era la guerra con los indios de lo que él pensaba, y á los que él decía había de alcanzar su montante, fue sabroso almuerzo su desgraciado cuerpo.

3.º Tomada, pues, por última resolución la entrada la tierra adentro, juntó todos sus Capitanes el Adelantado y soldados, y significándoles el intento, les habló de esta manera: ya caballeros tenéis entendidos los fines que nos sacaron de España, pues en muchas partes de ella se manifestaron por pregones públicos, y que las Cédulas y reales provisiones en que se manifiestan los deseos de nuestro Rey, son para que por nuestra industria no sólo conservemos lo que está ganado y sujeto á su Real Corona, sino que vamos ensanchando con muchos descubrimientos su Imperio y mando, procurando que el rayo de luz evangélica alumbre á estos pobres indios, que tan á ciegas y sin Dios viven. Con estos intentos dejamos la mediana pasadía que teníamos en nuestras tierras, y procurando mejorarlas, nos arrojamos á las furias de los mares, y á experimentar nuevos riesgos, á coger nuevas tierras y sujetarnos á las calamidades que en todo trance nos podían venir, de que tenemos larga experiencia con las que después que á este puerto llegámos, nos han venido como las tenemos presentes con amenazas de otras mayores, si no nos valemos de nuestros pies y manos, yendo á probar las del enemigo, pues de la ociosidad ni en España, ni aquí, ni en otra parte se sigue cosa de provecho, de que nos pueden dar largas relaciones con su conocimiento estos hidalgos que aquí hallamos, pues aun con haber sido su ordinario ejercicio hacer entradas y salidas la tierra adentro, no les sobra nada; qué fuera si hubieran estado ociosos, bien que la mayor causa de esto ha sido el no haber tenido en mucho lo ganado, por tener esperanzas, por noticias de otras más anchas y gruesas tierras, donde se esperan llenar más del todo los deseos; los míos son de que se cumplan los que todos tenemos, y pues estas tierras marinas son angostas para sustentar tan anchos huéspedes, será bien intentemos ensancharnos hacia aquellas partes que tenemos noticias lo son, y de más consideración que éstas y que se entre dentro en las puertas y casas, cuyos umbrales algunos han pisado, sin pasar adelante, contentándose

por entonces con traer á estas tierras noticias de lo mucho que hay más adelante en otras : éstas hemos de buscar sin dar paso atrás en comenzando su descubrimiento, en que espero en Dios, cuya causa principalmente, que vamos á hacer, nos ha de dar prósperos sucesos, con que su honra se aumenta, y la nuéstra tenga los crecimientos que se les debe á corazones bien intencionados, y á ánimos tan hidalgos y valerosos como son los que tengo presentes, con prosperidad de hacienda, con que la vida humana se pase con algún descanso, y se premien los alentados trabajos de soldados y Capitanes tan valientes. Sernos há empero de importancia, y aun pienso por necesario que antes que emprendamos del todo esta jornada, hagamos primero otra á los indios que más cerca tenemos rebelados, de quien cada día los nuéstros reciben daños, para que haciendo en ellos el castigo que merecen, queden humillados sus bríos y soberbia, y no los tengan más para levantarse contra el brazo español, y con eso dejaremos seguras las espaldas, cuando se hagan las jornadas de más adentro, quedando pacíficos los puestos atrasados, y podrá ser halle alguna ocasión nuestra necesidad entre ellos, donde se remedia, de oro y comidas que valgan para las necesidades presentes y para dar principio á las mayores entradas que intentaremos, y por que ésta no se dilate más que tres ó cuatro días, tendrá cuidado mi hijo don Alonso de disponer todo lo necesario para ella en este tiempo que quiero que me acompañe en esta salida, donde será el primero.

CAPÍTULO XI

CONTENIDO :—1.º Salen de Santa Marta á la jornada, y modos con que estos indios pelean —2.º Amonestaciones que les hacen á los indios para la paz—3.º Pelea que se traba de ambas partes, y fin de ella.

1.º EL Teniente General don Alonso Luis de Lugo, con el brío que de su persona se esperaba, trató luégo de disponer lo necesario á la salida en el tiempo que su padre puso, mandando alistar los Capitanes, Oficiales y soldados, que se tocasen cajas, se hiciesen bandos, se dispusiesen las armas, caballos y comidas que se pudieron mejor acomodar, y alistados novecientos hombres, con los demás peltrechos de guerra, el año de mil quinientos treinta y seis (1536), salieron para esta jornada, de la ciudad de Santa Marta, marchando por sus hileras y buen orden, como lo dispone el arte militar : aunque esto duró poco, por no ser la guerra que comunmente se hace en estas tierras de la calidad de las de Flandes, donde se puede guardar un modo en todas las milicias, ó á lo menos con poca diferencia, porque las industrias de

estas guerras se han de tomar de lo que pide la ocasión presente, por ser tántas las diferencias, y varios modos con que los indios pelean, pues pocas veces ó nunca viene el indio á rompimiento de batalla ni acomete de poder á poder, por tener conocida la flaqueza del suyo para con el del español; sino que siempre á salvo procura picar y ofender con emboscadas y asechanzas y para todo acaecimiento que le puede sobrevenir, cuando á esto se pone más cuido de buscar lugar dispuesto para la huída, que de ofender á su contrario, pues pocas veces acomete alguna traición, sin que primero disponga por dónde ha de huír, y si las tierras son ásperas, procuran coger los altos, previniéndose de galgas, que como son muchos, con facilidad hacen grandes prevenciones de esta munición, para cuya defensa tienen por buena industria de guerra los nuéstros no ir juntos sino divisos, porque ha sucedido por no ir con este aviso, en ocasiones haber peligrado muchos de los nuéstros, porque de la furia de muchas y grandes piedras caídas de altísimos montes, mejor se libra cada uno de por sí, y si hay peligro, no es de tántos.

2.º Pues con estas advertencias que los baquianos, Capitanes y soldados tenían ya practicadas, dispuestos con buen orden guiaron al pueblo y sierra de Bonda, para donde iban de primer intento y á donde pudieran llegar á mejor tiempo y con más cautela que llegaron, porque fué al medio día y con los mayores ardores del sol, que lo hacía rigoroso; habiendo de procurar llegar de noche como los baquianos tenían advertido, lo que debió de no poderse conseguir por ser mucha la gente, y los más chapetones que no se dan maña así á todo como los que yá expertos en el conocimiento de guerras y tierras; de las suyas tenían aquella hora los indios cogida la mejor á su defensa, para la cual infinitos estaban aparejados en lo alto de la Sierra, donde tenían fundado el pueblo, con la subida tan áspera y dificultosa, que apenas los hombres gateando, á pedazos la podían subir, y así los caballos subían faldeando las laderas y haciendo piruetas de unas partes á otras, con mucha dificultad iban ganando el alto, el Adelantado y los que lo acompañaban de á caballo; sólo el del Capitán Céspedes, que era un rucio rodado, era tan ligero y diestro en aquellas laderas y malezas, que subía derecho por la escalera, con tánta y mayor ligereza que el mejor soldado, y habiendo llegado todos los de á pie y de á caballo cerca de la cumbre de la breña donde estaban atentos y prevenidos los indios viendo lo que pasaba, se les hizo por las lenguas intérpretes que llevaban tres requerimientos en tres intervalos no muy espaciosos, porque no dieron muchas largas los indios, en que les decían que dejando la guerra y armas que para ella tenían, se redujesen á nuestra amistad y recibiesen la predicación y Santa Ley Evangélica, sujetándose al Rey de las Españas, en cuyo amparo vivirían con paz y quietud en sus tierras, porque sus intentos no eran de moles-

tarlos ni afligirlos quitándoselas, ni haciéndoles algún agravio, pero que si no querían acudir á aquello, no podían dejar de tomar las armas contra sus rebeldes voluntades; mostraron con brevedad los indios la que tenían á no responder á estas amonestaciones, haciéndose burla de ellas y de los intérpretes que les decían, librando la respuesta en muchas nubadas de flechas gerboladas que llovían sobre los españoles, defendiéndoles las postreras entradas á la cumbre, donde ellos tenían el postrer resguardo de aquel peñasco ; pero sin temor de aguacero de flechas y dardos, animando á sus compañías el Capitán Céspedes, Manchego, y el Capitán Juan de Tapia y Gonzalo Suárez, embistieron con la fuerza de la guerra con tal brío que en breve tomaron el alto y llano que tenían los indios, donde fue tan reñida la pendencia, que hubieron todos bien menester sus armas, por que las de los indios, que eran, además de flechas y dardos, muchas piedras bien desembrazadas, hacían salir centellas de las espadas, celadas y morriones, abollaban los cascos, quebraban los escudos y rodelas, derribaban muelas y dientes; creciendo esto cada momento con tanta mayor braveza que era mayor la cólera en que se encendían los indios. Por ver tan apegados á sus casas los nuéstros veíanse con tántos bríos algunos indios, que acabada la munición de flechas que traían, á dos manos peleaban con los arcos, que no hacían menores suertes que con las flechas que habían despachado, que no habían sido pocas.

3.º Los nuéstros no se mostraban menos gallardos y valientes, y en especial Juan de Céspedes, que en acabando de tomar el alto, embistió con su rucio y compañía al escuadrón que vió más atrevido y brioso de los indios, y en medio de ellos hizo tales y tan buenas suertes, que los desbarató y sacó del lugar más fuerte donde estaban, y acudiendo luégo los peones y gente de á caballo, pusieron á los indios en tales apreturas, que aprovechándose de la ligereza de sus pies, se pasaron con brevedad á otros peñascos más altos, dejando en rehenes tres ó cuatro indios muertos, aunque bien vengadas sus muertes, pues se pagaron con las de siete españoles que rindieron la vida, con una cruel herida que sacó el Capitán Tapia en la mano de la espada de una fuerte pedrada que le dieron en la pelea, la cual acabada, y las casas del pueblo, que no estaban lejos, desamparadas de los indios, fuéronse á ellas los nuéstros, no sin esperanzas de hallarlas con algunas comidas que pudieran ayudar á las que se traían; pero salió todo en vacido, porque lo estaban las casas de lo demás como de moradores, porque para cualquier suceso de guerra estaban prevenidos los indios y mudadas sus haciendas por si acaso los sucesos varios los forzaran á desamparar su pueblo ; no obstante que, según se decía, era la cabeza de aquella Provincia y donde el Cacique principal de toda tenía sus aposentos y alcázares á su modo, y bien se manifestaba ser esto así, pues hallaron las mayores y más bien

labradas casas, aunque de paja, que en aquella tierra llaman caneyes, que se hallaron en los demás pueblos que á la redonda de aquel había poblados.

Fuéronse acercándose algunos españoles por mandado del Adelantado á los altos que de nuevo habían tomado los indios; y puestos en parte que pudiesen oír, volviéronles á hacer segundo y tercero requerimiento con el tenor y lenguas que el pasado, á los cuales respondieron con la misma furia de dardos que al primero, mostrando con aquello intentar más defender sus tierras que dar entrada á otros en ellas, y no les salieron tan en balde algunas flechas que tiraban en respuesta de estos requerimientos, que no hiriesen menos seis caballos, sin que fuese bastante á atajar cura y cuidado el veneno con que quedaron heridos para que quedaran vivos.

CAPÍTULO XII

CONTENIDO:—1.° Prosíguense los sucesos de la guazabara — 2.° Toma el Adelantado la vuelta de Santa Marta, y los demás el seguir la pelea—3.° Queman los pueblos de los indios los españoles, y á los indios no se les da mucho.

1.° VISTA por el Adelantado la dura obstinación de los indios, y que respondían á los requerimientos con tanto rigor de guerra; juzgando tener los nuéstros justificada la causa del castigo, debido á sus atrevimientos, mandó se les pusiese fuego á las casas del pueblo en que estaban ya los demás, lo cual se ejecutó por el Capitán Juan Ruiz de Orejuela y por su Alférez Antonio de Olalla, que con su compañía fueron también talando las sementeras de los indios; haciendo lo mismo en las demás poblaciones que encontraban en los valles que llamaban de Quito y Valle-hermoso; y en otros siete grandes pueblos que estaban fuera de estos valles, todos sin gente por estar los indios retirados, las mujeres y chusma escondidas, y los gandules indios que llaman de Macana, porque pelean con ella, á la mira por los altos, viendo lo que pasaba y ofendiendo á los nuéstros sin perder ocasión en que lo pudiesen hacer, sin manifestar en nada sentimiento de que se les quemasen sus casas, antes parecían mostrar gusto en que se convirtiesen en ceniza por haber estado los españoles en ellas: tál era el aborrecimiento que les tenían. Hecho este castigo, habían de pasar los nuéstros con los heridos y enfermos por unas angosturas, en que corrían aun los sanos evidentes riesgos en sus vidas, de los cuales los libraron con su industria los Capitanes Gonzalo Suárez y don Diego de Cardona; por estar ocupado el Capitán Suárez en el reparo de este peligro, no había podido acudir al que tenía su compañía, puesta

en conocido riesgo, en especial que les iba ya cubriendo la noche; y había pasado el Adelantado, después de haber dejado puesto fuego á las casas de los indios, que fue de bien poco provecho la vuelta de Bonda y sus llanos para volver desde ellos á Santa Marta con los Capitanes Juan de Orejuela y Diego de Úrbina, que siempre traía cerca de su persona, guiándolos el Capitán Juan de Sanmartín, como tan baquiano en aquellos descubrimientos y conquistas. Volvió pues el Suárez al favor de su compañía, ordenándola de manera que habiéndola de pasar por una gran cuesta por donde llovían infinitas galgas (piedras), no peligró nadie de los que pasaron, aunque era de noche. Con que en salvamento pudieron llegar á donde estaba la demás gente, y donde pasaron el resto de la noche con buenas centinelas, aunque todos, podemos decir, lo pasaron curando á los heridos, que no eran pocos.

2.º El día siguiente, el Adelantado don Pedro prosiguió su camino á Santa Marta, llevando consigo los enfermos y heridos, cuyos gemidos y rabiosas bascas, por la fuerza del veneno de las flechas, le atravesaban el alma, por verlos tan atormentados y con poca esperanza de vida, y que las medicinas les eran de tan poco efecto: á su partida dejó ordenado á su Teniente General é hijo, don Alonso, que prosiguiese el castigo comenzado contra aquella gente rebelde y que tan poco caso hacía de los requerimientos hechos, y que también les estaba (de que se les podía cargar bien poca culpa, pues por no saber de requerimientos, ni entenderlos, sólo atendían á defender la tierra donde veían se les iban entrando los castellanos): tomó para el efecto don Alonso ochocientos soldados, llevando los demás consigo el Adelantado; del cual, habiéndose despedido, marcharon los ochocientos juntos, hasta pasar por Origua, y pasándole se dividieron; tomando el General los que le pareció, con que fué caminando para el S. In.º de guía que cae á la costa del mar, llevando por adalides algunos baquianos, y versados en ella, y aunque antes de llegar donde iba no le faltaron estorbos de indios que procuraban ponerlos en algunos pasos estrechos, no fueron bastantes para no conseguir su viaje. Como también le sucedió al Capitán Suárez, que quedando con el cargo de la demás gente, tomó la vuelta de Bondigua, á donde después de haber atropellado algunas dificultades que se le ofrecieron en algunos pasos con indios, llegó en buena sazón, pues la tenían los indios é intentos de salirse de paz, como lo hicieron, ofreciéndole al Capitán algunas buenas joyas, porque como conocían los indios la enfermedad de los nuéstros, procuraban luégo la cura.

Con que les hizo muy buen agasajo, aunque se detuvo poco entre ellos para pasar á otra Provincia llamada de Chairama, donde los halló bien diferentes, porque lo eran en condiciones y valentías como lo daban á entender sus cuerpos bien dispuestos y gallardos y aún sus obras y presteza en ellas, pues

al punto que entendieron por sus espías entrar yá los nuéstros por sus tierras, todas se unían con bucinas y trompetas, hechas de las canillas de hombres que habían muerto en batallas que habían tenido por aquellas escabrosas sierras, donde estaban bien prevenidos con buen aparejo y municiones de galgas, como se vió en las que iban cayendo cuando echaron de ver que el Capitán Suárez, Sanmartín y el Alférez Juan Quadrado, con algunos otros, comenzaron á subir hacia donde estaba el mayor golpe de la gente, por un altísimo collado, porque desde sus cumbres derribaron tántas, que sólo la fortaleza y brío español pudiera no volver atrás huyendo de ellas; y á que por un buen espacio, hasta que pasó la mayor furia, no pudieron pasar adelante, pero hiciéronlo luégo, aunque no cesaban de caer de ellas y flechas de hierba, no volviendo atrás del camino comenzado, aunque en él le dieron con una de mala hierba al Capitán Suárez una mala herida en una pierna, de que sanó con la cura ordinaria y dieta, que es el mejor antídoto que han hallado para aquel veneno.

3.° Viendo los indios que no eran bastantes sus fuerzas á resistir la subida de los nuéstros, tomaron por partido hacer ellos de sus casas lo que los nuéstros habían de hacer, que fué pegarles fuego, no dejando por eso de probar de más cerca, por haber yá los nuéstros subido, las fuerzas de sus brazos con las de los españoles, y así entre los humos y llamas del incendio, fué más trabada y confusa la batalla, en que los indios, después de haber probado bien su valentía, determinaron valerse de sus pies, ya que las manos no eran bastantes á su defensa, yéndola á buscar á otros más altos peñones, viendo desde allí acabar de consumir su pueblo, en el cual los nuéstros, sobrándoles más hambre que comida, se dieron á buscarla así á la deshilada y por donde podía cada uno, sin guardar el orden militar que convenía, estando tan cercados de enemigos; lo cual, juzgando por grande inconveniente el Capitán Suárez, le dijo al Alférez Antonio de Olalla que fuese y á cuchilladas recogiese la gente, si de otra suerte no podía, pues si sucedía alguna desgracia, á ellos se les había de atribuír la culpa de no haberlo prevenido; estábalo el Alférez de su espada, y con ella en la mano comenzó á recoger la gente, que estaba tan cebada en el rancheo de las comidas, que fué menester usar de ella, dándole á un mancebo Polvorcita una cuchillada sobre las cejas que le llegaba á visitar ambas orejas, que á ser un poco más baja lo dejara sin vista, y no fuera tan pequeño el daño que de ella se siguiera si el Capitán Cardozo no le diera sana con brevedad, que fue su cirujano, á quien sabiendo tenía buena mano para curar, se vino el mozo trayendo con la suya apretada la herida, la cual dió escarmiento á los demás para que se recogiesen, y el Alférez envainase la espada y se juntasen para la prosecución de su camino.

CAPÍTULO XIII

CONTENIDO:—1.º Prosigue el Capitán Gonzalo Suárez Rondón el castigo y llega al pueblo de Quiñones—2.º Sucédenles algunas desgracias en el camino por no abreviarlo. 3.º Salen los nuéstros á la playa, donde avisaron á don Alonso les enviase caballos para los heridos, con que llegaron á San Juan de Guía.

1.º PARA haber de llegar el Capitán Suárez á San Juan de Guía donde le estaba aguardando el General, había de pasar por fuerza por un pueblo que llamaban de Quiñones, y por la misma para llegar á éste, habían de subir unas dificultosísimas cuestas, por no haber otros caminos, ó á lo menos saberse por el caudillo Juan de Sanmartín, que iba guiando á todos por lo menos dificultoso de las Sierras, las cuales, por mucha prisa que los nuéstros se dieron en salir del alojamiento, ocuparon primero los indios, estándoles como en otras partes aguardando en los altos con sus acostumbradas armas y municiones de piedras, y aunque pasaron algunas cuestas sin contradicción los soldados, cuando llegaron á la postrera, donde por el cansancio de las otras tenían necesidad de descansar y alentarse, no lo consintieron los indios, antes los comenzaron á afligir, de manera que les era forzoso á los españoles ó subir ó morir, por ser el puesto de la subida tan puesto al peligro de las piedras, flechas y macanas que no les salía en vano ninguno de los instrumentos; pero todas estas dificultades venció el Capitán Suárez, juntando en breve los más ligeros y prestos rodeleros, y yendo él adelante de ellos, cubiertos con sus rodelas y tras éstos una buena escuadra de arcabuceros, para irse defendiendo unos á otros, iban ganando tierra y el alto al enemigo, que se daba buena maña á despedir flechas, dardos y piedras no con poco daño de los nuéstros, pues ni quedaban rodelas que no se hiciesen rajas, ni petos ni cascos que no se bollasen, con riesgos manifiestos de la vida, de manera que parecía peleaban los indios desesperados de la suya; pero los nuéstros, cada uno por sus manos, procuraba guardar la que tenía ofendiendo al enemigo, el cual acudía como tiene de costumbre, á pelear con el arco en faltándole las flechas; animaban algunos que estaban algo apartados á los que andaban en la pelea, tañendo unos grandes caracoles, con que no tomaban poco esfuerzo; pero como el de los nuéstros era tan aventajado, no les bastó el suyo á resistirles el tomarles el alto de donde los ahuyentaron, como en los demás había sucedido, con que los nuéstros reposaron sólo cuando se tomó algún aliento, que no pudo ser más porque para llegar al pueblo de Quiñones, donde iban, les faltaban dos pasos peligrosos y era menester prevenirlos antes que los indios los tuviesen tomados; tomó á su cargo el asegurar esto el Capitán Suárez con algunos soldados de los

más alentados que le pareció, les aseguró de que no llegasen indios, pues hasta allí no habían llegado antes que él, con que sin estorbo se pasaron, y lo demás del camino, hasta llegar al pueblo de Quiñones.

2.º Halláronle tan despoblado de gente como poblado de comida, que fue buen socorro á la necesidad que todos padecían por lo poco que en las provincias de atrás habían tenido, cumpliólcs el deseo y apetito, lo que hallaron en el lugarejo, y escogiéronle por posada para aquella noche, no por consejo del Capitán Suárez, que como buen soldado prevenía los peligros de la guerra, y conjeturaba que el detenerse allí, habían de pagar después con las setenas por dar por eso lugar á los indios, que para lo de adelante previniesen la defensa del camino que llevaban, como sucedió; pero porque no entendieran lo hacía sólo por llevar adelante su opinión y parecer, fuese con el de los demás, á quien el cansancio del camino y pelea les forzaba apetecer el sosegar en aquel puesto para que se ayudaban el parecer de Adalid Sanmartín, que también era de que se quedaran allí aquella noche, asegurando con sus razones al Capitán Suárez, el cual viendo el parecer de los demás, ordenó las velas y encargóles el cuidado que era menester entre enemigos, sin satisfacerse de sólo esto, fiando más en el suyo que lo tuvo de velar toda la noche, habiéndoles á la primera de ella repartido por su mano la cena para que hubiera para todos, aunque bien liviana, pues no fué más que un puño de maíz con alguna batatilla ó yuca asada, que repartían como reliquias para engañar el maiz. Pasaron con este refresco aquella noche, hasta que á la mañana luégo trataron de proseguir su viaje para San Juan de Guía, á donde llegaran con más brevedad si no sucediera lo que el Capitán Suárez había conjeturado la noche antes: una infinidad de indios no les tuvieran cogidos los pasos más estrechos por donde por fuerza hubieron de pasar con riesgo de la vida, que con sus acostumbradas armas la pretendían quitar á los nuéstros, desembrazando sobre ellos flechas, dardos y piedras, como si fuera nubada de granizo, que aunque algunos se paraban algo con rodelas, no era tan del todo que no había flechas que les pasaban y aun clavaban el brazo si acertaban á topar con él, detrás de la rodela; entre todos, un indio de buen cuerpo y disposición, ya cano, que saliendo del cuerpo de la batalla á lo descubierto, con su arco y siete flechas en la mano, las supo tirar con tanta destreza y gallardía, que cada una hirió á un español y entre ellos un Gómez de la Torre, harto valiente, pero su valentía sólo bastó para resistir la cruel herida veinticuatro horas, pues al cabo de ellas rindió la vida, rabiando del veneno cruel.

3.º No les detuvo esta guazabara para que con industria de los Capitanes no pasasen este tan peligroso paso, que era el postrero para salir á la playa, donde contando los heridos, hallaron ser treinta y seis, que comenzaron luégo

á lavarles las heridas con agua de la mar, por ser aquélla una experimentada cura para aquella suerte de llagas venenosas si la herida es muy fresca, pero como yá había rato que se habían dado aquellas cuando las lavaron, fuéles de bien poco provecho y por ser todas penetrantes, y así acabaron todos, fuera de dos ó tres, unos tras otros, según la mayor ó menor fuerza del veneno que los afligía. Despacharon desde allí al General don Alonso que les enviase algunos caballos y compañeros para cargar los heridos, porque los traían cargados en hamacas los soldados, que era un intolerable trabajo después del del camino y pelea, de que no se alegró poco don Alonso por saber estaban tan cerca, y la pena que tomó de los heridos le hizo abreviar el enviarles socorro de caballos y peones y por cabo á Bartolomé Camacho, que caminando con cuidado por la playa y costas de la mar, en breve dió con la compañía que ya venía acercándose al sitio del General, de quien recibieron buenas nuevas, con el socorro de Camacho, que llegó bien á tiempo para aliviar el trabajo de los que cargaban los heridos supliéndolo los caballos, sobre que los pusieron fuertemente atados los pies y las manos ; pero era tanta la fuerza del veneno de las flechas y los metía en una rabia tan cruel, que después de despedazadas las ropas hacían lo mismo en sus carnes y en las de los demás, si podían asirlas. Al fin llegaron á San Juan de Guía, donde los estaba deseando el General y donde sin remedio de las diligentes curas que se les hizo á los heridos, murieron en medio de aquellas furiosas y lastimosas bascas. A los demás agasajó y regaló el General con lo que allí se pudo, á quien dieron larga relación de lo hecho y guazabaras que les habían dado, lo que no puso temor al General, antes hizo esfuerzos para determinarse de que se aprestase la entrada á la Provincia de Tairona, donde él quiere entrar con todos.

CAPÍTULO XIV

CONTENIDO:—1.º Entra don Alonso de Lugo en la Provincia de Tairona con su gente y sube al Peñol de los dos hermanos Murubara y Arobare — 2.º Acométenlos y préndenlos y tómanles buena cantidad de oro y hallan arriba un asno.

1.º PUSIÉRONSE las cosas para proseguir el intento lo mejor que se pudo, y por la costa del mar fué el ejército caminando hasta topar la boca del río de don Diego, por cuya margen arriba fueron caminando, rompiendo grandes malezas de montañas que fueron bastantes á fatigarlos: ya que por allí se hallaron sin indios enemigos, aunque no á muchos pasos después de entrados en el Valle del Río, les tenía á los nuéstros cogidos los más estrechos que se hacían en unas angosturas de unos altos montes de donde arro-

jaban á su salvo bien desembrazadas flechas y no tan sin provecho que en una de aquellas angosturas de una que acertó á darle en lleno quedó un soldado muerto. Llegábase ya la noche y la necesidad de descansar del gran trabajo del día y así se hubo de mirar el puesto más seguro que había, donde se rancharon fiados en el cuidado de advertidas centinelas, porque los indios bien poco más adelante las tenían puestas cuidadosas, y en toda la noche no cesaron de tocar cornetas, bucinas, tambores y caracoles, en todos aquellos grandes cerros de una parte y otra del río, los cuales tenían muy llenos de labranzas de sus maíces y raíces; á las de un monte estaba reposando nuestra gente, cuando el General, advirtiendo por el mucho ruído que sonaba los muchos indios que se habían juntado y juzgando que habían de ir siendo muchos más y que les podía ser de inconveniente se les atajaran á los soldados los pasos, hizo levantar la gente y caminar antes de amanecer, con que desmintieron las espías de los indios, y habiendo ya pasado el río por las cuestas y labranzas y al romper del alba se hallaron sin ningún peligro en las cumbres de Tairona, retirándose algo la parte de la playa y marina, donde reposaron aquel día viéndose amparados de la playa, por donde corrían algunos vientos que los alentaban de tan insufribles calores como allí hacen. Tenía determinado el General ir á dar con el silencio de la noche sobre dos caciques hermanos que estaban retirados en ciertas espesuras de unos montes llamados el uno Marubare (sic) y el otro Arobaro(sic); éstos eran unos indios naturales del pueblo que llaman de la Ramada, caciques de allí, ricos y valientes, que hostigados de las entradas que hacían por aquella provincia los españoles, y las inquietudes y desasosiegos que allí tenían, determinaron, dejando sus tierras, retirarse á un rincón olvidado de indios, fuerte y bien defendido por naturaleza, por estar cercado por lo bajo de un bravo y enmarañado arcabuco que defendía bien sus entradas, por las muchas y espesas tunas y espinos con que estaba entretejido, y por lo alto, ser peñas tajadas y dificultosísimas de subir, aunque en lo alto había buenas tierras, donde tenían hechas sus sementeras de maíz, frijoles, y otras sus comidas. Esta retirada, no tan secreta que no vino á noticia de don Alonso, que teniéndola también de las riquezas de estos caciques, determinó irles aquella noche á visitar, teniendo guías diestras que enseñasen las estrechas sendas por donde se entraba, y haciéndolas más anchas la codicia, á boca de noche, aquel mismo día, dejando en la playa los caballos, por ser imposible ni que rompieran por la montaña, ni después de ella subir el Peñol; asidos los soldados unos de otros iban siguiendo las guías que llevaban por aquellas angostas trochas, sin reparar en que por las muchas espinas y su mal calzado se les lastimaban los pies y rompían el ruín vestido que llevaban; y si acaso algunos se desasían de los otros, entendíanse por silbos y volvían á asirse y caminar.

De esta suerte y gateando por el risco, llegaron á lo alto, donde pretendían gatear á los retirados caciques, y así, al amanecer, se hallaron emboscados en los maíces que estaban ya crecidos, donde contaron los buhíos ó caneyes de los indios, los cuales no estaban del todo sin vigilancia, pues tenían puestas cien centinelas de noche, como las vieron los nuéstros, ya que era bien de día quitarse de sus puestos y venirse al pueblo, pareciéndoles, pues que yá era venido el día, y no habían sentido á nadie, no había que recelarse, pues de día era imposible entrar alguno sin que lo sintiesen. Estando así los nuéstros escondidos, á esta hora, aguardando en la que debían embestir al pueblo, oyeron rebuznar á un asno que tenían allí los indios, de que quedaron los soldados admirados, por saber que en aquellas tierras no se tenía noticia se criasen tales animales, y haber podido subir allí; teníanlo por imposible, por la dificultad de las breñas tan empinadas; y fundados en estos imposibles, cada uno echaba su juicio sobre los rebuznos que oían, supuesto, diciendo unos, que si no era con alas, no podía haber subido allí tal bestia; que aquellos voznidos eran de los indios, y que se podía tener á mala señal, porque parece querían significar que habían de escapar de sus manos los españoles, como más palos que dan á un jumento. Un soldadc extrarjero, algo entendido en humanidades, llamado Malatesta, decía que no podía ser aquél asno, sino el que finge la fábula de Sileno, porque con él ayudó á Júpiter contra los gigantes, y ayudó bien en la guerra, lo trasladó al cielo, y que de allá se había caído como tan pesado, y había dado en aquellas alturas, y allí se estaba, ó que si no era esto, que era significar que así como el mismo asno de Sileno, á puros voznidos que dió en una fiesta, levantó al Otide de entre mucho heno, con que estaba cubierto, así quería decir que se levantasen los españoles de entre aquellos yerbales en que estaban encubiertos, y que acometiesen al pueblo; pero que hacía protesta que si salía con bien de aquella pelea que tenía de prójimo, que el buen prójimo le había de hartar su hambre.

2.º La que tenían los soldados para acometer no les dejó aguardar más al día sin embestir al poblezuelo, que no era muy grande: el cual tenía cuatro entradas por cuatro partes del Peñol, todas con la misma dificultad; las cuales se había atrevido aquella noche con algunos compañeros á explorar y reconocer el Capitán Blasco Martín, el cual, con su compañía repartida, las guardó para que no se escaparan los indios, ya que no la habían sabido defender, sobre los cuales dieron á una los nuéstros: Santiago, á cuyas primeras voces salió despavorido Arobaro de su casa, con quien encontró el General don Alonso, por haberle acaso cabido aquella entrada que hubo bien menester sus bríos para habérselas con los de Arobaro: el cual, al punto que vió la gente armada, y tan sobre él y su pueblo, tocó un cuerno, á cuya voz no quedó indio que no acu-

diera con sus ordinarias armas de dardos, flechas, macanas y piedras, que arrojaban con tan buenas fuerzas, que el que de los nuéstros fiado en las suyas pensaba vencer, y hacía harto en defenderse, como le sucedió á don Alonso, el cual, con el Arobaro, que sabía bien menear sus puños, y otros indios que le acudieron al socorro, hizo harto en tenerse, y resistirles para no hacerles retirar algunos pasos atrás, donde estaba más bien expuesto para poder jugar ellos mejor sus armas, y así, con las suyas, resistió valerosamente en una angostura, para que ellos no pasasen, ni á él le hiciesen pasar, hasta que le vino socorro, del cual no tenían menos necesidad el Capitán Gonzalo Suárez y San Martín, que por otra parte se las habían con el otro Cacique Marubare, que con tanta valentía se combatía con ellos que parecía más desesperación, y querer ya concluír con la muerte las persecuciones de los castellanos que probar sus fuerzas, pues veía que la que habían tomado en aquel Peñol, por ser tan inexpugnable á su parecer, no había sido bastante el librarse de su ira é inquietudes, y así con este coraje les hacía á veces dejar sus puestos y retirarse á los dos valientes Capitanes, en que estaba tan encendido, que hablando el Capitán Juan de Sanmartín, que le conocía desde la Ramada, que se diera de paz y amistad, y se la guardarían, y no repararían en algunos agravios que de él habían recibido en la Ramada y que se quedaría en su tierra en paz y quietud, no hacía cuenta de cuanto le decía, antes dándose prisa en la pelea, les decía : antes es mejor con vosotros guerra sangrienta, que tratar de paces que tan mal guardáis, pues si alguna la he mostrado con vosotros nos ha salido á la cara, habiendo parado en hacernos servir y apocarnos nuestras haciendas, y así si os acordáis de los agravios que en esto tengo recibido, bien sabéis que no me desquitaré si mato mil españoles, con que antes me podéis pedir haga más confianza de mi lanza y macana que no de vuestras palabras ; éstas y otras tales tan sentidas palabras decía el Cacique Marubare, correspondiendo á ellas con sus obras, de tal manera, que hacía estar la victoria dudosa y la batalla en un peso; hasta que habiendo subido el Capitán don Pedro de Portugal con su Compañía al Peñol, que se había quedado á la subida á la retaguardia, se juntó con los demás que peleaban con Marubare y sus indios, el cual, como se vido todo cercado de españoles, con mayor fiereza abusaba sus bríos, sin perder un punto de ellos, con que los de la batalla iban creciendo, donde fué menester mostrar los que tenían y su buen aliento el Capitán Orejuela y el Alférez Antonio de Olalla. Viéndose entre estos valientes Capitanes, y que su fuerza, yá por fuerza iba desfalleciendo, acordó é intentó, yá que tenía cansadas las manos, valerse de los pies, como lo tienen estas naciones de costumbre, la cual no les valió esta vez, porque don Alonso, que yá tenia preso al hermano, lo estorbó poniendo defensa en las salidas, y así los prendieron á entrambos vivos, con muchos de sus vasallos, con

buena presa, pues además de las muchas joyas, chagualas y preseas de oro fino, tomaron más de quince mil pesos de oro finísimo, que hallaron en las casas del Cacique y de los indios.

CAPÍTULO XV

CONTENIDO:—1.º Bajan los españoles del Peñol con los indios presos y el despojo — 2.º Háceles don Alonso una plática —3.º Hállanse ciertos caneyes y en ellos muchas estancias — 4.º Mueren cuarenta y cinco españoles.

1.º PACIFICADA yá la guerra y hecho el rancheo en las casas de los indios, trataron de saber la historia del asno, y cómo había sido posible subirlo por camino tan dificultoso, y contándole el suceso los indios, dijeron que habiendo en aquella costa dado un navío con viento contrario al través, se hizo pedazos, y que habiendo muerto á los del navío, que salieron en tierra, guardaron aquel animal y lo subieron allí sobre unos palos con sogas y mucha fuerza de indios, con los demás despojos que pudieron tomar del navío, como aparecían allí entre las alhajas de los indios, como eran camisas, jubones, bonetes colorados, hachas, palas, azadones, de que se aprovecharon los soldados, y de otras cosas que los indios desechaban por no ser de su usanza y traje. Juntóse todo el pillaje que se hubo del pueblo y bajaron con él por aquellos caminos tan dificultosos de bajar como de subir, pues más se podían decir apeaderos de gatos que caminos de hombres, por donde también dieron traza de que se bajase el jumento vivo, con el modo de angarillas que le habían subido, y no fue tan sin provecho el haberlo bajado y resarcídole la vida que toda la que tuvo sirvió muy bien de lo que pudo mientras lo trajeron en aquella costa de Santa Marta, y después subiéndole por mil dificultades á este Reino los conquistadores, mereció también nombre de conquistador, que así le llamaban y fue el primero que de su casta pisó estas tierras, y aun otras muchas, pues lo llevó á una entrada que hizo el Sargento Mayor Salinas y el Capitán Juan de Montalvo, y últimamente, llevándolo á la jornada que en esta tierra se llama del Dorado, que hizo desde este Reino Fernando de Quesada, cuando su hermano Gonzalo Jiménez de Quesada, el descubridor, le dejó su Lugar Teniente cuando se fue á España, les ayudó á llevar lo que le cargaban, en especial al Padre Fr. Vicente Requesada, de la Orden del Padre San Agustín, que fué á esta jornada desde este Reino, á donde había entrado con Nicolás de Fredemán; el cual padre después de haberle hecho el jumento buenos servicios, á la vuelta de la jornada, que volvían desbaratados, apretándo-

les la hambre lo mató para comer, sin dejar perder cosa de él, pues cogieron la sangre y con las tripas hicieron morcillas, y aun hasta del cuero comieron, bien cocido, de suerte que les sirvió bien en vida y mejor en muerte, socorriendo á tiempo tan estrecha hambre, por donde se puede entender los trabajos que en estos descubrimientos se pasan.

2.º Pasados, pues, los que tuvieron nuestros soldados en bajar del Peñol hasta llegar á donde habían dejado los caballos, y desde allí á la playa, hizo el don Alonso de Lugo soltar todos los indios que habían bajado para que se volviesen á su tierra, y si hiciera lo mismo con el oro que de ellos habían tomado, para que fuera á las manos de los Capitanes y soldados, no cobrara tan ruin nombre, como se le siguió de lo que con él hizo, guardándolo para sí con cautela y dándoles á ellos palabras, que allí en la playa les dijo de esta manera : Verdaderamente, señores y compañeros míos, no me fuera posible creer, si por mis ojos no lo hubiera visto, ser tanto el valor de los españoles para sufrir trabajos y emprender dificultades, pero la experiencia de las muchas é invencibles que en esta jornada se han emprendido y vencido, me ha desengañado y dado atrevimiento á decir que otro que un ánimo español, no pudiera haber rompido con ellas, y quedo corrido de no haberlas creído en ocasiones que fuera de esta tierra me las habían contado, siendo verdad que las lenguas por mucho que se alarguen en sus alabanzas quedarán muchos pasos atrás de lo que los hechos merecen, así de alabanza como de premio, y así el que se la debe á los que están presentes, es muy mayor de lo que se les puede dar con los despojos y pillajes que hemos sacado de esta guerra, y quisiera yo que estos montes fueran de oro para satisfacer con largueza lo mucho que entre ellos se ha trabajado ; pero si la suerte ha sido corta y la fortuna, que llaman, avara, habráse de contentar cada uno con lo que le cupiere de lo recogido, fiando en sus manos y buena suerte que en otras ocasiones, que no faltarán, habrá con qué satisfaga todo á contento. Este le tuviera yo muy grande de que aquí se repartiera lo cogido, si no me movieran mayores razones de que esto haga mi padre el Adelantado en Santa Marta, porque aunque yo más quisiera igualar lo que cada uno merece con lo que se repartiere, según lo poco que hay que repartir, de cierto no dejara de haber muchos con disgustos, los cuales no querría yo dar á quien deseo servir, y así sólo serviré de depositario para todos hasta entregarlo á quien á satisfacción de todos sabrá hacer la repartición. De esta plática, aunque algunos quedaron satisfechos no entendiendo otra cosa de lo que decía, los de mejor juicio bien alargaron el pensamiento á conocer el que tenía quien le hacía, y que era de quedarse con todo, como sucedió; pero los unos y los otros hubieron de conceder á sus razones y estar á lo que sucediera.

3.º Habiendo descansado allí el ejército, determinó el General que se marchase la vuelta de la Ramada, que llega sus términos aquel lugar, donde estaban cuando se partieron para las faldas de la Sierra de Marasa, que llegan á la mar, y cerca de sus riberas hallaron grandes ramadas y caneyes, aunque vacíos por haberlos desamparado los indios, en oyendo la venida de los españoles, los cuales, por no dejar diligencia que hacer que no la intentasen, hiciéronla en cavar el suelo por si habían dejado los indios escondido algún oro; y no fué en vano, pues no dejaron de hallar alguno, con que juntándolo al mismo depósito de don Alonso, le cebaron más sus deseos é intentos, no sin desabrimiento de los soldados, que estiman más lo poco que se les da de presente, de que se aprovechan, que acrecentadas promesas, que pocas veces las logran. No hallaron allí comidas con qué satisfacer la hambre; y así ella les hizo desamparar presto el sitio y caminar hacia el río de la Gaira, junto á cuya margen hallaron un capacísimo bohío, dentro del cual estaban sobre mil estatuas de madera, de la altura de un indio, hincadas por su orden en el suelo haciendo fila, que según se vino á entender, eran los simulacros y figuras de los reyes y principales que habían sido de aquella provincia llamada de los Guane Bucanes. Perecía la gente por la falta de comida, de manera que fue forzoso saliese don Pedro de Portugal, con cuatrocientos hombres á buscarla; tomando la parte del Este, que es la costa adelante hacia el Cabo de la Vela; en cuyo paraje, no habiendo hallado hasta allí ningún socorro, vieron que por la costa venía navegando una caravela, á quien le fué forzoso hacer seña con un lienzo blanco, la cual conociendo los de la justa, echaron el batel al agua y en breve llegaron con él á poder hablar con los soldados desde la chalupa, porque no se fiaron los marineros de que pudiera ser algún engaño, y así entendida la necesidad que nuestros soldados tenían, volvieron á la caravela y en ella cargaron algunos tercios de cazabe, que es el ordinario bizcocho con que se navega en aquellas costas, y alguna carne salada; y volviendo con el esquife á los de la tierra, sin saltar en ella, no habiéndoseles quitado el recelo, les arrojaron por ella. Volvieron la vuelta de su caravela, la cual pasó adelante, y el portugués don Pedro, también con su compañía, á buscar con lo que les habían dado más que comer, antes que aquello se les acabase.

4.º Y así guiando hacia unas cordilleras, que les parecía tendrían lo que iban á buscar, hallaron algunas sementeras y labranzas de yucas, ahuyamas, pericaguaros y batatas, de que comieron, y cargaron á su gusto, aunque de noche, por no ser sentidos y aun por llegar más presto á la Ramada, donde los compañeros quedaban aguardando el refresco; cogieron otras trochas y caminos de los que habían traído, que les valiera más volver por ellos, pues en el atajo dieron, pues, en unas ciénagas pantanosas que apenas podían salir de ellas los

más valientes, y que no habían comido tanta yuca, porque los que habían enfrascado de ella, conocieron bien á su costa sus efectos, que son de emborrachar tan fuertemente como el muy buen vino, lo cual sucede muy de ordinario á los que no conociendo sus efectos se ceban en su sabor, que es bueno, especialmente guisado con la hambre, y así los que con ésta habían cargado los estómagos, se hallaban cargada la cabeza, de manera que no podían dar paso ni aun tenerse en pie; á que ayudó mucho los insufribles soles de aquellas tierras, y con estos accidentes, metidos en aquel pantano, no les fue posible salir á más de cuarenta y cuatro, á los cuales ni los que salieron, ni el Capitán, ni un Pablo Fernández que los guiaba, curaron de socorrer, ó por parecerles que saldrían con el fresco de la noche, ó que si se detenían á ayudarles también ellos perecerían, y así dejándolos en aquella tan extrema necesidad, llegaron á la Ramada, donde les pareció cumplían con decírselo al General don Alonso, que por ser cabeza le corrían mayores obligaciones del remedio, pero como tenía tan lleno el corazón de oro, no hubo lugar donde cupiera piedad, y así sin ella perecieron aquellos cuarenta y cinco soldados ahogados del sol, ó muertos de la hambre, ó de indios caribes, pues no se supo más de ellos vivos ó muertos.

CAPÍTULO XVI

1.° Toma don Alonso de Lugo la vuelta de la ciudad de Santa Marta con intentos de irse con el oro á España, como se lo descubre á un criado—2.° Confieren sobre el hecho el criado y el amo—3.° Llega don Alonso á la ciudad, habiendo dado cuenta á su padre de la guerra; embárcase en secreto y váse con el pillaje á España.

1.° COMO ya el General don Alonso tenía la bolsa llena, y los deseos en la vuelta de España, haciéndosele ya tarde el no ejecutarlos, no le pareció detenerse más en entradas la tierra adentro, sino seguir el camino de Santa Marta, para donde mandó marchar caminando sin peligro á buen paso hasta que llegaron al que llaman de Rodrigo, donde fué tan brava la guazabara que allí les dieron los indios y la batalla tan reñida, que murieron en ella doscientos españoles y mucha cantidad de los enemigos. Allí también sucedió á uno de los peones que iban en el ejército, que no se ha sabido el nombre, sólo que era extranjero, con la prisa que le debiera de dar el hambre, le mató un caballo á Gómez del Corral, y cortándole un buen pedazo de una pierna, se metió á guisarlo donde ni pudieron rastrearlo aunque lo buscaron, ni pareció más vivo ni muerto. Desde este lugar y estrechos fueron caminando hasta llegar á la sabana rasa, donde hizo parar el General y dió á entender

á los soldados que gustaba de que todos descansasen allí algunos días mientras él iba á llevar á su padre la nueva de lo sucedido, y el oro que se traía y habían juntado en la jornada, y tomando el camino en prosecución de sus intentos para Santa Marta, y el bagaje y criados que hubo menester y mejor le parecieron á su propósito, á la mitad de la jornada declaró el que llevaba á un paje suyo llamado Saucedo, de quien él parece hacía más confianza, y la quiso hacer entonces, para que lo ayudara á lo que pretendía, pues por sí solo, mal pudiera salir con ello.

2.° Quiérote descubrir, Saucedo, los intentos que llevo, le dijo, que si me ayudas á ellos, ambos seremos de ventura, pues nuestra buena suerte nos la ha traído á las manos, y mal se me andaran las mías si de esta hecha no acabo de salir de tántas miserias, como en estas jornadas se padecen, y más me cansa el comenzarlas ahora, y ser cierto haber de durar mil siglos y todas con disgustos. Quiero, pues, si pudiese atajar éstos, y procurar tener gusto en aquella buena tierra de España, donde con poco que un hombre tenga, si lo sabe gastar á tiempo y sazón, se luce y es estimado de todos, y no en estas tierras donde un hombre no se puede aprovechar de la lanza y caballo, ni mostrar su valor delante de quien lo estime, y así yo determino de dar traza de que secretamente nos embarquemos en uno de estos galeones que están en el puerto. Con este oro que llevamos, que aunque para todos los soldados y Capitanes es poco, para uno ó dos será algo, que es la menor parte que del repartimiento á mí me cabe como á General, y las de los demás bien sé que si las pidiera, me las dieran, según son de comedidos todos los del ejército. Sólo podían retardar estos intentos ver á mi padre con necesidades, que sé no haber pagado los fletes de los navíos en que vinimos, por no tener con qué; pero todo esto viene á ser veinte días de dilación, en los cuales harán entradas los soldados, y la ventura que nos ha corrido ahora, les correrá á ellos y les llenará las manos con que haiga para las necesidades de los soldados y las suyas, y no se echará menos ni hará falta lo que ahora tenemos; por cuanto, amigo, la noche que te avisare, llevarás con recato el oro al navío que yo te dijere, que yo tendré dispuesto el poder hacernos luégo á la vela, antes que sean sentidos nuestros propósitos, y tus cuidados déjalos de mi cargo, que yo tendré de premiar tu amistad; pues ya nuestra suerte ha puesto en nuestras manos, con que hay para todo. En todo le concedió el criado después de algunas réplicas, con que fueron acercándose á la ciudad, cuando ya de ella iba saliendo la nobleza al recibimiento del General, cuando esto iban diciendo.

3.° Con que se acortó la plática del caso y se comenzó la de las cortesías y bienvenidas de los de la ciudad, á donde entró callando lo del oro, y como no dejaba á los soldados y Capitanes más que el asno del pillaje, que aunque poca

todavía, tenía cada uno su parte en él para haberle entregado todo el demás pillaje; pero no se le ocultó al Adelantado, su padre, tanto lo del oro, que no le viniese á entender, y aun al hijo, que su padre lo había entendido, lo cual le fué espuelas para abreviar la ejecución de sus intentos, y así en un navío que estaba ya para hacerse á la vela, dentro de pocos días, concertó su viaje con su criado, que en el silencio de la noche llevase á embarcar el oro. Y aun hay quien diga que para aumentar el caudal traspuso al navío también la balija de su padre; sea de esto lo que fuere, bástale al día su malicia, que su industria bastó para darse á todo buena maña, hasta verse en el navío con su oro y criado y decirle al Capitán de él, que era orden de su padre, para cierta diligencia, que se bajasen anclas y se hiciesen á la vela, porque así convenía; á que acudieron los marineros, y saliendo con buen tiempo del puerto, fueron con él hasta llegar á los de España, donde entrando en la corte, comenzó á hacer don Alonso demostraciones, á costa de las miserias en que dejaba á su padre y á los demás Capitanes y soldados. Escribió el Adelantado al Emperador el hecho de su hijo, suplicándole le mandara cortar la cabeza, que pues él se olvidó del respeto que debía á su padre, no hay que espantarse, el padre se olvidara del amor que se debe á su hijo. Fueron estas cartas en un navío, que tras el que llevaba don Alonso, se hizo á la vela, en que iba siguiéndole para la burla que les había hecho el Capitán Diego López de Haro, á quien había prometido darle el oficio más honroso de la milicia. Bien corrido de que se hubiese faltado en ello, y su sobrino Martín de Castañoso, y Alonso de Guzmán con otros muchos Capitanes y soldados, que llegados á la Corte, y dadas las cartas del Adelantado al Emperador, mandó dar la voz al Fiscal del Consejo, que era el Licenciado Villalobos, para que acusase al don Alonso, el cual, aunque por esta acusación fue preso, se supo dar tal maña, y aprovechar tan bien del oro, que lo mismo por que le acusaba, le sacó también el pie del cepo, y sus tuertos los enderezó con la contrapesa del oro, pues no sólo salió bien de sus negocios, sino que negoció muchos y buenos amigos, que después le ayudaron á quedar libre del todo; aunque lo que más le ayudó fué el morir su padre á pocos meses de como el don Alonso llegó en España.

CAPÍTULO XVII

CONTENIDO:—1.º Por las enfermedades de la ciudad se abrevia la salida de ella á los nuevos descubrimientos—2.º Consúltase por el Adelantado y sale determinado sean hacia los nacimientos del Río Grande, á que se ofreció el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada—3.º Hacen bergantines para el Río, y dispónese lo demás necesario á la jornada por agua y tierra, y dásele título al Licenciado Jiménez—4.º Señálanse ochocientos hombres para la jornada.

1 O UNA de las ciudades más combatidas de desgracias que hallo en las historias de las Indias, me ha parecido siempre la de Santa Marta, que parece que, como es una de las puertas por donde se entra en la tierra firme, se registran en ella como en aduana los desgraciados sucesos que están repartidos por las ciudades de adentro, pues ni en ella han faltado muertes violentas de sus Gobernadores, como hemos dicho de la del Gobernador Bastida; incendios tras cada paso; robos de corsarios piratas; alzamientos ordinarios de sus naturales indios; hambres irreparables con enfermedades de pestilencias y contagios, como ahora en esta ocasión de la ida de don Alonso de Lugo las había de unas calenturas tan pestilentes, que con mucha brevedad despachaba á los heridos, y éstos eran tan á montones, que para abreviar los oficios acontecía echar quince y veinte en un hoyo; de manera que no se tañían las campanas por ninguno que se moría; yá porque si se hubieran de tañer á todos, fuera menester que nunca cesaran; y yá porque el clamor de ellas no desmayase á los demás y desfalleciesen, viendo las fuerzas que todavía tenía la enfermedad. Esto le quitaba las suyas para no poderse alegrar el Adelantado, más que el hecho de su hijo, aunque fué bien ocasionado á sentimientos; pero como eso venía á parar en bienes de fortuna, ella que los da, según lenguaje del vulgo, ella los quita y los vuelve á dar; al fin esto era lo menos que sentía, y su poca salud, aunque era bien poca. En lo que más cargaba el pensamiento era en el buen despacho que deseaba dar á la jornada y nuevos descubrimientos que tenía deseo se hiciesen, conformándose con los Capitanes que tenían el mismo: yá por ver la ciudad tan necesitada de comida, lo que no era poca causa de las enfermedades, y yá por librarse de no caer en ellas, haciéndose á lo largo de aquellos aires contagiosos, que andaban en aquel puesto, y aun se podía sospechar que si no disponía el Adelantado esta salida, la dispondría la gente haciendo fuga por donde pudiese para librar la vida de entre tantas muertes. Determinándose el don Pedro á remediar éstas con echar la gente fuera, no quiso hacer nada como hombre cuerdo, y que en todo deseaba buenos aciertos, sin tomar consejo de los más antiguos Capitanes, y así

llamándolos aparte para conferir entre todos lo que más convenía, propúsoles con breves palabras sus intentos, á que acudieron todos con gusto por ser conformes á los suyos, de que cada día hacían todos conocidas muestras.

2.º Sólo fué menester, asentada ya en la voluntad de todos la jornada, de determinar por dónde se había de hacer, y qué derrota y camino se había de tomar, para mayores y más útiles descubrimientos, acerca de lo cual, después de haber peloteado el caso con diversos pareceres, el de los más antiguos y acertados capitanes fué decir que no hallaban tierra que por entonces fuese más conveniente seguir que la de los nacimientos del río Grande de la Magdalena, porque la del cabo de la Vela y laguna de Maracaibo que miran al este, ya toda estaba descubierta y corrida por muchos que la habían pisado, de la Provincia de Venezuela por la parte de la boca del río Grande, que es la de Oeste corriendo la costa adelante estaba la Provincia de Cartagena, bien sabida yá de muchos; pues las tierras de Santa Marta sería de ningún fruto andarse por ellas, ni aun pretender entrarles, pues de esto ya se tenían experiencias largas que antes resultaban en daños que en provechos de los españoles sus entradas; y finalmente, ya estaba pisada y descubierta toda la tierra que hay detrás de las sierras de Santa Marta, como es el Valle de Upar, y otros que por allí hay con sus grandes ríos y quebradas, y que aunque es verdad que habían llegado dos veces á cierta provincia que por aquella parte confina con el Río Grande y se habían vuelto á salir por las muchas enfermedades que daban á los soldados, con todo eso, no habían cobrado miedo de seguir las riberas de aquel gran río, por haber sido muy menores los temores que les pudieron poner las enfermedades que picaron en aquella Provincia que las esperanzas de que se llenaron que en todas sus márgenes hasta sus nacimientos había grandes provincias y en ellas no menores riquezas, porque según estaba de bien poblado el río en toda aquella parte que habían dado vista, no era posible ser menos lo de adelante, de donde se había venido poblando aquello postrero. Fácilmente convencieron estas razones al Adelantado y á su Teniente el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, por ser ellas al parecer eficaces, y ellos materia bien dispuesta para dejarse convencer, por ayudar tanto el deseo que tenían á descubrimientos nuevos, y así tomada resolución por todos de seguir estos pareceres y rumbo, la tomó también el Gonzalo Jiménez, el ofrecerse á ella sirviéndose el Adelantado de concedérsela, porque aunque era hombre que profesaba letras, y no pocas, era también mozo gallardo y de gallardo brío, y que las letras no le habían acobardado las fuerzas, antes corregídolas, pues la prudencia, que es muy hija de las letras, tiene por principal ejercicio templar los bríos para que con sazón y á su tiempo se empleen en empresas generosas hijas de los altos, nobles y hidalgos pensamientos, y así las letras como esmalte sobre el oro de

la nobleza, de los bríos y fuerzas naturales: todo esto conoció el mundo concurrir en el Licenciado Gonzalo Jiménez, como se verá adelante, y comenzó á mostrar ahora en ofrecerse tan de veras á este descubrimiento de los nacimientos del Río Grande de la Magdalena y prosiguió y acabó con tanta gloria suya y provecho de tántos.

3.º Los fines tan dichosos que esta jornada tuvo, parece los barruntaba el Adelantado Lugo, pues sin reparar en el poco posible que tenía, trató luégo de que se dispusiese lo necesario al viaje y empresa y que se hiciesen bergantines y barcos para que navegando el río arriba en compañía de la gente que fuese por tierra, se fuesen ayudando los unos á los otros en las necesidades que sin duda se les habían de ofrecer, porque ya se tenía experiencia en lo visto, y conjetura en lo que estaba por ver: que en este Río Grande entran otros grandes de que se hacen y llenan con sus crecientes otras muy grandes lagunas que ensanchan sus lados, que por estas Indias se llaman esteros ó ciénagas, y todos estos ríos y esteros de ordinario son muy fondables y peligrosísimos de pasar por esto, y la multitud de caimanes, ó sean cocodrilos, como algunos quieren, que con tanta facilidad arrebatan un hombre á caballo cuando van pasando el río, y se lo llevan como si no hicieran nada, como de todo esto se tenía larga experiencia con lo que había sucedido en las dos desgraciadas jornadas que el río arriba se habían hecho en tiempo de García de Lerma, Gobernador pasado de Santa Marta, donde habían perecido muchos soldados al pasar de estos ríos y ciénagas, por haberlos cogido estos caimanes, todo lo cual se intentó remediar con llevar los bergantines y barcos por el río para que en la necesidad de pasaje en algún dificultoso paso la gente de tierra los pasase en ellos, en que también llevasen los enfermos y matalotajes. A esto hizo dar tanta prisa el Adelantado, que en breve tiempo se hicieron seis bergantines y un barco y se proveyeron de lo necesario al viaje, así de lo que era menester para el río, como de lo que habían de ayudar á llevar para los de tierra, y estando éstos á pique para poder navegar, y señalado por su Teniente general para la jornada al Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, le dió su título, que por ser largo no lo pongo todo, aunque lo tengo en mi poder, pero lo que nos importa dice así: «Don Pedro Fernández de Lugo, Adelantado de las Islas de Canaria y Gobernador perpetuo de la ciudad de Santa Marta y sus provincias por su Majestad, por la presente nombro por mi Teniente General al Licenciado Jiménez de la gente, así de á pie como de á caballo, que está aprestada para salir al descubrimiento de los nacimientos del Río Grande de la Magdalena, al cual dicho Licenciado doy todo poder cumplido, según que yo lo he y tengo de su Majestad, y le mando que no vaya ni pase en cosa alguna ni en parte de ello de los capítulos susodichos, sino que en todo y por todo se cumplan por

la forma y manera susodicha, so pena de la vida y perdimiento de todos sus bienes para la Cámara y Fisco de su Majestad; y mando á todos los Capitanes, caballeros, y á toda la otra gente de guerra que fuere á la dicha entrada, que lo obedezcan y acaten como á mi Teniente general de mi Armada, so la dicha pena al que lo contrario hiciere de lo susodicho. El cual dicho poder vos doy con todas sus incidencias y dependencias. Fecho en Santa Marta, á primero de Abril de mil quinientos treinta y siete años. Adelantado.» De esto se ve cuánto se engaña Herrera, Déca. 5 y 6, libro 1,° cap. 1.°, poniendo esta jornada del descubrimiento del Nuevo Reino de Granada el año de mil quinientos treinta y seis (1536) cuando no estaba dada la comisión para hacerla.

4.° Hallábanse en este tiempo mil hombres en Santa Marta para poder tomar armas, de los cuales entresacó de los que eran más á propósito ochocientos para esta jornada, haciendo de ellos ocho compañías los casi seiscientos ; se ordenó fuesen por tierra con el General, de los cuales fueron Capitanes señalados por el Adelantado y que entrasen en lugar de Jiménez por su falta, el Capitán Juan de Junco; por falta de ambos, el Capitán Gonzalo Suárez Rondón, y asímismo señaló por Capitanes de infantería de tierra á Juan de Céspedes, manchego ; á Juan Sanmartín, á Pedro Fernández de Valenzuela, á Lázaro Fonte, á Lebrija y á Juan de Madrid, que murió en el camino, antes de llegar al Reino; y por Alférez á Gonzalo García Zorro y Antón de Olalla ; para los doscientos hombres y más los Capitanes que se repartieron en los bergantines se señalaron: por cabo, á Diego de Urbina, vizcaíno; por Capitanes, á Antonio Díaz Cardoso, á Luis de Manjarrés y á Juan Chamorro; por Veedor, a Ortún Velásquez de Velasco. Llevaban los que iban por tierra cien caballos, aunque otros ponen menor número, pero éste es el más cierto; parte de ellos buenos y aparejados para guerra, y parte para cargas, á quien acompañaba el jumento que cogieron en la presa de los dos hermanos caciques Arobaro y Marubara, como queda largamente dicho.

CAPÍTULO XVIII

CONTENIDO:—1.º Sale el ejército de Santa Marta y comienzan luégo á embestirle mil necesidades—2.º Salen los bergantines de Santa Marta á la boca del Río Grande—3.º Padecen allí tormenta y van á parar con diversas desgracias á diversas partes.

1.º TAN llenos de bríos como de esperanzas, por los colmados frutos que esperaban coger de sus trabajos, salieron de Santa Marta con su General Quesada toda la infantería y Capitanes, á seis días del mes de Abril del año del nacimiento del Señor de mil quinientos treinta y siete (1537) en prosecución de su viaje y jornada en descubrimiento de los nacimientos del Río Grande de la Magdalena, yendo prevenidos, lo mejor que se pudo, de todo lo más importante al viaje, y como no era lo menos el llevar prevención en las cosas espirituales, sino lo más para lo que tocaba á ellas, iban el Padre Fr. Domingo de las Casas, de la Orden de N. P. Santo Domingo, y el Padre Antón de Lescano, clérigo, con buen recado para poder decir misa donde se ofreciese oportunidad. No consintió el Adelantado que fuese á esta jornada el Capitán Juan Ruiz de Orejuela, sino quedase en su compañía, por ser hombre de consejo para lo que se ofreciese acerca de su persona; pero con condición tratada por el Adelantado con su Teniente Jiménez y con los Capitanes que iban con él, que habían de entrar en iguales partes de las ganancias que se tuviesen en aquella jornada con los demás Capitanes que venían y como Sargento Mayor, pues no se quedaba excusado de venir en ella sino por razón de más importancia, como lo era quedar con el Adelantado para lo dicho. A pocos días que salieron los soldados, le dió título de Maese de Campo el Adelantado, en veintitrés de Abril de dicho año. Salido, pues, el ejército de Santa Marta, comenzó á marchar la vuelta de la Provincia de Chimila, que está apartada de Santa Marta cuarenta leguas á las faldas de las Provincias de los Caribes. Es tierra algo falta de agua, poblada de gente desnuda, corpulenta, belicosa y bien experta en manejar arco y flechas; usan de yerba brava en ellas como en las demás Provincias sus vecinas es gente atraidorada, y que nunca pelea sino en emboscadas y muy á su salvo y en prevenidas ocasiones de hacer asaltos, con los cuales ardides han recibido siempre menos daño de los españoles las veces que se les ha hecho entradas, que los nuéstros de ellos, de donde ha sucedido que hoy se están por conquistar, después de haberse intentado por muchos muchas veces, en especial por don Lope de Orozco, que envió muy de propósito á poblar por el Capitán Antonio Cordero, muy después de esto. Apenas hubo entrado el ejército en esta Provincia, cuando por ser poca la comida que llevaban, comenzaron á sentir su falta, para cuyo reparo los Ca-

pitanes Baltasar Maldonado y Gonzalo Suárez y Lebrija, con la gente que se les señaló, salieron á correr la comarca y buscar comida, de que juntaron muy buena copia, y con indios que cogieron, la trajeron al ejército, donde es repartió por el General con alguna carne de venados que se habían cazado con los caballos y perros, de que se sustentaron los soldados algunos días, y sucedió allí que luégo al primero que llegaron los Capitanes de la salida, llegó una india á ellos, despavorida, suelto el cabello y haciendo mil extremos, con lágrimas y acciones y yéndose derecha á uno de los muchachos que habían traído cautivo, se abrazó de él, y con tiernísimas lágrimas le dijo que pues él, siendo su hijo, iba captivo, que también ella lo quería ser en su compañía, cuyo afecto y lágrimas ablandaron tánto el pecho del General, que no sólo le dió á su hijo, sino á todos los indios que se habían traído presos, reservando sólo á un viejo que les guiase por aquella Provincia, por lo cual le fué forzoso caminar á paso largo por la entrada del invierno con que iba ya llenando el Río Grande, las ciénegas de sus lados, y así se arrimaron á las de la Provincia de los Caribes, por ser tierra más alta, con que no dejó de rodearse algo para llegarse al Río Grande y dificultarse más el camino, pues para hacerlo que se pudiera pasar se fué rompiendo de nuevo y abriéndolo entre alcabucos por ásperas sierras y montañas; á mayor estorbo se añadió el de un caudaloso río llamado Arignón, que está al remate de la Provincia de Achimila, el cual, después de habérsele tomado vado y no haberle hallado, por sus muchas crecientes, fué necesario pasar por cabuyas ó sogas que se hicieron de las hamacas y otros cordeles que algunos llevaban, no muy á propósito todo para aquello; pero acomodólo la necesidad lo mejor que pudo, aunque no fué tanto que por el mal aderezo al pasar las armas, carnados y matalotajes no se perdiese mucho de ello de que después conocieron la falta bien á su costa, por ver la del Río Grande, por entre todos estos estorbos se dieron la prisa que pudieron para tomar nombre de los bergantines, y que no se los pasasen adelante sin verlos, porque aunque cuando salieron de Santa Marta quedó concertado que se juntasen en la Provincia de Sompallón, que está poco menos de cien leguas el río arriba. Con todo eso deseaba el General verse con ellos antes, para socorrer en ellos las enfermedades de algunos soldados que las tenían ya penosas Y en los barcos irían con algún alivio y lo darían á los que los cargan por no poder andar por sí. Caminando con estos cuidados llegaron á una poblazón llamada Chiriguaná, de la Provincia de Tamalameque, á donde los recibieron de paz y descansaron algunos días, supuesto que con algún cuidado, por no haber hallado rastro de los bergantines que ya, según se cuenta, habían de haber llegado allí, y acampado; y así hubiera sido, si no los hubiera atajado los pasos la desgracia que les sucedió á la boca del Río Grande, que pasó así:

2.º Salieron de Santa Marta los cinco bergantines y la finiestra ó carabela, el Miércoles Santo, á seis días de como salió la infantería, y aquella noche durmieron en un ancón, junto á tierra, llamado los Diques; y otro día, antes que amaneciese, Jueves Santo, comenzaron á proseguir su viaje á la boca del Río Grande, á donde llegando, quiso el Capitán Urbina que entrasen, sin reparar en algunos inconvenientes que le representaba el piloto, Maestre Juan, por venir el río tan crecido y la mar inquieta, que para las corrientes del río no es poco estorbo, en especial cuando va con sus ordinarios embarazos en sus crecientes, que son de mucha madera y aun árboles enteros con sus raíces, como ceibas y cedros que ha sacado de las montañas por donde pasa; todo lo cual hacía temer á todos; sólo al Diego de Urbina se le aumentaba el ánimo, ó por decirlo con su vocablo, la temeridad, pues lo fué contra el manifiesto peligro y opinión de todos, hasta que se arrojasen á la entrada, lo cual hubieron de hacer los pilotos y marineros; pero con tánta flojedad que parece les anunciaba el suceso triste, que fué así en medio de las corrientes del Río Grande, bien á la boca que desagua en el mar del Norte, se hace una isla un poco más la parte de Cartagena, que tiene cinco leguas de prolongación con que le hace al río entrar por dos bocas en el mar: la que está á la banda de Cartagena es más angosta, por estar la isla cargada más á aquella parte respecto de la mitad del río; la otra, que está á la banda de Santa Marta, es por la misma razón más ancha; por ésta, pues, se embarcaron los primeros bergantines que iban para tomar la vuelta el río arriba, en el cual, habiendo entrado, arrojó tan repentino olaje, con un huracán y tormenta tan deshecha, que luégo allí se fué á pique un barco que llevaban, demás de los seis bergantines, con toda la gente que iba en él, y los cuatro bergantines fueron tan azotados de las olas y temporal, que ni les bastó alijar los matalotajes y ropa, ni usar de las demás diligencias que en tales trances se usan, para que no fuesen arrojados de los bravos vientos á diversas partes de la costa de Cartagena, pasada la boca del río.

3.º Porque á la fragata ó finiestra que llevaba de respeto por suya el Diego de Urbina, con cincuenta hombres, arrojó la borrasca sobre el promontorio y punta que llaman de Morro Hermoso, que está pasado el Río Grande á la costa de Cartagena; tierra entonces poblada de gente caribe y brava y que á la sazón estaba de guerra, donde como los españoles saliesen, los que salieron, que fueron pocos, atormentados de los golpes del mar, desnudos y sin armas, almadeados y mojados, y cada cual por su parte, dieron los indios en ellos y sin que escapase alguno, fueron miserablemente despedazados de aquellos bárbaros y sepultados en sus vientres. Algo menor fué la desgracia del Capitán Diego de Urbina, cuyo bergantín fué arrojado un poco más adelante de este promontorio, en un paraje que llaman la Arboleda, tierra de los mismos caribes; pero su

buena suerte reparó algo del trabajo que se pudiera suceder, como á los de su carabela, con dar en tierra al anochecer y sin que pareciera ninguno de aquellos caribes, con que cubierto del manto de la noche, él y su gente, desamparando el barco y lo poco que en él se había escapado, procuraron librar las vidas, poniendo, como dicen, pies en polvorosa, y caminando á pasos largos la vuelta de Cartagena, antes que fuesen sentidos de los indios. Al amanecer los dejaron á las espaldas, habiendo salido fuera de sus tierras y peligros, y llegando á poblaciones de indios amigos sujetos á Cartagena, repararon la hambre y necesidad presente y previnieron con matalotajes lo por venir, con que prosiguiendo su viaje todos los compañeros, con su Capitán, entre los cuales iba Ortún Velasco, que después volvió desde Cartagena á la ciudad de Santa Marta, llegaron á Cartagena, que no lo tuvieron á poca suerte. La del Capitán Antonio Diaz Cardoso fué de menos riesgo, pues dió su bergantín á la costa cerca de Cartagena, en un ancón que llaman Samba, tierra que estaba bien poblada de indios amigos y sujetos á la misma ciudad de Cartagena, donde les vendieron por su rescate la comida que hubieron menester. Y de allí, abonanzando el tiempo, se tornaron á embarcar, y fueron en su mismo bergantín á Cartagena, á la punta de los Hicacos, que es bien junto de Cartagena; fué á encallar con la tormenta el bergantín del Capitán Manjarrés, pero encalló con tiento, de manera que no peligró; y así, aplacada la furia del mar con la gente que traía, hizo otra vez nadar el barco, y metiéndose en él con su gente, se fué como los demás á Cartagena, donde se vieron todos los escapados de la tormenta.

CAPÍTULO XIX

CONTENIDO:—1.° Prosíguense los malos sucesos de los bergantines y cómo se libraron los dos—2.° Armanse otros tres bergantines de nuevo con otros doscientos hombres y nuevos matalotajes—3.° Prosiguen los cinco bergantines el río arriba hasta juntarse con el General Quesada.

1. O CAMINABAN un poco cerreros los otros dos bergantines, en uno de los cuales iba el Capitán Juan Chamorro, y valiéles su flema para no dar en la cólera del río y turbión en sus borrascas, porque cuando llegaron á entrar en él ya estaba más pacífico, aunque no tan del todo que no les forzase su olaje hinchado; pasada la primera boca á echar las anclas en la bahía, que hace la isla con que aseguraron los bergantines, hasta otro día, Viernes Santo, que visto ya por la mañana el mar y río pacíficos, zafaron anclas, y sin haber los sucesos de los compañeros, se entraron en sus barcos por la boca

pequeña, y fueron navegando el río arriba hasta el pueblo de Malambo, donde vararon los barcos y se dejaron éstos por no haber hallado rastro de sus compañeros, y parecerles ser desacuerdo proseguir tan pocos el agua arriba entre tanta infinidad de indios como tenían pobladas las márgenes de aquel gran río, cuyas aguas trastornaban con innumerable número de canoas, que á juntarse con ellos los podía poner en aprieto, y así el que tenía de congojas y parajes en aquellas riberas hicieron saber al Adelantado para que les enviase socorro de compañeros, ó á decir lo que habían de hacer, porque aunque este Cacique de Malambo estaba de paz y amistad, y debajo de ella ellos seguros y proveídos por sus rescates de lo que habían menester; pero como no iban á esto, ni estarse allí surtos sin pasar adelante, cada hora se les hacía un año sin ver á sus compañeros, los que se vieron en Cartagena arrojados como resaca del mar. Después de la tormenta, vista la pérdida que en ella les había sucedido y cuán sin caudales habían quedado, juntáronse un día para determinar lo que deberían hacer de sus personas, ó si sería bien volver á Santa Marta á dar cuenta al Adelantado de lo sucedido, y de allí á proseguir el viaje, ó si sería mejor desde Cartagena ir á buscar mejor ventura en nuevas tierras, donde poder pasar la vida, pues la que habían pasado en la tormenta los tenía bien escarmentados para no perder tan presto el miedo á nuevas embarcaciones. No salió determinado de esta junta nada en común; antes diversos en pareceres, cada uno siguió lo que mejor le parecía á su propósito; y así el que tuvo el Capitán Diego de Urbina viendo que había sido pesada burla la que le había sucedido, fue de trasplantarse al Pirú, cuyos pasos siguió don Diego de Cardona con otros de su devoción, y embarcándose en unos navíos que estaban para darse á la vela, se fueron á Nombre de Dios, y de allí á Panamá y Pirú; donde el Diego de Urbina se halló con el de Gasca cuando la prisión de Gonzalo Pizarro. Al Capitán Ortún Velasco, Manjarrés y Cardoso les pareció mejor acierto volverse á Santa Marta, y así se embarcaron en una carabela que hacía para aquel puerto viaje, á donde en breves días llegaron, habiendo primero dado sus bergantines en Cartagena á ciertos soldados amigos suyos. No había aún el Adelantado tenido noticia de la pérdida de los bergantines hasta que lo supo de estos tres Capitanes: Velasco, Manjarrés y Cardoso, y juntamente le vino aviso que si no quería ver perdida toda la gente de por tierra, ó que á lo menos se volvieran todos con gran menoscabo y pérdida de la jornada, les enviase socorro por el río, de que ya estaban al extremo de la necesidad, por haber crecido los esteros, ciénagas y ríos que entran en el Grande, de manera que se hallaban imposibilitados de pasar adelante, y aun más por la falta de comidas, de que la tierra carecía, y el fuerte invierno les atajaba los pasos para ir á buscarlas; de todo lo cual les aliviarían los bergantines, con que tendrían pasaje en los esteros, y socorro en los mata-

lotajes.

2.º No descaeció el ánimo del Adelantado con estos golpes, aunque le daban tan en lleno, antes con la brevedad posible, hizo aderezar dos bergantines, ó barcos grandes, que aunque ya los habían echado al través para aquella necesidad, volvieron á servir á falta de otros mejores y aviados de toda jarcia, se pusieron á pique para el viaje, aunque le pareció al Adelantado no ser hartos para los que él quisiera enviar; pero acudióle Dios con otros para que se cumplieran los buenos deseos que tenía de enviar el necesario socorro, y fué que uno de los soldados á quien dieron en Cartagena sus bergantines Manjarrés y Cardoso, que se llamaba Juan de Olmos, natural de Portillo, había servido muchos días y con muy lucidos trabajos en las conquistas de Santa Marta, y viéndose ahora en Cartagena, á donde había ido por ciertos respectos, y que tenía un bergantín suyo, hizo su cuenta que no sería bien tomar el rumbo á otra parte donde había de comenzar á trabajar de nuevo, sino volverse á Santa Marta, donde se tenía memoria de sus buenos hechos, y pretendía satisfacción de ellos, y así con esta buena y acertada resolución, aparejó lo mejor que pudo su bergantín y tomó la vuelta de Santa Marta, á donde llegó con buenos sucesos, á tiempo que estaba el don Pedro de Lugo en estas ocupaciones de despachos y deseos de añadir otro tercero á los dos bergantines; lo cual sabido por el Juan de Olmos, como hombre liberal que lo era, le ofreció su bergantín con mucho gusto, para que de él y de la persona se sirviera en aquella jornada: hecho de hombre generoso y hidalgo. Admitió con grandes agradecimientos el Adelantado lo uno y lo otro; y así juntó el bergantín á los otros dos, que habiendo cinco con los dos que estaban aguardando en Malambo, le parecía ser suficiente armada para el río, de quien hizo Cabo al Licenciado Juan Gallegos, persona de gran satisfacción, valor y confianza, como se vió en todas ocasiones, en especial en la batalla que se tuvo con los indios de Bulta en el Río y en la de Quito, por parte del Emperador contra Gonzalo Pizarro, en la cual murió en servicio de Su Majestad. Don Basco Núñez de Vela nombró por Capitanes de los otros dos bergantines al Capitán Albarracín y á Cardoso, y habiéndoles dado otros doscientos hombres con el mejor avío que pudo, quedándose allí el Capitán Manjarrés para lo que después diremos, y yendo con ellos el Juan de Olmos, los despidió el Adelantado. Los cuales saliendo del Puerto de Santa Marta y entrando por la boca del Río, con mejor fortuna que los pasados, comenzaron á navegar sin zozobra de las olas; pero luégo allí á las primeras aguas toparon un esquife con catorce ó quince hombres que habían escapado de una caravela que el propio Adelantado había enviado con matalotaje y comidas tras los bergantines primeros, para que se rehicieran de ellas; y á la entrada del Río Grande, por negligencia ó ignorancia del piloto, dió

en bajo y se hizo pedazos, perdiéndose cuanto en ella había y ahogándose la demás gente, fuera de aquellos catorce ó quince que venían en el esquife, que con los que aquí en la caravela se ahogaron, y los que perecieron en la borrasca de los bergantines, se habían ya hecho menos en la jornada más de doscientos hombres; á éstos cogieron en los bergantines y prosiguieron su navegación hasta que se juntaron con los otros dos de Malambo ; que no fué de poco gusto verlos llegar á donde con tántos deseos los aguardaban tántos días hacía.

3.º De allí se partieron todos en prosecución de su viaje y busca de sus compañeros el río arriba, con cuidadoso recato, porque lo era menester para el denuedo que tenían los indios en no perder ocasión de estorbarles la subida, juntándose para estos intentos tan grandes tropas ó flotillas de canoas que pasaban á veces de mil y dos mil, todas llenas de gente belicosísima, y bien apercibida de flechas, inficionadas de su yerba brava, é intentando coger á manos á los nuéstros con sus barcos, por parecerles ser mejores que sus canoas, y así de ordinario iban los bergantines cercados de estos enjambres de indios y canoas, las cuales como sean unas barcas tan sencillas y bajas que la mayor tiene de bordos sobre el agua tres cuartas ó una vara, ó menos cuando va cargada, no les puede hacer ninguna defensa á los pobres desnudos, sino sólo llevarlos sobre las aguas, y así los de nuestros bergantines con facilidad los ofendían, defendiéndose especialmente con unos vertillos (?) que llevaban, que disparando razonables pelotas, abarrían media canoa de gente de aquellos miserables desnudos, con que los hacían retirarse á lo largo, pero no huían del todo, pues mientras les duró el navegar, no dejaron de noche ni de día de llevar indios á la vista, hasta que llegaron á darla al General Quesada y á sus compañeros en la Provincia de Sompallon, donde les hallaron necesitadísimos de comidas y salud, por los males que habían traído de caminos, y inclemencias del tiempo, que fué de que les causó notables inconvenientes y pérdidas, porque como aún no entendían, como en tierra incógnita, por cuáles meses es en ella el invierno ó verano, salieron de Santa Marta cuando comenzaban las aguas, con que fué ser doblado el trabajo por aquellos penosos caminos, que lo fuera si acertara con el verano cuando las riberas del Río Grande están secas y libres de muchas bocas de lagunas, que se abren en los inviernos, como ya lo tiene dado á entender la experiencia, que á nuestros descubridores les faltaba por entonces, haciendo descubrimientos de todo. Al fin los hicieron de sus trabajos á los de los bergantines, con que se remediaron y alegraron, bien que la alegría se mezcló con sentimientos, de oír contar los sucesos de los bergantines y soldados que se perdieron á los primeros pasos del río.

CAPÍTULO XX

CONTENIDO:—1.° Intentaba el Adelantado ir siguiendo el río arriba á su Teniente Quesada, como lo hiciera si no muriera—2.° Prosigue el General Quesada su viaje—3.° Dícese algo de la Provincia de Tamalameque y sus lagunas.

1.° ARDÍAN en el pecho del Adelantado don Pedro unas tan vivas centellas de esperanzas de los buenos sucesos de la jornada que había emprendido, que no repararía en su mucha edad y enfermedades que le habían sobrevenido después que llegó á Santa Marta. Quedó tratado con el General Quesada que luégo á pocos días le seguiría por el rio con más bergantines y socorro de gente y comidas. Y esto lo propuso tan de veras, que aunque le sucedieron las desgracias de la pérdida de los bergantines, y gastos nuevos para enviar gente con otros, no desistió del intento, aunque los estorbos sucedidos lo fueron para no poder hacer el viaje tan presto como quedó tratado al despedir de la gente, y así, no alzando la mano en lo propuesto de seguir la jornada, luégo que despachó al Licenciado Gallegos el río arriba, despachó también por el mar al Capitán Luis Manjarrés, con provisión de dineros á Santo Domingo, para que allí, como en tierra que había más oficiales y mejor disposición de lo necesario en las atarazanas para hacer navíos, hiciese labrar una buena carabela y tres bergantines y se los trajese á Santa Marta para seguir sus intentos del viaje del río. Hizo el suyo con buenos sucesos el Capitán Manjarrés hasta la ciudad de Santo Domingo, donde luégo que llegó fué preso y puesto en la cárcel por algunos dineros que allí debía, y por cierto casamiento que se le pedía, por donde se hubo de gastar el dinero y dilatar la fábrica de los bergantines con los pleitos: y por mejor decir, cesar, pues á un mes de como salió Manjarrés de Santa Marta enfermó tan gravemente el Adelantado don Pedro en la misma ciudad, que después de algunos meses murió de ella, dentro de los cuales, antes que muriera, llegó por Obispo de ella, año de mil quinientos treinta y siete, don Juan Fernández de Angulo, clérigo digno de aquella y otras mayores dignidades, que fué en cuyo tiempo se fundó la primera iglesia en esta ciudad de Santafé, porque cuando él llegó á su obispado, se iba subiendo el Río Grande arriba en descubrimiento de este Reino, como diremos adelante, tratando de la fundación de esta iglesia de Santafé. Hallóse á la muerte de este caballero don Pedro de Lugo, y hízose su entierro, bien merecedor de tener tal cura, quien había sido padre de aquella República, pues con su muerte todos se tuvieron por huérfanos y como táles celebraron sus exequias con sentidísimas lágrimas, especialmente huérfanos, viudas y otra gente miserable, en quien correspondiendo su nobleza, espe-

cialmente empleaba sus favores, como en patrimonio de Cristo; un más aficionado suyo le puso un epitafio, que en dos elegantes dísticos cifró algo de lo mucho que de su persona se podía decir, y en especial acerca del principio de este descubrimiento, que decían:

Hac Dominus Petrus Fernandez Conditur Urna
Excelsus meritis, prosperite minor
Expensis multis quæsivit barbara regna
Indicat ipse viam. Sustulit alter opes.

A Pedro Fernández cubre
Esta corta sepultura,
Medida de su ventura,
Mas su grandeza no encubre.

Haciendo excesivas costas
Enseñó doradas venas
A donde bolsas ajenas
Se hacen anchas de angostas.

Que fué al modo que se quejó el poeta cuando otro llevó el premio de los versos que él había compuesto.

Murió este claro varón y fué común práctica que le abrevió los días, el descubrimiento que le causó el inconsiderado y atrevido hecho de su hijo; no tanto por la falta que le hizo el dinero que se llevó, cuanto por haber faltado en aquello en la correspondencia de ser hijo de sus padres. Súpose luégo la muerte en la ciudad de Santo Domingo, donde despacharon luégo por Gobernador de la ciudad de Santa Marta á Jerónimo Lebrón, que después subió al Reino, como adelante diremos, en cuya compañía se vino Manjarrés con una carabela y bergantín, que allí hizo, después de haberse desembarazado de los embarazos que se le pusieron en Santo Domingo, y de cuatro meses que estuvo en aquella ciudad.

4.º Aún no se me ha olvidado de que por tratar de los sucesos de los bergantines hasta ponerlos en Sompallón, dejámos al General Gonzalo Jiménez en el pueblo de Chiriguaná, Provincia de Tamalameque, aunque apartado de la principal poblazón de la Provincia; donde, como dijimos, se procuró tomar nombre de los bergantines en el Río Grande, aunque no se halló, lo que fué causa, pensando iban adelante, que se detuvieran menos tiempo del que pensaban en aquel pueblo, y también porque el brío y valor con que seguía el General su jornada, le ponían espuelas para no dar lugar á dilaciones, y así con menos de los que la necesidad pedía, se partió de Chiriguaná con guías de españoles que habían ya pasado aquella tierra, que pudo ser fuesen de aquellos que entraron en aquella Provincia con Ambrosio Alfinger, como se dice en la primera parte. Estas guías no tenían tan en memoria las trochas y demarcación de aquella tierra, como era menester yá, si errando el camino

que habían de llevar por lo derecho, dieron á poco tiempo de salir del pueblo en unas dilatadas y prolongadas labranzas, sin poblazones ni rastros de indios, porque sólo los había de venados en gran suma, que no fueron pequeño remedio á sus trabajos, cogiéndolos con los caballos y perros para reparar la falta de mantenimientos que tuvieron en aquellos largos despoblados, que á no ser tánta y tan fácil de coger la caza de los venados, pereciera más gente que la que murió de innumerables enfermedades causadas de la hambre y otras inclemencias del tiempo. El que anduvieron por estos caminos fué de sólo doce días, al cabo de los cuales la mano de Dios, que en toda necesidad no es corta, sin otra guía cierta, ni saber por dónde se iban, dieron de repente en un lugarejo de indios donde se tomaron algunos, que como quien sabían la tierra en tres días, sacaron el campo de aquél, que tan á riesgo los había puesto, y lo metieron en las poblaciones grandes de la misma Provincia de Tamalameque, en la de los Pacabuayes que confinan y son semejantes en los países, y crecidas abundancias de gentes.

3.º Esta Provincia de Tamalameque se dice así, porque así llamaba el Cacique, señor de todos los pueblos de donde hoy está poblada la ciudad de españoles, sobre las barrancas del Río Grande de la Magdalena, que llama también Tamalameque, como ya dijimos. A las espaldas de esta ciudad, la tierra adentro mirando al Este, no lejos del río están las famosas lagunas que llaman de Tamalameque, bien nombradas por su grandeza, pues tienen dentro algunas islas habitables, cuyo servicio es por canoas que entran en ella por los caños por donde se va á la laguna, la cual se hace de algunos ríos que se juntan allí, por ser tierra baja, especialmente del río de Cesare, que es caudaloso por sus largas corrientes que trae, recogiendo las aguas que corren desde la Provincia ó despoblados de los indios carates que están en los confines de Pamplona y Ocaña; y pasando por el Valle de Upar, tiene sus aguas en esta tierra baja de Tamalameque, en especial en tiempo de las corrientes del Río Grande, donde las suyas entran, porque por la fuerza de las aguas del Grande, no puede vaciar las suyas el de Cesare, y así rebalsando hacia atrás hacen mayóres aquellas lagunas, en especial en los tiempos de invierno, que por ser la tierra de tántas aguas, son muchas las partes donde se juntan en aquellas lagunas y anegadizos.

——

CAPITULO XXI

CONTENIDO:—1.° Intentan los soldados entrar al pueblo de Tamalameque—2.° Entran en él y ranchéanse allí por veinte días—3.° Salen de allí y llegan á Sompallón, donde los alcanzaron los bergantines.

1. O LA isla que se hace en estas lagunas que llaman los indios Parabuy, aunque por una parte la cercan aguas rebalsadas que hacen laguna, y por otra las corrientes del río de Cesare, con que la tienen aislada, con todo eso tiene una angosta cinta de tierra firme, por donde se puede entrar en ella á pie, aunque por ser tan angosta es fácil de defender su entrada por allí, á los pueblos que tenía fundados dentro, entre los cuales era el más famoso el del señor Tamalameque, el cual aunque no era muy grande, le tenían por cabeza de toda la Provincia, y como á la corte de ella concurrían de todos los pueblos, á sus tratos, mercados y ferias, por donde venía á ser frecuentada, entrando en ella, yá por el agua por sus canoas, de que tenían abundancia, y yá por la cinta de tierra; estaba también la ciudad fabricada con graciosa traza, porque no era más que de tres barrios, como parroquias ó colaciones, cada una hecha en un triángulo, sacadas las tres puntas afuera, y con los tres fuertes de dentro hacían plaza, donde se juntaban á sus contratos. Es fertilísima esta isla de sementeras de toda suerte y frutas de su tierra ; y el sitio agradable y fuerte para ellos, aunque de poca defensa para los nuéstros, pues cuando llegó á él Ambrosio de Alfinger viniendo de la Provincia de Venezuela, y halló allí retirado al Cacique Tamalameque, y que no parecía canoa ni barqueta para poder pasar la laguna, por haberlas retirado los indios para que no tuvieran por dónde entrarles, se arrojaron al agua sobre sus caballos, y en breve tiempo se vieron con ellos en el pueblo, donde prendieron al Cacique, como más largamente lo digo en la primera parte. Tampoco pudieron los indios defender á nuestros descubridores la entrada por la angosta cinta de tierra, aunque para ello tenía el Tamalameque hechas mil prevenciones desde luégo que le llegó nueva de la llegada que iban haciendo los nuéstras á su tierra, convocándola toda y previniéndola de armas y ardides para si podían defenderla mejor que lo había hecho, del Ambrosio Alfinger y otros españoles de Santa Marta, que antes le habían desbaratado ; y así cuando los nuéstros quisieron entrar al pueblo, hallaron gran número de indios con sus acostumbradas armas en su defensa, en especial á la parte de la cinta de tierra, á donde conocieron guiaban los soldados, los cuales no iban con menor advertencia, pues la noticia que llevaban muy de atrás, de la valentía y poder de estos indios, y que sus inficionadas flechas no eran de burla, como se conoció en la resistencia que

hallaron nuestros soldados intentando entrar por la angosta senda, que como lo estaba tanto, y no podían entrar sino por contadero, y sin poder atropellar con los caballos, y la laguna por ambos lados estaba tan fondable que nadie se atrevía á arrojar á ella, pocos indios hacían mucha defensa, en especial con el buen brío, ánimo y orgullo con que despedían las flechas y meneaban las macanas; pero al fin los soldados, con buenos ardides, fueron ganando tierra en la senda, hasta tenerla toda por suya, y luégo la ciudad, volviendo las espaldas los indios por no poder defenderla, espantados del valor de los españoles, pues lo habían tenido para entrar por aquel angosto paso por donde ningunos otros de los que habían llegado á aquella tierra habían sido poderosos á pasar.

2.° Hallando aquí bien dispuesto el pueblo, y abundancia de comidas, le pareció al General Quesada era á propósito el sitio para descansar los soldados y reformarse del cansancio y hambres pasadas, y así determinó alojarse allí por algunos días, en los cuales dispuso fuese el Capitán Juan de Sanmartín con algunos soldados de los más alentados y algunos caballos á dar vista al Río Grande, que hasta allí no se la habían podido dar, y tomar lengua de los bergantines de que estaban con cuidado por no haberla tenido, aunque la habían procurado de algunos indios que habían habido á las manos. Partióse luégo el Capitán Sanmartín no reparando en el trabajo y riesgo que llevaban él y sus compañeros por las muchas lagunas, ciénagas y anegadizos que habían de pasar para dar vista al río; con el cual dió después de haber rompido mil dificultades, á las cuales se ofrecieron otras de nuevo, ya que hubo hallado el río, para haber de ir por su ribera arriba á topar gente de quien pudiera informarse de los bergantines, porque se le ponían delante otros esteros ó ciénagas continuadas, con el mismo río Grande casi imposibilitados á pararse con solo el aparejo que él llevaba. Al fin con ánimo español á quien todo lo posible le parece fácil, dió traza de pasar por la boca del río Cesare, por donde se junta con el de la Magdalena, donde se procuró informar de los bergantines, de quien unos dicen halló rastro por medio de unos indios que subían el río, y diciéndole que venían muy abajo y despacio y que no llegarían allí tan presto; otros dicen que no halló rastro de ellos. Importa poco lo uno ó lo otro para lo que hizo el General, que se estaba todavía alojado en el pueblo de Tamalameque con toda la gente que le quedaba, cuando partió el Capitán Sanmartín, el cual quedándose á la boca del río Cesare para estorbar que nadie impidiese el paso con algunas emboscadas, por donde podían pasar los soldados y General, le envió avisar de lo que había hecho, y noticia ó no noticia que había tenido de los bergantines, aunque los deseaba mucho el General por las razones dichas.

3.º Viendo lo que el Sanmartín le avisaba, y que no podía conseguir lo que de ellos pretendía, hizo salir sus soldados después de haber estado veinte días en la isla y pueblo de Tamalameque, y caminar adonde el Sanmartín le estaba aguardando, á la boca del río de Cesare, la cual pasaron en barquetas que había prevenido el Sanmartín: pasaje bien peligroso para chapetones, como lo eran los soldados y que no saben cómo se gobiernan para usar de ellas. Viendo el General sus escuadras de la otra parte del río y que la falta de comidas y sobra de hambres que siempre les iba dando caza, y el poco alivio que esperaban de los bergantines, le fue forzoso ordenar marcharse el campo por las riberas del río de la Magdalena arriba, y sin detenerse llegar á la provincia de Sompallón, donde por sus muchas y abundantes tierras pudieron mejor sustentarse, aguardando los bergantines; á donde desde la salida de Santa Marta quedó concertado se viesen; comenzaron á pasar esta resta de camino aunque con algunos buenos alientos, por ser ya conocido de algunos soldados del ejército que en otras salidas habían llegado á Sompallón, pero no con algún alivio de las muchas dificultades que se les ofrecían á cada paso, pues sobre la de la hambre venían ríos, enfermedades, ciénagas y anegadizos; espesísimas montañas que no las podían hender, todas pantanosas; aguaceros terribles de noche y de día, que sobre estómagos vacíos, mal se resisten tales inclemencias, pues si vale el refrán, todos los duelos con pan son buenos, también valdrá lo contrario que todos los duelos sin pan son mayores. Al fin los del resto de este camino, y los del de hasta allí, desde Santa Marta, fueron tales que bastaron para consumir cien hombres que llevaba el General ya menos cuando llegó á Sompallón, donde le fué forzoso detenerse algunos días y aun meses esperando los bergantines, con harto riesgo de la vida de los soldados, porque como los más eran chapetones y no acostumbrados á los aires y destemples de estas tierras, que son bien diferentes de las de España, y los de aquel país de Sompallón son aún más destemplados que en otras, comenzó á enfermar de golpe la mayor parte de ellos, con muertes de muchos que sin poderlos remediar daban fin á sus días; y como ya iban pasándose muchos sin que llegasen los bergantines, sin cuya compañía no podían pasar adelante, determinó el General despachar al Capitán Sanmartín con algunos soldados, que con la prisa posible bajase por la ribera del Río Grande hasta donde los topase. Caminó á grandes jornadas el Capitán hasta que bien abajo dió con los bergantines, que venían navegando despacio, como si los trajeran por tierra, bien que excusaba algo su flema el recato con que caminaban de día, y la vigilancia con que ranchaban de noche con advertidas centinelas, por las continuas guazabaras navales que les daban los indios. Luégo que los encontró el Capitán Sanmartín se metió con ellos, y á veces con remos, á veces con palancas,

y otras á la sirga, abreviaron su llegada á Sompallón, donde con las vistas de unos y otros se alentaron todos, en especial los enfermos, que con el refresco que hubieron de los barcos, lo tuvieron también sus calenturas y alivio demás enfermedades, y esperaban tenerse de allí adelante yendo en ellos el río en lo demás del viaje.

CAPÍTULO XXII

CONTENIDO:—1.° Hace el Licenciado Jiménez una plática antes que salgan de Sompallón—2.° Salen de este sitio y elígese compañía de macheteros que vayan delante abriendo camino—3.° Dase la razón por qué se crían gusanos en lo más sano del cuerpo del hombre.

1.° A los ocho días que llegaron los bergantines á las barrancas de Sompallón, que pareció bastar para cobrar algún aliento de los trabajos del río, determinó el General Gonzalo Jiménez fuese la salida de aquel lugar en prosecución de los de más arriba, adonde nadie había pasado, ni de los de Venezuela ni Santa Marta, porque los primeros habían llegado sólo á Tamalameque, y los de Santa Marta á Sompallón; pero de allí arriba aun se estaba sin pisar de españoles, y así aunque hasta allí no habían faltado soldados en el ejército que fuesen dando noticia de la tierra, y de allí adelante sólo la podía dar la margen del Río Grande para los de tierra, y sus aguas para los bergantines, dándose las manos unos á otros en sus necesitados trances y para que en los que allí adelante se ofreciesen no perdiesen los soldados el brío cuando viesen que á los trabajos pasados se añadían otros de nuevo, tomó la mano el General y esforzándolos á la perseverancia de lo comenzado, y aun consolándolos de la pena que habían tomado por las desgraciadas muertes de sus amigos, en las desgracias de los bergantines primeros, les dijo: «No me espanto, caballeros, de los sentimientos que se han tomado de la pérdida y muerte de los amigos, porque como el sentimiento no se pueda negar á la naturaleza, aunque más contradiga esto la escuela de los estoicos, y el amigo, ó sea un segundo yo, faltándome el padre, faltó un pedazo de mí, lo cual es imposible no se sienta; pero pues no puede ser medicina para recuperar lo perdido, sólo á encomendarlos á Dios llegan por ahora nuestras obligaciones demás de nuestros trabajos, poco lugar puede dar siendo tántos, en especial que quien se pone á conquistas y guerras, se pone á sazón de la muerte, como lo dice el primer mandamiento de la guerra, que es el tambor, que se hace de pieles de animales muertos, pues el habernos faltado don Diego de Cardona y Diego de Urbina, no lo tengo por inconveniente, antes pienso se han de excusar mu-

chos en no venir ellos, como podemos barruntar de sus condiciones que tenemos bien conocidas, y al fin no porque un navío se hunda en la mar se ha de dejar de navegar; ni porque un ballestero yerre un tiro se han de arrimar todas las ballestas; quiero decir, que no porque haya habido aquella desgracia en los bergantines, ni porque las hayamos tenido en el camino hasta aquí, de hambres y muertes de compañeros, hemos de desmayar para lo adelante, pues la muerte es natural y la tiene Dios guardada á cada uno para su tiempo, y en grandes trabajos vemos que suele no venir, y otras veces viene entre los mayores regalos; depende de las manos de Dios, de quien tengo por cierto ha tenido principios esta jornada para un gran servicio suyo y bien de muchas almas: y así, el que ha dado el principio, por no dejar, como no dejó, sus obras imperfectas, sino con suma perfección, dará los medios y fines, así espero en el que los ha de tener esta nuestra jornada con las prosperidades que todos deseamos, y que de una vez hemos de quedar de aventajadas suertes, por lo cual nadie desmaye en seguir la que este viaje le diere, ya que dejó la que le dió la fortuna en su tierra, viniendo á buscar otra mejor en ésta, donde nunca se alcanza nada sino es por guerra y trabajos; pues nunca mucho costó poco, y los trabajos se hicieron para los hombres, los cuales después de haberlos pasado, tienen gusto en contarlos, en especial cuando están gozando de los frutos de ellos; racimos crecidos de la tierra de promisión tenemos adelante; embistamos á los gigantes de trabajos que se han de vencer para coger los que si con fuertes bríos les acometemos de gigantes, no parecerán hermanos, gran parte de ellos; como veis tenemos pasados, y volver el pie atrás habrá sido en balde, como lo serán nuestras esperanzas, todo el tiempo que estuviéramos en Santa Marta si nos volviésemos á ella, pues sus incomodidades nos hicieron dejarla, que no pienso serán ahora menores que cuando las dejámos, pues sabemos las raíces que tenían sus trabajos, y pues dondequiera que vamos las hemos de hallar, y aprovechemos los pasados y sigamos su porvenir, que podemos estimar por gloria y noble fama: como será infamia su vergonzosa vuelta; por lo cual el viaje se disponga, y la gente para él, porque á las primeras luces de la mañana se ha de dejar el puesto. El que han de llevar los más enfermos han de ser los barcos, aunque no podrán ir todos, sino los más necesitados, porque también lo están los barcos de gente sana para que los bogue, defienda y gobierne en sus faenas y correrías que han de hacer á una banda y á otra del río para descubrir lo que hay en él de pro, y de contra nadie la haga á este mi sentimiento, pues en él pretendo la honra de todos.»

2.º Comenzaron todos á disponer la partida recorriendo los arcabuces, espadas, lanzas, ballestas y los demás bélicos instrumentos, y habiendo reposado la noche, al reir el alba se hizo señal á levas, y estando dispuesto el altar y

todo recado para decir misa, la dijo el padre Antonio de Lesgámez, y recibida la bendición, ordenó luégo el General que los barcos fuesen siempre en disposición y paraje del río que pudiesen ayudar á los de tierra en las necesidades que se ofreciesen; y porque la mayor que ocurría para pasar adelante era abrir caminos por entre aquellas bravas y espesas montañas, tan inaccesibles y no pisadas de gente, señaló una compañía de los más alentados, que con nombre de macheteros, y por Capitán á Jerónimo de Inza, para que estuviese al cuidado de éstos, ir abriendo el camino, cortando con machetes ó puñales y hachas los árboles y monte bajo, y con azadones y barras de fierro apeando las mayores dificultades que por la tierra y peñascos se ofrecían, haciendo puentes en los ríos y ciénegas, de bejucos y árboles grandes, que cortados de una parte y otra de los ríos, se acomodase el pasaje. Esta prevención fué de las más importantes que hubo, porque como todos los indios de aquellas riberas del Río Grande se sirviesen con canoas, no había rastro por la tierra de haberla pisado persona; y como las montañas ó arcabucos son tan regados de ordinarios aguaceros, y no hay gente que los tale, están tan bravos y espesos para pasarlos y aun para abrirlos, que solían todos los macheteros, con ser gente bien alentada, no abrir ni en ocho días más tierra de la que se podía caminar en uno. A estos intolerables trabajos de romper y abrir el camino se iban cada hora añidiendo los otros mayores de la hambre, para cuyo remedio no bastaban las diligencias que los del río y la tierra hacían, que no eran pequeñas, como tampoco lo eran los aguaceros, sin tener con qué repararlo, sino con el pobre y simple vestido que traían en el cuerpo, donde también se enjugaba, si acaso el tiempo de un aguacero á otro daba lugar á que se secase, sin dejarles las aguas tener otra lumbre donde secarlo. No había hombre, aunque más de amistad estuviesen, que pudiese favorecer á otro, porque harto tenía cada cual de alentarse á sí; sobreveníanles á estas destemplanzas de tiempos y malos estalajes muchas llagas penosísimas: criábanseles gusanos en la carne, que los comían en vida. Esta plaga de gusanos es general en muchas partes de las Indias, y en este Río Grande de la Magdalena dura todavía, aunque no tan penosa como en tiempo de nuestros conquistadores. Críanse estos gusanos en lo más sano del cuerpo, en especial en las espaldas y lados de las costillas, y sin hacer llaga ni postema, van creciendo allí dentro de la carne hasta que se hacen gruesos como un cañón ordinario de ala de pluma de gallina, y mayor, deja en la parte de fuera, en la carne, una boquilla, como picadura de alfiler, por donde debe de resollar, y ésta le es de tánta importancia, que para ahogarlo no se hace más que cerrarla con un parchecito de trementina, diaquilón ó caraña que se le pone encima, y luégo sale muerto con facilidad, y el mismo parche cura la abertura que el gusano deja.

3.º Sobre la generación de estos gusanos, por ser tan peregrina, se han levantado varias opiniones, cuál sea la más inmediata causa que los engendra: unos dicen que de las aguas tan ordinarias de éstas con aquella humedad y el calor del tiempo, se corrompe aquella materia que está en los poros, y de ahí se engendran; otros echan por otro camino y dicen que alguna mala influencia como hace se hagan apostemas, hace también se corrompa la carne y se críen; otros dicen que se engendran de la picadura de unos mosquitos que acá llaman zancudos y en España bienteharé, los cuales suelen asirse y chupar unas frutas de unos árboles que llaman manzanillos, que son venenosísimas, y en picando, después de haberlas comido ó chupado, se engendra de la picadura aquel gusano; pero la verdad es, como la han sacado de rastro con certidumbre hombres muy experimentados en jornadas y me lo han certificado y yo creídolo porque lleva más camino, que unos moscarrones verdes como los que se ensucian en la carne, de cuyas cresas se engendran en ella gusanos, desovan también en las hojas de los árboles en montoncillos, y cuando van pasando los soldados por debajo de estas ramas, sacudiéndose se caen los huevezuelos y entrando por el cuello del vestido, luégo que se pegan á la carne se avivan y hacen gusanos, y esta es la razón que se engendran más en las espaldas y en los lados que en otra parte; por la misma se engendran también en algunos que no llegan á los arcabucos porque el aire lleva volando de estos huevezuelos, y por una parte ú otra se entran, y topan en la carne y sucede lo dicho, y más se confirma esta verdad y que no se engendran de los mosquitos que pican, viendo que siempre se engendran donde no pueden picar, como entre el cabello, en las espaldas y otras partes cubiertas de ropa, y nunca en las descubiertas, donde pican á su salvo, sino donde dentro de la ropa y de la carne se pueden tener aquellos huevezuelos que llegando á la carne como la nigua, luégo se aviva. Sea lo que fuere, ella es una penosísima plaga, de que eran bien perseguidos nuestros soldados.

CAPÍTULO XXIII

PROSÍGUENSE: 1.º Los trabajos y enfermedades que padecían los soldados—2.º Dos casos lastimosos de un tigre y un caimán.

1.º ERA cosa lastimosa ver los enfermos y cuán poco les podían ayudar porque las fuerzas de los sanos no eran bastantes para poderlos llevar cargados, pues cada uno se era á sí carga pesada, como tenían tan poca comida con qué fundar el estómago, y así se quedaban tras cada tronco

de árbol muertos, y allí suspirando y pidiendo á Dios misericordia le daban sus almas, y el cuerpo á las fieras bestias, de que por allí hay buen recado, como tigres y leones, porque como no podían dar paso adelante, ni aun ponerse en pie por su enfermedad y flaqueza, á gatas, ó como podían, de noche se apartaban de los ranchos, y á pocos pasos se hallaban emboscados en la espesura, y allí se quedaban y perecían miserablemente, y lo peor que sucedía con estos tales, era que como no lo sabían los sacerdotes que iban, morían sin ayuda de ellos, aunque ninguno sin confesión, porque en viendo cualquiera fatigado, luégo se confesaba, para lo que podía suceder de vida ó muerte. Viéndose en un día cercano á la suya uno de aquellos soldados cuyo nombre no se sabe, ya hombre mayor, pues llevaba á un hijo también soldado en la compañía, llamó al hijo arrimado á un árbol, sin poder ya dar más paso, y despidiéndose de él, le echó su bendición y dijo: ya hijo ha llegado mi postrera hora, pues pronto, según me siento, no será una la que tuviera de vida; la que á ti Dios te diere, gástala en su servicio y guarda su ley no ofendiéndole; si te aguardas un rato cerrarás los ojos á tu padre difunto, y enterrarás su cuerpo en esta tierra desierta porque no sea despedazado y comida de fieras, y si la prisa del caminar no te diere lugar á esto, el Señor te dé su bendición, el cual espero no me faltará por su misericordia en este trance. Enternecieron tanto al mozo estas palabras de su padre, que se derretía en lágrimas, y cuando ellas y el sentimiento dieron lugar á la voz, dijo: No permita el cielo, padre mío, que mientras Él os diere vida yo me aparte de vos y no os sirva con la mía, y así mis pocas fuerzas, que quisiera yo fueran mayores, se han de emplear en llevaros sobre mis hombros, que si fueran los de un Atlante, los diera por bien empleados en el ejercicio y carga tan debida á los míos; y haciendo un cargador, cargó á su padre sobre sus espaldas y lo llevó así seis días, hasta que al fin de ellos acabó con los de su vida el padre, y luégo á pocos también el hijo, quebrantado del trabajo que le sobrevino de la carga sobre los comunes que todos padecían.

2.° Sucedía muchas veces estar de campo dos y tres días, mientras los macheteros abrían camino para pasar, y aun en este tiempo sucedieron, una ó dos veces, casos lastimosos, que como el ejército estaba detenido mientras iban abriendo paso, lograban luégo que había algún camino abierto que caminasen los enfermos, pues más acierto era llevarlos delante que dejarlos atrás, porque como dicen, cabra coja no quiere siesta; yendo pues de esta suerte acertaban á verlos algunos indios que andaban por el río con sus canoas, y advirtiendo que iban solos y enfermos, salían á ellos y los acababan de matar, y echaban á los caimanes ó se los llevaban; lo cual conjeturaron los sanos, pues cuando llegaban á la noche al alojamiento, los hallaban menos, sin poder imaginar hubiera sido ésta la causa de la desgracia, la cual repararon la de allí adelante, no enviándoles sin

seis hombres de á caballo para su defensa; caminando sin tenerla de ésta y de otros trabajos, que es casi imposible contar, llegaron á un valiente río que echa el agua una sangre de bermeja, vaciaba en el grande, junto al cual se rancharon por ser tarde y no haber lugar de avisar á los bergantines, antes que cubriera la luz, y así con ella hicieron sus ranchos, poniendo sus tiendas ó toldos los que los llevaban, que eran bien pocos, y los demás colgando de los árboles sus hamacas, sin más defensa que el cielo, y éste estaba, de ordinario, por ser invierno tan oscuro, enlutado y triste, que hacía lo estuviese quien lo miraba, y con éstos unos truenos tan temerarios y largos, que parece iban dando la voz los de una cordillera á los de otra, de manera que duran que se puede rezar un credo cantado, mientras ellos acaban, de que tenemos larga experiencia los que hemos navegado en este gran río de la Magdalena. Estando allí rancheados, á las primeras horas de la noche, oyeron todos que un soldado llamado Juan Serrano daba grandes voces diciendo: Aquí, amigos y señores, que me lleva un tigre, socorro por Dios! Saltaron de las hamacas para dárselo los que estaban más á mano, se hallaron y yendo siguiendo la fiera por la voz que iban oyendo del soldado, dieron con ella y á fuerza de lanzas y espadas le quitaron la presa, sin poderle hacer otro mal; y trajéronlo al Real, bien sin esperanzas de que había de vivir, porque es tal la fiereza de este animal, que de salto, como gato al ratón, hace la presa con ambas garras, que las tiene fortísimas, y tras ellas van los dientes, todo con tánta fiereza, que al primer golpe de estas tres herramientas, deja la presa que coge sin esperanzas de vida; pero al fin, para lo que Dios fuere servido darle, volvieron al soldado á su cama donde lo había cogido, colgándola más alta de lo que estaba cuando lo cogió, y velándose cada uno de su rancho, con cuidado, no diese la vuelta á llevar otro; fué tanta la sutileza de esta bestia, que volvió cebada de su presa á coger al miserable, y lo llevó sin que nadie lo sintiese, hasta que á la mañana, no hallándolo en su hamaca, salieron con caballos y lanzas á buscarle, y sin poderlo hallar vivo ni muerto, se volvieron, y por este suceso llamaron á aquél el río de Serrano, y se llama hasta hoy. Intentóse luégo por la mañana pasarle, y no hallándole vado, hubo de llegar al Río Grande Pedro Núñez de Cabrera con su escolta de soldados, á llamar los bergantines para pasarle, como se hizo; y estando á la otra parte fueron caminando el río arriba, no con menores trabajos que hasta allí por los muchos anegadizos, pantanos, ciénegas y esteros que se hacían con las muchas aguas que caían sin cesar, y con que no había quebrada que no fuese río, y el Grande, que no se descuidaba en derramar y anegar sus tierras, por donde él sobrepuja á sus barrancas. Los arcabucos no les eran de menor estorbo que los pasados, pues todo se había de ir macheteando si querían dar un paso adelante; al fin con los pocos que iban dando, llegaron después de al-

gunos días á otro río de agua muy negra y caudaloso, que aunque no se extendía mucho, pues por donde más se dilataba era su anchura de hasta treinta pasos, no se podía vadear por ser mucho su hondo y corrientes; y así para pasarlas fué necesario hacer puentes de árboles, cortados á sus riberas, y no habiendo alguno en esta parte, era necesario pasar á la otra, donde los había bien crecidos; sólo se esperaba que lo fuesen los ánimos de los que tenían á su cargo aquel oficio de hacer puentes, porque como el agua venía tan negra y el raudal tan valiente, parece que al principio ninguno se mostraba serlo, tanto que se atreviese arrojar á pasar al otro lado á nado, aunque por el General Quesada se dió á entender que deseaba se hiciese la puente con brevedad, para con ella pasar el río y adelante en busca de mejores estalajes y no tan atascados. No lo estuvo mucho en su determinación un buen soldado y buenos bríos, llamado Domingo de Aguirre, para mostrar los que tenía en pasar el río, pues arrojándose á él, fué nadando hasta ponerse á la otra parte, á cuyo buen ejemplo se arrojó tras él otro soldado llamado Juan Lorenzo, que no con menor aliento se puso á la otra ribera con el compañero, desde donde pidieron hachas y arrojando las que con facilidad pudieron arrojar de ésta á la otra parte, cortaron una altísima ceiba, que cumplidamente atravesó el río, y con otros árboles, que le acompañaban entretejidos, quedó acomodada puente para todos; de la cual fuera bien se aprovechara aquel desgraciado mozo Juan Lorenzo, para volver á pasar de esta otra parte, ya que tenían hecho el puente, para que no hallara tan temprana muerte, como halló dejando la puente, y arrojándose á pasar por el río otra vez á nado, porque así como cayó en las aguas, le debió de asir algún fiero caimán del pie, que allí á vista de todos le hundió en el agua, y volviéndose á soltar apareció otra vez arriba, y sólo tuvo lugar de decir: Señor mío, misericordia! cuando el lagarto le volvió á hacer presa, y meterlo otra vez dentro, donde nunca más salió, ni le pudieron ver ni vivo ni muerto, que quedaron todos lastimadísimos por la miserable muerte, y por haber perdido un soldado de tan buenos bríos, y que por sólo un desacuerdo hubiese allí delante de todos perdido la vida; con que también quedaron avisados de guardar la suyas con cuidado en los pasos donde había peligro de muertes tan desgraciadas, que no eran pocas las ocasiones que á cada paso se les ponían delante, de suceder lo mismo, pues no hay ciénaga ni estero donde no haiga de estas fieras bestias. Al fin sin otro peligro de ellas más del dicho, pasó toda la gente el río por la puente de ceiba.

CAPÍTULO XXIV

PROSÍGUESE : 1.º los trabajos que padecían—2.º Caso que sucedió al Capitán Juan Tafur con un oso hormiguero—3.º Fórzales la hambre á matar tres caballos para comer.

1.º PUESTOS todos ya de la otra parte del río y no hallando más refugio para sus hambres que de ésta iban cada día creciendo, y con ellas las enfermedades y muertes, de manera que ya nos será más fácil contar los pocos soldados que habían quedado, pues no eran más que doscientos y nueve que los que habían muerto con las insufribles hambres que tenían, no sólo se comían toda la carne, tripas y cueros y partes impúdicas de los caballos que se morían, sino que no había sapo ni culebra, ni otro animal venenoso y inmundo que no probasen, y no es esto lo más que hacían, con la rabia del hambre, sino que andaban con cuidado, sabiendo si se había quedado algún hombre muerto por el camino, y en sabiendo lo buscaban y á pedazos se lo llevaban, y guisándolo con el mayor secreto que podían para excusar de huéspedes á la comida, cebaban su hambre, ó por mejor decir, la paladeaban con la carne mortecina de sus hermanos, y llegó esta desventura á tanto, que ya cada uno miraba con cuidado su persona, temiendo de sus propios compañeros no los forzase el hambre á darles la muerte para hacer su plato : trabajos que habían llegado al superior estado de la miseria.

2.º Para aliviarla algún tanto, si donde se rancheaban acertaba á ser parte limpia de montaña que acá se llama sabana, solían los soldados salir á caza de venados, con sus caballos, de que estaban llenas todas estas campiñas rasas, donde solían muchas veces hacerse muy buenas monterías con solo los caballos y lanzas, sin ser menester para alcanzarlos más diligencia, porque como los venados son muchos, los pajonales de las sabanas grandes, la tierra caliente con que se acaloran demasiado en comenzando á correr, y aun pierde mucho más de su aliento que en tierras frías, de que hay también abundancias, con facilidad les daban caza y lanzadas, con que cogían buena cantidad á las veces, que no era poco reparo de las necesidades de todos, aunque no dejaban de entrometerse en estas cacerías casos adversos con fieros animales que encontraban, como tigres, leones pardos, que leones reales no se han hallado jamás en estas tierras, y con osos, como le sucedió al Capitan Juan Tafur, saliendo en su caballo á caza con otro soldado que se llamaba Palacios, los cuales andando en busca de ellos, toparon con un oso hormiguero. Es este animal de los más peregrinos que se han hallado en estas tierras de las Indias: es de cuerpo como un buen mastín, aunque de hechura más redondo, y lleno; el pelo más áspero que blando, tiene el color del monte, de pequeñas garras y en cada una uñas

fortísimas; la cabeza es casi al modo de los osos comunes y el hocico un poco más largo; en él no se abre boca, ni tiene dientes, porque en lugar de dientes tiene en lo chato del hocico un aujero que cabrá el dedo pulgar, por donde saca la lengua, que será del mismo grueso del dedo y así redonda y áspera, la cual saca cuando llega á algún hormiguero, de que hay innumerable cantidad en estas tierras calientes, y tendiéndola sobre él, con aquellas babazas con que se la humeda, aguarda que se le cuaje toda de hormigas, las cuales en sintiendo sobre su hormiguero, salen volando á picarla ó morderla, y cuando el oso ve que hay buen recado de ellas, mete la lengua de presto, comiéndoselas, y haciendo esto muchas veces, sobre uno ó muchos hormigueros, satisface su hambre, y no hay para él otra comida; pero de ésta hay tanta por donde él anda, que le basta para sustentarse y estar muy gordo, como lo estaba el que encontró el Capitán Juan Tafur y sus compañeros; los cuales, siguiéndole con sus caballos, dábanle alcance todas las veces que querían, porque corre poco por sus pequeñas garras, que la naturaleza no se las dió mayores por no haber menester correr mucho para coger la caza de que se sustenta. Ibanle los cazadores solo picando con las lanzas y como entreteniéndose con él, y también porque tiene el cuero duro y no se le puede con facilidad pasar; pero íbaseles con estos entretenimientos metiendo en una espesura de un arcabuco, donde por ventura se les escondiera, y así antes que se entrara tomó deveras la cacería el Tafur, y haciendo más fuerza con la lanza, atravesóle con ella el cuerpo, y al irla á sacar, con el desdén que hizo el oso, viéndose herido, la quebró por medio; pero con la rabia y coraje en que se encendió este animal de verse tan mal herido, dió un salto al través hacia las ancas del caballo, y esto con tánta fortaleza, que las muchas coces ni corcobos del caballo fueron bastantes á despedirlo de sí, antes agarraba tan recio con sus fuertes uñas de la cola y piernas del caballo, que las vino á ir levantando más altas hasta ganarle las ancas, donde incaba las feroces uñas con tanto corajo, que en breve tiempo le tenía las piernas y ancas zajadas y mal heridas. El Tafur, viendo que aquéllas eran yá pesadas burlas, puso mano á su espada para herirle; lo cual fué en vano, porque como yá el oso tenía ganadas las ancas al caballo, tenía el hocico y boca en las espaldas del caballero, y así no le podía herir ni hacer daño con la espada, aunque tampoco el oso le hacía ni podía con la boca hacer mal al caballero, por tenerla, como hemos dicho, y aun no había podido hacer fuerza en las espaldas de Juan Tafur con las uñas, en que está toda su defensa y ofensa, y sin duda lo pasara mal el cazador si no le ayudaran, porque con la refriega ya había perdido el un estribo, y el arzón delantero de la silla se le había quebrado con la fuerza que había hecho, y estaba echado sobre el pescuezo del caballo, cuando se le acercó su compañero Pala-

cios y dándole al oso una mala lanzada, le hizo apearse de las ancas del caballo, escurriéndose por las piernas por donde había subido, las cuales agarró tan fuertemente estando ya en el suelo, con ambos brazos, que tenía al caballo sin poder andar, desgarrándole cuero y carne por todas las partes que incaba las uñas, hasta que el Capitán se arrojó ó apeó del caballo, con lo cual pudo más sueltamente arrojar coces y corcobos y de sí al oso, el cual, aun con estar tan mal herido, no había perdido su braveza y brío; antes, con su bestial ímpetu, se comenzó á retirar y irse metiendo en unos pajonales, y se les escapara escondiéndose, si Palacios no le diera otra lanzada con que le hizo caer de un lado, y aun así echado, pretendiendo defenderse de los que le perseguían, comenzó de nuevo á hacer rostro contra ellos; pero como tenía tántas heridas por donde respiraba, fué perdiendo la fuerza, furia y coraje hasta que pudieron llegarse á él y acabarlo de matar, con admiración de lo que les había sucedido con él, y llevándolo al Real, fué repartido entre los más principales y amigos, que comiéndolo, se vengaron de su braveza, dando por bien empleado el suceso á trueco del gusto que tuvieron de su carne y algún reparo con ella del hambre.

3.º Pero como eran muchos los que la tenían, poco se reparaba con aquellas poquedades, antes se cebaba el apetito para apetecer lo que les podía hartar, y en particular el maíz, que en aquellas angustias es quien la mata; que todo lo que no era esto, lo tenían por fruta, y en esto se estimó la carne de tres caballos que más adelante de este puesto del oso mataron á escondidas: con la oscuridad de las noches no se supo quién, hasta que á la mañana los vieron muertos, los cuales repartieron por cabezas, ya que era el caso; luégo fué menester que el que lo era del ejército mandara con pena de muerte que nadie comiera carne de caballo de allí adelante, porque con mayor rigor que esto no fuera bastante otra diligencia y cuidado á que no los fueran matando todos para comer, sin que repararan en la falta que adelante les harían; con esto quedó reparado aquel daño que podía suceder; pues nadie de allí adelante se atrevió á matar alguno, aunque deseaban se muriese, porque ya la necesidad les había hecho parecerles sabrosa la carne de aquellos animales y aun la de otros peores; pues raíces de árboles y cogollos de bibao y otras yerbas no conocidas, no les hacían asco, ni reparaban si estaban bien ó mal guisadas.

CAPÍTULO XXV

Contenido—1.º Hallan los bergantines un pueblo de indios, á donde en sabiéndolo fué el General en persona á buscar comidas.—2.º Hallólas, no en el pueblo, sino en las sementeras de él— 3.º Aguardó en él á sus soldados, donde se ranchearon y descansaron por algunos días—4.º Hallaron algunas mantas de algodón bien tejidas y pintadas, que fué el primer rastro y esperanzas que tuvieron de hallar esta Provincia (del Reino).

1.º Mientras los de la tierra andaban con estos trabajos y cuidados del camino, no los traían menos los del río con sus bergantines andando de una parte y otra de sus riberas, buscando algún pillaje de comidas ó indios para guías y saber en qué tierras estaban y tomar lengua de las tierras que ya se iban descubriendo y andando en este descubrimiento; lo hicieron de un poblezuelo que estaba á esta banda del río, por donde iban las escuadras, algunas leguas más arriba donde se hallaban, y por saber el contento que daría con la nueva el Licenciado Juan Gallegos, Cabo de los bergantines, no quiso llegar al pueblo sin bajar primero á darla al General de lo que había descubierto, el cual la tuvo por dichosa con todo el ejército, llenándose con ella de esperanzas de hallar comidas, que era á lo que todos aspiraban, y en especial el General, que lleva por todos el sentimiento de todas aquellas faltas, y bien se conoció, pues el ir á buscar con aquella nueva la comida que tánto era menester, no lo quiso fiar ni aun de su hermano Hernán Pérez de Quesada, sino que tomando por su persona aquel cuidado, y por sus compañeros á su hermano y al Capitán Antonio de Lebrija, á Baltasar Maldonado, al Alférez Antonio de Olalla, á Vanegas, á Domingo de Aguirre y á Pedro de Velasco, se repartieron en tres pequeñas barquetas apercibidos de sus armas y canaletes para bogar en las manos, llevando por piloto de las dos á un negro y un indio, criados del General y su hermano, sin otra guía ni gente, que más parecía temeridad y locura que valentía, se embarcaron á las oraciones y yendo arrimados á la barranca del río por librarse de raudales, aunque no les faltaron, fueron bogando toda la noche hasta que al amanecer, habiendo caminado tres leguas, poco más ó menos, descubrieron una barqueta, que al parecer era de dos espías que enviaban los indios para entender algo los intentos de los nuéstros, á las cuales el General hizo guiar las proas de las barquetas, intentando cogerlos; pero las ventajas que hacían en bogar los indios, los nuéstros se lo conocieron con harta brevedad, pues con ella en un pensamiento se les alargaron y así volvieron las proas, los nuéstros procurando darla al pueblo que iban á buscar, el cual hallaron al montar una punta que hace el río, puesto sobre su barran-

ca en una tierra seca y bien dispuesta para la vivienda humana y de hasta treinta buhíos grandes y bien hechos á su modo.

2.° El que tuvo el General y sus compañeros para saltar en tierra cerca del pueblo fué muy de soldados, no descuidándose en la prevención de sus espadas y rodelas, escopetas y lanzas, según que cada uno la llevaba, porque ya que eran pocos, y los que podían estar en el pueblo no sabían si eran muchos. La buena prevención y esfuerzo español supliera la falta de compañeros; llegaron pues los pocos que iban, y varando las proas de las barquillas en tierra, y saltando en ella, miraron con cuidado si lo tenían los indios con alguna emboscada y otro ardid de que pudieran recelarse, pero llegando á las casas y hallándolas vacías de gente y limpias de todo menaje y trastos, echaron de ver que no había nadie y que los indios las habían desamparado, como fue así, porque al punto que los indios dieron vista á los bergantines el día antes, temiendo lo que les había de suceder, alzaron ranchos, y en sus canoas se pasaron con toda su chusma y haciendilla á la otra banda del río, hasta ver el fin de aquellos barcos que habían visto: para esto enviaban la barqueta que encontraron las nuéstras cuando iban al pueblo, el cual desvolvieron bien á su salvo y sin contradicción los nuéstros, aunque con poco provecho, pues hallaron bien poco que comer en las casas, que era por lo que llevaban el hipo y cuidado; pero como la necesidad obligaba á que éste fuera mucho, no sólo le pusieron en desvolver y trastornar las buhíos, sino también el arcabuco y montaña, para saber si había algunas rozas de maíz ú otras raíces de que usan los indios. No les salió en vano esta diligencia, pues hallaron algunas de maíz ya casi sazonado y en buena cantidad, que fué de muy gran consuelo para el General, por el que pensaba dar con ello á sus soldados, que tan necesitados venían.

3.° A los cuales, cuando se partió de ellos á buscar el pueblo y comidas, dejó ordenado fuesen poco á poco caminando por la margen del Río Grande, por donde por allí habían ido, hasta dar con el pueblo, donde él y sus compañeros los aguardarían, como lo hicieron seis ó siete días que tardaron en llegar, donde hallaron á su General y compañeros, sin haberles sucedido cosa adversa, aunque esto fué bien caso, porque en cuanto era de su parte por haber ido tan pocos, y haber estado tan sólo tantos días. En ocasión se habían puesto de manifiestos peligros, como los tuvieron si hubiera venido alguna cantidad de indios como pudiera; al fin no sucedió cosa que diera cuidado, que se pudo atribuír á buena fortuna, más que á prudencia, pues faltó en no disponer mejor la salida y con más gente: llegada al fin la del ejército, y sabidas las buenas nuevas de las sementeras de maíz, lo primero que se ordenó por el General Quesada, fue echar bando con pena de la vida, que nadie cogiese de las labran-

zas una mazorca del maíz, porque él lo pretendía ir distribuyendo á todos por su mano, porque si quedaba en las de todos, con la hambre que traían, en un día le pusieran cobro, quedándose en la misma necesidad para lo de adelante, demás que como la traían tan de atrás, y los estómagos estaban ya hechos á poca comida, si ahora los recargaban de ella, sin duda se acrecentarían las enfermedades, y así por todo fué bueno el orden que se puso en la distribución y repartimiento, con que les duró por muchos días que estuvieron en aquel sitio, por parecerle al General era bueno y sano, y con los buenos buhíos se pudieron reparar algo los enfermos y alentar los sanos para lo de adelante.

4.° A que no ayudó poco, después de la comida que era lo principal, el haber hallado en una de aquellas casas unas mantas de algodón muy delgadas y bien tejidas, pintadas de pincel al modo que se usan en este Reino entre los indios de pinturas coloradas de maures que acá llaman, que son unas fajas angostas que les echan á lo largo á las mantas con los colores que las pintan, con unas laborcillas no muy vistosas, pero para los indios, como son de su uso, son de su estimación, y las tienen ya tasadas, que cuatro maures ó cintas tiene cada manta, tantos que se ha de dar por ellos por precio hecho y determinado, y no la darán menos á quien se las llegare á comprar.

Estas mantas, pues, que allí se hallaron, dieron alientos á buenas esperanzas á los nuéstros, conjeturando sobre ellas (porque no pudieron coger indio de quien saberlo de cierto), que venían de alguna tierra de indios de buen natural é ingeniosos y que andaban vestidos, los que hasta allí no habían topado, sino siempre con gente desnuda, porque aquella ropa, decían los nuéstros, no se hace para que esté ociosa, luégo se sirven de ella para sus trajes, y pues está bien tejida, y curiosa sin duda lo es, y gente de consideración quien la hace y viste, al fin éstos y otros discursos y silogismos hacía nuestra gente á medida de sus deseos, y como lisonjeándolos, para dar por buena su determinación de haber emprendido la jornada, y esperar que había de tener buenos fines, y no les salieron en vano sus conjeturas, como se ha visto. A pocos días de como el ejército estaba ranchado en el pueblo donde se hallaban bien, llegaron cerca de él algunos indios en sus canoas, que debieran de ser de sus moradores, y dando muestras de fingida paz, no quisieron saltar en tierra, aunque los nuéstros les hicieron señas que llegaran, antes la malicia que traían determinada, pusieron por obra despidiendo con ligereza una rociada de flechas á los nuéstros, sin hacer ningún daño con ellas, y por no recibir la de los barcos, con la misma velocidad que las despidieron, se despidieron ellos el río abajo y se fueron.

CAPÍTULO XXVI

CONTENIDO:—Mueren algunos soldados en este pueblo de la Tora, con cuyos cuerpos se cebaron los caimanes—2.° Hacen salidas por la tierra y agua á buscar comidas y no las hallan—3.° Determínase todo el ejército á que desde allí se vuelvan el río abajo y dícenselo al General Quesada.

1.° ESTE pueblo de indios, donde dijimos se habían ranchado y la Provincia donde estaba, ora fuese que tomaba nombre del pueblo, se llamaba, como yá dije, La Tora, y el sitio del Río Grande, los Cuatro brazos, porque en tantos se divide por allí, haciendo tres razonables islas, y después acá se ha puesto á las barrancas del río, por ser de tierra colorada, Barrancas Bermejas, sobre las cuales estaba poblado el pueblo, donde por haber sido mucho el tiempo que se detuvo el ejército, no se murieron pocos, cuyos cuerpos, por no detenerse á enterrarlos, y por ver el río tan grande, que parece un brazo de mar, los arrojaron en sus aguas, de donde vinieron á cebarse en ellos tánto los caimanes, que al sabor de los muertos venían á las orillas del agua por los vivos, de que hicieron algunos pesados lances, llevándose á algunos, que como no sabían las astucias de los caimanes, llegaban con descuido al río á coger agua ó lavar su ropa, y andaban yá tan atrevidos, que sobreaguados, andaban al usmo de la presa, acechando dónde la podrían hacer, como cada día se ven hoy en todos los puertos de este gran río donde están cebados, y aun viéndolos así sobreaguados, tomó un soldado llamado Roa una escopeta y apuntando á uno y dándole en la cabeza por buena parte, lo mató, que no debiera, pues sacándolo á la orilla, y comiendo de él algunos con el hambre que tenían, al gusto de él, gustaron la muerte; y así escarmentados de estos sucesos, cogían del agua que habían menester del río con un palo largo, sin atreverse á llegar al agua, y si llegaba alguno á beber era de prisa, y levantar el agua con la mano como los otros soldados de Gedeón, ni consentir que llegaran á beber los caballos, ni perros con quien esta brava sierpe tiene mayor antipatía y contradicción que con ningún otro animal, por donde vienen muchos á concluír y por otras propiedades que les hallan, que son los mismos estos lagartos que los cocodrilos del río Nilo, donde no se atreven los perros á beber con sosiego, sino muy de paso, aquí una lenguarada y acullá otra, porque en deteniéndose algo, son asidos de ellos, de donde vino el adagio para significar la inquietud de uno, decirle que es *tan quam canis in Nilo*, como el perro á orillas del río Nilo; pues la misma contradicción y peligro conocemos en estos caimanes para con los perros; de manera que para traerlos de muy lejos, azotan á un perro en la orilla

del río, y á los gritos que da, con brevedad ven los caimanes cerca de ella. También hacen los caballos y otras bestias que llevan á beber, si es en parte que ellos puedan llegar como queda dicho, y por este cuidado de los caimanes lo tenían los soldados de que los perros y caballos no llegaran á beber al río.

2.º Como hicieron tan despacio asiento en aquel pueblo para recuperar las fuerzas perdidas, con tántas desventuras como hasta allí habían pasado, y las labranzas que, como vimos, no eran grandes, se iban acabando, y maquinando el General Quesada que pues allí había pueblo y labranzas, podría ser las hubiese también la tierra adentro, envió algunas tropas de soldados más sanos, para que con cuidado diesen vista á aquellos rededores, por si en ellos la podían dar alguna cosa de comida, ó rastros de gente ; pero habiendo salido diversas veces la que enviaba, nunca toparon sino las mismas montañas bravas que hasta allí, y en ellas infinito número de sabandijas penosísimas y nocivas, murciélagos, que de noche, como dormían al sereno y sin reparo de ropa, les mordían en los pies y aun en las manos y otras partes del cuerpo si se descuidaban, que les sacaban más sangre que sale en una buena sangría. Que es una plaga en muchas partes de tierras calientes acá en las Indias intolerable ; y contra quien se hallan pocos remedios, por ser tánta la multitud de ellos, y en aquel paraje con mayor abundancia, á que se juntaba la que había de mosquitos, sapos, culebras, hormigas, garrapatas, avispas, con los animales bravos que queda dicho hay en aquellas partes. Viniéronse de las que anduvieron los soldados que salieron, sin hallar qué poder llevar á la boca, y sin confianza de que por la parte de tierra se podía tener recurso á nada, y así con estas ruines nuevas ordenó el General que por agua se hiciesen diligencias con los bergantines, y que yendo descubriendo el río arriba, que hasta entonces no habían pasado de aquel puesto de la Tora, volviesen con la brevedad posible á dar la nueva de lo que hallasen; hízolo así el Licenciado Juan Gallegos y á fuerza de remos y en partes de raudales con sirgas, porque las velas allí no son de importancia por tener abrigadas la madre del río las grandes arboledas que lo han cercado por uno y otro lado, fueron navegando, no con menores trabajos que los de tierra, porque en la falta de comidas eran iguales, y en el remar no sé si mayores, porque al fin era remar y agua arriba. Los calores penosísimos; los mosquitos no los perdonaban ; los aguaceros no tenían reparo para lo poco que comían, ni tenían sal, que bastaba para enfermar todos ; pero venciendo el brío español todos estos contrastes, fueron el río arriba sin dejar rincón en una ribera ni otra, ni darle vista hasta que los muchos raudales y angosturas no los dejó pasar adelante, y sin haber hallado hasta allí cosa de provecho, ni encontrado con tan sólo un indio, tomaron partido de volver río abajo donde estaban sus compañeros, donde llegaron después de haber gastado en esto veinte días con

estas malas nuevas, y algunos soldados menos á quienes las incomodidades dichas y otras que no se cuentan le habían abreviado la vida.

3.º Mil veces trastornando papeles y memoriales para escribir esta historia y descubrimiento de este Nuevo Reino, haciendo cotejo del modo que estuvo en estas conquistas con el que se ha tenido en las de otras Provincias de estas Indias, he hallado notable diferencia en los unos y los otros con éstas, porque habiéndose hecho lo más ó todos con fuerza de armas, guerras y vencimientos de indios que con bríos y coraje defendían sus naturales tierras; este del Reino consistió en vencer contradicciones de plagas de inclemencias de tiempo, montañas, breñas, bestias fieras por agua y tierra, inundaciones, desiertos larguísimos, hambres, enfermedades, gusanos, como hemos visto y veremos; y aun si esto fuera cada cosa de por sí, fuera más tolerable que haber sido todo junto; porque aunque no faltaron guerras con los indios á las subidas de las sierras y entradas del Reino, como adelante veremos, fueron de poca consideración en sí, y respecto de las que en otras partes han tenido los descubrimientos y de los trabajos que se padecieron en la subida del río, como los tenemos presentes en este puesto de la Tora; los cuales tenían tan rendido á todo el ejército, especialmente con las malas nuevas que habían traído las tropas de los soldados que habían corrido la tierra, y los bergantines del río, que aun hasta los Aquiles y más valientes de las escuadras tambaleaban en su pensamiento para no pasar de allí, sino volverse el río abajo y poblar en Tamalameque, dejando la subida para otra mejor ocasión de tiempo, y más soldados, y así estando todos los del ejército de parecer de éste, lo tuvieron también de que el Capitán Juan de Sanmartín y Juan Céspedes fuesen los embajadores para decírselo al General Quesada; los cuales por complacer por ventura á los demás, más que por gusto, lo tuvieron de llegarse al General y decirle su embajada de esta manera: «Bien manifiesto es el consumo de la gente de nuestra compañía, y que según va por la posta, dentro de pocos días no quedará nadie para poder ir adelante ni volver atrás; los caminos de las esperanzas que algún día tuvimos de buenos sucesos, se van cada día cerrando, mas la tierra y río están vistos y nos tienen desengañados de hallar en ellos recurso para tan apretadas, y así éstos nos tienen cogidos entre puertas, de manera que nos han de forzar tarde ó temprano á dar la vuelta para buscarles remedio, y éste podrá ser poblando en Tamalameque, pues está en buen paraje para que en otra ocasión se prosiga adelante lo comenzado, que no ha sido poco lo que se ha hecho en descubrir el río hasta aquí, y no obstante todo esto, estaremos á disgusto, pues en él tenemos resignado el nuéstro.» Fue tan desabrida esta plática para el General, que sin captar benevolencia á los mensajeros, les dijo lo que sigue:

CAPÍTULO XXVII.

RESPONDE con desabrimiento el General Quesada á los que le vinieron con la embajada de la vuelta—2.º Halla el Capitán Sanmartín, con otros soldados de su compañía, panes de sal que fueron los segundos rastros que hallaron de la tierra del Nuevo Reino.

1. O NUNCA fueron mis intentos, cuando tomé á cargo el gobierno de este ejército, ser de su minoración; sabe Dios, en cuya presencia estamos, que siento el desconsuelo y muerte de cada uno, como si fuera la de un hermano, en cuyo lugar tengo á todos; y así siempre he dejado, y ahora más que nunca, sus acrecentamientos, que de ellos también se seguirán los míos, y con este fin he entregado al discurso mis pensamientos, para ver si con alguno de ellos pueda alcanzar medio por donde se consigan los intentos que todos sacamos de España y Santa Marta, excusando tan penosas fatigas como nos siguen, pero sin riesgo de la reputación de todos, y aunque algunas veces me ha ocurrido dar la vuelta que ahora se me propone, no lo he querido admitir por no parecerme convenir al valor de nuestros pechos dar pie atrás en lo comenzado, sino ir adelante, y será lo peor poblar donde decís,cuyos sitios, como sabemos están ya días vistos por otros; demás que la conquista de estos indios ha de ser por agua, donde ellos tienen su mayor fuerza, y para ello en esta ocasión la nuéstra es poca, como lo veis, y el interés que se sacare después de rendida la tierra, es menos del que pensamos, porque el oro que tienen, como estamos informados, es de contrataciones, traído de otras tierras y no natural de ellas, y las mantas que hallamos en este sitio, pues sabemos de cierto han bajado por este río, nos hacen presumir que donde vienen es gente honesta, pues no anda desnuda como los que hasta aquí hemos visto; y así tengo por vano dejar de proseguir lo comenzado; pues aún no estamos tan pocos que no valgamos, llevando á Dios delante, á resistir trabajos, en quien confío no serán muchos antes de hallar el descanso que deseamos, prosiguiendo lo que queda del camino hasta hallar buena tierra, pues es en lo que estoy resuelto, y al que no hiciere lo mismo ni lo tendré por amigo ni dejaré de castigarlo como á inobediente, y si lo que me habéis dicho entendiera no ser declaración de los deseos de los demás, quedará muy corrido, en lugar del disgusto que éstos de verse acorten los ánimos de algunos en tan pocos días, y ahogándose en tan poca agua, cuando mucha más no juzgaba por bastante para el valor español; y así ni la de los ríos y ciénagas ni la que de ordinario llueve nos le ha de despegar sino que ha de ser nuestro brío como fuego de alquitrán, que cuanta más agua le cae, más fuerza toma. Estas querría pusiésedes con vuestras palabras

á los tibios infundiéndoles parte del ánimo que me sobra, y bastará para mayores dificultades, pues vale más un ejército de siervos, si tiene por cabeza un león, que uno de los leones si tiene por capitán un siervo, y así pues á tiempo que estamos en este sitio, donde la gente está más alentada, será bien tratemos de hacer más largas entradas por alguno de estos ríos que bajan de las sierras que se nos descubren. Estas querría se comenzasen por el señor Capitán Sanmartín, de cuya diligencia me prometo buenas nuevas, en cuya compañía irán los que escogiere, partiéndose por la mañana, con bien equipadas canoas, pues las hay á mano, y yo la doy á los dos para que digan mi resolución á todos.» Con esto se acabó el discurso y se supo la resulta, luégo comunicada entre todos, causando diferentes efectos, según los diferentes deseos de todos; pero como por entonces no se podía hacer otra cosa que obedecer, hízose así.

2.º El Capitán Sanmartín, en cumplimiento de lo que había ordenado el General, escogió doce soldados de los más alentados, y en tres canoas bien aprestadas, luégo otro día de como pasó la plática, se metió por un río que desembocaba por allí, en el Grande, que después se llamó y hoy se llama Carare, porque pasa por una Provincia de indios llamados así; en cuya boca está plantado un presidio para defensa de la navegación del Grande, á quien han infestado muchos años, á estos indios, como diremos en la tercera parte. Y á tres días que fueron navegando por él, hallaron á su ribera una casa ó buhío, pero sin gente, donde descansaron un día, por ver si podían haber alguna á las manos que los guiaran, de donde partieron á otro día, viendo que no descubrían persona, y prosiguiendo su viaje, aquel día dieron de repente con una barqueta en que venían dos indios desembocando por un raudal estrecho, para donde guiaron los nuéstros sus canoas, las cuales, como vieron los indios, y se hallaron sobresaltados de gente no conocida, desampararon la barqueta y á nado procuraron escaparse de ellas, como lo hicieron con tan buen brío, que aunque mejor se arrojó tras ellos un soldado, gran nadador, llamado Bartolomé Camacho, como le llevaban ventaja, llegaron primero que él á la otra banda del río, y así, cuando se vido sin esperanza de poderlos haber á las manos, volvió á poner las suyas sobre la barqueta desamparada, y trayéndola á la de los compañeros, hallaron en ella tres ó cuatro mantas finas de algodón, bien tejidas y pintadas de colorado, como las que habían hallado en el pueblo de Tora, y buena cantidad de panes de sal, grandes y muy blancos, de la que se hace en este Reino. No les pareció al Capitán y soldados bastante muestra y pillaje aquello para volver desde allí á dar nuevas de ello al General Quesada; antes les sirvió sólo de cebo para alentar el deseo de pasar arriba, prometiéndose cosas mayores, como sucedió, pues á poco más que anduvieron, hallaron en tierra rastras sobre las barrancas del río; dos casas ó buhíos grandes,

pero también sin gente, porque según pareció no eran de morada, sino de contratación, donde se juntaban los indios que bajan de la sierras con sal y mantas, y los que subían del Río Grande á contratar y hacer sus trueques ó rescates, como por acá se llama al trocar una cosa por otra; y así hallaron en los buhíos gran cantidad de sal en panes grandes de á tres ó cuatro arrobas que los tenían para el efecto, como se supo después de un indio que cogieron en una refriega que tuvieron con ellos.

CAPÍTULO XXVIII

CONTENIDO: 1.º Descubre el mismo Capitán Sanmartín buhíos de contratos de sal y tierras de grandes poblaciones—2.º Con las nuevas que de esto dió el Capitán Sanmartín salieron todos de la Tora, y con hartos trabajos, unos por agua y otros por tierra, llegaron á los buhíos de sal, desde donde volvieron los bergantines el río abajo.

1.º NO les dejó descansar en los dos buhíos más tiempo del que hubieran menester, el deseo que tenían de descubrir mayores muestras de sus esperanzas, y así, espoleados de ellas, varando en tierra las barquetas, y dejándoles por guardas y de la sal á tres soldados de buen brío, Antón Rodríguez de Cancilla, Diego Romero y Juan Gordo; y el Capitán Sanmartín con los demás, guiado por una senda que salía de los buhíos el río arriba, la siguieron como cuatro leguas, al cabo de las cuales toparon con una mesa de sabana rasa, de travesía de una legua, y pasada hallaron caminos bien anchos, y sin perderlos ni hallar poblaciones ni buhíos, caminaron hasta treinta leguas por montaña clara, en cuyos fines descubrieron dos poblezuelos de seis ó ocho casas cada uno, pero de allí dieron vista á copiosas y grandes poblaciones, según se vieron muchos humos y labranzas grandes. No les pareció ya ser cordura pasar de allí tan pocos, á donde se descubrían tántos, y así, de mejor y más acertado acuerdo, determinaron volverse á los compañeros y canoas y con ellas al General, pues llevaban señas en sal y mantas y vista de ojos de largas y extendidas poblazones, y aunque ellos pensaban por entonces irse con solas estas muestras de lo que habían hallado, no quisieron eso los indios, que les debieran de haber visto al pasar, aunque los soldados no los echaron de ver, y así, fiados en esto, y aunque no con descuido, caminaron sin entender les había de suceder cosa adversa todo aquel día hasta la noche, que se rancharon donde les cogió en el campo y donde los indios, no pocos, los fueron y estuvieron acechando, hasta que á la mañana, incpinadamente, á las primeras luces,

con muchas y muy buenas embrazadas flechas, macanas, dardos y piedras, que á no ser de tan buenos ánimos los nuéstros, les sucediera mal, y así, poniendo su confianza en Dios, y diligencia en sus manos, las menearon tan bien entre los indios vestidos, que de muertos y mal heridos fué no pequeño el número; con las que les quedaron para ello buscaron su defensa por la montaña, por donde á porfía huyeron, quedando algunos de los soldados heridos y el Capitán Sanmartín con un indio vivo en las manos, que pudo coger, al cual pusieron por nombre Pericón, que les fué después de gran importancia, porque con el regalo y buen tratamiento que todos le hacían, vino á hacerse grande amigo de los españoles, á los cuales allí luégo preguntándole por señas, les decía que allá arriba de aquellas sierras había muchas gentes. Mostráronle una chaguala ó plancha de oro que allí tenían, y preguntándole si había arriba de aquello, respondía que sí, como podía, pero de suerte que lo entendían, supliendo las faltas del indio los buenos deseos, y de los soldados que los tenían de que dijese aquello, con que quedaron contentos y deseosos de llegar ya á sus tres compañeros que los estaban aguardando con cuidado, pareciéndoles ya mucha tardanza la del Capitán y los demás, los cuales, como llegasen á las canoas y tuviesen todo aquel negocio que Pericón les decía por cierto, y lo que ellos habían visto, por más, determinaron ser ya bastantes muestras para volverse á dar buenas nuevas al General y al ejército, que tan sin ellas y con tánta aflicción habían dejado, y así dejando los buhíos y muchos panes de sal en ellos para la vuelta, tomaron algunos y las mantas y penachos de rica plumería, y algunas armas que cogieron en la refriega, y al indio Pericón; y en sus canoas, río abajo, dieron con brevedad vista al pueblo de la Tora y ejército, á quien alegraron entrando vestidos, los que pudieron, con las mantas coloradas que hallaron, con los penachos en las cabezas y dando grandes voces y regocijada grita, diciendo: Tierra buena, tierra buena, abastecida de abundantes y grandes pueblos, de mucho oro; tierra rasa, sana, sin montañas, llana, fría con moderación, aparejada en todo para la vivienda humana: tierra ál fin que lo ha de poner á nuestros trabajos, mediante Dios. Todos salieron de los buhíos dándole gracias por haberles descubierto caminos á los fines de sus esperanzas, y dándose mil congratulaciones unos á otros, abrazaban de contento á los que las traían, y consideraban haber hablado por boca del cielo el General, cuando con tan valeroso pecho resistió la vuelta el río abajo estando tan cerca de señales tan claras del descubrimiento tan dichoso, como se hizo en este Reino.

2.º Con la alegría que les causó la nueva de los descubridores, se alentaron enfermos y sanos, y deseando ver por sus ojos lo que iban oyendo, y dando prisa todos de salir de allí, no reparaban ya en los trabajos que se les podían ofrecer de allí adelante, y así en disponer el viaje, que según salió luégo la

voz, había de ser otro día por la mañana. Gastaron aquella tarde y llegándose la noche, reprendían su tardanza porque les retardaba la salida que tánto deseaban fuese por la mañana, y así venida, oyeron todos la misa que dijo el Padre fray Domingo de las Casas, y comenzando los macheteros sus afanes de abrir caminos por aquellos espesísimos arcabucos, fueron dando paso, con que comenzaron á caminar los de tierra casi á las parejas de los bergantines, que también llebavan su trabajo en los remos; así todos entrándose por el río que descubrió el Sanmartin, dejaron atrás las corrientes del Grande, siéndoles más agradable por entonces aquel más pequeño, aunque bastante para navegar los barcos con algunos trabajos de piedras y grandes troncos, si bien también los llevaban los de tierra, por ser las corrientes entre ásperas breñas y montañas ; en las cuales, estando una noche rancheados, á pocas de como salieron vino una tan repentina y atropellada corriente que hizo á todos subirse en los árboles para librar sus personas, ya que lo demás del fundaje se pudo librar poco, por haberlos cogido tan de sobresalto y de noche que apenas pudieron guarnecer las vidas entre las ramas, donde estuvieron sin poder bajarse dos días, porque eso duró el menguar las crecientes, y el no comer los que estaban arriba, después de los cuales tuvieron bien poco reparo contra la hambre, pues sólo se daba de ración á cada persona cuarenta granos de maíz tostado, y á los caballos que habían quedado, que no lo pasaron mejor en aquellas inundaciones, se les daban hojas de cañasbravas, que eran para ellos blanda alfalfa, porque en dos días que habían estado el agua á la barriga, tiempo había sido harto para recoger hambre y barro del pantano que se hizo en que quedaron medio enterrados. No se aplacó tan de golpe la inundación como vino, y siéndoles forzoso el caminar, porque iban más aprisa acabándose las comidas, que ellos caminando hubieron de proseguir el viaje por agua tan honda á veces, que á soldado más crecido daba á la cinta, lo que les era de tánto impedimento para ganar tierra, que en la que había desde la Tora á los buhíos de la sal, que eran catorce leguas, gastaron veinte días, en uno de los cuales viendo el General Quesada tan fatigada la gente, mojada y sin comida, hizo poner unas calderas al fuego y cocer en ellas las adargas y las demás cosas de cuero que llevaban, con que dió un buen día á todos los que alcanzaron de aquella cola, aguacola que estaba más acomodada para que un ensamblador pegara madera, que para comer hombres ; tanto puede la hambre; aunque no fué tan desabrido el convite que hizo otro día á los más honrados, de un perro que se venía con ellos del pueblo de la Tora, que debiera de ser de los indios allí, el cual con toda su carne, tripas y pellejo, pies y sangre, hizo plato tan sabroso como si fuera carnero de la Sagra de Toledo ó de la dehesa de Bogotá, que deben de ser los mejores que se crían en las Indias; y á buen seguro que les supo tan bien el gui-

sado de los dos manjares á nuestros soldados, como á Marco Antonio la cena que le dió su celebrada Cleopatra, en que se gastaron tántos millares de ducados. Al fin con lo poco que les alentaba la comida, llegaron á los dos buhíos de la sal, á tiempo tan ajustado á su necesidad, que á detenerse dos días más, hallaran primero su muerte que á ellos, á donde también llegaron los del río con sus barcos y donde juntos trataron de lo que se había de disponer de ellos, supuesto que ya las muchas corrientes y raudales no daban lugar á pasar de allí, y así, después de largas pláticas sobre la determinación de esto, la tuvieron en conformidad de todos, que los más enfermos se entrasen en los bergantines para irse á reparar su salud en Santa Marta, hasta que en otra ocasión subiesen, como lo hicieron algunos; y que los sanos prosiguiesen su jornada por tierra: lo cual determinado, y por los Generales de agua y tierra, Licenciados Quesada y Gallegos, dada la palabra con juramento, aunque después no se pudo cumplir por causas que sobrevinieron, de verse de allí á un año ambos en aquel puesto, despidiéronse con ternísimas palabras y lágrimas, y los unos de los otros, quedándose los de tierra en sus buhíos, donde los dejaremos descansando por ahora, y los de agua batiendo sus remos, tomando el río abajo, con quienes iremos contando sus sucesos hasta dejarlos en Santa Marta.

CAPÍTULO XXIX

Contenido: 1.º Vuelta del Licenciado Juan Gallegos con los bergantines el río abajo y engaño que hurde Alonso Xeque contra los nuéstros—2.º Guazabara que les dan á nuestros soldados los indios por orden de Alonso Xeque.

1. O DESPEDIDO ya el Licenciado Juan Gallegos y embarcados en sus bergantines ciento cincuenta hombres entre sanos y enfermos, y entre ellos un indio llamado Alonso, bautizado, aunque harto mal fundado en la fe, pues todavía era Xeque de Tamalameque, de donde más por su fuerza que por grado había sacado á la venida y traídoselo el río arriba, comenzó á navegar el río abajo, no dejando en él parte de sus riberas que no desvolviesen buscando comidas para el camino y llegar á Santa Marta, las cuales ocupaciones iban retardando la jornada ó bajada, con sentimiento del indio Alonso, que solapando con esto otra mayor malicia, daba á conocer el deseo que tenía de llegar á su pueblo, por haber tántos días que había salido de él, y eran sus intentos, como luégo se vió, ejecutar en los nuéstros la traición que traía urdida, y así con estos cubiertos de buenas palabras, se llegó á aconsejar al Gallegos que no tenía que detenerse en lo que iba buscando, sin que abreviase el

viaje hasta Tamalameque, donde hallaría cuanto deseaba, especialmente yendo él allí, que no sería poca parte para que se diese lo necesario. Creyendo los nuéstros ser esto así, dieron prisa á los bogas, que ayudados de las corrientes con brevedad, caminaron treinta leguas, á donde Alonso hizo salir indios de mala paz con algunos bastimentos. De los soldados que venían enfermos, cada día morían, y se iban echando al río, con que se iba aprovechando la gente, la cual consideraba con atención Alonso; valiéndose de esto, trató con los indios de aquel distrito, que tomaron sus armas contra aquellos españoles, y los matasen, que les sería fácil por ser pocos, y casi todos enfermos, y para mejor acabar esto con los indios, pidió licencia al Licenciado Gallegos para ir en tierra diciendo quería ir á proveer los soldados de alguna comida, que bien veía la habían menester, y algún oro. A título de esto se dió la licencia, y viniendo á tierra, pudo más á su salvo entablar su mal intento, pero porque no se le entendiera, procuró con brevedad tener á los bergantines tres canoas cargadas de maíz y pescado, y mil pesos de oro, que dió al Licenciado, procurando persuadirlo bajase hasta Sompallón, y más abajo hasta su tierra, como se hizo, á donde salió en sus canoas, que ya allí tenía conocidas, y sin dar lugar á dilaciones, hizo convocar de ambas riberas del río más de veinte mil indios, y que estuvieran apercibidas más de dos mil canoas, y juntos los más principales de éstos, les dijo: Yá habéis visto y sabido como yo sé el río arriba con estos españoles, y en el viaje viéndose acosados de las hambres y otras plagas, determinaban de venirse á poblar á nuestra tierra, lo cual si algún día tuviese efecto, será para nosotros una carga pesadísima; y así, pues tenemos la ocasión en la mano, reparemos este daño matando á éstos, con que quedaremos libres del todo, porque de los que quedan arriba no hay que temer, pues según van de enfermos, y es la esperanza del camino, ya serán muertos, y con esto los de Cartagena y Santa Marta quedarán escarmentados, y teniéndonos por valientes, no se atreverán á venir á inquietarnos. Podremos con facilidad hacer esto por venir pocos, y eso enfermos; el modo será que en estas riberas haya encendidos grandes fuegos para que veamos con ellos hacer mejor la guerra, y el río se cubra de canoas, para que por una parte y otra les piquemos hasta no dejar hombre. No quedó indio que no viniese en esto y se previniese para ello, como se había practicado, fuera de un principal, llamado Lopatín, enemigo del Alonso, que viniendo al Licenciado Gallegos, le dió noticia de la traición de Alonso, y que otra vez la había también usado con el Capitán Sanmartín, como dejamos dicho y le había echado á el mismo Lopatín la culpa, no teniéndola, y que lo mismo y más tenía ahora urdido, por lo cual sería bien tenerle preso, y no soltarle hasta haber llegado á Santa Marta. En este tiempo no se descuidaba Alonso, disimulando su traición de ir y venir á los barcos trayéndoles alguna comida y algún oro. El Licencia-

do, llamándolo un día, le dijo cómo sabía de su traición, y afeándosela mucho, le advirtió que mirase lo que hacía, porque había de llover todo sobre su cabeza, que mejor les sería hacerles buena y llana amistad, como lo hacía Lopatín, de quien había sabido la verdad del caso. A lo cual respondió Alonso bien reportado para disimular mejor: Señor, no es bien de mí se imagine tal maldad, pues hasta ahora, bien se puede haber entendido lo contrario de mis obras que os hago, que hacer eso que dices de otra manera procediera, no gastando mi hacienda en lo que os he dado de refrescos, de comida y oro, ni menos se ha de dar crédito á Lopatín, como á un Capitán enemigo que me desea todo su mal. Supo tan bién decir estas palabras y otras el indio, que obligó al Licenciado á darles más crédito que debiera, especialmente, que el Capitán Juan Chamorro, que se halló á todo presente, le dijo no ser acertado darle crédito, porque le conocía desde que Fr. Pedro Ranco le bautizó, y sabía sus traiciones, y que por tál tenía aquélla, como lo decía Lopatín, y que así lo tendría por mejor tenerlo preso en un barco hasta haber salido del río, donde estaba el peligro.

2.º Pareció bien al Licenciado el parecer del Capitán Chamorro, aunque no lo puso por obra, pareciéndole bastaba salirse de aquel puesto, luégo por la mañana, como lo hizo desamparando al amanecer el sitio de Sompallón, donde esto pasó, y yendo navegando el río abajo, á poco trecho se descubrió una grande agua al barco del Licenciado, de manera que no pudiendo tomarla por diligencias que se hicieron, fué forzoso desembarcar en una playa á aderezarlo; y habiéndolo varado en tierra y dispuesto lo necesario para el reparo, repararon en que Alonso se había desparecido, y no les acudía como antes, con que le obligó á recatarse, é ir dando crédito á Lopatín y á Chamorro, el que sospechando lo que podía ser y fué de malas señales que veía, en ir pasando á lo mudo muchas canoas el río abajo, tendió en su bergantín, de donde era Capitán, un toldo de lino que traía, haciendo estirar bien, porque de esta suerte, suele ser buen reparo para las flechas, y estúvose quedo en él sin saltar en tierra, lo cual no advirtiendo los demás sanos y enfermos, dejando el río, se rancharon muy de propósito en los buhíos y hamacas á las sombras de los árboles, donde pasaron la siesta, y pensaban pasar la noche, pero antes que llegara, aunque ya iba acercando aprisa, llegaron con ella los indios con tánto silencio, que con ser más de veinte mil á ninguno sintieron, hasta que dieron sobre ellos de golpe, y lo primero que hicieron fué coger vivos treinta españoles, atándolos con cordeles de que venían apercibidos, á los cuales mataron con exquisitos y crueles géneros de tormentos. Llovían como granizo flechas de todas partes, una de las cuales sacó un ojo al Licenciado Gallegos, que con diez ó doce soldados de su compañía guardaba su bergantín varado en tierra, porque no se les hiciese pedazos, cuyos costados le servían á veces de reparo y lo fue-

ron con ayuda de Diego Picón y sus compañeros para no salir más maltratado de lo que salió, según fué la multitud de indios que cargó sobre él, á cuya defensa también acudió el Capitán Chamorro desde su bergantín, viéndole tan cercado, disparando los vercetes de bronce que traía, con que desocupó gran parte de la playa, quedando muertos unos y huyendo otros de los que afligían al Gallegos, pero como eran tántos los indios y bien industriados por el Alonso, por uno que moría se aparecían ciento, que parecía hervir la playa de gente, con una obstinación tan pertinaz, en prosecución de los intentos que traían de acabar con los nuéstros, que aun á las olas y corrientes del río se arrojaban para intentar ganar los barcos.

CAPÍTULO XXX

CONTENIDO: 1.º Sucesos de la misma guazabara con todos los nuéstros se embarcaron—2.º Cercan á los españoles gran número de canoas, desde donde y desde las márgenes del río los ponen en grande aprieto—3.º Después de varios y lastimosos sucesos llegaron los bergantines á Santa Marta con solos veinte hombres escasos.

1.º ENTRE los demás que esta guazabara cogió en tierra y dentro del buhío, fué al Capitán Diego Rincón, al cual cercaron en el que estaba con sus compañeros, tanta multitud de indios con tánta algazara y flechas, que sólo su ánimo pudiera salir de aquellos peligros ; pero como éstos sean fuego con que se enciende el ánimo del valiente nuéstro. En estos lo mucho que lo era el Capitán Rincón, y no queriendo estarse en el buhío, donde había de ser cruel su muerte, esforzó á sus compañeros con lo mucho que lo estaba y embistiendo á la puerta, y con los que le tenían cercado y sus compañeros tras el puesto se pusieron en la playa rasa, y ya hiriendo con su bien templada espada, que era por extremo fina, y la cual la ocasión pedía, y amparándose con la rodela, hendió por aquella furiosa caterva de bárbaros, bien á costa de los miserables, segándoles cuellos, derribando brazos, y haciendo camino de manera que nunca volvió pie atrás del que había tomado para su bergantín, que está varado á la orilla del río, á donde llegó bien al tiempo que lo habían menester los de su compañía, á los cuales recogió sin que se le quedase alguno enfermo, ni sano, y sin que alguno muriese en la refriega, bien que no faltaron algunos heridos de la flecha, como también lo estaba el Diego Rincón, de tres que le habían acertado, lo cual no fué estorbo para defender su gente que se fuera embarcando, que fué la mayor dificultad que hubo, por ser esto lo que más pretendían estorbar los indios, á que acudían como hormigas en número, y como leones en fiereza. Y así allí fué menester la mayor del Capitán,

donde hizo cosas tan de valiente, que no me atrevo á escribirlas, dejándolas con esto á la cortesía de cada uno; que se alargue á creer lo que de un hombre muy valiente, en ocasiones tales se puede tener satisfacción, harían de que daban testimonio las aguas del río, que por aquella orilla iban convertidas en sangre, de la mucha que se sacó en la refriega, en la cual ganó su barco con toda su gente, desde el cual echó de ver cuán á mal traer andaba el Teniente Gallegos, y haciendo bogar su bergantín hacia donde estaba y saltando en tierra con algunos compañeros en su favor, no comenzó menos la espada que antes, pues no le era menor la ocasión, en la cual fué cuando le dieron al Teniente el flechazo en el ojo, de que quedó sin el medio muerto, y así hubo de mostrarse el Rincón más brioso para defenderlo, pues quedó tendido en tierra, y quiso Dios ayudarles más en esta ocasión, con ofrecerse entre los indios una de riña, sobre el despojo que hallaron en un buhío, en que trabaron tal debate en que los arcos les servían de garrotes sobre más llevar del despojo, en el cual tiempo lo hubo de echar al agua el barco de Gallegos y á él en él, sin sentido, de manera que cuando los indios acordaron, ya todos los nuéstros estaban embarcados, de suerte que ya lo más del peligro de la guerra se había reducido al río, con canoas, las cuales eran innumerables.

2.º Porque según se supo no hubo Cacique amigo ni enemigo de españoles de todas aquellas riberas que no se hallase en la guerra, pues allí se halló Molando, aquel que dijimos estaba de paz y había tenido allí los dos bergantines cuando los otros se perdieron, que no le duró mucho la amistad, allí estuvo el Cacique Pentellón, Mompós, Tamalameque, Sambo, Omigalae, Maza y otro famoso Cacique Tamalguatara, Chocorí, Chiquichoque, Talaigua, y todos los indios de Tomala, y los de Proa y los de Tocalda y otros muchos señores, todos con su poder, que no era poco, y aunque lo fuera de mosquitos, aun para mosquitos eran muchos enemigos y todo fué movido por el Alonso, ayudado del odio que tenía contra nuestra gente, de quienes había recibido tan buenas obras; pero nunca más pareció, ni en tierra ni en río por entonces. Pasada la tarde de estos encuentros, y venida la noche, se comenzó mayor guerra naval por el río, cuyos márgenes comenzaron luégo á arder con tántos fuegos como encendieron luégo los indios en los montes, de leña seca que tenían prevenida para el efecto. Los nuéstros no se descuidaron viendo tan cubierto el río de canoas, tan llenas de indios empenachados de rica plumería que á no venir á guerra tan sangrienta, fuera alegría mirarlos, y con esto tan prevenidos de flechas, dardos, macanas y tiraderas, sonaban para incitarse á la guerra, en lugar de trompetas, muy gruesos caracoles marinos que como eran muchos en el río y la tierra, las voces gruesas resonaban los ecos y de noche eran bastantes á poner temor á diez ejércitos; y así luégo tendieron todos los bergantines sus toldas en defensa

de las flechas y con mucha vigilancia dejaban ir los barcos á la mar del agua porque ni se podía bogar ni sacar la mano fuera de bordo que no la clavasen al punto, tanto era el cuidado que llevaban los indios, los cuales cercaron los barcos con sus canoas, con tánta obstinación, arrojando las manos á asirse de los bordos, y entrar dentro, que aunque veían que los nuéstros, en viendo asida la mano, la cortaban y caía el indio al agua, que con los versetes trastornaban canoas, y morían muchos, nada les atemorizaba, teniendo concebido en sus ánimos que los habían de acabar á todos; y así á este intento llovían flechas sobre los toldos que las tenían ya como pellejo de erizo, ayudando á esto los que podían alcanzar de tierra, que con las lumbres que corrían más de veinte leguas por la vera del río se descubrían bien unos á otros.

3.º Yendo en medio de estas aflicciones navegando los barcos, acertó el del Capitán Chamorro á llegarse tanto á la orilla, que encalló ; lo cual como conociesen los indios de la tierra, como abejas en un instante lo cercaron, procurando darle tánta prisa con flechas y manos para cogerlos á todos vivos, que no bastaron las suyas y las de los demás á que no se llevaran un soldado vivo, que allí despedazaron en un instante. En ése saltó del bergantín el Chamorro y los demás, y defendiendo unos y haciendo fuerza los otros, al fin, á pesar de los indios, hicieron nadar el barco, donde se volvieron á entrar tan mal heridos de las flechas de hierba, que murieron casi todos, y entre ellos el Capitán Chamorro ; y en conclusión fué tal la guerra, que de todos los soldados y gente de los barcos sólo escaparon veinte escasos, los cuales con las corrientes fueron dejando el río é inmensidad de canoas, hasta que llegaron al mar, donde también el olaje les fué contrario, por ser mucho, y los remeros pocos, arrojándolos muy adentro, donde se vieron en hartos peligros de muerte por faltarles el agua, la cual suplieron los ojos de los de Sanmartín, á donde al fin llegaron; viéndoles venir tan pocos, y desbaratados, al Licenciado Gallegos con uno menos, al Capitán Rincón cojo de un flechazo en una rodilla, y los demás casi á este modo hallaron, como hemos dicho, al Obispo Juan Fernández, recién llegado de España; y al Adelantado don Pedro Fernández de Lugo recién muerto para alivio de sus trabajos, aunque en lo que pudieron les ayudaron los vecinos de la ciudad.

CAPÍTULO XXXI

1.º Prosigue su jornada el General Gonzalo Jiménez de Quesada y descubre poblaciones donde reparan la necesidad que llevaban de comidas — 2.º Despacha el General Quesada al Alférez Antonio de Olalla y después otras tropas á descubrir las tierras que llevaban delante.

1.º LA que dejamos á los soldados de los bergantines en Santa Marta, descansando de sus desgraciados trabajos, por cuya causa cortamos el hilo de la historia de los que iba pasando el General Quesada con los suyos en prosecución de sus descubrimientos, será bueno lo volvamos á anudar, tratando de lo que le sucedió saliendo del buhío de la sal, donde le dejamos, de donde habiendo descansado algún tiempo, aunque lo hacía terrible de aguas, salió en demanda de la serranía que tenían adelante, yendo por el camino que había llevado el Capitán Sanmartín, y él mismo por guía con el indio Pericón, que ya iba aficionado á los nuéstros, pasaron su poco á poco por no dejar atrás los que no podían caminar aprisa, la sabaneta de una legua, que dijimos pasó el Sanmartín con sus compañeros, y luégo comenzaron á dar con caminos inaccesibles aunque abiertos, que eran las faldas y principios de las sierras que llamaban los indios de Atún; era este paraje aun lo más de estas sierras tan triste y melancólico, de un cielo tan enlutado de neblinas y gruesas nubes que parece que por no verle el sol nunca la catadura, no le miraba en todo el año; de donde venía á ser que demás de la fragosidad que tenía en las cuestas, estaba todo hecho un atolladar de barro por no poderse ir tan ordinario las aguas, que á saber los indios qué cosa era Atún cuando le pusieron aquel nombre, dijéramos que se lo habían puesto por el puesto que tenía de estar siempre bañado de agua, como lo ha de estar el Atún si quiere tener vida. Al fin de los que llegaron con ella á la falda de aquellos reventones, escogió el General Quesada los más sanos y alentados, dejando allí á los demás con los caballos y en guarda principal de todo á su hermano Fernán Pérez de Quesada, con orden de que si hallasen camino para los caballos, el cual les parecía imposible mirando la subida, así á primera vista, se fuesen tras él poco á poco, y si no, que aguardasen su aviso, que él lo daría por donde había de ir, después de haber descubierto la tierra con los que llevaba, con los cuales comenzó á repechar aquellas fragosas cuestas por algunos caminos por donde los indios del contrato de la sal y mantas andaban, aunque por las más partes por su fragosidad más se podía decir aicaden de gatos que camino de hombres; pero el buen ánimo que llevaban vencía á todas estas dificultades de caminos, en los cuales iban hallando á trechos algunos buhíos, que debieran de ser ventas donde dormían los tratantes y descansaban de sus pesadas

cargas de sal, porque nunca hubo en esta tierra cabalgaduras hasta que las metieron nuestros españoles; todo lo cargaban á cuestas, como dejamos largamente dicho á los principios de la primera parte; todas las dificultades que se ofrecieron de subir y bajar, en cinco días, á los soldados que fueron pasando sin socorro, de las grandes hambres que siempre les picaban, hasta que al sexto dieron con una tierra más limpia y desahogada de las malezas de la de atrás, y en ella, con algunas sementeras, que vinieron tan á tiempo como lo habían menester sus estómagos; á donde le pareció al General detenerse y á todos que ya tenían allí muestras más claras de buenas y anchas tierras, según se iban descubriendo grandes poblaciones, y las noticias que les daba el amigo Pericón, y los más anchos caminos que cada día se descubrían: con lo cual envió el General con tres hombres á llamar á su hermano y toda la gente, el cual se dispuso luégo al viaje, que les fué trabajosísimo, por ser mucha la flaqueza de los más, los alivios para ella ningunos, los caminos y tiempos como los hemos pintado y aun ha sido pintado por la viva dificultad que sobrevino á este otro trabajo, no menor, pues fué causa del consumo de muchos, que fué el frío que hallaron en subiendo la sierra, que los traspasaba por subir de tierras tan calientes, y embestirles de repente, y sin tener para la defensa más de un simple y débil vestido, y ése siempre mojado con los fríos páramos, agua, nieves ordinarias que caían, que tampoco dejaban encender lumbre. No se les acrecentaba poca congoja y trabajo el haber de aderezar caminos por donde pasasen los caballos, por algunos pasos que á resbalar un pie iban á parar mil estados, con lo cual fué mayor la tardanza que pedía la distancia del camino hasta llegar á los compañeros, á los cuales llegaron con veinte menos que ya faltaban de los doscientos que quedaban en los buhíos de la sal, cuando se despidieron los bergantines; por donde se echa de ver cuán grandes fueron los trabajos, enfermedades y destemplanzas de aquel paraje de Atún, cebados todos con el hambre, que fué tan apretada en un soldado llamado Juan Duarte, que le forzó á comer un sapo, de que perdió el juicio, que jamás después cobró mientras vivió, entendiéndose también que había de salir de esta vida antes de aquel estalaje un valiente soldado llamado Tordehumos, al cual por no poder ya moverse, y su flaqueza tenerle traspasado, dejaron al pie de un tronco, encomendando su alma á Dios, el cual fué servido darle fuerzas, con que después de algunos días llegó á la compañía, que lo tuvieron por milagro, según lo habían dejado, y él contaba qué le había sucedido, y fué que como quedó solo y sin ayuda de nadie, se encomendaba á Dios como podía entre aquellas angustias y bascas de la muerte que iba ya tragando; y en estos amargos trances trasportándose un poco decía que se le apareció una bellísima señora, y le aseguró después de haberle confortado, de que no moriría por enton-

ces, hasta ver el fin de aquella jornada, y así que se esforzase para ir á seguir á sus compañeros, que ella le seguiría; y despertando y volviendo en sí, se halló tan alentado, que pudo luégo ponerse en camino, y fué poco á poco llegando á juntarse con los demás, que lo tuvieron por resurrección, y cobraron todos buenas esperanzas de que Dios quiso manifestar con aquello cómo había de tener feliz suceso aquella jornada, como le tuvo, cuyo fin vido el Tordehumos, pues hasta el suyo vivió muchos años en este Reino.

2.º Aunque estuvo allí no pocos días el General, por ser necesario el descanso de la gente, por haber comidas y razonable estalaje, no se gastaron en ociosidad, pues siempre se intentó pasar adelante el descubrimiento y dar vista á aquellas mayores noticias que cada día tenían, y así determinó el General que su Alférez Mayor, Antonio de Olalla, con alguna compañía, pasase aquella sierra que tenían enfrente, bien dificultosa de subir por su fragosidad de breñas y espesa montaña y viese las tierras de sus espaldas para determinar el viaje de los demás, según las nuevas que trajese. Tomó el Alférez esta entrada con el valor de sus bríos, y con ellos y los soldados que señalaron fué dejando atrás cerros y dificultades de breñas, ríos, barrancas y derrumbaderos, hasta que dieron vista á un valle donde hallaron bien en que se mostrasen cuáles eran sus bríos con una multitud de indios, que á la fama que ya tenían de los nuéstros, mostraban bien los suyos defendiendo su tierra, pero como los nuéstros tenían puesto ya el pie en ella, para no volverle atrás, resistieron los pocos que eran á las catervas de indios, de manera que con algunas muertes de los pobres naturales y heridos de los nuéstros hubieron de ponerlos en huída, y tomarle sus casas: de donde volvió el Alférez á la compañía del General á darle cuenta de la tierra y suceso, dejando puesto por nombre al sitio el valle del Alférez, con que se ha quedado y permanece hasta hoy, y por lo que allí le sucedió. El General se iba cada hora llenando de más esperanzas y complaciéndose del viaje, y viendo á todos de su misma complacencia, la tuvo de que se hiciese otra entrada, antes de moverse de allí los soldados y ejército, por otro camino del que había llevado el Alférez Olalla, y pareciéndole fuese él el uno, dióle por compañeros á los dos famosos Capitanes Juan de Céspedes y Lázaro Fonte, con otros veinte escogidos soldados y el indio Pericón por guía y lengua, porque ya entendía un poco la nuéstra, en lo poco que había comunicado entre los soldados. Dábales de término para su vuelta diez días, y pareciéndoles poco si se había de hacer algo de consideración, le pidieron veinte, dentro de los cuales, si no volviesen de su descubrimiento, los tuviesen por muertos, á que acudió el General con gusto, por el que ellos tenían, y por quedar satisfecho de sus personas en aquella salida como en todo lo demás que se les había encargado.

CAPÍTULO XXXII

CONTENIDO : 1.º Sale una tropa de soldados á ir descubriendo tierras, hallan poblaciones de indios y cogen uno para guía — 2.º Hallan más adelante el valle de Opón, por quien pusieron este nombre á todas aquellas sierras, y prenden al Cacique principal.

1.º SALIERON de la compañía de los demás estos valientes Capitanes y Alférez, con sus soldados todos escoteros y con la mochileja de su comida al hombro, sin llevar otro que se las llevara, pues no iban más que ellos y el indio Pericón, y lo mejor prevenidos que pudieron de armas, y pasando tantos y tan grandes trabajos, que á poderlos yo aquí escribir, no fueran muchos por uno de aquellos caminos, diferente del que había llevado el Alférez. Después de algunas leguas de fragosísima tierra hallaron un poblezuelo de hasta doce ó trece casas, cuyos moradores, habiendo sentido antes la gente peregrina que pisaba sus términos y umbrales, desampararon los suyos, procurando poner en salvo las personas, ya que no pudieron las comidas, de que hallaron abundancia los Capitanes; los cuales despacharon con algunos soldados á dar la nueva al General Quesada y avisándole de ser aquel lugar más á propósito para sustentarse la gente, si gustaba de venirse allí con ella, por haber más comidas y mejor el país, y que si no gustaba de que viniesen todos, les enviase algunos para con más seguro poder pasar adelante en el descubrimiento. Partiéronse estos soldados á dar este aviso, y los Capitanes con los suyos á caza de indios que se habían huído por el monte, de los cuales, después de muchas diligencias, sólo pudieron haber á las manos uno que cogieron de sobresalto; el cual lo tuvo tan grande de ver una gente tan nueva, y preso de ella, que estuvo dos días con sus noches sin hablar una palabra, porque las angustias de la muerte que por momentos esperaba, no se la dejaban hablar, porque creía que los españoles eran una gente tan fiera, que comían carne humana, y que sin duda se cebarían en la suya, pues á su parecer no podían haberle buscado y cogido para otra cosa; pero al cabo de este tiempo vió que su muerte se dilataba y que no hacían de él lo que esperaba, rompió el silencio y como desesperado y que deseaba ya ver los términos de sus días para verlos también á aquéllos sus temores, dijo á voces: "Estos bárbaros que ni son gente como nosotros, ni animales de los que se crían en los montes, ¿qué piensan hacer de mí; si me han de comer, por qué no acabar de darme la muerte, y si no me piensan comer, por qué no me sueltan para que yo me vaya libre á donde quisiere?" Vista la desesperación del indio, comenzaron á acariciarle los Capitanes y á asegurarle que no moriría, sino que antes lo querían por

amigo y le regalarían, porque ellos no comían gente, ni venían á eso, sino á hacer á todos amistad y buen tratamiento, ni pretendían de él más que los guiase á la tierra donde se hacía aquella sal, mostrándole un buen pedazo de ella muy blanca, con las cuales razones se sosegó el pobre indio, y perdió el temor, dijo que con buen corazón haría aquello, aunque le habían sobresaltado el suyo de muerte y que ya no la temía, que viesen cuándo quisiesen partir, que él los acompañaría y guiaría, pero de pasar donde no había qué comer, si no se llevaba, lo que dispusieron los soldados y Capitanes mientras llegaba respuesta del General.

2.º Al cual le pareció según la relación que los soldados de los caminos no ser por entonces á propósito para llevar por ellos los caballos hasta que se aderezasen algunos pasos que le decían tener mayor dificultad para el viaje, y así para el que los Capitanes Céspedes y Lázaro Fonte deseaban proseguir, envió la demás gente, que estaba con él, fuera de ocho compañeros, que con hartos riesgos de su vidas dejó consigo en guarda de los caballos, y algunos muy enfermos, soldados que no pudieron caminar por entonces; los que llegaron de socorro á los Capitanes fueron bien recibidos, y luégo se partieron todos juntos con su indio Pericón y el que cogieron allí. Pasados los tres días de camino, como lo había dicho el prisionero, sin hallar gente en el áspero camino que llevaron, dieron con un bueno y anchuroso valle, que por nombre propio se llamaba de los naturales Opón, de donde tomaron motivo nuestros descubridores de llamar á todas las sierras que dejaban atrás, y á las que hallaron adelante hasta cerca del sitio que ahora tiene la ciudad de Vélez, las sierras de Opón, cuyo nombre conservan hasta hoy. Llevólos la guía á dar en un lugarejo de hasta ocho casas, á quien cogieron descuidados, y sin noticia de la gente nueva, y así se pudieron coger á mano una docena de personas, varones y hembras, entre las cuales estaba una que luégo mostró más afición y amor á nuestros españoles, que después sirvió muy bien; ésta ó por la afición que cobró ó por desamor que tenía á su Cacique, por agravios que había recibido de él, ó porque no suelen guardar estos indios fidelidad aun á sus señores naturales, hablando con la lengua que los nuéstros llevaban, le dijo: "Dí á esta gente que pues nos tienen á nosotros presos, que vayan también y prendan á nuestro Cacique, que está bien cerca de aquí en unas fiestas y regocijos." Los Capitanes, que no deseaban otra cosa para buenos efectos que se podrían seguir de su prisión, enviaron luégo una escuadra llamada Juan Valenciano, con ocho hombres, y dándose buena maña, en breve hallaron y prendieron al Cacique Opón, que estaba celebrando con grandes borracheras unas bodas ó desposorios, con una nueva mujer con quien se casaba, y trayéndolo con otras quince personas que también prendieron, dejando convertida la risa en llanto, llegaron al

pueblo donde los Capitanes estaban rancheados, los cuales mostraron muy gran gusto en la vista del Cacique, y haciéndole en todo muy buen tratamiento, le dieron algunas cuentas y otras bujerías de España, y le dijeron, procurando desairragarle de todo el temor, que ellos no venían á quitarle el mando y señorío que tenía ni á dagnificarle en nada, sino estimarle y hacerle amistad, y guardársela sin faltar todo el tiempo que no faltase en ella, y que al presente sólo deseaba que le guíase él, ó le diese guías, hasta llegar á donde se hacía aquella sal que le mostraban, porque para con él sólos esos eran sus intentos, y del Capitán que los enviaba. Asegoróse con esto el Cacique Opón de los temores de muerte que había concebido en su pecho y aunque luégo en él concibió el modo que podría tener para librarse de ellos con darles la muerte, respondió con palabras fingidas estimar en mucho su amistad, y que le quisiesen mandar aquello que con tánto gusto pondría por obra cuando ellos quisiesen. Tomaron los nuéstros estas palabras del Cacique con más llaneza que las decía y fiados de ellas, dispusieron su partida, haciendo algunos alpargates de fique y algodón que allí habían rancheado, porque hasta allí los más habían venido descalzos, desde muy abajo; hicieron hacer algunos bollos de maíz, y tostar otro, en que gastaron dos días, en los cuales tuvo tiempo y modo el Cacique de avisar y dar traza á su gente que andaba huída, para que se pusiese en emboscada en ciertos pasos estrechos por donde pretendía llevar á los nuéstros, y que allí les embistiesen y acabasen, como sucedería, si Dios, cuya jornada, como Señor de las guerras, había tomado á su mano por tener yá sazonada para su conversión la mies y gente de este Reino, no lo reparara con la noticia que tuvo de esta traición la india nuestra aficionada; la cual yendo caminando nuestros españoles, llevando por guía al Cacique Opón, avisó de la maldad del indio, y que mirasen que no los llevaba por el camino derecho, sino hacia donde tenía puestos sus indios, emboscados en partes estrechas, donde no podía escapar ninguno. Hicieron alto los españoles con estas nuevas, entendiendo lo habían sido del cielo y tomando el Capitán Céspedes al Cacique por el intérprete, le dijo que como les iba mintiendo, y faltando á la palabra que les había dado de serles fiel amigo y llevarlos por caminos derechos, pues los llevaba por otros torcidos, á meter entre sus indios que tenía puestos en emboscada, para que intentasen de matarlos, que advirtiese que le habían de llover á cuestas aquellas traiciones, porque los que iban allí eran bastantes á defenderse y matar muchos más indios que él y todas aquellas tierras tenían; y que si porfiaba en su malicia, y no volvía y los guiaba por camino derecho, tendría él presto una miserable muerte, como la merecía su traición. La cual comenzó á negar el Cacique con palabras mal concertadas, y tropezando en ellas con que más confesaba su culpa que persuadir á su disculpa. Por lo cual un soldado que ya estaba adelante en

la condición de los indios que menos hacen las cosas por amor que por temor, con licencia de sus Capitanes, le dió tal cintarazo con la espada, que dió con él en tierra, diciendo: Éste no la hará buena sino es de esta manera; y así el Cacique Opón cuando vió de la que trataban su persona por su poca fe y traición, envió á deshacer la que tenían hecha sus indios, y que dejadas las armas, trajeran en lugar de ellas comidas á cierta parte de su misma tierra, á donde mudando de rota del camino avieso que llevaba y haciéndolo derecho, llevó á dormir á nuestras gentes, las cuales hallaron allí algunos indios del Cacique, con abundancia de sus comidas, de las cuales dijo el Opón que comieran las que hubieran menester y guardasen de ellas para otros tres días, que les faltaría donde proveerse por ser tierra despoblada.

CAPÍTULO XXXIII

CONTENIDO: 1.º Prosiguen su descubrimiento el Capitán Céspedes con sus compañeros y guiándolos el Cacique Opón, y llegan al valle que llamaron de las Turmas y hallan algunas muestras de oro y esmeraldas — 2.º Vuelve el Capitán Céspedes á dar aviso al General de la tierra que habían descubierto, el cual con todo el ejército caminó luégo y llegó á ella.

1. O BIEN hubo en la comida que trajeron los indios de Opón para comer y dejar para los tres días de despoblado, como advirtió el Cacique, al cual aseguraron para que no se les huyese, poniéndole una collera, y dándole en guarda á soldados de satisfacción, y que caerían, por su descuido en falta, por la mucha que les haría si faltase, por haber despedido desde aquel punto al indio de la admiración de ellos dos días que traían desde la aldea de atrás, dándole algunas niñerías de cuentas, y agradeciéndole el trabajo, con que se volvió á su tierra muy regocijado. No lo pudieron ir tanto los soldados aquellos tres días de camino, que como decía el Cacique, caminaron hasta el valle del Alférez, por ser fragosísimo y de altísimos derrumbaderos, arcabucos bravos, y aguaceros que se daban las manos unos á otros: sólo tuvieron la ayuda de costa de comida en este camino que no hubo en las dificultades de los pasados, como los tuvieron por menores, de lo que eran cuando hubieron llegado, después de los tres días, al valle del Alférez, donde hallaron más gente que en el de Opón y alguna amigable y que mostraba afición á los nuéstros, trayéndoles de las comidas que tenían; de las cuales dijo también el Cacique Opón, que guardasen para otros tres días que quedaban de andar sin poblaciones; hiciéronlo así y con esta voz siempre de ir en demanda

de las salinas donde se cuajaban aquellos panes, anduvieron los tres días por tierra montañosa, aunque no de las dificultades de los tres pasados, y al cabo de ello llegaron al valle que llamaron de las Turmas, porque allí fueron las primeras que hallaron de las muchas que se crían en este Reino, que en el del Perú llaman papas. A este valle llamaron después el de la Grita, por la mucha que daban los indios de día y de noche por todo él sin cesar y por sus hambres. Ya aquí, se hallaron los españoles como en tierra de promisión, porque dejaban ya á sus espaldas las sierras todas de Opón y venían á un principio de tierra alta, limpia de malezas de arcabucos, y sin aquella fiereza que atrás dejaban. Alojáronse allí, sin contradicción de los indios por entonces, donde descansaron y se alegraron de la mucha comida que hallaban de maíz, batatas, yucas, frisoles, auyamas, tomates y otras mil chucherías de las comidas de los naturales. Alegróles también lo que le sucedió al Capitán Céspedes, que yendo con cinco hombres á dar vista á aquella tierra, se apartó hasta una legua ó dos de los ranchos y dando en otros de un poblezuelo pequeño, pudo haber á las manos treinta personas, y entrando en buhío, que era el templo de sus dioses comunes, les halló ofrecidas unas esmeraldillas de poco valor y algún oro fino, que aunque todo poco, para muestras bastó, y para dar esperanzas que por allí había lo uno y lo otro, con lo cual dió la vuelta al alojamiento de los demás.

2.º Reparando más los Capitanes Céspedes y Lázaro Fonte y el Alférez Olalla en la palabra que habían dado á su General, de volverse á ver con él dentro de veinte días, que no en la necesidad que tenían de descansar algunos de ellos y sus soldados, trataron de volverse al sitio que lo habían dejado, y darle cuenta del que habían hallado en el valle de las Turmas, y que ya era tiempo saliesen todos de aquellas malezas de arcabucos, montañas y breñas, y así sin reparar en que los habían de volver otras dos veces por hacer compañía en el camino al General, ninguno se quiso quedar allí, y así tomando su camino de tornavuelta, llegaron al valle del Alférez, donde les fué forzoso quedase el mismo Alférez Antón de Olalla, con algunos soldados más cansados, y que uno de ellos se le había desconcertado una pierna, de que no podía andar, ni los otros cargarle, y supuesto que habían de volver por allí, dispusieron aquella quedada, y la prosecución del camino por los demás soldados y Capitanes, los cuales llegando al valle de Opón, hicieron al Cacique la proveyese de comida, é indios que llevasen hasta donde estaba el General Quesada, al que acudió el de Opón con liberalidades, y con la misma á él los Capitanes en dejarle en su tierra y casa gratificándole el servicio que con su persona, indios y comidas les había hecho, con darle algunas cosas de Castilla de las pocas que hallaron á mano en el pobre carruaje que llevaban, con que que-

dó el Cacique muy gustoso y en amistad de ellos; porque aunque le habían llevado casi aprisionado hasta el valle de la Grita, por lo mucho que les importaba que no se les huyera, siempre le hicieron buen tratamiento á su persona, por donde no sólo no había tomado odio á los nuéstros, sino antes siempre daba muestras de amistad con palabras y obras; y así dejándolo amigo, se partieron de aquel lugar y llegaron al primero que habían encontrado cuando venían donde tomaron la primera guía, en aquella gran serranía donde fué menester ahora á la vuelta dejar soldados de guardia al maíz que hallaron en él para que los indios no lo escondiesen y no les hiciese falta á la vuelta que hiciesen por allí con el General y la demás gente. Tomó á su cargo Lázaro Fonte con algunos soldados el quedar guardándolo, y el Capitán Céspedes de pasar adelante con los demás, hasta llegar donde había quedado el General con sus ocho compañeros y los caballos. Hiciéronles muy buen recibimiento á ellos y á las buenas nuevas que les daban, con las cuales se alentaron de las enfermedades que les habían dado en aquel lugar que quedaron, por ser tan húmedo y destemplado, del cual no veían la hora de salir, para ver el bueno que les decían los Capitanes habían hallado, y así trató luégo el General se partiesen de allí y comenzasen á subir aquellos reventones y ásperas sierras, por donde aun las fieras andaban con peligros de muerte por entre tántos derrumbaderos y por donde iban los caballos sueltos y sin cabestros, por parecerles á los soldados mirarían ellos á solas mejor los malos pasos para librarse de ellos, como sucedió, pues en tantos y tan dificultosos como había, sólo se derrumbó y mató uno, que era del caporal Martín Lopero, cuya carne les sirvió de refresco, sin perdonar tripas ni cuero que no ayudase á la hambre, aunque ya no llevaban tanta por los reparos que ya hallaban de muchas comidas. Ahorrando pues ya de malezas el camino, el General y sus compañeros, por irle dejando atrás, llegaron al poblezuelo donde quedó Lázaro Fonte, y desde allí al valle del Alférez, y desde él al de la Grita, todos juntos, sin haberles sucedido cosa del camino, que les duró hasta doce días, sólo los ordinarios trabajos que consigo traía su dificultad del camino, de quien ya se daban por libres, por haber llegado á descubrir la tierra tan limpia y despejado como era aquel valle, y lo mucho que de él se descubría, por lo cual viéndose tan obligados á Dios, por las mercedes que les había hecho en traerlos por tan inmensos trabajos á aquella tierra, pusieron sus rodillas en ella y dando sus debidas gracias por todo, y más porque se había servido de que se apareciesen por aquellos valles los primeros rayos y luces del sol del Evangelio, que ellos traían para alumbrar entre tántas tinieblas como el demonio tenía sembradas en las almas de aquellos naturales, que desde allí se descubrían como hormigas: diéronse grandes congratulaciones y parabienes unos á otros de tan dichosa llegada, y

al General Quesada tcdos un millón de agradecimientos por la perseverancia que había tenido, y el haber contrastado los pareceres que había habido de que se volvieran desde la Tora y otras partes, viendo cuán perdidas quedaban estas del Reino, si se hubiera rendido con los demás y determinado á volverse. El Licenciado recibió estos parabienes, y los volvió á todos, loando también su buen ánimo con que lo habían seguido, pues sin ellos, él no pudiera haber salido con sus buenos intentos, que iban siempre á parar á aquello que veían, y á otros más dichosos fines que esperaban: por lo cual lo que restaba era (decía el General) que se dispusieran para lo de adelante, y pues en lo más dificultoso no habían faltado bríos, en lo porvenir no fuesen menores; de padecer muchos trabajos viene un hombre á despreciarlos y perderles el miedo.

CAPÍTULO XXXIV

CONTENIDO: 1.° Hace tomar muestra el Teniente general Quesada de su gente y halla ciento y sesenta y seis hombres solos—2.° A este valle de las Turmas llamaron también de la Grita por la que les daban los indios á quien el Capitán Inzá desbarató—3.° Hállanse en este puesto con pocas armas y ésas muy maltratadas—4.° Ránchanse en la Provincia de Chipatá los nuéstros, donde tuvieron algunas guazabaras.

1.° HIZO luégo que se contasen todos los hombres que habían quedado de los que salieron de Santa Marta, y se hallaron solos ciento y sesenta y seis, habiendo salido, como queda dicho, casi seiscientos con el General; y con los bergantines la primera vez que salieron más de doscientos, y la segunda que salieron con el Licenciado Juan Gallegos otros doscientos, que con los del río y tierra son más de mil hombres efectivos, los que comenzaron este descubrimiento, y de todos quedaron estos ciento sesenta y seis que llegaron aquí á dar vista á este Reino, y veinte que, como dijimos, llegaron á Santa Marta con los bergantines de vuelta. A todos los demás que faltan, que vienen á ser más de ochocientos, sin muchos indios é indias de servicio que también sacaron de Santa Marta, consumió la mar, el río, la tierra, las enfermedades, los tigres, osos, caimanes, culebras, aguaceros, destemplanzas, gusanos, hinchazones, hambres, soles, calores intolerables, murciélagos, mosquitos, y otras mil tempestades de trabajos, que no se pueden contar, y éstos fueron los riesgos que tuvo el descubrimiento de este nuevo Reino, que no las guerras con indios, aunque tampoco faltaron, como hemos visto y veremos; á los cuales yá parece que tenía Dios tan dispuestos, y tan blancas estas sus mieses, que no hicieron resistencia de consideración á la venida del Evangelio, como lo han hecho los

indios de otras provincias, como en especial ha sucedido en las de Santa Marta, pues há más de ciento y veinte años que procurando los españoles alumbrarles con la luz del Evangelio, habiéndose consumido en esto gran número de soldados, como yá en esta historia hemos visto y veremos en nuestra tercera parte, tratando de aquella tierra y sus conquistas; y hoy se están más protervos que el primer día; pero sus pecados son tan atroces, que parece ellos poner impedimento á su conversión; los cuales pecados no se hallan tan descarados en los de nuestro Reino, como dirá la historia.

2.º En la cual pasando adelante para concluír con este capítulo y noticia, digo que aquel día que llegaron á este valle de las Turmas estuvieron con sosiego, sin oír voz de indio, pero parece que descansaban para las que dieron luégo que cerró la noche; pues ni había valle, ni cerro, cumbre ni ladera que no hirviese de indios, con tántas y tan grandes voces que atemorizaban, pretendiendo con esto ahuyentar á los nuéstros, por lo cual le pusieron por nombre el Valle de la Grita á aquel estalaje, la cual sólo sirvió de velarse con más cuidado aquella noche, porque no sólo oían las voces, sino que sabían estaban apercibidos de sus armas; trataron de salir luégo por la mañana de aquel valle, y moviéndose para esto el real, adelantóse como siempre solía con sus soldados macheteros el Capitán Inza, yendo dando vista más adelante, iba descubriendo más agradable tierra, anchos caminos y que hervían de gente, que salían de grandes poblazones; advirtió también que la que estaba gritando andaba haciendo juntas para acometer á los soldados, aunque por la variedad de los pareceres no acababan de tomar una determinación, y así unos la tomaban de huírse y esconder su chusma con ellos en los montes, otros de acometerlos, hasta que por las exhortaciones de un cacique viejo determinaron los de su parcialidad de probar para cuánto eran las manos de los españoles, y así con sus armas en ellas acometieron con buen brío al Inza y su gente, el cual viendo que las voces y grita se convertía en obras, quiso que viesen qué tales eran las suyas, y saltando en su caballo en pelo, porque no tenía silla que ponerle, y siguiéndole un Juan Rodríguez Gil, entró con sus soldados; hizo tal estrago en los indios, que llenos de temor se valieron de sus pies y montaña de donde no salieron más, pareciéndoles muy inferiores sus fuerzas á las de los nuéstros, especialmente de los que iban á caballo, de quien pensaban ser una misma cosa caballo y caballero, el cual parecer fué muy común entre estos indios, á los principios antes que los vieran ser cosa distinta. Fueron los caballos de mucha importancia para estas conquistas en tierras rasas y donde se podían servir de su braveza; como éstas del Reino sean acomodadas para esto, les sirvieron mucho los ciento sesenta y seis soldados que quedaron vivos y llegaron á este sitio, de los mil que salieron de Santa Marta. Y se hallaran con más número entonces, si la hambre de los

soldados no hubiera en el camino despachado algunos, como hemos dicho, que como á ellos no les faltaba tan de ordinario el pasto, podían sufrir mejor los trabajos, los cuales también sufrió el asno conquistador, pues llegó sano y salvo como el mejor de los caballos, que todos fueron muy buenos cuantos llegaron, como se vió por sus obras.

3.º No corrieron mejor fortuna en los infortunios del camino las armas de los soldados que sus dueños, pues cuando llegaron á este puesto se hallaron sin frenos ni sillas para los caballos, sin pólvora para las escopetas y arcabuces que habían quedado, que sobre ser pocos los que habían podido reservar, estaban tan pasadas de la humedad y destemplanzas de los aires de tierra caliente, que aunque hubiera pólvora, pudieran mal servir; solas quedaron algunas ballestas, que tenían más de mal que de bien, y algunas espadas para quien corrió también desgraciada suerte, porque como con las calamidades de los tiempos que padecieron se fueron envejeciendo y acabando las vainas, sucedía que en algunas partes mataban muy grandes culebras que encontraban y desolladas las hacían vainas de los pellejos; pero como no advertían en desengrasarlos bien, ó no podían, aquella manteca y grasa que les quedaba á los pellejos, con la mucha sutileza que tiene pasaba las espadas; de manera que cuando se querían servir de ellas, al primer golpe saltaban y se hacían pedazos, con que quedaron muchos sin ellas, por no haber advertido este daño, á tiempo que se pudiera reparar. Algunos fierros de lanzas y algunos puñales ó machetes les quedaron, pero lo que más les aprovechó en ocasiones necesarias fueron las armas de los indios, como macanas, dardos y tiraderas, que la necesidad los hizo á acomodarse á todo.

4.º Como Jerónimo de Inza con su compañía se dió tan buena aprisa á desbaratar á los indios gritones, á que ayudó también el ver los bárbaros asomar otra tropa de caballos que venía, un poco sobresaliente del cuerpo del ejército, sin que hallaran estorbo ni sucederles cosa de nuevo en el camino, se entraron aquel día, que fué la mitad del mes de Enero del año de mil quinientos treinta y ocho (1538), en la Provincia del Cacique llamado Sacrecuces, lo que ahora se llama Chipatá, y el estalaje y tierra donde ahora está poblada la ciudad de Vélez y parte de sus tierras, de cuyas calidades diremos cuando lleguemos á la poblazón de esta ciudad. Rancheáronse temprano cerca de un poblezuelo yá salidos del valle de la Grita y entrados en el término de este Cacique Sacre, donde veían á los naturales hacer algunas juntas acerca de lo que harían con aquellos hombres que así se les habían entrado en sus tierras y apoderado de ellas y de sus sementeras, y tan sin temor les parecía ser suyo aquello. En lo cual no acababan de tomar resolución, porque por una parte conocían los indios ser aquello demasiado atrevimiento, y por otra no lo tenían para

resistirles, por haber ya conocido su braveza, á quien ellos no podían contrastar, en especial á la de los caballos, á los cuales temían tánto, que aun de verlos solos, sin caballero encima, les huían, como sucedió una noche de las que estuvieron en aquel sitio, que como anduviesen sueltos, pastando en la sabana, junto á los ranchos de los dueños con un natural movimiento de juntarse para la generación con algunas yeguas que iban entre ellos, se alejaron corriendo los caballos tras las yeguas, con gran ruido de relinchos, y yendo de esta manera á dar junto á los ranchos y buhíos de los indíos, se alborotaron los pobres, de suerte que con grande algazara, á ruín el postrero, veía (?) quien antes podía salir de su casa, sin cuidar marido de mujer, ni padres de hijos á ponerse en salvo, pensando que venían aquellos caballos de parte de los españoles á matarlos, y que á eso los enviaban los nuéstros. Sintiendo las voces y ruido de los indios, entendiendo ser en orden á quererles acometer, pusiéronse en vela sin descuido hasta la mañana, que siendo yá bien claro, y no habiendo visto á nadie, fueron á buscar los caballos, y hallándolos metidos en los buhíos, y á los indios huídos, sin quedar persona en el pueblo, conjeturaron lo que fué, como después lo dijeron los indios, cuando ya estuvieron pacíficos de allí algunos tiempos. Con todo eso, los días que se detuvieron allí los soldados, los indios no se descuidaron en acometerles con sus armas, que eran algunas lanzas largas, torcidas las puntas, macanas y tiraderas; pero como no usan de arcos, ni flechas de hierba como los de Santa Marta y Tamalameque, con facilidad fueron siempre desbaratados, sin daño de los nuéstros, más que de dos ó tres soldados algo heridos, de manera que sólo sirvió esto de conocer los nuéstros la flaqueza de armas de que usaban aquellos indios que habían encontrado, que no les alentó poco, viendo la mucha que ellos traían en las suyas.

FIN DE LA PRIMERA NOTICIA.

SEGUNDA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

CONTENIDO: 1.° Dáse razón por qué no se trata ahora de las costumbres y ritos de estos indios—2.° Y también de la denominación de este nombre, Bogotá, y sus reyes y tierras.

BIEN pienso viniera á propósito tratar muy de intento en este lugar de los ritos, religión, ceremonias, costumbres y guerras de los indios de estas Provincias del Nuevo Reino que tántas veces con este vocablo hemos nombrado, y en cuyos umbrales tenemos yá á nuestros conquistadores españoles, y aun el un pie dentro. Y lo hiciera sin duda, supuesto que no puedo excusar de hacerlo en otra parte, si no me temiera ser enfadoso al lector, cortándole los hilos á la historia que le vamos tejiendo de su descubrimiento, antes de haber sabido qué fines tuvieron unos principios tan trabajosos, como los que padecieron hasta llegar nuestros descubridores al punto á donde ahora están: porque hasta saber esto no se quietara el ánimo del lector, pues uno de uidados que naturalmente más solicita el deseo del hombre, es saber los fines para que se ordenan las cosas. Sabe uno que en el puerto de Santa Marta se junta por mandato del Rey una gruesa armada, no se sosiega hasta saber para qué fin. Ve que se levanta gente de guerra en España, no descansa hasta saber qué se pretende con ella. Esto, pues, solicita también mi deseo á que

pase adelante con nuestros conquistadores, por el que tengo de dar gusto al lector, y no interrumpirle el hilo de la historia con detenerme á dar noticia de las menudencias que hay que contar de las tierras que entran conquistando; pues á esto no le faltará lugar á propósito, y será cuando nos lo haya dado el acierto que hubiere tomado el General Quesada y sus soldados en las cosas de la tierra que van pisando, si bien para mayor inteligencia de ella y de las que fueron sucediendo en sus descubrimientos, no podré excusar el tratar por mayor algunas cosas comunes, ahora luégo para conocer la importancia que esto tenga.

2.º Cuando el General Quesada y sus soldados, que fueron los pocos que hemos dicho le quedaran, llegaron á dar vista á las largas y extendidas tierras del Nuevo Reino desde el puesto y Provincia de Chipatá donde ahora están, luégo intentaron saber del indio Pericón, que dijimos llevaban por guía y que decía ser de los pueblos de la sal, y de otros indios que hubieron á las manos, cómo se llamaban aquellas tierras, deseando saber si tenían algún nombre general que las significara á todas como lo tiene España, Francia, Italia y otras Provincias, para ir desde luégo entendiéndose con aquel vocablo, sólo tenían porque como hasta allí habían caminado desde Santa Marta con unas noticias ciegas ó por mejor decir, más por discurso en demanda de los nacimientos del Río Grande, que por noticias por haber faltado quien las diera, y se toparon con aquellas tierras tan otras de las que habían pasado hasta allí, porque las de atrás eran calidísimas y montañosas, éstas frías, aunque con moderación y muy rasas y limpias : allá indios desnudos, acá vestidos de telas de algodón, y de diferentes lenguas; quisieron saber luégo qué tierra era y cómo se nombra aquella donde habían venido á parar, supuesto que nunca habían oído su nombre. No fueron estas diligencias bastantes para conseguir sus intentos; pero no fueron en vano, pues por ellas entendieron no tener estas Provincias nombre universal que las comprendiese y significase á todas, sino que cada pueblo se llamaba del nombre de un Cacique que al presente lo gobernaba ó del que antiguamente había tenido, sin extenderse á más y cuando mucho á algunos pueblos que le eran sujetos. Con todo eso, yendo entrando la tierra adentro por aquellos dilatados valles, vinieron á saber que había un Cacique ó Rey, que era señor de muchos pueblos, y Cacique que se llamaba con nombre general que tenían todos los reyes que iban sucediendo, que era Bogote Bsaque, el cual nombre Bogote tenían todos los Caciques que heredaban aquel Supremo Señorío, como en Egipto todos los reyes se llamaban Faraones y después Tolomeos. Este nombre Bsaque ó Usaque es lo mismo que entre nosotros Duque, el cual tienen también otros Caciques del Reino, en especial los que estaban en fronteras de sus enemigos, pero á este vocablo Usaque se añadía éste: Bogote, con que significaban mayor

el Cacique y Señor de todos los demás Usaques. Este Bogote Bsaque ó Usaque de una gran población ó ciudad que se llamaba Muequetá, que en su lengua quiere decir labranza ó sementera de tierra llana, por la llanura que tiene el valle donde está puesta y se hacían las labranzas. También se llamaba Bogote al pueblo por el nombre de su Rey, y con él le fueron entendiendo de sus principios los españoles, aunque después se corrompió entre ellos, y llamaron Bogotá, que es el que ahora permanece y es recibido de todos en común lenguaje y escrituras, y por todas las partes del mundo que se nombran estas tierras es con este vocablo de Bogotá, así para tratar del Cacique como de sus tierras y pueblo, aunque el vocablo del pueblo Muequetá siempre lo conservan los indios entre sí, pero nosotros iremos con el vocablo Bogotá, por más común en todas las partes que se nos ofreciere en esta historia, así para tratar del pueblo y sabana donde está, como para tratar de su Cacique, que aunque tenía otro nombre particular, como diremos en su lugar para mejor entendernos y que no se entiendan esta ciudad y sitio de tierra sujeta á este Cacique Bogotá; está derecho al Sur respecto del sitio de la ciudad de Vélez por donde han entrado nuestros españoles, treinta leguas por el aire viene á tener de longitud la tierra del Reino, Norte Sur, cincuenta leguas poco más ó menos por esta parte hasta la tierra que llaman de los Sutagaos, que están haciendo remates y término á la tierra del Reino, más adelante de la ciudad de Santafé ó del pueblo de Bogotá, á la parte del Sur, con alguna declinación al Sureste que confina con los indios Panches. Y desde estos Sutagaos volviendo á la ciudad de Tunja y á lo más largo de sus términos al Surueste, que son hasta el Reino, Sogamoso, Chicamocha se alargase tántas leguas. Bien es verdad que en este nombre de Nuevo Reino ya se incluyen todas las tierras del Valle de Neiva á la parte del Sur, y hasta las de la ciudad de Ibagué, y la de Mariquita, y todas las de los Panches, y la de los Pijaos, los Colimas y Muzos á la parte del Norte, y hasta la ciudad de Pamplona, Mérida y sus tierras á la parte del Noreste, que viene á tener con esto el Reino, Norte Sur, más de doscientas leguas, y de Este á Oeste otras tantas, tomando lo más cercano de los llanos del Este Oeste de ancho, pero en su primera imposición sólo se intentó ponerle este nombre á las tierras de Santafé desde las de Vélez, y á las del término de la ciudad de Tunja, como dicho por esta breve descripción se entera á qué parte de estas tierras tenía las suyas otro gran señor que lo era de la otra parte de las de este Reino, y tierras después del Bogotá, y digo después, porque siempre fué tenido y estimado por superior de los dos el de Bogotá; aunque ambos de mucho poder y mayor enemistad, como á su tiempo diremos. Este segundo se llamaba Hunza; tenía su casa y corte en un pueblo que se llamaba así, por el nombre del primer Cacique que tuvo aquel pueblo, como después

diremos; el cual nombre por no acertarlo bien á pronunciar, los castellanos le llamaron Tunja, con que persevera hasta hoy, por haberse edificado en el mismo sitio una ciudad muy buena de españoles, del mismo nombre de quien después hablaremos; esta ciudad ó corte del Tunja, que está veintitrés ó veinticuatro leguas de la de Santafé ó Bogotá con todas sus tierras y pueblos que el señor tenía sujetos, y los que después los españoles nombraron para su jurisdicción, demora y está puesta á la parte del Este, ó nacimiento del sol, respecto del camino que tomaron los españoles conquistadores por ir desde la tierra de Vélez á Bogotá, y á pocas jornadas se entraron en estas tierras del Tunja, por no estar esta ciudad de la de Vélez más que once ó doce leguas. Estas dos parcialidades de Bogotaes y Tunjas, que eran las más valientes y crecidas de estas tierras del Reino, como dijimos, no sólo eran diferentes en los ánimos, trayendo sangrientas guerras entre las dos, como á su tiempo diremos, sino también en las lenguas, porque aunque convenían en algunos vacablos, eran tan pocos que se entendían muy poco los unos á los otros: enfermedad común en todo este Reino, donde se ha hallado y halla hoy tánta variedad de lenguas, que suele haber en una aldea ó poblezuelo de indios después que en las vesitas los han juntado para que sean mejor determinados, cuatro y más lenguas bien diferentes unas de otras, como en especial me consta en pueblo llamado Ubaté, que es de la jurisdicción de Santafé y en él le toca tres leguas de la ciudad de Tunja, y al cuidado de nuestra orden las doctrinas de ambos, y otros de quien tengo noticia hay las mismas cuatro doctrinas y más. Y la razón de tánta variedad de lenguas, es la que había en los Caciques, sin que hubiese un común Rey que les hiciese aprender una con que todos se entendiesen, como lo hicieron los Incas en el Pirú, haciendo que todos sus vasallos hablaran una lengua. Que aun en esto también faltaron estos dos Reyes Bogotá y Tunja, que no tenían lengua común en sus tierras, sino que cada pueblo hablaba con su idioma diferente, ya que no en todo, en la mayor parte, como hoy se ve. Y así aun los indios sujetos á estos dos señores no se llamaban con nombre común, como los de Tunja, tunjas; los de Muequetá, muequetaes, sino con el nombre de sus pueblos; sólo tenían de ventaja los bogotaes que se entendía un poco más su lengua, pues se hablaba en toda la sabana que ahora llamamos de Bogotá; por lo cual le podemos decir algo en general, que es hasta doce leguas de largo, y siete ú ocho de ancho, porque en saliendo de la sabana y sus pueblos á cualquiera parte, comienzan mil diferencias, como se ve en los dos que hemos dicho, y otros que están cerca, fuera de la Sabana y Valle de Bogotá, y cuanto más se van desviando de ella, mayores van siendo las diferencias, hasta venirse á no entender unos á otros. Viéndose, pues, nuestros conquistadores entre esta Babilonia y confusión de lenguas, para irse desde luégo entendiendo entre ellas,

iban poniendo nombres á los valles y tierras más señaladas por donde pasaban en su viaje, como iremos diciendo, pero como importaba tanto dar á todas ellas un nombre general que las significase, acordaron dárselo con uno de los vocablos que comunmente oían á los indios, cuando comenzaron á entrar por la Sabana y Valle de Bogotá, aunque corrompiendo algunas letras para reducirlo á un vocablo español; y fué de esta manera: en la lengua de esta Sabana ó Valle de Bogotá lo que nosotros significamos con este vocablo hombre, significan los indios con este vocablo muexca, de manera que muexca en su lengua es lo mismo que hombre en la nuéstra castellana, pues como nuestros conquistadores preguntasen por sus intérpretes á los indios, si había mucha gente en aquella tierra, respondían en su lengua, muexca bien agen, que quiere decir muchos hombres ó mucha gente hay, y preguntando más, qué quería decir muexca, respondían que hombre ó persona, lo cual visto por los nuéstros, y conferido entre sí el vocablo, salió determinado entre todos de buen pláceme, que pues los indios eran tantos que andaban por los campos tan espesos como moscas sobre miel, y el vocablo con que ellos significaban tenía tanto parentesco en sus sílabas con el de moxca, que de allí adelante se llamasen aquéllos moscas, y la tierra la Provincia de las Moscas, y fué maravillosa la traza, porque en la semejanza que tiene este vocablo mosca con el suyo muexca, con afición ó facilidad los aprendiesen los indios, como sucedió, pues ellos con gusto se nombran los moscas cuando les preguntan en otras partes de dónde son. Si bien ellos no saben por qué se llaman así, más que por haber oído á los castellanos llamarles de aquella suerte, el cual vocablo y denominación, que no tiene más fundamento que éste, ha venido á tomar tánta fuerza, que en toda esta tierra firme, y aun en todo lo descubierto de las Indias, se distinguen los indios de esta Sabana ó Valle de Bogotá, y todos los que toman el Distrito y jurisdicción de Tunja de todos sus convencinos, porque aunque los de Tunja y sus tierras no conocen este vocablo muexca, pues con otros, según la variedad de lenguas, significan el hombre como los españoles, que ordenaron esto á los principios, quisieron que en este vocablo de moscas se comprendiesen también los de Tunja para mejor entenderse, con ése se ha quedado y quedará, con que se diferencian de los indios Colimas y Muzos, que son los de las cordilleras de la ciudad de los Muzos y de la Palma, sus vecinos de la parte Norueste; y de los indios Panches con quien no tenían menor enemistad, por la parte del Surueste y Oeste; y se diferencian de los indios de los llanos que parten términos por el Este, ó nacimiento del sol; y por la parte del Nordeste, se diferencian de los indios Laches, que son sus vecinos desde Suatá ó Chicamocha hacia las Provincias de Pamplona; de manera que de todos estos indios, entre quien están metidos nuestros moscas, se diferencian con este nombre, puesto por nuestros espa-

ñoles conquistadores.

No se contentó el Teniente General Jiménez de Quesada con que esta Provincia tuviese este nombre, aunque bastaba para entenderse con la diferencia que tenía de las demás; sino que de su mano quiso ponerle otro que se pareciese á algunas de las tierras de España, y como lo era de las de Granada, y venir de aquella tan insigne y celebrada ciudad por mil razones que en ella concurren para serlo, le pareció llamar á estas provincias de tierra fría de Nuevo Reino de Granada: nuevo porque era recién hallado y pacificado, y de Granada, porque le pareció sería bien que las tierras que había descubierto y conquistado, representaran el nombre de las en que había sido vecino con sus padres, y donde había salido para pasar en las Indias, y así á la principal ciudad de este Reino le puso Santafé, por la otra de Santafé que está fundada en la vega de Granada; y no dejó de ayudar á poner estos nombres á esta provincia y ciudad el haber la semejanza que tiene esta sabana y valle de Bogotá, donde está la ciudad poblada, con las fertilísimas y amenas vegas de Granada en España: todo lo cual se ha quedado con estos nombres, confirmados por nuestros Reyes de Castilla por muchas demostraciones, y en especial se hizo esto el año de mil quinientos cuarenta y ocho (1548); pues por una cédula despachada en veintitrés de Diciembre, se dió á la dicha ciudad de Santafé de este Reino como cabeza de él; por armas al águila imperial en campo colorado, y por orla del escudo nueve granadas; con que echó el sello al nombre que se le puso del Nuevo Reino de Granada. También esta lengua de sabana llaman Chibcha, no sé por qué razón: éstos, pues, son los nombres y fundamentos por donde se les pusieron á estas tierras, que ahora hallaron nuestros conquistadores, por lo cual será bien vuelva ya la historia á tomar su hilo, diciendo cómo entraron desde la provincia de Chipatá, donde los dejámos en los capítulos de atrás.

CAPÍTULO II

CONTENIDO: 1.º Plática que hace el General á sus soldados — 2.º Salen de la tierra de Chipatá y llegan á la de Ubasa — 3.º Desde allí á las grandes poblazones de Sorocota y al pueblo de Fusca.

HABIENDO pues ya descansado y reformado algo su salud los soldados y caballos el tiempo que les pareció bastaba en la tierra del Cacique Sacre, pareciéndole al General ser ya tiempo de pasar adelante, hablóles de esta manera: «Ya, caballeros y amigos, como vemos se ha servido el cielo demostrarnos más claro, después de las obscuridades que hemos traído en nuestro descubrimiento y trabajos que dejamos á las espaldas, no habiéndoselas vuelto hasta ver lo que ahora tenemos presente, con mayores esperanzas de ver cosas mayores de que debemos dar á Dios infinitas gracias, y yo las doy á todos del valeroso ánimo y perseverancia que hasta aquí se ha tenido, y me prometo no faltará en ninguno para lo que resta, pues hacer otra cosa fuera haber trabajado en balde por no haber aún cogido el fruto de nuestro trabajo, ni el provecho á la honra de Dios y corona de nuestro Rey y Señor, con cuyos dos fines nos movimos á emprenderlo : no es bien atemoricen ánimos tan valerosos las muchas gentes que vemos, ni las que tenemos noticia hallaremos adelante, pues á medida de la grandeza de la empresa, deben ser los ánimos para ellos, y el pecho valiente y que desea que sus hechos no queden presos en la cárcel del olvido, sino que por eternidades de materia, de eternas alabanzas desea se ofrezcan sujetos tales donde se puedan emplear sus deseos, á quien todo lo posible les parece poco, y pues no es imposible que pocos buenos y bien industriados y avenidos sean de más valor que infinitas muchedumbres, más dispuestos y concertados, bien podremos los pocos que somos siendo quien somos, no temer ponerla frente á las muchedumbres de gentes que se nos muestran, siendo quienes son; en que se conocerá que el caudal de la sangre de nuestras venas será bastante para romper no sólo las doradas que nos va mostrando la tierra con que tengamos riquezas para pasar con algún alivio la vida humana, sino para romper las de quien nos lo contradijese, de donde saldrá materia para que se *celebren nuestros nombres*, no sólo en las minas de bronce eterno, sino de oro bruñido, y imitación á nuestra posteridad, que alentadas con nuestros hechos no les ocupen temores hacer otras tales y mayores ; pues todas estas cosas no ha de ser la violencia la que las ha de negociar, pues ésta antes suele destruír lo negociado ; sino la confianza en Dios y la mano blanda, pues así las tendremos en las voluntades de todos los que encontraremos, porque al fin son hombres como nosotros,

si bien no tan industriados, y todo hombre tiene natural inclinación á ser amigo de quien le trata con amistad, de quien es Patrón y padre la blandura y la afabilidad como es la aspereza de discordar lo concertado; y así de estos indios no hemos de tomar por ahora más de lo que nos quisieron dar y por este camino nos darán cuanto tuvieren, como por el rigor aun nos negarán lo lícito, y aun harán con nosotros lo que no es lícito, porque al fin todo cuanto vamos pisando es suyo por derecho natural y divino y el dejarnos entrar en ella, es gracia que nos hacen, y de justicia no nos deben nada. Bien pienso bastará lo dicho á quien tan buenos deseos tiene del buen acierto en todo, y así poniendo fin á mis razones, será bien pongamos mañana principio á nuestra jornada.»

2.º Bien conocido fué el gusto que tuvieron los Capitanes y soldados de la discreta plática de su General, pues bastante á que se añadiesen nuevos ánimos á los que todos tenían en romper dificultades que se ofreciesen, pues según iban experimentando, ya la condición y fuerza de los indios que topaban. Las mayores dificultades tenían ya pasadas, y cuando faltaran otras mayores á todo estaban dispuestos, no fiados en sus armas, pues sólo eran unas espadas mohosas y algunas lanzas del mismo pelaje; sino en sus buenos ánimos, que confortados con el poderoso brazo de Dios, cuya causa iban á hacer, él haría salida á todas las dificultades, y así no las hubo en salir luégo que amaneció, supliendo el buen orden y cuidado, en que no faltaban la falta de pertrechos de guerra, y guiando para lo más hondo del valle iban encontrando mayores cantidades de indios que se quedaban admirados, y como fuera de sí, viendo tan nueva y extraordinaria gente de sus tierras, y en especial á los que iban á caballo, pensando, como he dicho en otras partes, que todo era de una pieza caballero y caballo; los cuales les causaba tanta admiración, que hubo indios que en viéndolos se quedaban como pasmados, sin poder moverse del lugar que les cogía la visión, y indios hubo que en viéndolos se arrojaron al suelo y pegaban el rostro con la tierra por no mirarlos y no había remedio para hacerles levantar la cabeza aunque los mataran allí: tal era el temor que cobraban. Llegaron de esta suerte al hondo del valle que estará dos leguas de donde salieron, donde hallaron un caudaloso río que llamaban los indios Sarabita: éste se engruesa de muchas quebradas que de una parte y otra de aquellas cordilleras se descuelgan, pero su principal y primer principio lo toma del desaguadero de la gran laguna de Ubaté, y de la de Tota, que está á las espaldas de Tunja y del río que llaman de Aziria, pueblo de indios. De todas las juntas de estas aguas coge su caudal este río y ha dejado sin él y aun sin las vidas á muchos, por ser recias corrientes, y mal dispuestos sus pasajes de que hicieron por él nuestros conquistadores que no les detuvo poco, sucedió que su raudal arre-

bató un rocín del Capitán Gonzalo Suárez, que á no ser socorrido de sus camaradas, se quedara allí para el cebo de gallinazos, que le hiciera harta falta. Al fin quedó con vida, y al río por este suceso con nombre del río de Suárez, que hasta hoy le dura; aunque también se entieden por el del Desaguadero; ya que sin peligro lo hubieron pasado, y una loma limpia que corre el río arriba, fueron á dar á otras de ranchearse á otro valle, y rio de Ubasa, así llamado de los indios, los cuales habían ya desamparado un pueblo que estaba allí fundado, donde hicieron noche los nuéstros, sin que nadie les estorbase la entrada ni quedada; antes con la prisa de la huída les dejaron los naturales sus casas bien proveídas de maíz y algunas raíces, y para que hubiese carne que las acompañase, hallaron ocho venados recién desollados, de que tienen harta abundancia aquellas tierras. Y no pienso fué sin intento el dejarles los venados, por haber corrido entre ellos fama, que la mejor carne para los nuéstros era de hombres, y para que cebados en aquella de los venados, á falta de otra, no hiciesen tántas diligencias en buscarlos á ellos para comérselos. Con los cuales temores fueron tántas las diligencias que hicieron en esconderse, que no pudieron ver tan solo un indio. Bien podían detenerse allí más tiempo, pues habían hallado buenos pastos para los caballos, y comida harta en los buhíos; pero entendiendo ya no les faltara donde quisiera, no hicieron mansión más de una noche, y así:

2.° Luégo á la mañana subieron otra apacible loma, desde donde veían hervir la tierra de indios, y al fin de ella dieron con el valle, donde ahora está fundado un pueblo de indios llamado Mariquita y desde allí sin detenerse, á pocas leguas dieron vista aquel día á las grandes poblazones que entonces había (aunque yá todo está desierto) de Sorocotá, hallaron como en Ubasa, por haberse huído la gente, las casas sin ella, y abundantes de maíz, yucas, batatas, de que aquel país abunda por ser tierra templada, y muchas turmas, que son llamadas así por los españoles, por parecerse en su grandeza y color por de fuera á las turmas de tierra que se hallan en España, aunque difieren en mucho; porque de éstas, unas son por dentro amarillas, otras moradas, otras blancas y las más arinosas. Siémbranse de semilla que echan, y más de ordinario de las pequeñitas que cogen, se vuelven á resembrar, crecen sus ramas hasta dos tercias más ó menos, echan unas flores moradas y blancas, extienden sus raíces, y en ellas se van criando estas turmas, de que hay grandes sementeras y cosechas, por ser comida familiar á los indios, y no les saben mal á los españoles, aunque ellas no tienen más gusto de aquello con que las guisan; llámanse en el Pirú papas; de éstas, pues, y de las demás comidas, hallaron allí abundancia, en especial maíz para los caballos, y así se detuvieron cuatro días, aunque bien pagaron el escote de la comida con las muchas

niguas que les entraron en los piés, de que también tiene buena cosecha aquella tierra por ser templada, y de que exentas las frías y muy calientes: son unas pulguillas muy menudas, saltironas como las ordinarias, métense entre el cuero y la carne, y allí se ceban, aovan dentro de un pellejillo redondo que hacen, y van creciendo si las dejan, hasta hacerse como garbancillos, y dentro lleno de huevezuelos blancos, al modo de liendres; dan muy gran comezón mientras no las sacan, y aun después de sacadas, queda por algunos días, pues los que estuvieron allí los soldados, bastaron para que se les entraran tántas, que no podían andar; que á esto llegan sus efectos, y aun infestarles los dedos de manera que se vienen á cortar como todos ó cada día lo vemos, en los que no tienen cuidado de andar limpios los piés y reparados de estos animalejos; los nuéstros se afligían y como sin experiencia de lo que era, no sabían qué hacerse para el remedio, hasta que algunas de las indias que allí hubieron á las manos y otras que llevaban de servicio, se las sacaron con topos, que son unos alfileres largos que ellas traen, con que se prenden de cierta manera las mantas de algodón con que andan todas cubiertas hasta los piés, sin dejar descubierto más de su cuerpo que los brazos y cabeza, y lo que es el cubrir los hombros y pechos, los disponen con estos topos, que unas los traen de plata, otras de oro, otras de azófar, según pueden. Luégo que pudieron andar los soldados, que fué en sacándoles las niguas con buena industria que tuvieron, pudieron haber á las manos más de cuatrocientos, á quien dieron á entender á lo que venían y que querían su amistad y con caricias y buenas palabras y ser ellos de buena maza y condición, vinieron á formar amistad á los nuéstros, de suerte que quedándose los demás en sus casas, fueron algunos con los soldados llevándoles sus cargas hasta otro pueblo más adelante dos ó tres leguas, llamado Turca en lengua de indios, y por los españoles Pueblo Hondo, porque lo estaba mucho su sitio respecto de unos cerros que se bajaban para llegar á él.

CAPÍTULO III

CONTENIDO: 1.º Prosiguen los españoles su descubrimiento y llegan al valle y pueblo de Guachetá — 2.º Ritos que estos indios usaban acerca de la idolatría del sol — 3.º Dícese de la población y traza del valle de Guachetá, y de la razón por qué no tengan barba los indios — 4.º Engaño de los indios acerca de los españoles.

NO fué tanto el tiempo que los españoles estuvieron en el pueblo de Turca, cuanto el provecho que de él sacaron, pues fueron algunas piedras esmeraldas, y buena cantidad de buenas y delgadas mantas de algodón, con que fueron reparando la falta que traían de vestidos, haciéndolos de ellas. Con el cual rancheo se cebaron sus deseos á caminar más aprisa la tierra adentro, donde entendían hallar más de aquel género de piedras; y otro día con algunos indios que tomaron para las cargas, salieron de allí, y á poco rato de camino dieron en el Valle de Moniquirá, Susa y Tinjacá, donde tomando muestra el General de sus soldados y caballos, halló el número que en Chipatá, y así pasando adelante, llegaron al valle de Guachetá, dicho así de los indios por un pueblo que estaba allí situado con ese nombre, al cual y al valle llamaron los españoles San Gregorio, por ser su día en el que llegaron allí, que cae al doce de Marzo; de manera que gastaron en llegar á aquel puesto desde que salieron de Santa Marta, once meses y seis días, porque habiendo salido de aquella ciudad y puerto á seis de Abril del año mil quinientos treinta y siete (1537), como allí dijimos, y habiendo llegado á este valle á doce de Marzo del año siguiente de mil y quinientos treinta y ocho (1538), viene á ser la cuenta dicha; y doila por tan menudo para sentar la verdad de este tiempo en que entraron, contra una opinión contraria que está medio asentada en esta tierra, acerca del que entraron en ella los españoles, como también lo trae Herrera engañándose en un año, como dejamos advertido en el tiempo que salieron de Santa Marta y se le dió la conducta al Quesada, que yo tengo en mi poder; pero esta cuenta es la verdadera.

2.º Y para darla más clara de lo que les sucedió aquí á los conquistadores, no podemos excusar de darla aunque de paso, porque después será más de propósito, de la idolatría que usaban estos indios dándole deidad al sol entre los demás ídolos de toda broza que tenían, según cada uno fingía y hacía por su mano para el propósito que quería. Teníanle al sol hechos sus templos, no suntuosos, sino unos acomodados buhíos como en los que ellos moraban, y allí le ofrecían oro, mantas de algodón, esmeraldas, cuentas de huesezuelos de colores, y se hacían unos perfumes de una frutilla que llaman moque, que su olor quemada es tan abominable que no se puede sufrir; pero á la suma demencia

que llegaba su idolatría era degollarle hombres en sus templos, y regando el suelo y ensuciando los postes con la sangre, sacaban los cuerpos enteros de los degollados, que lo más ordinario eran niños, á lo alto de los cerros para que los comiese el sol, de manera que dejándolos allí donde se consumían con el tiempo, cuando los hallaban consumidos decían habérselos comido el sol, porque aquel era su manjar; y cuando les sucedía haber falta de agua para las sementeras, decían venir aquel mal por enojos que tenía su dios el sol, al cual le llamaban *Sua* porque no le habían dado á comer, y así entonces era la carnicería de hombres y niños, y el poner en los cerros para que comiera y se desenojara y les enviara buenos tiempos.

3.º Este Valle cuando entraron los soldados, era la mayor poblazón que habían hallado hasta allí junta, porque en una legua escasa que tiene de largo, y dos ó tres tiros de mosquete de ancho, había más de mil casas ó buhíos, todos poblados de gente, y los más juntos que estaban casi á manera de pueblo, porque los otros estaban como sembrados por todo el valle, estaban en un alto, de muchos que tiene aquel valle, á la mano izquierda y parte del Este. Como entraron los españoles estas casas tenían en medio la del Cacique, que debiera de ser de los más principales, y sobre este alto del pueblo había otra eminencia y peñol altísimo, que sólo tenía una subida dificultosísima, que tenían por su fortaleza y defensa de muy antiguo para defenderse de sus enemigos en las guerras que entre sí traían, la cual les fué siempre de tanta importancia, que habiendo el tirano Tunja sujetado con su poder, reducido á su servicio á los demás pueblos sus vecinos, como en otro lugar diremos, nunca pudo sujetar los de éste por la aspereza y fortaleza natural del sitio del peñol donde se subían, y con ellos muchas piedras, de que sí hay algunas, y arrojando galgas quedaban siempre con victoria, y libres de la servidumbre del tirano. Aquí, pues, se subieron todos los indios del pueblo y valle con su chusma, que hay capacidad arriba para todos, cuando supieron que venían nuestros soldados, para todo acaecimiento, por haberles llegado la fama de su fortaleza, en especial la de aquellos que venían en aquellos animales tan monstruosos para ellos, por las señas que les habían dado de su ferocidad, y no les admiraba menos las que les daban de las personas, diciéndoles que eran blancos, y que tenían barbas, cosa que ha espantado en todas partes mucho á los indios, por no tenerlas ellos, y que no ha causado menos admiración á los españoles ver que los indios no las tengan, siendo un accidente tan natural á todos los hombres, y que en éstos se hallan tan pocos, que si no es cual y cual ninguno las tiene, y así aún aumenta la admiración ver que algunos las tengan, y en general no las tienen, de que se han venido á dar algunas razones, entre las cuales sólo pondré ésta, que me parece llevar más

camino, y es que desde muy antiguo han ido dando en enfadarse de ver junto á la boca aquellos estorbos de pelos y se los iban arrancando, como hoy lo hacen algunos si les nacen, y como poco á poco se han ido vertiendo la naturaleza, de unos en otros, ya no tiene fuerza para producir barbas, y por no estar desflaquecida del todo en algunos, sino algo más robusta que en otros, les nacen barbas á algunos. Podemos traer de símile de los perros perdigueros, que de habérseles cortado á muchos las colas, de quien ellos han venido á nacer, ya nacen sin ellas; pero al fin sea la dicha ú otra la razón de verse los indios sin barbas, y á los nuéstros con ellas, se causaban admiraciones, y de esto y su blancura muy grandes errores, como estos de Guachetá los tuvieron.

4.° Porque luégo concibieron en su pensamiento que hombres de aquella manera y traza no podían ser hijos de otro que de su gran Dios el sol, porque llamándole al sol *Sua*, á los españoles llamaban *Sue*, que quiere decir hijo del sol. Y pasando estos guachetaes adelante con su ignorancia, la tuvieron en decir que los enviaba el sol como á sus hijos, para que castigaran á ellos y á los demás indios de sus muchos pecados en que le tenían ofendido, y para que tuvieran mayores fuerzas, había hecho aquellos animales tan veloces ó aquellos hombres con aquellos cuatro pies, y talle tan nunca visto, entendiendo como los demás hasta allí que todo era de una pieza, hombre y caballo, y por todas estas cosas añadían á sus vanidades diciendo no ser cosa acertada hacerles alguna resistencia, con que se indignasen más de lo que venían contra todos los indios, sino que antes se debían aplacar con lo mismo que aplacaban á su padre el sol.

—

CAPÍTULO IV

CONTENIDO: 1.º Sacrificios que hacen los indios del valle de Guachetá á los españoles entendiendo ser hijos del sol—2.º Ofrécenles muchos niños despeñándolos de lo alto de un peñol con intento de que se los coman los españoles—3.º Dan la paz los de este pueblo á los soldados, que fué la primera que se les dió en el Reino.

CON estos desatinados pensamientos ponían en ejecución lo que practicaban y hacían modo de hacerles sacrificio; desde que entraron los españoles por este Valle de San Gregorio, fueron hallando á trechos por el camino algunas mantas de algodón, algún oro en pedacillos, y que estaba quemándose mucha de aquella resina moque que tenían puesta los indios como sacrificios que les hacían para aplacarlos, y moderar sus rigores para contra ellos, y porque eran hijos del Sua, su supremo Dios; lo cual no entendiendo los nuéstros era por eso, iban recogiendo las mantas y oro, y pesándoles de que no hubiese más, sin ponerse á pensar el misterio que podía tener aquello, con el cual entretenimiento llegaron junto al pueblo, ó aquellas casas que estaban más juntas al pie del Peñol, donde vieron toda la gente encastillada. Mandó el General hacer alto, sin entrar en el pueblo, pretendiendo desde allí dar á entender á los del Peñol por señas ó voces con las lenguas que llevaban, aunque eran poco ladinas, á lo que venían, y que bajasen, que querían tratar de amistad con ellos. No debieron de saberlo decir sus lenguas, ni ellos entenderlos, y así pasando adelante con su ignorancia de querer aplacar á los soldados con carne humana como al sol. Estándolos mirando los españoles, bajan de lo alto cinco indios gandules y acercándose de los nuéstros y del pueblo un tiro de ballesta, encendieron lumbre y hicieron fuego con leña que traían para el efecto, en el propio camino que habían de llevar los soldados para el pueblo, y dejando un indio viejo que venía entre ellos, junto á la lumbre maniatado, se volvieron los cuatro á subir la cuesta del Peñol, que yo he visto tantas veces, y aun ahora después que comencé á escribir esta historia, he ido de esta ciudad de Santa Fé á verla más de intento, para poder afirmar con más seguro su fragosidad y fortaleza, que es como he dicho y no queda del todo ponderada. Bien hay quien diga que junto á la cumbre dejaron también una vieja, en cuya averiguación no hay que gastar tiempo, pues para lo que los españoles gastaron de aquella dispensa, lo mismo fué dejar uno que ciento. Luégo que los indios volvieron á repechar su cuesta arriba, medio huyendo de algunos soldados, que por orden del General iban tras ellos, por si podían coger alguno que declarase los intentos de todos, llegaron los soldados al miserable viejo, que no diera por su vida dos maíces, pues lo habían dejado allí para que la perdiera y se lo comie-

ran en el horrendo sacrificio, y preguntándole lo mejor que se supo, que para qué lo habían dejado, respondió que para que se lo comieran, pues eran hijos del que se comía á los hombres, y aquel fuego era para que lo asaran, y sacando al viejo de aquellos mortales temores, que naturalmente aunque bárbaro no podía excusar, le dieron á entender que no comían de aquellas carnes de hombres, ni venían á eso, sino á ser sus amigos, y procurar defenderles sus vidas de quienes se las quisiesen quitar.

2.º No pararon en esto las brutas determinaciones de aquellos bárbaros que estaban desde el Peñol mirando lo que pasaba, sino que como vieron que dejaban libre al viejo y no lo querían comer, les parecía lo dejan de hacer por ser carne dura, y que por el mismo caso se habrían enojado más los españoles por no haberles dado carne á propósito para comer, dieron en otra demencia inhumana, que fué arrojarles desde lo alto muchos niños, pareciéndoles que si habían dejado de comer el viejo por duro, no se excusaran de comer los niños, pues estaban blandos, y así aprisa los enviaban rodando aquella empinada cuesta abajo, donde llegaron unos muertos, otros aturdidos, otros vivos, de lo cual recibieron tanta lástima los nuéstros, que buscaban mil modos para apartarlos de aquel abominable hecho, y sin perdonar voces ni acciones para darles á entender, en el modo que podían, que no comían de aquello, que no los arrojasen así tan sin provecho y con tanto daño; tomaron por último remedio dándole al viejo un bonete colorado y una camisa, con que quedó muy alegre, y mucho más por haberse escapado de las garras de la muerte que tántas veces había tragado, enviarles á decir á los del Peñol con él y con las lenguas tales cuales eran los que desde acá les decían para que los entendiesen mejor. Aunque fué tanta la eficacia que el General y los demás pusieron en darles á entender el mal hecho, que antes que el viejo y los intérpretes se partieran, ya habían cesado de arrojar más niños, á los cuales tomaban los soldados si llegaban vivos, y los alentaban y regalaban con lo poco que tenían para eso. Aunque no porque dejaron de arrojar los niños, dejaron de enviar al viejo é intérpretes á decirles que no comían de aquellas carnes, sino que venían á ser sus amigos, como lo experimentarían, queriendo bajar de aquel alto, y venir á hablar con ellos, que lo podían hacer sin temor. Sin ninguno ya de la muerte, subió el viejo con sus compañeros á dar su embajada, y aunque los compañeros é intérpretes no osaron subir á donde estaban los indios, quedaron tan cerca que los podían oír; con lo que dijeron, y la llegada del viejo, y lo que dijo había conocido de aquellos hombres ser buenos, y que los querían mucho, pues no sólo no se los habían comido á él ni á los niños, sino que antes le habían dado aquello que llevaba, y que bajasen á hablar con ellos, comenzó á deshacerse la opinión que tenían de la fiereza de los nuéstros y perdiendo algo

de los temores, envió el Cacique cuatro indios que bajando con las lenguas que habían subido, llegaron al General, el cual les habló del intento que traía acerca de su bien espiritual y temporal, declarándoles lo uno y lo otro, según su bárbara capacidad y poca inteligencia de las lenguas, y dándole algunas cuentezuelas de vidrio y algunos espejuelos con que quedaron muy alegres, por mirar en ellos su cara, los volvió á enviar al Cacique, y que le dijesen se bajase sin temor con toda su gente á sus casas, donde les estaban aguardando, que sólo había menester alguna comida de maíz, y otras cosas de las que ellos comían, y no carne de hombre.

3.º Mientras los cuatro indios iban subiendo la cuesta, comenzaron á subir al cielo las llamas en un buhío que se incendió por descuido de un soldado, que cuidadoso de buscar en él, con un hachón encendido, algún rancheo de mantas, oro, piedras y esmeraldas, se pegó el fuego y como en paja con facilidad levanta llama, la cual, con mucho cuidado intentaban apagar los soldados, estándolo mirándolo los indios desde lo alto ; los cuales viendo la industria y solicitud que los nuéstros ponían en atajar el fuego, se les quitó mucho más el temor, de manera que ya sin él, bajaron muchos á ayudar á librar del fuego, ya que no del buhío que ardía, á lo menos que no pasó á los demás; con la cual venida se trabó más amistad entre ellos y los nuéstros, y pudo el General tratar más de propósito de su intento, y enviarle á decir al Cacique lo que antes se habían dicho; el cual, con lo que los cuatro postreros le dijeron y con lo que vido, el de apagar el fuego del buhío y que trataban de amistad con los suyos, le hizo un buen presente al General de mantas blancas y pintadas de colorado, y mucho maíz, y bollos hechos del mismo, y venados muertos, y algún oro, y con el presente muchos indios que ya sin ningún temor iban bajándose hasta sus casas con toda su chusmilla de mujeres y niños, y trataban con mucha familiaridad con nuestros conquistadores; los cuales habiendo hallado lo que deseaban, que era paz y amistad con aquella gente, procuraban apartar ocasiones de quebrarla, especialmente habiendo sido aquella la primera que se les había dado voluntaria, después que entraron en la tierra, y que al ejemplo de aquéllos la darían otros (como sucedió), si aquélla se conservaba por esta amistad, y haber sido la primicia de la que se le dió á los nuéstros en el descubrimiento del Reino; les hizo merced el Emperador Carlos V, por una cédula, de que hoy gozan, de hacer exentos á los indios de este pueblo de Guachetá ó San Gregorio para que no vayan á la mitad ó alquile á los pueblos de españoles, como van cuando les viene su vez los demás pueblos de indios que gozan de semejantes exenciones, no obstante que no fueron muy constantes en esta paz, pues dieron después en qué entender á los nuéstros por haberse alzado.

CAPÍTULO V

CONTENIDO: 1.° Pasan los conquistadores adelante en demanda del pueblo de Lenguazaque—2. Llegan á él y recíbenlos con benevolencia. Hospédanlos en sus casas—3.° Procura el General Quesada poner medios para la amistad de los indios, y echa bando sobre esto entre sus soldados—4.° Salen del pueblo de Lenguazaque y llegan al de Suesca, donde dió garrote el General á un soldado llamado Juan Gordo.

DEJADA asentada la paz y amistad con los indios de Guachetá y á ellos con ella seguros en sus casas, salieron los españoles de este pueblo, alegres por ver lo bien que se iban disponiendo las cosas para los buenos sucesos del descubrimiento, pues no sólo no habían tenido contradicción en su entrada hasta allí, sino que les iban dando la paz voluntariamente, de que se prometían tenerla con más crecimientos en lo de adelante, para donde pasaron los conquistadores, dejando aquel valle que desde el distrito del Peñol, à pocos pasos se deja y da vista á la gran laguna de Cucunubá y Ubaté y caminando por el pueblo de Lenguazaque pasaron por el boquerón de Peña Tejada, por donde pasan las aguas del valle del dicho pueblo de Lenguazaque. Es este boquerón, á mi consideración, una de las cosas más admirables que he visto en esta tierra, de la Providencia Divina, porque pasa por allí una cordillera altísima de piedras vivas inaccesibles, á lo menos por la parte de la laguna, y que para que pasen las aguas del valle de Lenguazaque, le dispuso la Divina Providencia que se cortase y diese paso sólo el que habían menester, y luégo volviese á continuar con las mismas peñas encrespadas que corren gran pedazo de tierra. En la abra para estas aguas donde están las peñas tajadas, que se miran unas á otras, hay unos caracteres hechos de colorado, donde algunos han querido levantar misterios por verlos tan altos del suelo y tan bajos de la cumbre; pero yo aunque los fuí á ver en compañía de la gente más cuerda del Reino, que nos hallamos allí en cierta ocasión, en compañía de D. Juan de Borja, Presidente que hoy es de este Reino, no me pareció tenían misterio ninguno, aunque á este mi parecer contradecían algunos con sus imaginaciones.

2.° Pasada esta abra por donde pasa el río de Lenguazaque, dieron luégo con el valle donde estaba el pueblo, tierra llana y agradable á la vista y bien fértil para trigo, como ahora se experimenta. Hallaron la gente de este pueblo de paz en sus casas, por la fama que les había llegado de lo que había sucedido con sus vecinos los de Guachetá; y así no sólo no se exasperaron huyendo, sino que saliendo á las puertas de sus casas á ver aquella gente nueva, les convidaban con ellas y lo que en ellas había, y así se

aposentaron con buena comodidad los nuéstros, por ser mucha la comida que había para ellos y sus caballos, por la fertilidad de aquel valle de todas las cosas de sementeras de los naturales, los cuales estando como abobados de cuantas cosas veían en los españoles, en sus caballos y perros que sobre esto jactanciaban dos mil vanidades, como gente tan dada á ellas por sus bajos y humildes entendimientos, tan sin fuerzas por su rusticidad para poder salir con derechos y acertados discursos, pues no los tenían para haber conocido que una universal causa pudiera haber hecho aquellas y mayores cosas, sino que no alargándose á dar más fuerza á nadie de la que daban á sus imaginados dioses, y en ellos la imaginaban tan corta y limitada, que á ninguno le atribuían el poder hacer lo que ellos tenían (como era así), no acababan de entender quién pudiera haber hecho aquellos hombres, tan otros, que ellos; ni aquellos jumentos de caballos y perros que ni habían visto, ni oído decir á sus mayores, porque si sus dioses los hubieran criado, decían, no los hubiera dejado á ellos sin tenerlos. Con estos ciegos y cortos discursos estimaban por entonces á los nuéstros por una cosa divina, y sabiendo qué grado superior les diesen, les llamaban hijos del sol, que era la mayor deidad y grandeza que ellos habían alcanzado á entender; y con esta opinión conferida entre ellos, y que corría por pueblos convecinos, venían de ellos muchos indios á bandadas, y les traían á los nuéstros abundancia de comidas, de cuanto ellos tenían, como venados vivos y muertos, tórtolas, conejos, curíes (que son cierta especie de conejos) y palomas: de todo lo cual abunda aquella tierra, con mucho maíz, frisoles y raíces de muchas maneras.

3.º De otras tántas procuraba el General por la falta que tenía de lenguas que entendiesen la española, darles á entender sus intentos, que sólo eran de ser sus amigos, y que tuviesen conocimiento de lo que convenía á sus almas, y otras cosas que según su poca capacidad podían entender, aunque debieron entender bien poco por entonces, ya por la falta de intérprete, como hemos dicho, y ya porque sólo atendían los indios aquellas novedades que veían, sin pasar su discurso á conocer los fines que aquello podía tener, y así no atendían á lo que se les decía, ni les parecía ser aquello de importancia; pero el General, viendo la mucha que tenía él de conservar á los indios en aquella simplicidad y llaneza que mostraban por los buenos efectos que adelante se podían seguir de ella, ya que por entonces no se seguían los que deseaban, procuró por todos caminos atajar los pasos á alteraciones cuya raíz y principio suele ser la codicia, y porque ésta no se desenfrenase en algunos de sus soldados, y que viendo usar mal de aquella simplicidad de los indios, se atreviese á tomarle sus haciendas, cosa que naturalmente altera al hombre más simple, pues aun entre los brutos causa alborotos, y con esto se quebrara la paz que tánto habían menester conservar, procuró enfrenar las demasías, que en esto pudieran suceder, con

prudentes leyes y ordenanzas, entre las cuales fué una que mandó, con pena de la vida, que ningún español, de cualquiera calidad y condición que fuese, se atreviese á entrar en las casas y labranzas de los indios que estuviesen de paz, sin su licencia y consentimiento, ni que á indio alguno que viniese de paz se le tomara cosa alguna de las que trajera, aunque fuesen cosas de comer, ni les hiciesen algún agravio en cualquiera lugar ú ocasión que los hallasen; las cuales ordenanzas mandó y procuró el General que se guardasen por lo mucho que importaban, tan inviolablemente, como dió á entender lo que sucedió en el pueblo de Suesca, como luégo diremos.

4.º Del de Lenguazaque, llegó el ejército al de Cucunubá, una legua con las mismas visitas de los indios comarcanos, y corriendo la misma fortuna pasaron otras tres leguas á la gran poblazón del pueblo de Suesuça, que corrompido el vocablo por los españoles le llamaron Suesca, como hoy se llama; aquí también, como en los demás pueblos, les recibieron con paz, que pudo ser de más estima que las otras partes, por tener los indios de aquel pueblo tan poca con los demás, sus vecinos, por ser todos salteadores y foragidos, y de ahí les venía ser belicosos, porque aquel pueblo de Suesca se fundó de hombres malhechores, ó como dice el Malertiano Malfanes, que por sus maldades no cabían en sus pueblos, y así de una parte y de otra se iban á recoger allí y vivir bajo del señorío de un Cacique, el cual con sus indios inquietaba á sus vecinos, como gente fragosa y acostumbrada en maldades; por eso se le pusieron por nombre Suesuca, que quiere decir cola de guacamaya, que es una especie de papagayo, la más hermosa ave y de más vivos colores que se han hallado en las Indias, porque así como la cola de la guacamaya es lo que más se mueve en su cuerpo, y que aunque está pegada á él, parece cosa distinta de él, así á estos indios los tenían por gente inquieta y como apartada de los demás, y que se vestían de varios robos que hacían como la guacamaya viste su cola de varias plumas. Conservan hoy estos indios su fiereza conocida entre los demás, como la han experimentado dos ó tres españoles, que aun estando tan de paz, han muerto estos años pasados, de qué no han quedado sin castigo; el que tuvo aquí un soldado llamado Juan Gordo, de los del General Quesada, por mandado suyo, en cumplimiento de sus ordenanzas, contaré por haber sido de muerte: y fué que habiéndose muerto una yegua de las que llevaban á la entrada de este pueblo, luégo que se rancheearon en él, dióle gana á este soldado de comer carne fresca de caballo; pareciéndole al triste que no bastaba la que le traían los indios, de venado, de que hay por allí harta abundancia; salió, después, con este deseo, á cortar de la carne de la yegua, y en el camino encontró cuatro ó cinco indios que venían á ver al General y sus soldados, y les traían de presente cada uno su manta de algodón; los cuales, como vieron al soldado solo y que

llevaba sus armas, comenzaron á temer, y porque no los matase, como ellos se imaginaban, arrojáronle las mantas y de una carrera se fueron al pueblo, y llegando al General, le dijeron con las lenguas ó intérpretes que un soldado les había tomado unas mantas que le traían; encolorizóse el General y mandando hacer diligencia para saber quién era, hallaron que era el soldado Juan Gordo, el cual, como le dejaron allí las mantas los indios, entendiendo se las daban, tomólas y vino muy contento con ellas, diciendo lo que había pasado con sinceridad y verdad, sin saber lo que le tenían determinado, que era le prendieran, como lo hizo luégo el alguacil del ejército que se llamaba Villalobos, y sustanciada la causa, bien sin sustancia, le sentenció á dar garrote, lo cual se ejecutó sin embargo de las alegaciones que el pobre daba de su inocencia, ni los ruegos de los Capitanes y soldados, ni el ponerle delante que aquél lo era muy bueno, y había trabajado mucho en el camino, si bien era de gente humilde; y aun esto debió de ser la mayor parte para que no fuesen tan eficaces los ruegos, que le libraran de la muerte, como lo fuera si cayera la causa en otro de más estofa y levantada sangre: y así podemos decir hizo aquí el General lo que los jueces recién entrados en sus gobiernos, que parece se alegran les caiga en un mal caso algún hombre bajo mal trapillo para sin réplica hacer justicia, con que espanta á los demás, que es lo que suelen hacer en el guiguenal, que ponen una bausana hecha de trapos viejos para que espante los gorriones que no se coman los trigos; así en nuestro caso sirvió aquel castigo de espantajo para evitar mil insolencias que por ventura sucedieran, viendo que no iba de burla lo que se había mandado por el General, el cual haría lo mismo en otros que lo mereciesen, como lo mandó ejecutar otra vez, algunos días después, con un soldado llamado Palomo, que por haber tomado unos venados para comer, á unos indios, le mandó poner al garrote, de que acabara, si después de haberle dado dos vueltas, no se le quitan medio ahogado. Lo cual tomara por partido si hubieran hecho con el Juan Gordo, en quien faltó el adagio que suele decir: que siempre quiebra la soga por lo más delgado; aunque en el sentido que se dice no faltó; con su muerte dió nombre á este pueblo, pues de allí adelante le llamaban los soldados el pueblo de Juan Gordo. De donde salió el General con sus soldados, y entrando yá en la Sabana y valle de Bogotá, de donde está bien cerca y á la vista Suesca, entró en el pueblo de la sal por quien venían anhelando, llamado Nemecón, y por los españoles Nemocón.

CAPÍTULO VI

CONTENIDO. 1.º Conocen los indios el engaño en que estaban de que el caballero y caballo era todo uno y avisan de esas y de otras cualidades á los españoles al Bogotá — 2.º Hace junta de gente el Bogotá y sale á hacer resistencia á los nuéstros— 3.º Dan los bogotaes sobre la retaguardia y enfermos de nuestros soldados á quien envía socorro el General.

DICE un adagio español, que aquel tienes por bueno que no asiste contigo á tu fuego, que es decir, que aquel que no tratamos y conversamos, no hallamos razón para tenerlo por malo porque no le tenemos experimentado, porque lo demás sería juicio temerario decir mal de quien no sabemos que lo sea, pero al que conversamos con familiaridad, como lo hacen los que se juntan á un fuego, nunca dejamos de conocerle faltas, porque ni él puede disimular mucho tiempo las que tiene, ni el compañero dejar de conocerlas; de aquí salió el aconsejar el otro santo, bien experimentado, que huyamos las conversaciones de los hombres porque cuanto más los tratáremos más soberbios nos haremos; en que quiso decir que cuanto más trataremos con los hombres, conoceremos más faltas en ellos, y despreciándolos por ellas nos tendremos por mejores y nos levantaremos en soberbia; al modo de esto les fué sucediendo á nuestros conquistadores en lo que iban descubriendo de la tierra, y tratando con los indios pues de la experiencia que éstos tomaban de la conversación que tenían con los nuéstros, vinieron á perderles el miedo, porque conocieron ser hombres y que morían como ellos; y que aquel ingerto de hombre y caballo, que ellos entendían ser toda una pieza, veían que eran dos, viendo cada una de por sí; y á los caballos decían que eran venados diferentes de los suyos. Vieron en este pueblo de Suesca que murió con tánta facilidad Juan Gordo, como morían los que ellos ahorcaban, y que estaban mucho más flacos y enfermos. Todo lo cual y otras miserias que les conocieron fueron parte para salir de las simplezas en que estaban acerca de estas cosas, y tentar en ocasiones sus fuerzas, si eran como son las de todos los hombres, como lo hizo el Bogotá luégo que supo con claridad la entrada de los nuéstros, de los cuales les avisó el Suesca en el tiempo que estuvieron alojados en su pueblo, por parecerle, como buen vasallo, caer en mal caso si no avisasen á su Señor de una cosa tan importante, como era entrar gentes extrañas, y tan extrañas por sus tierras de que él por fuerza había de correr riesgo, para cuyo reparo le envió á decir la gente que eran los españoles, en número y condición, y los intentos que traían, como á él se los habían declarado; los jumentos tan peregrinos con que caminaban, y otras circunstancias

que pudo conocer de ellos. Era el Bogotá un tirano bárbaro, arrogante y de tales bríos, que los había tenido para hacerse intruso en el Reino por muerte de un tío suyo, sin venirle á él señorío, sino al Cacique de Chía, por lo cual estaban todos en sangrientas enemistades, de lo que en otra ocasión hablaremos largo; y así con estas condiciones levantaba sus pensamientos á todas las grandezas que se podía atribuír, y entre ellas no era lo que menos la que intentaba, en conservarse en aquel estado en que se hallaba, favorecido de la fortuna y de su buena suerte, y pareciéndole no era ocasión ésta donde dejara de mostrar su valor, y que lo tenía para conservar su imperio como muy grande, hizo á sus principales se informasen por entero, de lo que el Suesca le avisaba, y él por su persona hacía mil preguntas á los que le habían traído la nueva, qué gente fuesen los españoles, cuántos en número, qué cuerpos, qué rostros, qué vestían, qué comían ellos y sus caballos, de cuya ligereza se informaba muy por menudo, de todo lo cual supieron informar bien los mensajeros, porque eran de los que más habían tratado con los nuéstros y notado sus acciones y bríos, y así decían que éstos los tenían mayores que ellos, aunque eran hombres como ellos. Pues ahora experimentarán los nuéstros, decía el Bogotá, y echarán de ver si son hombres, que también nosotros lo somos y de corazones en las carnes.

2.º Mandó luégo juntar sus Capitanes, en quienes tenía confiada su victoria contra el Tunja, á quien quería ir á dar una batalla en venganza de la muerte de su tío, de quien él hubo el Reino, que le mataron en otra de parte de Tunja, como después diremos; y haciéndoles una plática á su modo, les dijo: "Pues como vosotros que me tomáis y traéis las aves que vuelan por esos aires y tenéis maña para coger los venados, que con tánta velocidad casi vuelan por la tierra, y tomándolos á las manos, me los traéis á las mías vivos para que yo haga lo que quisiere de ellos, y que no se escapan de vuestras redes otros feroces animales que por los montes y cavernas se crían para usar de ellos á vuestro albedrío; y que á innumerables enemigos que se han rebelado contra el imperio habéis desbaratado, muerto y cautivado, poniéndolos en la esclavitud, de que son buenos testigos los esclavos que tenemos de tan diversas naciones de nuestros enemigos, no habéis de ser ahora para traer presos y sujetos á mi señorío un poco de hombres que atrevidamente se entran por mis tierras y las vuéstras, sin que hallen quien les haga resistencia. Los Capitanes, ya por el respeto y temor que le tenían, y ya por ver á ellos les importaba hacer resistencia, á los que sin licencia de su Rey se entraban por sus reinos, no sabiendo de los que eran, tomaron brío, y con él prometieron á su Cacique Supremo más de lo que debieran, y así le dijeron que hiciese juntar la gente en el mayor número que le pareciese, que ellos estaban allí con la

voluntad y bríos que siempre habían tenido en hacer la suya. Agradeció Bogotá esta voluntad y mostrando tenerla de salir él en persona, á lo menos á ver lo que hacían sus gentes. En aquel negocio mandó á los Usaques, que eran los Duques, y los que tenían á su cargo convocar la gente en tales necesidades, y que con los pertrechos de guerra que según la brevedad del caso pedía, se pudiesen haber, se saliese á la resistencia de la gente peregrina que se quería hacer natural; fué fácil el juntar esta gente y aparato de guerra, por estar ya casi todo dispuesto para la que quería hacer al Tunja, y así en breve tiempo se vieron en campo con sus armas seiscientos hombres, que le pareció ser bastantes para resistir á ciento sesenta que le habían dicho eran los nuéstros, y marchando aprisa desde Bogotá para Suesca camino de diez leguas, llegaron tan á la callada y sorda, que sin ser sentidos de los nuéstros, se pusieron á las espaldas de los altos de Nemocón.

3.º Para donde el General dijimos se partió desde Suesca, sin sospecha de lo que pasaba en Bogotá, y yendo marchando con su vanguardia, dejaba en la retaguardia algunos que venían enfermos, con seis soldados de á caballo en su resguardo, receléndose de la paz que le daban los indios, de quienes tenía ya alguna experiencia en lo que había tratado con ellos, no ser de mucho fundamento la que daban, y ser su fe y seguro muy dudoso, y que pocas veces perseveraban con firmeza en la amistad que hacen á los españoles sin dejar de intentar novedades, y así por las que podían suceder, siempre andaban los nuéstros con recato, como fué menester en esta ocasión, pues aun llevándolo los de la guardia de los enfermos y atrasados, se fueron acercando á ellos tanto las bogotaes, que venían á la resistencia, que de repente les acometieron sin verlos los nuéstros, hasta que se vieron entre ellos con necesidad de valerse de sus bríos y armas porque con ellos y ellas mostraban los indios querer salir con lo que intentaban de que no pasasen adelante; los cuales con los caballos aunque pocos, y las lanzas defendían valerosamente sus personas y las de los enfermos, con daño de los indios; hasta que llegó la nueva del General Quesada que le alcanzó ya en Nemocón, y medio aposentado; el cual despachó luégo á los Capitanes Juan de Céspedes, Gonzalo García Zorro, Lázaro Fonte, Baltasar Maldonado y á un Pinilla con otros soldados de á pié y de á caballo, al socorro de la apretura en que tenían los indios á los enfermos y retaguardia, á donde llegaron bien presto por no estar lejos del pueblo del alojamiento.

CAPÍTULO VII

CONTENIDO: 1.º Desbaratan nuestros soldados á los de Bogotá y él se huye á su pueblo Muequetá—2.º Entran al cercado y no hallan en él otra cosa que comidas y pertrechos de guerra—3.º Dan aviso en Nemocón al General de la victoria y de lo que hallaron en el cercado.

CON el socorro que les llegó á los soldados, que andaban ya hasta los codos, las manos en la masa de la guazabara, cobraron nuevos bríos y con los de los unos y de los otros, dieron con tánta fuerza en los indios, que en poco rato matando unos y hiriendo y atropellando con los caballos á otros, vinieron á conocer los pobres naturales cuán pobres eran sus fuerzas para con las de los nuéstros, y aun cuan poco les ayudaba y socorría un cuerpo muerto mirrado y seco que traían en unas andas, en hombros de indios, muy adornadas con muy buenas mantas, y una buena escuadra en su guarda. Este debiera de ser de algún indio antiguo valiente y venturoso en las guerras, y porque les ayudara á ellos á serlo en éstas, poniendo en él vanísima confianza lo traían con tánta veneración ; pero viendo que su partido andaba tan malo, y que no sentían ningún favor con él, antes estorbo en ocuparse en llevarlo y guardarlo, les pareció más acierto guardar sus personas, pues él no era para eso, y así soltándolo entre los demás cuerpos muertos que habían acabado la vida en la guazabara, se valieron de los pies como los demás, procurando ponerse en cobro, como también lo hizo el Bogotá, que habiendo estado en unas andas en hombros de indios á la mira en un alto algo apartado, viendo lo que pasaba en la pelea, y viendo cuán de malas andaban los suyos, se hizo llevar aprisa en sus mismas andas, con remudas de indios á un su cercado ó casa fuerte que tenía, llamado Sumungota, media legua del pueblo de Cajicá, arrimado á la sierra hacia la parte de Zipaquirá. Para el cual cercado siguiendo á su Cacique, guiaron unas llanadas abajo los indios desbaratados en la pelea ; cuyo alcance fueron siguiendo los Capitanes dichos y sus soldados, hasta el cercado ó casa fuerte, de donde el Bogotá, viendo que los españoles se le iban acercando, y que para su furia no era bastante resistencia la de la casa fuerte para defenderse de ellos, tomó otra vez la huída para su pueblo Bogotá ó Muequetá, cinco leguas el llano abajo, ó valle, dejando mandado á los indios el secreto de su huída, y que por si acaso lo venían á saber, y quisieren ir en su alcance, detuviesen á los españoles, ó fortificándose en el cercado, ó saliendo á la batalla, aunque no sirviese más que de hacer tiempo, mientras él pudiese poner su persona en salvo : llegaron los nuéstros siguiendo su alcance al cercado, ya que no les había parado indio delante de la guazabara, con muertes

de algunos, y heridas de otros, y viéndose junto á él repararon, y no les pareció acometer, á desmantelarlo y entrarlo por no saber lo que había adentro, y que pudiera ser no sucederles bien, y ser temeridad embestir á cosa que ni había peligro en la tardanza, ni inconveniente en tantear sus entradas, de donde pudiera ser que no advertir con prudencia esto, y otras cosas, les correría la suerte adversa, y no ha sido poco apartarse con tanto tiento, el ver cubiertos de indios los cerros que tenían á la vista, no lejos del cercado: estando, pues, en esta prudencial suspensión, y que ni los nuestros pasaban adelante, ni de los indios salían á la defensa. Un indio bien dispuesto salió por cierta parte, con una lanza en la mano y unas tiraderas en la otra, que con unas flechas largas que tiran con amiesitos ó estólidas, estos indios de tierra fría, que en su lengua llaman Cke, y el garabato con que las tiran Ckeschke y puesto delante de los españoles, de manera que se pudiera oír, les dijo: que si había allí alguno tan enojado y valiente que quisiese pelear con él solo, que allí le aguardaba sin huírle la cara, lo cual visto por los Capitanes, y pareciéndoles atrevimiento, aderezó su caballo el Capitán Lázaro Fonte, y con acuerdo de los demás compañeros, embistió contra el indio, y pasando pegado á él, le asió de los cabellos, y sin que tuviese lugar de valerse de sus armas, ni aun de poner los pies en el suelo, dió la vuelta al caballo y lo trajo sin detenerse colgado de los cabellos á donde estaban los demás españoles, lo cual fué tal espantajo para los demás indios que estaban en el cercado, que cada uno por donde pudo se salió de él, dejando todo desamparado, sin quedar uno tan solo; con que conocieron los nuéstros no haber que temer, el entrarse en él como lo hicieron.

2.° Estaba este cercado ó casa fuerte á un lado de este valle y sabana de Bogotá á la parte del poniente, arrimado á la sierra; pero todo él en el llano, media legua del pueblo de Cajicá, caminando hacia el norte, ó llano arriba; era cuadrado y cada lienzo de pared tenía dos mil varas de largo, y de alto hasta tres tapias; estaban á trechos incados maderos gruesos de la misma altura, y entre uno y otro entretejidas cañas bravas y macizas, como son las cañas delgadas de esta tierra, con tánta fortaleza que era dificultoso desbaratarlas, bien que con las inclemencias de los tiempos no duraban muchos años; aunque para el reparo de la cerca, y el poder andar por ella, por la parte de dentro como vondas de muralla, le tenían hecha una cubierta de paja; dentro de esta cerca estaban edificadas grandes y vistosas casas, que aunque de paja, pero á su modo, de agradable vista, en especial por dentro, porque tenían las paredes y techos aforrados de carrizo delgado y limpio, entretejido uno con otro con hilos de varios colores, con que se hacían unos lazos no demasiado curiosos, pero agradables. Tenía esta casa el Bogotá para encerrar en ella todas las muni-

ciones y pertrechos de guerra ; todos los bastimentos y vituallas que se preparaban para tales necesidades, y así hallaron los nuéstros bien proveída de todo esto : unas casas llenas de macanas, dardos, lanzas, flechas, tiraderas, arcos que tiraban los esclavos panches y colimas, que tenían, y también los llevaban á las guerras. Otras casas estaban llenas de maíz, turmas, frisoles, cecinas de venados y de otros animales ; y otras había de viviendas, donde se aposentaron. Los soldados mal contentos ya, aun entre aquella abundancia de comidas, porque no la había de oro, de manera que los pocos días antes en ocasión dieron por un puño de maiz un vestido, y la sangre que les pidieran, pues como dijimos, la necesidad les hacía comer sapos y culebras, y ahora ya des_precian tanta comida, como tienen á su mano ; pero no es en la del hombre menos que cuando tiene ocultas, de que está compuesto, que como es el hombre en cuanto al cuerpo hijo de la tierra, le parece le vienen por derecho natural y título hereditario todos los tesoros que tienen en sus entrañas, y así recibidos, unos suspiran por los otros con la acción que tiene á la herencia de su madre ; y así los soldados aunque aquí es fama que no dejaron de hallar razonable pillaje de oro y esmeraldas, todo les parecía poco para igualar á su sed, y la fama que ya traían de las abundancias que tenía el Bogotá de ello, como era verdad ; pero teníalo en otra parte donde lo supo esconder, de manera que sólo quedó el Bogotá con nombre de rico, y los españoles con los deseos de haber sus riquezas á las manos.

3.º Mientras se siguió este alcance, y concluyó esta guerra de los bogotaes por los soldados que hemos dicho, estaba con los demás el General en el pueblo de Nemocón, que estaba poblado donde lo está ahora, cerca de la fuente que mana el agua de la sal, entre unos cerros al lado de la Sabana y Valle de Bogotá por la parte del nacimiento del sol, de manera que siguiendo los soldados el alcance de la victoria, atravesaron la Sabana y Valle, corriendo por él abajo hasta llegar á donde hemos dicho, desde Nemocón, dicho así de los indios, que quiere decir león que llora, y debiéronle de poner este nombre porque en las concavidades de los cerros altos entre donde está plantado, retumban las voces que se dan de los animales; llaman estos indios llorar, y así le llamaron león que llora. Entreteníase allí el General descansando y reparando los enfermos; en lo que más se ocupaba era en ver de la manera que se hacía la sal del agua de aquella salina, de que hablarémos cuando la historia trate de las cosas de este Reino, pues entre ellas no es la de menos consideración la sal que se hace en este pueblo, en el de Zipaquirá y en el de Tausa. Entretanto volvamos á juntar al General con sus Capitanes que le estaban aguardando en el cercado de Bogotá, junto á Cajicá, desde donde le mandaron avisar de lo que había sucedido en el alcance que se siguió y de la casa fuerte que habían hallado y lo que había dentro.

CAPÍTULO VIII

CONTENIDO: 1.° Sale el General de Nemocón y dando más extendida vista al Valle de Bogotá, le nombró el de los Alcázares—2.° Reprende el General á los Capitanes el haber seguido sin su orden la victoria—3.° Esconde el Cacique Chía gran suma de oro por librarlo de las manos de los españoles.

LUÉGO que tuvo el General la nueva en Nemocón del suceso de la guazabara, y alcance que habían seguido sus Capitanes, aunque fué sin su orden el alargarse tanta tierra, apartados del cuerpo del ejército que quedaba en Nemocón, salió del pueblo la vuelta del cercado de Sumungotá, y descubriendo por el camino más del todo que hasta entonces la grandeza en largo y ancho de este Valle de Bogotá, que son doce ó catorce leguas las que tiene de largo y siete de ancho por algunas partes, vido que por todo él se descubrían por aquellas espaciosísimas llanadas grandiosas poblaciones, tan juntas, que todo él parecía un pueblo, y en ellas, bien altos y vistosos edificios, en especial los que eran de los Principales y Caciques de las parcialidades, que los tenían cercadas con una traza á su modo, tan vistosa, que miradas desde lejos parecían unas inexplicables fortalezas, como lo eran para las flacas armas y guerras que ellos usaban; si bien para piezas de bronce y otros instrumentos bélicos y máquinas gruesas, todo era fruslería, pero estaban trazadas de esta suerte en cada esquina de los cercados, que eran cuadrados, y aun á trechos, de los lienzos de la pared, estaba incado un madero muy grueso, de cuatro ó cinco brazas en alto, y no siendo la pared, que era de cañas entretejidas, más que de dos brazas, ó media más, sobrepujábanla mucho, y en lo más alto de estos mástiles, que parecían árboles de navíos. estaban hechas unas gavías muy semejantes también á las de los navíos; y todas ellas y árboles desde arriba hasta cerca del suelo tenían dado un baño de un barniz almagre de bija, con que los indios muchas veces y las indias se tiñen las mejillas cuando se ponen de gala, como nuestras españolas el arrebol. Con qué intentos tuviesen estas gavias y maderos teñidos de colorado, de más de ser para parecer bien, lo diremos cuando llegue la historia á tratar de las ceremonias que tienen en sus sacrificios; también tratarémos de unas carreras ó caminos que salían como hoy los vemos de los cercados de los Caciques para ciertas partes donde tenían sus adoraciones. Toda esta apariencia que tenían estos cercados, daban un agradable parecer, y como eran muchos, y se veían desde lo más alto del valle con agradable vista, le pusieron á esta Sabana y Valle de Bogotá, el Valle de los Alcázares, por parecer eso los cercados, aunque ya este nombre hoy no se nombra más quien tal sepa, sino es alguno que oyendo contar estos descubrimientos lo ha oído, porque sólo permane-

ce el llamarle la Sabana de Bogotá, y debe de haberse caído aquel nombre con los edificios por quien se le pusieron; pues así como de ellos ni su hechura ya no hay rastro, porque eran, como dijimos, de madera y cañas las paredes, ni se han reedificado otras después con la grandeza que aquéllos, tampoco lo hay del nombre del Valle de los Alcázares.

2.º No pudo dejar el General Quesada, en llegando á la casa fuerte del Bogotá, de hacer demostración del sentimiento que llevaba con los Capitanes que se habían alargado tanto del cuerpo del ejército, siguiendo con tanto peligro de desgracias el alcance de los bogotaes, y pienso que la demostración fuera demás que palabras, si los que hicieron el exceso, no lo tuvieran en valentía y nobleza, que suelen ser dos intercesores que apean mil dificultades y acaban negocios arduos, como sucedió en este, que no lo era poco, por ser los soldados pocos, y habiendo dividido se hicieron menos que no fué pequeña disposición de alguna desgracia; con todo eso ,para reparar lo que adelante podía suceder, no fueron bastantes las intercesiones de los buenos para que los dejase de prender; aunque aplacada su cólera, dió lugar á intercesiones, y á las razones que los buenos soldados se daban de cuánto importaba seguir el alcance, por ser aquél el primer encuentro que tenían con los indios de aquella tierra, y que de la bien seguida victoria, sin dejarla á medio ganar, se amedrantarían los demás que lo supiesen, y cesarían los bríos, si algunos tuviesen para acometerles adelante; como por el contrario podía suceder el darles bríos ver los pocos que los nuéstros tenían en acabar del todo la guerra. Al fin vencido de estas y otras razones, los hizo llamar y en presencia de todos se las dijo tales. «Esta vez puede pasar el exceso que se ha tenido por ser quien son los intercesores y los que lo hicieron, de quienes me he prometido siempre grandes cosas y mucha cordura en todo acaecimiento, que aunque en éste ha faltado el buen deseo que en ello se tuvo, quiero tomar por disculpa de la culpa que se cometió en no considerar, que no cae debajo de buenas reglas de disciplina militar. Viéndose tan poca gente como somos entre tánta inmensidad como son los naturales, hacernos menos dividiéndonos; buen ejemplo tenemos en el que nos ponen las Divinas letras, de cuyo tesoro se saca el acertado gobierno de la vida cristiana, así en lo moral y político como en las cosas del espíritu, diciéndonos que tres varas juntas por ayudarse la una á la otra, se hacen fuertes y resisten á la violencia que no resistieran si estuvieran cada una de por sí. Grandes desgracias sabemos han sucedido por la demasiada confianza y el despreciar los enemigos por haber salido de aquí descuidados, que mil siglos se lloran y aún no se han comenzado á llorar, de aquel tebano Epaminondas, si no nos engañan los antiguos anales, sabemos mató con su propia mano á su querido hijo por haber con bríos juveniles salido á una batalla antes de tiempo, y orden de su padre. Lo

que pretendo de esto es la orden, y que ninguno sin orden dé un paso adelante de lo que se le ordenare, pues suele suceder por el exceso de un desacordado, perder muchos la vida y frustrarse maravillosos efectos que intentan mil cuerdos, y pues á todos os tengo por tales, pienso mostraréis serlo en toda ocasión; y si los bríos juveniles y ardor de honra, alguna vez ardieren por alcanzarla, como sucedió en la ocasión presente, sea con tal acuerdo que no sea más el daño que el provecho, y sin alargar más razones, querría que no me la diesen de justa queja, y aun de castigo en lo que adelante se ofreciese». Quedaron todos convencidos de estas razones, y apesarados de lo que había habido para decirlas, y así se conoció la enmienda en otras ocasiones.

3.º Estuvo el General con toda su gente, no sólo la española, sino otra mucha que traían de indios y indias de servicio, medio por fuerza y medio por grado, seis ú ocho días en el cercado de Bogotá en Cajicá, donde entre las demás cosas que hallaron, fueron las andas en que él solía andar en hombros de indios, pero desnudas de adorno de planchas que tenía cuando él iba en ellas, porque como ya había corrido la fama de los deseos de oro que traían los soldados, todos procuraban poner en cobro sus riquezas, antes que llegaran á sus tierras, como de cierto sabemos lo hizo el Bogotá, poniéndole tal cobro y con tanto secreto que con haber sido inmensa cantidad, hasta hoy hombre viviente ha tenido noticia del sepulcro donde se sepultó; lo mismo sabemos que hizo el Cacique del pueblo de Chía, que era el gran Usaque ó Duque de donde descendían los reyes bogotaes, como luégo dirémos, por lo cual era hombre también poderosísimo de oro, pues luégo que le llegó la fama de la venida y deseos de oro de los españoles, dió traza de esconder lo mucho que tenía, y no hallando otra mejor para que del todo quedase secreto y nadie con ello, usó de ésta: mandó á dos Capitanes de su pueblo que fuesen á cierta parte de unos cerros altos que están al Oriente respecto del pueblo, y que fuesen metiendo en unas cuevas que había allí las cargas de oro que él fuese enviando; idos los Capitanes de indios que él tenía esclavos, y otros del pueblo, fué cargándolos de oro, de diez en diez en sus mochilas, cuanto podían cargar, y que lo llevasen á donde estaban los Capitanes aguardando, y en llegando á ellos, dejasen las cargas y se volviesen; haciéndolo así los cargueros, y vueltos al cercado del Cacique, los hacía matar á todos diez, y de esta manera fué enviando de diez en diez, hasta cien indios cargados, y á la vuelta los fué matando á todos, y después, viniendo los dos Capitanes, ya que dejaban el oro encerrado y bien sepultado, y sin rastro de donde quedaba, les pagó en la misma moneda que á los demás, despachándolos de esta vida, con que vino á quedar aquella inmensidad de oro, sin haberse podido hallar hasta hoy, con haberse hecho grandes diligencias en buscarle; siempre á mí me ha parecido mucho oro ésto, aunque era mucho lo que tenían

estos señores, así aunque en el hecho no dudo, por habérmelo certificado hombres fidedignos; del oro puede quitar lo que le pareciere al lector, y si de lo que quedare fuere tan buena suerte que le viniere á las manos, las podrá bien llenar, que caso que no sea todo lo dicho, no dejó de ser gran número.

CAPÍTULO IX

CONTENIDO: 1.º Vienen muchos indios de varias partes á ver los españoles, entre ellos mensajeros del Bogotá—2.º Envía el General con los indios del Bogotá á convidar con la paz y amistad de los españoles y sale al pueblo de Chía á tener la Semana Santa—3.º No quiere el Bogotá admitir la amistad de los españoles; mudando de estilo, ordena les piquen por muchas partes.

IMPORTÓ mucho la victoria que tuvieron los españoles de los indios bogotaes para que los demás bajasen la cresta de sus bríos, si alguna habían levantado en hacer resistencia; y así tuvieron por mejor, luégo que supieron el suceso, venir de paz al General, como lo hacían de todos los pueblos comarcanos, viniendo muchos indios por ver la gente nueva, trayéndoles comidas de sus frísoles, maíces, raíces y venados, con muy buenas mantas de algodón, algún oro, esmeraldas, de que no fué tan poca cantidad la que se juntó, que no hicieran á un hombre solo de buena ventura. Recibía esto con gusto el General, y á los indios con mayor, abrazándolos, y acariciándolos, y dándoles algunas cosillas de Castilla, con que se iban trabando las amistades que se pretendían. No dejó también el Bogotá, habiendo experimentado el valor de los españoles, de considerar sería buen partido hacerles amistad, como lo fuera para todos, si él perseverara en la que les comenzó hacer, aunque fingida, porque de ella saliera el no haber él muerto tan miserablemente como murió, y se quedara quieto en sus Estados, y los nuéstros riquísimos, aprovechando tánta máquina de oro como hoy está enterrado sin provecho. Con estos aparentes deseos de amistad, que todos venían á parar en entretener á los nuéstros que no llegasen á su pueblo, enviaba al General y soldados abundancia de comidas de que tenían hartas, y venados, era de manera que hubo días que entraron en el campo para cada soldado, uno muerto, que á quien sabe los muchos que había y hoy hay en esta tierra, no lo tiene por mucho; otros días le traían á veinte y treinta; y con estos recados enviaba indios principales; pero en lo que se les podía entender á una legua, se les traslucían los intentos, como después se vió que eran de que no llegaran á Bogotá, pero como los de los nuéstros eran entrar, cebábanse más con aquellas contradicciones que veían,

y así queriéndoselos enviar á decir el General al Bogotá, acarició un día mucho á los mensajeros, abrazándolos y dándoles algunas cosillas de Castilla, y hablándoles con las mal expertas lenguas, que en esto padecieron mucho á los principios, les dijo :

2.º «Que aunque su Cacique y Señor no lo había acertado en mover las armas contra él, haciéndole resistencia en su entrada sin haberle hecho él ningúna gravio, ni dádole ocàsión para que él lo hiciera conque se la había dado á los españoles para hacerles la guerra y destruírlos: con todo eso, viendo aquella humildad con que venían pidiendo paz, trayendo en señal de ella aquellos presentes, se les había aplacado la cólera y quitado el enojo, y que se quitaría más del todo, y quedarían en perpetua amistad, sin acordarse de lo pasado, si el Bogotá dejaba aparte su demasiada arrogancia, la venía á visitar para dar ambos juntos orden al asiento de las paces y firme amistad, y que le daría á entender muchas cosas que tenía que tratar, asi tocante á las cosas de su alma y las de sus vasallos, como de las que tocaban al conocimiento del Rey y Señor, por quien él era enviado». Dando muestras los indios de que habían bien entendido todos estas cosas, y que se las dirían así á su Señor, de quien esperaban no haría otra cosa de lo quo el General le ordenaba, se partieron para Bogotá, de donde vinieron otro día otros indios, y hablando con el General, le daban esperanzas que su Cacique vendría á verle: que debiera de ser la cosa que él tenía más apartada de su voluntad, como se vido en las otras, y que todas aquellas eran palabras fingidas sólo para el intento dicho.

Lo cual conociendo el General, después de haber estado algunos días en el cercado de Cajicá, por haber comidas, y ver si antes de pasar de allí se podía dar asiento á la amistad del Bogotá, se salió con todo su campo y llegó al pueblo de Chía, con intentos de tener allí con sosiego la Semana Santa, que yá había entrado, y la Pascua, aparejando sus conciencias para la confesión y comunión, y celebrar aquellos altísimos misterios de la pasión y muerte de Cristo con la mejor devoción que Dios les diese, y así se estuvieron en este pueblo el Domingo de Cuasimodo, y aun tuvo la curiosidad un soldado llamado Diego Alvarez Alpargatero, de dejar esta mansión de la Semana Santa en aquel pueblo, escrita en una piedra que halló blanda en el cercado del Cacique, en la cual, con algún cuchillo ó clavo formó mal unas letras, qne decían: «En este sitio y cercado tuvo el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada la Semana Santa, este año de mil quinientos treinta y ocho (1538) ». Esta piedra, después un padre doctrinero de este pueblo de Chía, bien poco curioso, la quitó de donde la dejó el soldado incada, y la puso por umbral de una iglesia que se hizo, donde con los tiempos se vino á quebrar y perder.

3.º Viendo el Bogotá cuán mal se le lograban las trazas que iba dando

para entretener á los nuéstros, que no se le acercasen, pues iban llegándosele más cada día, mudó modo y sacando á luz los intentos que encubría con los presentes y mensajeros que enviaba, á éstos los convirtió en guerreros con otros muchos que enviaba á inquietar, y así no dejó á los nuéstros tener aquel tiempo santo con la quietud que esperaban y deseaban, ocupándose lo más de él, de noche y de día, en defenderse de los bogotaes, que no cesaban de molestarlos con grita y armas; no obstante que siempre llevaban en la cabeza, sin daño de los nuéstros, con los cuales el Cacique Chía siempre quiso estar amigo, pareciéndole ser acertado no querer contiendas con quien conocía no poder igualar su poder, aunque era de más gente, demás que aunque bárbaro conoció ser buena la ocasión del encuentro entre el Bogotá y los españoles, para satisfacer las pasiones que tenía con él, por habérsele entrado en el Reino que á él le venía de derecho, y con el favor de los españoles esperaba restaurarlos, como le sucedió, pues muerto el Bogotá que reinaba, volvió á entrar en el Reino el Chía, como hoy lo tiene por sucesión, según su costumbre antigua, que tuvo principio de esta manera.

CAPÍTULO X

CONTENIDO: 1.º Comiénzase á dar la razon por qué los Caciques del pueblo de Chía heredan el Cacicazgo de Bogotá—2.º Señala el Bogotá por sucesor suyo al hermano de Cacique de Chía—3.º Concierto que se hizo entre el Bogotá y el Chía para esta sucesión continua que se guarda hasta hoy.

EN muchas partes de esta historia, aunque hasta ahora, no de intento hemos apuntado, á decir ser el Cacique de Bogotá el mayor señor de esta tierra fría y á quien obedecían, aunque tiránicamente, la mayor parte de los pueblos de ella, y así fué temido y tenido por Supremo Príncipe de ellas, á lo menos después que los sujetó. Este Reino, según la costumbre que tenían, que es bien común en todas las Indias, no lo heredaba hijo, ni hija, ni sobrino hijo de hermano, sino sobrino hijo de hermana del Cacique, porque decían que con esto se aseguraría la conservación de la sangre noble, que entre ellos fué también estimada, como en las demás Naciones del mundo; pero cuando de esta descendencia por vía femenina faltaba quien heredaba el Reino, tenía licencia el Cacique, antes que muriera, de señalar heredero de otras familias y pueblos que los suyos, y lo recibían y admitían los indios como fuese de gente noble, sin ninguna contradicción, por ordenárselo así su Cacique, á quien en vida y muerte le tenían en gran veneración y obediencia. Sucedió, pues, el venir á

heredar este Reino el Cacique de Chía de esta manera: hay una familia en este pueblo de Chía que se llama de los canas, que hoy dura y es la mayor de las que hay en él, de la cual salen todos los Caciques del pueblo de Jura hereditario, con el orden que hemos dicho se usa de heredar, sobrino hijo de hermana al tío. En cierto tiempo que según ellos cuentan, habrá más de cuatrocientos años, el Cacique tenía un hermano menor, mozo gallardo y brioso, el cual, aficionado de una de las muchas mujeres que tenía en su casa su hermano el Cacique, vinieron sus trazas, que no fueron menester pocas, según la guarda que el hermano tenía puesta á sus mujeres, á ser poderosa para alcanzarla, de que el Cacique, sabiéndolo, se indignó de manera que no se quedó diligencia sin hacer para haberla á las manos y empalarle, que era con lo que castigaban los atroces delitos como aquél, sin reparar en que era su hermano, pues él no había reparado tampoco en agraviarle tan en la honra, porque era mucha la que tenían puesta en esas materias la gente principal de estos indios; conoció el mozo los intentos del hermano y el cuidado con que andaba para cogerle, y que según las espías que le tenía puestas no era posible escaparse de sus manos, si no se valía de sus pies, acordó de hacerlo así y poner tierra en medio. En este tiempo se le habían rebelado al Bogotá algunos pueblos de su corona, como eran los del valle de Ubaque, Guatavita y Guasca, con los que había detrás de la cordillera de las sierras á la parte del Oriente. Forzóle esta rebelión al Bogotá á salir en persona al castigo y pacificación de estos pueblos, y habiendo salido con su gente para estos intentos, y llegado al valle de Guasca, fuese al ejército este mozo y hablando al Bogotá, le dijo que el suceso le traía á servirle, mientras su hermano el Cacique de Chía digería las acedias que tenía contra él, y que se sirviese de ampararle de su furia, en pago de lo mucho que le deseaba servir en lo que lo quisiese emplear; yá tenía nombre el Bogotá, de quién era el mozo, y siendo tan conocida de todos su nobleza de linaje, admitióle á su amparo con sumo gusto, y llenándose de esperanzas de buenos sucesos en la guerra, por los buenos bríos y disposiciones que veía en él, hízole su Capitán general, en el cual oficio luégo comenzó en mostrarse tan valiente en todas las ocasiones que se ofrecieron de guazabaras, que se echó de ver su nobleza que parecía había estado hasta entonces atado su corazón y deseoso de que saliesen á luz sus gallardos bríos en ocasiones que se pudiese mostrar quién era, como lo conocieron todos, enemigos y amigos, pues á éstos llevaba conocidas ventajas en todos sus hechos y fortaleza de sus brazos, y á los enemigos era un rayo del cielo, según la furia y bríos con que los acometía y vencía, con que luégo comenzó á tener buenos efectos la guerra, quedando en poco tiempo reducidos los pueblos alzados y rebelados á la servidumbre y obediencia del Bogotá.

2.° El cual, dejando ya pacíficos los demás pueblos, llegó á hacer lo mismo al de Ubaque, donde comenzó á enfermar de mal de la muerte y viéndose cercano á ella, hubo de dejar por entonces la guerra y hacerse traer á su pueblo y casas reales de Muequetá, donde considerando le iba apretando la enfermedad y que no tenía heredero forzoso y que tenía necesidad de señalarlo y cuán á propósito era aquel mozo hermano del Cacique de Chía para la ocasión presente de guerras como se había mostrado en todas las pasadas, le pareció no había otro en su pueblo y corte ni en los demás que le estaban sujetos que tuviese el valor que era menester sino este mozo, y así llamando á sus capitanes y gente noble, y proponiéndoles la ocasión de la guerra, y la experiencia que todos tenían del valor, bríos, cordura y fuerzas del hermano del Cacique de Chía y que como todos sabían no había quien lo heredase, como heredero forzoso, según sus leyes, dijo: que no hallaba otro tan à propósito que pudiese suplir su ausencia que quería ya hacer de esta vida por lo mucho que le agravaba la enfermedad, como aquel mozo, su Capitán General, en quien también se podía fiar la guerra, comenzada por su mucho valor como se sabía; y el Gobierno del Reino por su mucha prudencia como se tenía experiencia, con las cuales presentes sabría sustentar la paz de los pueblos, resistiendo al rebelde para que el pacífico viva seguro; y así desde luégo le señalaba por sucesor en el cacicazgo y todo el señorío de él, y les mandaba á todos le obedeciesen y jurasen por tal, pues era aquello su gusto, y lo que á todos les convenía. Viendo los principales ser todo aquello verdad y la voluntad de su Cacique en la cual tenían resignada la suya, juraron al mozo por su Cacique y Señor. Acabóse aquélla Junta y Consejo de Estado, y á poco la vida dél Cacique, al cual habiendo enterrado y hecho el Cacique nuevo las ceremonias de ayunos y otras supersticiones que eran necesarias según sus usos (de que después hablaremos) quedó el Cacique en pacífica posesión y obedecido de todos.

3.° Vístose ya Cacique, trató luégo de proseguir la guerra de pacificación de los pueblos que le quedaban, y si antes con buenos bríos, ahora con mayores, porque si antes los tenía y peleaba para pacificar tierras para otro, ahora peleaba para ganarlas para sí que es bien conocida diferencia; y así en pocos días aquietó el valle y pueblos de Ubaque y pasando por detrás de la cordillera, volvió á visitar á los de Guasca y Guatavita hasta Chocontá, que eran los términos de sus tierras por aquella parte para que le reconocieran por su señor. Desde donde tomó la vuelta para Suesca y Nemocón y desde allí al cercado y casa fuerte de Cajicá para tomar el camino derecho á su casa y corte Bogotá ó Muequetá. Mientras estas cosas pasaban, no las tenía todas el Cacique de Chía, su hermano, por ver tan poderoso y hecho su cabeza y señor á quien él había traído perseguido y tan á malas que le había obligado á de-

jar su tierra, y aumentábale estos temores el ver que ya su hermano había pacificado todos los Caciques rebelados á la corona, con quien él pensaba aliarse para defenderse de su ira, y aun ofenderle, si no quisiese venir á buenas. Viendo, pues, cerrados todos los caminos á su defensa en la cierta venganza que se sabía venía á tomar su hermano, trató de apaciguar estos enojos con maña, ya que no podía con fuerzas, por ser tan desiguales las suyas con las de su hermano, y así tratando el caso con su madre y una hermana suya, les dió algunas mantas, esmeraldas y oro para que le llevaran de presente y fueran á tratarle de amistades, y que se olvidasen cosas pasadas, y que pues Dios le había dado tan buena suerte, que no era de nobles refrescar pasiones, cuando se veían con poder de vengarlas, y que pues eran hermanos, era bien conocieran todos la amistad que se hacían, pues ésta sería parte para su mayor conservación Al fin con los presentes que le dieron, y estas y otras razones que le supieron decir la madre y la hermana, á quien él quería mucho, se redujo á amistad con el hermano, y dió licencia que fuese de Chía á Cajicá, que hay una legua y le viese, como lo hizo, y tratando ambos delante la madre y hermana de asentar las amistades, sacó de condición el Bogotá, que pues ya él le había de suceder, su sobrino que había de ser aquel que pariese su hermana que estaba entonces preñada; y replicando el Chía que aquel que había de parir su hermana era su heredero y que no podía serlo suyo; dadas y tomadas algunas razones que hizo sobre esto, se determinó que heredase primero á Chía el que pariese la hermana, y que muerto el Bogotá, dejase el cacicazgo de Chía y heredase el de Bogotá: lo cual pareciendo bien á entrambos y á los principales del Reino, se estableció ley de esto, la cual se ha guardado hasta hoy, que sólo se quebrantó en el Cacique Bogotá que hallaron los españoles por haberse entrado violentamente en el cacicazgo, y otro que se siguió, como después diremos largamente.

CAPÍTULO XI

CONTENIDO: 1.º Hace amistad el Cacique Suba con los nuéstros, baptízanle y muere luégo, que fué el primer cristiano del Nuevo Reino—2.º Salen del Pueblo de Suba para el de Bogotá, donde se aposentaron por hallarlo huído y sus casas desocupadas —3.º La razón por qué huye el Bogotá de no ver los españoles, que fué un sueño que le había declarado el Jeque Popón—4.º No rancharon, á lo menos al descubierto, los soldados todo lo que pudieran cuando entraron á Bogotá.

DETÚVOSE el General Quesada más de lo que había menester en el pueblo de Chía, por ver si podía antes que llegasen á las manos con el Bogotá, hacer que se asentasen paces y amistades, que fué el modo que siempre pretendió, por ser el más seguro para la conciencia y el más conveniente para los pocos españoles que eran metidos entre tántas inmensidades de indios, y así con los que le venían de paz, que no fueron pocos, mientras estuvo en el pueblo de Chía, le envió muchas veces á decir al Bogotá, por modo de requerimiento, que dejando las armas y acometimientos que hacía, viniese á su amistad, pues no pretendía otra cosa de él sino ésta, y darle á entender cosas tocantes al bienestar de su alma y de sus vasallos, y á conocer al Rey de España, cuyo vasallo él era, y en cuyo nombre venía á ofrecerle su amistad; pero el bárbaro, á todas estas cosas, daba buenas respuestas y palabras, acompañadas de malas obras, pues no cesaba de noche ni de día de inquietar á los nuéstros con gente que iba enviando á tropas, sin cesar; aunque acudían los indios con flojedad á la defensa de sus tierras, por no serles bien afepto por ser mucha su soberbia y altivez, con que traía desabridos á todos los Caciques, sus sujetos, y á los demás indios comunes, que no fué de poca consideración para que los caciques no tomaran armas en su defensa para contra los nuéstros: que sin duda fué todo disposición de Dios, que tenía ya dispuestas á estas gentes para que recibiesen el Evangelio sin contradicción, que fuese de importancia, como se echó de ver allí luégo en las primicias de la cristiandad de las gentes de este Reino que Dios quiso se diesen en el Cacique del pueblo de Suba, el cual estaba poblado donde lo está hoy, que es en una loma pequeña que está en medio de este valle de Bogotá: y sabiendo de los españoles y que habían ya llegado á Chía, legua y media de su pueblo, tomando muy buena cantidad de oro, esmeraldas y muy finas telas de algodón, se vino al General y dándole aquel presente, que fué de mucho precio, asentó paces con él tan macizas y seguras, que jamás las quebró él en cuanto vivió, ni sus súbditos, por habérselo él dejado mandado á la hora de su dichosa muerte, bien merecedora de este título por lo que le sucedió; pues volviéndolo el General á enviar á su pueblo después de haber tenido con él honrados respetos, cortesías y agradecimientos, y cumplimientos, y dá-

dole algunas cosas de Castilla, y díchole que había de ir por sus casas, se fué á ellas y aparejándolas lo mejor que pudo y otras para que cupiesen todos, y haciendo muchas prevenciones de comidas, estuvo aguardando con mucho gusto, que parece adivinaba lo bien que le había de suceder la paga del hospedaje, que llegasen los españoles con su General, el cual viendo que no se negociaba ni asentaba nada con el Bogotá de las paces que se pretendían, se salió de Chía otro día después del domingo de Cuasimodo, dejando al Chía en buena amistad, tomando la vuelta del pueblo de Suba, á donde fué recibido él y los suyos del Cacique y sus vasallos con demostraciones de gusto, y con mucho aposentados y regalados en sus casas, donde estuvieron ocho días, aunque ya iban con deseos de llegar á ver la cara al Bogotá, de que él procuró guardarse, pues ninguno de los nuéstros pudo decir qué tal la tenía. Entrando los españoles en el pueblo de Suba, comenzó á apretarle una enfermedad al Cacique, de que murió, lo cual visto por los padres sacerdotes, y cuán en peligro se iba poniendo de su vida, comenzaron á catequizarle y darle á entender qué cosa era baptismo y los bienes que de él seguían y todas las demás cosas pertenecientes á lo que había de creer para salvar su alma, lo cual admitía el Cacique con mucha alegría, y con la misma dijo que le diesen el Santo Baptismo, y hiciesen con él todo lo que fuera menester para su salvación, como lo hicieron los padres sacerdotes, y habiéndolo baptizado, de allí á poco murió, con confianza de todos de que había ido su alma á gozar de Dios. El cual trajo á los españoles tan á tiempo como fué menester para que pusiesen los medios necesarios á la salvación de aquel indio; el cual fué el primer cristiano de estos del Nuevo Reino y las primicias que esta tierra y los trabajos de los españoles dieron á Dios, cosa de tan gran importancia, que cuando por sola la salvación de aquella alma, hubieran pasado los españoles los trabajos del camino, y otros muchos fueran bien empleados.

2.º Al fin de los ocho días que estuvieron en Suba, que fué demasiada tardanza, pues en ella estuvo el peligro de no haber á las manos al Bogotá, salieron para ir á su pueblo, donde cuando salieron de Suba aun se estaba fundado en su vana confianza, que por temor suyo no se había de atrever á llegar á sus palacios; lo cual perdió cuando supo de sus espías que ya caminaban los españoles derecho á su pueblo, y que desde el de Suba á él no había dónde detenerse más que en el río del valle, que venía lleno por haber tomado ya mucha agua de la que llovía, con la entrada de un invierno, de dos que hay, que comienza en la menguante de Marzo en toda esta tierra fría y dura hasta todo el mes de Mayo ; y el otro comienza desde el primero de Octubre hasta últimos de Diciembre. Al fin visto el Bogotá que iba de veras la ida de los españoles á sus casas y corte, y que no había querido dar corte á las cosas de su amistad, y que ya no había

otro remedio para librarse de las molestias que le podían suceder, sino que perseverar en que los españoles no le vieran la cara, determinó poner con huída en cobro su persona, mujeres y hacienda, y viendo que era poco el tiempo para hacer esto, desde que los españoles salieron del pueblo de Suba, hasta llegar al suyo, por no ser más que tres leguas pequeñas las que hay de uno á otro, acordó hacer más tiempo, enviando mucha cantidad de indios con sus armas al paso del río para hacerles resistencia en él cuanta pudiesen, y que si no fuesen poderosos para impedirles el paso, al menos los detuviesen todo el tiempo que pudiesen, dándole con esto á él para huír y ponerse en salvo con todo lo más importante de su casa, como sucedió; pues llegando los nuéstros á buen paso al del río, no fué tan fácil su pasaje como pensaron, por hallarle muy crecido, y á la otra banda gran suma de indios, que les hacían la resistencia que podían, que aunque huyese el Bogotá de su pueblo, no sirvió de impedir el paso, sirvió de lo que fué bastante para que juntándose aquella tardanza con la prisa que tenía el Bogotá en mudarse, tuviese efecto el esconderse, de manera que pasando los nuéstros el río, y llegando á su pueblo y aposentos, ya los hallaron vacíos, donde se pudieron bien á sus anchas aposentar todos, que por eso debió de irse el Bogotá, por dejarle sus casas reales desocupadas, para que estuvieran en ellas bien acomodados, por su mucha capacidad que la tenían, y fabricadas con tanta suntuosidad á su modo y que dejaban muy atrás las de los otros Caciques, que hemos dicho cómo eran, aunque todas de paja y los lienzos de las paredes de cañas entretejidas con buena y agradable vista, por de fuera y de dentro, al fin como casa de los reyes de esta tierra.

3.º La principal razón por qué se guardaba tanto el Bogotá de no ver ni que le vieran los españoles, era por un sueño que le había declarado un famoso jeque del valle y pueblo de Ubaque, dicho Popón, en que le pronosticó se había de bañar en su sangre, por la muerte que le habían de dar unos extranjeros que habían de entrar en sus tierras, de que después tratarémos largo, cuando la historia trate de la conversión de este Popón.

4.º Ranchados, pues, ya los soldados en los principales aposentos del Bogotá, y en otros de los principales indios, fuera muy bueno el rancheo de oro, esmeraldas y telas de algodón, si no temieran quebrantar el orden que el General había dado de no tomar nada, porque había ahorcado á Juan Gordo en Suesca; porque aunque habían huído los más de los indios del pueblo, á ejemplo de su Cacique, y por acompañarle, con todo no habían tenido tiempo para ponerle en cobro todo el oro y menaje de sus casas y templos, donde no tenían poco de lo uno y de lo otro, pero guardóselo todo el miedo de no caer en la pena de la ordenanza, aunque ya información de más abono he menester de la que tengo para creer que de entre ciento y sesenta soldados, donde habría condiciones de

toda broza y que habían pasado tántos trabajos con esperanzas de hallar lo que allí tenían entre manos; que ninguno hubiese llevado más la codicia del oro, que retardado el temor de la ley y así siempre he tenido que fué muy grande el tesoro que se sacaron de los templos de los ídolos, donde había muchos, y mucha riqueza en ellos. Bien que no buscasen esto tan al descubierto, como lo hicieran, si no temieran el castigo.

CAPÍTULO XII

CONTENIDO: 1.º No bastaron las diligencias que hicieron los españoles para sacar de rastro dónde se escondió el Bogotá con su hacienda y mujeres—2.º Disgústanse los soldados, y tienen por corta su suerte, por no ir descubriendo tánto oro y riquezas como deseaban—3.º Acometen los bogotaes al pueblo donde estaban rancheados los soldados, en dos escuadrones, aunque sin peligro notable—4.º Intenta el General Quesada las paces con el Bogotá y de irle á buscar para verse con él.

EN todo el tiempo que estuvo el General con sus soldados en el pueblo de Bogotá, que fué hasta cerca de la Pascua de Espíritu Santo, no pudo rastrear dónde se había escondido el Bogotá con toda su casa y mujeres, con ser tantas las que tenía, que hay quien afirme haber sido trescientas, y no me admiro si fueron tantas, pues esta nación de los indios, como otras muchas del mundo, han tenido por ley tener todas las que cada uno pudiese sustentar, de donde les venía ser tanto el aumento de gente como se halla en estas tierras y asímismo á las que tuvo el Rey Salomón, como nos lo dice el tercer libro de los reyes, capítulo 11, se queda este número de Bogotá bien atrás, pues fueron mil las de Salomón, setecientas con nombre de reinas, y trescientas de concubinas, con que cesa toda admiración cuando hayan sido trescientas las del Bogotá, de la cual materia tratará más largo la historia en otra ocasión, y á quien le pareciere ser muchas, quítele las que le pareciere, y déjese las que viere le bastaban; pero al fin en esta huída todas las puso en tal cobro, que ni á ellas ni á su oro y santuarios se les pudo coger rastro, por apretadas diligencias que se hicieron con los indios, los cuales aunque lo sabían, antes se dejaran quemar que decirlo, como sucedió á un indio viejo, á la vuelta que de segunda vez volvieron allí los españoles, que se dejó matar á tormentos primero que descubrir dónde estaba.

2.º Viéndose los soldados defraudados de las esperanzas que traían de llenar bien las manos en los gruesos tesoros que publicaba la fama del Bogotá, y que no les llenaba los vacíos de su antojo, lo que en ocasiones se les pegaba de

pillajes, que no era poco, andaban desganados de permanecer en la tierra, pareciéndolos sólo paraba la bondad de estas provincias en ser sanas, fértiles y abundantes de comida para pasar la vida humana, acomodadas para toda suerte de ganados que se trajesen de España, por ser tan extendidas y llenas todo el año de hervales ; pero que le faltaban los nervios y alma que sustenta todo esto y las repúblicas, que es el oro y la plata, y así lo consideraban por entonces, sin esto, como un cuerpo sin alma y venas, sin sangre y que si algún oro se hallaba, era todo traído de otras provincias á los tratos que tenían con éstas por la sal y mantas, que se hacían en ella, como en realidad era así; crecían estos descubrimientos, viniéndoles á la memoria aquellas noticias que poco tiempo antes que salieran de Santa Marta habían bajado del Pirú, de su grosedad de oro y plata que se iba cada día descubriendo, con que se alborotaban los corazones más caídos, á seguir estas riquezas y parecerles poquedad lo que no llegaba á esta fama, y viendo que eran hombres todos para parecer conquistar y lucir donde quiera. Teníanse por desgraciados en haberles cabido aquella suerte que según veían lo era, por no hallarse ya hechos unos midas, y convertido en oro sobre cuanto ponían las manos ; achaques propios del corazón humano, de que no sanará mientras que el cielo no le atare con la visión de la primera causa del oro y de todas las cosas.

3.º Viendo el Bogotá y sus indios cuán de asiento tomaban los nuéstros la estada en el pueblo, intentaron alejarlos de él valiéndose de las fuerzas de sus brazos y armas, y así dieron en venir de noche y de día, á todas horas, sin dar una de reposo á grandes tropas enviadas por el Bogotá, que con dardos desde fuera, sin osar venir á las manos con los soldados, los inquietaban de manera que no podían descuidarse un punto, sin tener en las suyas las armas, y ensillados los caballos, aunque éstos eran de poco efecto, por ser muchos los pantanos y cenagosos tremedales que hay á la redonda de aquel sitio donde los indios se metían huyendo de ellos ; si bien algunos pareciéndoles serían sus piés más veloces que los de los caballos, querían más valerse de ellos que de las ciénegas; y saliéndoles mal su atrevimiento, lo pagaban con la vida en tierra seca, atropellados de caballos y lanzas, de lo que se libraban en los pantanos, de donde volvían á salir de nuevo los que se guarecían en ellos, y con mayores volvían al alojamiento de los nuéstros, arrojando á veces los dardos, encendidas las puntas con intentos de abrasar las pajizas casas, lo cual sucedería á no repararlo la diligencia de los soldados. Una noche, pareciendo á los indios, después que dieron en ella buena traza de quemar las casas, ordenaron que al primer cuarto de la noche viniese un escuadrón de mucha gente de guerra y acometiese al pueblo, haciendo señas con las trompetas y algazaras de voces, para que á ellas acudiesen los soldados á defenderse, y que por otra parte, á las espaldas viniese otro

escuadrón, muy á la sorda, y se acercase al pueblo, para en saliendo los españoles á la resistencia del escuadrón público, entrase el secreto y pegase fuego á las casas sin dejar una, de suerte que no pudiendo los nuéstros acudir á la defensa de ambas partes, fuese mucho el daño que recibiesen. La traza no era mala si tuvieran ánimo para seguirla; pero como los pobres indios, demás de ser tímidos y de poco brío y fuerzas, habían cobrado temor á los de los españoles, y conocido cuán poco era su valor para con el de los soldados, aunque llegó su atrevimiento á poner por obra sus intentos, no lo tuvieron para llegar al fin con el hecho, porque aunque vinieron de noche y hicieron su demostración pública de acometimiento, á cuya defensa acudieron parte de los nuéstros y los que venían en secreto pegaron fuego en buen tiempo en algunas casas del pueblo, con que lo alborotaron todo, no osaron éstos acometer con las armas, con que no dejaron de hacer buenos efectos, entre la confusión del humo y llamas, siendo ellos muchos y los españoles pocos, por ser los más los que habían salido á la resistencia del otro escuadrón público, sino que en viendo arder las casas, dieron en huír aprisa, pensando venía toda España; sobre lo cual visto por los españoles, á quienes no dejó de poner en confusión el hecho, lo tuvieron por buen partido, pues con la huída de los indios sólo les quedaba la de la pelea con un enemigo que era el fuego, el cual hiciera más daño si lo dejaran tomar más fuerzas, teniendo los soldados empleadas las suyas en defenderse de los indios y así como no vieron ningunos entre los buhíos que ardían, sólo se ocupaban en sacar los caballos y hato que tenían en ellos y en los cercanos, que estaban en el mismo peligro, con que no le hubo en nada, pudiendo ser mucho, si la cobardía de los agresores diera lugar á proseguir sus intentos con algunos bríos.

4.° Los que tenía el General Quesada con crecidos deseos de evitar la guerra y que no muriese tánta multitud de indios como se venían metiendo por las puntas de las lanzas y espadas, con las guazabaras que de ordinario daban, se echaba de ver en el cuidado que ponía de enviar á decir al Bogotá con algunos indios amigos que venían de otras partes á ver la gente nueva, lo mucho que se deseaba la paz y su amistad y que le persuadiesen que dejara las armas y inquietudes que tenía, de que no podía ganar nada, viniese á verse con él para tratar de la paz y amistad que deseaba asentar entre ambos: á todo lo cual el Bogotá, llevado de su condición altiva, y de la confianza vana que tenía en la multitud de sus aliados y vasallos, respondía despidiendo los mensajeros con palabras ordenadas, de manera que ni él perdiese el punto de los intentos que tenía de echar de su tierra los españoles, ni ellos entendiesen no quería darles la paz, aunque con esto siempre iba continuando la guerra, estimando con esto por de menores entendimientos de los nuéstros que el suyo, que no habían de advertir más á las malas obras que á las buenas palabras, por lo cual el General, en-

fadado, acordó de irle á buscar por unos ciegos rastros que había tenido, como era así de que estaba en una casa de recreación que tenía á cuatro leguas de aquel pueblo, ya en tierra más caliente que fría, que en su lengua se llama Tenaguasa y ahora le llamamos Tena, y entonces le pusieron los españoles la casa del monte, donde los bogotaes caciques tenían sus baños y entretenimientos algunos tiempos del año, con toda su casa y mujeres.

CAPÍTULO XIII

CONTENIDO: 1.º Hacen algunas salidas los nuéstros con guías en rastro del Bogotá, aunque en vano aprenden algunos soldados la lengua chibcha—2.º Caso que sucede al Capitán Lázaro Fonte con un indio que le pareció atreverse á correr parejas con su caballo—3.º Determina el General hacer algunas salidas, y toma consejo con los Caciques amigos que se le dieron la hiciera á los Panches.

PARA poner en efecto el General estos deseos que tenía de buscar y hallar al Bogotá, escogió algunos indios de quien había tomado el rastro que le guiasen en donde se decía que estaba recogido, y con ellos y algunos soldados caminó las vertientes de tierra caliente á la parte del sureste, que es lo que llamamos ahora Tena, tierra áspera y por la mayor parte montañosa, y yendo con los guías, como fuesen vasallos del Bogotá y temiesen el castigo que les podía venir de descubrirlo, ya porque era su Cacique, ya porque sus dioses, según decían, les habían de matar por la maldad, no se atrevían á llevar á los nuéstros á la casa del Bogotá, y por cumplir con ellos y librarse del castigo, que también por aquélla no se les excusaba después de haberlos llevado por caminos inaccesibles de breñas y montañas, llegaban á algunas casas yermas ó que tenían cuando mucho algún Cacique ordinario, y diciendo que entendían estaba allí el Bogotá, y que no sabían otra cosa suya, traían cansados y aperreados á los nuéstros, sin hallar rastro de lo que buscaban, y habiéndoles sucedido más de dos veces con nuevas salidas que hicieron á esto, vieron era por demás procurar hallarlo por entonces, y así lo dejaron de buscar, aunque él no dejaba de inquietarlos con armas como hasta allí; pero viendo lo poco que se aprovechaban para que dejasen su pueblo y tierras, dió en enviarle algunos Caciques con algunas comidas, pero sin rastro ni demás tradición de oro, pensando que con el gusto de aquel beneficio tendrían y el disgusto de no hallar oro saldrían de la tierra, de que tenían bien diferentes propósitos los nuéstros, pues mudando de intentos y echando de ver que no era lance seguro desampararla por la bondad de su temple, y que considerando que no todos podían

estar en el Pirú, y que era mucha la gente que tenía, y otras cosas con que ya se alentaban, dieron en aprender algunos la lengua de los indics, en que aprovechaban de tal manera, que en pocos días ya sabían preguntar y responder en las cosas del trato común, que tenían unos con otros, en que se aventajaron algunas indias que habían quedado de las que salieron de Santa Marta, que siendo ya ladinas en nuestra lengua, y aprendiendo con facilidad la de los bogotaes, ó chibcha, por el más común trato que tenían con algunas indias moscas que se venían de mucha amistad á los nuéstros, salieron muy buenas lenguaraces en ambas lenguas castellana y mosca, que no fueron de poca importancia para de allí adelante seguir de intérpretes en las cosas que se ofrecían con los indios.

2.º De los cuales venían muchos de paz, tardes y mañanas, que se juntaban así de los bogotaes como de los pueblos circunvecinos, á ver á los españoles y sus caballos, con los cuales los jinetes pasaban la carrera delante de los indios para que viesen su fortaleza y velocidad, con la cual había algunos de aquellos bien dispuestos indios, se atrevían á competir, dando muestras que correrían ellos á las parejas con aquellos venados, que así llamaban á los caballos, no hallando otras cosas de las de sus tierras á qué compararlos. Causó admiración á los nuéstros, luégo que vino á sus oídos esta resolución de los que la daban á entender, y queriendo hacer la experiencia, por ir conociendo con ella los bríos y ligereza de los indios que habían descubierto, salió el Capitán Lázaro Fonte, que era de los más diestros ó el más en la jineta de toda la compañía, y admitiendo el desafío y subiendo en un caballo zaíno que traía, que ha sido la raza de caballos que mejor ha probado en las tierras de este Nuevo Reino, dijo á los indios que el que se sintiese con mejores bríos saliese al desafío de correr parejas con su caballo; no fué perezoso uno de aquellos gandules que lo oyeron: mozo gallardo, bien dispuesto, membrudo, y que daba muestras en su talle de cumplir con el desafío, y dejar afrentado el mejor caballo, y quitándose la manta que traía por capa y la que le cubría el cuerpo, dejando sólo cubierta cierta parte de él, se dispuso para la carrera que él luégo señaló, y dió señal de lo largo que había de ser; la cual comenzó el indio con tánta ligereza, que parecía imitaba á la del águila, pues parecía no sentaba los pies en el suelo; el jinete de industria, fiado en la ligereza que tenía experimentada de su zaíno, dió larga al indio, y que le cobrase ventaja, yéndose á media rienda con que la cobró buena, de que los otros indios levantaban grande algazara, pareciéndoles ser la victoria suya, entendiendo los pies del caballo no ser más ligeros de lo que se mostraban, y ser torpes con los del indio; mas viendo el Lázaro Fonte que ya faltaba poco hasta el fin de la carrera señalada, hirió con las espuelas al zaíno, con que un instante se puso con el

indio y atropellándolo, ó por malicia ó descuido del jinete, y le hizo rodando y barriendo la tierra con los hocicos, pasándose adelante el caballo hasta donde quiso parar, acudiendo entre tanto los indios y españoles á levantar el caído y darle á beber unos tragos de agua fría, con que se reparó algo de la caída, quedando escarmentado de ponerse otra vez de correr á parejas con tales bestias.

3.º Viendo el General que con el buen temple y estalaje de la tierra, y la buena ayuda de costo de comidas que en ella habían hallado, ya toda su gente estaba tan reformada de los trabajos del camino como si no los hubieran pasado, y que no se ganaba nada con la ociosidad, así para las almas como para los cuerpos, determinó se hiciesen algunas salidas á descubrir otras provincias de las que tenían noticia estaban vecinas á los moscas, y como hasta entonces no tuviese noticia á qué parte sería más comodidad y de más provecho hacerlas, pareció sería acertado consultar esto con los Caciques que estaban allí de paz, cada día fiado el General en la sencillez que mostraban en sus tratos y que no les guiaría por parte que les estuviese mal, y así llamándolos y proponiéndoles el intento, les dijo que lo comunicasen entre ellos y les viniesen con la determinación, porque ésta tomarían para determinar las salídas; juntáronse los Caciques al intento y lo tuvieron bien otro de lo que el General pensaba y sin la sencillez que de ellos tenía colegida, pues visto por los Caciques que habían puesto el negocio en sus manos, trataron más de su comodidad que la de los españoles, y así luégo se determinaron de darles por parecer fuese la entrada á los indios panches, sangrientos enemigos suyos, gente tan feroz y carnicera de carne humana, que no saben estar sin continuas guerras con sus vecinos, no por dilatar sus tierras y señoríos, que suele ser el ordinario fin por que se mueven las guerras, sino por tener carne humana que comer de la que se mata en la guerra, en que se ceban tanto, que cuando no había oportunidad de guerra con los enemigos vecinos, que lo son todos, se las movían unos á otros en su propia tierra por leves ocasiones para comer los cuerpos que en ellas morían, sin reparar en que fuesen de los contrarios ó de los suyos, padres é hijos, porque su bestial voracidad y costumbre las tenían puestas en estas rabiosas hambres caninas, pues llegaban á ser como la de los perros, de manera que si no hallaban lumbre á la mano con que asar las carnes de los muertos, se las comían crudas: éstos eran los lobos y tigres de los moscas ó bogotaes, porque con rabia de tales se entraban entre ellos con continuos asaltos para comérselos, como quien va á caza de liebres ó venados, y así con ser mucho menos los panches que ellos, que tenían por vecinos, los temían los moscas, como se teme un tigre ó un lobo cebado, por no tener hora segura de sus garras, y así aunque muy de ordinario, el Bogotá con gruesos ejércitos les entraba á

sus tierras con sangrientas guerras, nunca las rehusaban los panches, sólo por tener carne humana que comer y con que abastecer sus carnicerías, pero nunca dejaron de temer los moscas por conocerles de mayor atrevimiento y fuerzas, aunque menores en número, por consumirse ellos mismos comiéndose unos á otros, lo cual no sólo no usaron jamás los moscas, sino que lo tenían por cosa abominable.

CAPÍTULO XIV

CONTENIDO: 1.° Determina el General Quesada salgan dos Capitanes por la parte que dicen los Caciques sin entender la malicia del consejo—2.° Por no haberle sucedido bien, dió presto la vuelta el Capitán Sanmartín; pero volvió después á juntarse con el Capitán Céspedes, para hacer juntos la entrada de los panches—3.° Llegan estos dos Capitanes al pueblo de Tibacui, donde tiene el Bogotá soldados valientes de presidio llamados guechas, uno de los cuales aconseja al Capitán Céspedes no pasen adelante á los panches—4.° Quiénes sean éstos indios guechas.

DOS intentos tuvieron los Caciques de la resolución que tomaron de aconsejar fuesen los nuéstros á los panches, ambos guiados á su provecho: el uno que saliesen los nuéstros victoriosos contra ellos, bajarían de su orgullo, y quedando cobardes, con más facilidad después los moscas se vengarían de ellos por los agravios recibidos, y el otro hito á que miraban era que si los españoles que fuesen á esta salida quedaban vencidos y muertos, mejor se las habrían con los que quedasen vivos, por ser menos, y así con facilidad los echarían de sus tierras; al fin con esta resolución é intentos vinieron al General y le dijeron ser lo más acertado salir á descubrir la tierra que está al poniente del sol, que son los panches, y que para guías darían los indios que les habían pedido, porque eso les había parecido lo mejor en la consulta, de la cual también dieron parte al Bogotá, y aunque fué de quien salió la última resolución, tomóla con esto después de haberla comunicado con los Capitanes: que el Capitán Juan de Sanmartín, con algunos caballos y peones, tomase aquel paraje del poniente, y diese vista á aquellas tierras; que el Capitán Juan de Céspedes fuese la vía del Sur con otros soldados y caballos y los indios cargueros que fuesen menester, con orden de que le diesen ordinarios avisos de lo que fuesen descubriendo.

2.° Salieron estos dos Capitanes, cada cual por su derrota, y el Sanmartín á pocas leguas dió con los indios panches, que estaban en fronteras del Bogotá, con quien habían tenido una refriega tan poco hacía, que aún no ha-

bían soltado las armas de las manos con que se habían defendido y ofendido de muerte á muchos moscas, cuyos cuerpos habían honrado tánto, que les dieron sepultura viva en sus vientres, convidándose los panches unos á otros á celebrar la victoria, haciendo el plato de las fiestas y borracheras las carnes de los venados y captivos, así de los que quedaron vivos como muertos. Por ser poca la fuerza de la gente que llevaba el Capitán Sanmartín, le bastaron al primer encuentro, y considerando ser temeridad aguardar otro con tan poca gente entre tánta, y tan belicosa como la que habían encontrado, él mismo fué el que trajo la nueva del suceso, hallándose dentro del quinto día de vuelta en Bogotá, donde contó lo sucedido, y que si su parecer se tomaba, sin mayor fuerza de gente era errado entrar por aquella parte. Por la que iba el Capitán Juan de Céspedes, le sucedió muy de otra suerte, porque le llevó la suya al Cacique del pueblo de Pasca y desde allí al de Fosca, ambos vasallos del de Bogatá, que lo recibieron bien, porque eran de la gente apacible de los moscas; pero halló los páramos de Fosca de unos fríos tan crudos y rigurosos, que no sólo no dejan de habitarse de gentes, pero ni aun de pájaros ni otros animales, fuera de venados, que se crían muchos, y gran suma de conejos, de que goza con abundancia esta ciudad de Santafé ; de manera que dan cuatro por un real todo el año. Viendo, pues, el Capitán Céspedes la tierra tan estéril de gente y comidas, pues sólo son turmas que se dan bien entre aquellos fríos, y algunas pocas de raíces cultivadas por los naturales, y que no tenía nombre de haber por aquel paraje más gente de la que había hallado, informándose dónde la habría, le decían los moradores de aquellos pueblos que hacia el poniente del sol hallarían muchas y muy ricas, que eran los panches, y por ventura les decían esto con la misma intención que los Caciques en Bogotá, cuando aconsejaron la misma entrada, ó á lo menos le decían esto los foscas al Capitán por echarlos de sus tierras, porque siempre el indio ha temido el valor del español, pues sólo ése lo consume; visto esto por el Capitán Céspedes, se fué bajando hacia los panches, enviándole á decir lo que pasaba de la tierra que había hallado, y la derrota que tomaba al General; el cual ordenó luégo al Capitán Sanmartín que con alguna gente de á pie y de á caballo se fuese á juntar con el Capitán Céspedes al pueblo de Tibacuy, para entrar desde allí juntos á los panches, avisando lo mismo á la ligera al Céspedes, el cual tuvo el aviso á tiempo que pudieran llegar casi á una al dicho pueblo, donde viéndose juntos, por caudillo el Céspedes, trataron del modo que se había de tener en la entrada, habiéndolos recibido con buen corazón el Tibacuy, y dádoles lo necesario á ellos y á los indios moscas que iban en su servicio.

3.º Por ser belicosos estos indios panches, y tan encendidas las enemistades que había entre ellos y los moscas, tenía el Bogotá en los pueblos de las fronteras

de los panches, que eran Fosca, Tibacuy y Ciénega, ciertos indios que llamaban guechas; hombres de grandes cuerpos, valientes, sueltos, determinados y vigilantes, á quienes les pagaban sueldos, plazas aventajadas por mejores soldados; éstos andaban siempre trasquilado el cabello, horadadas las narices y labios, y á la redonda de todo el circuito de las orejas, atravesados por otros agujeros, que tenían muchos canutillos de finísimo oro, y los agujeros de los labios y narices, eran también para poner de los mismos, pero aquí no se los ponían, hasta que iban matando indios panches, de manera que cuantos indios mataban, tantos canutillos de fino oro se colgaban de las narices y labios. Estando pues ya los Capitanes y su gente en el pueblo dicho, maravillado uno de aquellos más principales guechas de ver la gente nueva y de la determinación que llevaban de entrar tan pocos en los panches, movido de una natural compasión, ó de alguna afición que cobró á los soldados y Capitanes, como él también lo era, y la semejanza dijo amistosas excusas de amor, con muestras de él se llegó aparte al Capitán Céspedes, conociendo ser la cabeza de todos, y le dijo: "Advierte, Capitán amigo, que si no lo sabes, te quiero decir á qué tierra vas y entre gente que te quieres meter con tan poca, que cuando fuera mucho más te dieran en qué entender, por ser unos hombres abominables, indómitos, fieros, carniceros de cuerpos de hombres, tan aficionados á esta carne y su sangre, que hasta se la beben cruda, y la carne se la comen sin llegar al fuego; en los convites que hacen, sus hijos y mujeres de cuyas calaveras y de las de sus enemigos tienen llenas sus puertas, viven con grande desvergüenza, descubiertas sus carnes; es gente pobre, y en sus flechas usan de venenosa hierba, con que en breve acaban los hombres; y así si tú y los tuyos no queréis acabar presto, yo te aconsejo que no pases de aquí para adelante." El Capitán Céspedes le respondió agradeciéndole el celo con que le había dicho aquello; pero que no por eso pensaba volver la frente atrás, hasta ver la del enemigo, y cómo peleaban estos valientes, y experimentar cuál era el más entre ellos, y que no pensaba se lo comerían, porque estaba ya duro.

4.º Estos indios guechas son buscados y allegados de todo el Reino de Bogotá, porque donde quiera que sabía de todos los pueblos de sus vasallos había alguno de las prendas y portes que hemos dicho tenían, los hacía venir á su presencia, instruyéndolos en lo que habían de hacer, los enviaba á estos presidios, donde se mostraba cada uno quien era, y según sus obras era cada uno honrado del Rey, y solía pagarles muchas veces con hacerlos Caciques de algunos pueblos donde faltaba el legítimo heredero, por tener entonces licencia el Bogotá de poner de su mano al que le pareciera con cierta ceremonia que después diremos. Andaban estos guechas, que quiere decir en su lengua valientes, sin cabellos, motilones, por el gran inconveniente que es traerlos lar-

gos cuando en las guerras á las manos, porque asiéndolos de ellos con ellas, con facilidad son rendidos los que los llevan largos, como la razón y la experiencia lo enseñan cada día en las guerras que se tienen en estos indios de largas coletas.

CAPÍTULO XV

CONTENIDO: 1.º Entran los dos Capitanes con su gente á la tierra de los panches—2.º Dan vista los nuéstros á un ejército de hasta cinco mil indios de buena disposición y muchas armas—3.º Hace una plática á sus soldados el Capitán Céspedes, y comiénzase con gran fuerza la guazabara.

HABIENDO reposado aquella noche de como se vieron juntos los soldados de los dos Capitanes, debajo del seguro de buenos centinelas, luego á las primeras luces del día siguiente, se dispusieron todos á la entrada á la tierra del panche y Cacique Conchima, en cuyos umbrales habían dormido, pues dentro de una legua se hallaron dentro y pisando sus tierras con buen orden y recato y bien prevenidos de armas contra las flechas venenosas, que son unos sayos colchados de mantas de algodón, y algodón en rama por dentro, de que también iban encobertados los caballos y perros; entraban con las espadas desnudas, rodelas apercibidas, lanzas enristradas, por ser menester estos cuidados para los que tenían los indios que estaban cerca, según decían los moscas que llevaban por guías, á los cuales el temor que llevaban de los panches, los hacía imaginar más cerca y quitarles el color del rostro; temblarles las piernas; anudarles las palabras en la garganta, con miedo de ser comidos de ellos, con que de buena gana volvieran á sus tierras, si no temieran mayor castigo en ellas de los que los enviaban. Tienen estos indios panches, por el mucho calor de la tierra, que sin cesar en ningún tiempo se padece, poblados sus pueblos en las más altas, para alentarse algo del calor, con los aires que allí les vaten, y procuran escoger estos sitios en las lomas más fragosas que hallan de las muchas que tiene la tierra, por ser toda muy doblada, y que los lados de las cuchillas sean dificultosas, y si puede ser que no se puedan subir por ellas porque no tengan entrada sus poblazones, sino es por la cuchilla aguda, donde también á trechos la refuerzan con hoyos secretos anchos; incando en los suelos del hoyo estacas con puntas tostadas hacia arriba; los que no saben el secreto, queriendo llegar á sus casas, caigan en ellos y perezcan en las puntas de las estacas.

2.º Por estar avisados nuestros soldados de estos pertrechos de guerra y fiereza de los indios, entraban con el recato dicho, y subiendo á las primeras

poblazones, les hallaron vacías de gente, por haberse retirado más la provincia adentro, ya con algunos temores de la braveza que les habían significado de los nuéstros los guechas, y dado noticia de cómo venían á sus tierras, y ya por determinar con más seguro la tierra adentro lo que debían de hacer en la defensa de aquella gente nueva, y que no sabían aún como peleaban, por lo cual se juntó toda la tierra, como luégo se vió contra los nuéstros, los cuales con cuidados y sospechas de emboscadas en los pasos angostos, y de los hoyos, de que iban avisados, fueron subiendo una áspera cuchilla, desde donde se descubrían muchas tierras, por estar limpias de montaña que pusiese estorbo, y así vieron á poco de como acabaron de subir la loma, un copioso ejército, que al parecer sería de hasta cinco mil indios guerreros, todos con sus altos y descollados penachos de plumería de hermosos colores, que causaba alegría el verlos desde aquellos altos, todos apercibidos de sus arcos y flechas de veneno, macanas, lanzas y dardos: toda gente robusta, suelta y bien alentada, de grandes cuerpos y disposición; con rostros horribles, feos y feroces, con las frentes y colodrillos chatos y aplanados, que es la disposición de cabezas de estos indios, puesta así con artificio, porque en naciendo la criatura le ponen una tablilla en el colodrillo y otra en la frente, y atándolas por los extremos aprietan ambas partes, y hacen subir la cabeza hacia arriba y quedar aplanados la frente y el colodrillo, con que les quedan las cabezas muy feas, aunque á ellos no les parece eso por ser de su uso; traían muchas mujeres estos indios, como hormigueros, cargadas de más armas de las que ellos traían; venían en escuadrones tan formados, como si toda su vida la hubieran gastado en las guerras de Flandes, ó fueran escuadrones de Tudescos. No faltaba entre ellos quien trajese sobre los hombros largas y gruesas mazas, otros ondas, y lisas piedras en unas mochilas ó zurrones; otros zaetas emplumadas y cervatanas con que las tiraban, y todas estas armas con mortífero veneno. Viendo, pues, los nuéstros la muchedumbre del ejército, y ordenados escuadrones que se les iban allegando en lo más ancho de la loma, hizo el Capitán Juan de Céspedes que se juntaran todos y con unos graciosos donaires que él tenía, les habló de esta manera.

3.º "Ya, caballeros, ciertos son los toros que vienen á probar sus fuerzas con los alanos, y así menester será que no huelgue tajada de nosotros porque no nos hagan tajadas en sus fiestas, para lo cual será menester anden los pies ligeros y las armas listas, las espadas agudas y las lanzas briosas, porque parece traen así las suyas los enemigos. Advertid que somos la nata de los hombres de esta tierra, y que esta es la primera que tenemos con estos fieros indios y que si ésta perdemos, perderemos mucho; pues aun los moscas que no se nos atreven tomarán avilantez, y se rebelarán diciendo que pues nos han vencido aquéllos, á quien ellos suelen vencer, que bien podrán también embestir con nosotros, ha-

gamos como de nosotros se espera; de mí sé decir que me atrevo con los medios, y les haré que me las vengan á pedir de paz los pocos que escaparen de mis manos, pues las vuéstras para los restantes, bien pienso bastarán, pues han bastado para empresas mayores, y así confío en Dios, cuya causa seguimos, les ha de ser este día aciago y se han de acordar de él mientras vivieren, y también nosotros para darle gracias por la victoria conseguida en esta batalla, donde yo daré la seña del acometimiento diciendo Santiago, y embistiendo luégo los caballos, irán siguiendo sus huellas los peones, sin dejar perder tiempo," y al que esto se decía se iban acercando los indios á los nuéstros, con paso sosegado, y divididos en dos mangas por la una parte y la otra de la loma iban cogiendo á los soldados en medio de que recibieron tan gran temor los moscas cargueros y guías que llevaban, que se metían debajo de los caballos y algunos disimuladamente teniendo traza de escurrirse de entre los otros al disimulo, y huyendo como unos venados, en pocas horas se pusieron en el pueblo de Bogotá, donde sin haber sido testigos de más de lo dicho, certificaron al General y á todos que los panches habían sido vencedores y se habían comido á todos los soldados y indios moscas, sin escaparse más que ellos; tal era el miedo que cobraron los pobres, con que alborotaron y entristecieron á todo el campo, dando por caso sucedido su imaginación, que no paró en otra cosa, porque en viendo la ocasión del rompimiento, los soldados, á la voz del Capitán, embistieron á la manga del lado derecho con los caballos, con tanto ímpetu y braveza contra los más principales indios, que venían los primeros derribando los caballos unos sobre otros, se hacían montones como de leños, sin poderse aprovechar de sus paveses, ni armas porque las de los de á caballo andaban con tanta furia, que no se daban manos á romperles los pechos y barrigas, que no tenían otra defensa que el pellejo, y así andaban los indios turbados, cayendo ellos mismos unos sobre otros, sin hallar donde hacer pie, ni acertaban á poner la flecha en el arco; de las macanas no sabían valerse; los peones no holgaban; hacían cruel estrago en la gente más común donde los caballos no habían llegado, pero los que venían en el cuerpo del batallón, bien se aprovechaban de sus armas, pues llovían sobre los nuéstros piedras, dardos, flechas como granizo, de suerte que los soldados y caballos andaban como erizos de flechas incadas en lo colchado de las armas, de manera que ya se iba encendiendo tal fuego, que todos habían menester sus bríos, sin que dejasen de haberlos cobrado los pocos moscas que habían quedado á la sombra de los españoles.

CAPÍTULO XVI

CONTENIDO : 1.° Prosíguese la guazabara hasta dar fin y conseguir los nuéstros la victoria—2.° Caso temerario que sucede á los soldados con un indio valiente—3.° Da el indio razón de la temeridad de haber acometido él solo á los españoles.

EN estos trances iba la batalla con la manga diestra de los indios, cuando de la manga siniestra iban algunos tomando el alto de la loma para coger á los nuéstros por las espaldas, y volviendo las suyas el Capitán Sanmartín, caudillo no menos diestro que el Céspedes y viendo la necesidad que había de reparar el daño que por allí se podía seguir si los indios ganaban la loma y espaldas á los combatientes, se llegó al Capitán Juan de Céspedes, y diciéndole lo que pasaba, y la necesidad que había de reparar aquello, se ofreció de ir él á eso con algunos compañeros, pues el Céspedes halaba con los demás para concluír con lo que traían entre manos y aun entre pies, pues tantos había caídos ; agradeció mucho la advertencia el Céspedes y diciéndole que sacase los compañeros que le pareciese de á caballo y de á pie reparase aquel daño ; y así llamando luégo al Capitán Juan de Albarracín y al Capitán Galiano ó Domingo de Aguirre, y al Capitán Salguero con doce valientes peones, comenzaron á hacer resistencia á los que iban tomando el alto, que venían con tánta furia que fue menester el ánimo español para resistirles, y oponerse á sus bríos, porque los traían tales y con tan buen coraje que no sólo no les acobardaba ver caer tantos de los suyos muertos y la tierra regada de sangre, sino que antes esto como á elefantes que se embravecen con la vista de la sangre, los embravecía más y se metían sin ningún temor por las espadas y lanzas de sus contrarios, disparando sobre ellos de sus flechas dardos, piedras, jaras, con las cervatanas, macanazos y palos con los arcos, cuando se les habían acabado las flechas, tan aprisa que les daban muy bien en qué entender á los soldados, de manera que aunque tuvieran más fuerzas las hubiera menester, como lo echó de ver el Capitán Sanmartín, el que advirtiendo que ya los golpes de los soldados y sus bríos no eran los que antes, y que mostraban alguna flaqueza, cuando era menester mayor coraje para salir con la victoria, les dió cuatro gritos diciéndoles : "la gente noble, pues como quien en mayores encuentros no ha mostrado rastro de flaqueza, aquí la ha de demostrar entre tan poca y mal armada gente, advertid que para con esos, en sólos nosotros está librada toda la honra de España y tenemos obligación de volver por ella, nadie desmaye que mediante el cielo, nuéstro ha de ser el buen suceso." Fueron tan importantes estas razones como se conocieron en los efectos, pues volviendo en sus primeros bríos, los nuéstros le hacían al escuadrón del indio ir muy á menos en los su-

yos de tal manera que conociéndolo también otro indio valiente, más dispuesto que los otros, que debía de ser la confianza de todos, y el nervio de la guerra, á imitación del Juan de Sanmartín, esforzaba á los suyos y reprendía sus flojedades, sin mostrar él ninguna por su persona, la cual, como descollaba sobre los demás por su altura, mostraba más que todos el brío que traía, y de la importancia que era para darlos á los demás. Y así viendo el Sanmartín sería de mucha para acabar la guerra el despachar aquél, fue advirtiendo alguna buena ocasión para hacerlo, y hallándola, dió de las espuelas al caballo, y pasando por junto á él, le metió su lanza por un hombro, y le salió por la espalda, con que quedó sin vida, despidiéndola con un valiente grito, que fue causa de desmayar todos los indios, como los que él antes había dado lo fueron de alentarse; y así asombrados todos de ver aquel gigante tendido y oír el grito que dió, procuraron la huída por aquellas medias laderas, como desconfiados ya de todo buen suceso, lo cual también hicieron los que se las habían con el Capitán Céspedes, el cual con los soldados que le quedaron, no hizo menores suertes que el Sanmartín con los suyos, y así les dejaron á los nuéstros la victoria en las manos, con admiración de los moscas, que estaban en una loma más alta mirando la batalla y esperando el suceso de ella, de la cual sólo salieron doce soldados mal heridos, entre los cuales fué uno Juan de Montalvo, hombre de muy buenos bríos, y seis caballos, aunque de las heridas no hubo peligro de muerte por el cuidado que se puso en caldearlas con hierros ardiendo, remedio eficaz contra la herida de hierba, como eran todas las de los soldados y caballos.

2.° Como no hubo que detenerse ni gastar tiempo en recoger despojos de la victoria, bajáronse luégo los nuéstros á unas casas vacías qne hallaron á la entrada en la tierra, como dijimos, donde se curaron los heridos, como hemos dicho, y se trató de ranchear y sogar aquella noche, descansando del trabajo del día, aunque no fué sin sobresaltos que tuvieron toda la noche, causados de otros indios cercanos, que embravecidos con el suceso de sus paisanos intentaban la venganza, con que les fué forzoso á los soldados no soltar las armas ni quitar frenos ni sillas á los caballos en toda la noche, hasta que á la mañana á los primeros rayos del sol, que salió bien claro, trataron de su vuelta á Bogotá, aunque por otro camino del que llevaron, por ser más cerca, según decían los guías, aunque se había de subir una razonable cuesta llena de montaña, á la cual yendo ya todos encaminados, vieron venir un indio panche, valiente de cuerpo, feroz de rostro, con sóla una macana en las manos, corriendo á gran prisa, y dando valientes voces; los nuéstros, que lo vieron, hicieron alto, y estuvieron aguardando que llegara si venía á dar alguna paz ó por ventura guerra; al fin por saber sus intentos, que mostró luégo, pues por primera salutación, sobre el primer soldado que se encontró, que se llamaba Juan

de las Casas, descargó con ambas manos tan fuertemente aquella recia y tosca macana que traía, que esperando el golpe el soldado con el escudo ó rodela se la hizo mil pedazos, y con ser mozo robusto, y de harto buen brío, no le valió ni lo uno ni lo otro para no caer en tierra aturdido del fiero golpe, que á no repararlo con la rodela, sin duda lo matara; lo cual visto por los españoles, le acometieron y cercaron con intentos de que pagase con la muerte su temeridad, como sucediera si el Capitán Céspedes no prohibiera eso para saber en qué fundaba su locura de haber un hombre solo atrevídose á hacer aquello donde tenía tan cierta la muerte merecida á tal desatino, y así pretendiendo más cogerle vivo que matarlo, le acometían con menos vigor y fuerzas, aunque el indio con todas las suyas, que no eran pocas, esgrimía de su negra macana con tan buen brío, que como si fuera un diestro maestro de esgrima, hacía le desocupasen el corro, guardando cada cual su cabeza, hasta que un valiente mancebo llamado Juan Rodríguez Gil, corpulento y de grandes fuerzas, aguardando tiempo para lo que intentaba, cuando lo halló oportuno, dió un ligero salto por las espaldas del indio, y arrebatándolo por la cintura, lo apretó por los ijares, de manera que ni pudo jugar más de la macana, ni desasirse por mucho que braceaba y perneaba, hasta que llegaron los demás y quitándole la macana que apenas podían, le echaron unas esposas á las manos y una cadena al pescuezo. Al cual el Capitán Céspedes le preguntó por una lengua, que qué le había movido hacer tal desatino un hombre solo, que aun ya si tuviera echada alguna emboscada, no se tuviera por temeridad salir él á engañar ó entretener mientras los demás salían de ella; pero que salir así solo, no era posible, sino que fuese algún demonio.

3.º "No soy sino hombre, respondió el bárbaro, nacido y criado en esta tierra, donde soy bien conocido por mi nombre, y de donde antes de ayer me fué forzoso salir que no debiera y ayer ya muy tarde encontré unos coyaimas, mis parientes, que venían huyendo, y tan acobardados que parecía venia ya la muerte sobre ellos, de que quedé corrido, ver que tal mancha de cobardía haya caído en los coyaimas, cosa que desde que nacieron jamás les ha asentido nación ninguna; la causa de esto, me dijeron, fuisteis vosotros, según veo, pues siendo tan pocos, habéis vencido y muerto á tántos buenos, entre los cuales murió un hijo, un hermano y un tío míos, hombres valientísimos, de que quedé tan lastimado, que luégo que me lo dijeron, propuse si os topaba, el acometeros y venceros á todos sin ayuda de nadie, y así comencé luégo á ejecutar mis intentos en el primero que se me puso delante, teniéndoles de pasar adelante con tales hechos que á todos os sacara de esta vida;" quedaron todos admirados del soberbio atrevimiento del salvaje, aunque también conocieron su valentía y buen brío, por lo cual quisiera el Capitán Céspedes

llevarlo vivo á que lo viera el General; pero el Juan de las Casas, que ya había vuelto en sí, estando corrido de lo que le había sucedido con él, apenas hubo vuelto el Capitán la cabeza, cuando le cortó la suya al valiente indio, la cual guardaron los moscas como de su capital enemigo, y la trajeron á su tierra en testimonio de la verdad del caso. Fué de mucha importancia esta victoria para las conquistas de adelante, especialmente el haber sido en la tierra del Cacique Conchima, pues por haber conocido en ésta el valor de los españoles vino de paz cinco años después al Capitán Fernán Vanegas, cuando pobló la ciudad de Tocaima y pacificó la tierra, como diremos cuando llegue la historia á tratar de la población de esta ciudad.

CAPÍTULO XVII

CONTENIDO: Prosiguen los nuéstros su viaje y llegan con buenos sucesos á Bogotá, donde fueron bien recibidos—2.º Traza que da el Bogotá para echar los españoles de su tierra—3.º Por lo cual valiéndose de ella, tomaron la vuelta del pueblo de Chocontá á donde llegaron.

FUERON los soldados prosiguiendo su viaje por aquella áspera y montañosa cuesta que los guiaban los moscas, con hartas dificultades que hallaban por la maleza de la tierra, especialmente para los caballos, que apenas hallaban por donde romper la espesura del arcabuco, y así para que fuesen descubriendo si adelante el camino imposibilitaba del todo el paso á los caballos, envió el Capitán á Juan del Valle y á Juan Rodríguez Gil, mancebos bien dispuestos, ligeros y alentados, que fuesen sobresalientes media legua adelante por una senda muerta, aunque bastante para ir las bestias por donde iba con apercibimiento y recato de las emboscadas que pudiera haber de enemigos entre aquellas espesuras, cuando vieron de repente que venían por la misma senda veinte indios gandules bien dispuestos, de donde luégo pudieron formar sospecha, por estar entre enemigos, dejaban por allí echada alguna emboscada, pero venciendo al temor el ánimo con el mucho que tenían, se puso el uno á un lado de la senda, y al otro el otro enfrente el uno del otro, y la senda en medio, haciendo señas á los indios que llegasen; los cuales luégo que vieron los dos españoles, se sentaron, mostrando uno una cruz y una carta, con lo cual conocieron los mozos ser amigos y enviados por el General, como era así, pues aguardando allí con los indios hasta que llegara la gente, recibió el Capitán la carta y leyéndola en público, decía así: "Con cuidado nos tienen vuestros sucesos por no haber sabido si habrán sido buenos ó

malos ni haber tenido otra noticia de ellos más de la que nos dieron algunos indios de los que fueron en vuestra compañía, diciéndonos eran todos muertos, lo cual no permita el cielo; si él se ha servido queden algunos vivos, abrevien su venida para sacarnos de estos cuidados, con la presteza que la ocasión y el tiempo permitieren". Dióles pena á todos de lo que significaba la carta que tenían en Bogotá de sus sucesos por las nuevas de los indios, y así procuraron abreviar el camino, que lo pudieron hacer por estar ya fuera del riesgo los heridos y así en tres días de como recibieron la carta, se pusieron en el pueblo de Ciénega, y desde allí en Bogotá con los compañeros, á quienes causaron muy grande alegría por verlos á todos vivos, y los sucesos tan al revés de lo que les habían contado, y dando gracias á Dios por todo, los alojaron, y regalaron lo mejor que pudieron, en particular á los heridos, aunque luégo sanaron con el buen temple de la tierra.

2.° No cesó el Bogotá de dar sus ordinarios asaltos, mientras hicieron los Capitanes esta salida, hasta que ya viendo á sus indios cansados de las inquietudes en que los traía siempre con las armas en las manos, y sin poder conseguir sus intentos, de echar á los nuéstros de sus tierras, dió otra traza bien ingeniada, fundándola en la codicia que había sabido traían los soldados, de saber dónde se sacaban las esmeraldas que les habían venido á las manos, de que andaban preguntando á todos por saber las minas, y fué que industriando á una docena de indios, de quien él tenía más satisfacción, les dijo: "yo os daré algunas esmeraldas, de que los españoles son tan codiciosos, y con ellas y algunas comidas y mudado el traje y venido al General de ellos, y fingiendo sois del pueblo de Chocontá, le diréis que vuestro Cacique habiendo sabido de su entrada, sus valentías y fuerzas, y que según todos le decían son mucho de estimar sus personas, porque dicen que son hijos del sol, se hubiera alegrado si hubieran llegado por sus tierras, para conocer tal gente y servirles en lo que sus fuerzas alcanzaran; pero que ya que su fortuna no lo había permitido, allí les enviaba aquel pequeño presente de comidas y esmeraldas, de que había sabido eran aficionados, y que recibieran sus buenos deseos, que los tenía de mostrar en casos mayores, como se vería si quisieren llegar á sus tierras, desde donde había pocos días de camino á donde se hallan esas piedras verdes, y así se las enseñarían para que pudiesen haber muchas á las manos, ya que no estaban en su señorío; que hacer esto, desde luégo los hacía señores de los cerros donde se hallan, para que los tuvieran á su mando como él lo estaba con todos sus vasallos." Luégo que urdió esta traza el Bogotá, envió á avisar de ella al Chocontá para que lo supiese y no lo cogiesen de repente y desapercibido, y echasen de ver los nuéstros haber sido engaño y que cuando llegasen á él les diese guías para las minas de Somondoco, y tratase con ellos como si de él

hubiese salido la traza; la cual apercibieron tan bien los indios á quien la dió y la supieron fingir tan á lo vivo, que ninguno de los españoles pudo entender ser otra cosa de la que decían; porque llegaron los mensajeros cargados de sus comidas y esmeraldas á donde el General estaba y los demás, representando tan al vivo su embajada, que hombres de gran talento no la fingieran mejor, porque traían mudados los trajes al modo de los chocontaes, que se diferencian en algo de los bogotaes, los cuerpos sudados y calurosos, los rostros polvorientos; arrojaron las cargas en aquel suelo, luégo en llegando, sentándose, junto á ellas como hombres afligidos del largo camino, que es de cuatro días su práctica muy entera, sin trastrocar palabra, y en todas las demás ocasiones se portaron con tánto cuidado que engañaron á quien lo tuviera muy grande.

3.º No les dió poco gusto al General Quesada y á los demás soldados el recado de los indios, no tanto por lo que ello era, cuanto por parecerles tenían ya cierto el descubrimiento de las minas de las esmeraldas, y así sin más escudriñar la verdad que aquello tenía y estando ya deseando salir de aquel pueblo por el enfado que les daba el Bogotá con su fuga y protervia de no querer venir á tratar de las paces que le pedían, trataron luégo de tomar la vuelta de Chocontá, llevando por blanco el verde de las esmeraldas; pero habiendo sido sólo el Cacique de Bojacá, entre los demás de la redonda de Bogotá, el que no había querido venir á dar paz, como los otros vinieron, le pareció al General irlo á visitar de camino y saber su corazón para con los españoles; y así dejando el pueblo y casas reales de Bogotá, llegaron todos á Bojacá, donde también se escondió el Cacique con todas sus riquezas, que no eran pocas, y sin que nadie les hiciese resistencia hubieron algunas muy buenas mantas, y llevaron los indios, que les pareció para cargar el hato; con que volvieron la vuelta del pueblo de Usaquén, que estaba entonces poblado una legua más á la sabana de donde está ahora, desde donde fueron al pueblo de Teusacá y desde allí al de Guasca, cuyos Caciques é indios les recibían con cuantos regalos podían haber, usando con ellos de mil sumisiones y ceremonias, teniéndolos por hijos del sol. De Guasca, que en su lengua llaman Guasuca, que quiere decir punta de sierra alta, porque la que hace allí la sierra, á cuyo pie está fundado el pueblo pasaron el valle adelante, que es harto vistoso, ancho, largo y muy fértil de trigo, por entre infinitos indios que estaban allí poblados, hasta llegar á la gran poblazón del gran señor y Cacique Guatavita, tan nombrado en todas las Indias y España por la famosa laguna que tiene, no por ser ella grande, que no es sino pequeña, sino por haber sido el más famoso adoratorio de esta tierra de quien después hablaremos largo. A este pueblo llaman así los españoles por transmutación de una f, porque en su lengua le llaman Guatafita, que quiere decir

cosa puesta en alto, porque lo estaba entonces, no donde está ahora, sino en los altos que ahora tiene á las espaldas; á quien con ser innumerables los indios, y el Cacique muy gran señor, que era uno de los tres grandes Duques que tenía en su Estado el Bogotá, el uno este Guatavita y el otro Ubaque y el otro Suba, de quien dijimos se había baptizado y había sido el primer cristiano de estos moscas. Aquí pues recibieron á los nuéstros con mayores alegrías y regalos de lo que tenían, desde donde pasaron otras dos ó tres leguas y llegaron al pueblo de Chocontá, que quiere decir en su lenguaje labranza de páramo, porque los hay por allí de fríos rigurosos: este pueblo es el último de los de la jurisdicción de Bogotá por aquel paraje, y que hace rostro y frontera al Tunja; y así es de los Usaques y grandes señores, como lo son todos los de las fronteras de los indios convecinos y enemigos del Bogotá, como dejamos dicho; pero no son tan grandes señores como los tres dichos. Aquí los recibió el Chocontá con grande agazajo, y bien advertido en lo que el Bogotá le había avisado que había urdido para echar de su corte á los españoles, los cuales pasaron y celebraron en aquel pueblo la Pascua del Espíritu Santo, aunque luégo dejaron caer este nombre con ser tan admirable y se quedó con el de los naturales como ahora se llama.

CAPÍTULO XVIII

CONTENIDO: 1.º Salen de Chocontá los conquistadores y llegan al pueblo de Turmequé y á la jurisdicción del Tunja—2.º Trata el General de descubrir las minas de las esmeraldas, para lo cual señala al Capitán Valenzuela—3.º Disposición de la toma de Somondoco, donde se sacan las esmeraldas—4.º Vuelve el Capitán Valenzuela y da noticia al General de la verdad de las minas, y de unas grandes llanadas que había descubierto por entre dos sierras á la parte del este.

BIEN despachados y con buenos guías para el descubrimiento de las minas de las esmeraldas de Somondoco, salieron de Chocontá nuestros soldados, pasada la solemnidad de la Pascua de Pentecostes, la vuelta del pueblo de Turmequé, tres leguas del que salían, á donde llegaron y los recibieron con mucho mayor agazajo que en los de atrás, con haber sido tan bueno, porque habiéndoseles fijado en la fantasía más á éstos que á otros, ser los nuéstros hijos del sol, y que su padre los enviaba, no sólo les daban lo que tenían de regalo y presentes, sino que sahumaban á cada soldado con lo que á sus ídolos, que es un perfume de mucua, cosa tan hedionda y insufrible á las narices, que sólo el diablo á quien ellos sahumaban podrá sufrir su mal olor; son unas frutillas que parecen cabrahigos, y dentro tienen un grano grueso como

de cacao ó como un grueso piñón con su cáscara; ese sacan y muelen y en braseros perfuman sus negros dioses, con que también pensando que lo eran, perfumaban á nuestra gente, que si lo hicieran para echarlos de sus tierras, no habían tomado mal medio, pues por no olerlo se les podía dejar. Este pueblo, como era el primero de la jurisdicción del Tunja y frontera del Bogotá, entre quienes había tan de tiempos atrás tan reñidas y sangrientas guerras, para sujetarse el uno al otro, tenía mucha gente de guarnición, que con cuidadosa vigilancia guardaba las tierras del Tunja, porque el Bogotá, como hombre más poderoso, solía hacerle asaltos en que recibían muchos daños los tunjas; estas enemistades de estos dos Reyes se les escondieron por muchos días tan del todo á los nuéstros, que ni una pequeña centella de ellas se traslució, ni andando entre los bogotaes, ni entre los tunjas, ni aun oyeron este nombre de Tunja en algunos días que estuvieron después en la jurisdicción y pueblos, sino que entendían los nuéstros ser todo del Bogotá, hasta que sucedió lo que después diremos. El haber ignorado el General estas enemistades de estos dos señores con ser una cosa tan sabida de todo el Reino, no sé á qué atribuyamos, si á falta de diligencia que tuvieron los nuéstros de informarse de las cosas más importantes que pasaban en la tierra que habían topado, si á la falta de los intérpretes de que la tuvieron siempre grande, que ni sabían nuestra lengua ni declaraban nada de la suya, que todavía parece les fuera de importancia saber de estos bandos y enemistades para allegarse al uno en su defensa, y con esto asegurar la amistad de los indios del Reino por sus amigos, y con ayuda de éstos, pacificar la otra mitad, como le sucedió á Hernando Cortés en la conquista de Nueva España, á quien importó tanto el hacerse de uno de los bandos que halló encontrados para ganar á Méjico y resistir á tántos millares de indios que se le opusieron con la ayuda que tuvo de otros tántos millares que se le allegaron por haberse él allegado á ellos con amistad, luégo que entró en la tierra y supo de estas oposiciones.

2.º Pero al fin, dejando esta dificultad, que lo es muy grande, de buscar las causas de los efectos, especialmente si son tan maravillosos y de la mano de Dios, como lo fueron los de esta nuestra conquista, digo que luégo que se ranchearon en esta gran ciudad de Turmequé, aderezaron ó hicieron de nuevo unas trompetas de unas pailas ó peroles viejos que habían servido en la cocina, para con ellas autorizar más sus entradas en los pueblos y para las ocasiones de guerra, por lo cual llamaron aquel valle el de las Trompetas, desde donde trató luégo el General Quesada de hacer el descubrimiento de las minas de esmeraldas, y habiéndose informado de las guías que traía para esto de la disposición de la tierra donde estaban, le dijeron ser estéril y que con dificultad se podía sustentar allí toda su gente; por lo cual, mudando los intentos que traía de ir él en per-

sona á verlas, le parció quedándose alojado en el pueblo de Turmequé, donde también los proveían de todo, enviar algunos soldados con los guías á solo formar noticia de las minas, y con lo que hallasen le avisasen, para lo cual le pareció á propósito el Capitán Pedro Fernández de Valenzuela, y así lo envió con los soldados que le pareció bastaban para solo dar vista á la verdad que tenía la fama de ellas, en cuya demanda se partió con los guías de Chocontá al Capitán Valenzuela, y á dos ó tres días de camino dieron con ellas, sin ofrecerse inconveniente en el camino ni en el pueblo donde ellas están, que se llama Somondoco. No fué poco el gusto que tuvieron en hallarlas, por entender tenían ya con ellas llenos todos los vacíos de sus esperanzas, aunque como éstas eran tan mayores que las piedras, como lo es el cielo de la tierra, aunque algunas esmeraldas hubo, no fueron bastantes á llenar tántos vacíos.

3.º Eran estas minas en una cuchilla ó loma que tendrá media legua de largo, no tan alta como otras, de donde parece que sale, es de una tierra algo fofa y avolcanada, imposibilitada de echarle agua por lo alto, para que se pueda llevar el desmonte que socavaron, como se hace en otras minas, como diremos de las de Muzo cuando llegue la historia por aquella tierra, por cuya causa no labraban los indios de Somondoco estas minas, ni podían sino en tiempos de invierno ó cuando ya habían pasado las aguas, por ser necesario que ellas robasen y llevasen tierra y dejasen descubiertas las vetas de las piedras, y sólo esto que descubrían estas cortas avenidas les era comodidad para sacar las esmeraldas, por no tener instrumentos sino de palo con que poder demostrar las minas y descubrirlas, y como éstas sean tan flacas, éralo también la saca que tenían de ellas, con todo eso las tenían todos los indios en estima, porque bien se echaba de ver naturalmente la diferencia que hacían aquellas piedras á las comunes, con lo cual y con haber muchos años que las iban sacando, no se hallaron pocas entre los indios. aunque más fueron las ruines que las buenas. Hállanse en estas minas, como también en las de Muzo, de dos suertes de vetas, unas de un cristal clarísimo de donde se sacan muchos y muy finos cristales que llaman de roca, y muy grandes pedazos, y aun yo vi en cierta ocasión un muy bello pedazo de cristal, que tenía en el corazón y centro un pedazo de margajita dorada, tamaño como una grande avellana, que lo debió de coger en medio al comenzarse á formar aquel cristal, y otras vetas hay de esmeraldas, unas muy verdes y finas, y otras no tan verdes, y otras muy claras, y aun una se trajo á esta ciudad los años pasados, que no era más que un pedazo bueno de cristal, con unos ramos verdes que se iban extendiendo por toda ella muy raros, de donde nos dió á muchos motivo de dudar si las esmeraldas eran de primera generación cristales, y después, por la fuerza del sol, se les iba manchando aquel color blanco de cristal en verde, y ayuda á

la dificultad al ver unas tan verdes oscuras y otras de tan claro verde que parece se iban aquéllas perfeccionando en su verdura, habiendo sido primero cristales y que si las dejaran más tiempo sin sacar de su caja, quedarían más perfectas y tanto como las otras. A este punto llegó la duda sin acabarse de resolver.

4.º Para que saliera el General de la que tenía acerca de estas minas, procuró el Capitán Valenzuela sacar para muestras algunas esmeraldas de estas vetas que vido descubiertas y trabajando en ellas algunos indios, y los españoles con el mal aliño que hallaron de instrumentos á mano, porque no los llevaban, por no ir por entonces más que á descubrirlas. Después de gran trabajo se sacaron algunas de todas suertes, buenas y no tales y muy ruines, que son estas que decía muy claras, pero viendo el gran trabajo con que se sacaban, á que no igualaba el provecho y la mucha y instrumentos que eran menester para los desmontes de las vetas. Con las pocas que se sacaron tomó la vuelta para Turmequé, á dar aviso de ellas al General y de unas grandes llanadas que había descubierto desde la loma de las minas, que se parecían por la abertura de dos sierras que se veían enfrente hacia la parte del este, ó nacimiento del sol. De todo lo cual dió noticia al General, llegado que fué á Turmequé, con que se alegró mucho no sólo por la nueva de la certidumbre de las esmeraldas, sino también por la que traía de haber visto los llanos.

CAPÍTULO XIX

CONTENIDO: 1.º Trátase de los inconvenientes que se han seguido en buscar la tierra de los llanos y de cómo los nuéstros pasaron de Icabuco al llano de Tenza—2.º Despacha el General Quesada dos tropas, una al descubrimiento de las esmeraldas y otra al de los llanos, que fué el Capitán Juan de Sanmartín.

NO dieran en poco precio el General y soldados las esperanzas de que se llenaron con la nueva que les trajo el Capitán Valenzuela, de la vista que había dado á la tierra llana que se le descubrió por entre las dos sierras á la parte del levante, porque como estaban mal contentos de la tierra que pisaban por no haber hallado aún en ella las riquezas que deseaban, entendieron, no sé con qué fundamento, que allí en aquellos llanos se las tenían guardadas á montones; pienso que llevados de unas falsas noticias que habían comenzado á volar por los puertos de esta tierra firme, de que había unos grandes llanos en los nacimientos de aquellos grandes ríos Orinoco y otros que había días estaban descubiertas sus bocas y entradas en el mar del Norte de quien tan lar-

go dejamos tratado en la primera parte, donde publicaba la lisonjera fama había insuperables riquezas, por donde no sólo nuestros conquistadores estaban cebados para irlas á buscar, por haberles dado en las orejas estas nuevas en Santa Marta, sino otros muchos el usmo de esto han intentado estos descubrimientos de estos llanos, donde llevando convencimientos de aumentar sus caudales, han venido á perder los que tenían, y con ellos la vida, sin haber hallado hasta hoy otra cosa, ninguno de los que han entrado en estos llanos, que parece no se descubrieron sino para sepulcros de españoles, pues tienen tántos en sí sepultados con las haciendas que en ellos han metido, ganadas en buenas tierras, y es el encanto de esta tan grande, que con avisarles á voces la experiencia de lo mal que á todos los que entran en ellas les sucede, pues hasta ha dejado hombre de salir perdido de ellas, caso que por muy buena suerte salga con la vida, cierran los ojos y oídos á todas estas desgracias que se ven y vuelan algunos hombres, y aun entre ellos castigados algunos con la experiencia, y todavía porfían en sus descubrimientos, como hemos visto largamente en nuestra primera parte y veremos más adelante. El General, sabidas las nuevas del descubrimiento de las minas y llanos, corrió á copar sus deseos en tomar entera noticia de lo uno y de lo otro, y con esto salió de la ciudad, y gran gentío de Turmequé, tomando la vuelta del grande y dilatado pueblo Icabuco, no de menos vecinos y poder que el pasado, ni donde fueron menos agazajados y servidos que en el Turmequé, pero como sus deseos los aguijaban á mayores cosas, pasaron luégo adelante al pueblo y valle que llamaban Tenisucá que alteradas sus letras los nuéstros le llamaron Tenza, con que se ha quedado hasta hoy entre españoles, aunque entonces le llamaron el valle de San Juan, por haber entrado en él la vigilia del Divino Precursor, y haber estado un día después del que pasaron á los pueblos de Garagoa y Ubeitá, donde se ranchearon de propósito por ser bueno el estalaje y las casas muy capaces; el puesto acomodado, esto por hallarse bien proveídos de comidas, por mano de todos los Caciques vecinos que dejaban atrás y tenían cerca, porque aunque todos le hacían amistad, no quisieron los indios verlos por sus puertas y pueblos, y así para quitarles la ocasión de esto, con achaque de ir á buscar comidas, se las traían con abundancia, y así la había en el campo de los nuéstros.

2.° No olvidándose el General de los dos descubrimientos que pretendía hacer, luégo señaló para el de las esmeraldas al Capitán Juan de Albarracín con algunos soldados entre los cuales fué uno un Paredes Calderón, y para el de los llanos al Capitán Juan de Sanmartín, hombre valeroso para todo caso de honra, con algunos soldados, y caballos, que parecieron bastantes. Partiéronse ambos caudillos á los descubrimientos que llevaban, y pues no puedo decir los sucesos de ambos, diré primero, por haber sido más prolijos, los de Juan de Sanmartín,

el cual salió del Real con la gente y caballos que le dieron, con orden que dentro de diez días á lo más largo volviese á dar aviso de lo descubierto, por parecer según la distancia que le parecían los llanos, bastaba este tiempo para descubrirlos. Fueron siguiendo su viaje, y á pocas leguas pasaron por Nenguapa, que es por aquella parte el término y mojones de las provincias de los moscas, y atravesando hacia las asperezas de las sierras que estaban entrepuestas á los llanos, llegaron á los indios llamados terguas, bien diferentes en traje y lengua de nuestros moscas. Iban con bríos los soldados de dar pronta vista á los llanos, si no los detuviera la gran fuerza de un furioso río que se venía despeñando por entre las breñas de aquellos montes, con tánta furia que todo él parecía de nieve por la espuma que levantaba en los encuentros de las peñas por donde se iba derrumbando. No hubo atrevimiento en ningún soldado para pasarle por la parte que le dieron vista, por ser temeridad atreverse á una furia tamaña, y así haciendo allí alto los demás, fueron cinco soldados la ribera abajo á buscarle vado, y antes que lo hallaran, toparon de repente con un fuerte indio, el cual viéndose sobresaltado de gente tan peregrina á su vista, en traje, color y barbas, y que no podía valerse de los piés para huír de su presencia, intentó valerse de sus manos, por si podía escaparse de las de los cinco que intentaban, sin hacerle daño, cogerle para guía de su viaje. Comenzando, pues, el feroz indio su defensa, meneaba con tántos bríos un astil que se halló á mano, que á pocas vueltas lastimó á los tres ó cuatro de los soldados con que se defendió un buen rato, hasta que se dieron maña los soldados y pudieron derribarlo, aunque no rendirlo tan presto; pues en el suelo como estaba y todos asidos de él, haciendo fuerza con pies, manos, rodillas, dientes y cabeza, se los llevaba arrastrando una barranca abajo á las corrientes del río; pero al fin, antes de llegar á ellas, fué rendido, y dándole á entender por señas que sólo querían saber de él por dónde se pasaba á la otra parte del río, luégo les enseñó cerca de allí una puente, hecha de bejucos por donde pasaban los indios, que así, á la primera vista, no les quitó la dificultad que hallaban en el pasaje, por parecerles era tan dificultoso pasar por ella como por las aguas, viéndola tan delicada de bejucos tan delgados y mal tejidos, de manera que antes les daba que sospechar no hubiese en ella mayor engaño, que seguro de lo cual aseguró puesto la determinación de Juan Rodríguez Gil, que era el uno de los cinco, mancebo bien dispuesto, pues llegándose al árbol donde estaba asido el un cabo de la puente, la halló fuerte, y para más asegurarse pasó á la otra banda dando tántos vaivenes como si fuera en un columpio, que poco más era, pero al fin no hallando otra mejor comodidad de pasaje, y siendo aquélla segura, fueron pasando todos uno á uno, cada cual con el hatillo que podía cargar; sólo se estuvo la dificultad en parte para pasar los caballos, pues no lo podían hallar

por donde pasasen ni aun á nado, aunque no pudiéndolos dejar de llevar, determinaron de aventurarlos por un poco más arriba de la puente, donde parecía no ser tan recio el raudal, por donde se arrojó primero un soldado, buen nadador, portugués, llamado Diego Gómez, con un caballo de cordel en la mano, quedando el otro cabo á esta parte del río para amarrar al cabestro del caballo, y irle desde la otra banda ayudando, para que no le llevase el raudal, el cual aun por allí que iba algo manso era tan grande que no le valían sus buenas fuerzas y maña, nada para que no lo pusiese en peligro de la vida arrojándolo por entre aquellas peñas; pero al fin su buen valor y alientos vencieron estos peligros y sin soltar de la mano la soga, se puso á la margen del río, á la otra banda, desde donde fué ayudando á los caballos, que desde ésta, otros echaban al agua, con que pasaron todos sin peligros, y después los amos por la puente cargados con las sillas y frenos; en todo lo cual se les pasó un día que según vieron al principio el río no pensaron abreviar tanto, rancheáronse aquella noche en su orilla, por haber hierba para los caballos.

CAPÍTULO XX

CONTENIDO: 1.° Sucesos del Capitán Sanmartín en demanda de su descubrimiento—2.° Fuérzales la necesidad á los soldados á comer hormigas tostadas y algún maní—3.° Por las dificultades que se le ponen en los caminos se determinaron no pasar adelante, sino dar la vuelta á donde quedó el General—4.° Sale otra vez el Capitán Sanmartín en demanda de su descubrimiento y llega al pueblo de Ciénega.

NO se detuvieron mucho, venida la mañana, que no prosiguiesen su viaje por las malezas de unas cuestas tan ásperas que con gran dificultad y casi gateando por partes las subían y con mayor los caballos, y así fué forzoso sobresalir dos soldados, buen trecho delante, los demás buscando algunas trochas por donde pudiesen subir, los cuales yendo descubriendo, descubrieron también de repente dos indios gandules, de valientes cuerpos, con dos bastones valientes de macana, tan de buenos bríos que no los perdieron, ni turbaron á la vista de la gente extraña, y que nunca la habían oído decir; antes sin cortarse comenzaron á jugar con tan buen aliento los bastones de palma tostados, que uno de ellos descargó tan de veras el tronco sobre uno de los soldados que se la iba más metiendo, que á no reparar con destreza el español con la rodela, le hiciera la cabeza los pedazos que ella se hizo, que no fueron pocos, aunque no les dejaron asegundar por haberse habido con tánta destreza el soldado, que alargando un poco la espada, de un revés le abrió el pecho, con que

midió la tierra con el cuerpo, y el otro compañero con pasos largos escapando huyendo; viendo que los peregrinos no tomaban de burla su defensa, sin tener ninguna, cogieron luégo que llegaron los demás soldados quince ó diez y seis personas de unos ranchuelos que estaban desapercibidos, y entre ellos una india tan hermosa, modesta y grave, que podía competir con la española más adornada de estas prendas, y porque se parecía en más á una que los soldados habían conocido de Santa Marta que se llamaba la Cardeñosa, le pusieron á la india ese nombre.

2.º Ya la necesidad iba forzando á los soldados que se diesen á buscar comidas, de que hallaron bien pocas y tan desusadas que no las habían oído decir, cuanto más gustádolas, porque eran unas tortas de cazabe de yuca amasadas, con hormigas gruesas aludas, de que hay harta abundancia en aquellos llanos y sierras, donde por ser las tierras tan ruines y estériles para maíces, les fué fuerza la necesidad á comer estas tortas que para los indios lo son, añidiéndoles para darles más sabor de las mismas hormigas tostadas en unas callanas ó cazuelas de barro, con que pasan su vida hasta llegarla á cien años, con que podemos advertir cuántos quitan de los nuéstros las varias invenciones de potajes y comidas compuestas que ha inventado la madre gula, madre de tántos hijos, y madrastra de nuestra salud y vida, pues tanto nos la cercena gastándola y fatigándola con tan grasientos comistrajes, pues sólo el simple manjar de unas raíces y hormigas les acrecientan un año sobre otro á estos pobres indios hasta llegarlos á más de ciento y al cabo mueren sin enfermedades. Las que llevaban de hambre los soldados, no hallaban con qué curar sino con estos manjares, harto terribles para ellos, si bien la necesidad de comer les hacía que las oliesen á queso asado las hormigas que tostaban aunque de sabor es bien diferente, según á mí me pareció una vez que las comí, viéndolas comer en cierta ocasión á unos honrados españoles, por saber á lo que sabían; hallaron también los soldados algunas labranzas de maní, que es una hierba de tierras calientes que se levanta poco del suelo, y en sus raíces están asidas unas pequeñas vainas poco más largas que las de los garbanzos, muy ásperas por de fuera, y dentro tiene cada una dos ó tres granos, que fuera de aquellas vainillas en que se crían parecen propiamente meollos de avellanas, aunque son algo más prolongados y un poco más gruesos, de que usan en estas tierras por no tener almendras, avellanas ni piñones para hacer confituras y turrón, porque tostándolo es de muy buen sabor, aunque si se come mucho solo y sin otro beneficio, da dolores de cabeza, pero por falta de otra mejor vianda, aquélla les mata la hambre.

3.º La que llevaban de llegar á los llanos los nuéstros, les hacía preguntasen á los indios de aquellas tierras por las entradas y caminos de ellas, á lo cual respondían tapándose los ojos, significando con aquello que jamás habían llega-

do á ver aquellas tierras, ni sabían los caminos por donde se iba á ella, por lo cual hubieron de caminar los soldados á tiento y sin otras guías más que su discurso, metiéndose por donde podían hacia donde veían los llanos y las abras de las sierras, por donde se descubrían y por donde se iban encontrando con tan grandes dificultades de arcabucos cerrados, quebradas profundas, de peñas tajadas, derrumbaderos de barrancas y otras malezas que en pocas leguas que caminaron sin hallar comidas, ni aun casi otros habitadores que fieras, gastaron diez ó doce días, al cabo de los cuales encontraron con un río más valiente y feroz que el pasado, de más aguas, mayores corrientes, por entre mayores peñas, de manera que buscándole paso por muchas partes sin podérsele hallar, determinaron de común parecer volverse al General y compañeros por el camino que dejaban sabido, aunque ya más dificultoso por el desabrimiento de no ver cumplidos sus deseos en el descubrimiento, ni en los que traían de comer, que hacía más graves los trabajos, por haber sido de veinte días, desde que salieron del Real hasta dar la vuelta á Nengupa, por donde dijimos habían pasado cuando salieron y que era el postrer término de los moscas, á donde llegaron sin faltar ninguno, pero tan necesitados de reformarse del hambre y salud, que les fué forzoso tomar de asiento el reparo de lo uno y de lo otro en aquel estalaje, que para todo era á propósito, mientras le iban á dar aviso al General de lo que pasaba, y del que tenía el Capitán Juan de Sanmartín de intentar la entrada por otra parte, ya que aquélla les había salido así porque el frío que todos los soldados y Capitán tenían por aquel descubrimiento no les dejaba sosegar ni reparar en trabajos hasta hacerlo, pareciéndoles todos se les había de premiar en llegando á los llanos, fingiendo en ellos las grandes poblazones y tesoros que sus deseos querían; pero Dios, que ordenaba mejor las cosas, cerró las puertas por entonces á aquellos descubrimientos porque no se cerrasen las de un remedio, á que iban haciendo de tánta más importancia que los otros como de vivo á muerto, según hemos visto y experimentado.

4.° Ya que se hallaron algo reformados en Nengupa, no sufriendo dilaciones en la prosecución de sus deseos, antes de tener respuesta del General, con guías poco expertos salió el Sanmartín y su gente y fué á poco más ó menos caminando de unos valles en otros por las tierras de los moscas, á donde su ventura le guiara, por si podía tenerla de su entrada en los llanos, y yendo así descubriendo algunas buenas poblaciones en algunos valles, dieron con uno que se llamaba el Valle Baganique, que después llamaron el Valle de Vanegas, por haberle descubierto el Alférez Fernán Vanegas, natural de Córdoba, como después diremos, desde donde bajaron por un páramo que le llamaron Puerto frío, por el que en él hacía hasta llegar á un pueblo que se llamaba Ciénega, que después fué encomiendas de un Paredes Calderón, vecino de Tunja,

donde les pudiera suceder una muy pesada burla, digna del descuido con que caminaban, pareciéndoles que iban seguros de guazabaras por ir por tierras de los moscas, y fué que por ser el día tempestuoso de truenos y aguaceros, y no ser las cuestas para bajar al pueblo muy amigables, iba cada uno de los soldados por donde mejor podía del barro; los de á caballo iban á pie y los caballos desensillados, del diestro y las sillas cargaban los indios, de suerte que cada uno iba de por sí, por donde mejor podía, lo cual advirtiendo los indios del pueblo, no sólo se pusieron en defensa de sus casas, mujeres y hacienda, sino que intentaron coger á los soldados á mano para ofrecerlos en sacrificio á sus dioses, como hacían de los esclavos que cogían en guerra, y así en ésta que intentaban procuraban salir con sus intentos tan de veras; que con ellos y buenos bríos comenzaron á apretar á los que iban descendiendo al llano del pueblo, de suerte que por ser pocos y mal apercibidos, se vieran en muy gran peligro, si el Capitán Martín Galeano, estremeño, natural de la cabeza del Buey, viendo tánto atrevimiento en indios moscas, no subiera en su caballo en pelo, sin aguardar á ponerle silla y con una lanza que traía en la mano blandiéndola, más por espantarlos que herirlos, no desbaratara los indios, que también se atemorizaron de ver que á tantos atropellaba el caballo, de manera que se tuvo valerosamente con todos hasta que bajaron aprisa los demás españoles, oyendo la grita y viendo lo que pasaba; con cuya llegada tuvieron por buen partido los indios aprovecharse de sus piés, pues no les eran de importancia las manos, y así dejaron libre en la de los soldados todo su pueblo, con lumbres encendidas, que era lo que más les pedía el frío del Páramo, y llenas de comidas las casas, donde hallaron el mejor rancheo los soldados, que en ningún pueblo hasta allí habían tenido desde que entraron en las Provincias de los Moscas, porque como en todos los pueblos se les había dado la paz, y se la habían guardado como era razón, no les habían saqueado, pero de aquél, por haberles recibido con guerra, les pareció buscarles las casas, y tomar lo que les hallaron, que fueron muchas y muy finas esmeraldas y más de quinientos pesos de oro fine, lo cual de todo despacharon al General con dos soldados de á caballo.

CAPÍTULO XXI

CONTENIDO: 1.° Sale el Capitán Sanmartín del pueblo de Ciénega en la misma demanda y llega á Isa—2.° Estando aquí los nuéstros, llegó á ellos un indio cortadas las orejas y una mano de la del Duitama por haber hablado en favor de los españoles. 3.° No atina el Capitán Sanmartín ni los guías con los llanos; así, se vuelve al valle de Baganique—4.° Desde aquí volvió al pueblo de Ciénega, donde le había alojado días antes el General Quesada.

RECIBIÓ el General el oro y esmeraldas, con que se cebaron los deseos de todos para ir á buscar más de aquello al pueblo donde lo habían hallado, diciendo que si de prisa se había hallado tánto, mirándose despacio más habría, y acá levantaron luégo ranchos del pueblo de Garagoa, donde yá había días estaban, que también esto les ayudó á querer salir de allí, y fueron al asiento y pueblo de Ciénega, de donde cuando llegó el tiempo yá se había salido el Capitán Juan de Sanmartín con su gente á proseguir su viaje y entrada á los llanos, y yendo caminando á ciegas por no tener guías, que no lo fuesen, pasó por los pueblos de Ciachoque y Tocavita, pasando más adelante al pueblo de Toca, á quien por su grandeza y muchedumbre de vecinos, que estaban tendidos por unos hermosísimos valles que tiene de maravillosas aguas, le llamaron el pueblo grande, y yendo atravesando una sierra que tiene á las espaldas, á la parte del Oriente, dieron con un pueblo que le llamaron el de los Paveses, por los muchos que sacaban los indios que salieron á impedirles el paso, aunque en vano, pues siendo con facilidad desbaratados, como si fueran moscas, pasaron sin recibir daño los nuéstros al pueblo de Isa, donde les pareció tenían yá conseguidos sus descubrimientos, por haber sabido que los indios de aquel pueblo tenían tratos con los de los llanos que buscaban, y así rancharon en él, con intentos de informarse más por entero de aquellas tierras y de los caminos por donde se iban á ellas y llevar por guías á los que lo sabían.

2.° Estando rancheados y disponiendo su salida, vieron venir un indio á pasos largos y acelerados, y que llegando á ellos les causó compasión, porque venía el miserable todo el cuerpo, rostro y brazos bañado en sangre, por traer recién cortada la mano izquierda y ambas orejas, colgado todo de los cabellos, el cual venía así de un gran pueblo que estaba cerca, llamado Tundama, y de los españoles por transmitación de letras Duitama, como se llama ahora; en el cual era Señor un Cacique muy rico, poderoso y valiente, y el mayor guerrero de los de todo este Reino, bien conocido y temido en todo él por estas propiedades. Llegó el miserable gandul dando voces y diciendo que venía á buscar á los ochies, que en estas tierras de Tunja llamaban así á los nuéstros, para sig-

nificar que eran hijos del sol, y puesto delante de ellos, á grandes voces comenzó á decir: «hijos del sol, yo vengo de Tundama, á donde habiendo llegado la fama de vuestros valerosos hechos, y de los animales que traeis, que cada uno pelea como veinte hombres, y que todos los de estas tierras somos nadie para con vosotros, que sois hijos del sol; yo, como viejo y experimentado más en las cosas, fuí de parecer sería acertado consejo saliros luégo de paz con algunos presentes, á nuestra usanza, y entablar amistades con vosotros, con que quedaran más seguras en nuestras casas; por lo cual el tirano de nuestro Cacique, como hombre altivo y soberbio, comenzó luégo á reprenderme con graves palabras, y no pareciéndole ser bastantes éstas para aplacar su ira, vino á las obras, y con crueldad hizo conmigo esto que veis, diciendo: 'anda á los ochies de esta manera y decidles que á los que favorecen su parte, pongo de esta suerte; que lo mismo haré con ellos si se allegan á mis tierras, para donde les podrás decir se partan luégo antes, hoy que mañana, que aquí les aguardo, con deseo de verme con ellos, y ser vos la guía que los traiga'. Esta es la maldad de aquel tirano y así, pues, es vuéstra la afrenta más que mía; y sois tan valientes, que no teméis á nadie, bien será que toméis á vuestro cargo la venganza, y el sujetar los bríos y soberbia de este hombre». Oídas las razones del miserable indio, trataron, lo primero de curarle, en que tomó la mano el Capitán Cardoso, que la tenía tan buena para estas curas, que parece le tenía Dios comunicada la gracia que dice San Pablo tiene dada al Santo de curar á los que quiere para edificación de su iglesia, pues nunca le vino á sus manos necesidad de éstas que no las diese sanas con brevedad, como también sucedió en ésta, por el cual beneficio y por el temor que tenía á su Cacique se quedó el indio con los nuéstros, y fué de importancia cuando el Capitán Baltasar venció al Duitama, de que no fué poca parte este indio, como después diremos. Trató luégo el Capitán Sanmartín fuesen siete de á caballo y diez peones, de quienes se tenía satisfacción para mayores cosas, á la venganza de aquel atroz hecho, y darle á entender cuáles eran los bríos de los españoles, para que bajase los suyos contra ellos en las cosas de adelante; pero yendo los soldados, al efecto llegaron al pueblo de Firavitova, donde supieron de sus moradores y Cacique que el de Duitama y los suyos estaban bien apercibidos en multitud y pertrechos de guerra, y que sabían bien de ella por estar ejercitados, como se vió después en muchas ocasiones que diremos cuando llegue la suya; por lo cual les pareció á los nuéstros dejar para otra más oportuna aquella venganza, y conociendo que no llevaban el fundamento que era menester para lo cual se pretendía, y así no pasando adelante, se volvieron á los demás soldados que quedaban en Isa. Habiendo dado vista de este Firavitova aquel grande y fertilísimo valle de Sogamoso, llamado así de los españoles por corrupción del

vocablo, porque el Cacique que era Señor Superior de todo él, se llamaba Suamox, pero por habérsele quedado hasta hoy el nombre de Sogamoso, con éste nos iremos en toda esta historia.

3.º Salieron del pueblo de Isa todavía con hipo de buscar sus llanos, que cuanto más los procuraban, peor se les aliñaba, pues sobre los desavíos pasados, los tuvieron ahora menores llevándolos las guías por bien diferente camino del que iba á ellos, porque los llevaron á los pueblos de Cuítiva, Guáquira, Tota y Bombaza, bajando á la laguna de Sogamoso, sin osar los indios llegar al pueblo ni aun hollar la tierra del valle, tanto era el respeto y temor servil que le tenían al Cacique de él. Al fin dando mil rumbos impertinentes, los trajeron quince días de una parte á otra las guías, y cuando pensaban habían salido de la serranía y hallarse en los llanos, se hallaron otra vez en el Valle de Baganique con harto enfado, aunque luégo les convirtió en gusto por el que tuvieron de hallar huellas frescas de caballos, yendo caminando por él, y era que había pasado por allí el Alférez Fernán Vanegas, enviado por el General á lo mismo que al Capitán Juan de Sanmartín, en el cual valle halló el Vanegas un indio que le dió noticia del Tunja, que hasta allí no la habían tenido, de que luégo diremos, por lo cual llamaron aquel valle el valle de Vanegas, y por haber sido aquel Capitán hombre de gran suerte y estimación en este Reino, por su sangre, valor y oficios; pues segundo Mariscal de este Reino, porque el primero fué el General Quesada, pobló la ciudad de Tocaima y pacificó sus tierras, casó con doña Juana Ponce de León, de claro y estimado linaje.

4.º Habiendo sabido el Juan de Sanmartín cómo el campo con el General había ido al pueblo de Ciénega, á la golosina de las esmeraldas, y que estaba cerca del valle donde él se hallaba, determinó enviar avisar al General dónde estaba y lo que le había sucedido en sus viajes, para lo cual despachó dos peones, los cuales como ya llegasen cerca del pueblo de Ciénega y viesen humos y no sintiesen aquel murmullo que suele haber en los alojamientos, temieron no fuese que no hubiese venido allí el campo y que sólo estuviesen los indios del pueblo, puestos en armas para vengarse de lo que les habían tomado, y si los viesen, ejecutarían en ellos sus justos enojos, y así se escondieron entre unas matas, con intentos de asegurarse de lo que había, con la oscuridad de la noche; pero estando allí, presto les sacaron de sus dudas los vosnidos del asno que llamaban Marubare, que era el que hallaron en el pueblo del Cacique, así llamado en la tierra de Santa Marta de que dejamos ya tratado largamente, de manera que aquella voz del jumento les fué á los soldados como salvo-conducto para poder con seguro salir de entre las matas y llegar al pueblo de Ciénega, donde hallaron parte del ejército, porque los demás ha-

bían ido con el General al pueblo y corte del Cacique Tunja, por las noticias que había dado el indio que hubo á las manos el Capitán Fernán Vanegas, el que no sabía el suceso; avisaron al Capitán Sanmartín de lo que pasaba y así se partió luégo y llegó al pueblo de Ciénega, y junto con la demás gente, donde estuvo hasta que el General envió á llamar á todos desde Tunja.

CAPITULO XXII

CONTENIDO: 1.º Catea en las minas de las esmeraldas el Capitán Juan de Albarracín y para más satisfacerse de ellas hace lo mismo el General Quesada—2.º El Alférez Vanegas halla en el valle de Baganique buen rancheo de oro y esmeraldas—3.º Que fué ocasión para que se descubriera el Tunja, de quien hasta entonces no había tenido rastro—4.º Condiciones del Tunja—5.º Descubre un indio al gran Rey Tunja, y prefiérese á que lo pondrá en las manos de los nuéstros.

MIENTRAS el Capitán Juan de Sanmartín andaba en estas facciones no estaba holgando el General y los demás soldados, pues como dijimos, señaló luégo que llegó á Garagoa al Capitán Juan de Albarracín y para su compañero á un Paredes Calderón con otros, para que llevando los mejores instrumentos de fierro que traían, fuesen á enterarse más de propósito que la primera vez de las minas de las esmeraldas de Somondoco, los cuales procuraron, llegando á ellas, ir desmontando y descubriendo á tajo abierto, según los pocos instrumentos y gentes les ayudaba; pero casi todo su trabajo fué en vano, por faltar el agua para llevar los desmontes, que es toda la importancia de la labor de estas minas, y así viendo lo poco que se descubría con tan excesivo trabajo, dieron luégo á pocos días la vuelta al Real, avisando al General de todo, el cual como le apretaban por entonces otros mayores cuidados, quiso echar aquél aparte, y ir en persona á verlos, y así se partió con algunos compañeros y indios, y llegando á ellas vió la imposibilidad que tenían de labrarse por falta de mejores instrumentos de los que tenían, y agua que era menester. Con todo eso hizo desmontar y descubrir algo de las vetas de poca consideración, con que dió la vuelta para sus soldados, habiéndose certificado de lo que eran las minas y cuán de poca codicia, como se ha echado de ver, pues nunca hasta hoy ha podido arrastrar la codicia á seguirlas, por ser de poca consideración.

2.º Luégo que estuvo de vuelta el General en Garagoa de hacer esta vista de ojos en las minas, viendo que se tardaba el Capitán Sanmartín de la entrada que había hecho al descubrimiento de los llanos, envió al Capitán Fernán Vanegas con otra escuadra á lo mismo por otra parte, y él fuése algunos días

después con todo el campo al pueblo de Ciénega, con los intentos que dijimos por el oro y esmeraldas que le envió el Capitán Sanmartín, donde se rancheó por ser buena tierra, y no falta de comidas, si bien los indios del pueblo siempre anduvieron ausentes con su chusma. El Capitán Vanegas fué tomando rumbos en prosecución de su viaje, y en uno acertó á dar consigo en el valle que dijimos de Baganique, no muy apartado de Ciénega, y hallándolo limpio de moradores, diéronse en buscar las casas y entre ellas un templo de sus dioses, y fué tan copioso el tesoro que sacaron de él y las demás casas, que demás de las finas esmeraldas fueron de buen oro fino sobre seis mil pesos en joyas razonablemente labradas, y algunos animales, como serpecillas, águilas y otros que tenían ofrecidos á sus ídolos, sin que hubiese quien les hiciese resistencia al tomar todo esto.

3.° Fué este oro ocasión que se descubriese el Tunja, y el mucho que tenía y que le revelase el secreto mandado ó guardado á fuerza de amenazas tan temidas que con haber andado los españoles más de sesenta días por sus tierras y á sus umbrales, no habían sabido rastro de él, ni de su nombre, ni riquezas, que uno de los secretos más peregrinos que han sucedido en el mundo y en que se echó bien de ver cuán cruel era y cuánto se temían, porque entre diez mil indios que encontrarían los nuéstros en este tiempo dentro de sus tierras, á quien su ordinario preguntar era por oro, minas y otros secretos, no hubiesen encontrado con uno, ni aun de sus enemigos, que les diese rastro de él, es cosa admirable, pero todo provenía de ser el Tunja de las partes y condición que era, como lo dijo el indio que lo descubrió, porque él era en su natural compostura como lo vieron después los españoles, espantable, hombre de grande corpulencia, y muy grueso, el aspecto torvo, la cara muy ancha, las narices muy grandes y torcidas, con que se hacía formidable toda la cara; era al fin en su persona y costumbres como sucesor del diablo, porque habiendo sido en aquel pueblo y sus tierras muchos años Cacique un demonio, como á su tiempo diremos, cuando dijo el demonio de serlo; eligieron por ventura, por orden suya, á este que le imitaba en mucho, llamábase de nombre propio Quemuenchatocha, porque el nombre de esta ciudad que ahora llamamos Tunja, es nombre corrompido por los españoles de este nombre Hunza, que así se llamaba cuando ellos entraron al pueblo y su tierra, que era nombre tomado del primer Cacique que dicen los indios hubo en este pueblo, que se llamó Hunzagua, de quien después hablaremos y de quien conservó siempre esta ciudad y tierra el nombre, quitándole gua y quedándole el Hunza, el cual por no apercibirlo bien los nuéstros lo llamaron Tunja, como hemos dicho sucedió en Bogotá y en otros muchos.

4.° Pues este Rey Quemuenchatocha era sobre su corpulencia muy de días

cuando le vieron los nuéstros, pero de juicio sano, sagaz, astuto, presto, diligente en todas las disposiciones de su gobierno y guerras, de gran señorío, muy vigilante, feroz, de condición inexorable y precipitado en sus castigos, á que era inclinadísimo, especialmente á ahorcar, como se conoció cuando entraron los españoles, hallando en un cerro que está á las espaldas de la ciudad de Tunja, al poniente, mucha suma de palos incados y cuerpos en ellos, de donde le vinieron á llamar hasta hoy el cerro de la Horca, porque no era menester ser muy grave el delito para hacer incar en aquel cerro un palo abierto por medio en la punta de arriba y metiéndole en la abertura el pescuezo, allí se lo dejaban, dando el alma con brevedad; sin el cual castigo usaba de otros tanto más atroces con que los tenía á todos tan sujetos y acobardados, que no osaban salir un punto de lo que les ordenaba, como se echó de ver en el secreto que guardaron de no manifestar á los nuéstros su nombre y riquezas, aunque á muchos les había agraviado con aquellas crueldades, habiéndoles muerto padres é hijos, hermanos ó parientes, pero disimulando lo hecho por librarse de lo por hacer, si bien de los corazones lastimados no son fáciles de arrancar las raíces de los enojos, y cuando le arrancan unos, no sabemos dónde quedan escondidas otras, que si no están brotando es á más no poder por evitar mayores daños, lo cual se echa de ver ser presto, pues en viendo la suya, luégo reverdecen y crecen hasta ser varas, con que se toma la venganza. Todo lo cual sucedió á la letra con el Cacique que gobernaba, puesto por el Tunja, aquel valle de Baganique; el cual viendo que los nuéstros le llevaban las joyas, oro y las demás alhajas de esta casa, salió solo al encuentro al Capitán Vanegas, y con rostro pacífico y habla sosegada y mediante una lengua experta que llevaba el Capitan, comenzó á hablar de esta manera:

5.º "Capitán amigo, no será bien que siendo un hombre de tu valor te contentes con sólo el oro y prendas que llevas, pues será bien con ellas lleves también la persona cuyas eran, que soy yo quien te sirviera como estos criados que llevas en tu servicio (y señalaba algunos indios que iban allí de los que habían subido de Santa Marta); quítame los cabellos y ponme el vestido y traje de estos que iban á lo español, para que no me conozca la gente de esta tierra, que yo te mostraré en ella y bien cerca de aquí donde puedas á tu gusto llenar las manos de ese oro, que á mí me llevas, y advierte que no habrá otro que te descubra este secreto, aunque les des tormento hasta matarlos, por el gran temor que tienen al Quemuenchatoca, á quien yo también temo aunque se me quitara el temor con vuestra defensa, si me la prometéis, porque no quiero perder esta ocasión de vengarme de este tirano por el agravio que me tiene hecho en haberme muerto á mi padre en prisión, que con tanta razón siento en el alma y en ella he deseado tal ocasión, la cual si quieres no pienso perder, sino

guiarte á donde él y sus riquezas están, que no está lejos, como dije, pero será menester abreviar, porque son muchas las atalayas que tiene puestas, y si somos sentidos, no saldremos con lo que pretendemos, será menester buenas armas y mucha gente, por la mucha que tiene con ellas en su defensa, que no piensan ser vencidos de nadie en el mundo." Oyó el Capitán Vanegas y sus compañeros con mucho gusto las razones del indio, á quien regalaron, y luégo allí, á sangre caliente, como dicen, porque no se volviera atrás, como dicen, de sus intentos, le vistieron un vestido de los otros indios de Santa Marta, cortáronle el cabello y pusiéronle un bonete colorado y en un punto quedó que no lo conociera Galbán, y sin más detenerse dieron con él y con sus cuerpos en el pueblo de Ciénega, donde estaba el General con el cuerpo del ejército, á quien le contaron lo que el indio decía.

CAPÍTULO XXIII

Contenido: 1.º Toma el General Quesada con la mejor parte de su ejército la vuelta de la Corte de Tunja y lo que le pasó en el camino—2.º Entra el General con sus soldados en la ciudad de Tunja sin ninguna resistencia—3.º Llegan á los palacios de Tunja nuestros conquistadores, y cortadas las sogas de las puertas, entran dentro, aunque entre tanto se escondió mucho oro.

FUE la nueva tan recibida como deseada, aunque para más satisfacerse le hacía al indio el General mil preguntas del hombre que era el Tunja, de su poder y riquezas, y otras á que satisfacía bien al gusto de todos, porque les conoció luégo en lo que lo tenían puesto, y pareciéndoles ser acertado no dilatar la ida, por dar también prisa el indio á ella, quiso el General que aquélla corriese por su mano, prometiéndose luégo tenerla muy grande con el Tunja y sus tesoros, y así apercibiendo cincuenta hombres, la mitad peones y los demás de á caballo de los más granados del ejército, comenzó á caminar con las guías y prisa que ella y sus deseos les daban por llegar aquel día á tiempo que lo hubiese para con claro emprender lo que se ofreciese, y para no dar lugar á imaginadas perversiones; con todo no dejaba el Tunja de tener algunos de espías, que siempre andaban atalayando, y contándoles á los nuéstros los pasos, y así á los primeros que dieron, enderezados á su casa y corte, tuvo luégo aviso, y como se iban los nuéstros acercando, los iba teniendo más aprisa, con que comenzaba á salir del engaño en que estaban de que no podían llegar á su pueblo, á lo menos de sobresalto, por haberse informado que el ejército caminaba muy despacio, y así él lo había tenido muy grande, causado

de esta falsa imaginación y de los muchos años y carnes que tenía, á que no ayudaba poco el verse embarazado con tántas riquezas, por no tener dispuesto dónde esconderlas, no habiendo sido en toda la vida necesaria tal prevención, por ser el supremo señor de aquellas tierras y ciudades, pero viendo que ya los soldados caminaban tan á paso largo que no dejarían de llegar á la suya aquel día, usó de dos mal prevenidos medios para si pudiera con ellos retardarles la entrada hasta otro día, por si pudiera aquella noche poner en cobro su persona y bienes, y así envió á decir por la posta á los Caciques, que estaban al paso por donde venían los nuéstros, que salieran con sus indios con la brevedad posible á dar grita y á hacer algunos acometimientos á los soldados para ver si esto les fuese estorbo para no alcanzar aquel día á llegar á su corte, y que esto lo hicieran de manera que se diese á entender lo hacían los Caciques de su propia determinación y sin orden suya, que también se temía el Tunja no enojar á los españoles, por lo que después le podría suceder con ellos, y así por otra parte, que fué el otro medio de que usó, envió de la suya algunos Caciques y otros indios nobles con algunas comidas y presentes, á que tratasen de paz y amistad, á los cuales respondió el General que trataría con el Rey, pues se pensaba ver presto con él, y que no le parecía buen modo de pedir paz por la cara, y venir haciendo guerra por las espaldas, como venían los indios dando grita y haciendo acometimientos, aunque todos de ninguna importancia, pues no obligaban á detenerse á la defensa, ni perder un paso del que llevaban caminando aprisa, sin hacer caso de las razones de los de adelante, ni de los de la grita de los de atrás; llegaron con esta prisa á una aldea ya cerca de la ciudad, donde les salió á recibir un Cacique, el más principal señor que tenía el Tunja de todos sus vasallos, con otros principales señores, aderezados lo mejor que pudieron, á su usanza, y de parte del Rey rogaron mucho al General Quesada, todo con intentos de hacer tiempo para disponer de su persona y casa, se sirviese de reposar allí aquella noche, donde sería él y los suyos regalados, para excusar con aquello el alboroto y escándalo que se causaría en su pueblo aquella noche al ver entrar gente tan nueva en él, y que á la mañana se verían y tratarían de lo que importaba y de los intentos que traían.

2.º Pero el General, conociendo los del Tunja, todo lo remitía para cuando se viese con él, con quien mejor se trataría de todo, y pues aquello podía ser breve, no había para qué dilatarlo, y así hizo pasar adelante, contra el parecer de algunos de sus Capitanes, que no les parecía mal quedarse allí aquella noche, por ser yá tarde y parecerles no haber lugar de hacer aquel día nada, y no saber la prevención que tenía el Tunja de gente y armas en su defensa, y quedándose allí se podía saber aquella noche para mejor disponer las cosas á la mañana; pero el General, acordándose de lo que le había sucedido con el Bogo-

tá, por las dilaciones que le tuvieron á la entrada en su pueblo, no quiso las hubiese en la de éste, y así, prosiguiendo su camino, llegaron á entrar en él dos horas antes que se pusiera el sol, entrándose en la ciudad sin hallar ninguna resistencia; antes se juntaron luégo con los soldados muchos indios de tropa, los cuales aun estando yá dentro de la ciudad, procuraban detener á los nuéstros que no llegasen al cercado y casas del Tunja, y así los guiaron á las de un hermano suyo, que eran poco más suntuosas que las del Rey, donde entraron, hasta que luégo les avisó la guía que no eran aquéllas las del Cacique, sino otras más principales que estaban más abajo, á las cuales se fué llegando el General con toda su gente, que era nada en comparación de seis ú ocho mil indios que los cercaban de los de la ciudad y de otras que habían venido á ver á los españoles, y lo que pasaba con ellos y su gran Cacique. Estos eran, sin otras innumerables gentes, de todo género y edades, que como hormigas salían del pueblo cargadas con sus hijos y trastos de casa á esconderlos á otras partes y apartarse de la vista de los españoles, que aunque algunos no tanto, á otros les era espantable y temerosa, como se echó de ver, pues los más de aquella multitud estaban con sus armas, sin osar acometer á los nuéstros con ser tan pocos, aunque daban gran vocería y tocaban sus bocinas en són confuso en que venía á parar todo su alboroto y bullicio, sin extenderse á más. Quién dirá que con esto y en lo demás no andaba la poderosa mano de Dios, que estaba yá cansado de los pecados, muertes y tiranías de aquel Rey, á que permitió se diese yá fin. Cuando los soldados iban entrando y pasaron la mayor parte de aquella gran ciudad para llegar á los aposentos del Rey, aunque bien de prisa veían que á las puertas de las casas estaban por la parte de fuera colgadas planchas de oro fino que por acá se llaman chagualas, que son del tamaño de una patena, más ó menos, las cuales tenían allí por el gusto que les daba ver que al salir ó ponerse el sol daba en ellas y causaba resplandores, y también le tenían de oír el són que hacían, aunque sordadas, dando unas con otras cuando abrían y cerraban las dos portezuelas, que no eran más que de ocho ó diez cañas cada una, y la cerradura no era más que un cordel que las cogía ambas con un nudo, y esto sólo les aseguraba tanto sus casas como si tuvieran mil llaves. De otros tántos secretos milaneses, pues aun las chagualas de oro se estaban de día y de noche á las puertas, sin haber quien las tocase: tánta era la fidelidad y poca codicia en que vivía esta gente.

3.º Cuando el Cacique Tunja vido á nuestros españoles á sus puertas, y su persona imposibilitada de escaparse de sus manos por no haber ya ocasión ni tiempo de poderse librar por sus pies, ni en los ajenos por su mucha vejez y crecida corpulencia, mandó cerrar la puerta de las dos cercas que tenían sus palacios, doce pasos distantes la una de la otra, y dentro de la de más dentro sus ricas y

bien labradas casas, á su modo, en una de las cuales tenía yá recogida y liada gran cantidad de oro en petacas, en cada una lo que podía cargar un indio, las cuales arrojaban por las espaldas de las casas los indios que estaban dentro á los que estaban fuera del cercado recogiéndolas, y apenas habían salido las petacas fuera, cuando las trasponían á partes y escondrijos tan ocultos, que hasta hoy no han bastado grandes diligencias que se han hecho para hallar aquella tan gran máquina de oro, como entonces se escondió con estas y otras trazas, las cuales no pudieron entender por entonces los nuéstros, con que se les escapó de las manos grandes sumas de oro, por estar todos á la puerta de la primera cerca intentando la entrada, sin advertir lo que por otras partes se podía hacer, como se hizo, aunque bien pienso les bastaba por disculpa ser el cercado ó cerca tan ancha y larga como era, y ser inmensos los indios que las cercaban, y ellos tan pocos, y todos de principal intento lo tenían de coger la persona del Cacique, entrando por la puerta; y así luégo intentaron abrirla algunos peones, y pareciéndole al Alférez Antonio de Olalla que no se daban la maña que era menester en desatar las sogas con que estaba cerrada, apeóse del caballo y con mucho valor cortó nudos, sogas y puertas con su espada, con que dió paso para que pudiesen entrar todos á pié, y así se apeó luégo el General de su caballo y se entró dentro con el mismo Alférez Olalla y Diego de Aguilar, veedor, todos tres con sus espadas desnudas y rodelas, bien prevenidos, á quienes fueron siguiendo luégo algunos de los demás, quedándose los otros guardando las espaldas, á la parte de fuera.

CAPÍTULO XXIV

CONTENIDO: 1.º Entran al aposento del Tunja y hállanlo sentado con mucha gravedad en la silla de Su Majestad y grandeza—2.º Préndenlo allí sin ninguna resistencia—3.º Viéndose el Tunja preso, dió voces á sus gentes para que lo defendieran, aunque en vano—4.º Trastornan los soldados los aposentos del Tunja aquella noche, donde hallan gran cantidad de oro y esmeraldas.

LLEGARON á la puerta de la segunda cerca por donde se entraron, sin más impedimento del que daba el tumulto de los muchos indios que había adentro, por medio de los cuales iban rompiendo hacia la casa y buhío que les pareció más autorizado, donde por buena conjetura sacaban que había de estar el Rey, el cual hallaron, según la costumbre de sus mayores, sentado en duro, que es una sillita baja, toda de madera, de hechura peregrina, que le sale un respaldo muy vuelto hacia atrás; tenía á los pies el Cacique, por

alcatifa ó alfombra, un lecho de cuatro dedos de espartillo suelto, muy menudo, de que hay mucho en estas tierras frías; estaba con el rostro grave y severo, y muchos gentiles hombres de los principales caballeros de su Reino en pié, á la redonda, haciéndole estado, el cual sabía bien representar el viejo, no sólo para con los suyos, sino también con los nuéstros, pues aunque los vió venir por su patio y entrar en su casa con las espadas desnudas y semblantes briosos, se estuvo quieto sin hacer movimiento de su asiento, sin dar muestras de alteración, antes con una presunción desvanecida y una confianza de que todo el mundo le había de respetar como lo hacían sus vasallos, con que no podía persuadirse á que nadie se había de atrever á poner manos en su persona, ya que habían tenido atrevimiento de poner los pies en sus tierras, sin advertir el pobre que del atrevimiento que habían tenido aquellos hombres á venir de tierras tan apartadas, como él sabía que venían á buscar las suyas, se podía conocer lo tendrían para llegar á su persona, y que la inconstancia de las cosas es tal, que hoy es siervo el que ayer era rey, y hoy es rey el que ayer siervo.

2.º El General, luégo que por las señas conoció ser aquél el Rey á quien buscaba, no quiso hacer violencia, sino ya que le tenía seguro, hablarle por el intérprete, y decirle que un gran señor, por cuyo mandato y orden él había venido de muy lejos á aquellas sus tierras, le enviaba á saludar y deseaba su amistad, la cual se había de conseguir y conservar mediante otras muchas cosas que se le habían de dar á entender, convenientes á él y á sus vasallos para la salud de sus almas y conservación de su Estado, para lo cual no se podía tener el efecto que se deseaba, si primero no se asentaba paz con él y con sus compañeros que estaban presentes, y se conservaba con demostraciones de obras y tratamientos de amigos, los cuales también tendría él y sus compañeros los españoles, no haciéndole agravio ninguno á él ni sus vasallos, antes corresponderles con muy conocidas obras de amistad en buenos tratamientos, como se debe á leales amigos. No le pareció al Tunja mal la plática, ni aun la ocasión, para quedar libre de los soldados aquella noche y en ella dar orden cómo quedar del todo y que no lo volviesen á ver jamás, y así cogiéndole al General la palabra que había dicho de que para lo que se pretendía era menester espacio, respondió diciendo: «Bien me parece todo eso, pero pues dices que es menester tiempo para ello, vete ahora á reposar esta noche á la posada que está aderezada para ti y tus compañeros, y á la mañana trataremos de lo que tú quisieres». Atendió el General en esta respuesta del Tunja más á los intentos que á las palabras, y así conociendo eran declinaciones para buscar en ellas modo de cómo escapar su persona y bienes, se determinó á una de las cosas más arduas que en estas materias han sucedido en todos los descubrimientos de estas Indias, que fué á

aprehender al Tunja, igual á la que emprendió el Marqués del Valle Hernando Cortés, en Méjico, quedar prendido el Rey Motezuma, y así el mismo General Gonzalo Jiménez de Quesada y su Alférez Antonio de Olalla llegaron á prenderle, y lo asieron sentado como estaba el Tunja y cercado de más de diez mil indios sus vasallos, dentro y fuera del cercado, con intento de sacarlo de entre todos estos indios y ponerle en lugar seguro, con buenas guardias para que no se les huyese, pretendiendo con esto tener entrada á la pacificación de todas las tierras de quienes él era señor.

3.º Cuando el Tunja se vido prender y que le sucedía tan al revés de la vana presunción que tenía de que nadie se había de atrever á tratarle con menos respeto que le trataban sus vasallos, comenzó á romper aquel vano silencio que hasta allí había tenido, y dando grandes voces decía, pues cómo estos atrevimientos se han de tener con mi persona de una gente tan poca y mala, sin que los míos salgan á la defensa siendo tántos y tan guerreros? pues apresten todos las manos, que ya esto no es de sufrir, sino de que perezcan estos locos, y sus locos atrevimientos; apenas hubo dado estas voces, cuando comenzaron á darlas mayores todos los indios dentro y fuera de los cercados con tumultos y confusos alborotos de guerra, disponiéndose todos á cualquier peligro; viendo los peones que habían quedado á la parte de afuera el que tenían los que estaban dentro prendiendo al Rey, por haber salido de allí las voces, lanzáronse luégo adentro á darles favor y aun lo mismo intentaron hacer algunos de los de á caballo, como lo hicieran si el Capitán Gonzalo Suárez, que estaba entre ellos, no les fuera á la mano, diciéndoles que era desacuerdo desamparar la puerta, por donde les podía entrar más daño estando todo el campo cubierto de guerreros, los cuales si no hallan aquí en la puerta y otras partes resistencia, se han de avanzar luégo á hacerlo á los que están dentro, y estando nosotros reparando aquí ese daño, bien bastan los peones y capitanes que están dentro para salir bien con lo que pretenden resistiendo á los indios que se hallan dentro del cercado como se impida la entrada de mayor número; convencieron las razones de Suárez, y así no sólo quedaron de guardar la puerta, sino que sospechando la harían los indios por otra parte del cercado, por no ser muy dificultoso, por ser de cañas tejidas, fueron algunos con sus caballos, quedando otros á la puerta, á rondar el cercado, picando á una parte y otra con las lanzas en los indios que ya comenzaban á embravecerse y á encender sus bríos con acciones y voces á que acudían como llovidos de todos los cerros, donde hasta entonces se habían estado á la mira, que si la de Dios no estuviera tan puesta en la defensa de aquéllos, sus poco cristianos y pequeño pueblo para que ellos fuesen la semilla y principio de su santa fe católica, en aquellas grandes provincias tan inficionadas de idolatrías y maldades, de que ya

Dios estaba tan ofendido y quería que aquello tuviese ya fin, sin duda lo hubieran allí y otros muchos más que hubiera, no sólo si los indios pelearan con sus armas, sino aunque las dejasen, y cada uno tomara no más que un puño de tierra y la arrójara á los soldados, pues con esto sólo los enterraran vivos, pero con la poderosa mano de Dios, contra quien no hay resistencia, que quiso dar la victoria á su fé y fieles, y con el valeroso ánimo que se hubieron los de dentro en defenderse de los indios más valientes y principales que pretendían defender de la prisión de su Rey, y con lo que tuvieron, y los de fuera defendiendo las entradas, á las cuales intentaban para dar favor á los de adentro, que tanto los alteraban con sus confusas voces, se vino á sosegar aquel encendido alboroto, y á tener fin justamente con el día, de manera que saliendo la voz entre los indios que ya su Cacique era preso, y estaba en manos de los españoles, no se oyó voz más alta en todos ellos, y los más de aquella inmensidad que había, dejaron el puesto y se fueron á sus pueblos y casas. El General con las suyas mismas entregó preso al Cacique á cuidadosos soldados, dejándole indias y sus mujeres que le sirviesen, y permitiendo que todos los indios que quisiesen le hablasen como antes, dándole buenas esperanzas de su libertad en asentando las cosas que conviniesen al bienestar de todos. Hizo salir fuera á todos los indios del cercado y puso centinelas de á caballo á la redonda de él para la vela de toda la noche.

4.º La cual pasaron todos sin dormir, unos en estas velas, y otros en la guarda del Cacique, y los demás trastornando buhíos y rastro de oro, por estar ya cebados con el que habían visto colgado á las puertas de las casas, cuando fueron entrando por la ciudad, y así comenzando por la del Cacique con lumbres encendidas por ser ya noche, y de suyo los buhíos oscuros, lo primero con que se encontraron fué con una petaquilla que se había rezagado de las muchas que habían traspuesto por las cercas, que con la prisa no pudieron poner en cobro, como las otras, que tenía hasta ocho mil pesos de finísimo oro en diferentes joyas, tras la cual dieron luégo con un ataúd del mismo oro fino, hecho á modo de linterna ó farolillo, que tenía dentro unos huesos de hombre que debían de ser de algún Cacique antiguo, que pesó seis mil pesos, sin otros tantos pesos que valdrían las esmeraldas finas que tenía dentro; junto con los huesos hallaron muchas chagualas ó patenas, águilas y otras joyas del mismo oro fino, colgadas á las puertas de los aposentos de las reales casas, colgadas que sonasen dando unas con otras al abrir y cerrar las puertas; tampoco se les escondieron mucha cantidad de caracoles marinos muy grandes y guarnecidos del mismo oro, piezas estimadas entre ellos para tañer en las guerras, en lugar de trompetas, para lo cual los procuraban con grandes diligencias de los lugares marítimos, de donde les venían de mano en mano á las suyas, en rescates de subidos precios que daban por ellos.

CAPÍTULO XXV

CONTENIDO: 1.º Manda el General Quesada con pena de la vida que todo el oro y pillaje que se hallase se junte en una parte sin guardar nada—2.º Se ha dificultado si todo el oro que se halló en este Nuevo Reino le vino por rescates ó fué sacado de minas que hay en él—3.º Tiene noticias el General de las riquezas de Sogamoso, envía á llamar el resto de su ejército y determínase ir en persona á dar vista á aquel valle.

ENTRE las demás joyas que les iba descubriendo su codiciosa diligencia, fueron una infinidad de sartas de cuentas verdes, coloradas, blancas y azules, hechas de huesos y pedrezuelas, ensartados á trechos canutillos de oro fino con ellas, de las cuales usaban los caballeros y gente principal en sus mayores fiestas y jornadas de guerra, autorizando con ellas sus muñecas, sienes y gargantas, al modo que lo hacen nuestras españolas, de quien también lo han aprendido las indias; si bien de sus antepasados ya sabían cómo se hacían, aunque nunca entre ellas las indias lo usaron, porque sólo era gala de hombres, como entre nosotros sólo es de mujeres. Tampoco dejaron los soldados de trastornar algunos buhíos dentro del cercado donde tenía el Tunja recogidas las armas y municiones que iba juntando para la guerra que intentaba hacer al Bogotá, entre las cuales se hallaron muy buenas y finas chagualas, y diademas de fino oro, que también llevaban los capitanes más valientes, puestas en las cabezas y pechos, tan grandes algunas de las patenas que les servían de petos contra los dardos en las guerras. Viendo el General que no era pequeña la grosedad del oro que se iba juntando y que era bien gozasen todos de ello, echando bando con pena de la vida que nadie ocultase alguno, sino que junto y puesto en depósito se guardase con lo demás ranchado, y que se esperaba haber, y así todo lo que se iba tomando en las casas del Cacique se iba haciendo montón en un patio del mismo cercado, pareciendo ser la parte más segura para que lo estuviera, y cuando lo iban trayendo los soldados de donde lo hallaban para echarlo en el montón, junto al cual estaba el General y otros Capitanes, venían diciendo: "Pirú, Pirú, Pirú, señor Licenciado, voto á tal que también hemos hallado por acá otro Cajamarca como descubrieron por allá los piruleros andando en estos descubrimientos de oro, á un paso sus piés y sus manos, con sus pensamientos, pues todo parecía uno, según el cuidado con que negociaban. No lo tenían entre tanto menor los indios que se mostraban más de la devoción del Cacique en buscar modos con qué librarle de la prisión, y así aunque á prima noche, recién preso, tuvieron un rato silencio, después lo convirtieron en mayores voces, que parece habían descansado aquel rato, para con más fuerza darlas todo el resto de la noche, pues en lo que duró, no dejaron de vocearlas con demostraciones de querer librarle, con

que no dieron lugar á un punto de sosiego á los nuéstros en toda ella. La que fué amparo para que los indios del pueblo, viendo lo que pasaba con el Cacique, traspusiesen el oro que cada uno tenía, haciéndole mudar posada, antes que los huéspedes lo hiciesen, porque si en el madero verde del Cacique se hacía aquello, qué sería en el seco del pobre indio; y así á la mañana, luégo que llevaron todo el oro á ponerlo en cobro á la posada del General, procurando los soldados hallar más, no dejando diligencias sin hacer en todo el pueblo, fué bien poco lo que hallaron, por haber precedido las de los indios en esconderlo, aunque no fué del todo en vano su trabajo, pues se satisfizo con algunos ofrecimientos que hallaron en algunas sepulturas, que con poco trabajo abrían hasta donde estaba, porque en esta Provincia de Tunja no usaban el enterrar el oro del difunto donde enterraban el cuerpo, sino arriba en la superficie de la tierra, con que lo cubrían con solo una cuarta de tierra encima; de este modo hallaron en una sepultura de una casa antigua y despoblada, que debió de ser de algún principal señor, una mochila algo prolongada, hecha de palma, cosida la boca con un hilo macizo de oro, toda llena de tejuelos de oro, que venía á pesar todo dos mil libras de oro fino; otros dicen que fueron ciento cuarenta mil pesos, sin otra gran suma de finas esmeraldas y muchas telas de algodón de todos colores que hallaron á vueltas de las demás en las casas del Cacique, de los tributos que les daban sus vasallos, que siempre era en mantas y oro, y sin lo que callaron los soldados, que andando entre la miel algo se les habia de pegar á gente poco escrupulosa, como de ordinario se halla entre los soldados, y todo esto era una pequeña cifra de lo mucho que tenían los indios y se escondió de la riqueza del Cacique, sin que se haya sabido hasta hoy dónde, aunque ha habido algunos rastros ciegos que se lanzó todo en un profundo pozo de agua que está cerca de la ciudad de Tunja, á la parte que llaman del Pantano y hoy se llama de Donato, porque un hombre extranjero que se llamaba así, guiado de estas ciegas noticias, gastó su caudad procurando agotar el pozo, y sacar si tenía el oro, en que permaneció hasta haber conocido el desengaño, porque luégo dió de mano á la obra, después de muchos días de trabajo, habiendo granjeado con él y la moneda que gastó, que se le pusiese al pozo su nombre con que hasta hoy permanece.

2.º Ha dado mucho en qué entender de estos primeros conquistadores hasta hoy, sobre sacar la verdad en limpio acerca de las minas de donde se sacaba este oro, y otras infinitas sumas que se han ido hallando y descubriendo con el tiempo entre los indios, en santuarios y ofrecimientos antiguos y modernos, porque hasta hoy se ha podido sacar de indio por amistades, ruegos, dádivas, rigores ni amenazas que haya en toda esta tierra de estas dos provincias de Bogotá y Tunja, que son las que comprenden los moscas, minas de oro de consideración,

ni las grandes diligencias de los españoles que han trastornado toda la tierra, han podido hallar de caudal tan grande que puedan haber dado tan grandes caudales de oro, aunque muchos, desde el licenciado Jiménez de Quesada, que fué de esta opinión, hay que la han tenido y tienen, de que las hay aunque no se ha dado con ellas; si bien en estos tiempos se han rastreado á la parte del Este, cerca del valle de Sogamoso, minas de oro que hoy se lavan, aunque tenues para tanta grosedad como se halló en este Reino, y fundan su razón diciendo que venir tanto oro á esta tierra por sólos rescates ó trueques, es imposible, por no tener la tierra de suyo otras cosas con qué rescatar más que mantas de algodón, de que usaban poco los indios convecinos, donde hay buenas minas, por andar todos desnudos; y la sal que se hace en los tres pueblos del valle de Bogotá, Nemocón, Zipaquirá y Nemeza, y ésta no era tanta, aunque era mucha, que les pudiera haber enriquecido tanto, y cuando hubiera venido este oro por las compras de la sal, no tenía esta razón fuerza para la Provincia del Tunja, donde también la compraban de los bogotaes por no tenerla ellos, y con que la compraran más barata, que después la tornaban á vender; todo este caudal era poco para el mucho que se halló entre ellos; si bien no se puede negar haberles venido la mayor parte de él por caminos de rescates de los indios panches y de los de San Juan de los Llanos. La dificultad se queda en pie para quien tuviere tiempo de tratarla más á lo largo, pues á mí la prisa de la historia me la da para lo que se sigue.

3.º Ya que el General Quesada hubo puesto cobro en el montón, como el allegar riquezas sea como beber salado, que queda más sed cuanto más se bebe, luégo le sobrevinieron mayores esperanzas de aumentarlas, que las tenía primero de hallarlas, y pensando que esto se podría hacer por el rescate que hubiese del Tunja, pues según les decía el indio guía, era muy poco lo que habían hallado, para lo que le quedaba en sus casas, comenzó á halagar y llenar de promesas al viejo Rey, entendiendo ser aquél el camino más á propósito para que descubriera lo demás, á lo cual no sólo no salía el Tunja, pero dando muestras de enfado, á poco ó nada de lo que se le preguntaba quería dar respuesta, aunque no por eso se le dió en nada disgusto, ni se le defendió que no gozase de todo su servicio y regalo de mujeres y criados, ni se le puso más rigor de prisiones que poner quien le guardase, lo cual también se hizo con los más principales indios, por tener la tierra más segura y de paz; la cual guardó siempre este caballero Jiménez de Quesada á quien una vez la daba, con inviolable constancia, que fué una de las muchas virtudes que tuvo, bien experimentaron de cuantos le trataron. Visto pues que la tierra iba descubriendo mayores grosedades de las que se esperaban, y prometía mayores adelante con las noticias que iba dando el indio guía, del valle de Sogamoso y su tierra, que se llamaba Isaca, donde

decía que demás de un templo que había lleno de grandes riquezas, dedicado al dios Remichinchagagua, había otros muchos de señores principales circunvecinos en el mismo pueblo principal enriquecidos con mucho oro por temer, según sus supersticiones, que aquélla era tierra santa, y que en la voluntad de aquel Cacique estaban todos sus malos y buenos sucesos. Determinó el General de enviar á llamar al resto del ejército, que todavía se estaba en Ciénega, para lo cual despachó á tres de á caballo, que llegados allá, y hallando que ya había llegado allí el Capitán Juan de Sanmartín de su descubrimiento, y dando la nueva del buen suceso de Tunja, se vinieron todos con mucho gusto, acrecentándoseles cuando llegaron á ver al General y los demás compañeros en Tunja, dándose unos á otros mil parabienes de la buena suerte que habían hallado, y deseando todos juntar aquélla, la que esperaban de las noticias del Sogamoso. Determinó el General ir allá con treinta peones y veinte de á caballo, pues para la guarda del Tunja y sus principales caballeros y los demás del carruaje del ejército, bien bastaban los demás que quedaban.

CAPÍTULO XXVI

Contenido: 1.º Sale el General Quesada de Tundama la vuelta de Sogamoso, á donde llega, habiéndose visto primero con el Tundama y héchole cierta burla—2.º Entran dos soldados á ranchar al templo de Sogamoso, y pégale fuego; dícese de su fuga—3.º Habiendo desvuelto los soldados los demás santuarios y casas de los indios con lo que recogieron en ellos, determinaron tomar la vuelta de Tunja.

AVISO tenía el General de quien se lo dió el Sogamoso que llegase allá con tanta brevedad que lo pudiesen hallar sin aviso de la ida, y así con los apercibidos para la salida, salió de Tunja y caminó tan aprisa que llegó temprano al pueblo de Paipa, encomienda que después tuvo Gómez de Cifuentes, que hoy poseen sus hijos; allí hicieron noche y tomando la mañana, á pocos pasos se hallaron, antes de medio día, en la tierra del Tundama ó Duitama, y el sobresalto de los nuevos huéspedes que se le iban entrando en su pueblo, antes que él pensaba; pero como astuto y caviloso guerrero, procuró reparar el daño que tenía si entraban en su ciudad, hallándolo desapercibido, enviándoles con la mayor brevedad que pudo un presente de algún oro, mantas y refrescos de comidas de cazas, maíz, bollos y con ello un cumplido recado que se detuviesen mientras él venía á recibirlos con ocho cargas de oro, que quedaba allegando entre los vecinos para servirles con ellas, y con lo demás que le quisiesen mandar; fué demasiada la facilidad con que le creyeron,

de la cual sólo los puede excusar en los deseos que llevaban en hacer amistad á todos sin violencia; pero viendo el Tundama que le había salido bien la traza, la dió luégo de poner en cobro sus mujeres, hijos, ídolos y riquezas, y que hicieran lo mismo sus vasallos, y que tras esto, tomando las armas, saliesen á la defensa de sus tieraas y casas, como sucedió, pues luégo, como á las tres de la tarde, aparecieron innumerables indios con sus armas, por todos los altos cerca del pueblo, á vista de los españoles, dándoles grita y diciéndoles mil oprobios. Los convidaban á que viniesen á llevar el oro en las cabezas que les habían prometido; de la cual burla, quedando casi corridos los nuéstros, determinaron de llegar á saquear el pueblo, donde sólo encontraron las casas vacías y algunos indios que se les atrevieron á embestir, en que no se detuvieron por ir con intentos de llegar de día á Sogamoso, á donde llegaron á puestas del sol, y al dar vista á los llanos del valle, la dieron también á unos gruesos escuadrones de indios bien armados, los cuales sin dilatar los intentos que tenían de pelear con los nuéstros, al punto que los vieron asomar levantaron todos la grita, que entre ellos suele ser señal de rompimiento, el cual hicieron luégo nuestros soldados, por ver el sitio acomodado para los caballos, y que el sol se iba escondiendo, y así embistiendo hacia donde parecía la gente más valiente, atropellaban á unos y otros los caballos con tánta furia, derribando á unos sobre otros con todos sus penachos y plumerías, de que iban más prevenidos que de fuerzas, que viendo las muchas de los soldados y caballeros, sin esperar á mayores daños, con los pocos que se les hicieron determinaron todos valerse de sus pies, ya que no podían de sus manos, dejando el campo limpio y sus buhíos en las de los españoles, los cuales yéndose á los del Cacique, que no fué el postrero en la huída, aunque los hallaron solos, por haber él ya prevenido de sacar sus mujeres, hijos y algunas de sus riquezas, no las hallaron tan sin ellas que no encontraran luégo al entrar de las puertas, como en Tunja, colgadas las chagualas ó patenas de oro fino, con otras muchas y ricas piezas, entre las cuales hubo alguna que pesó arriba de mil pesos de buen oro que se hallaron dentro de las casas del Cacique, y otras del pueblo, así de moradas como de templos, y en particular en el principal y común adoratorio, que era muy capaz, de donde por la prisa no pudieron trasplantar á otra parte sus riquezas ofrecidas.

2.º En el cual entraron á la callada y con el silencio de la noche, pasadas ya algunas horas de ella: Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra, soldados de mucho valor y brío, rompiendo las cerraduras de las puertas, que eran muchas vueltas de cordeles, y ellas de caña, y tan bajas que se entraba á gatas; y con hachones de paja encendida, comenzaron á desvolver el templo, donde lo primero con que toparon fué con un viejo muy cano y de una barba

larga, que fué la primera que hasta allí habían visto en indio, por ser, como hemos dicho, todos desbarbados, y así por cosa peregrina lo debieron de tener por Jeque ó Mohán, que es tanto como sacerdote entre nosotros, para guarda y servicio de aquel tan famoso templo, y el que hacía las ofrendas y daba al pueblo las respuestas de lo que pedían al demonio, y como ministro fiel suyo hizo aquella fineza de no huír, cuando los demás, por no dejar desamparada la majestad del templo, en quien toda la tierra tenía puesta su confianza, la cual llevaron los soldados de llenar las manos en riquezas, no les dejó ocuparse mucho con el viejo, dejándole lo que se le podía preguntar para después del despojo, y así comenzaron á hacerlo en unos cuerpos secos que estaban puestos en unas barbacoas, ó poyos de cañas, que debieron de ser de gente calificada: todos revueltos en finas telas de algodón con muchas joyas de oro fino de diversas hechuras y muchas sartas de cuentas. No les había comenzado á correr mal la suerte con los adornos de los difuntos, si les durara hasta dar vista á las demás, pero no la tuvieron para mirar los inconvenientes, cegándose con la codicia de aquello primero, y fué que el suelo del templo estaba cubierto de un espartillo seco y menudo, y para ocuparse en los despojos de los muertos, les fué forzoso desocupar las manos de las hachas, poniéndolas en el suelo, sin dejarlos la codicia advertir que se habían de pegar al espartillo como lo hizo, yéndose quemando sin alzar llama hacia una pared que estaba forrada de carrizo seco de arriba á abajo, pegóse en él, comenzando luégo á levantar llama y tomar tántas fuerzas, que cuando volvieron la cabeza los soldados, no bastaron las suyas á apagarla, y así tomando del oro y rancheo que tenían junto, todo cuanto pudieran largar, dejando lo demás encomendado al fuego, por un lado del templo que no ardía tanto salieron fuera, que no lo tuvieron á poca ventura, pues en un punto se vido todo él arder, al fin como de paja, con que se alborotaron los soldados, pensando fuese diligencia de los indios para inquietar á los nuéstros, de los cuales llegaron al fuego que vieron desde lejos, andando velando en sus caballos, Domingo de Aguirre y Pedro Bravo de Rivera y informándose del autor del fuego, afirmaba el Miguel Sánchez, excusando su descuido, haber sido aquel Jeque que hallara ú otro que estaría escondido, con intentos de que se quemasen los que robaban su templo, cuerpos muertos y dioses; aunque el compañero decía ser verdad lo dicho, en lo que la hubo infalible, fué que duró el fuego sin acabarse ni dejar de humear un año entero, y memoriales han venido á mis manos que afirman haber durado cinco años, sin que aguaceros de tanto tiempo y tan grandes como los vemos por aquel país, bastasen á apagarlo del todo, en todo aquel tiempo de un año, que el de cinco paréceme mucho tiempo; no obstante que los estantes ó maderos sobre que estaban fundados eran muy gruesos y de madera de guayacán, que su fortaleza la hace incorruptible, los cuales habían traído con inmensos

trabajos de la tierra que llaman de los llanos, no cerca de allí, y de tierras asperísimas de camino, poniéndose á romper por todas estas dificultades, porque las hubiera en consumir aquel templo, sino que fuera eterno y aun para más fortalecerlo, les había aconsejado el enemigo del género humano que cuando incaran los maderos en la tierra, pusieran debajo un indio esclavo, para que plantados sobre sangre y carne humana, sería su duración perpetua: mentira bien manifiesta del que es padre de ellas, pues ni esta crueldad que usaron en su fábrica ni tres puertas que tenía una sobre otra, ni otros ornatos, todo en orden á su perpetua duración se la pudo dar, ni defensa contra el ímpetu del fuego, ni los aguaceros, ni granizos, que el Cacique vanísimamente teniendo engañados y persuadidos á los indios, decía venían por su mano y señorío vinieron á tiempo, ni fuera del apagar las llamas de aquella pocilga de idolatrías; de estas supersticiones y en qué se fundaban, trataremos adelante cuando la historia llegue á tratar de todas las de estos indios moscas y de sus templos.

3.º Los demás que había en el pueblo de no tanta estima como éste, también visitaron los soldados aquella noche, haciendo en ellos la estación larga ó corta, según la larga ó corta ganancia que hallaban en ellos, de las cuales y de algunas otras cosas que trastornaron con algunas sepulturas se juntaron en piezas de oro fino más de ochenta mil ducados, ó como otros quieren, más de seiscientas libras de oro; y esto siempre se ha de entender sin muchas y muy buenas esmeraldas y mantas, sin lo que cada uno ocultaba para sí, de que ni se hacía escrúpulo ni se ponía cuidado en que lo sacaran á luz, porque la idea de que iban teniendo riquezas les ensanchaba al General y á los demás los corazones, de manera que á nadie le parecía le hacía falta lo que el compañero cogía para sí, sin manifestarlo al montón, el que hicieron aquí de todo lo recogido, fue muy poco de las noticias que tenían, pero las que tuvieron con tiempo los indios de la venida de los españoles, les hizo esconder mucho, á que ayudó también la oscuridad de aquella noche, en la cual también escondieron lo que pudieron, viendo que los soldados escondían lo que no pudieron, los cuales considerando no era mal repelón el que de allí habían sacado y que podía suceder perderlo todo, si aguardaban á buscar más. Sucediendo que se convocase toda la tierra contra ellos, que eran tan pocos, determinaron dar la vuelta á Tunja, pues tiempo se ofrecería en que la hubiesen á dar por allí; de donde luégo se partieron sin haberse visto con el Cacique Suamos, que así se llamaba, como hemos dicho otra vez, y de allí corrompido el vocablo por los nuéstros, Sogamoso.

CAPÍTULO XXVII

CONTENIDO: 1.° Ocasiones que se ofrecen para ir á castigar al Duitama—2.° Embajada que envía el General al Duitama y su respuesta—3.° Dáse la batalla junto al pueblo de Bonza, quedan desbaratados los indios.

QUEDÓ ufano el Duitama por lo que le sucedió con los españoles, presumiendo de su entendimiento por haberles engañado, y de sus fuerzas por parecerle que teniéndolas los nuéstros no se habían osado acometer, y así desvanecido con estos pensamientos los tuvo y atrevimiento de acometerle al General y á los suyos á la vuelta de Sogamoso, cuando comenzó á entrar por sus tierras, dando sus acostumbrados gritos, sin parar todo esto en más, y en hacer demostraciones de los malos afectos que tenían á los nuéstros, los cuales iban dejando el domar los bríos del Tundama para mejor ocasión, aunque no se tardó mucho que no vino á las manos, porque parece la andaba buscando el bárbaro para probar del todo las suyas con las de los españoles, irritándolos por mil caminos, y uno de ellos, y el que últimamente dispuso la guerra fué, que apenas había llegado el General á Tunja de Sogamoso, cuando le llegaron quejas de indios nuéstros amigos convecinos del Duitama, de los agravios que les hacía por ser de nuestra devoción, y porque veía preso al Tunja, á quien él tenía dada una mala paz, que sólo la guardaba mientras el Tunja le tenía las armas sobre la cabeza; y así ahora viendo la suya, quiso mostrar sus asedias contra el mal tratado á sus fieles vasallos y contra los nuéstros, sabiendo que habían tomado debajo de su amparo al Tunja y á sus buenos amigos, para cuyos intentos, y para que no le cargase á él toda la culpa, sino que hubiese en quien repartirse, si acaso no salía con la suya, convocó á todos los Caciques que hay desde su ciudad hasta los postreros de la provincia y Reino del Tunja, que es del Chicamocha, porque desde allí para adelante hacia la ciudad de Pamplona comienzan los indios Laches; de suerte que desde Chicamocha se fueron juntando los Caciques de Suatá, Ocavita, Onzaga, Sátiva, Chitagoto, Susa, Cerinza, que ahora se llama Ceniza, Tutasa, Tupachoque, sin que se olvidasen de avisar al Cacique Icabero con otros buenos y estimados Capitanes, que por todos se juntaron nueve ó diez mil indios, que fueron los que después acometieron á los nuéstros que iban con su General Quesada.

2.° El cual oyendo las quejas que le daban del Tundama, y no habiéndole aún pasado la gana que tenía de quitarle los bríos, y de dar una vista por todas las ciudades de aquella parte antes que dejara á Tunja, salió de ella con los caballeros y soldados que le parecieron muy á propósito, y yendo caminando por el mismo camino que había llevado á Sogamoso, llegó á aquel pueblo de Paipa,

que aunque era muy amigo del Tundama que del Tunja, hubo de hacer de tripas corazón, y mostrando el suyo razonable, los recibió á los nuéstros de tercero hospedaje quien aun del primero quedó cansado. Hicieron allí asiento para informarse de los ardides y gente dispuesta del Tundama, de quien ya tenían noticia la andaba juntando, y viniendo á entender tenía el lugar donde pensaba dar la guazabara, hechos unos hoyos bien hondos, con estacas de puntas tostadas dentro, y sobre cubiertas de falso, por donde cayesen los caballos y peones y quedasen estacados. Hicieron los nuéstros poner señales secretas para librarse de ellos, aunque siempre tuvieron que no se había de atrever el Tundama á presentarles batalla. Cansado ya el Paipa de huéspedes, ó por irritar más al Duitama, enviarle quejas diciéndole que los españoles le comían y echaban á perder sus sementeras y maíces, que no era bien las consintiera en sus tierras, para que no fuesen á más cada día aquellos estragos, los cuales sabidos por el Tundama, envió al General muchos indios cargados de comidas, y á decirles que sin hacer más daño del hecho, se saliese de la tierra, si no quería ver la ruina y destrucción suya y de sus compañeros, pues él con sus armas les haría que fuesen más bien mirados en tierra ajena, y les daría el castigo que su demasiado atrevimiento merecía. El General con el deseo que tenía de su amistad, le envió á decir que hasta entonces no se le había hecho á él ni al Paipa ningún daño notable en sus tierras porque no venían á eso, sino á procurar su amistad, con que cesarían todos los daños de la guerra, y para que reconociese por supremo señor al Rey de Castilla, cuyo vasallo él era, como otros principales señores de aquella provincia lo habían hecho, con que vivían contentos, por ser sujetos de un Rey tan poderoso, y que tenía á cargo la administración de todas estas tierras y gentes de ellas, y que si lo hacía así como él se lo enviaba á rogar, le haría entera satisfacción de todos los daños que de él y de sus compañeros hubiesen recibido. La arrogancia del Duitama y la presunción que tenía de ser él y sus vasallos los más atrevidos de toda la gente de aquellas provincias del Tunja, le cerró las orejas al recado que le envió el General, de manera que no haciendo caso de él, lo hizo de honra de pasar adelante lo comenzado y así con más veras le envió á decir al General por la mañana otro día, que dejase la tierra sin dar lugar á dilaciones, porque donde no las daría el más de cinco soles que cuentan ellos cinco días para venir á echarlos con sus vasallos, pues tan protervo estaba en tierras que no eran suyas.

3.º No se acababan de persuadir el General y sus capitanes por conocer el ánimo de los moscas que lo había de tener Tundama para lo que decía, y ya que fuese no para el quinto día como había avisado, y así hay quien diga que aquel día se fueron algunos de los soldados á caza de venados, de que tiene hartos la tierra, pero no iba el sol muy alto el día que señaló el Cacique, cuan-

do vieron los nuéstros cubrirse aquellas cumbres con nueve ó diez mil indios guerreros, en tres formados escuadrones, bien prevenidos de sus comunes armas: macanas, dardos, hondas, tiraderas y otras del mismo pelaje, con encrespados penachos de bellas plumas de guacamayas y papagayos, fundados muchos de ellos en anchas cintas de fino oro, engastadas á trechos lucidas esmeraldas, brazaletes y corales de finas cuentas con canutillos de oro á trechos: insignias con que se diferenciaban de los demás la nobleza, que juntos á bulto, era agrado verlos. A los cuales luégo que los nuéstros dieron vista, y se vido que iba de veras la embajada del Cacique, se fueron acercando hacia donde venían y llegando por una llanada con buen orden junto al pueblo de Bonza, encomienda que después fué de Pedro Núñez de Cabrera, que en esta ocasión estaba al lado del General Quesada, les hizo á todos el mismo General una discreta y bien eficaz arenga de las que él sabía hacer en ocasiones tales, al fin de la cual se juntó con el principio de la guazabara, pues á las últimas palabras, por estar ya cerca los indios, comenzó el primer pedrizco de sus hondas, acompañadas de nubes de dardos, pues como llovidas caían sobre los nuéstros, los cuales divididos en tres partes, acometieron á una á todos tres escuadrones, el General y Pedro Núñez de Cabrera con otros de á caballo y algunos peones embistieron con él á un escuadrón, hiriendo, matando y atropellando con los caballos á una y otra parte con tan buen brío, como de tales caballeros se esperaba, en que se señaló mucho Antonio Bermúdez, que con su espada y rodela mostró bien sus valentías. Acudieron al otro escuadrón el Capitán Juan de Céspedes y Gómez del Corral, que no hicieron menores hazañas: otros caballeros y soldados de á pié tomaron á su cargo el tercero, en que se hubieron con tan buenos bríos, que presto les hicieron á los enemigos perder los suyos, que luégo se mostró ser pocos en viendo que morían algunos á los primeros encuentros, porque la cobardía de estos pobres indios en viendo á su compañero muerto, les hace temer igual fortuna, y dándose por vencidos, procuran la huída, como aquí lo hicieron todos con brevedad, aunque si fuera con más no quedaran tan muertos y mal heridos, sin suceder en los españoles, ni en los indios amigos, que también peleaban, desgracia de consideración, más que en el indio guía que los había sido para traerlos al Tunja y Sogamoso, que como dijimos era Gobernador del valle y pueblo de Baganique, al cual le vino su muerte envuelta en una poca de codicia, y fué que cuando hubieron de disponerse para entrar en la batalla, se ordenó entre los españoles que los indios amigos llevasen todos penachos de plumería verde, para que con aquella diferencia, cuando los viesen entre los otros, supiesen los nuéstros que eran de los amigos, con lo cual quedaron libres todos los demás fuera de éste, el cual, como después se conoció, viendo muerto un indio en la batalla de los más principales, que traía

ún penacho gallardo, y de mucho valor por el mucho oro y esmeraldas sobre que se fundaba, quitóse el suyo y poniéndose éste, prosiguió en pelea, en la cual, como andaba envuelto con los demás, sin la diferencia que iban advirtiendo los españoles, alguno le pasó el cuerpo con la lanza, como se halló después de la refriega, que contando á los amigos, y viendo no faltaba otro, le fueron á buscar, y hallaron entre los cuerpos muertos de los otros, que con esta desgraciada muerte, la había tenido en vueltas de los demás, que fué de notable sentimiento para todos. Desbaratados y huídos los demás, cogióse de los muertos razonable despojo de los asientos de los penachos, brazaletes y collares, con que dió el General la vuelta á Paipa, dejando algo castigado al Duitama.

CAPÍTULO XXVIII

CONTENIDO: 1.º Segunda batalla con Duitama y Sogamoso de ayuda—2.º Noticias que dan los Tunjas de Bogotá y valle de Neiva—3.º Determinan los españoles de poblar en la tierra. Llegan á Suesca y dejando allí el cuerpo del ejército, van á buscar el valle de Neiva y hállanlo.

QUEDANDO con el suceso de la guerra el Tundama más corrido que sujeto, hizo saber el caso al Sogamoso, pretendiendo con su ayuda la venganza de los españoles, en que no hubo dificultad de parte del Sogamoso, por no haber aún digerido los sentimientos que le habían quedado del saco de su casa y pueblo con el incendio de su tan celebrado templo, y así juntando sus deseos con los del Duitama, trazaron el modo que tendrían en la ejecución de sus intentos. Entretanto, como los que el General tenía de descubrir los llanos no se habían conseguido con la enviada al efecto al Capitán Sanmartín, le pareció serían fácil de conseguirse, por más abajo de donde lo tenían intentado, envió algunos soldados desde Paipa, que fuesen al pueblo de Cerinza ó Ceniza, y desde allí se informasen de la entrada que podían tomar para sus intentos; hiciéronlo así los que envió, pasando hasta el pueblo de Onzaga, desde donde se volvieron á Paipa por ver la imposibilidad que había de pasar adelante por la fragosidad del camino. No se descuidaban entre tanto el Duitama y Sogamoso de inquietar con asaltos á los nuéstros, habiendo tomado para sus retiros por fortaleza unas islas que hacen en el pantano que llaman de Duitama, donde en tiempo de aguas se recogen tantas, que hechas laguna, hacen tan hondable el paso de la isla que cubren á un hombre, y cuando menos se ha de pasar el agua á los pechos; desde allí enviaban sus indios al desasosiego de los nués-

tros, los cuales siempre los desbarataban y hacían volverse al agua, de donde volvían á salir tantas veces, que enfadados los soldados, se determinaron á irles siguiendo una vez hasta la isla, como lo hicieron por la parte menos fondable, hasta que llegaron á tomar tierra en ella por dos ó tres partes, para haber á las manos los Caciques; pero como no pudieron por todas por ser pocos, tuvieron por donde escaparse, y así sólo pudieron aprovecharse los nuéstros de algún pillaje de oro, aunque poco, porque la gruesa de él estaba en reeado en otra parte más segura; cogieron también algunos indios, con que se volvieron á Paipa y desde allí á Tunja.

2.° A donde esforzaron las nuevas que días había tenían de las riquezas del Bogotá, con lo que el Cacique é indios decían que si tuviesen suerte de prenderle, la tendrían de grandes tesoros. Tiraban con esto los tunjas á dos fines, que eran desear ver despojado al Bogotá, su enemigo, como ellos se veían; porque si sucediese el haberse de proseguir entre los dos las guerras, le quedaban conocidas ventajas al Bogotá, teniendo enteras sus riquezas, y estando el Tunja sin ellas, y no pienso tenían por importante el otro fin, que era echar de sus tierras á los españoles, á los cuales para obligarles más á insistir, añadían que más adelante del Bogotá, hacia la parte del Sur ó mediodía, había un famoso valle, y bien poblado de gente; cuyo señor se llamaba Neiva, tan llena la tierra de minas y él de riquezas, que tenían el oro tan á montones como ellos los tenían de maíz, y que sobre todo tenían una casa hecha en una laguna, fundada sobre colinas de oro, en medio de un pilar muy grueso de lo mismo, que era su adoratorio, á donde entraban con canoas á hacer sacrificios.

3.° Por éstas y otras noticias, vistas que tenían dadas á los llanos, que después se llamaron de Venezuela, y por la experiencia que tenían de las tierras que pisaban, ya toma el General y sus Capitanes y soldados el tratar de propósito si sería bien poblarse en ellas, porque de las más que medianas muestras que habían hallado de esmeraldas y sus minas y las muy buenas que habían hallado de oro, cuyas minas también se persuadían estar en la tierra fría aunque no lo sabían aún de cierto, y la muchedumbre de los naturales que había que no les parecía á los más y más bien acordados del ejército, cosa de menospreciar, y tener en poco lo que habían descubierto, sino procurando conservarlo permanecer en la tierra, sin aventurarse á lo que no sabían que habría en otras partes, que cuando se hubiesen cansado de buscarlas, sería harto hallarlas tales como las que poseían, y así se determinaron hacer asiento en la tierra, y ir desde luégo poblándola. De donde salió luégo apeada esta otra dificultad sobre dónde poblarían, si en Tunja, donde de presente se hallaban aficionados á la tierra, por haber sido el principio de la paga de sus trabajos, con oro y esmeraldas; ó si comenzarían á poblar en Bogotá, tierra

más llana, apacible y más bien dispuesta, y supuesto que no podían poblar en dos partes por entonces, por ser pocos para dividirse, deseaban el acierto en el primer sitio que se tomara. Al fin el que siguieron, después de varios pareceres, fué poblar en el valle de Bogotá, por las razones dichas, y que estando cerca del Bogotá, y de asiento en su tierra por las continuas persuasiones que se le podían hacer, se podría tener esperanza de su reducción ó amistad un día que otro, y tras él los Caciques que por su respeto estuviesen rebeldes. Tomada esta resolución, para comenzar á ejecutarla, mandó el Teniente General Quesada que todos se dispusiesen para salir otro día de Tunja, la vuelta de Suesca, á donde dicen algunos llevó presos al Rey Tunja y á sus principales, pero lo cierto es que antes que saliera del pueblo, que fué otro día, lo soltó y dejó libre á los suyos, encargándole la paz y amistad que debía tener de los españoles y asegurándole de que se la guardarían y defenderían en todo. Fué esto de harto provecho para los nuéstros por haberla jamás quebrantado mientras él vivió, con que pudieron siempre andar con seguro de toda la provincia de los tunjas; de donde salieron y llegaron en tres ó cuatro días á Suesca, determinando allí el General de ir en persona al valle de Neiva, dejando el resto del ejército allí en Suesca, y así á dos días de como llegaron, tomando en su compañía diez de á caballo y veinte peones, y dejando á su hermano Fernán Pérez de Quesada en su Lugar-Teniente de los que quedaban, se partió la vuelta de Pasca, qne es el camino del valle de Neiva, pueblo ya conocido del Capitán Juan de Céspedes, desde cuando salió de Bogotá á la jornada de los panches. Pasaron adelante con las guías que llevaban por páramos fríos y tierras fragosas, por ser doblada y de montañas, hasta que cayeron sobre la mano derecha al dicho valle de Neiva, á donde se les huyeron las guías por conocer ya las enfermedades de la tierra, como las experimentaron los nuéstros pues tres de ellos y casi todos del servicio de indios que llevaban quedaron muertos, porque sus muchas humedades causadas del río grande de la Magdalena que pasa por medio de él, desde que nace á pocas leguas más arriba de donde el valle comienza, y de otros ríos que de una banda y otra le entran, son causa de muchos accidentes de calenturas, ayudando á esto ser la tierra calidísima, por ser baja y herir los rayos del sol muy derechos y perpendiculares, por no estar aquellas tierras más que grado y medio escasos apartadas de la línea equinoccial á la parte del Norte, de donde aunque experimentado no haber filosofado bien los antiguos, que dijeron no ser habitables de animales las tierras de debajo la línea, ni aun debajo la zona tórrida, también experimentaron ser harto enfermas y desacomodadas para la vida humana, como de otras muchas partes de junto á la línea se tiene larga experiencia.

CAPÍTULO XXIX

CONTENIDO: 1.º Hallan poca gente en el valle y un indio que les dió cantidad de oro—2.º Infórmase de lo que era la casa de los pilares de oro, y salen enfermos del valle—3.º Parten en Bogotá entre todos el oro recogido en toda la jornada—4.º Guerras con los indios del Bogotá y noticia que tuvieron de él.

POR las razones dichas hallaron en la tierra poca gente y ésta retirada á las márgenes del río Grande, por hallar algún amparo contra la fuerza y calor del sol, con el fresco de las aguas, donde de ordinario se bañaban, costumbre ordinaria de todos los indios, andar siempre como patos aun en tierras muy frías y de páramo, á que están tan acostumbrados, que en acabando de parir la india en tierras frigidísimas, la primera estación que hacen es meterse en el agua de un río á labarse ella y su criatura, porque ni han menester partera que las ayude, ni vecina que las regale, que es una de las cosas más notables que se han hallado en estas Indias, no haber hallado una partera en cuanto se ha descubierto de ellas, ni mujer estéril. Llegaron los españoles á dar vista al río Grande, que fué la primera vez que se le dió de españoles por aquella parte, en cuyas riberas hallaron algunas casas despobladas, por haberse pasado los moradores á la otra banda, sabiendo la venida de los nuéstros, desde donde les daban grita cada mañana, amenazándolos porque se habían entrado á traición en sus tierras, por lo cual les causó admiración ver que de entre ellos saliese un gandul, mozo bien dispuesto y de robustas fuerzas, y arrojándose al río vino nadando hacia donde estaba nuestra gente, á la cual se vino sin muestras de recelo luégo que tomó la ribera, y llegando á ellos, sin hablar palabra, sacó de su zurroncillo ó mochila catorce corazones de razonable hechura de oro fino de veintiun quilates, que pesaron dos y setecientos ducados castellanos y se los dió, con que se les quitó algo de la melancolía que traían en tan mal país, pareciéndoles que aquéllas eran muestras de mayores riquezas, que eran las que los traían en aquellos pasos. Acariciaron al indio con palabras y demostraciones de amor, gratificándole el presente con unos cuchillos y tijeras, con que el pobrecillo quedó tan contento, que luégo se le movió el corazón á irles á traer otras, como lo hizo volviendo á pasar el río, y amaneciendo otro día en el mismo puesto con otros tántos y tan buenos corazones postremos de los que los recibía, volviéronle á dar al indio algunas cuentas de vidrio y un bonete colorado, encargándole les trajese mucho de aquello, pareciéndoles habían ya hallado abierto algún manantial de oro, pero con aquello se gastó, pues volviéndose á ir el indio, nunca más lo vieron.

Tomaron algunos soldados la margen del río arriba en busca de algún na-

tural que pudiesen haber á las manos para informarse de aquella casa fundada sobre columnas de oro macizo, que era lo que les había sacado de las suyas, y al fin hallando de quién saber la verdad, vinieron á entender que lo era, que cerca de aquellos ranchos donde se hallaban los nuéstros tenían los naturales una casa de adoración donde veneraban al sol en un madero grueso que sustentaba el buhío, el cual tenían cubierto de chagualas ó láminas de oro, desde el suelo hasta arriba, pero que en teniendo noticia de la venida de la gente nueva á sus tierras, desnudaron el pilar, dejándolo en solo la madera, por lo que podía suceder con los huéspedes, los cuales viendo la verdad con sus ojos, y las muchas enfermedades que les iban recargando, porque hubo vez que sentándose buenos cinco soldados á comer á una mesa, se levantaron todos con calenturas, trataron luégo de salirse de tierra que tan mal hospedaje les hacía, por lo cual le llamaron el valle de la Tristura. Aunque ha sido cosa de espanto ahora aquel valle tan mudado, que parece vende salud á los que viven en él, que no es poca gente, pues estuvo con salud poblada en la villa de Neiva muchos años, y en estos hay Reales de minas de oro donde se conserva la gente muy sana, atribuyéndose esta diferencia á la gran suma de ganado vacuno, que acá se llama cimarrón, porque no se le conoce dueño, que cubre aquellos anchísimos llanos que hay de una parte á otra del río Grande. El cual con sacudir el rocío de la hierba y purificando con su aliento el aire, han venido á quedar sanos aquellos estalajes, como en muchas otras partes de estas Indias ha sucedido. Al fin el General y los demás se veían tan agravados de las enfermedades, que muchos se confesaron para morir, sin esperanza de otra cosa, de que es buen testigo el no hallarse ninguno con fuerza para poder traer el oro que el indio les había dado, y algún otro poco que habían hallado en los ranchos, y así determinaron dejarlo enterrado en parte señalada para volver después por él, como se hiciera, si dos soldados, Pedro Salgar y Juan de Ovalle, que venían algo menos enfermos, no se esforzaran á cargarlo á veces, con que lo llegaron hasta Pasca, donde ya venían los enfermos algo alentados, por haber pasado por tierra fría, que les fué su total remedio á ellos y á los caballos, que venían más enfermos que la gente, á los cuales procuraban regalar, por lo mucho que les importaban. Reformáronse todos en Pasca, desde donde envió el General á llamar á su hermano Fernán Pérez de Quesada que se viniese con toda la gente al pueblo de Bogotá, á donde él también vino de Pasca, á tiempo que todos llegaron casi juntos.

3.º Determinaron luégo que lo estuvieron que se partiese el oro y esmeraldas que se habían juntado en todas partes, dando á cada uno lo que le tocaba, para lo cual se nombraron jueces al modo que se suele hacer en tales ocasiones, y sumando primero todo, se sacó lo que tocaba á los reales quintos, y dividien-

do lo que quedaba en partes, juzgaron caberle á cada parte quinientos y veinte pesos, todo de buen oro, porque así lo era todo, de las cuales dieron nueve partes al Gobernador y Adelantado D. Pedro Fernández de Lugo, por capitulación que de esto se hizo cuando dió su comisión para este descubrimiento al Licenciado Jiménez de Quesada, al cual como Teniente suyo dieron siete. A todos los demás fueron dando según juzgaron cada uno merecía, de manera que á cada uno le vino á caber quinientos y veinte pesos; al hombre de á caballo, doblado, que son dos partes; á los Capitanes doblado que á los jinetes, y por este orden á los demás oficiales, aunque no sin disgusto de los que juzgaban ser mayores sus méritos que las pagas que les daban, y aun los que otros tenían, que iban mejor premiados: suceso ordinario de tales ocasiones, por ser imposible contentar á todos: si bien adivinando el suceso, no entiendo había alguno que no estuviese desagraviado de su mano, desde que fueron comenzando á juntarlo. Sucedió lo mismo con las esmeraldas en el repartimiento y enfados, aunque lo supieron llevar con prudencia, viendo no se había de remediar nada, antes por la mucha que tuvo el General, y á título de qũe se quería partir para España, donde pensaba negociar grandes cosas para todos los soldados y Capitanes, le dieron mucho de las partes que á cada uno cupo, con que juntó una crecida suma de lo uno y de lo otro.

4.º Nunca tuvo descuido el Bogotá de andarles contando los pasos á los nuéstros por sus espías, para proveer en su defensa lo que más seguro le fuese con el cuidado que convenía, y especial le tuvo cuando supo del suceso del Tunja, esperando por su casa y persona el mismo, si no se guardaba como hasta allí ó mejor, y así á la primera nueva que tuvo de que españoles iban la vuelta de Pasca cuando iban á Neiva, la toma él con toda su casa para la del Monte ó Tena, donde estaba cuando volvieron del Valle, y se juntó todo el ejército en su pueblo y palacios, á donde en sabiendo de su llegada, no cesó de inquietar á los nuéstros con continuos acometimientos de mucha gente, sin poder atajar esto la mucha que moría en las refriegas, en las cuales se solían prender algunos indios, con quien enviaba recados el General al Bogotá del deseo que tenía de asentar paces con él, de parte del Rey que lo enviaba, cuya respuesta era proseguir los asaltos, reparándose los indios en los alcances que los nuéstros les hacían en los pantanos y ciénegas que se hacen cerca del pueblo, de las inundaciones del río del Valle, fortificándose en algunas islas que hacen las lagunas. De donde no les faltó industria á los soldados ahuyentar á los indios, entrando á ellos el agua á los pechos, porque los caballos, por el mucho ciénego, no se atrevían. Sucedió un día que volviendo los soldados al pueblo de Bogotá de seguir un alcance donde quedaba hecho harto estrago en los indios, los Capitanes Maldonado y Lázaro Fonte vieron por entre las mariegas y espadañas de un pan-

tano dos bultos, que á la primera vista les pareció que eran fieras, y allegándose con sus caballos, hallaron dos indios, y cogiéndolos y llevándolos al alojamiento donde les preguntaron la causa de estar allí escondidos, respondieron ser criados del Cacique y señor de Muequetá, el cual los había enviado á acechar en secreto y ver lo que pasaba en la guerra y saber cómo peleaban los indios con los españoles para darle noticia de todo. Viendo el General la ocasión tan buena que le había venido á las manos para ver en ellas al Bogotá, por ser aquellos indios enviados desde donde estaba, y que no podían dejar de decir dónde era su retiro, les comenzó á preguntar él, y ellos á negar y decir que no sabían en especial acierto; uno que era más viejo, advirtiendo, como más experimentado, el inconveniente que se podría seguir de descubrirlo, por lo cual le pusieron á cuestión de tormento, considerando lo mucho que importaba para la paz universal de aquella tierra el ser descubierto y preso el Bogotá. En el cual tormento estuvo tan negativo, que aunque se le iban aumentando, quiso más morir miserablemente en ellos, que declarar dónde estaba, de cuyo suceso tomando escarmiento el otro indio que era más mozo, quiso más su vida que la de su Rey y declarando dónde estaba retirado, se ofreció de guiar allá á los españoles.

CAPÍTULO XXX

Contenido: 1.º Muerte del Bogotá con una zaeta, y sepultura donde no se ha podido hallar—2.º Vuélvense los españoles al pueblo, donde saben la nueva de su muerte—3.º Introdúcese un nuevo Rey sin venirle de derecho.

Partióse el General, sin dilatar la ocasión, á prima noche con la mayor parte de caballeros y peones, y caminando toda ella hasta pocas horas antes que se acabara, fueron á dar por donde los llevaba el guía á los aposentos de campo y cercado del señor Hisquesuza, que los hallaron cercados de innumerables indios, los cuales, como se vieran sobresaltados, queriendo huir, no acertaban por dónde, aunque luégo comenzaron á tenderse, unos por aquellos, campos, y otros á arrojar tizones de las lumbres que tenían en sus ranchuelos; otros daban desaforadas voces, sin que ninguno atinase á tomar armas, y así fueron desbaratados con las de los nuéstros, ahuyentándose los más á las espesuras de los montes, que no estaban lejos, donde había otros muchos indios que la habían tomado por sus moradas, después que los nuéstros entraron en sus tierras y casas, salió también de las suyas el miserable Rey Bogotá, huyendo de estas tempestades, por un postigo de su cercado, acompañándole algunos señores

de los principales y muchos caballeros de su guarda que le fueron muy fieles, y dando sin pensar con una escuadra de caballos y peones, y sin saber tampoco los nuéstros que iba allí el Rey, un peón ballestero llamado Domínguez, disparó á bulto una zaeta, y pasando por entre los demás indios, atravesó al desgraciado Rey por las espaldas, el cual, sintiéndose herido de muerte, avisó á los compañeros que ayudándole como leales vasallos, le llevaron en volandas y metieron en un montecillo que estaba cerca, porque no quedase entre sus enemigos, donde rindió miserablemente la vida, bañándose en su sangre, el que podía haber tenido mejor suerte si hubiera salido de amistad á los españoles, bañándose en el agua del Santo Bautismo; pero estas suertes están en las manos de Dios, y las libra á quien quiere en sus Divinos Tesoros. Los Usaques ó caballeros lo debieron de enterrar á su modo, según las angustias del tiempo y de la guerra les dió lugar, pero en alguno tan oculto que hasta hoy no se ha sabido, aunque no han faltado apretadas diligencias en buscarlo, por saber se enterraron con él innumerables riquezas, según su costumbre, y así aunque algunos años después andando rastreando con noticias ciegas por aquella tierra un portugués Gaspar Méndez, dió con una sepultura fresca, de donde sacó, en lucidísimas joyas, más de ocho mil ducados de oro fino, nunca se tuvo por cierto ser aquél el sepulcro del Bogotá, por ser poco el oro que tenía dentro, y no estar el cuerpo que se halló dentro, sentado en silla de oro, como acostumbraban poner los cuerpos de los Bogotaes, y así se juzgó ser de algún Usaque ó caballero que debió de morir en el conflicto de aquellas batallas, ó á vueltas de los que murieron con el Bogotá, cuya muerte, según salió la fama, no fué tan sentida ni llorada como la de los otros, por haber tratado á sus vasallos con tiranía.

2.º No entendieron los nuéstros por entonces la muerte del Rey, y así no trataron de hacer diligencias ningunas sobre ella, pero hiciéronlas en saquear sus casas, donde hallaron algunas finas telas de algodón, y una totuma ó vaso liso de oro fino, llena de tejuelos de lo mismo, que vino á pesar todo mil ducados castellanos, que según pareció le había traído de tributo aquella su fatal noche alguno de sus caballeros ó Usaques; halláronse bien proveídas las reales despensas de toda suerte de caza: conejos, tórtolas, perdicillas, curíes, que son al modo de conejos, cien venados recién muertos, que todo se había traído aquella noche. Todo lo cual llenó bien poco la hambre de los soldados, porque no era de eso sino de hallar en qué hacer otra partición como la pasada, como si no se hubieran de quedar con las mismas quejas y hambre que se estaban de la otra; pero aun por barruntos no pudieron rastrear el camino de sus riquezas, y así volvieron á tomar el de su pueblo. Viniéndolos en todo los indios, que aunque tampoco sabían la muerte, picando en la retaguardia por estarse todavía en los temores que les tenía puestos el Bogotá, si no andaban en todas oca-

siones persiguiendo á los nuéstros, los cuales aunque no pudieron hacer más que irse reparando mientras duró la fragosidad del camino, luégo que llegaron á lo llano, pudieron con los caballos desbaratarlos del todo, sin que los enfadasen más hasta que llegaron al pueblo de Bogotá y supieron su muerte de algunas de sus mujeres que se habían venido al campo de los españoles, los cuales recibieron notable pena, así de la muerte, como de que hubiese sido tan desgraciada con quien pensaban se harían las amistades, y con ellas la de todo su pueblo.

3.º Pero con la muerte violenta del Rey é inquietudes de su Reino, pasaron adelante las de los nuéstros, porque luégo intentó un caballero llamado Sacresasigua ó Sagipa, introducirse tiránicamente en el Reino, sin dar lugar al Cacique de Chía, que era legítimo heredero, tomando atrevimiento para esta intrusión, de verse bien acreditado entre los principales del Reino, y haber sido Capitán general, y como su Lugar-teniente del Bogotá en las cosas de la guerra y gobierno; y que por ser liberal los tenía obligados con buenas obras, porque era hombre rico, á que le ayudaba mucho el ser de muy buena persona, presencia agradable, afable con sus palabras, bien criado con todos, con que les vino á ganar las voluntades, de manera que le vinieron á reconocer obediencia y tenerle por su Rey, sin más razón que su buena industria, la cual también tuvo para convocar luégo á la guerra á todos los principales con sus vasallos, á título de pretender echar de sus tierras los españoles, que tan atemorizados los traían, y así acordó luégo el poner por obra el atemorizarlos á ellos con tan continuos y obstinados asaltos, que no les dejaba á los nuéstros comer ni dormir sin continuos sobresaltos, y las armas en las manos, si bien llevaban siempre las suyas en las cabezas, con que venía á perder la confianza que le daban los bríos del Rey nuevo, de poder desarraigar de sus tierras á los nuéstros, los cuales siempre estimaron por digno de aquel Reino en que le veían en posesión por el buen brío que conocían en él según el modo y cuidado que tenía en las cosas de la guerra, y otras muchas y muy buenas partes que de él se publicaban, callando todos el no ser legítimo sucesor en el Reino, con que los nuéstros no lo vinieron á entender por muchos días; pero como éstos sean pregoneros de los secretos, y á los grandes señoríos vaya siguiendo la envidia como la sombra al cuerpo, y ninguna cosa violenta pueda ser perfecta : todas estas cosas se le fueron siguiendo y comenzando á desmoronar el muro de aquella grandeza en que violentamente y sin escala de sucesión se había subido Sacresasigua, porque había dos insignes Usaques ó caballeros, descendientes por vía recta de sangre real, naturales de la misma ciudad de Bogotá, el uno Caximimpaba, el otro llamaba Cucinemegua, que murmuraban á descubierto el hecho de Sacresasigua, y de la violencia con que había usurpado el Reino, siendo heredero legítimo el Chía. A los cuales no dejaban de allegárseles otros caballeros con los mismos senti-

mientos que no habían atrevídose á sacar á luz por serlos, pero en teniendo quien les ayudaran, se hartaron de recogerlos en los pechos, y sacándolos á vista de muchos, ya andaba la práctica entre muchos, de manera que el nuevo Rey lo vino á entender, y saltearse de temor por lo que le podría suceder, porque los casos arduos y mal fundados están siempre expuestos á tiro de bombarda para su ruina.

CAPÍTULO XXXI

CONTENIDO: 1.º Determínase el Bogotá Sagipa de salir de paz á los españoles—2.º Júntase con ellos, y lo que dijo y se le respondió en orden á la paz—3.º Pide favor Sagipa á los españoles contra los panches—4.º Ofrécenlo y dispónese la entrada en los panches.

ESTOS temores le hicieron perder al Sacresasigua los que tenía á los españoles, y escogiendo de dos males que lo amenazaban el menor, trató de su pensamiento y por más acertar con sus amigos que sería bien tener por tales á los españoles, con cuya amistad y valor tan conocido se podía amparar de la sedición que se iba levantando contra él entre los suyos, y así resolviéndose con buena prudencia y consejo de sus aliados en estos intentos, dió juégo de mano á los que tenía de seguir con obstinación la guerra contra los nuéstros hasta echarlos de sus tierras, y teniéndose por dichoso ya tenerlos en ellas, trató luégo, temiéndose del peligro en la tardanza, de ir él mismo en persona á sentar amistad con ellos, viendo que no podía por otro camino, de los muchos que intentó primero, quitar de por medio aquellos dos caballeros émulos suyos, por ser personas de tánto valor y que por él tenía mano y favor, no sólo de todos los Usaques, sino de la gente vulgar y común, y así haciendo venir á su casa á los más principales caballeros, sus amigos, y teniendo ya dispuesto un rico y agradable presente de oro, esmeraldas, telas de algodón y comidas, salió acompañado de sus Usaques, tras de una larga procesión de sus criados que iban cargados con la ropa, joyas y lo demás que llevaban al General, á quien envió adelante un recado significándole sus intentos, y que se sirviese en recibirlos y á su persona en su servicio y amistad, porque él venía ya á hacer en persona lo que le ordenase, en confirmación de la que deseaba hacer á él y á todos los suyos. Recibió el recado el General con increíble gusto, con todos los demás sus compañeros, y apenas había dado la respuesta, llena de mil cortesías y agradecimientos por la determinación del Cacique, cuando llegó otro recaudo diciendo que ya llegaba al pueblo, de donde fué menester saliesen los más prin-

cipales Capitanes á recibirle aprisa, porque él traía por la que le daban sus deseos de verse ya con los nuéstros, de que hizo conocidas demostraciones cuando se encontró con los Capitanes, los cuales le acompañaron desde fuera del pueblo hasta traerlo á donde estaba el General, que le recibió con mucho gusto, acrecentándosele á él y á los demás españoles con ver su compostura, gallarda gracia y disposición de su persona, de quien cualquiera buen entendimiento juzgara ser bien empleado el señorío de que gozaba, él que no desdecía la riqueza del presente que envió delante, sin el cual bien pienso no parecieran también sólo gracias naturales.

2.º Junto, pues, Sagipa ó Sacresasigua, que ambos nombres tenía, con el General Quesada y sus soldados, de los cuales ya algunos entendían bien la lengua mosca, con la que era más experta, comenzó el Bogotá á declarar su pecho diciendo: "Ya sabéis, gran Capitán, ser muerto á vuestras manos, en la guerra que se tuvo en su cercado las noches pasadas, el gran Rey de toda esta tierra; Tesquesucha, y yo que le sucedí en su Reino, por su muerte, comencé por muchos caminos á intentar la venganza de ella, en que como veis no he acometido vez que no me haya salido contraria, por vuestra mucha industria, valor y fortaleza, acompañada de dichosas suertes con que os las podréis prometer buenas en el señorío de estas tierras, por el invencible ánimo que mostráis, y así el que yo hasta aquí he mostrado contra vosotros, quiero convertirlo en amor y amistad, confiado en que me la guardaréis, pues cuanto más uno tiene de valiente, tanto más ha de tener de fiel y amigable á quien se le rinda y humilla, y pues el cielo ordena que yo lo esté á vuestras disposiciones, á ellas me sujeto con confianza de que en mis necesidades tengo de hallar favor en vosotros, como en mí le tendréis seguro en cuanto se os ofreciere, sin que en esto sintáis en mi flaqueza, porque no sé moverme á todos vientos, en especial con quien doy una vez palabra de seguro". "Bien lo puedes estar, Sagipa, respondió el General, que ha sido tu venida y presencia para mí y mis compañeros de mucho gusto, porque de todo nos prometemos sea de seguir el de todos, pues tu venida de paz ha de ser para que vengan á darla tus vasallos, de quien tan justamente eres señor, como lo muestra tu real persona, que da bastante prueba con la generosidad que hasta aquí has mostrado ser tu sangre de la nobleza de quien dices que desciendes. Esa se te respetará como es razón, si tú la hicieras guardándonos leales correspondencias en las amistades que te prometemos desde luégo, como darán testimonio las obras en que nos quisieres emplear; pero sabrás que la obediencia y amistad que recibimos de ti, la admitimos en nombre de un gran Rey cuyos criados somos y por cuyo mandado venimos de tierras muy apartadas, donde él está para que los de ésta le reconozcan vasallaje, como otros grandes príncipes y señores lo hacen, por donde os vendrán grandes provechos

á las almas y los cuerpos, con seguridad de vuestros estados, de quien se pretende más el aumento que la ruina". Dió muestras el Cacique de mucho contento en querer obedecer á señor que tántos obedecían, con que se despidió, no olvidándose de visitar cada día los nuestros amigos con su persona y comidas, de que andaba todo el ejército abundante, y con mucho gusto para la paz y amistad que se había hecho con el Cacique.

3.° El cual, dentro de pocos días conoció de la importancia que le era la amistad de los españoles, en una ocasión que se le ofreció con los indios Panches, que entrando sin ser sentidos en sus tierras, hicieron crueles estragos en las comidas y gente, llevándose mucha para sus carnicerías, de que no se veían hartos los de esta fiera nación. A la cual queriendo ir á castigar el Sagipa luégo que lo supo, le pareció buena ocasión para probar la palabra que le habían dado los españoles en el favor que le hiciesen de ayudarle en lance tan forzoso, donde le iba su honra; pues por ventura habían hecho aquella entrada los Panches, por dar ocasión en que se conociesen los bríos del nuevo Rey con quien pensaban continuar sus guerras como con los pasados bogotaes; y así, viniendo luégo á verse con el General Jiménez, le relató el caso y sus intentos, diciéndoles que debían ser los mismos los suyos y de sus soldados, pues la amistad y palabra que se habían dado se extendían á tomar aquel agravio por propio, porque á los amigos las cosas prósperas y adversas han de ser comunes, y con tales favores como vuestros fuertes brazos, quedarán quebrantados los de mis enemigos, que ya también son vuéstros, para que sus bríos se amainen, viendo que no las han con los que hasta aquí, sino conmigo y con vosotros, de cuyo valor no están olvidados desde la guerra pasada que tuvisteis.

4.° Luégo que oyeron las razones del Sagipa el General y Capitanes, juzgaron ser su petición justa, y no excusándose de acudir á ella, pareciéndoles también se harían de un camino dos mandados, pues demás de acudir al cumplimiento de las obligaciones en que se habían metido con Sagipa, podría suceder tratar algunas amistades con los Panches, pues era forzoso haberlos de tener por vecinos, según estaban yá determinados de poblar en esta tierra del Bogotá, le respondió el General: «Ocasión es ésta, amigo Sagipa, en que entenderás por experiencia no te faltaremos en la palabra dada; y así tomando, como tú dices, tus agravios por nuéstros, no te dejaremos ir solo á vengarlos, y para que más por entero conozcas la amistad que te deseo hacer, no excusaré el acompañarte en persona con los más lucidos de mis Capitanes y gente; por tanto apercibe la tuya y avisa cuando lo esté, para que luégo salgamos, porque yo con la mía yá lo estamos». No sabía Sacresasigua con qué palabras agradecer al General las que le dijo, y así, haciéndole con las que pudo mil profundas sumisiones y salemas, se despidió á dar orden en apercibir y juntar las

armas y gente de que provino en breve tiempo doce mil combatientes yá cursados en refriegas con los mismos Panches, y estando yá todos con sus armas á pique para la salida, dió aviso Sagipa al General Jiménez de Quesada.

CAPÍTULO XXXII

Contenido: 1.º Dase la batalla el primer día á los Panches—2.º Échaseles una emboscada para el segundo día—3.º Vuélvese á dar la vuelta el segundo día y quedan los Panches desbaratados—4.º Tratan de dar la paz á los españoles los Panches.

YENDO todos los indios guerreros á la orden de los nuéstros, salieron todos marchando hasta llegar á los Panches, á quienes no hallaron ni un punto descuidados, pues eran tántos los espías que tenían puestos desde las primeras entradas en sus tierras, que era imposible entrarles un hombre de día ni de noche en ellas, sin que fuese sentido; y así, en sabiendo la venida del Sagipa con tan grueso ejército al abrigo de los españoles, refrescando la memoria de la desgraciada suerte que habían tenido con ellos en la guazabara pasada, y que la mayor causa del suceso habían sido los caballos, de quien no les había salido aún el temor del cuerpo, acordaron tomar puesto en los altos y asperezas donde sabían eran inútiles en ligereza y fuerzas, aumentando ellos las suyas con infinidad de galgas de que estaban bien prevenidos, arma terrible y de más de marca para quien tiene las cumbres de los montes, que por eso se dijo tiene la piedra y la cuesta. Estando, pues, los Panches con las ventajas de lo uno y de lo otro, en ásperas cuchillas, á la hora que les dieron vista los nuéstros, que era yá sobre tarde, acompañados de sus amigos, se comenzó luégo á dar señal de batalla con las trompetas y tambores cristianos, y con los cuernos y caracoles gentiles, con tánta prisa y ruido, por los muchos que tocaban los indios, que parecía se hundía el mundo con los ecos en las concavidades de los valles y breñas que tenía el sitio, sin faltar correspondencia en los Panches, desde el que tenían, para donde comenzó luégo nuestro peonaje á trepar con mil dificultades y riesgos de las galgas que se iban tan aprisa descolgando, que las unas impedían á las otras, acompañadas de otras piedras bien desembrazadas con ondas, entretejíanse dardos, flechas con arcos, zaetas con cerbatanas, todo en espesas nubes, por las cuales iban rompiendo los españoles, y aun los moscas no se descuidaban de subir y acometer con buen coraje, animados de sus Capitanes y caudillos, á quienes los Panches se avanzaban con tánta rabia como tigres hambrientos á la presa, por estar yá tan cebados en aquellas carnes, como se echó de ver cómo allí á vista de los españoles

en el trance de la guerra mataron algunos moscas, y como perros hambrientos se arrojaban á beber la sangre como iba saliendo de los cuerpos, como si les fuera la vida en ello, trasponiendo los cuerpos que podían en un instante para comérselos después de la batalla y mortandad, la cual fuera mayor en ellos si no les socorrieran los españoles, reprimiendo la furia de los Panches con hechos valerosos, y como de sus bríos se esperaba, no sin peligro de sus vidas, pues llegaron casi á perderlas diez de ellos, por la gravedad de las heridas y fuerza del veneno; pero al fin, con el favor de Dios que ayudó á sus buenos bríos, los tuvieron para reprimir el combate y furia de veinte mil caribes Panches, tan obstinados y porfiados en la pelea, que á no llegar á cubrirlos la noche, lo pasaran mal los nuéstros y los moscas, por no haber sido de provecho los caballos, que por la fragosidad de la tierra, todos se quedaron en los llanos, á donde se retiraron los unos y los otros por aquella noche, subiéndose los Panches á las malezas del alto, poniendo en cobro sus cuerpos muertos, que no fueron pocos, y los de los moscas; prometiéndose de todos buenas fiestas, pues como hemos dicho, para comer en ellas no hacen diferencia de los enemigos á los de los suyos, aunque sean de padres é hijos.

2.º Luégo se trató de curar los heridos con los acostumbrados cauterios, que son el total reparo contra las heridas del veneno, como lo eran todas las que sacaron, pero con la buena diligencia no hubo peligro en ninguno; luégo la pusieron también para el que podía suceder de los enemigos, en señalar centinelas vigilantes por todas las partes de más sospecha, sin dejar de tenerla los nuéstros, y así de amigos moscas como de enemigos Panches: y así tanto se velaron de unos como de otros toda la noche; en la cual haciendo junta de guerra con asistencia de Sagipa para el modo mejor que se había de tomar para seguir la batalla por la mañana, de suerte que bajasen los Panches al llano, donde pudieran ser de provecho los caballos, se determinó de echarles emboscadas en una quebrada de márgenes montuosas que pasaba, no de mucha agua, al remate de las faldas de la sierra donde estaban los Panches, de manera que los dividía á ellos y á los nuéstros con sus moscas, que estaban en lo llano, tierra bien dispuesta para escaramuzar los caballos; con esta resolución y el silencio de la noche se fueron á emboscar entre los árboles de la quebrada el General y su hermano Fernán Pérez de Quesada, los Capitanes Juan de Junco, Lázaro Fonte, Gonzalo Suárez, Juan de Céspedes, Martín Galiano, el Capitán Zorro, Gómez del Corral, Pedro Fernández de Valenzuela, Juan de Sanmartín y Lebrija, por todos doce, de tánto valor y esfuerzo, que me parece los dejara agraviados quien los comparara con los doce Pares; pasaron el resto de la noche entre aquellas sombrías oscuridades de los árboles, habiendo dejado orden de lo que habían de hacer los que quedaban descubier-

tos luégo á las primeras luces.

3.º Y así cumpliendo el orden que les dieron, luégo que despuntó el sol ordenaron á los indios moscas que pasasen la quebrada en escuadrones bien ordenados y comenzasen á subir el cerro por la parte más acomodada para lo que se intentaba, que era cebar los enemigos con fingida retirada para hacerles bajar al llano, pasando la quebrada, donde pudieran ser de importancia los caballos, y los emboscados darles Santiago por las espaldas. Dispuso luégo sus indios Sagipa como quien tenía bien apercibido el orden en el que debían llevar sus escuadrones, y comenzando todos á subir el cerro, mandó Sacresasigua tocar las cornetas y caracoles, y sin detenerse irse acercando al punto de los Panches; los cuales corridos de que los indios moscas tuviesen atrevimiento de llegárseles tanto, viniendo solos, porque veían á los nuéstros y sus caballos abajo en lo llano, como quien se lo quería mirar desde allí la guerra de los unos y los otros indios como unos fieros leones con una ira temeraria, pareciéndoles los tenían ya á todos en sus vientres, según confiaban de la victoria, se desgalgaban por aquellas laderas, saltando por breñas y troncos sin temor de que las ramas se les habían de asir al vestido; á los cuales los moscas con temor fingido les comenzaron á huír, como se les tenía ordenado, volviendo de cuando en cuando á hacerles rostro, con que más se iban encarnizando los Panches, hasta que los bajaron del todo abajo y pasaron la quebrada y monte donde estaba la emboscada de los españoles, á los cuales los del llano hicieron seña, tocando una trompeta, de que era tiempo de salir, como lo hicieron con tan buen ánimo y bríos, que como si fuera un huracán deshecho entre flacas cañas de trigo, así derribaban de aquellos caribes indios que habían cogido por las espaldas, con que les causaron tánta turbación, que no acertaban á poner las flechas en los arcos, la cual aumentó la venida de los caballos, que no fueron perezosos, como tampoco lo andaban los moscas, vengándose de sus agravios, con que fué tan cruel el estrago que se hizo en los desnudos Panches, que ya no quedaba de ellos quien no estuviese muerto ó mal herido, de suerte que los pocos que estaban para ello se valieron de sus pies, tomando las espesuras de los montes, á los que no les atajaban los pasos los moscas, que siguieron el alcance hasta los más metidos escondrijos, donde aún no les parecía estar seguros de tal furia, ni poderle cerrar allí las puertas á la muerte.

4.º Briosos los moscas de haber escapado de sus garras, por haber vencido las de los Panches, se volvieron á bajar á lo llano, donde quedaron los nuéstros y donde celebraron, en lo que quedó del día y la siguiente noche, la victoria con cantares y danzas á su modo, tañendo muchas suertes de instrumentos, que para estas ocasiones y otras de sus fiestas están bien prevenidos, no estando lo poco en ésta los nuéstros velándose con el mismo cuidado que

la noche antes, tanto de los moscas como de los Panches, los cuales advirtiendo lo malo que andaba su partido, después que los españoles les habían entrado en la tierra, como se había visto en la diminución á que habían venido con las dos guazabaras que les habían dado, hicieron junta entre los pocos que habían quedado de la guerra y otros que de nuevo vinieron y tratando de la mucha importancia que les era á los moscas tener á los españoles por amigos, se resolvieron de serlo ellos también, y de irles á dar la paz con algunos presentes de frutos de sus tierras, que era oro, guamas, que era una fruta de unos granos dulces que están dentro de unas vainas largas, anchas ó angostas, según es la casta, porque hay muchas; aguacates, plátanos de muchas maneras, muy buenos, y otras frutas á este modo.

CAPÍTULO XXXIII

CONTENIDO: 1.° Dan los Panches la obediencia á los españoles y hácese amistad entre ellos y los moscas. Con que se viene el escuadrón y moscas al pueblo de Bojacá —2.° Descubre un indio en Bojacá cómo el Sagipa es tirano y tiene los tesoros del Bogotá su tío, por lo cual lo prende—3.° Tiénenlo en guarda segura y hácele el General una plática para que dé el tesoro de su tío.

CARGADOS de su presente y de deseos que lo quisiese recibir el General y á ellos con él, vinieron algunos de los más viejos y principales de los Panches, bien á deshora de lo que imaginaban los nuéstros, porque fué á tiempo que entendían estaban tratando de la venganza, y el volverse á reformar para la guerra, pero ella los dejó tales, que viendo que no podían volver en sí, volvieron á hacer amistad con quien vieron les importaba, y así luégo que llegaron al General, el más viejo habló de esta manera: "La nación de los Panches, que hasta ahora en todas las guerras que le han venido á las manos y ella ha movido á otras, ha sido vencedora y nunca vencida, por lo cual ha sido siempre tan respetada, y ella tan levantada en su pensamiento que siempre lo tuvo de ser tan valiente y señora del mundo: conociendo que son muy mayores vuestras fuerzas que las nuéstras, hemos acordado no tratar más de venganzas en los sucesos de hasta aquí, pues ellos nos han enseñado los intentaremos en vano; sino que nos admitáis por amigos, que lo seremos en lo que quisiéreis emplear nuestras personas, en cuyo principio de reconocimiento os ofrecemos este pequeño dón con nuestros corazones aparejados á vuestro servicio." No se desdeñó el General en recibir el que le hacían en primicias del que esperaba adelante de ellos, como sucedió, pues de allí á pocos

años se conquistaron todos y han sido hasta ahora de gran provecho á los españoles, y así les dió á entender el gusto que tenía con su venida de paz, con que se excusaban tántas guerras como se había comenzado en las pasadas, y así y admitiéndoles sus deseos y amistad en nombre del Rey de España, á quien les dió á entender le habían de reconocer por su señor, declarándoseles el bien que de ahí se les seguiría, los mandó luégo se presentasen, rindiéndole las armas ante Sagipa, como vencidos ante su vencedor, pues aquélla era usanza de guerra, la cual hicieron con tan gran sentimiento que ya les pesaba de haber emprendido lo que les era de igual tormento que la muerte, pero no pudiéndose excusar por salir con las amistades que pretendían con los nuéstros, les obedecieron, y metiéndose nuestros Capitanes de por medio, quedaron entre ellos también entabladas amistades y todos con mucho gusto, celebrándolas á su modo los unos con los otros, hasta que despedidos los Panches, los nuéstros con sus moscas y gusto de vencedores, llegaron al otro día al pueblo de Bojacá, poblado ya en tierra fría, donde estaba infinita gente aguardando la llegada de los vencedores para celebrar la victoria, como lo hicieron con grandes sacras y fiestas, en que se gastó abundancia de vino de la tierra y sus comidas, dándose mil parabienes los unos á los otros por espacio de muchos días, que fueron el remate de los que tuvo el Sacresasigua de gusto en esta vida miserable, que los da siempre como medidos como dedal, trayendo siempre por arrobas los disgustos para claros desengaños de lo poco que debemos fiar en honras tan mal fundadas como son las de esta vida, cuyas encumbradas fábricas cuanto más con su altura pretenden romper las nubes, tántos mayores ruidos podemos esperar en sus caídas ciertas, por la inconstancia de vientos contrarios que á cada instante mueven el harpón de las facilidades.

2.º Viéronse estas tragedias no con personajes fingidos, sino al vivo representadas en los sucesos del malogrado Sagipa, por su intempestiva y temprana muerte que se le fué ordenada, cuando más bien puestos y mejor entablados le parecía tenía sus negocios para perpetua duración; pues entonces la envidia que se había engendrado al principio de su gobierno, creció con la dichosa suerte de la batalla, que fué el comején y polilla de sus días, haciendo que fuesen pocos y con disgusto, porque no pudiendo disimular el que traía su émulo Cajinimipava, se llevó en secreto en el mismo pueblo de Bojacá cuando el Sagipa estaba en lo mejor de sus fiestas celebrando sus trofeos, y le dijo á Fernán Pérez de Quesada cómo aquel Sagipa era tirano y había usurpado el reino de Muequetá, con soborno que había dado á los que le admitieron por su Rey, porque aunque era pariente del pasado, no era el que entraba por herencia, sino el Cacique de Chía, á quien le venía el reino y tesoros; que aquél tenía tiranizado, díjoselo, como dicen, al sordo, no al perezoso, pues no

lo juntamente con otros españoles que le vinieron á entender en meter luégo una petición ante su hermano el Teniente General, en que requería mandase prender al Sagipa, y tener en la cárcel con prisiones, hasta que diera cuenta del estado y riquezas que tenía usurpadas del Cacique difunto de Bogotá, pues por derecho el muerto las tenía perdidas, por las rebeldías que había tenido de no querer hacer amistad al Rey de España, su señor, y haberle movido tántas veces guerras; y así para que no se perdieran sus Reales Quintos, ni fueran sus soldados usurpados de lo restante que les venía según el derecho de la guerra, era necesario poner las apretadas diligencias que una cosa tan grave pedía. Admitió esta petición con gusto el General, por ventura como á obra de su ingenio, y sin dar lugar á que el del Cacique trazase fuga, le mandó prender y entregar á seguras y cuidadosas guardas con prisiones, de que se causó tan grande escándalo y miedo en sus vasallos, que por el que tenían no les sucediese lo mismo, huyeron tan aprisa, que en poco tiempo dejaron sin aparecer ninguno sólo al Cacique preso, al cual trajeron, aunque con buenos tratamientos, del pueblo de Bojacá al de Bogotá, donde tenían los nuéstros su alojamiento; pero siempre con el recato que era menester para su seguro, con guarda de doce soldados ballesteros, que lo velaban en su casa aparte, junto á la del General, que se la señaló allí para tenerle más á la mano, por si con aquello la pudiera tener con el de sacarle los tesoros del Cacique muerto, pues por eso lo andaban todos.

3.º Tratábanle los soldados de guardia no sólo con humanidad sino con amistad, entreteniéndose con él, y él con ellos, y con los demás que acudían á lo mismo con orden del General; ya por ser la persona que era, ya por no avisparle, para sacarle con gusto el oro que pretendían, y así nunca le estorbaron hablarse con sus vasallos, que luégo comenzaron á venir á verlo, cuando supieron el tratamiento que se le hacía bueno, y la prisión no otra que de tenerle la persona sin ningunas prisiones, en cuidado de aquellos doce soldados, con quien el Cacique repartía con largueza de los regalos y joyas, las que le traían sus Usaques, de algún oro y esmeraldas, de que también gozaban los soldados y Capitanes que solían visitarle en compañía del General, el cual declarándole un día la causa de su prisión, le dijo: "Bien sé, Sagipa, que aunque te estimas por Cacique y Rey de este Reino, no eres tú á quien te venía por muerte de tu tío, como tú también lo sabes de tu antecesor, el cual, por sus rebeldías de no querer venir á dar la obediencia y sujeción á nuestro invictísimo Rey de España, antes haberle hecho las guerras que ha podido, tiene perdidos todos sus bienes, y por la contradicción que con estos modos ha hecho á la predicación del Evangelio, que es dar á entender lo que conviene á todos los indios para salir de las ciegas tinieblas en que los tiene el demonio, por la cual predicación

le tiene dada en herencia estas tierras, y otras que hallare de esta manera, otro muy gran señor que se llama Papa, que tiene recibido de Dios el poder para hacer esto. En virtud, pues, de todo esto, dejamos nuestras tierras y venimos á buscar éstas, donde no pretendemos quitar á nadie lo que es suyo, ni hacerle guerra en sus tierras, si no nos la hacen primero á nosotros, porque en tal caso como la defensa sea natural á todos permitida, no nos es negada, y así habiendo sucedido con tu tío lo que tú sabes, todos los tesoros que se hallaron haber sido suyos pertenecen á la Real Corona y á sus ministros, que somos nosotros, por lo cual todos los que tienes en tu poder, que fueron suyos, los debes dar, con que habrás cumplido con tus obligaciones, y nosotros con las nuéstras en dejarte libre, y en amistad de todos nosotros, sin que ninguno te ofenda, antes te daremos favor contra tus rebeldes vasallos y los enemigos de tus tierras, como hasta aquí lo hemos hecho contigo ; ya habrás oído lo hemos también usado con otros tus vecinos, conservándoles las amistades que una vez les prometimos. Confío de tu buen juicio que le tendrás para advertir es esto lo que conviene para excusar los daños que se seguirán de no hacerlo así."

CAPÍTULO XXXIV

CONTENIDO : 1.° Burla que les hizo Sagipa á los españoles con el oro—2.° Conocida la burla, le apretaron las prisiones, y por su dicho mataron á sus dos émulos—3.° Intenta Sagipa desesperarse y al fin muere con tormentos sin declarar el tesoro.

NO mostró poca prudencia el Cacique en la respuesta de esta plática, pues habiéndosele dado con ella ocasión de alteración, no sólo no la mostró, sino antes gustó de ser puntual en dar el oro y riquezas que tenía y le pedían, y así respondió diciendo lo haría dándole tiempo de cuarenta días en que pudiese recogerlo, por estar en poder de muchos indios que lo guardaban y ser ello mucho, pues se llenara, decía, con ello la mitad de esta casa ó buhío, que era redondo, de hechura de campana, y tendría de circunferencia cinco varas en redondo, tomadas desde el centro de ella, y tres buenas totumas ó porcelanas grandes llenas de finas esmeraldas, lleno lo verde de tan buenas esperanzas, y colmadas riquezas con ellas, y con el mucho oro á los soldados que ninguno se prometía menos que un par de quintales de lo uno, y de las otras tantas, que llegaran al valor del oro, y fuera poco menos si los intentos y obras del Cacique no contradijeran á sus palabras, porque éstas las tuvo tan buenas, que obligó al General dársela mejores de agradecimiento y benevolencia, deseando alentar con ellas los deseos que había mostrado Sagipa de enriquecerlos á to-

dos, siendo sólo de entrenerlos con muestras de oro, para si pudiera con dilaciones hallar ocasión de librar su persona y riquezas de mano de los nuéstros, y así para poner por obra una diabólica traza y donosa burla que había fabricado entre los trabajos de la prisión, que suele habitar los ingenios, envió á llamar á algunos de sus vasallos más confidentes y comunicándoles la traza que había dado y se había de tener en el traer el oro, los envió á que los comenzasen á enviar, como lo hacían enviando cada día una buena carga que traía un indio, que aunque era de buenas fuerzas, le hacía llegar sudado á la posada del Cacique, á donde los españoles que lo acompañaban recibían sumo gusto en ver al indio tan cargado, y oír el sonido de las chagualas ó patenas y otras joyas de oro que traía envueltas en una manta de algodón, á donde llegaban á tentarlas los nuéstros, con deseos de que allí luégo se las fueran entregando: aunque como el Cacique tenía por otro camino trazada su burla, que le costó cara al pobre, rogaba á los soldados se sirviesen de dejar lo fuesen juntando todo, porque el oro es pegajoso, y por ventura se irá disminuyendo, y con eso su palabra que había dado de que fuese mucha cantidad, y pues para el día señalado, pasados los cuarenta, se daría todo junto, lo dejasen juntar en su aposento, donde estaba tan seguro como en sus manos. Con lo cual lo iba escapando de las de los soldados, y haciendo lo metiesen en una como recámara que tenía detrás donde dormía, á donde entraba el indio con la carga de oro, y otros treinta que lo venían acompañando y guardando, y entrando el indio, daba con la carga en el suelo para que oyesen los soldados que estaban fuera el ruido del oro que venía en la mochila, la cual desbalijaban luégo, y lo repartían entre los treinta indios, los cuales se salían disimuladamente y despidiéndose del Cacique, llevaban entre todos el oro que había traído uno, y que pensaban los españoles quedaba dentro del aposento, y con esta traza fueron trayendo cuarenta días arreo un indio cargado cada día con solo una carga de oro, que iba y volvía; entendiendo los nuéstros, al cabo de ellos, que habían traído cuarenta cargas, con que estaría el aposento medio lleno de oro, como el Cacique había prometido.

2.º Cumplida, pues, aquella cuarentena de días en que no fue posible al Cacique hallar ocasión de escaparse, por la buena vigilancia de las guardas, que hacían de las noches días por ver lo que les importaba, pensaron todos tener buena la pascua que se les había de seguir con el crecido montón de oro que tenían por tan seguro como en sus bolsas, con que había días cada uno se fingía señor de grandes rentas y vasallos, y así no dejándoles sus deseos dilatar un punto las horas que estaban señaladas para el cumplimiento de lo puesto por el indio, entraron á ver su aposento, el cual hallaron vacío como antes, sin que poder topar en qué poner los ojos, y así de corridos los pusieron en el sue-

lo, pegándoseles la lengua al paladar y helándoseles las palabras en la boca, quedando como hombres encantados y sin vida, por verse faltos de la que se le daba á sus corazones, y que su tesoro lo había sido de duendes, y sin más efecto que si hubiese sido soñado, sintió el General más que todos la pesada burla, como á quien mayor parte le alcanzaba, y así mandó luégo aprisionar al burlón Cacique, con algunas palabras que significaban su malicia, dándole de añadidura algunos palos, no tan pocos ni tan mal asentados, que no le pesaron á él menos que al indio las cargas del oro con que se ordenó la burla, la cual viendo el Sagipa y lo mal que le iban saliendo para su persona, si bien había librado sus riquezas, daba voces diciendo no haber sido él el culpado en la malicia, pues era imposible haberse podido hacer por su mano, pues pasaba el oro por la de los soldados, tentando con ella siempre lo que traían y oyendo el ruido que con él hacían dentro del aposento, y que así no se podía persuadir, sino que había sido malicia de sus enemigos Caximimpaba y Cusinemegua, que deseando su muerte, la habían trazado por aquel camino, de aconsejar ó sobornar á los indios que traían el oro, para que lo volvieran á llevar sin dejar ninguno, para que faltase en mi palabra, decía, y cayese en vuestra desgracia, que es lo que siento más que todo el tesoro, y así suya es la culpa que no mía, como se sabrá si quisieres averiguar esta verdad, porque la mía jamás faltará, como ni mi sospecha de ser ellos los agresores de una maldad que me tiene asombrado. Quedáronlo también los nuéstros de oír las palabras del Cacique, y sin determinarse á quién darían crédito, envió el General á llamar á los otros dos pobres inocentes, que venidos á su presencia, como lo estaban del hecho, no sabían qué responderse, con que la cólera del Juez, que no se había digerido, les hizo reos, y convirtiendo el enojo contra ellos, púsolos al tormento, para que confesasen la verdad, y como lo era no haber ellos imaginado tal maldad, no pudieron responder otra cosa más que no haberlo hecho, la cual respuesta, como no era á propósito de lo que se deseaba, pareció serlo de quitarlos á ellos delante los ojos del Sagipa, y con eso por ventura viéndose solo y sin émulos en el Reino, vendría mejor en lo que los nuéstros le persuadían, y así sin más diligencias judiciales, se concluyeron sus vidas colgados de un palo, con que quedó el Sagipa vengado de sus émulos, y los que los vengaron sin conseguir más que la culpa y la pena á ella merecida, que no fué poco la una y la otra, que por malos medios no se pueden seguir sin otros tales fines, como á que se vió, pues ni los españoles hubieron el oro á las manos, ni el Sagipa se escapó de ellas sin la misma medra que sus émulos, de cuyas muertes fue, y de las suyas la causa.

3.º Porque viéndose ya libre de estos dos tropiezos comenzó á intentar su libertad por otro camino, que pensó no los tuviera para conseguir su deseo, di-

ciendo que sus vasallos no lo querían obedecer como ya le veían tan lleno de prisiones como un vil esclavo, y que así no hallaba otra traza para cumplir con lo prometido y enmendar la maldad traza de sus enemigos, que ir en persona en compañía de sus guardas si no se fiasen de ir solo, á donde está el oro que les pretendía dar en lugar de lo que había faltado. Este fué el último balance del Cacique con que pretendía, si no podía escaparse de sus manos, desesperarse, como lo intentó, pues acudiendo á sus palabras, pensando el General habían de ser mejores que las de hasta allí, lo envió con las mismas guardas, y un fiador de una gruesa soga al pescuezo, que fuesen por donde los guiase, advirtiendo no se les huyese el preso, el cual llevándolo por mil dificultades de breñas, llegando á unas altísimas, intentó despeñarse á sí, y á los que lo llevaban asido, arrojándose desesperadamente con tánta fuerza por el derrumbadero, que de no tenerlas buenas los soldados el peso y fuerzas de su cuerpo, y el peligroso paso, los derribara y despeñara á todos. Los cuales librándose y librándolo de aquel peligro por su buena industria, y acabando de conocer que la del Cacique sólo llevaba por fin el ver el suyo y de ellos, tomaron luégo la vuelta de Bogotá, donde se volvieron luégo á presentar al General, que con mansedumbre le exhortaba de nuevo diese traza con sus vasallos le trajesen el oro, pues bastaría mandarlo para que se hiciese, advirtiéndole lo mucho que le importaba, si quería salir de prisión y desabrimientos. A éstos los mostraba tan grandes el Cacique que no daba respuesta sin ellos, habiéndose ya acabado la fingida blandura, que tomó á los principios en sus razones, pensando por allí le habían de suceder mejor sus trazas; no hallando, pues, ya otras que intentar los nuéstros, sino las del rigor, pusiéronlas por obra mediante una petición que medió delante su hermano el Fernán Pérez de Quesada, en que le requería que ya que por blandura no se podía sacar el descubrirse el tesoro del Bogotá, se procediese con el rigor del tormento, por haberse quedado el oro tan oculto que hasta hoy no se ha hallado.

CAPÍTULO XXXV

CONTENIDO: 1.° Procúrase la paz con los Caciques de la sabana de Bogotá y consíguese —2.° Repártese segunda vez el oro y háceles una plática á los soldados el Padre Casas, para que den con qué fundar una capellanía—3.° Dánse tres mil pesos para ella y satisface el Adelantado Quesada en su testamento fundando la capellanía en España, y fúndala en la iglesia Catedral de Santafé.

ACABADOS con la muerte de los Bogotaes los pleitos que se traían con ellos, sin poder con ninguno reducirlos á perfecta paz, trató el General que la diesen los demás Caciques, enviándolos á llamar con indios sus vasallos, de que no dejaban de venir de todos los pueblos del valle á todo lo que pasaba, principalmente desde la prisión del Cacique Sagipa, enviándolos á eso sus Caciques, los cuales recibían la embajada del General y antes del cumplimiento de lo que les mandaba, usaban de un ardid de enojo, para saber por él los intentos con que los llamaban, escarmentados de los que había mostrado con el Sagipa, y así hacían vestir á un indio de los que más se fiaban, con las mantas y traje del Cacique, que era algo diferente del de los demás indios, y yéndole acompañándolo otros, y sirviéndole como lo suelen hacer con los Caciques, los enviaban al General; habiéndolos industriado que le hablasen con autoridad de Caciques, y á los compañeros, que no mostrasen en obras ni en palabras otra cosa que dar á entender que lo eran; y con esta invención iban al General, el cual les hablaba y trataba como verdaderos Caciques, viendo que en todo mostraban ser, y tratándoles de la paz que deseaba asentar con ellos, de que ellos daban buenas esperanzas, remitiéndose á segundas vistas, y dándoles algunas cuentas de las de Castilla y de las suyas, que habían habido en Tunja y en otras partes, se despedían con mucho gusto y iban á donde estaban sus Caciques, que no lo recibían pequeño, contándoles lo bien que los habían tratado, que no fué de poca importancia para que fuesen perdiendo el miedo, y dando la paz, como lo hicieron en pocos días casi todos, viniendo muy de ordinario al pueblo de Bogotá, donde todavía se estaban rancheados los nuéstros, trayéndoles algunas comidas y joyas, sin tratarles de que les diesen más de lo que ellos de su voluntad ofrecían, con que se fueron asegurando y recibiendo en sus casas á los españoles, que salieron á ver y reconocer la tierra y pueblos del valle algunas veces, lo cual fué de mucha importancia para que quedase del todo asentada la amistad con gusto de los indios, viendo que ya se iban entrando los nuéstros por todos sus pueblos, y que de fuerza ó grado los habían de tener en sus tierras, donde ya tenían sabido querían hacer asiento y fundar pueblos para su vivienda.

2.° Ardiendo en los soldados vivos deseos entre muertas esperanzas por no tenerlas ya de hallar más oro por entonces en aquella tierra, determinaron de hacer segunda partición como la primera, del que después de ella habían juntado, que sería como hasta veinte mil pesos y algunas esmeraldas, dando á cada uno su parte, como se hizo, no siendo de las menores la que se les dió á los Capellanes, el padre Juan de Lescames, clérigo natural del pueblo de Moretilla, y al Padre Fray Domingo de las Casas, de la orden de N. P. Santo Domingo: el cual dió en un piadoso sentimiento, digno de los hijos de aquella tan célebre y famosa religión, y fué que antes que el oro y esmeraldas que les habían tocado á los soldados, fuesen á sujetarse á la suerte del dado y naipe, que es entre ellos el ordinario paradero, se les pidiese á todos ayudasen para fundar una capellanía, y así con estos deseos y su buena elocuencia procuró avivar los de todos, haciéndoles una plática en que dijo:

"Ya nobles caballeros y valerosos Capitanes y soldados, sabéis los graves trabajos que todos hemos padecido desde los primeros pasos que dimos en esta jornada al salir de Santa Marta, hasta los postreros que hemos dado en esta tierra y á cuantos consumieron de sus compañeros sus rigores, cuyos cuerpos quedan envueltos en la fría arena de las playas de los ríos, donde murieron sin que tengan más beneficio sus almas que los comunes sufragios que en común hace nuestra piadosa Madre la Iglesia por todos sus fieles; siendo tan puesto en razón que no falten de nuestra memoria, ya que su dura suerte no los sacó del lado, pudiendo suceder ser ellos los vivos y nosotros los muertos, ser bien la gozaran sus cuerpos, haber tenido la suerte que nosotros hemos pasado, hasta subir á lo que ahora gozamos, y al fin, pues, nosotros también lo hemos de tener tarde ó temprano como ellos, será prevención cristiana que ahora que estamos vivos, nos acordemos de nosotros muertos, y por los unos y los otros, pues ha sido nuestra suerte tan buena que hayamos hallado con que se pueda hacer, se funde una memoria y capellanía, de que se digan misas y otros sufragios por las almas de todos los que emprendieron esta jornada, conquista y descubrimiento, que tenga por título y renombre, la Capellanía de los descubridores y conquistadores del Nuevo Reino de Granada, cuya fundación yo tomo á mi cargo, luégo que me vea con buen suceso en España, para donde sabéis estoy muy de próximo en compañía del señor Teniente, prometiendo como prometo á todos de hacer la fundación con mucho fundamento, comprando en Sevilla, donde será bien se establezca, buenas y seguras posesiones para que lo sea la renta y sufragios, de que enviaré desde allá á dar puntual cuenta y del modo con que se hubiere fundado á todos los Capitanes y soldados que se sirvieren de acudir esta obra, tan de pechos cristianos como todos los sois, de quien confío recibirán mis deseos, por entender son los mismos que los vués-

tros en obra tan del servicio de Dios y descargo de vuestras conciencias, con que la mía quedará segura en este caso por haber exhortado á una obra tan pía, pues hasta aquí llegan mis obligaciones, donde entiendo comenzarán á cumplirse las vuéstras ».

3.º Hicieron tan buena impresión en los piadosos pechos de los españoles estas tan bien dichas y piadosas razones, por ser ellas tan cristianas, y quien las decía de tánto crédito, por entonces entre todos, que no hubo ninguno que no acudiese á ofrecer según la generosidad de su ánimo, de lo que le había cabido de parte, con que se juntó una razonable de tres mil pesos escasos, de todo oro, que de veinte quintales vinieron á sumar mil seiscientos ochenta pesos, como lo dice el mismo General Gonzalo Jiménez de Quesada en su testamento debajo del cual murió, que yo tengo en mi poder, otorgado en la ciudad de Mariquita de este Nuevo Reino, en seis días de Febrero del año de mil quinientos setenta y nueve (1579), en el cual mes y año murió el dicho Quesada, siendo Adelantado de este Reino. El cual por satisfacer á una fama que salió entre los conquistadores que dieron este oro para fundar esta capellanía, de que no se había fundado porque el dicho Padre Fr. Domingo de las Casas, se había quedado con el oro que se le dió para ella, á la cual mala fama ayudó otra peor que vino, de que el dicho religioso había dejado el hábito de su religión en Sevilla, y desde allí había ido á Italia en hábito indecente donde murió, como lo dice el mismo Adelantado en el mismo testamento, en el cual como digo satisfaciendo de que no fué el religioso el que se quedó con el oro, dice haberse él quedado con él, y gastádolo en España en necesidades que tuvo por parecerle ser poca la cantidad para poder fundar capellanía de alguna consideración, especialmente habiendo de ser para que los sufragios se repartiesen por la intención de tántos como fueron los que salieron de Santa Marta á la conquista que, como hemos dicho, llegaron á mil hombres españoles, sin los negros é indios de servicio, por lo cual queriendo satisfacer á la honra del religioso, y á la obligación que tenía de restituír aquella cantidad, dijo estar á su cargo, y mandó que de lo mejor parado de su hacienda se comprasen las posesiones seguras, que alcanzase la dicha cantidad de pesos en esta ciudad de Santafé, que él fundó en este Nuevo Reino, y la renta que de ellas hubiesen el Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia de la misma ciudad, con obligación de decir por toda la vida, todos las sábados de la cuaresma, una misa cantada de N. Señora, con música, sermón y responso al fin de ella por todos los conquistadores vivos y difuntos, y más una misa de *requien* el día que muriese alguno de los conquistadores, y sus hijos, haciendo conmemoración por los Caciques é indios difuntos del pueblo de Bogotá, la cual memoria hizo el mismo Adelantado cumplir en vida y hizo sermones diferentes por su mano y ingenio de la

festividades de Nuestra Señora para que se predicasen en aquellos sábados, y de su muerte acá se ha ido continuando la dicha compañía, como hoy se hace, aunque no con la puntualidad que á sus principios, por no haberla habido en asegurar la renta, con la cual pareció al Adelantado haber satisfecho á la limosna é intención de los conquistadores y á la fama que se levantó contra el religioso.

CAPÍTULO XXXVI

CONTENIDO: 1.º Determina el General de poblar y despachar por dos partes á que se mire buen sitio para la fundación—2.º Escógese por mejor el que ahora tiene—3.º Tómase posesión en nombre del Emperador y edifícanse doce casas—4.º Edifícase también la Iglesia en el mismo sitio.

ASENTADAS las paces, y pacificada, como hemos dicho, la tierra del Bogotá y la mayor parte ó casi toda la del Tunja, trata el General Quesada de poner en ejecución los intentos, que ya algunos días había le solicitaban el pensamiento, de irse á España á dar cuenta al Emperador de sus descubrimientos, y fin á sus deseos de que se le diese lo conquistado en Gobierno ó Adelantamiento, desmembrando del de Santa Marta, por lo cual intentó el viaje á Cartagena y de allí á España, sin que lo supiese el Adelantado don Pedro Fernández de Lugo, cuya muerte aún no se sabía, ni se supo hasta la llegada del General Sebastián de Belalcázar, que trajo la nueva; porque no tocando en Santa Marta, iba con seguro de que no se había de saber su viaje, pues llegando en Cartagena y comprando con la brevedad posible (pues llevaba bien con qué) un navío, ó en otra comodidad de las mil que entonces había, cada hora se podía hacer, sin estorbo del don Pedro, de quien también pensaba á tomar prestado el oro y esmeraldas que le habían cabido de parte para tener más con qué negociar que se desmembrase de su Gobierno lo conquistado de nuevo, aunque fué con orden y comisión suya. Estando, pues, ya resuelto en estas determinaciones, las tuvo también de no ejecutarla, hasta dejar asentada y poblada alguna ranchería á modo de pueblo, en donde quedasen avecindados los españoles que dejaba, para que el Bogotá se lo dejasen libre á los indios, que andaban fuera de sus casas, por tenérselas ocupadas los soldados, para lo cual despachó á los Capitanes Juan de Sanmartín y Gómez del Corral con algunos peones que fuesen á la parte del Poniente, que eran las entradas á los Panches, y por donde entraron los soldados que volvieron de la última victoria que habían tenido de ellos; y á los Capitanes Juan de Céspedes y Lebrija con otros soldados,

que fuesen á la parte del Ueste, ó nacimiento del sol, y mirasen con atención dónde sería más á propósito hacer la población, según las comodidades que há menester un pueblo para su edificación y conservación. Mientras salieron los Capitanes por sus trochas á dar vista á la tierra, envió el General por otras á llamar algunos Caciques, de quien se tenía más satisfacción, para prevenirles, y que ellos avisen á los demás del intento que tenía de hacer casas para sus soldados y gente, porque ellos con la suya las hiciesen; á que acudieron con gusto los Caciques, de quien también se quiso informar el Quesada, como de gente que tenía bien experimentada, y tanteada la tierra, cuál era la mejor para asentar las casas, á que los indios no se atrevieron porque no les cargasen la culpa, si guiados los nuéstros por su parecer, no fuese tan á propósito donde se edificase: y así respondieron que el hacer las casas tomaban á su cuenta, pero el señalar el sitio tomasen ellos á la suya, pues tenían tierra harta donde escoger; juzgaron los nuéstros ser de hombres cuerdos la respuesta, y que bastaba haber sacádoles el querer hacer los buhíos, la cual diligencia estaba ya hecha cuando llegaron los Capitanes de hacer los que les ordenaron.

2.º Dió cada cual su razón de la tierra que había pisado, y conferidas entre todos las de todos, guiadas todas al mejor acierto, les pareció serlo hacer los buhíos á la parte del Oriente respecto de donde estaban á las faldas de la sierra por la parte que mira al Occidente y Norte, donde estaba poblada una aldea llamada Teusaquillo, que hoy permanece, que estaba á cargo de un Principalejo llamado de ese nombre, vasallo del Cacique de la ciudad de Funza, que estaba poblada dos leguas de allí el valle arriba: lo que hizo determinar la fundación en aquel sitio, fueron las comodidades que en él hallaron, que son las que debe tener el de una ciudad cuerdamente poblada, porque el suelo tiene la altura que ha menester para que corran las aguas sin empantanar las calles y plazas, y le falta la que no ha menester que hiciera las calles dificultosas de andar: dos quebradas de dulcísima y saludable agua que se descuelgan de lo alto de la sierra, la una tan abundante que aun en años que no lo son de aguas, sustenta las moliendas de la ciudad; mucha piedra para los edificios, la leña que ha menester, buenos aires, aunque es más continuo y á las veces aflige el viento que en la Europa llaman ábrego, ó meridiano, y los marineros viento Sur, porque viene de la parte de las estrellas que ellos llaman Sur. En esta ciudad se llama Ubaque, porque á la parte de donde él viene, está un valle así llamado, que tiene muchos pueblos de indios; es el cielo claro de ordinario; las vistas de la ciudad á la parte del Poniente y Norte, largas y extendidas, sin estorbo de nada; pero lo que no poco se advirtió para escoger este sitio, fué el amparo que tenía del cerro y serranía por la parte del Oriente, por donde no podía ser molestada la población de los enemigos, si acaso sucediese alguna rebelión ó alza-

miento de los naturales; y porque en otra ocasión trataremos más á propósito de esto, paso á decir cómo tomada resolución en el sitio, se tomó luégo en la edificación.

3.º Y así llamando á los indios que se habían ofrecido hacerla, fué el General con los más de los Capitanes y soldados al puesto; y estando todos juntos, el Gonzalo Jiménez se apeó del caballo, y arrancando algunas yerbas, y paseándose por él, dijo: que tomaba la posesión de aquel sitio y tierra en nombre del invictísimo Emperador Carlos Quinto, su Señor, para fundar allí una ciudad en su mismo nombre, y subiendo luégo en su caballo, desnudó la espada diciendo: que saliese si había quien lo contradijese á aquella fundación, porque él la fundaría con sus armas y caballo; aun no habiendo quien saliese á la defensa, envainó la espada y mandó al escribano del ejército hiciese instrumento público que diese testimonio de aquello, con testigos. Trazáronse luégo sitio para doce casas ó buhíos de paja, que pareció ser bastantes para los españoles que dejaba en la tierra el General, porque tenía determinado llevar consigo sesenta á España en lo menos que le fueran todos éstos acompañando, para el resguardo y seguro de su persona hasta pasado el riesgo de enemigos, que era hasta Cartagena, aunque Dios lo ordenó mejor, como luégo lo veremos. Los indios pusieron luégo manos á la obra, en que dieron presto fin, por ser muchos los materiales y oficiales que se juntaron, dejando los doce buhíos muy capaces, y bien acabados á su modo, que como hemos dicho otras veces, son de palo, que á trechos se van incando en la tierra, llenando los vacíos de entre uno y otro de cañas y barro, y las cubiertas de paja sobre fuertes y bien dispuestas varas, y he oido decir después que pisé esta tierra, que la intención con que no fundaron más que estas doce casas, fué por corresponder al número de los doce Após toles, deseando que esta su ciudad, pues era una de las que tiene la iglesia católica, y fundada por católicos, permaneciese todo el tiempo que la misma iglesia, que ha de ser hasta el fin del mundo, fundada después de Cristo por los doce Apóstoles. Siempre me ha parecido bien el pensamiento, y más cuando veo los grandes crecimientos que ha ido teniendo siempre esta ciudad, y hoy se van continuando más aprisa en vecinos que de nuevo vienen de España y de otras sus convecinas ciudades, viniendo á buscar en ésta las comodidades que no hallan en las suyas.

4.º No se olvidaron los españoles de señalar solar y sitio en el más principal entre los buhíos para que se edificara iglesia, y fué en la misma parte que lo era ahora, porque no habiéndose mudado la ciudad de como se fundó, con los doce buhíos, sino que allí mismo ha ido teniendo su extensión y crecimiento hasta el que tiene ahora; tampoco se ha mudado la iglesia á otra parte del pueblo de como se edificó al principio en la mejor de todo él, como hoy se ve que

lo es, á cuya bondad corresponde la del edificio de quien en otra cosa trataremos. No fué la fábrica de esta primera iglesia de otros materiales que los de los buhíos, porque ni los había, ni oficiales, ni ocasión para más de lo que se hizo por entonces.

CAPÍTULO XXXVII.

Contenido: 1.º Acábanse las doce casas y la iglesia, y dícese la primera misa, día de la Transfiguración, desde donde se cuenta la fundación, año de 1538—2.º El modo que se tiene todos los años en celebrar esta fiesta en memoria de esta fundación—3.º No se señaló en esta ocasión cabildo en la ciudad, sino que pasó adelante el Gobierno militar; y pártese el General para España. Tiénese noticia de la casa del sol en los Laches.

YA se iban llegando los primeros días de Agosto cuando se edificaban estas casas, y ya acabadas con la iglesia á los seis de él, en el mismo año de mil quinientos treinta y ocho (1538), después de cinco meses de como habían entrado los españoles en la tierra del Reino, se dijo la primera misa, día de la Transfiguración de Cristo, en aquella primera y humilde iglesia, que fué la primera de las muchas que después se han ido fundando en pueblos de indios y españoles por todas las tierras de estos grandes Reinos; desde este día se cuenta la fundación de esta ciudad de Santafé de este Nuevo Reino de Granada en esta tierra firme de las Indias Occidentales, nombrado Nuevo Reino de Granada por el descubridor D. Gonzalo Jiménez de Quesada, á devoción, como ya hemos dicho, del Reino de Granada en España, donde él era vecino, y salió para las Provincias de Santa Marta, y á la misma devoción llamó Santafé á la ciudad, por la que está fundada del mismo nombre cerca de la misma ciudad de Granada, en su llana y apacible vega, á que también se parecen mucho los anchos y agradables llanos de este valle ó Sabanas de Bogotá, en cuyo lado está poblada nuestra ciudad, que hoy es la tercera después de la de Lima en el Pirú, y la de Méjico en la Nueva España, de más calidad y lustre de cuantas hay pobladas en todas estas Indias Occidentales, pues sus grandezas son tales y tantas que deja en ellas muy atrás más populosas que hay en estos indianos suelos, como veremos en su lugar. Aunque me ha parecido ser de ésta el tratar de lo que se hace en ella todos los años el día de la Transfiguración, en memoria de aquel primer día que se ofreció aquel inmenso sacrificio incruento de su precioso Hijo al Padre Eterno, refrescando juntamente las memorias, que es razón se tengan del primer día que se fundó la ciudad, pues todo fué uno, como hemos dicho.

2.º La víspera de la Transfiguración que el vulgo llama la fiesta de San Salvador, en la tarde se juntan en las casas de Cabildo todos los que son de él, y así juntos en cuerpo de Cabildo, van á pié, acompañándolos la gente más honrada de la ciudad, á la casa del Alférez Real de ella, y de allí saca el pendón de la ciudad el Alférez, uniéndose todo el Cabildo, á pie, acompañándolo hasta las mismas casas del Cabildo, desde las cuales se van todos á las Reales, de donde sale en formación toda la Real Audiencia, y así juntos, Audiencia y Cabildo, con los demás que los acompañan, van con el pendón que lleva el Alférez á la Iglesia Mayor, donde al lado izquierdo de la capilla, dentro del arco-toral, en frente de los asientos de la Audiencia, tiene puesta alfombra y silla, donde se sienta en estas vísperas, y otro día en la misa mayor. Acabadas las vísperas, que todos oyen, se salen de la Iglesia con el orden que entraron y vinieron, vuelven á llegar á las casas Reales, á donde dejando la Audiencia se van los demás con el pendón á las del Cabildo, donde subiendo todos á caballo, vuelven á las Casas Reales, de donde también salen á caballo los de la Audiencia, y así juntos comienzan el paseo, yendo por las principales calles de la ciudad con muchos instrumentos de chirimías, atabales y tambores, el cual se acaba con volver á las Casas Reales, y donde dejan la Audiencia, y desde allí á las del Cabildo, donde queda el pendón, hasta otro día por la mañana, que lo sacan de ellas, y con el mismo orden que á las vísperas, van y vuelven de la misa mayor, con que se da fin á la ceremonia de aquellas fiestas, á la cual se ha añadido la de Corpus Cristi, en que se hace lo mismo, y se lleva en toda la procesión con la misma solemnidad el pendón, el cual no es ahora el que traían los conquistadores cuando descubrieron la tierra, por haberlo yá consumido el tiempo, sino el que se hizo cuando se celebró y hizo en esta ciudad la coronación de N. Gran Rey y Monarca Felipe segundo, que tan bién merecido tuvo el renombre de prudente por el título que se le da al Alférez Real, consta pertenecerle el sacar el pendón de Oficio, pero no habiéndolo habido en propiedad en esta ciudad en muchos años desde su fundación, se elegía el día de año nuevo juntamente con los Alcaldes, uno de los honrados de ella, para qne estos días lo sacase, hasta que el año mil seiscientos seis se remató este oficio en el que hoy lo tiene.

3.º Aunque tuvo sus principios esta ciudad cuando y como hemos dicho y se le puso el nombre referido al Reino y á ella; pero no nombró entonces el General Quesada Justicia ni regimiento, horca ni cuchillo, ni las demás cosas importantes al Gobierno de una ciudad, ni para la Iglesia cura, si bien acudía á las necesidades espirituales y á celebrar las misas el padre Juan de Lezcames, porque todo esto se quedó por entonces con el Gobierno y modo militar, como tiene dicho que hasta allí se había tenido desde que salieron de San-

ta Marta, sin añadir de nuevo más de lo dicho, pareciendo le bastaba aquello hasta su vuelta de España, entendiendo no sería su tardanza de doce años, como lo fué hasta que volvió á ver su ciudad, en la que se estuvo ahora algunos días antes de su partida, dando asiento á lo que importaba dejar ordenado para la conservación y paz entre los españoles y naturales, pues de ella pendían los dichosos fines de su descubrimiento, que estuvo aun tan tierno en sus principios, en lo cual gastó hasta los del mes de Septiembre, que fué el en que se partió para su viaje, dejando por sus ausencias en su lugar al Teniente Fernán Pérez de Quesada, su hermano, reduciendo á treinta de sus compañeros los muchos más que habían dado muestras en otras ocasiones que había de llevar en su compañía, entre los cuales iba el Capitán Lázaro Fonte, fué en seguimiento de su viaje desde su recién poblada ciudad de Santafé, la vuelta del valle de la Grita, por donde habían entrado, llevando él y sus compañeros bien prevenidas sus bolsas de oro y esmeraldas; pero como todo esto, aunque más sea, no sea capaz de llenar los senos del corazón humano, por no haberlo criado Dios para esas poquedades, todavía les parecía lo eran lo que llevaban, á los soldados y General; y así á pocas leguas que anduvo de su partida, le pareció ir de camino á dar otra vuelta á las minas de Somondoco, por si hallaba ocasión de acrecentar el caudal de las esmeraldas, y juntamente dar una vista, aunque de paso, á los pueblos y provincia de Tunja, y poniendo sus intentos en camino con algunos compañeros, á los demás ordenó fuesen por otro camino á la mano izquierda, y le aguardasen en el pueblo de Tinjacá, que está en el valle que llaman de Sáchica, cerca de donde está poblada la Villa de Leiva: al cual pueblo llaman hoy Tinjacá, habiéndole transmutado la u en i, y por las muchas y buenas ollas que hallaron en él, le pusieron el pueblo de los olleros, esta vez, que fué la primera que llegaron á él los españoles, los cuales estando aguardando á su General los días que se detuvo en las minas, que no fueron pocos, tuvieron noticias ciertas de algunos indios cómo adelante del valle de Sogamoso, en cierta provincia de indios llamados los Lanches, había una casa de adoración tan rica y abundante de oro; y así en su fábrica, por tener los pilares y paredes de ella cubiertos de este metal, como de ofrecimientos que allí se hacían, que por excelencia le llamaban la casa del sol, á donde acudían con ordinarias y ricas ofrendas todos estos indios de estas dos provincias de tierra fría, como adoratorio común, y tanto ó más frecuentado que el Sogamoso, y tenido en la misma ó mayor veneración.

CAPÍTULO XXXVIII

CONTENIDO: 1.º Dícenle al General las nuevas de la casa de él, y un chisme contra el Capitán Lázaro Fonte—2.º Hace el General volver la gente con él á la ciudad donde le hace una causa á Lázaro Fonte y lo sentencia á degollar—3.º Pídenle todos le admita la apelación, y en nombre de todos hace la plática el Capitán Gonzalo Suárez Rondón.

A VUELTAS de estas nuevas que dieron al General sus soldados en Tinjacá cuando volvió de las esmeraldas, le rogaron dilatase la ida á España para otra ocasión, pues la que se les ponía delante de hacer estación á aquel templo que les decían del sol no era de perder, porque si era así lo que se decía, muy atrás se quedaban las riquezas de Craso y Creso, y con poco trabajo de camino podía ser mucho el interés, y no era tanto el que llevaban en la bolsa que no admitiese crecimientos. No fué menester hacerlos muy grandes de razones para dejarse convencer el General, porque á las primeras lo quedó tanto creyendo lo que le decían los soldados y indios que habían dado la noticia, que luégo se le alentó el deseo de ser el conquistador de aquella tierra y templo, y esto con tantas veras, por prometerse de las conquistas tan colmados frutos, que cuando al tiempo de su partida para España: después con Nicolás de Fedremán y Sebastián de Belalcázar dejó comisión al Capitán Gonzalo Suárez Rondón para que poblase la ciudad de Tunja, dándosela también para que pudiera hacer gente y conquistar tierras y provincias de nuevo, le prohibió la conquista de la casa del sol de la provincia de los Laches, y la de los Amazones, que fueron otras aunque falsas y de burla que les habían también dado, porque éstas reservaba para hacerlas por su propia persona, según se puede colegir de su comisión, que es fecha en diez días de Mayo del año de mil quinientos treinta y nueve. No fué menor ocasión que ésta, para dando de mano el General al viaje por entonces, el habérsele llegado al oído un moscardón de los soldados que llevaba, y díchole que se la llevaba jurada el Capitán Lázaro Fonte, para cuando llegasen á Cartagena, donde pensaba denunciarle por algunas esmeraldas que llevaba ocultas, sin haber pagado el quinto al Rey, cosa que el Quesada sintió, de manera que le duró el sentimiento lo que la vida, pues á los fines de ella dejó dicho en su testamento no serle gravoso al Rey en sólo un peso que le hubiere usurpado de sus Reales Quintos, así de oro como de esmeraldas, ó cualquiera otra cosa en todo el tiempo que tuvo á su cargo conquistas y corrió por su cuenta el disponer los pillajes y casas que se habían á las manos, que no se le pegó jamás cosa en agravio de la real corona, de quien fué siempre leal vasallo.

2.º Este estropiezo le fué tan áspero, que poniéndosele delante los piés, no los tuvo para dar un paso adelante en su viaje, antes haciendo volvieran todos sus compañeros los suyos atrás, se tornó á la ciudad tan otro de lo que antes era por estos desabrimientos y enfados, que aunque le recibieron todos á la entrada con mil demostraciones de gusto, en nada mostraba tenerle, andando siempre con mil indigestiones de acedias con todos, con harta admiración de los buenos, que veían convertidas en demasías y descomposturas las buenas crianzas que hasta allí había siempre usado en todas ocasiones; y el que hasta allí tomaba por tan suyos los negocios de todos, como se veía en el pecho que ponía á la defensa del más pequeño, ya era causa de que todos anduviesen enfadados, bien que él lo estaba tanto. Finalmente se conocieron en esta ocasión en el General cuán ruines sean los efectos de una mala lengua, que por no ahogar cuatro palabras en su pecho, acceda con ellas toda la maza de una bien concertada república, y por ventura no le pasó tal por el pensamiento al buen Lázaro Fonte; pero al fin con verdad, ó sin ella, de aquí le nació el pico al garbanzo, para que cierto soldado susurrón denunciase del Lázaro Fonte que había hecho un rescate de contrabando con un indio que le trajo una finísima, grande y brillante esmeralda, estando prohibidos por el General, con pena de la vida, tales rescates si fuesen delante de él, porque no defraudasen los Reales Quintos; hecha información tal cual de esto, con los que parecían más á propósito para el intento, aunque no fué bastante para convencer el reo, pareció serlo para sentenciarlo á degollar, de que luégo se pronunció sentencia, y le mandó ejecutar con increíble sentimiento de todos los buenos del ejército, por serlo tanto el Lázaro Fonte, y amigo y bien quisto de todos; los cuales, así sacerdotes como legos, tomaron la mano con el General, que le admitiese la apelación que había hecho para el Rey, porque sinembargo de ella daba prisa á la ejecución de la sentencia, con que iban creciendo los disgustos de todos, y aun las ocasiónes de algún motín que pesase más que todo el resto del negocio, como sucediera si algunos de los más bien mirados Capitanes no supieran el pié á estas centellas, que estaban ya para levantar llama con que se abrasara la buena opinión que hasta allí todos habían cobrado en servicio de su Dios y de su Rey; y así de entre ellos tomó á su cargo de aplacar al General el Capitán Gonzalo Suárez, que viendo que el negocio pedía brevedad, con ella entró al aposento del Quesada, y acompañado de los demás Capitanes y gente noble, y en nombre de todos le dijo:

3.º "Toda la nobleza, señor, de vuestros Capitanes que veis presentes con lágrimas en sus ojos, salidas del sentimiento que les queda en sus corazones, os vienen á representar lo mucho que os aman y desean vuestros aciertos vayan adelante con tan buenos fines, como hasta aquí, han sido los principios y

medios, y los más á propósito, como vos mejor sabéis, para conseguir esto con el tener piedad y benevolencia en los casos que se ofrecen, en cuya gravedad y peso se conoce mejor la que tiene el juez, como piedra del toque, en que se descubren los quilates de su prudencia, y pues los de la vuéstra tenemos conocidos en mil ocasiones, no será bien se encubran en éstas, no admitiendo una cosa tan justa como esta apelación de esta sentencia, pues de admitirla no sólo no se desportilla la honra de quien la dió, sino que se le aumenta por la piedad del juez, que en eso resplandece, de que se debe cualquiera preciar, más que de severo, porque demás de la buena opinión que con eso se cobra, queda descargado el juez del escrúpulo que puede tener si fué bien ó mal dada la sentencia, en que se pudiera haber errado ó apasionado como hombre, y como todos lo somos por ventura, algunos de los que miran este caso de fuera como ven al reo sin letrado que defienda su derecho, en un negocio tan arduo, pensarán que como vos los sois, habéis hecho derecho de vuestra pasión, la cual no es bien haga nido en vuestro pecho, aunque le hayan herido la honra las mal consideradas palabras de alguno, que no le tiene tan sano para el Capitán Lázaro Fonte, persona de tanto valor, como todos tenemos conocido, y que á los que son de sus prendas y valentía, se han de tolerar algunas cosas por hallarnos en tierras ajenas y tan cercadas de bárbaros, donde son menester las que él tiene, pues aunque á los demás no les faltan, nunca están de sobra, cuanto más le pudieren conservar de estos caudales; piensa que en los que tenéis de prudencia cabrá el considerar el sencillo pecho y buenos deseos con que pedimos esto, y el concedernos una cosa tan justa y que á todos nos importa, á vos para no perder un tan honrado y noble Capitán, y que tan bien ha servido á nosotros, para no quedar sin un tan buen amigo y compañero á quien tanto estimamos, y á él para no perder la vida por una cosa que vuelta á mirar, podrá ser sea muy otra de la que á la primera vista ha parecido. Razones son éstas que obligan á que mandéis la respuesta que al entrar aquí nos prometimos con la confianza que de vos tenemos, con que quedaremos en nuevas obligaciones de serviros."

CAPÍTULO XXXIX

CONTENIDO : 1.º Admite el General la apelación—2.º Manda que vaya preso á los Panches y después determina vaya á Pasca—3.º Huyen los indios de Pasca y dejan allí preso al Capitán Lázaro Fonte—4.º Trata la india de su servicio cómo librar á su amo de la muerte.

OYÓ el General las razones del Capitán Suárez con la atención que se le puede pedir á un hombre que desde la primera que se le dijo, comenzó á vacilar y trastornar los pensamientos para topar con uno que sirviera de respuesta á propósito de los deseos que tantos buenos mostraban, y considerando cuán á pechos tomaban todos la intercesión en el caso, no le pareció enfadarlos con lo de adelante que concederles lo que pedían en lo presente, y así con palabras reportadas le respondió : "Yo, señores, satisfecho estoy de vuestros buenos deseos, y que los tenéis en este caso de mis aciertos; pero también lo estoy de que los he tenido en la sentencia que he dado, por ser fundada en derechos que tengo bien ojeados, por no hacer un borrón que manche lo blanco de mi conciencia y opinión, pero por ver con las veras que todos habéis tomado la intercesión piadosa por este delincuente, me determino hacer lo que me pedís con deseos de daros gusto, pero hase de mediar eso de manera que ni él deje de ser castigado, ni los demás escarmentados en su cabeza, para que otro no la alce otro día á cosas semejantes, y así la apelación la concedo, pero no el quedarse en este pueblo donde yo estoy, sino en el que se le señalare por cárcel, la cual guardará sin quebrantarla, con pena que sin que valgan ruegos se le ejecutará la primera sentencia." No pareció á los intercesores habían negociado poco en haber quebrado esta primera lanza que le iba al reo atravesando el alma, y así rindiéndole todos las gracias por la que le había hecho de la vida, quedaron con esperanzas de que se rompieran las dificultades que restaban, con la misma buena intercesión que aquélla le había apeado ; y conociendo, como gente bien entendida, que de una merced hecha queda la mano blanca y suave para hacer otras, determinaron antes que se le endureciese al General, recargando el pensamiento en los sentimientos que traía, preguntarle luégo en qué parte le señalaba la cárcel, creyendo sería en algún pueblo de los Moscas, convecinos á la ciudad, donde por estar ya de amistad, se la harían al preso con buenos tratamientos, como todos se los deseaban.

2.º No tuvieron la respuesta á propósito de sus deseos, por ser diferentes del General, como los mostró diciendo que la había de tener en los Panches, que era lo mismo que enviarlo al Tajón de la carnicería de carne humana, pues, como hemos dicho, eran sus gustos comerla, con que se le seguiría más cruel

y desastrosa muerte que la que se le daba primero, por la diferencia que hay de matarle de un golpe, ó irlo cortando vivo, á pedazos, todos sus miembros hasta que llega la muerte, como lo hacían los Panches, y así pareciendo á los intercesores no tenían negociado aún nada, fué menester tomar de nuevo la mano á nuevos ruegos, representándole la mayor crueldad de muerte que se le ordenaba en aquel destierro, y así que se sirviese de moderar la prisión, ya que había comenzado á hacerle merced de la vida. Hízose así después de muchos ruegos, resolviéndose que lo llevasen á tener la cárcel al pueblo de Pasca, que aunque habían estado ya en él dos veces españoles, no les habían tomado tanto amor que les fuesen amigos, antes estaban de guerra, y avispados por no haber recibido de los soldados ninguna buena obra al pasar por su pueblo; pero vista la última resolución del General, no pareció á los Capitanes el apretar más la clavija en los ruegos, sino agradeciéndole lo concedido, despedirse, pareciéndoles, según hallaban apostemado el negocio, no habían alcanzado poco en que fuese el preso al pueblo de Moscas, de quienes tenían conocidas condiciones más pacíficas que las de los caribes Panches, y que no obstante el Pasca estaba, como hemos dicho, podía suceder no mostrarse con él sus desabrimientos por saber que los demás Moscas, sus provincianos, habían hecho amistad á los españoles. Estos y otros buenos discursos salidos de sus buenos deseos, platicaban entre sí los Capitanes, consolando también con ellos al preso; al cual sacaron luégo del pueblo nuevo con veinticuatro soldados de á caballo, con orden que lo dejasen en el pueblo dicho, sin armas, en forma de preso, y sin otro refugio que una india de las del Bogotá que le sirviese, en la cual, después de Dios, estuvo su buena suerte, pues por ella se le conservó la vida, que sus desgracias habían traído tan al remate.

3.º Porque sabiendo el Pasca por sus espías, que siempre las tenía desde que tuvo noticias de los españoles, que iban los veinticuatro de á caballo caminando hacia su pueblo, acogióse al monte como antes lo había hecho, con lo que de prisa pudo arrebatar del menaje de sus casas, dejando lo demás, y á ellas desamparadas como las hallaron cuando llegaron los españoles, los cuales aunque hallaron en ellas que no habían podido por la prisa llevar el monte consigo los indios, no tocaron nada por no desabrirlos y que lo viniera á pagar el preso, por cuya intercesión debió también de hacerse, aunque las guardas le estaban tan amigas y apesaradas de sus desgracias, que no sólo aquella diligencia les parecía poco en orden á librarle de malos sucesos, sino que todos los buenos que ellos habían tenido emplearon en eso, si bastaran para sacarlo de ellos. Al fin dejándole en una casa del pueblo, sin armas, y en las manos de la muerte, fueron tántas las lágrimas que derramaban al despedirse, que parecía le celebraban con ellas su entierro al miserable preso; pues todos esperaban

lo había de tener en cuerpo de bestias fieras. Luégo que partiéndose ellos volviesen los indios de su retirada, pero siendo forzoso haberla ellos de hacer, para la vuelta de su viaje consolando si pudieran al preso, se despidieron de él, dejándolo en amarguras que se pueden pensar de tan duro trance, y que ya se despedían para siempre, por esperar tan breve su desastrado fin. Túvolo con esto el día cubriéndolo con nuevas bayeras : la noche sus funerales pensamientos, la cual pasó el pobre Capitán sin más consuelo que el que con sus bárbaras y mal contadas razones le daba la india, y el que él buscaba, poniendo sus causas y ánima en manos de Dios y en la intercesión de la Virgen, que sabe hacerla en todas ocasiones, cuanto más en la de tales angustias : cogióle en ellas al preso la mañana, que lo fué de su resurrección, por la traza que dió su compañera la india ; por ventura industria de él, porque como dijo *Isaías Vexatio intelectumdabit*, la aflicción aviva el entendimiento. Juntamente con que el suyo era bueno.

4.º Al fin saliese la traza de lo uno ó de lo otro, la india la tuvo para librar á su amo de esta manera : luégo que amaneció, que se pudo presumir que vendrían los indios á sus casas por haber sabido se habían ido de ellas los españoles, se vistió lo mejor que pudo, á la usanza que se vestían las Cacicas y señoras principales en su tierra Muequetá, que estaba de allí nueve leguas ; llenóse de sus estimadas sartas de cuentas el cuello y muñecas de las manos, que con esto y el buen cuerpo y parecer natural que tenía, le pareció también el aficionar sus razones al Cacique Pasca para mitigar la fiereza de su ánimo, que temía había de tener contra su amo. No me espantara de esta traza si esta india no fuera infiel y hubiera oído la que tuvo la Reina Ester para aplacar la ra del Rey Azuero, que fué la misma en su modo, pero pudo ser el Capitán se acordase de aquélla, si es que él se la dió para hacer ésta.

CAPÍTULO XL

CONTENIDO: 1.° Plática que hace la india al Cacique y los demás indios, con que los reduce á la amistad de Lázaro Fonte—2.° Entra á verle el Cacique y sus principales y ofrécenle buen tratamiento—3.° Agradécelo Lázaro Fonte con palabras comedidas.

PÚSOSE de esta suerte en la entrada que le pareció más común del pueblo, por donde entendía habían de entrar en él los huídos, para encontrarse primero con ellos que ellos con su amo, y aplacar con sus buenas y lastimosas razones los pechos de aquellos bárbaros, que suelen tenerlos de pedernal para con los que tienen por enemigos y les caen vivos en sus manos, empleándolas con mil crueldades, como es cierto lo deseaban hacer, si se atrevieran en cualquiera de los españoles. No le salió mal la traza á la muchacha, pues apenas hubo llegado á las últimas casas, cuando descubrió una tropa de salvajes, que con sus armas se volvían á sus casas, los cuales viendo y conociendo la india de Bogotá vestida á lo Cacique, se pararon con nueva alteración, pensando no estaba aún vacío su pueblo de los españoles, pues no osara de otra suerte estar allí aquella india, la cual como conociese por lo que veía en lo que los indios reparaban, comenzó á dar las voces en su lengua, como aquélla bien la sabía, diciéndoles: "Llegad, amigos, á vuestro pueblo, pues no hay en él quien os ofenda, sino quien os defienda de todo mal suceso, por donde lo ha venido á tener malo un amo mío de los españoles más buenos que hay en todos, á el cual por defenderos de que los otros no hagan guerra, ni os quiten las haciendas, le ha querido matar su Cipa, y mudando después de parecer lo tuvo de enviarlo entre vosotros, diciendo: pues tanto defendéis al Pasca, andad y estad con él y veréis cuál os trata, quitando la vida y echando vuestras carnes á las aves del campo, y así lo hizo traer preso con aquellos sus compañeros que visteis ayer, á los cuales queriendo robar vuestras casas cuando se volvían, no lo consintió mi amo, por lo mucho que os quiere, y así os está aguardando allí en aquella casa, sin armas ningunas por no habérselas dejado, para que no se pudiera defender de vuestras manos. Bien podéis entrar en vuestra casa sin recelo de que os faltará nada, y en la suya, ó agradecerle lo que ha hecho y padece por vuestra defensa, la cual ha tomado tan de veras como vereis, pues mientras él viniere y estuviere con vosotros, podéis estar seguros de los demás sus compañeros, que no osarán miraros á la cara, ó él de la suya y eso bastará para conocer de ella ser verdad cómo os ha defendido."

2.° Perdieron del todo el temor los indios y dando crédito á las palabras de la moza, por conocer en su traza y vestido ser de gente noble, en quien hay mucha diferencia entre estos naturales de los que no lo son, entrando en sus

casas hallaron ser verdad cuanto les había dicho, y yendo á la del preso el Cacique con los más nobles del pueblo, hallaron cercados de aflicciones, acrecentándolas el verse cercado de tántos y tan inhumanos salvajes: si bien disimulaba sus congojas con la fortaleza del ánimo con que tenía puesto á todo suceso, aunque luégo lo fué esforzando más por las razones que el Pasca le dijo por medio de la india, algo ladina de nuestra lengua, por haber andado con los nuéstros desde la primera vez que llegaron á Bogotá. "Capitán, hijo del sol, no te aflijas, decía el Cacique, pues habiendo sabido la causa por qué te han enviado tus compañeros entre nosotros, antes ha de ser para tu regalo y gusto que para lo que ellos piensan te había de suceder entre nosotros, pues no somos tan faltos de conocimientos que nos falte para ser agradecidos á los beneficios que se nos hacen, y como hayan sido tan buenos los que de tus manos hemos recibido, las nuéstras no serán cortas en pagarlos en todas las cosas que nos fuere posible, conforme á tu gusto, porque yo lo tendré y todos los indios que son á mi gobierno y mando en que le mandes en todo lo que hubieres menester, pues por mucho que hagamos no llegará á lo que esta tu criada nos dice has hecho por nosotros."

3.º Resucitó Lázaro de la muerte que tanto había tenía tragada, y como saliendo del sepulcro de sus temores dió mil gracias á Dios, que se sabe quiere y puede librar de angustias por caminos tan otros de los nuéstros y no conocidos sino de él, especialmente á los que falsas calumnias tienen metidos en las cimas de los trabajos y aflicciones, de que se daba por libre con la diligencia de una bárbara; y las palabras del Cacique que lo era más, á quien también con palabras comedidas le agradeció las que le había dicho, y ofrecimientos que le había hecho, certificándole buenas correspondencias en lo que se le ofreciera á él y á todos sus vasallos, de quien estaba satisfecho sería así todo lo que le había prometido, sin entender otra cosa al contrario, con que se despidió el Cacique, comenzando luégo con demostraciones á cumplir lo que había ofrecido, enviándole comida y las cosas necesarias para el servicio de su rancho, continuando esto y el visitarle á menudo treinta días que duró el estar allí, hasta que sucedió lo que diremos á su tiempo.

FIN DE LA SEGUNDA NOTICIA.

TERCERA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

CONTENIDO: 1.º Las pérdidas y desgraciados fines que han sucedido en las jornadas que se han hecho en demanda del Dorado—2.º Dáse noticia de dónde tuvo principio este nombre del Dorado, y cómo fué en este nuevo Reino—3.º Comiénzase á dar la razón y fundamento que se tuvo, sobre que se fundó la primera noticia.

LA ocasión que hemos llegado con nuestra historia, no las da para que sin pasar de aquí demos noticia de los principios que tuvo este nombre de la Provincia del Dorado (aunque dejamos ya tocado algo de esto de paso en la primera parte), por haberlos tenido de este Reino Nuevo de Granada, y la verdad que hay en ello, ser hija legítima de esta historia, aunque el nombre se le puso en la ciudad de San Francisco del Quito, en los Reinos del Pirú, desde donde ha volado por tantas partes, que pienso hay pocas, aunque sean remotas, no sólo en este Nuevo Mundo, sino aun en todas las otras tres partes de él, por donde no esté extendido este nombre y noticia de las Provincias del Dorado, que ha sido ocasión de dejar á tantos no digo desdorados, sino perdidas sus casas, haciendas y vidas, no habiéndose perdonado nada de esto en los descubrimientos que se han intentado de las tierras que publica esta fama, fingiéndolas cada uno donde quiere y poniendo la proa de sus diligencias para donde la gobiernan sus pensamientos, sin más luz que unas ciegas relaciones que algunos dan sin bastante fundamento, si bien es verdad que todas las ende-

rezan hacia el corazón y entrañas de esta tierra firme, de quien sólo están habitadas de españoles todas las riberas en redondo del mar de que está cercada, porque lo está por una parte de él del Norte; por otra del mar del Etiopia ; por otra del estrecho general de Magallanes, y por la otra del mar del Sur, de hacia donde corre y vacia en el mar del Norte por las bocas del Drago el famoso río Orinoco, por cuyas feroces aguas suele meterse el ánimo y brío español, como hemos dicho en nuestra primera parte lo hizo D. Diego de Ordaz y D. Pedro de Silva y otros muchos, porque desde las márgenes de este río, que subiendo por él demoran á la mano derecha, hasta las del río Papamene, que bajando por las Provincias del Caguán que está á las espaldas de este Nuevo Reino, entra en el mismo Orinoco cerca de sus bocas, fingen las de los que dan estas noticias estar las del Dorado, en cuya demanda se han puesto en ejecución grandes y costosas jornadas, trasegando mares, ríos y lagunas, trastornando tierras y provincias de dificultosísimos caminos, enfermos, estalajes y habitaciones sin haber surtido otro efecto que pérdidas de haciendas que á la fama de este nombre campanudo del Dorado no han reparado en dejar sus tierras en los Reinos de España, y venir á buscar su perdición y total ruina : de que son buenos testigos los lastimosos fines que han tenido cuantos han intentado estos caminos y entradas, sin que haya habido uno de muchos que se han puesto á ello le haya sucedido otra cosa que calamidades sin un día de descanso, que no deja de ser ocasión de espanto ver que todos los que intentan esto, corran igual fortuna de desgracias, cuya verdad nos desempeñan los sucesos referidos en la primera parte de la jornada de D. Diego de Ordaz por el Orinoco ; las dos de D. Pedro de Silva, la del Capitán Juan de Cerpa, las del Capitán Antonio del Berrío, de este Reino, y la del Capitán Domingo de Vena, cuyos fines han sido lastimosas tragedias, celebradas con tristes y mal enjugadas lágrimas que duran hoy.

2.º El fundamento, pues, que hubo de donde se han levantado estas polvaredas del Dorado, fué de esta suerte: recién poblada la ciudad de San Francisco del Quito por el Capitán Sebastián de Belalcázar el año de mil quinientos treinta y cuatro, siendo Adelantado del Pirú D. Francisco Pizarro y su Teniente General el Belalcázar, este Capitán, andando con cuidado inquiriendo por todos los caminos que podía, sin perder ocasión de todas las tierras y provincias de que pudiese tener noticias entre los demás indios de que se andaba informando, la tuvo de que había allí en la ciudad un forastero, y preguntándole por su tierra, dijo: "Que se llamaba Muequetá y su Cacique Bogotá, que es como hemos dicho este Nuevo Reino de Granada, que los españoles le llamaron Bogotá," y preguntándole si en su tierra había de aquel metal que le mostraban, que era oro, respondió ser mucha la cantidad que había y de esmeraldas, que él nombraba en su lenguaje piedras verdes, y añadía que había una laguna en la

tierra de su Cacique, donde él entraba algunas veces al año, en unas balsas bien hechas, al medio de ellas yendo en cueros, pero todo el cuerpo lleno desde la cabeza á los pies y manos de una trementina muy pegajosa, y sobre ella echado mucho oro en polvo fino, de suerte que cuajando de oro toda aquella trementina, se hacía todo de una capa ó segundo pellejo de oro, que dándole el sol por la mañana, que era cuando se hacía este sacrificio, y en día claro, daba grandes resplandores, y entrando así hasta el medio de la laguna, allí hacía sacrificios y ofrendas, arrojando al agua algunas piezas de oro y esmeraldas, con ciertas palabras que decía, y haciéndose lavar con ciertas yerbas, como jaboneras, todo el cuerpo, caía todo el oro que traía á cuestas, en el agua, con que se acababa el sacrificio, y se salía de la laguna, y vestía sus mantas. Fué esta nueva tan á propósito de lo que se deseaba el Belalcázar y sus soldados, que estaban cebados para mayores descubrimientos con los que iban haciendo en el Pirú, que se determinaron hacer este de que daba noticia el indio, y confiriendo entre ellos qué nombre le daría para entenderse y diferenciar aquella Provincia de las demás de sus conquistas, determinaron llamarle la Provincia del Dorado, que fué como decir: llámase aquélla la Provincia donde va á ofrecer sus sacrificios aquel hombre ó Cacique con el cuerpo dorado. Esta es la raíz y tronco de donde han salido por el mundo las entendidas ramas de la fama del Dorado, y fuera de esto todo lo demás es pura ficción y nombre, sin cosa sobre que caiga, sino es que lo fingen donde lo ponen el deseo que tienen de hallar tanto oro que puedan dorarse como el otro Cacique y así poder llamar á la tierra que tan abundante se descubriese, otro Dorado, y de esta suerte irlos multiplicando hasta lo que quisiesen, de que ya dejamos tratado en nuestra primera parte.

3.º Pero para que sepa el lector del fundamento que el indio tuvo para decir lo que dijo de esta su tierra de Bogotá, habré de hacer aquí una forzosa digresión en que se dirá en dónde y cómo se hacía aquel ofrecimiento del Dorado, según más cierta opinión, con que se hallará aquí consecutivo uno tras otro, sin atormentar el deseo mientras no lo haya escrito, y yo quedaré ya desocupado para cuando llegue á la parte donde me era forzoso decirlo, no pudiéndome excusar, por ser cosa de consideración en esta historia, pues para que mejor se entienda la que aquí hay, digo que entre las demás supersticiones que tenían los indios de este Nuevo Reino (de que después hablaré) en ofrecer sacrificios á sus fingidos y falsos dioses, entre los cuales ponían en primer lugar al sol, era ofrecerles sacrificios en las aguas, no porque tuviesen á las aguas por dioses, sino porque el demonio, cuyas eran las trazas por donde estos miserables se gobernaban, se las tenía dadas de manera que lo honrasen á él en las aguas, queriendo con su depravada voluntad igualarse con esto á Dios, que

tanto se da por honrado y servido en las aguas, como lo dió á entender luégo á los primeros pasos de la creación del mundo, cuando el Espíritu del Señor andaba sobre las aguas, también quiere que lo bendigan todas las aguas del mar, fuentes y ríos; y al fin quiso ser honrado con las aguas del bautismo, ordenando que ellas fuesen instrumentos con que saliesen las almas del poder del demonio, y se escribiesen y alistasen debajo su bandera de Cristo, por la gracia que allí reciben.

CAPÍTULO II

CONTENIDO: 1.º Descúbrese la laguna de Guatavita—2.º Ahógase la Cacica en la laguna, y hechicería para sacarla con unas niñas que también se ahogaron— Ofrendas que se hacían en la laguna y adulterio de la Cacica y su castigo—4.º Segunda hechicería para sacar la niña, y la sacan muerta y la vuelven al agua.

LO cual así determinado por el demonio, y obedecido por ellos, hacían estas ofrendas no en cualesquiera aguas, sino en aquellas que parecía había alguna particular razón por ser extraordinario su sitio, asiento ó disposición, como en partes extraordinarias de ríos, como lo hacían en una parte peñascosa del de Bosa cuando pasa por cerca de un cerro que llaman del Tabaco, dos leguas y media de esta ciudad de Santafé, en lagunas de sitios y puestos peregrinos, como se hacía en una cuesta que está cerca de este paso del río en la mitad de tierra que hay desde él al pueblo de Suacha, llaman á este puesto Bochachío, pero entre todas estas partes el más frecuentado y famoso adoratorio fué la laguna que llaman de Guatavita, que está una legua poco más del pueblo así llamado, de quien ya dejamos dicho algo. Esta laguna tiene mil razones de las que los indios buscaban, y el demonio pedía para hacer en ella sus ofrecimientos, porque está en la cumbre de unos muy altos cerros á la parte del Norte respecto del pueblo; cáusase de unas fuentezuelas ó manantiales que salen de lo alto del cerro que la sobrepuja, que manaron por todos como un brazo de agua, que es la que de ordinario sale de la laguna á poco más, aunque puede ser tenga otros manantiales dentro del agua, que aunque no se ha podido saber por ser tan profundo, la cual no tiene de ancho en redondo, aunque un poco aovada, más de un tiro largo de piedra; á la redonda subirá por partes el cerro desde el agua, á otro tiro por lo más alto, porque no están parejas las cumbres, que las cercan algunos árboles bajos, como los consiente la frialdad del Páramo donde están cerca sus riberas de sus aguas claras, aunque no gustosas, por picar un poco en sabor de agua de bomba.

2.° Aquí pues, como en lugar acomodado de los que el demonio pedía, se solían hacer algunos ofrecimientos con el modo que él les tenía ordenado, del cual se solía aparecer en las mismas aguas en figura de un dragoncillo ó culebra grande, y en apareciendo le habían de ofrecer algún oro ó esmeraldas, para lo cual estaban con vigilancia los Jeques aguardando en unas chozuelas á la vera del agua; duraron estos ofrecimientos, que eran muy en grueso, hasta que se aumentaron después con lo que sucedió después á la mujer del Cacique de Guatavita; el cual en tiempos muy atrasados, cuando todos los Caciques gozaban libremente de su señorío, antes que el Bogotá tiránicamente los sujetase, era el más poderoso señor que había en este Reino de los Moscas, conociéndole superioridad muchos Caciques sus convecinos, no por modo de tiranía ni servidumbre, como después sucedió con el Bogotá, sino por un respeto y reverencia que le tenían, como á mayor señor y de mayor linaje, sangre y prendas: sucedió que en aquella edad, que entre las mujeres que tenía, estaba una de tan buenas partes en sangre y hermosura, que así como en esto excedía á las demás, también las excedía la estimación que hacía de ella el Guatavita, la cual no advirtiendo la Cacica como debiera, hízole traición con un caballero de los de la corte, y no en tan secreto que no llegara á los oídos del marido, el cual puso tan buenas diligencias en haber á las manos al adulterio, que presto le cayó en ellas y desde ellas en aquel cruel tormento de muerte que usaban en tales casos, como era empalarlos, habiéndole primero hecho cortar las partes de la punidad, con las cuales quiso castigar á la mujer, sin darle otro castigo que dárselas á comer guisadas en los comestrajes que ellos usaban en sus fiestas, que se hizo por ventura sólo para el propósito en público, por serlo ya tanto el delito de que fueron tan grandes los sentimientos de la mujer que no hubieran sido mayores si hubiera pasado por la pena del agresor, á que se añadieron otras no menores, cantando el delito los indios en sus borracheras y corros, no sólo en el cercado y casa del Cacique, á la vista y oídos de la mujer, sino en los de todos sus vasallos, ordenándolo así el Guatavita para escarmiento de las demás mujeres y castigo de la adúltera.

3.° En la cual fueron creciendo tanto los sentimientos de estas fiestas amargas para ella, que por huír de ellas, trató de huír de esta vida con desesperación para entrar en mayores tormentos en la otra, y así un día en que halló la ocasión que deseaba, se salió del cercado y casas de su marido á deshoras con el mayor secreto que pudo, sin llevar consigo más que una muchacha, que llevaba cargada una hija, que había parido poco había de su marido el Cacique, y caminando á la laguna, apenas hubo llegado, cuando por no ser sentida de los Jeques que estaban á la redonda en sus chozuelas, arrojó á las niñas al agua, y ella tras ellas, donde se ahogaron y fueron á pique, sin poderlas remediar los

Mohanes que salieron de sus cabañas al golpe que oyeron en el agua, aunque conocieron luégo, por ser de día, quién era la que se había ahogado, y así viendo no tenía aquello remedio, partió uno de ellos á mayor correr á dar aviso al Cacique del desgraciado suceso, el cual partiendo al mismo paso para la laguna con ansias mortales, por no haberse persuadido que los sentimientos hubiesen traído á tal estado á su mujer que hiciese aquello y por la desgracia de su hija, luégo que llegó y no las vido, por haberse ya sumido los cuerpos, que pretendía sacar si estuviesen sobreaguados, mandó á uno el mayor hechicero de los Jeques que hiciese como sacase á su mujer é hija de aquel lago. El Jeque trató luégo con sus vanas ceremonias y supersticiones de poner por obra lo que se le ordenaba, para lo cual mandó luégo encender lumbre á la lengua del agua y poner en las brasas unos guijarros pelados, hasta que quedaran como las demás brasas, y estándolo ya, y él desnudo, echólos en el agua, y él tras ellos zambulléndose sin salir de ella por un buen despacio, como lo hace un buen nadador ó buzo, como él era, hasta que salió solo como entró, diciendo que había hallado á la Cacica viva (embuste que el demonio le puso en la imaginación) y que estaba en unas casas y cercado mejor que el que deseaba en Guatavita, y tenía el dragoncillo en las faldas; estando allí con tanto gusto, que aunque le había dicho de parte de su marido el que tendría en que saliera, y que ya no trataría más del caso pasado, no estaba de ese parecer, pues ya había hallado descanso de sus trabajos, á que no quería volver, pues él le había sido causa de que lo dejasen ella y su hija, á la cual criaría allí donde estaba para que la tuviese compañía.

4.º No se quietó el Cacique con el recado del Jeque, y así diciéndole que le sacara siquiera á su hija, la hizo buscar otra vez con los mismos guijarros hechos ascuas, y volviendo á salir, traía el cuerpo de la niña muerto y sacados los ojos, diciendo se los había sacado el dragoncillo, estando todavía en las faldas de la madre, para que no siendo la niña sin ojos ni alma de provecho entre los hombres de esta vida, la volviesen á enviar á la otra con su madre, que la quedaba aguardando, á que acudió el Cacique por entender lo ordenaba así el dragoncillo, á quien él reverenciaba tanto ; y así volvió á mandar echar el cuerpezuelo á la laguna, donde luégo se hundió, quedando el Guatavita sin poder consolarse en nada por lo mucho que quería á hija y madre, no obstante la que había usado con él.

CAPÍTULO III

CONTENIDO: 1.º Aparece el demonio en figura de la Cacica para confirmarlos en sus supersticiones y el modo que tenían de hacerlas—2.º Echóse mucho oro en la laguna cuando se supo de la venida de los españoles—3.º El desagüe que le hizo Antonio de Sepúlveda para sacarle el oro y en lo que paró.

NO fué perezosa la fama en divulgar por toda la tierra este supuesto, y así en lo que tuvo de verdad como de fabuloso y mentira como era el decir se estaba la Cacica viva después de haber muerto en las aguas de la laguna, lo cual se creyó con la facilidad que la verdad del caso, porque el enemigo de ella disponía los ánimos á que se persuadiesen á ello, con que también lo quedaron á ser verdad lo que ya les tenía introducido, de que después de muertos había otra vida donde comían y bebían y eran servidos de sus criados como en ésta por donde se venían á perder más temprano tantas almas, como eran las de aquellos criados y criadas que enterraban consigo vivos los Caciques y señores de más de sus comidas y bebidas, armas, vestidos y telas con que hacer otros en rompiéndose aquellos con que los enterraban. Luégo comenzaron á tener fuerza los sacrificios que se hacían en la laguna, yendo con ellos allí en todas sus necesidades, pareciéndoles á los vasallos del Guatavita que pues estaba allí viva su Cacica, se la remediaría, y lo mismo hacían los que no lo eran á quien había llegado esta fama, que fué por largas tierras, viniendo de todas con sus oblaciones á la laguna, y así había muchas carreras ó caminos anchos que estos indios usaban para ir á sus santuarios que llegaban á la laguna y cada pueblo tenía, y conocía el suyo que guiaba desde aquella parte por donde venían, como el de Tunja ó Chocontá, Ubaté, Bogotá, &c. por donde entraban á hacer sus sacrificios, que venían hechos desde media legua antes de llegar á la laguna, como los hallaron los españoles, y aun hoy se conocen, y yo los he visto. Los sacrificios se hacían por medio de los Jeques: el demonio, viendo lo bien que le había salido la traza, para asegurarlos más en aquellas vanas supersticiones, se aparecía de cuando en cuando sobre las aguas de la laguna en figura, gesto y talle de la Cacica desnuda de medio para arriba, y de allí para abajo ceñida de una manta de algodón colorada, y diciendo algunas cosas que habían de suceder de las que pueden de las disposiciones y causas naturales que él también conoce, como que había de haber secas, hambres, enfermedades, muertes de tal ó tal Cacique que estaba enfermo. Desparecióse cuando los miserables, persuadidos en que la Cacica era la poderosa para enviar ó quitar por su mano aquello que había dicho, y veían que sucedía, con que no perdonaban e buen oro, joyas, esmeraldas, comidas y otras cosas que no ofreciesen en todas

sus necesidades; usando de esta ceremonia en el ofrecimiento, tomaban dos cuerdas que pudiesen atravesar la laguna por el medio y cruzándolas de una parte á otra en la cruz que hacía, se venía á conocer el medio ó centro de la laguna á donde iban los Jeques y la persona que hacía el ofrecimiento en unas balsas que son de haces de eneas ó espadañas secas juntos y atados unos con otros; ó de palos con que se hace un modo de barca, donde pueden ir tres ó cuatro ó más personas, según son de anchas y largas, con que también se pasan los ríos donde no hay puentes. Con éstas, pues, llegaban al medio de las aguas de la laguna, y allí con ciertas palabras y ceremonias, echaban en ella las ofrendas menores ó mayores, según la necesidad para que se hacía y el posible del que la hacía, viniendo á ser algunas de tanto valor, como hemos dicho en el capítulo antes del pasado número segundo hacía el Cacique Guatavita dorándose el cuerpo, por donde vino á decir el indio en la ciudad de Quito lo que dijo, y los españoles á ponerle á esta Provincia el nombre del Dorado.

2.º Y porque concluyamos con lo que hay que decir de esta laguna, digo, que como éste era su principal santuario y común de toda la tierra, y aunque hay quien diga haber sido en tierra de algunos Caciques, mandando cuando morían echar en aquellas aguas sus cuerpos con sus riquezas, cuando se fué divulgando que entraban unos hombres barbudos y buscaban con cuidado el oro entre los indios, sacaron mucho del que tenía guardado, llevándolo y ofreciéndolo en la laguna ó rogando con aquel sacrificio que les librase la Cacica de aquellos hombres que entraban por sus tierras como las demás plagas que les solían venir, ó queriendo más, tenerlo ofrecido en su santuario que en sus casas, y á peligro que lo hubiesen á mano los españoles. Hicieron esto algunos en tánta cantidad de oro, que sólo el Cacique del pueblo de Simijaca echó en esta laguna cuarenta cargas que llevaron cuarenta indios desde el pueblo á la laguna, como se verificó de ellos mismos y del Cacique, sobrino y sucesor en el cacicazgo, al que lo envió, que fué el que iba con los indios que lo llevaban y lanzó en la laguna, que cuando menos serían cuarenta quintales de oro fino. Tomóse motivo para averiguar esta verdad, de que el encomendero del pueblo, que es el Capitán Gonzalo de León Venero, persuadiendo al Cacique, que se llamaba D. Alonso, que le mostrara algunos santuarios, pues era mejor servirse del oro que tenerlo en ellos sin provecho ofrecido al demonio, le respondió el indio de amistad y con secreto que si desaguaba la laguna de Guatavita sacaría infinitas riquezas, porque su tío sólo había enviado con él las cargas de oro referidas, de que se hizo averiguación ser así, y haber hecho otros muchos lo mismo, unos con más, otros con menos.

3.º De cuya fama movidos muchos de los soldados que descubrieron la tierra, intentaron desaguarla, como lo puso en ejecución el Capitán Láza-

ro Fonte, después que salió de las borrascas en que se vido, aunque como no fué mucho el caudal con que lo intentó, no pudieron ser las diligencias que eran menester para conseguir el efecto con provecho, y así con menos de esto que de gasto, dió de mano á la labor, aunque no faltó quien la pasase adelante más de propósito, por hallarse con mayor caudal, y suficiente á su parecer para hacer el desagüe, pareciéndole no poderlo emplear en cosa de mayor garantía que en la que esperaba sacar de la laguna, y así determinándose á esto un Antonio de Sepúlveda, mercader de esta ciudad de Santafé, pasó desde aquí en España en los años de mil quinientos ochenta, donde sacó del Consejo una cédula con ciertas condiciones para poder él, y no otro, desaguar la laguna, y que se le diese de la Real Audiencia todo el favor que fuese necesario, y los indios que pidiese para la labor del desagüe, el cual se pasó á hacer luégo que fué de la vuelta de España muy de propósito, haciendo casas junto á la laguna, y un barco para ella, desde donde sondaba su altura, que se halló ser por enmedio, de veinticinco brazas; juntó luégo muchos indios gastadores que tomando las causas desde la altura que pareció á los ingenieros bastaba, las iban siguiendo con mil dificultades que se ponían delante de grandes peñas, con que se comenzó á descubrir luégo ser mayor la dificultad que se le entendía, aunque rompiendo por todo con grandes gastos de herramientas, vino por la tierra de fríos, páramos, pantanos, y no poder los indios de otra suerte sufrir el trabajo, se fué llegando al desmonte de los dos cerros que tiene á los lados el desaguadero de la laguna, á donde yendo cortando la una y la otra parte del cerro, y puntalando ó ademando con maderos muy gruesos, se comenzó á abrir boca al desaguadero, de manera que ya iba vaciando más que lo ordinario y dejando descubiertas sus orillas, donde iban hallando algunas joyas de oro de mil hechuras, chagualas ó patenas, sierpezuelas, águilas, esmeraldas, que sacaban de entre la lama y cieno que se iba descubriendo, y la razón por qué las hallaban era porque no todos entraban á ofrecer al medio de la laguna, cuando eran de poco precio los ofrecimientos, sino desde fuera del agua los ofrecían por las orillas. Al fin aquello poco que allí hallaban da al Sepúlveda ánimo de pasar adelante con la esperanza de sacar la que gastaba, y mucho más, como fuera sin duda, si su caudal hubiera sustentado la labor que fué menester, por que á cada desagüe que iban dando, se iban hallando mayores y más ricas piezas de oro y esmeraldas, y tal vez sacaron una como un huevo, (una ni otra báculo de obispo), hecha de planchas de oro, y el báculo forrado de las mismas canillas de oro y otras joyas, que fué por todo hasta la cantidad de cinco ó seis mil ducados, que se iban metiendo en la Caja Real, por haber sido una de las condiciones con que se le había dado la licencia, para que se partiese después de justo todo lo que se sacase por mitad el mercader y la caja, habiéndole

pagado la costa, de la cual no había de poner el Rey alguna. Al fin, siendo más la que hacía que lo que podía su bolsa, sucedió que no teniendo bien puntalados los cortes del desagüe y sobreviniendo muchas aguas de invierno, dieron abajo la una y la otra banda de los barrancos, volviendo á cegar la salida del agua, en tiempo que ya no alcanzó el caudal del mercader á volver á limpiar la tierra, y así le fué forzoso dejar la ranchería y labor y irse á morir á un hospital, sin haberle quedado caudal para otra cosa, ni haber habido después quien se atreva á tomar entre manos la empresa de propósito.

CAPÍTULO IV

CONTENIDO: 1.º Sale el Capitán Belalcázar á la ciudad de Quito en demanda de Bogotá, con título de buscar el Dorado, que es en el Nuevo Reino de Granada—2.º Vuelve otra vez Belalcázar á Quito, y desde allí otra vez á buscar el Dorado—3.º Viene Belalcázar por muchas dificultades y trabajos á dar al Valle de Neiva, de la gente y los conquistadores del Reino.

NO se le cocía, como dicen, al Belalcázar el pan en el horno de los deseos que se le habían encendido en el pecho, de hacer jornada para esta tierra del Dorado ó Bogotá, de que el indio había dado las noticias y el nombre, y así, luégo que se desembarazó de las guerras que se levantaron con los naturales de la tierra y distrito del Quito, procurando poner en efecto estos sus deseos, despachó con buen avío la gente con que se hallaba de presente, con el Capitán Juan de Ampudia, para que fuese delante de él que se quedaba á llevar más soldados á la Villa de Pasto, que estaba recién poblada, y desde allí pasase á la Provincia de Popayán, de quien se tenía noticias de sus muchas riquezas, desde donde pasase á la tierra del Dorado, para donde le iba guiando el indio que había dado las noticias. Salió con estos propósitos del Quito el Capitán Ampudia, y llegando á Pasto, pasó á dar vista á la tierra de Popayán y de allí á la del Cali, donde advirtiendo se enfermaba la gente, determinó de hacer el camino á la mano izquierda, banda del Norte, contra las voces que daba el indio de Bogotá, diciendo que su tierra y Dorado estaba á la mano derecha, pero no queriendo seguir por entonces lo que el indio decía, el cual murió de allí á pocos días, por ventura de pena en ver no guiaban los soldados hacia su tierra, llegaron á la provincia donde después se pobló la ciudad de Cartago, desde donde por los muchos naturales que había, no atreviéndose por entonces con ellos, por ser pocos los soldados, se retiraron á la tierra de Cali, donde pobló la villa de Ampudia, y donde no les faltaron refriegas con los

indios é indias, que peleaban mejor que los hombres. Estando allí celebrando la Semana Santa, aunque una semana antes que lo fuese, por la impericia de los curas, que sabían poco de cómputo, el año de mil quinientos treinta y tres llegó Belalcázar con la gente que pudo recoger, el cual mandó luégo despoblar el pueblo, aunque veía la grosedad de la tierra, porque tenía concebido en su entendimiento era mucho mayor la del Dorado de Bogotá que iba buscando, y para volver aquella tierra no faltaría ocasión, sin perder por entonces lo que se le ofrecía de las noticias, y la que también pensaba hallar para hacer viaje á España, donde intentaba ir á negociar para sí el Gobierno de aquellas tierras que había descubierto.

2.º De manera que dos intentos sacaron del Quito al General Belalcázar para intentar esta jornada, el uno descubierto y claro, á título del cual hizo la gente que traía, que fué venir á Bogotá en demanda del Dorado, con que doró sus acciones, y encubrió en su pecho; el otro que era ir á España á lo dicho, y pienso era éste el que más cuidado le daba, como se vió en la diligencia que luégo hizo. Salieron desde este sitio de la villa despoblada de Ampudia, y llegaron al río que llaman de la Vieja, bien celebrado en esta tierra por una que hallaron allí, que lo era, según su aspecto, de más de cien años, pero tan llena toda de oro fino, que parece quería suplir con la hermosura de aquel metal la que sus años le habían quitado, del cual estaba tan cargada con orejas, collares, manillas, y una muy ancha cinta de oro batido con que ceñía por la cintura sus arrugadas y curtidas carnes con más defensa que la del pellejo, que pesaba todo más de seiscientos ducados, de que la desocupó un soldado llamado Miguel Muñoz, no haciendo la buena vieja resistencia, antes parecía holgarse de que la descargasen ya de aquel pesado metal, dejándole por paga puesto al río el nombre de su edad; de allí pasaron hasta el sitio donde después se pobló la villa de Anserma y de allí volvieron á la Provincia de los indios Gorrones, desde donde envió el Capitán Belalcázar al Capitán Juan Ladrillero con algunos soldados á descubrir si hallaba camino para el mar del Sur, por donde pensaba, si se hallara, dar cantonada á D. Francisco Pizarro, por no podérsele escapar de otra suerte, para ir en España en sus intentos, aunque por entonces quedaron defraudados, por haberlos quedado también los que tenía el Ladrillero de hallar camino para el Sur, por las espesuras y malezas de las montañas que lo defendían y así le fué forzoso, sin ningún buen efecto, volverse á su General, el cual trató por entonces de revolver hacia la ciudad de Quito, á donde llegó, dejando de camino pobladas la ciudad de Popayán y villa de Cali, el año de mil quinientos treinta y seis; dió cuenta de lo hecho á D. Francisco Pizarro, el cual confirmándole en su oficio de Subteniente General, le dió nuevos poderes para poderse alargar á todos los descubrimientos que se le ofreciesen, no

habiendo el D. Francisco alcanzado á hacerlos de los intentos del Belalcázar, porque se los supo bien ocultar, y así con ellos y sus nuevas licencias y este ruido de ir á·buscar el Dorado, allegó buena compañía, con que saliendo del Quito, donde quedaba D. Francisco Pizarro, llegó á Popayán el mes de Mayo, año de mil quinientos treinta y ocho, y reparando allí poco por el deseo que traía de llegar á esta Provincia del Reino en demanda de su Dorado luégo que el tiempo les abrió, escogiendo trescientos hombres, los ciento de á caballo con gran carruaje de Yanaconas, y otros indios é indias sirvientes con prevención de cuatro años, de sedas, lienzos paños y otras cosas de Castila, y caballos en que se cargase, comenzó su jornada á la parte del Oriente, por donde les decía el indio Bogotá estaba su tierra.

3.º Era la que comenzaron luégo á encontrar tan áspera y doblada de riscos, cerros, montañas cerradas, ríos quebrados, ramblas, pantanos, tremedales y balzares con malas influencias del cielo, que si él no les ayudara perecieran todos, según comenzaron luégo á enfermar; pero con tal ayuda vinieron á estar en el valle de Neiva (antes de llegar á Neiva se detuvieron en Timaná por la riqueza que en ella hallaron del contrato del oyo, de que fué y es muy abundante, y hallaron de 500 indios en aquella Provincia), tierra, como dejamos dicho, mal sana por entonces, aunque llana y desahoyada de montañas, pues no las tiene sino á la margen del río Grande de la Magdalena que lo baña, y de los que entran en él por ambas partes por la que llegaron, que es la tierra de los Coyaimas, hallaron muchos lugares poblados y muchos despoblados por unas sangrientas guerras civiles que se habían levantado entre ellos, por donde se vinieron á dividir y apartar después á los llanos del valle, los Coyaimas de los Pijaos que se retiraron á la sierras, de que trataremos cuando en nuestra tercera parte llegue la historia á esta tierra, en la cual estuvo algunos días el General Belalcázar reformando su gente por haber comidas abundantes, no con falta de guazabaras que les daban los indios, en especial los Teporoges con sus Caciques Acuzulo y Apaolos, uno de los cuales mató á un criado del General llamado Saldaña, cerca de un río que baja de las sierras, con que se quedó hasta hoy el río del mismo nombre, aunque otros dicen que al pasar del río se le ahogó el criado, y fué buena suerte estar los indios en sus guerras para no tenerlas mayores con los nuéstros, á quien les bastaban las que traían con las enfermedades y disgustos de hallar la tierra sin oro, por lo cual pareciéndole á Belalcázar sería acertado no dejar sin poblar la de Timaná que sabían lo tenía envió á los Capitanes Juan de Ampudia y Pedro de Añasco con alguna gente con setenta hombres, que volvieron á Popayán y desde allí el uno á poblar en Timaná, quedándose él con los demás, y los Capitanes Juan de Cabrera, Juan Tafur, Juan de Avendaño y Sanabria, se habían también hallado en la con-

quista de Cubagua, ya cuando iban caminando el valle abajo llegaron al paraje de las Fortalecillas, donde habían llegado por esta otra banda del Río Grande los soldados que días hacía habían ido á buscar con el General Quesada la casa del sol. Tuvieron nuevas de los indios que ya había otros hombres como ellos en la tierra, de que recibieron harta pena, por haberles en eso sucedido lo que el Belalcázar se sospechaba, por saber andaban muchos conquistando por muchas partes, y esas eran las causas que le hacían andar siempre con prisas para hacer este descubrimiento, por los temores que tenía, no se le hubiese otro anticipado en cosa que él se prometía una gran grosedad por las nuevas del indio. Tampoco faltó otro que las diese al General Gonzalo Jiménez de cómo esos estaban en el valle de Neiva, de cuya verdad quedó bien enterado porque refrescando cada hora de indios amigos, los cuales para mayores señas de ser así decían que no venían vestidos como ellos estaban de mantas de sus tierras, sino de otras mejores y traían mucha gente que los servían.

CAPÍTULO V

CONTENIDO: 1.º Sale Fernán Pérez de Quesada á saber qué gente es la que viene por el valle de Neiva, y vése con el Belalcázar—2.º Convida Fernán Pérez á Belalcázar si quiere venir á Santafé, y no se resuelve por entonces—3.º Tiene noticia Lázaro Fonte de la venida del General Nicolás de Fedremán por la villa de los llanos, y dála al General Jiménez de Quesada.

NO dejó de causar novedad al Gonzalo Jiménez y sus soldados por las que se podían seguir de juntarse diferentes conquistadores, pero para certificarse más de la verdad y disponerse para lo que pudiese suceder, se determinó saliese una escuadra de buenos soldados, y por cabo su hermano Fernán Pérez de Quesada, á quien quisieron acompañar los Capitanes Juan de Céspedes y Pedro de Colmenares; fueron caminando con cuidado y con solas las noticias que sacaron de Santafé hasta llegar á Guataquí, cerca ya del valle de Neiva, donde las hallaron muy más claras por unas jaras emplumadas que los indios les mostraban, que habían traído de las que los peruleros tiraban, á cuyo sitio y alojamiento los fueron guiando, los mismos que mostraban las jaras, hasta llevarlos al río que llaman de la Sabandija, cuyas aguas me han apagado alguna vez la sed, que era ya cerca del alojamiento de los peruleros, donde se escondieron el Capitán Pedro de Colmenares, Juan Rodríguez Gil y Juan de Frías, con algunos otros soldados en emboscada, para si acaso se ofreciese ocasión de descuido en los del Pirú cogerlos y saber qué gente era; estando

así encubiertos entre las yerbas de la margen del río Sabandija, llamado así por una culebrilla que vieron en él los primeros que le descubrieron, llegó á él un mancebo á caballo y á vista de los escondidos comenzó desde el caballo á pescar con una caña y anzuelo, y determinando salir para pescarlo á él, apenas se hubieron meneado cuando los sintó el caballo y apuntando con vista y orejas hacia ellos, al punto volvió el mozo los ojos á donde el caballo y en viéndolos apretóle las piernas, con que llegó como un viento á los compañeros, dando arma con mil desentonadas voces que entendieron venía el mando sobre ellos. Envió luégo Belalcázar al Capitán Juan Cabrera con los Capitanes Pedro de Puelles, Juan Díaz Hidalgo y Juan de Arévalo con algunos otros de á caballo, que llegaron hasta veinte, á reconocer la gente del Quesada, la cual iba al descubierto á verse con la del Pirú, con que en breve se encontraron los unos con los otros, entre los cuales hubo grandes cortesías de ambas partes, y dándose cuenta unos á otros en suma de sus descubrimientos y trabajos, se fueron mano á mano á descansar de los suyos, los de Quesada á las tierras de Belalcázar, donde los recibió con gusto sagaz, pues nunca se aseguró tan del todo por lo que pudiera suceder se descuidase de andar sobre aviso, el que tampoco faltó en los Quesadas, prevenidos para todo suceso.

2.º Pero asegurándose luégo de ambas partes, quedando sin ningunas sospechas unos de otros, con que abrió del todo su pecho el Fernán Pérez y dando al Belalcázar un muy cumplido y cortesano recado de presente de su hermano, le contó más á la larga el descubrimiento que habían hecho, la disposición de la tierra, y el aparejo que desde ella se había hallado para otros mayores por las vistas que se habían dado á los llanos, de que no se pensaba dejar de tomar noticia en habiendo oportunidad de pertrechos y caballos. Admitió Belalcázar el recado y cortesías de Fernán Pérez y con las mismas hizo el retorno, ofreciendo soldados, caballos y cuanto él traía, para que consiguiese los intentos que tenían de mayores descubrimientos, porque los suyos ya no eran por entonces sino de cumplir los que días hacía le solicitaban de irse á España por el camino que veía abierto de los del Reino, supuesto que la tierra de su hombre dorado ya tenía dueño, deseando con esta diligencia serlo él también en propiedad y no como Teniente de la que había descubierto y poblado desde Quito para abajo. Estimó en mucho el Fernán Pérez estos ofrecimientos y haciéndolos muy cumplidos de todo lo que se quisiese servir Belalcázar de la ranchería de Santafé, donde quedaba su hermano, le suplicó se sirviese de ir allá á verse con él, con quien se podía tratar de los intentos de la ida á España, pues él estaba con los mismos y con una gran voluntad que desde luégo de su parte le ofrecía para servirle á él y á todos sus soldados, los cuales, como no siempre el vulgo es de una opinión, se dividieron en tenerlas diferentes, y aunque no del todo al

descubierto, hubo algunos que dieron á entender fuera bueno librar en las armas el derecho de tierra descubierta, fuélo esta plática al Capitán Juan de Céspedes, y no sabiendo de burlas en cosas que pedían veras, dijo en alta voz: «Señores, á las tierras que nosotros hemos ganado, otros no han de entrar á poseerlas sino por las puntas de las lanzas, y pues á nadie quitamos sus trabajos, estas dificultades hallará el que intentare quitarnos los nuéstros». Oyó estas razones el Capitán Juan Cabrera, hombre de muy gran suerte y valor en toda ocasión, y viendo que aquella lo era de encenderse algunos pesados disgustos, procuró pisar aquellas centellas, diciendo: «Señor Capitán, bien pienso que cuando el negocio viniera, eso no nos la dieron en las espaldas, porque no sabemos volverlas á mayores peligros, pero ahora no deseamos sino paz y amistad, y que cada uno goce lo que su buena suerte y trabajos le hubieren dado, porque sabemos lo que cuesta conquistar un palmo de tierra, como nos lo ha dicho la experiencia á los curtidos en eso, y así más deseo saber el nombre de vuesamerced para servirle que no pasar adelante inquietudes».—Llámome Juan de Céspedes, respondió, más conocido que la ruda, y mi nombre bien sabido de todos, por mares y tierras de estas Indias.—Aunque he andado muchas partes de ellas, respondió el Cabrera, nunca ha llegado á mí olor de ruda, criada entre tales Céspedes, porque yo soy un pobre Capitán llamado Juan de Cabrera, hijo del olvido y de mis obras, y aunque estos caballeros les quieren porque ellos son dar otros títulos, de que yo tomaré de aquí adelante, será de muy criado de vuesamerced de que blasonaremos qué de mil hazañas. No quedó sin conveniente respuesta este honrado término, por saberlo tener con todo el Capitán Céspedes, con que quedaron estos dos valerosos Capitanes muy en amistad y conformes, y á su imitación todos los demás, aunque sin acabarse de resolver el General Belalcázar, si llegaría á Santafé, por lo cual despidiéndose de él y de todos el Fernán Pérez de Quesada, á quien todos acompañaron por buen trecho, se volvió á Bogotá y contó á su hermano la gente que era y lo sucedido con ellos.

3.º Mientras pasaban estas cosas, pasaban otras mil de aflicción y fatiga sobre el pobre desterrado y preso Lázaro Fonte en su pueblo de Pesca, porque si bien le acudían los indios en sus necesidades, con que se relevaban algo los trabajos, no era tan del todo que no fuesen muy grandes en considerarse entre bárbaros de una condición tan mudable, que lo suelen ser tras de cada hora por sabísimas ocasiones, y así no se aseguraba un día sobresaltos de cuándo sería aquel en que mudasen de parecer y á él de esta vida, y así sólo ponía la suya en el autor de ella, no dejando de encomendársela de día ni de noche, en los cuales ejercicios estaba cuando por caminos muy otros de los nuéstros, les dispuso y envió su remedio con unas nuevas que tuvo de ciertos indios que venían

por la parte del Oriente, que es la de los llanos de Venezuela, unos hombres como él, y que estaban ya menos de seis leguas de allí, con caballos y perros como los que ellos traían. Certifícase de la nueva por medio de su sirvienta, y sabida la verdad, trató luégo de avisar á su General de ella, y así tomando un pedazo de cuero de venado bien bruñido, que halló entre los indios, escribió con vija ó almagre una carta con estas razones. «Mi señor, nueva cierta he tenido que viene gente española por los llanos y que está cerca, que llegará de aquí á mañana. Vea vuestramerced lo que se deba hacer, y avise con brevedad»; llegó con mucha el indio que la llevaba y dióla en mano propia al General, después de seis ó siete días de como había llegado su hermano Fernán Pérez del Valle de Neiva de ver á Belalcázar.

CAPÍTULO VI

CONTENIDO: 1.º Sueltan de la prisión á Lázaro Fonte y entra Nicolás de Fedremán en el pueblo de Pasca—2.º Viene Fedremán á Santafé y recíbele Gonzalo Jiménez de Quesada con toda la demostración de amistad que pudo—3.º Conciértanse ambos Generales de hacerse compañía por escritura pública para estar unados para todo buen ó mal suceso y partición de ganancias.

CON la brevedad que pedía el caso y carta, y dando muestras de agradecimiento á quien la envió, mandó el General se aparejase un escuadra en que fuesen con los demás los Capitanes Juan del Junco, Gonzalo Suárez Rondón, Pedro Fernández Valenzuela, Paredes, Calderón y otros de quien tenía mejor confianza, con orden de que llegasen á Pasca á paso largo, y que con el mismo le avisasen de lo que había, dando ante todas cosas libertad al Capitán Lázaro Fonte, apesarado ya de lo que había hecho con él, movido de mala información, lo cual procuró después reparar en todas ocasiones, pues no se ofrecía ninguna en que con demostraciones no le hiciese favor. No incitó á los soldados poco para abreviar la llegada á Pasca, el desear también dar á Lázaro Fonte soltura de su prisión, en que le hallaron ya con más alientos por haberlos cobrado con las esperanzas que le dieron de su libertad las nuevas que venían de acercarse gente nueva española, la cual llegó, luégo que llegaron á Pasca los Quesadas, porque apenas se habían apeado cuando entró en el pueblo el Capitán Pedro de Limpias, conquistador antiguo de la Provincia de Venezuela, que con otros compañeros venía sobresaliente, descubriendo la tierra por el Capitán Nicolás de Fedremán, tudesco de Nación y Teniente general del Gobernador de la Provincia de Venezuela, Jorge de Aspira, de quien tan larga-

mente queda tratado en nuestra primera parte. Llegó otro día Fedremán con el resto de la tropa que había quedado sóla una jornada atrás, á quien recibieron con todas las cortesías y agazajos que pudieron los de Santa Marta, dándoles también cuenta de los descubrimientos que se habían hecho en esta tierra del Reino, y el estado en que todo estaba, de que tuvieron mucho gusto los de Venezuela, porque aunque no dejaron de sentir el verse defraudados de ser ellos los primeros conquistadores de aquella Provincia á donde su suerte los había traído, pero tuviéronla por buena, pues Dios lo había ordenado así, de haber llegado donde hallasen socorro para tántas necesidades como traían, y descanso de trabajos tan intolerables como habían pasado en cinco años que hacía habían salido de Coro, en los cuales se habían consumido trescientos soldados, pues de cuatrocientos que salieron, sólo llegaron allí ciento, el año de mil quinientos treinta y nueve, y éstos tan gastados y desarrapados, que los más venían vestidos de cueros de venados y albarcas de las mismas piezas, con que parece pudieron los de Santa Marta perder el empacho que pudieran haber cobrado en verse vestidos de mantas de algodón delante de los peruleros, que lo estaban de sedas y perpiñanes, en que se verifica el dicho común, que nadie es tan pobre que no pueda ser otro más, y lo que le sucedió al otro, que hallándose con sólos dos maravedices en la bolsa y con ganas de comer, le pareció ser el más pobre del mundo, pues su caudal no llegaba á más, y al fin, arbitrando en qué lo emplearía que fuese suficiente á matar su hambre, determinó comprar una libra de habas verdes, y saliéndose del pueblo para ir á otro, íbaselas comiendo sólo los granos, y arrojando las cáscaras, y volviendo la cabeza, vido á otro que las venía cogiendo y comiendo, por ser más pobre que él, y no haber tenido con qué comprarlas, con que conoció no ser el más pobre.

2.° Movieron á compasión á los del Reino, viendo soldados tan valientes, y que á muchos de ellos conocían, por ser de los que prendió Fedremán ó su gente en la costa del Cabo de la Vela, con su Capitán Juan de Rivera, como dejamos dicho en la primera parte, y que viniesen tan gastados de vestidos y necesitados de todo. Despachóse luégo á dar aviso al General Quesada de cómo era Nicolás Fedremán y su gente la que había llegado, yendo á llevarlo Paredes Calderón y otro soldado de los recién llegados, llamado Fernando Montero, que después fué vecino de la ciudad de Tocaima, á quien recibió el General Jiménez benignamente, dándole algunas finas telas de algodón con que se vistiera y una chaguala de fino oro que pesaba doscientos ducados, y tratando luégo del recibimiento que se le había de hacer á Fedremán, hizo apercibir los peones y caballos, y avisar á los Caciques más cercanos para que se hallasen con sus gentes, con que vinieron en bien crecido número, con sus gallardos penachos de rica plumería, dardos, lanzas y macanas con todos caracoles, fotutos, trompetas y

los demás pertrechos de guerra, como si fuera para algún rompimiento de batalla; cuando supo el General que ya llegaba Fedremán y los demás, hizo dividir los indios en dos mangas, yendo él con su guión delante, acompañado de algunos de á caballo y los demás con la infantería y dispuestos en buen orden, caminaron desde Santafé hacia las grandes llanadas del pueblo de Bosa, hasta que vieron asomar por el alto de la loma que se remata cerca del pueblo a Fedremán con treinta de á caballo, de los cuales eran los más de los que había enviado á su recibimiento el General Jiménez, el cual al tiempo que llegaban cerca los unos de los otros en aquellos espaciosos y agradables prados, mandó que se tocasen todas las trompetas, cajas, caracoles, fotutos y los demás instrumentos que se hallaban, con que pareció se representaba una sangrienta y reñida batalla. Sobresaltóse de ver la gente tanta, y tan en orden militar, y sonar los instrumentos en modo de rompimiento, temiendo no lo quisiesen hacer con él y con su gente, y volviendo á la de Santa Marta que le acompañaba, dijo: «Señores, ya sabéis que me he fiado de vosotros, por haber conocido sois gente noble y de sencillos tratos, no querría hallarlos ahora dobles en tiempo que yo y los míos no nos podemos disponer para la defensa de algún daño ó agravio, si se nos pretende hacer». Ninguno se hará á la persona y gente de vuesamerced, respondió Gonzalo Suárez, y así puede estar vuesamerced bien seguro, pues ninguno pretende sino servir á toda su compañía, con persona y hacienda con mucho gusto, por ser éste el nuéstro y el de nuestro General, como se experimentará desde luégo. Iban prosiguiendo con esto su camino los unos y los otros, hasta juntarse á distancia de veinte pasos, á donde el Fedremán con términos humildes y cortesanos se apeó de su caballo y haciendo lo mismo Gonzalo Jiménez, llegaron, abrazáronse ambos con grandes cumplimientos y cortesías, con términos y palabras hidalgas, se prometieron amistad el uno al otro, con tan firmes palabras como se conoció después por las obras. En lo cual habiendo gastado un moderado espacio de tiempo, volvieron todos á subir en sus caballos, y los peones y indios en su orden se vinieron mano á mano á la nueva ciudad de Santafé.

3.º Donde fueron los recién venidos agazajados con todo lo que fué posible amigablemente, festejando la venida con fiestas de á caballo por algunos días, en los cuales habiendo conocido el General Jiménez la afabilidad y nobleza de Fedremán, que la tenía muy grande, pareciendo confederarse con él por ventura por lo que podía suceder con los peruleros que tenía á la puerta, no quisiesen como gente arriscada, y que ya se había traslucido algo, como hemos dicho, hacer pendencia la posesión de la tierra, si se determinasen llegar á ella, y así con esta buena prudencia, por escriptura pública se concertaron ambos Generales en que fuesen partibles por mitades todas las ganancias que desde

aquel día que entraron se hiciesen en todo bueno ó mal suceso, participantes todos, como quienes eran ya de una misma maza y hermandad. Del cual concierto vino á tener fundamento y fuerza el repartirles encomiendas á los soldados de Fedremán que se quedaron en este Reino, sin haber sido conquistadores ni descubridores primeros de él; si bien lo merecieron por ser gente toda de tanto valor, como se conoció en jornada de cinco años y en otras ocasiones que se ofrecieron de harta consideración en el Reino, donde por no estar aún todo pacificado, fueron menester sus buenos bríos y valor, como se vieron en reducir los indios de los alzamientos del término de la ciudad de Vélez y de las retiradas y alzamientos de los Peñoles de Simijaca, Suta ó Cavita y el pantano de Duitama, como diremos, queriendo el Señor, cuando llegue por aquellas tierras la historia.

CAPÍTULO VII

CONTENIDO: 1.° Llega á Santafé el Capitán Sebastían de Belalcázar, y lo que allí pasó se cuenta—2.° Plática que hizo Belalcázar sobre la utilidad de las fundaciones que se deben hacer en lo que se va conquistando—3.° Determínase el General Gonzalo Jiménez á poblar dos ciudades y reformar la edificación de la de Santafé.

BIEN pocos días pasaron después de la llegada de Fedremán á Santafé, cuando vino nueva que venía acercándose á la misma ciudad Belalcázar, y ésta fué tan cierta que apenas la habían recibido, cuando lo vieron asomar á la misma loma que vino Fedremán del y á toda su gente, que acercándose al pueblo, hacían por aquellos campos mil visos y tornasoles con los varios colores de que venían vestidos, de sedas, granas, perpiñanes con encrespadas plumas, bien opuestos en estas galas á los que traían en Santafé los de Santa Marta y Venezuela, pues á lo que más se alargaban era á ser de telas de algodón con monteras y alpargates de lo mismo, por haber sido sus caminos tan prolijos y dificultosos, que lo tuvieron á buena suerte haber quedado vestidos de sus pellejos y éstos tan curtidos que casi no sentían el picarlos los mosquitos; si bien la falta de vestidos suplía la fortaleza de los ánimos, que suele apocarse entre vestidos blandos. Llegó á Santafé Belalcázar con toda esta demostración de bizarría, donde fué bien recibido y agazajado como merecía su persona y las de sus compañeros, que todos eran de prueba para cualquiera acontecimiento; aunque por el que podía suceder todos comenzaron sus hospedajes sin descuidos, hasta que ya se aseguraron unos de otros y trabaron estrechas amistades, siendo el enlace de todas la prudencia del General Jiménez de Quesada, que la

tenía singular para negocios arduos, como lo era éste de juntarse y conservarse en paz tres valientes y briosos conquistadores, sobre una provincia de tánta consideración como esta del Reino ; porque si es verdadero el refrán que dos gorriones en una espiga hacen mala liga, si se juntan tres, qué serán. Y así siempre me ha parecido ser providencia del Cielo el haberse ofrecido los estropiezos que dijimos para que dejara el General Quesada el viaje que había comenzado para España, por haber de ser de la importancia que ahora fué su talento y persona para que no se turbara la paz entre estos tres conquistadores y el que dejaba Quesada por su Teniente, porque no obstante que era hombre muy de hecho, como lo veremos que fué en la venida de Jerónimo Lebrón, pues no lo fué para defender su gobierno, con todo eso (*neque Hércules contra duo*) no hay fuerzas de Hércules contra dos, y así no fueron éstas las que todos lo compusieron y atajaron, sino las buenas razones en quien de ordinario suele residir mayor fortaleza que en las armas, y más si entre lo uno y lo otro tercian ayudas de costa, en que no pienso anduvo corto el Quesada, si creemos la forma parlera, que sí fué así echar el sello á la prudencia, comprando mucho con poco sin amancillar la conciencia.

2.º Fué la entrada de estos dos Capitanes en Santafé por todo el mes de Febrero del año de mil quinientos treinta y nueve (1539), donde se detuvieron todos tres Generales hasta fin de Mayo del mismo año, descansando de tan crecidos trabajos como todos habían pasado y disponiendo lo necesario al viaje que todos tres pretendían hacer á España, en que luégo se declararon y concertaron. Era en este tiempo su ordinario entretenimiento la caza de venado, de que hervía entonces la tierra, como se ha echado de ver por los muchos que aun hay ahora después de haberlos seguido ochenta y dos años continuos que ha hoy que pasó esto ; pero entre estas ocupaciones, considerando el General Belalcázar, como más experimentado en conquistas, la bondad de esta tierra del Reino en buena disposición para las labranzas y crianzas, la infinidad de indios que la habitan y ser de ánimos tan dóciles, pues tan sin resistencia habían dado la amistad, por el que había cobrado el General Quesada, le dijo un día delante de Fedremán y de los más lucidos Capitanes y soldados: "Sin duda, señor Capitán, que si esta grosedad de indios y tierras hubieran llegado á mis manos, ésta fuera la hora que las tuviera empleadas en la población de tres ó cuatro pueblos y repartidos los indios á los moradores de ellos, porque si no se le pone á lo conquistado estos fundamentos, quedar sea sin ningunos, y el trabajo en balde, como sabe el señor Capitan Nicolás de Fedremán ha sucedido en sus conquistas de la Provincia de Venezuela, y así tendré por grande acierto que Vmd. lo ponga luégo por obra, pues de hacerlo no se seguirá ningún daño, y podrán seguirle infinitos provechos, y uno de los principales vendrá á ser en orden á las jornadas

que para mayores descubrimientos se hicieren, pues para el malo ó buen suceso que tuvieran, es bien tener de asiento ciudad y casas propias, que no faltan ya, que lo demás corra con varios sucesos. No habrá por donde mejor se llene esta tierra de buena gente en pocos días, que con la voz que se diere de que ya hay ciudades pobladas, y indios que dan demoras y labranzas en las tierras, que pagan bien con sus frutos los trabajos de quien las cultiva; todo esto hace fácil las dificultades que he sabido hay en los viajes hasta las costas del mar, y más si á esto se añaden descubrimientos de minas, de quien han dado tan claras muestras el oro y esmeraldas que se han hallado en el Reino. Este es mi parecer, no porque tenga intentos de permanecer en esta tierra, pues sólo son por ahora de ir en España á pedir el promedio de mis sudores, que no han sido pocos en conquistar y poblar las provincias y ciudades del Quito, Pasto, Popayan, Cali y Timaná, y aunque Vuesasmercedes no se quedan atrás en merecimientos, será bien tampoco se queden en pedir la gratificación de ellos, pues para todo tiene pecho nuestro invictísimo César, y la mano sabrosa de haber hecho otras mayores mercedes que las que le pediremos; y así si en esto nos es menester lo hagamos también en determinar por dónde ha de ser el viaje, y si se hiciere por el Río Grande, que le tengo por más acertado, se disponga luégo la fábrica de los bergantines, en que podamos bajar sin impedimento, pues no lo tendremos en la embarcación desde los puertos, en especial el señor General Jiménez, por ser ya muerto su Gobernador el Adelantado Pedro Fernández de Lugo, como lo tengo por una carta que días há recibí, traída por su Maese de campo Belalcázar, al Capitán Melchor Valdés, hombre valeroso, como lo había mostrado en las conquistas del Pirú, y gran confidente del Marqués D. Francisco Pizarro, por haber sido uno de los mejores Capitanes que tuvo, y por tal se le había dado para este oficio, de Maese de Campo al Belalcázar, y sabiendo su determinación de pasar á España á pedir por Gobierno lo que había conquistado, le dijo con mucha libertad, no cumplía con lo que debía á la confianza que de él hacía el Marqués que lo había enviado á hacer aquellas conquistas en su nombre, con que se repuntó mucho con el Valdés el Belalcázar, pasara á más si el Quesada no terciara de buena rogando al Valdés se quedara en el Reino con su hermano Jiménez de Quesada, como lo hizo y permaneció toda la vida que le restó, que fué de muchos años que gastó en conquistas en este Reino, haciendo su principal vecindad en la ciudad de Ibagué."

3.º Bien hubo menester la tibieza que hasta allí había tenido el Licenciado Gonzalo Jiménez en poblar, que se avivara con el calor del General Belalcázar, que como más experimentado sabía lo que convenían las poblazones para conservación de lo ganado en servicio de Dios y del Rey, y ampliación de otras conquistas, y así tomando el consejo como de amigo, y viéndose ya con

el aumento que se había hecho de soldados con los de Fedremán, y algunos que ya habían dado muestras de quedarse de los de Belalcázar, y que ya se había levantado más el ánimo y esperanzas con haber sabido la muerte de D. Pedro Fernández de Lugo, su Gobernador, de que se le haría á Vuesamerced del Gobierno en propiedad de todo lo que había descubierto, luégo trató con sus Capitanes, como quien sabía bien de la disposición de la tierra en qué partes de ella se podían fundar dos ó tres ciudades, y resolviéndose que más á propósito era el sitio donde estaba el Tunja, y aquella parte por donde se había entrado, por la Provincia de Chipatá, quedándose esta de Santafé en el sitio que se había comenzado á poblar, pues era acomodado, pareció al Jiménez poner luégo manos á la obra en esta ciudad, porque aún no tenía, como hemos dicho, más que los doce buhíos y la iglesia y todo en forma de ranchería, y así comenzándosela á dar de ciudad, se fueron luégo señalando calles, plaza, solares, dándole de mejor en la mejor parte de ella á la iglesia, que es el que ahora tiene, y lo demás á todos los vecinos, según sus calidades, cerca ó desviado de la plaza, y en ella casas de cabildo donde lo hicieron, lo que para él señalaron á los primeros de Abril del mismo año de mil quinientos treinta y nueve, que fueron por Alcaldes, Jerónimo de la Inza y Juan de Arévalo; Regidores el Capitán Juan de Sanmartín, el Capitán Juan de Céspedes, el Capitán Antonio Díaz Cardoso, el Capitán Lázaro Fonte, el Alférez Hernán Vega, Pedro de Colmenares y Hernando de Rojas. Alguacil mayor, Baltasar Maldonado, porque Alguacil mayor del Reino era Jiménez de Quesada, hermano del Licenciado Gonzalo Jiménez, Teniente General; Escribano Juan Rodríguez de Benavides. El título de la iglesia fué de la Concepción de Nuestra Señora, como hoy lo tiene, y el primer cura que allí se señaló en nombre del Rey fué el Bachiller Juan Berdejo y su Teniente Fr. Vicente Requesada, de la orden de San Agustín, que ambos entraron con Nicolás de Fedremán.

CAPÍTULO VIII

CONTENIDO: 1.º Fúndase más de propósito la ciudad de Santafé con la iglesia de tapias. 2.º Envía Sebastián de Belalcázar á poblar la villa de Neiva al Capitán Juan de Cabrera 3.º—No pudo dejar la tierra de los indios repartida el General Quesada antes que se partiera, y así dejó comisión á su hermano para poderlo hacer cuando estuviera todo pacífico.

FUNDADA yá, de propósito, la ciudad de Santafé, y señalados los que se habían de avecindar en ella, comenzaron luégo todos en los solares que se les habían repartido á ensancharla, cimentando casas un poco más de propósito que lo estaban, aunque no de más fundamento que daba lugar los pocos albañiles, y muchos embarazos que había de otras cosas más importantes por entonces, aun cuando éstas lo dieron se fueron mudando las flacas paredes de barro y caña en tapias y adobes, á que dió principio el Capitán Alonso de Olalla, de los que vinieron con Fedremán, porque él fué el primero que la tuvo de tapias, aunque la cubierta de paja, como las demás, después hizo la suya de teja Pedro de Colmenares, padre de Luis de Colmenares, que la tuvo el primero de esta cubierta. Hízose también de tapias la iglesia y duró así hasta la venida del Obispo D. Fray Juan de los Barrios de Nuestra Sagrada Religión, que con su buena industria y ayuda del pueblo, se hizo de piedra y teja, como diremos más largo en otra parte. En la que estaba en ella al lado del Evangelio juntó la primera capilla, y la dotó con título de Santiago Apóstol, patrón de España, el Capitán Gonzalo García Zorro.

2.º La prisa que tuvieron los tres Tenientes Generales de su ida á España, no daba lugar á dilaciones en nada, y así luégo, entrando el mes de Abril, el mismo año enviaron oficiales que labrasen un muy buen barco para el viaje á la vera de Río Grande de la Magdalena, en aquella parte cerca de donde fué después poblada la ciudad de Tocaima, por donde determinaron embarcarse y seguir su camino, para el cual se dispuso buen matalotaje de lo que entonces daba la tierra, que lo mejor fué cecinas de venado con cantidad de maíz, sin poderse ayudar de otras carnes, porque aunque el General Belalcázar trajo puercos con sus hembras, y Nicolás de Fedremán gallinas, no fueron más que los que eran menester para casta, de que luégo comenzó á crecer en tanto número lo uno y lo otro, que en breves días se llenó toda la tierra, por haberla hallado tan á su propósito en abundancia de comidas y buen temple. Envió el General Belalcázar al Capitán Juan Cabrera, con la mayor parte de sus soldados, á poblar el valle de Neiva, porque aunque lo había primero que él descubierto el General Gonzalo Jiménez, cuando fué rastrando la casa del sol, como dijimos, no llegó

tan arriba como después cuando venía Belalcázar lo fué descubriendo, por lo cual lo tuvo por tierra que entraba en su conquista, á lo menos aquella parte donde se pobló el pueblo. Aunque cuando D. Alonso Luis de Lugo vino al Reino por Gobernador, juzgando ser también aquello de su Gobierno, escribió una carta al Gobernador Belalcázar, que ya era de vuelta de España con el Gobierno y Adelantamiento, que pretendía, en que le decía no pasase aquella población de Neiva adelante, pues caía en sus tierras de su Gobierno del Reino, á lo cual respondió Belalcázar con algún enfado, porque lo tenía, no tanto por lo que le escribió, cuanto por haber salido de su áspero proceder y malos tratamientos que hacía á los del Reino con quien él había cobrado tánta amistad, y aun estuvo casi determinado de venir á ampararlos, que si lo hiciera se viera en harto peligro el D. Alonso, según tenía de avispados á todos los de su gobierno; al fin con no venir cesó todo, pero no la población, la cual hecha por el Capitán Juan Cabrera, se volvió al Reino ya que se habían ido los Generales, con los que fueron á esta población y con otros que se fueron de los Generales con Belalcázar en España, fueron pocos los que de ellos quedaron en el Reino, todos hombres de mucha suerte, fuera de unos dos, Antonio de Luján y Francisco Arias, hombres inquietísimos y que fueron causa de que lo estuviese el Reino cuando vino D. Alonso, por haberse ido en contra con los pareceres.

3.º No pudo el General Jiménez hacer apuntamientos ni repartimientos de indios á sus soldados, ni señalarles estancias ó heredades antes que se fuera, por no estar aún del todo la tierra pacífica, ni saber con qué igualdad se podían repartir, y así todo lo remitió á su hermano Fernán Pérez de Quesada, á quien dejó por su Lugar-Teniente con dos poderes para mayor abundamiento: el uno en cuanto Teniente General que era de D. Pedro Fernández, el Gobernador de Santa Marta; y el otro como conquistador y descubridor del Nuevo Reino, aunque este segundo más parece le dió (como lo da á entender en él) por haberse dudado si podía dar el primero, por ser él también Teniente. Ambos despachó á ocho del mes de Mayo del mismo año de mil quinientos treinta y nueve y por quitar del lado estas sospechas si podía ó no quedar el Fernán Pérez por Teniente aun con ambos títulos, presentándolos á doce del mismo mes, que fué el mismo día que se partía de la ciudad para Castilla el Licenciado Jiménez, en el cabildo de la ciudad, para que le recibieran, dilataron en recibirle aquel día y luégo á trece tuvo por mejor el Cabildo (no quitando ninguna fuerza á los poderes) elegirle ellos de nuevo en nombre del Rey, para que gobernase lo descubierto y por descubrir del Nuevo Reino, hasta que el Rey ó Gobernador que de nuevo viniese á Santa Marta, supuesto que ya sabían era muerto el D. Pedro Fernández de Lugo, ordenase otra cosa, también el Capitán Gonzalo Suárez Rondón, demás de la comisión que le dió para poblar

una ciudad en Tunja, le hizo su Justicia mayor para lo que tocaba al término de dicha ciudad, el cual señaló en la misma provisión, para que entendiera hasta dónde se extendía su jurisdicción, y lo mismo hizo con el Capitán Martín Galiano, con la comisión que le dió para poblar la ciudad de Vélez, con que ambos en sus distritos tuvieron facultad para hacer las encomiendas de indios que se fueran hallando y repartiendo, y después la tuvo el Capitán Suárez para hacer la del distrito de esta ciudad de Santafé cuando fué Gobernador y Justicia mayor de todo el Reino. Los dos Generales Fedremán y Belalcázar vendieron á los soldados que se quedaban sus esclavos y pertrechos de guerra á buenos precios, como eran perros, caballos, paños, sedas, arcabuces, pólvora y ballestas, porque por un caballo razonable daban mil pesos, y no tal ochocientos, y muy bueno dos mil, y á este modo el Belalcázar y los que de sus compañeros le siguieron, la vara de paño, sedas, telas, perpiñanes, granas y otras cosas, con que se juntaron gran suma de oro y esmeraldas. En las cuales diligencias y otras para el viaje, se iban allegando los doce de Mayo del mismo año de mil quinientos treinta y nueve, que fué en el día que juntos se partieron de Santafé, dejando á todos encargada la paz y hermandad, si querían conservarse en las tierras que quedaban, para donde pensaba el General Quesada dar presto la vuelta ; aunque le sucedió muy de otra suerte, como lo dirá la historia á su tiempo, porque el de ahora sólo da proseguirlas en las cosas del Reino.

CAPÍTULO IX

CONTENIDO : 1.º Embárcanse los tres Generales en el Río Grande y llegan á Cartagena—2.º Son los primeros que dan en Cartagena las nuevas del descubrimiento, y por qué no hubo otros antes—3.º Llegan las nuevas del descubrimiento á Santa Marta, y dispónese Jerónimo Lebrón, el Gobernador, á subir al Nuevo Reino——4.º Requiérele Gonzalo Jiménez de Quesada desde Cartagena, que no suba por no ser de su Gobierno.

LA mayor y mejor parte de los Capitanes y soldados fueron desde Santafé acompañando á los tres Generales y á los soldados que con ellos se iban á España, hasta llegar al Río Grande, donde ya estaba hecho el barco, bien capaz para todos, en que se embarcaron con hartos sentimientos á la despedida de los que se quedaban y se iban, y volviéndose los unos á Santafé, sin sucederles encuentros con los Panches, por estar algo atemorizados con los sucesos pasados, los del río fueron navegando sin tenerlos malos, hasta que llegaron al salto del río, que ahora llaman de Honda, por los indios que había allí poblados, llamados así; donde están pobladas las bodegas y casas de los señores

de las canoas que bogan con negros y indios Guataquíes el río, el cual encontrándose allí con algunas piedras grandes, alteran sus aguas, de manera que impide el pasar las canoas, á lo menos cargadas, de allí para arriba, aunque viniendo hacia abajo suelen pasar, no sin riesgo, de suerte que por asegurar la carga, la descargan á la parte de arriba de este que llaman el salto, aunque más propiamente se puede llamar raudal, y pasando por las orillas los barcos vacíos, que será la distancia hasta cien pasos, vuelven á tomar la carga, que se lleva á cuestas por la playa, todo lo que es el raudal, hasta lo manso del río, donde aguarda la canoa. Esto le sucedió á los tres Generales cuando llegaron á este raudal, que descargando el barco, lo pasaron vacío cuatro soldados que iban dentro, buenos nadadores, y volviendo á tomar la carga mientras descargaban y pasaban el barco y ropa, tuvo traza el General Quesada de entender cómo tenían oro aquellos indios Hondas, y que lo traían de la tierra de hacia el Poniente, que es donde ahora está poblada la ciudad de Mariquita. Esto escribió el General Quesada desde Cartagena á su hermano, y con estas noticias que se dieron el año de mil quinientos cincuenta y uno, conquistó aquella tierra y pobló la ciudad el Capitán Pedroso, como á su tiempo diremos. Prosiguieron su viaje, no sin encuentros con los indios del río, de que salieron bien por ir soldados de tanto valor y tan bien prevenidos de armas y pólvora que llevaban los de Belalcázar; á que les ayudó mucho el ir río abajo, y bogando cuando lo pedía la necesidad de verse cercados de canoas que salían de algunas partes á saludarlos y darles el buen viaje con nubadas de flechas envenenadas, de donde con ayuda de Dios y su buena diligencia, escaparon todos libres hasta llegar á la tierra del Cacique Malambo, que tenía dada una no muy fundada paz á los españoles, desde donde fueron cortando por caminos mal abiertos hasta la ciudad de Cartagena, á donde hizo tan gran ruido su llegada, por las nuevas que luégo se extendieron de las grandezas que se habían descubierto en el Reino, y de ver á los soldados vestidos tan á lo nuevo, y nunca visto en aquella tierra, de telas de algodón, que se alborotó toda ella, y llenaron de bríos los pechos de todos para intentar hallarse en las infinitas riquezas, que la fama iba aumentando, que se hallaba en esta tierra del Reino. Sin aprovechar á que no se extendiese esto en el vulgo á más de lo que era de hablar con moderación del descubrimiento los tres Generales, en especial el Gonzalo Jiménez, como quien más de raíz sabía la sustancia de la cosa.

2.° Este tiempo ya había alguno que gobernaba en Santa Marta, por comisiones de la Audiencia de Santo Domingo, por la muerte del Adelantado D. Pedro Fernández de Lugo, Jerónimo Lebrón, sin atender á más de las cosas del Gobierno y defender la ciudad de los indios alterados, porque la jornada que había hecho los años de antes, el Licenciado Quesada al descubrimiento de los

nacimientos del Río Grande, no se trataba ni aun había casi quien se acordase de ella con la muerte del Adelantado, y por tener ya por muertos á todos los que la emprendieron, ya por las malas nuevas que trajeron del viaje el Licenciado Gallegos y Diego de Rincón, cuando llegaron desbaratados y heridos, con los bergantines de vuelta; y ya porque se habían pasado más de dos años y no habían sabido rastros ni nueva de ninguno, y fuéle causa que como el camino fué tan dificultoso como hemos visto, y después de pasado se halló el General Jiménez entre tanta infinidad de indios, y con tan pocos españoles, por haber consumido á tántos los trabajos, le pareció ser menor inconveniente que se dilatase en dar aviso á su Gobernador de lo que se había descubierto, que desmembrar algunos de sus pocos soldados para que fuesen á dar la nueva, en ocasión y tierra donde uno no se hiciera falta, y habiendo de ser necesariamente razonable compañía la que se había de despachar, si se hiciera á dar la nueva para que se pudieran vencer las dificultades del camino, y así las de la tierra y aguas como las de los enemigos, que estaban peores y más avispados y alerta que la subida, demás que siempre intentó el General Jiménez desembarcarse lo antes que pudiera para ser el mensajero, como se echó de ver en haber intentado su viaje otras antes que lo efectuase ahora, como dejamos dicho.

3.º La fama pregonera metió en pocos días estas nuevas, harto más acrecentadas de lo que en sí era la cosa, desde la ciudad de Cartagena, en la de Santa Marta, y la llegada de Gonzalo Jiménez á Cartagena, con que se alborotó el Gobernador Jerónimo Lebrón, de manera que dando á sus provisiones el sentido que su deseo quiso, y que hasta allí no les había hallado, les pareció estirazándolos un poco, y que le daban jurisdicción hasta todo lo que se decía que habían descubierto en el Reino, por haber tenido el descubrimiento origen de los soldados de aquella ciudad, á que no dejaban de ayudar los Capitanes y soldados que habían quedado en ella cuando se partieron los descubridores del Reino, por el deseo que luégo se les infundió de subir á ver lo que la fama decía, deseando reparar con esto su desgraciada suerte, en haber subido con el Licenciado Jiménez á gozar de lo que él y sus compañeros habían hallado; determinóse con esto Jerónimo Lebrón á subir al Reino para reconocerlo como cosa que pertenecía á su Gobierno, y que lo reconociesen á él como á su Gobernador; para lo cual trató luégo se dispusiese lo necesario al viaje con el mismo modo que supo habían tenido en él los que habían subido al descubrimiento, porque pretendía seguir sus pasos, así con bergantines por el río, como con caballos y soldados por la margen de él, hallando favor para todo esto en los Capitanes y soldados que andaban deseosos de que se emprendiese el viaje.

4.º Al cual como la misma fama lo llegase á Cartagena y á los oídos del General Jiménez de Quesada, y viese que era tan contra los intentos que lo lleva-

ban á España, que era de pedir para sí el Gobierno de lo descubierto por él y sus soldados, le envió á requerir no intentase la jornada, pues sus provisiones sólo se extendían al Gobierno de Santa Marta, de quien era cosa distinta lo que se había descubierto en el Reino, y que hasta que el Rey determinase otra cosa, á cuya presencia él iba al caso, no se atreviese á entrar en el Reino, como en cosa que pretendía pertenecer á su Gobierno. Pudo más con el Gobernador el deseo que tenía de hacer la jornada, que las notificaciones; y así no dejó de hacer se dispusiese lo necesario á ella, hasta que la puso en ejecución, como después diremos; como el Gonzalo Jiménez la suya con sus compañeros Fedremán y Belalcázar; llegando á la corte con próspero viaje todos, donde los dejaremos negociando en sus pretensiones hasta que la historia, desocupada de otras cosas que se ofrecen ahora, vuelva á topar con ellos.

Catálogo de los capitanes y soldados que quedaron en el Nuevo Reino de Granada, así de los de Gonzalo Jiménez de Quesada como de los de Nicolás de Fedremán y Sebastián de Belalcázar, cuando los tres se fueron en España.

Parecióme no ser de poca importancia poner aquí, con distinción, los nombres de los Capitanes y soldados que quedaron en este Nuevo Reino, cuando se partieron de él los tres Generales á España, para que se sepa cuáles entraron con el uno y cuáles con el otro, por lo mucho que importa para esta tierra cuáles fueron los primeros descubridores y conquistadores de ella, y cuáles los que entraron después que estaba la tierra descubierta y la mayor parte conquistada, porque aunque es así que los unos y los otros trabajaron mucho, cada cual por su parte, para llegar á esta ciudad de Santafé, y después fueron muy lucidos los trabajos de todos y bien conocido su valor en todas las ocasiones que se ofrecieron en pacificar las rebeliones de los indios que se alzaron en muchas partes del Reino, como lo irá diciendo la historia; con todo eso, cuando entraron en el Reino el General Nicolás de Fedremán con sus soldados, y Sebastián de Belalcázar con los suyos, hallaron, como dicen, la mesa puesta, y amigos que lo recibiesen con buen agazajo, y la tierra pacífica por los trabajos y industria del General Jiménez de Quesada y sus soldados, que fueron los descubridores y primeros conquistadores; y así estas ventajas no se las pueden negar á éstos por haber excedido en ellas á los demás, y ser iguales á ellas en los trabajos, que después de todos juntos se siguieron, conforme á esta distinción, á la que los Reyes hacen para premiar trabajos de unos y otros, pues siempre ponen en primer lugar á los descubridores, conquistadores y pobladores, como lo fué Gonzalo Jiménez y sus soldados, que á los pobladores solamente, como los fueron los demás, aunque, como hemos dicho, tuvieron algo de con-

quistadores, pero ninguna cosa de descubridores. No podré poner aquí los nombres de todos, porque la tardanza de más de ochenta años se ha comido los nombres de algunos, debiendo estimar en mucho que hayan quedado los quo ponemos aquí, y así si algunos más se hallaren haber quedado (que bien sé que son más) no es mía la falta, sino de las memorias, y de la mucha antigüedad de tiempo, el cual, como dijo el P. Filósofo, de suya más hace que se pierda la ciencia y las memorias que no que se adquieran. *Tempus magis est deperditum sciencie quam aquicitum.*

COPIA DE LOS CAPITANES Y SOLDADOS QUE QUEDARON EN ESTE NUEVO REINO DE GRANADA CUANDO EL TENIENTE GENERAL GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA Y NICOLÁS DE FEDREMÁN Y SEBASTIÁN DE BELALCÁZAR FUERON Á ESPAÑA.

En primer lugar ponemos al Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, Teniente general de D. Pedro Fernández de Lugo, porque aunque fué á España y estuvo por allá dos años, después de ellos volvió al Reino y hizo asiento en él hasta que murió el P. Juan de Lescames, clérigo capellán del Ejército, porque el P. Fr. Alonso de las Casas, de la Orden de nuestro Padre Santo Domingo, se fué á España con el Licenciado Jiménez de Quesada, de donde no volvió más, como queda dicho; Hernán Pérez, hermano del General Jiménez de Quesada, que venía por Alguacil mayor del Ejército.

El Capitán Gonzalo Suárez Rondón.
El Capitán Juan de Céspedes.
El Capitán Martín Galiano.
El Capitán Juan del Junco.
El Alférez Fernán Vanegas.
El Capitán Gonzalo García Zorro.
El Capitán Baltasar Maldonado.
El Capitán Antonio Díaz Cardoso.
El Capitán Sanmartín.
El Capitán Juan Tafur.
El Alférez Antonio de Olalla.
El Capitán Lázaro Fonte.
Juan de Montalvo.
Hernando de Prado Hermano.
El Capitán Juan de Céspedes.
Pedro de Colmenares.
Antonio Bermúdez.
Gómez de Cifuentes.
Pedro Rodríguez de Carriones de los Ríos.
Juan de Quincoces de Llana.
Miguel López de Panta Royo.
Pedro Fernández Melo.
Juan López de Sáchica.
Pedro de Lacebo Sotelo, Secretario del General Jiménez de Quesada.
Martín de las Islas.
Alonso Domínguez Beltrán.
Domingo de Aguirre.
Pedro Ruiz Herrezuelo.
Francisco Gutiérrez de Murcia.
Pedro Yañez.
Martín Ropero.
Miguel Seco Moyano.

Bartolomé Camacho.
Juan de Olmos.
Francisco de Figueredos.
Pedro de Salazar.
Francisco Gómez de la Cruz.
Pedro Núñez Cabrera.
Juan Martín y Diego Martín de Siniesta, Hermanos.
Baltasar de Moratín.
Antonio Pérez.
Cristóbal Arias de Monroy.
Cristóbal Bernal.
El Capitán Jerónimo de la Inza.
Cristóbal Ruiz Clavijo.
El Capitán Francisco Salguero.
Diego Romero.
Andrés Vásquez de Molina.
Juan Sánchez de Toledo.
Diego Paredes Calderón.
Pedro Gómez de Orosco.
Juan de Torres.
Bravo.
Segura.
Pedro Vásquez de Leiva.
Pedro Briceño.
Juan Ortiz de Carate.
Juan Gómez.
Luis Gallegos.
Aguirre.
Trujillo.
Mateo Sánchez Cogolludo.
Gonzalo Macías.
Juan Chinchilla.
Juan Alonso.
Alonso Machado.
Martín Pusol.
Simón Díaz.
Germán González Castillejo.
Diego Suárez Montañez.
Bartolomé Sánchez Suárez.
Francisco Rodríguez.
Cristóbal de Roas.
Juan Valenciano.
Miguel de Otañes.
Gil López.
Valenzuela.
Villalóbos.
Novillos.
Juan de Ortega.
Francisco Hernández.
Alonso Martín Cobo.
Juan Ramírez.
Hernando Navarro.
Risano Benito Caro Calveche.
Pedro Corredor.
Juan de Frías.
Juan de Pinilla.
Francisco Díaz.
Paniagua.
Nicolás de Troya.
Francisco de Torde Humos.
El Capitán Juan de Madrid.
Pedro Bravo de Rivera.
Juan Rodríguez Gil.
Pedro Sánchez Soba el Barro.

CAPITANES Y SOLDADOS DEL GENERAL NICOLÁS FEDREMÁN, EL TUDESCO.

El Bachiller Juan Berdejo.
El Padre Fr. Vicente Requesada, Capellán del Ejército.
El Capitán Juan de Avellaneda.
El Capitán Cristóbal de San Miguel, que después fué muchos contador de la Real Hacienda en este Reino.
El Capitán Alonso de Poveda.

Miguel Holguín.
Juan de Trujillo.
Alonso Martín.
Francisco de Murcia.
Francisco Maldonado de Hierro.
Domingo Guevara.
Pedro de Almarcha.
Bartolomé Hernández Herrero.
Hernando Gallego.
Pedro de Miranda.
El Capitán Luis Lanchero.
El Capitán Domingo Lozano.
El Capitán García Calvete de Haro.
Francisco de Monsalve.
El Capitán Alonso de Olalla.
Diego Rodríguez de Valderas.
El Capitán Rivera.
Gonzalo de Vega.
Melchor Ramírez de Figueredo.
Mateo Sánchez Rey.
Hernando de Santana.
Juan de Contreras.
Sebastián de Porras.
Diego de Espinosa.
Francisco Ruiz.
Diego Sánchez Castilblanco.
Diego Franco.
Juan Fuerte.
Cristóbal de Toro.
Hernando de Alcócer.
Cristóbal Gómez.
Miranda.
Cristóbal de Oro.
Juan Gascón.
Miguel de la Puerta.
Pedro de Valenzuela.
Alonso Moreno.
Villas Pasas.
Francisco de Aranda.
Diego Ortiz.
Juan Cabezón.
Diego de Huete.
Juan Mateos.
Pedro Gutiérrez.
Juan Pedro Negro.
Luis Hernández.
Juan Martín Hincapié.

CAPITANES Y SOLDADOS DE SEBASTIÁN DE BELALCÁZAR.

Melchor de Valdés, que vino por Maese de campo de Belalcázar.
El Capitán Juan de Avendaño, que vino por su Alférez.
Jiménez de Quesada, hermano del Geral Gonzalo Jiménez de Quesada y de Hernán Pérez de Quesada, que fué de los que se hallaron en la conquista de Chile y vino á este Nuevo Reino de Granada luégo que se fueron los tres Generales á España.
El Capitán Maldonado que vino por la misma orden.
Pedro de Arévalo Orozco, á diferencia de Orozco el mozo.
Hernando de Rojas.
Juan de Arévalo.
Cristóbal Rodríguez.
Juan Burgueño.
Antonio de Luján.
Francisco Arias.
Alonso Fernández de Siniesta.
Pedro de Puelles.
Juan Díaz Hidalgo.
Juan de Cuéllar.

ADVERTENCIAS

Antes de que pasase de aquí la Historia, para su mayor luz y que á nadie se le quite lo que es suyo, será de importancia advertir dos ó tres cosas: la primera, que todos los Capitanes y soldados que hemos puesto en estas tres copias, se han nombrado con sus oficios y estado en que los dejaron sus tres Tenientes generales cuando se fueron á España, y así muchos de ellos no quedaron con oficio de Capitanes entonces, y si después los tuvieron, fué por haberlo adquirido por sus manos en conquistas y ocasiones que se ofrecieron en este Reino, y fuera de él en que pudieron mostrar su valor y hacerse dignos de tal nombre y de otras muy mayores, y aunque en algunas partes de esta historia nombramos Capitanes á los que entonces no lo eran, ha sido por haber llegado á tiempo á descubrirse, y no sólo lo habían sido ya casi todos; pero aunque ya son todos muertos, son más honrados oficios. Si bien tiene ya en estas partes de las Indias tanta facilidad de dar á uno título de Capitán, que sólo por ir á buscar dos esclavos simarrones, se les suelen dar. Al modo que la hay en llamarle Licenciado á cualquiera que ven con manteo, sotana y bonete, habiéndolos graduado de este nombre sólo la ropa, sin que hayan sido menester doctores de universidad ni letras; lo segundo, es bien se advierta que cuando nuestros conquistadores descubrieron este Reino, no había español puesto el pie en él, ni tenido noticias con muchas leguas á la redonda de sus términos, lo cual me obliga á advertir, por lo que dice el Padre Fr. Antonio Daza en la cuarta parte de la crónica de Nuestra Sagrada Religión, libro segundo, capítulo cincuenta y ocho (el cual habiéndolo engañado en los memoriales que le dieron acerca de esto de quien fueron se había de fiar por no haber estado en estas tierras) dice que un Virrey de Nueva España llamado D. Antonio de Mendoza, por noticia que le dió el Padre Fr. Marcos de Niza de Nuestra Sagrada Religión, por haber estado en el envío á descubrir y conquistar este Nuevo Reino de Granada, y que le puso este nombre habiéndolo hallado y conquistado porque era natural de Granada en España, que es lo que nosotros tenemos dicho sucedió con Gonzalo Jiménez de Quesada cuando lo descubrió, y puso nombre y también le engañaron en las memorias que le dieron, diciendo que el dicho Padre Fr. Marcos de Niza caminó desde Nueva España á pié más de mil leguas hacia el Poniente, llevando por guía el sol, por ser esto imposible, siendo como es todo mar hacia estas partes desde las costas de Nueva España en el mar del Sur, que es hacia donde se va á poner el sol, y cuando queramos deshacer este engaño, y decir que pudo ir caminando á pié al Noreste, por ser por allí toda tierra firme hasta el Reino de Cuivaira y Aman. No llevaba más camino

para poder descubrir por allí este Reino de Granada que si uno quisiese en España caminando desde Toledo á Lisboa descubrir á Barcelona ó Valencia; y pues está este Nuevo Reino de Granada respecto de la Nueva España hacia los reinos que hemos dicho que pudo caminar este bendito padre á sus espaldas y que parece iba huyendo de él, que es buena traza para haberlo de hallar: de manera que todo esto es engaño, como otras cosas que dice en el mismo Capítulo, como son que el Rey Bogotá era señor de la gran mina de las esmeraldas; pues de dos minas que hay en este Reino, la una en Somondoco, que fué la que halló Gonzalo Jiménez de Quesada, y la otra más famosa en la ciudad de la Trinidad de los Muzos. Sobre ninguna tenía jurisdicción el Bogotá, pues la primera estaba en la del Tunja y la segunda en los Muzos, enemigos mortales, ambos á dos jurisdicciones del Bogotá; á quien también dice este Padre quemaron los españoles y los herraron como á bestias, pero todo es ficción y malas informaciones, tomadas del Obispo de Chiapa, que con leves fundamentos y apasionados testimonios, dijo en su libro muchas cosas contra razón y su nación, que fueron bien excusadas, de manera que concluyamos en haber sido nuestros conquistadores los primeros que descubrieron y dieron vista á estas tierras del Reino, y le pusieron el nombre en la manera que queda dicho, sin que otro ninguno le hubiese precedido.

Lo tercero se ha de advertir para los que no lo hicieren, ni coligieren de lo que hemos dicho en la historia, que toda la costa que se hizo en el descubrimiento de este Reino, á lo menos hasta que le dieron vista en la Provincia Chipatá, se le debe á D. Pedro Fernández de Lugo, Adelantado de Canaria, y Adelantado y Gobernador de Santa Marta; pues él desde allí á su costa, y sin que nadie le ayudara para ello, envió á este descubrimiento al Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, y armó dos veces los bergantines, y á los soldados de armas y caballos y todo lo demás que fué necesario al viaje, como se ha visto en la historia. De manera que á nuestros conquistadores y descubridores sólo se les debe los valientes ánimos que tuvieron y gran tolerancia de perseverancia en el sufrir tan inmensos trabajos y atropellar tan grandes dificultades como se les ofreció en el camino en que tuvo excelencia el Adelantado (que después fué) D. Gonzalo Jiménez de Quesada al fin como caballero, y á cuyo cargo estaba el dirigir las cosas de la jornada para que tuvieran el dichoso fin que tuvieron, á cuyos trabajos atendieron nuestros Reyes para premiar, y es en la forma que lo quedaron muchos de los conquistadores, como fué el dicho General Quesada, á quien después de doce años de haber oscurecido su justicia y servicios, le volvieron á enviar con título de Mariscal y después de Adelantado de este Reino, con seis mil pesos de renta, y otros honores debidos á su favor, prudencia y calidad, en cuyos servi-

cios aun más que en los premios, se han sucedido sus sobrinos, descendientes de dos hermanas suyas, que viven en este Reino: Don Fernando de Berrío, que hoy es Gobernador de la Guayana, y Don Francisco de Berrío, su hermano, que lo es de Caracas, y el Capitán Francisco de Berrío, que lo es de Antioquia, todos imitadores de su buen tío, y éste en especial de su gran talento en manejar negocios. También tuvo en este Reino otro sobrino, hijo de prima hermana suya, llamado Fernando de Oruña, letrado que fué en esta Real Audiencia, de quien hay sucesión y en todo se ha conocido el agrado, valor y apacibilidad del Adelantado, aunque en todas familias han sido notablemente bien quistos con sus vecinos y notablemente estimados.

FIN DE LA TERCERA NOTICIA.

CUARTA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

CONTENIDO: 1.º El modo con que se han venido á saber las antigüedades de los indios. 2.º Lo que sentían los de la Nueva España, Pirú de su origen—3.º Lo que sienten otras provincias de su origen y descendencia—4.º Ha sido dificultoso de arrancar las idolatrías de entre ellos.

YA en este tiempo, por la experiencia y cuidado que tuvieron de informarse de los indios, fueron los españoles teniendo algunas noticias acerca de sus costumbres, religión y gobierno, que juntas con las que después se han procurado saber, se han venido á sacar las que iremos diciendo, porque sólo estos dos caminos se han podido hallar para descubrir esto, pues el de las escripturas ó modos de escribir ó poner en memorias, y entenderse en sus anales, nos ha faltado totalmente en esta tierra del Nuevo Reino, y aun en todo lo que trata nuestra historia, que no fuera poca ayuda de costa haber hallado algo de esto, como lo fué á los que han escrito la cosa de los indios de la Nueva España, que las tenían en memoriales escritos, con ciertos caracteres y figuras, y los que escribieron de las del Pirú, que las hallaron como vivas en aquellos escritos que tenían hechos de hilos de diversos colores con diferentes nudos, donde sacaron en ambas partes mucha parte de las memorias de los años y cosas pasadas en ellos en aquellas tierras, aunque á la verdad no me ha puesto en cuidado esto, pues no hallo otra diferencia de aquel modo de conservar sus memorias al de estas tierras, sino estar las cegueras é ignorancias de aquéllos por escrito y la de éstos del Reino y las demás partes que tocan á nuestra his-

toria tenerlas de memoria, porque ya que los que han tenido este modo de escripturas por figuras y hilos, puedan haber conservado con ellas enteros y de más atrás los sucesos de su antigüedad, que los que sólo las han fiado de la memoria, trasegándolas de gente en gente, en que nunca deja de perderse algo por descuidos ó flaqueza de la memoria. En el conocimiento de su origen de un Dios, y del modo de sus idolatrías y ceremonias, á todos los hallamos en unas mismas tinieblas y ciegas obscuridades, y los figuro yo que han sido como los que juegan á la gallina ciega, que como lo están cuando oyen dar la palmada, por ir á donde la oyen, ya se abrazan del cofre, ya del bufete, ya de la silla, pensando que aquello es lo que buscan y los llama, y así se entretienen en aquello, sin topar con el que les hizo la seña y les movió á que lo buscasen. Naturalmente la luz de la razón con que está amasada la naturaleza humana, nos dice que tuvimos algún principio, y que nosotros no pudimos serlo de nosotros mismos, por ser lo contrario de esto totalmente imposible; pues ya eso fuera tener antes ser, de tener ser, de donde se sigue necesariamente que antes que tuvieran ser todas las cosas, había de haber una que no dependiera de otra cosa para que fuera principio de las demás. Todo este conocimiento, que naturalmente pueden tener todos los hombres con la luz de la razón, es como darnos una palmada y avisarnos con verdad y como hacernos señas para donde hemos de ir á buscar este primer principio; pero el que está ciego, esto es, ofuscado el entendimiento, y mal afectada la voluntad, aunque conozca esta verdad, como es imposible deje de conocerla, no atina con quién será verdaderamente este principio y origen suyo y de los demás; y así, sin averiguar más ni ocupar en esto la razón, déjase llevar por los sentidos, yácese de las criaturas, algunas veces de las más hermosas, pareciéndoles hay en ellas mayor razón de deidad que en las otras, como son el sol, luna y estrellas, adorándolas por entender que es aquél su primer principio, á quien en cuanto á tal primer principio conocen se les debe naturalmente adoración, sumisión y obediencia. Otros, con mayores tinieblas y obscuridad, adoran cosas muy inferiores, engañados por el mismo modo, pues ha habido naciones tan ciegas, que han adorado serpientes, monas, ratones gatos y aun quien ha tenido por dioses las legumbres de las huertas, en que no quiero detenerme por estar tan llenas de esto las escripturas divinas y humanas, y mis intentos por ahora no ser más de tratar la ceguera y tinieblas en que los indios de este Nuevo Reino han estado acerca de esto, pues han corrido por persuasiones del demonio, enemigo del hombre y padre de mentira, igual y ciego de fortuna, como dicen, que los demás de estas Indias, porque si tienen persuadida alguna verdad, está tan envuelta en fabulosas mentiras y vanidades, que con ellas se confunde y quita su fuerza, y para que se vea ser esto así, diré de paso las tradiciones de los indios de otras provincias acerca de sus principios, de

donde se verá haber todas estas tierras á un mismo paso quebrádose los ojos en unos mismos estropiezos.

2.º En las librerías que se hallaron entre los indios de Mexico y sus comarcanos está en pintura y por historia, según dice el Padre Acosta, que el postrer paso que dan en el origen de sus antepasados, es hasta llegar á siete cuevas, ó una que significa siete con este vocablo: Chicomozt 7, como quiera Torquemada, de donde salieron siete linajes ó parcialidades de la parte del Norte, respecto de esta ciudad, para poblar, y á sus tierras comarcanas. Aunque algunos dicen fuesen las familias doce ó trece, pero todos convienen en esta obscuridad y ignorancia que se originan de la obscuridad de las cuevas, sin darles otro principio del que tuvieron sus mayores; no tienen menores neblinas los naturales del Pirú, como escribe Lebinio Apolonio y otros autores graves, pues mirando aquéllos sus macas de hilos y nudos, y preguntándoles lo que saben de su primer origen y descendencia, dicen: que de la parte del Norte, respecto el Cuzco (que era la principal de aquel Reino), vino una cierta cosa (y llámanle así porque dicen no tenía nervios, huesos ni miembros humanos), y que éste crió todos los hombres de aquella tierra, levantó y empinó los montes, siendo antes llana, aunque dejó entre ellos caminos por donde andar; á éste llamaban Conno, hijo del sol y luna. No le tuvieron los indios el respeto que se le debía á quien los había creado, en especial los que vivían en las tierras marítimas que llaman de los llanos, que son los que hay entre el mar y las sierras, con que indignado trató luégo de castigar estos atrevimientos, llenándoles la tierra de arena (como ahora lo está), y mandó á las nubes no llovieran sobre ella, con que perdió la fertilidad que tenía, antes quedó totalmente estéril fuera de las márgenes de los ríos, con que alcanzan á regar alguna parte de ella, dejándoles para esto y para que bebiesen y para que no perecciesen del todo.

3.º Con esta fábula les tenía introducida el demonio la razón por qué no llueve jamás en todos aquellos llanos y costas de entre el mar y las sierras, siendo cosa natural, como muchos la tienen disputada, y aquí la tratáramos si no fuera salir de nuestro intento. Alargan esta su fábula y ridícula relación, y dicen que después de algunos tiempos que pasó esto, vino de la parte del Sur otro llamado Pagacamas, hijo también de la luna, más poderoso que el primero, pues luégo que éste apereció, desapareció de miedo el otro, con cuya ausencia, como las personas que él había criado quedasen sin amparo, ni quien las defendiese, y el segundo sin contrario, y con plena autoridad, determinó hacer hombres nuevos y de su mano, y para que cupieran éstos, desocupar la tierra de los que había hecho el otro, y así los convirtió ó trasformó en los animales que hay ahora en ella ; haciendo luégo otros hombres de nuevo, que son los que ahora están, á quien enseñó á labrar y cultivar los campos, porque le tuvieron como

supremo Dios, y edificaron un suntuoso templo con mil pasos, cementerio, y á la redonda, donde se enterraban los principales de la tierra; y no eran estas ignorancias tan generales en toda ella, que en muchas de sus provincias no hablasen, con diferente lenguaje, acerca de su origen, pues los del valle de Jauja dicen que oyeron á sus antiguos que descienden de un hombre y una mujer que salieron de la fuente de Guarubalia. Los del valle de Andabaiba dicen que salieron del lago Socdocota, los del Cuzco en otra parte de la que hemos dicho, que se originan de la laguna de Titiaca, los indios que llaman Pijaos en este Reino (de quien trataremos largo en nuestra tercera parte) dicen que nacieron sus primeros padres en el centro de la tierra, y que salieron á este mundo por las montañas que están entre el río de Cacataima y el valle de Anaima. Los indios de Sogamoso (de quien luégo hablaremos) dicen que tuvieron su primer origen de un antiguo Cacique de aquel valle y de un sobrino suyo, Cacique del pueblo de Ramiriquí y Tunja.

4.º Estas y otras semejantes fábulas, de que no podremos excusar de tratar adelante, introducía el demonio en esta gente ciega, con que se entretuviesen y no tratasen de buscar la verdad clara de estas cosas, con que se hiciesen á ellas y dificultosos de creer la verdad que se les enseñase, si en algún tiempo (como ha sucedido en éstos) tuviesen ministro de ella; y no les salieron en vano sus intentos, pues la mayor dificultad que ahora se halla para introducirles la verdad evangélica, y en que más tiempo se gasta, es en arrancar estas diabólicas persuasiones del demonio para plantarles después las verdades evangélicas, con que se ve cumplido lo que dijo Dios que había de hacer el profeta Jeremías en la predicación de los gentiles, dándole á entender con cuatro términos el mayor trabajo que le había de costar el destruír las malas costumbres y supersticiones de los oyentes, que él había de tener en plantar su doctrina, pues esto con solos dos los significa.

CAPÍTULO II

CONTENIDO: 1.° Lo que sintieron estos indios del Reino acerca de la creación del mundo—2.° La opinión que tuvieron del origen y principio de los hombres y mujeres—3.° Caso que le sucedió al Padre Molina de nuestra Orden sacando un santuario ofrecido—4.° Al primer hombre y á la primera mujer que según la opinión de los naturales hubo en este Nuevo Reino.

VINIENDO pues ya á tratar de lo que sienten nuestros indios del Reino de sus principios y origen, hemos hallado que conservando sus memorias de gente en gente, tienen noticia de la creación del mundo y la declaran diciendo que cuando era noche, esto es, según ellos interpretan, antes que hubiera nada de este mundo, estaba la luz metida allá en una cosa grande, y para significarla la llamaban Chiminigagua, de donde después salió, y que aquella cosa ó este Chiminigagua en que estaba metida esta luz (que según el modo que tienen de darse á entender en esto quieren decir que es lo mismo que lo que nosotros llamamos Dios), comenzó á amanecer y mostrar la luz que en sí tenía, y dando luégo principio á crear cosas en aquella primera luz, las primeras que crió fueron unas aves negras grandes, á las cuales mandó al punto que tuvieron ser, fuesen por todo el mundo echando aliento ó aire por los picos, el cual aire todo era lúcido y resplandeciente, con que habiendo hecho lo que les mandaron, quedó todo el mundo claro é iluminado como está ahora, sin advertir, como no tienen fundamento en lo que dicen, que es el sol el que da esta luz. A este Dios reconocen por Omnipotente Señor Universal de todas las cosas y siempre bueno, y que crió también todo lo demás que hay en este mundo, con que quedó tan lleno y hermoso; pero como entre las demás criaturas veían la más hermosa al sol, decían que á él se debía adorar, y á la luna como á su mujer y compañera, de donde les vino que aun en los ídolos que adoran, jamás es uno solo, sino macho y hembra. No se persuaden á que entre las demás cosas crió Dios hombres y mujeres, sino que estando el mundo de las demás, faltaban estados, y así le remedió esta falta de esta manera.

2.° En el distrito de la ciudad de Tunja, á cuatro leguas á la parte del Norte Este y una de un pueblo de indios que llamaban Iguaque, se hace una coronación de empinadas sierras, tierra muy fría y tan cubierta de páramos y ordinarias neblinas, que casi en todo el año no se descubren sus cumbres sino es al medio día por el mes de Enero. Entre estas sierras y cumbres se hace una muy honda, de donde dicen los indios que á poco de como amaneció ó apareció la luz, y criadas las demás cosas, salió una mujer que llaman Bachue, y por otro nombre acomodado á las buenas obras que les hizo Furachogua, que

quiere decir mujer buena, porque fura llaman á la mujer, y chogua es cosa buena, sacó consigo de la mano un niño de entre las mismas aguas, de edad de hasta tres años, y bajando ambos juntos de la sierra á lo llano donde ahora el pueblo de Iguaque, hicieron una casa donde vivieron hasta que el muchacho tuvo edad para casarse con ella, porque luégo que la tuvo se casó, y el casamiento tan importante y la mujer tan prolífica y fecunda que de cada parto paría cuatro ó seis hijos, con que se vino á llenar toda la tierra de gente, porque andaban ambos por muchas partes dejando hijos en todas, hasta que después de muchos años, estando la tierra llena de hombres, y los dos ya muy viejos, se volvieron al mismo pueblo y del uno llamando á mucha gente que los acompañara á la laguna de donde salieron, junto á la cual les hizo la Bachue una plática exhortando á todos la paz y conservación entre sí, la guarda de los preceptos y leyes que les había dado, que no eran pocos, en especial en orden al culto de los dioses, y concluído se despidió de ellos con singulares clamores y llantos de ambas partes, convirtiéndose ella y su marido en dos muy grandes culebras, se metieron por las aguas de la laguna, y nunca más parecieron por entonces, si bien la Bachue después se apareció muchas veces en otras partes, por haber determinado desde allí los indios contarla entre sus dioses, en gratificación de los beneficios que les había hecho.

Siguiéronse de este engaño otros muchos, y no fué el menor persuadirles el demonio, fundándolos en esto, á que le hicieran sacrificios en las aguas (como ya tratamos tocando de la laguna de Guatavita), en que tuvieron todos estos naturales ordinaria frecuencia, pues no había arroyo, laguna ni río en que no tuviesen particulares ofrecimientos, como en especial los hacían en una parte del río que llaman de Bosa, que es el que recoge las aguas de este valle de Bogotá, donde son más ordinarias sus pesquerías, y más en cierta parte peñascosa por donde pasa cerca de un cerro que llaman del Tabaco, á donde por ser mayor la pesca que hacen, ofrecían entre las peñas del río pedazos de oro, cuentas y otras cosas, para tener mejor suerte en las pesquerías. Y en otra lagunilla cerca de este puesto, al Oriente, donde tenían una costilla de un criminal tan grande como de vaca ó camello, á quien hacían la adoración y ofrecimiento, por estar dentro de las aguas, que causa no poca admiración á los españoles que hallaron allí por no haberse hallado en estas tierras animal tan grande lo pudieran haber sacado, si bien es opinión de algunos que pudo ser la costilla de un camello de quien luégo hablaremos. Al fin en todas partes que hubiese aguas con algún extraordinario asiento ó disposición, no daba sin ofrecimiento de unos ó de otros.

3.º Síguese también el levantar ídolos al muchacho que sacó Labaque de la laguna, de la estatura y edad que tenía cuando salieron, y fué esto de tanta

veneración que en alguna parte le hicieron estatua macisa de oro fino, como la tenían en el mismo pueblo de Iguaque, viéndose por ventura más obligados á esto que á otros, por haber sido el pueblo y sitio donde se crió el muchacho, se casó y comenzaron á tener hijos. Verificóse esto en lo que les sucedió el año de mil quinientos setenta y dos al Padre F. Francisco Molina de nuestra Religión, siendo cura y doctrinero en este pueblo, donde teniendo muy en centro, casi én la mitad de dos casas de adoración que se comunicaban la una con la otra, vino arrastrarlos el Padre por medio de una india, madre de un muchacho que le servía, pero aunque se certificó del todo por otras pesquisas que hizo, no se atrevió por la ferocidad de los indios á destruírles á solas su adoratorio, y así dando parte á Bartolomé Pérez Garzón y á un mestizo Santana, trazó que por cierta noche viniesen en secreto al pueblo y su posada para desde allí, con el silencio posible, sacar y destruír el santuario. Fueron los dos puntuales en el concierto, y así una noche con recato, y la obscuridad que hacía á la mitad de ella, en compañía de estos dos y tres indios forasteros, salió el Padre de su casa para las del santuario, que estaban cercadas de madera y fagina común, cerca que hacen estos indios á sus casas por la parte de fuera ; aunque éstas por la de adentro tenían otra de maderos muy gruesos, juntos unos con otros, por las puertas del cercado y buhíos tan flacas, que no eran más que unas delgadas cañas, asidas con cordeles de cabuyas; pudieron llegar á la cerca sin ser sentidos de los indios, porque no estaba de la casa del Padre más que hasta doscientos cincuenta pasos, el cual cortó con un cuchillo los cordeles de las puertas, y quedándose los dos españoles fuera del buhío dentro del cercado, y el indio á la puerta para guardarla, entró el P. Molina dentro de la primera casa con los otros dos indios.

4.º Sacó lumbre y encendió una hacha, y comenzando á mirar la primera casa donde vido ofrendas al santuario, y puestas por orden en barbacoas más de tres mil mantas de algodón finas y bien hechas, que cada una valía más de dos pesos de buen oro, y no hallando allí otra cosa, pasó en la segunda donde vido una inmensa riqueza de oro fino en pedazos de barras, tejos y centillos, de los que ellos hacen sus ofrecimientos, con figuras de hombres, aves, sierpes y otras sabandijas, algo de esto puesto en petacas sobre barbacoas, y en adoretes entre pajas, pero lo que más le admiró fué una figura de un muchacho de hasta tres años, puesto en pié, de oro macizo, y una piedra de moler maíz del tamaño de las comunes que usan los indios, que suelen pesar tres ó cuatro arrobas, con su mano (que llaman) todo del mismo oro macizo, como se echó de ver, pues no pudo el Padre levantar al muchacho ni la piedra, probando levantarlos de tierra, con ser el hombre de las mayores fuerzas que se ha conocido en ésta, pues se atrevió con ellas, en cierta ocasión (dejamos dicho) á

embestir con un valiente caimán en el Río Grande de la Magdalena para quitarle un caballo (como lo hizo), en que había hecho presa y se lo llevaba al río; no pasó mucho tiempo después que el Padre andaba ocupado en esto, cuando los indios sintiendo el robo de su santuario, en un instante acudieron más de trescientos á la defensa, y cargando sobre los dos españoles que se estaban á la puerta dentro del cercado, fué tanta la braveza con que les embistieron, que después de haberse defendido un rato, tuvieron por buena suerte escapar huyendo por donde pudieron, y después amparar al Padre, el cual siendo un poco sordo, desde lo que le sucedió con el caimán, y con la ocupación que traía dentro, no oyó el ruido de lo que pasaba fuera, y sin duda los indios le cogieran dentro, si el que tenía la hacha encendida, oyendo el tropel, no la apagara y cogiera la puerta, tras quien, viéndose á obscuras, salió el Padre riñendo porque la había apagado, y de manos á boca se halló entre más de cien indios, que ya iban entrando en el buhío, y estaban entre él y la puerta del cercado, donde si la capa de la noche, que era bien negra y oscura y una que él llevaba (por ir disfrazado), con un sombrero del mismo color, no deslumbraran á los indios, lo pasara peor de lo que lo pasó, porque si conocieran que era el Padre el que les quería despojar de su santuario, le embistieran con más furia, aunque no entiendo fué á purgar á la otra vida (como dicen) el atrevimiento, pues un indio á vueltas de la tropa y otros muchos macanazos que le dieron en el cuerpo, le acertó con uno en la cabeza, de que quedó con una muy mala herida, y perdiendo el sentido cayó medio muerto, bien pensaron los indios lo estaba del todo y no medio muerto, pues lo sacaron fuera del cercado arrastrando ya como cosa en que no tenían más que ocuparse, donde lo hallaron los indios del servicio del encomendero que salieron al ruido en este tiempo con hachos de paja encendidos, y conociéndolo, y pensando también que estaba muerto, lo cargaron y llevaron á su casa y cama, y miráronle la herida, y viendo que lo tenía puesto en peligro de muerte, una india vieja curandera le aplicó unas yerbas que conocía, con las cuales y la ayuda de Dios, escapó de las manos de la muerte, no volvió en sí hasta el otro día á las ocho ó nueve de la mañana, que ya no se conocía, viéndose tan acardenalado y molido de los golpes que le habían dado en el cuerpo, de manera que ya la herida de la cabeza estimaba en menos que los demás golpes, de que después de muchos días quedó sano con el favor divino y escarmentado de la burla que contaba muchas veces. Cargaron los indios con todo lo que había en el santuario aquella noche, y guiando á la parte de la laguna, lo escondieron, de suerte que hasta hoy no se ha podido rastrear á dónde, por grandes diligencias que se han hecho por algunos españoles, como también en desaguar la laguna, por la fama que hubo se había echado en ella el muchacho, piedra y el demás oro con otro mucho en otras ocasiones de ofre-

cimientos de mucha grosedad; pero por ser de tantas las tierras que ciñen esta laguna, les ha hecho dar de mano á sus intentos, después de haber gastado en ellos algún cuidado, sudor, trabajos y dinero.

CAPÍTULO III

CONTENIDO: 1.º Rastros que se han hallado de haber tenido luz estos indios del Reino de la ley evangélica—2.º Y de habérsela venido á predicar algún cristiano—3.º El modo que hubo de predicar y enseñarles algunas otras cosas de vida política—4.º Aparecióse luégo el demonio en figura de una mujer, predicándoles contra lo que el primero les había enseñado.

DESPUÉS que entré en estas tierras, me ha solicitado el deseo de saber si en algún tiempo entró en ellas por algún camino la luz del Evangelio, y se ha alentado éste en ocasiones, que he visto cosas que me parecen centellas de eso, como son: que estos indios esperan el juicio universal, por tradición de sus mayores, diciendo que los muertos han de resucitar y vivir después para siempre en este mismo mundo, de la suerte que ahora viven, porque entienden haber de permanecer siempre este mundo de la manera que ahora lo vemos; que las almas son inmortales, y que cuando salen de los cuerpos (que solos mueren), ellas bajan al centro de la tierra por unos caminos y barrancas de tierra amarilla y negra, pasando primero un gran río en unas barcas ó balsas de telas de araña, y por eso dicen no osan matarlas, porque no falte quien los pase. Allá tiene cada cual provincia sus términos y lugares señalados, como acá, donde hallan hechas labranzas, porque en esto no hacen diferencia, de que ya tocamos algo, tratando de la laguna de Guatavita.

También hallamos, como dejó escrito el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada en un cuaderno de su propia mano, que ponían cruces sobre los sepulcros de los que habían muerto picados de víboras ú otras culebras ó serpientes, aunque no saben decir el principio que tuvo el poner esta señal á estos difuntos, mas que á los de otras muertes para diferenciar los unos de los otros. Hállase también esta misma figura de la Santa Cruz, bien hecha y formada con un almagre tan fuerte, que la antigüedad ni las aguas lo han podido borrar, en algunas peñas altas, que las hallaron hechas cuando entraron los españoles, de que yo he visto algunas cerca del pueblo de Bosa y Suacha. Los indios pijaos y algunos del Distrito de Tunja han tenido figuras en sus santuarios con tres cabezas humanas, ó con tres rostros en un solo cuerpo, que dicen ser tres personas con solo un corazón. De todo lo cual, aunque envuelto y deslustrado con mil fábulas y oscuridades, parece salen las centellas dichas.

2.º A que ayuda mucho una tradición certísima que tienen todos los de este Reino, de haber venido á él, veinte edades, y cuentan en cada edad setenta años, un hombre no conocido de nadie, ya mayor en años y cargado de lanas, el cabello y barba larga hasta la cintura, cogida la cabellera con una cinta, de quien ellos tomaron el traer con otra cogidos los cabellos como los traen, y el dejarles crecer; andaba los piés por el suelo sin ningún calzado; una alma galafa ó manta puesta con un nudo hecho de las dos puntas sobre el hombro derecho; y por vestido una túnica sin cuello hasta las pantorrillas, á cuya imitación andan también ellos descalzos, y con este modo de vestido, aunque á la túnica han llamado los españoles camiseta, y á la capa ó alma galafa, manta, si bien ya no se usa en todas partes el traer el nudo dado al hombro con las puntas; y aun traer las camisetas no es hábito de los Moscas, sino de los del Pirú, de quien estos Moscas lo tomaron desde los primeros que entraron aquí con los primeros españoles que bajaron del Pirú; pues el propio hábito de los de este Reino es ceñirse una manta y cubrirse con otra, como se ve en los indios viejos, que andan siempre así, y jamás con camiseta. Dicen que vino por la parte del Este, que son los llanos que llaman continuados de Venezuela, y entró á este Reino por el pueblo de Pasca, al Sur de esta ciudad de Santafé, por donde ya dijimos había también entrado con su gente Nicolás de Fedremán. Desde allí vino al pueblo de Bosa, donde se le murió un camello que traía, cuyos huesos procuraron conservar los naturales, pues aun hallaron algunos los españoles en aquel pueblo cuando entraron, entre los cuales dicen que fué la costilla que adoraban en la lagunilla llamada Baracio los indios de Bosa y Suacha; á éste pusieron dos ó tres nombres, según la variedad de las lenguas que había por donde pasaba, porque en este Reino pocos eran los pueblos (como ya hemos dicho) que no tuviesen diferentes lenguas, como hoy las tienen; y casi en este Valle de Bogotá comunmente le llamaban Chimizapagua, que quiere decir mensajera del Chiminigagua, que es aquel Supremo Dios á quien conocían por principio de la luz y de las demás cosas, porque gagua en su lengua es lo mismo que el sol por la luz que tiene, y así á los españoles, entendiendo que eran sus hijos, á los principios que entraron, no supieron darles otro más acomodado nombre que el del mismo nombre sol, llamándoles gagua, hasta que los desengañaron con sus crueldades y malos tratamientos, y así les mudaron el nombre llamándoles Suegagua, que quiere decir diablo ó demonio con luz, porque con este nombre Suétiva nombra al diablo, y éste les dan hoy los españoles.

3.º Otros le llamaban á este hombre Nemterequeteba, otros le decían Xué. Éste les enseñó hilar algodón y tejer mantas, porque antes de esto sólo se cubrían los indios con unas planchas que hacían de algodón en rama, atadas

con unas cordezuelas de fique, unas con otras, todo mal aliñado y aun como á gente ruda; cuando salía de un pueblo les dejaba los telares pintados en alguna piedra lisa y bruñida, como hoy se ven en algunas partes, por si se les olvidaba lo que les enseñaba, como se olvidaron de otras muchas cosas buenas que dicen les predicaba en su misma lengua á cada pueblo, con que quedaban admirados. Enseñóles á hacer cruces y usar de ellas en las pinturas de las mantas con que se cubrían, y por ventura declarándoles sus misterios y los de la encarnación y muerte de Cristo, les diría alguna vez las palabras que él mismo dijo á Nicodemus tratando de la correspondencia que tuvo la Cruz con la serpiente de metal que levantó Moisés en el desierto, con cuya vista sanaban los mordidos de las serpientes; de donde pudo ser la costumbre que hemos dicho tenían de poner las cruces sobre los sepulcros de los que morían picados de serpientes; también les enseñó la resurrección de la carne, el dar limosna, y otras muy buenas cosas, como lo era también su vida. Que si esto es así, no sólo estas de que ellos se acuerdan, sino otros muchos misterios de nuestra santa fé les enseñaría. La cual tradición ni apruebo ni repruebo, sólo la refiero como la he hallado admitida por cosa común entre los hombres graves y doctos de este Reino. Desde Bosa fué al pueblo de Hontibón, al de Bogotá, Serrezuela y Cipacón, desde donde dió la vuelta á la parte del Norte, por las faldas de la Sierra; yéndose abriendo los caminos allí y en todo lo demás que anduvo por montañas y arcabucos, fué á parar al pueblo de Cota, donde gastó algunos días predicando con gran concurso de gente de todos los pueblos comarcanos, desde un sitio un poco alto á quien hicieron un foso á la redonda de más de dos mil pasos, para que el concurso de la gente no le atropellara, y predicara más libremente. A donde en después en reverencia suya hicieron santuarios y entierros los más principales indios. Recogíase de noche á una cueva á las faldas de la sierra todo el tiempo que estuvo en Cota, de donde fué prosiguiendo su viaje á la parte del Nordeste, hasta llegar á la Provincia de Guane, donde hay mucha noticia de él, y aun dicen hubo allí indios tan curiosos que lo retrataron, aunque muy á lo tosco, en unas piedras que hoy se ven, y unas figuras de unos cálices, dentro de las cuevas donde se recogía á las márgenes del gran río Sogamoso. Desde Guane revolvió hacia el Este y entró á la Provincia de Tunja y Valle de Sogamoso, á donde se despareció, quedando hasta hoy rastros de nuestra fe en toda aquella Provincia, como presto diremos.

4.º Después que pasó este predicador, se conforman en decir vino una mujer á estas tierras, hermosísima y de grandes resplandores, ó por mejor decir, el demonio en aquella figura, que predicaba y persuadía contra la doctrina del primero, á la cual llamaron también con varios nombres: unos le daban Chíe, otros Guitaca, y otros Xubchasgagua, pero los que más bien dicen á su parecer

afirman que fué aquella Bachue que dicen los engendró á todos, y se metió hecha culebra en la laguna. Seguían á ésta en sus predicaciones mucho más que al otro, porque les predicaba vida ancha, placeres, juegos y entretenimientos de borracheras, por lo cual el Chimisagagua la convirtió en lechuza, y hizo que no anduviera sino de noche, como ella anda. Comenzó con esto á caer la doctrina que les había enseñado el otro, porque en cuanto á la limosna les persuadía no la hicieran aunque fuera á sus padres, y en caso de necesidad así lo guardan, y pues, en siendo viejos y sin fuerzas para el trabajo, los echan y no quieren recoger en sus casas, de que se siguen grandes inconvenientes para su conversión, pues viéndose necesitados y sin poder trabajar, se andan de casa en casa por los pueblos, viejos y viejas, convidando si quieren que hagan hechicerías y adivinaciones mascando tabaco y embriagándose con el jumo para adivinar con esto, con mil vanidades, los fines y sucesos de las cosas que intentan, que no es pequeño el tropiezo para disuadirles de su gentilidad y engaños del demonio, por tener á estos bajos por sus oráculos. También se les confundió la doctrina de la Cruz, pues á las que le mandaba poner el primer predicador en las mantas, les iban quitando las formas perfectas, echándoles unas rayas desde sus extremos, como hoy las traen, que más parecen signos de escribanos que otras cosas. La resurrección de la carne y inmortalidad del alma la fueron envolviendo, como vimos, en mil fábulas y cosas ridículas de que tenían tantas infinitas trasmutaciones, que si hubiéramos de tratarlas, se pudieran hacer mayores libros que hizo Ovidio de sus metamorfósis, que todos fueron sartas de disparates, como lo son el decir que hubo siempre entre ellos tan grandes hechiceros, que cuando querían se convertían en leones, osos y tigres y despedazaban los hombres, como estos animales verdaderos, pero todo debía de ser ilusiones que les ponía el demonio, como sobre quien tenía tanto señorío.

CAPÍTULO IV

CONTENIDO: 1.º La diferencia que tenían de Dioses en nombre y figuras—2.º Los gazofilazos para las ofrendas que les hacían—3.º La razón por qué adoraban el arco del cielo—4.º Otras naciones, fuera de éstas del Reino, han adorado en estas Indias el arco.

DESPUÉS de la adoración del sol, que estimaban por la más famosa, veneraban otros dioses de diversos nombres, á quien adoraban para necesidades diferentes; los más principales de éstos eran Chibchachum y Bochica: el primero era propio de toda esta Provincia de Bogotá, y así le pusieron el nombre conforme á ella, que comunmente le llaman Chibcha, y la lengua de esta sabana, que es la más universal de estas tierras, se llamaba la lengua Chibcha, como dejamos dicho, y Chim quiere decir báculo en esta lengua, donde juntando los dos vocablos y diciendo Chibchachum, significa báculo de esta Provincia Chibcha, porque este nombre le daban á este Dios, por lo mucho que les favorecía, no ausentando jamás de la Provincia para acudirles con más facilidad. El Bochica era Dios universal, más y aún casi señor de este otro, pero ambos les daban leyes y modos de vivir; respondían en los oráculos que se les consultaban, aunque nunca los veían los Jeques ni otros, porque eran unas cosas incorpóreas ó como de aire. A estos dos siempre que les ofrecían había de ser oro, con el modo que después diremos, porque aunque eran dioses universales de todos, más en particular era el Bochica de los Caciques y Capitanes, y el Chibchachum de los mercaderes (de que se preciaron siempre mucho estos indios), plateros y labradores, y como de gente rica, no querían les ofreciesen sino oro. Otro Dios tenían que llamaban Cuchaviva, que decían era el aire resplandeciente ó como mejor interpretan otros, era el arco del cielo, de que luégo hablaremos, y aunque era Dios universal, más en particular le tenían por abogado las mujeres de parto y enfermos de calenturas; ofrecíanle alguna vez oro bajo; pero lo ordinario era ofrecerle esmeraldillas y cuentas de Santa Marta. A otro Dios llamaban Nencatacoa: éste era Dios de las borracheras, pintores y tejedores de mantas; ayudaba á traer arrastrando los maderos gruesos para los edificios, aparecíase en figura de oso cubierto con una manta, la cola de fuera; bailaba y cantaba con ellos en las borracheras, no le hacían ofrecimientos porque decían le bastase hartarse de chicha con ellos, ni él pedía otra cosa, y ésa era la razón por qué se hallaba á la rastra de los palos, porque en aquella ocasión se bebe mucho; llamábanle otros el Fo, que quiere decir zorra, porque en figura de este animal se aparecía algunas veces para que correspondiese la zorra con la borrachera. A otro Dios llamaban Chaquen; éste tenía á su cargo los términos y los

puestos que señalaban cuando en algunas fiestas ordenaba el Cacique corriesen los más valientes indios la tierra con premios que para esto se ponían; dedicábansele también los adornos de la borrachera y fiestas con toda la plumería que usaban en ellas y en las guerras. También la Diosa Bachue era común á todos, pero en especial era el amparo de todas las legumbres, ofreciéndole sarmientos de moque y resinas. Las figuras de estos Dioses, hechas al modo de cada uno que los adoraba ó mandaba hacer, y otras que imaginaban, tenían en templos comunes y particulares, pero todos sin ornato ni grandeza, al fin como para quien eran, pues sólo era una casa ó buhío muy ordinario, lleno de barbacoas y poyos á la redonda, donde estaban puestas varias figuras de diversos metales y materias, ningunos pintados, porque unas eran de oro, y éstos usaron más después que entraron los españoles, por haberles visto estimarlo en tanto; otras de madera, otras de hilo de algodón, otras de barro blanco, otras de cera, pero de todas había macho y hembra revueltos en mantas, unas sin cabellos, otras los tenían muy largos, unas con largas colas de dos ó tres varas, otras las tenían muy pequeñas, pero todas en rostros y talles de figuras tan abominables que representaban bien á quien estaban dedicadas.

2.° Tenían en los templos comunes dos maneras de cepos ó gazofilacios, en que metían las ofrendas que se les hacían: la una era una figura de hombre hecha de barro, sin piés, toda hueca, abierto todo el casco de la cabeza, por donde echaban las ofrendas, que eran hechas de oro con figuras de varios animales, como culebras, ranas, lagartijas, mosquitos, hormigas, gusanos, leones, tigres, monos, raposas, y de toda suerte de aves; éstas sólo las ofrecía el Jeque; tapaban lo abierto de la cabeza de esta figura con un bonete redondo, ó cuatro picos, como el de nuestros clérigos, unas veces hecho de plumas, otras del mismo barro de que era la figura, con un palillo en medio de un dedo de grueso para quitarlo y ponerlo. El otro cepo era una vasija á modo de múcura, enterrada en el suelo del templo sin dejar descubierto más que la boca á la haz de la tierra, donde también iban echando las ofrendas hasta que ambas estaban llenas, porque luégo que el Jeque ponía otras en su lugar llevando aquéllas á enterrar á otro fuera del templo, así llenas como estaban, de que han tenido buena suerte algunos españoles en que les hayan venido algunas de éstas á las manos por buena diligencia con que han mudado el pelo de sus capas.

3.° El fundamento que hubo para adorar estos indios con ofrecimientos al arco del cielo Cuchaviva, aunque envuelto en fábulas, fué de esta manera: todas las aguas que entran por una parte y otra de las serranías, que no son pocas en este valle de Bogotá, no tienen más que una salida por lo último de la parte de Surueste, donde se junta de todas un copioso río que llaman Bunza; éste halla una estrechura ya al desembocar al valle que llaman de Tequendama, por

entre dos piedras tajadas, y otra que está en medio de ellas, con que hace dos canales tan estrechos que muchas veces no bastando á dar salida á las muchas aguas que por allí van á embocar (en especial en tiempo de invierno) rebalsan atrás, con que se anegan grandes pedazos de la sabana, en especial cerca de los pueblos de Bosa, Hontibón y Bogotá, con que quedan por todo lo más del año grandes anegadizos. De los ríos que dan más aguas á este grande son principalmente uno que llaman Sopó, que tomó el nombre de un pueblo de indios por donde pasa, y el otro Tivitó ó río de Chocontá, porque comienza hacerse en los páramos de un pueblo de indios que se llama así á la parte del Nordeste, respecto de Santafé y términos de su jurisdicción, como hemos ya tocado.

Fundan sobre esto la razón, diciendo que por ciertas cosas que había usado con ellos, al parecer en su agravio, el dios Chibchachum, le murmuraban los indios y ofendían en secreto y en público, con que indignado Chibchachum, trató de castigarlos anegándoles las tierras, para lo cual crió ó trajo de otras partes los dos ríos dichos de Sopó y Tivitó, con que crecieron tánto las aguas del valle que no dándose de menos, como dicen, la tierra del valle á contenerlas, se venía á anegar gran parte de ella, lo que no hacía antes que entraran en el valle los dos ríos, porque el agua de los demás se consumía en las labranzas y sementeras, sin tener necesidad de desagüe; fué tan en lleno y universal este castigo, y iba creciendo cada día tan á varas la inundación, que ya no tenían esperanza del remedio, ni de darlo á las necesidades que tenían de comidas, por no tener donde sembrarlas, y ser mucha la gente, por lo cual toda se derterminó por mejor consejo de ir con la queja y pedir el remedio al Dios Bochica, ofreciéndole en su templo clamores, sacrificios y ayunos, después de lo cual, una tarde, reverberando el sol en el aire un ruido contra esta sierra de Bogotá, se hizo un arco como suelen naturalmente, en cuya clave y capitel se apareció resplandeciente el demonio en figura de hombre, representando el Bochica con una vara de oro en la mano, y llamando á voces desde allí á los Caciques más principales, á que acudieran con brevedad con todos sus vasallos; les dijo desde lo alto: he oído vuestros ruegos, y condolido de ellos y de la razón que tenéis en las quejas que dais de Chibchachum, me ha parecido venir á daros favor en reconocerme; me doy por satisfecho de lo bien que me servís, y á pagároslo en remediar la necesidad en que estáis, pues tanto toca á mi providencia y así aunque no os quitaré los dos ríos, porque algún tiempo de sequedad los habréis menester, abriré una sierra por donde salgan las aguas, y queden libres vuestras tierras, y diciendo y haciendo arrojó la vara de oro hacia Tequendama y abrió aquellas peñas por donde ahora pasa el río; pero como era la vara delgada, no hizo tánta abertura como era menester para las muchas aguas que se

juntan en los inviernos, y así todavía rebalsa, pero al fin quedó la tierra libre para poder sembrar y tener el sustento; y ellos obligados á adorar y hacer sacrificios como lo hacen en apareciendo el arco, aunque llenos de temores por lo que después les puso el Chibchachum, de que habían de morir muchos en apareciéndose el arco; pero el castigo que á él le había dado el Bochica, por el hecho, que fué cargar en sus hombros toda la tierra y que la sustentara, lo cual antes de esto dicen se sustentaba sobre unos grandes guayacanes, y esa es la razón por qué ahora tiembla la tierra, lo que antes de esto no hacía, porque como le pesa mucho al mudarla de un hombro á otro, le hace se mueva y tiemble toda ella.

4.º No fueron solos estos indios del Reino los que cayeron en este error de adorar el arco, pues de los del Pirú afirma lo mismo el Padre Acosta, (1) y que el arco era las armas y insignias imperiales del Inga, con dos culebras asidas las colas y las puntas del arco, y se tocaban en medio de él con las cabezas. De este embuste con que el demonio abobaba á estos indios de este Nuevo Reino y de otros infinitos de que estaban llenos y lo estaban las historias de estas Indias, se conoce cuánta verdad tenga el dicho común de los santos, que el demonio es una simia ó mona de Dios, y que lo que sabe, hizo ó mandó Dios hacer quiere él poner por obra (permitiéndoselo así) y con gente poco alumbrada. Sabía el demonio que Dios, para señal de que se habían ya apaciguado pendencias de aguas, había dado por señal el arco del cielo, en el cual libró la servidumbre que no vendría otra vez el diluvio anegar las tierras, diciendo á Noé, que viendo el arco en las nubes, se acordaría de este concierto (como vemos en el Génesis), (2) que tenía hecho con él y sus hijos y todos los animales de la tierra, y así en averiguación y remedio de la necesidad que tenían los indios de que se les desanegase su tierra, le pareció al demonio sería bueno tomar por instrumento el arco del cielo, y aparecerse encima de él y hacer desde allí aquellas monerías de arrojar la vara de oro, y que con aquello quedaba desaguada la tierra, para que así quedase introducido otro nuevo género de idolatría al arco; y los pobres indios cargados de mayores errores y pecados, que es lo que siempre ha pretendido; pues á vueltas de estas mentiras de desaguar este río y otras se sorbe él los ríos enteros de almas, como lo dijo el santo Job. (3)

(1) Acosta. Libro 5.º
(2) Génesis 3.
(3) Job 4.

CAPÍTULO V

CONTENIDO: 1.º Cómo se llamaba el sacerdote de los ídolos y cómo se enseñaba y graduaba —2.º Modo de ofrecer sacrificios. Las necesidades comunes y particulares—3.º Modo de ofrecer en los campos ofrendas particulares—4.º Cuán pegada se tengan hoy en las entrañas la idolatría, pónese un ejemplo.

A los sacerdotes que tenían de los ídolos para las ofrendas y sacrificios, á quien respetaban mucho llamaban Ogque, y los españoles Jeque, por la dificultosa pronunciación que le hallaron, y porque tiene alguna correspondencia lo uno con lo otro. Y esto sabían los españoles porque es propio del Capitan ó señor de algún aduar, que son como pueblezuelos ó parcialidades en el Reino de Masagan en Agripa, área de la ciudad de Olan, que comunmente llaman Mortos sin Rey ó alarabes y ellos á su principal y señor Geque. Y los sophies de Persia se llamaban Jeques, como dice Pineda Morar Ecle. lib. 2, 6, 1, 9, 4, con el cual vocablo se han quedado y se entienden los españoles en este Reino cuando se trata de los sacerdotes: á los cuales heredaba siempre sobrino hijo de hermana, como á los Caciques.

A este que había de suceder, cuando era de mediana edad, lo sacaban de casa de sus padres y metían en otra apartada del pueblo llamada Cuca, que era como Academia ó Universidad, donde están algunos pretendientes con otro indio viejo, que les hacía ayunar con tal abstinencia, que no comía al día más que una bien tajada porción de mazamorra ó puches de harina de maíz, sin sal ni ají, y alguna vez algún pajarillo que se llama chismia, ó algunas sardinatas que cogen en los arroyos, no más larga cada una que la primera coyuntura del dedo mayor de la mano; pero de todo muy poco. También les enseñaba las ceremonias y observaciones de los sacrificios, en que gastan doce años, después de los cuales le horadaban las narices y orejas, en que les ponían zarcillos y caracuríes de oro, íbanle acompañando muchos indios hasta una quebrada limpia donde se lavaba todo el cuerpo, y vestía mantas nuevas finas, desde donde iba con el mismo ó con más acompañamiento á la casa del Cacique, el cual le daba la vestidura del sacerdocio, concediéndole y dándole de su mano para que trajera el poporo y machuila del ayo y algunas buenas mantas finas y pintadas, y licencia para ejercer el oficio de Jeque en toda su tierra, porque en cada una los había particulares. Ya con esto quedaba del todo graduado en su oficio, por cuya solemnidad hacían grandes fiestas, de mucha bebida y bailes, ofreciendo sacrificio para que ejercitara el oficio. Metíase después de celebrar las fiestas en una casa que le tenían hecha cerca del templo ó en el campo para el propósito, de donde no salía más que para hacer los ofrecimientos, porque su sementera

19

y labranza se la hacían de comunidad, y para su vestido le daban mantas los que venían á hacer las ofrendas, para que más desocupados de estos estorbos se diese más del todo al servicio de los dioses, por cuya razón tampoco consentían se casase por toda su vida y así era austerísima la que pasaba, sin compañía de nadie, siempre en ásperos ayunos y martirios diabólicos, pues muy de ordinario se zajaba y sacaba abundancia de sangre de muchas partes de su cuerpo.

2.º Ningún sacrificio ni ofrenda se podía hacer sino por su mano, particular ni común, porque todavía en las ofrendas comunes, y por causas graves, sacrificaban al sol, que, como hemos dicho, era el principal á quien adoraban, no en templos, porque decían era imposible meter tánta majestad entre paredes, sino en altas cumbres á la parte que miraban al Oriente, á donde llevaban los Jeques, juntándose muchos para esto, un niño de los que habían cogido en guerras de sus enemigos, que para esto tenían reservados muchos y guardados en ciertas casas, y regalados con delicadas comidas. Llegados al puesto del sacrificio, con algunas ceremonias, tendían al muchacho sobre una manta rica en el suelo y allí lo degollaban con unos cuchillos de caña; cogían la sangre en una totuma y con ella untaban algunas peñas en que daban los primeros rayos del sol, porque esto hacían en días claros y á esta hora. El cuerpo del difunto unas veces lo metían en una cueva ó sepultura, y otras lo dejaban sin sepultura en la cumbre, porque la comiera el sol y se desenojara; entendiendo que por estar con ellos les venían aquellos trabajos, y así cuando después de algunos días de como lo habían dejado, volvían á verlo y lo hallaban consumido, decían habérselo comido el sol, con que estaría ya aplacado y en su favor para sus necesidades. De esta costumbre vino el arrojarles sus niños desde el cerro los indios de Guachetá á los españoles cuando iban entrando en estas tierras, por entender eran hijos del sol, como ya dijimos. Compañeros tuvieron en los indios de este Reino en estos sacrificios, pues también los del Pirú sacrificaban niños, como dice Gregorio García. En las ofrendas y sacrificios particulares de los Caciques era otro el modo, porque á las entradas y esquinas de sus casas tenían unos gruesos y levantados maderos en que hacían trabazón las cercas de las casas, y en lo más alto de ellas hechas unas gavias como de navíos que servían de hermosar los palos y esquinas, y de poner cuando se había de hacer el sacrificio único de los que tenían para esto, á donde lo mataban con flechas y dardos que le tiraban de abajo, donde estaban los Jeques cogiendo con unas totumas la sangre que caía del madero abajo, que porque no se afease con ella lo tenían todo en almagrado ó embijado. Bajan el cuerpo de estos muertos, y con él y la sangre, á quien le tenían gran reverencia, iban con muchas danzas por una carrera que tenían muy limpia y ancha como para dos carretas, que

salía desde el cercado del Cacique hasta un cerro alto que solía ser de más de media legua de distancia, donde apartándose los Jeques del vulgo, tiraban las piedras de la frente del sol, con la sangre y el cuerpo la enterraban. Usaban también estas carretas en días de sus fiestas, que tenían ya para esto dedicados, en los cuales habían de concurrir todos los vasallos del Cacique de cada parcialidad; traer una danza con invenciones nuevas, y mucha plumería, flautas, fotutos y tamboriles, y haciendo por el camino mil entremeses y juegos, llegaban al alto, donde las carreras, que siempre iban á parar á estos puestos, y hecha alguna ofrenda á sus dioses, se volvían por la misma carrera, con los mismos juegos, regocijos y libreas, que muchos también llevaban de pieles de animales con diademas de oro fino en la cabeza, que eran á modo de medias lunas, las puntas para arriba. Llegados, y la vuelta del Cacique, alababa las invenciones de las danzas, juegos de regocijos y libreas, daba algunas mantas en premio á los que las habían sacado mejores, y esfuerzos de chicha para el camino, con que se volvían á sus casas, y acabar en ellas con borracheras lo restante de la fiesta. Cuando el año era seco, de manera que picaba el hambre por falta de agua, ayudaban asperísimamente unos días los Jeques; al fin de ellos subían á un monte que tenían dedicado para esto, donde quemaban moque y mechones de trementina y tomando las cenizas, las esparcían por el aire, diciendo que de aquéllas se habían de congelar las nubes y llover, y suceder bien después el año.

3.º No todos tenían sus adoraciones en los templos, pues las de muchos las tenían dedicadas en lagunas, arroyos, peñas, cerros y otras partes de particular y singular compostura y disposiciones, no porque tuviesen estas cosas por dioses, sino que por la singularidad que tenían les parecía ser dignas de mayor veneración, ó porque pasando por ellas, les había sucedido alguna singular cosa, como zumbarles los oídos, temblarles las manos, haber venido mucho viento, algún gran trueno ó rayo, diciendo que con aquello les hacía seña el demonio para que lo venerasen en aquellos lugares, en que no faltaban un punto, porque aunque conocían que era malo, le obedecían porque no les hiciese mal. Teniendo, pues, cada uno algunas de estas partes señaladas para su devoción y ofrecimiento, cuando tenía alguna necesidad hombre ó mujer, la comunicaban con el Jeque, que para sólo esto tenían licencia para mirar y hablar á las mujeres; comunicada, mascaba el Jeque tabaco en su casa para que se lo revelase el demonio, ó él lo imaginase, ordenaba á los que querían hacer la ofrenda, los días que habían de ayunar, porque ninguno se hacía que no precediese ayuno, tan preciso de parte de las necesidades y el Jeque, que aunque murieran no lo habían de revelar ó quebrantar, con ser estrechísimo y no de pocos días; cuando se iban acabando mandaba el Jeque se hiciese de oro,

cobre, hilo ó barro la figura que habían de ofrecer, que solía ser de una águila ó serpiente, mono ó papagayo ó de otras así. Aquella noche que se le daban, iba á la mitad de ella al lugar de la devoción de lo que ofrecían, que ya lo sabía el Jeque, que veinte pasos atrás que llegaro, se desnudaba y quedaba todo en carnes, mirando primero si sonaba algún ruido y sin hacer él ninguno, iba con gran reverencia á aquellos veinte pasos, y llegando al lugar del santuario, levantaban en ambas palmas la figurilla que llevaban envuelta en algodón, decía algunas palabras en que significaba la necesidad del que ofrecía y pedía el remedio para ellas, y puesto de rodillas la arrojaba en las aguas, de manera que se fuese á pique, ó metía en alguna cueva ó la envolvía en la tierra, según era el santuario, y volviendo dando pasos atrás, sin volver de ninguna manera las espaldas, llegaba así hasta donde había dejado el vestido y poniéndoselo volvía á su casa en lo intempestivo de la noche, y viniendo luégo á la mañana el que ofrecía y sabiendo del Jeque que aquello estaba hecho, dábale por su trabajo dos mantas y algún oro, y volvía á su casa, y mudándose otro vestido del que se había puesto para el ayuno y labándose, convidaba á sus parientes y hacía con ellos gran borrachera, que era en lo que venían á parar todas sus fiestas. Al modo con que hacían reverencia á sus santuarios en esta ocasión, la hacían en todas las que entraban á ofrecer en los templos, pues iban desde la puerta de ellos con pasos cortos, ojos bajos, haciendo muchas y grandes humillaciones, lo que también guardaban hasta salir fuera de la puerta.

4.º En esta sabana y valle de Bogotá tenían otros mil modos de idolatrías en que no puedo detenerme, pues basta lo dicho para que se entienda cuán connaturalizado tenían el corazón en ellas, y como es vicio tan pegajoso, no han sido bastantes los inmensos trabajos que padecen los ministros del Evangelio en toda ocasión para desabrigarla de ellos, pues como ven que los persiguen, en éstos hacen sus santuarios y ofrecimientos entre peñas y derrumbaderos y hasta debajo los saltos que hacen las aguas en los arroyos y quebradas, por tenerlo más seguro de que no lo hallen los Padres, de manera que no lo hay del indio más ladino y que parece más cristiano, de que no tenga ídolos á quien adore, como nos lo dice cada día la experiencia. Suelen hoy ofrecer á los ídolos cuanto topan de los españoles, como se vido en un santuario que sacó un Padre de nuestra religión, en el pueblo de Zipaquirá, donde halló una bota para vino, un rosario, una capilla de fraile francisco, un bonete de clérigo y una Suma de Casos de conciencia de Durando. Yo he visto sacar de algunos llaves y imágenes de nuestros rosarios. También le sucedió á un Padre doctrinero de nuestra religión en el pueblo de Cogua, ocho ó diez leguas de esta ciudad de Santafé, que habiendo vivido un indio de los principales con muestras de muy cristiano, le dió la enfermedad de la muerte, yéndole á visitar el Padre, entre

otras veces, ya que estaba cerca de ella para ayudarle á bien morir, halló que lo estaba ya haciendo un sobrino del enfermo, teniéndole puesta en las manos una cruz hecha de las palmas del Domingo de Ramos, y tomándola el Padre y comenzándolo á exhortar lo que Dios le inspiraba, parece le espiró también desvolviese las palmas de la cruz, porque le parecía pesaba más que lo que las palmas podían pesar y desenvolviéndolas halló en ellas un ídolo de oro que representaba al Dios Bochica, en cuya adoración se disponía para morir, como lo hizo luégo, admitiendo poco las exhortaciones del Padre, el cual hizo castigar al sobrino porque no había sido poca parte en que muriese su tío en aquel estado.

CAPÍTULO VI

CONTENIDO: 1.º Modo de heredar los Cacicazgos y cosas que precedían antes de tomar la posesión de él—2.º Lo que se hacía después de tomada la posesión del Cacicazgo—3.º Modo que se tenía en elegir Cacique cuando faltaba heredero—4.º Respeto grande que se les tenía á los Caciques, de manera que no se les miraba á la cara.

NO heredaban á sus padres los hijos de los Caciques, sino eran las haciendas que se hallaban tener cuando morían, que se repartían entre todos y las mujeres que dejaban, porque el estado lo había de heredar, sobrino hijo de hermana y no de hermano, para asegurar con aquello su sangre por la poca satisfacción que tenían de la fidelidad de las mujeres. Faltaba esta regla en la sucesión del Cacique ó Rey de Bogotá, pues le sucedía el Cacique del pueblo de Chía, como ya dejamos dicho, y la razón y principio que esto tuvo y no era de heredar los Cacicazgos tan á secas y sin ceremonias y prevenciones que no le diesen dos ayos al que había de suceder, luégo que llegaba á los años de discreción que le fueran enseñando é industriando en buenas costumbres y vida honesta, hasta que llegaban á edad de quince ó diez y seis años, porque entonces lo metían que ayunara uno en la casa que para esto tenían disputada y apartada del común trato de la gente, pues se le veían de cuando en cuando á los maestros; en este año de ayuno les horadaban las narices y orejas, y cumplido les decían los Jeques de su pueblo y parcialidad lo que habían de ofrecer aquella primera vez á los dioses ó figuras de león, águilas, tigres ú osos que hacían los plateros, de oro fino, ó como se le daba el pretendiente de cuyas manos iba á la de los Jeques, y de ellas á la de los dioses con las ceremonias y respetos dichos; lo cual acabado, acababan también con gran cantidad de su vino en una gran fiesta que hacían á todos los Caciques convecinos, á quien

volvían los retornos doblados de los presentes que á él le hacían, de mantas, oro, armas y otras cosas, y en especial se hacía esta fiesta más crecida cuando le daban la investidura del Cacicazgo y lo metían en posesión, cuando faltaba el antecesor por muerte, porque ésta duraba diez y seis días con grandes bailes y embriagueces, después de haberle concedido el Bogotá que entrase en posesión de su estado, porque aunque les vinieran de derecho, no los gozaban sin que él los confirmase y aprobase primero, y así luégo que tomaban la posesión del estado, venía el Bogotá con la confirmación, acompañado de los más principales y cargado de dones de valor y estima, con que la hacía muy grande el Bogotá de sus personas, y los confirmaban en el estado y volvía á enviar á sus pueblos, á cuya entrada estaban sus vasallos aguardándolo con presentes ricos, para con ellos hacer el reconocimiento que debían á su señor natural, y dar el parabién de las mercedes que le había hecho el gran Zipa, que así se llama en esta lengua el Supremo Señor de todos los demás.

2.º Desde entonces le obedecían con tanta puntualidad, sin faltar en nada, que pienso han sido en esto estas naciones las superiores á cuantas hemos conocido, aunque ya ha caído esto casi del todo por el recurso que tienen los indios á las justicias españolas de los agravios é injusticias que les hacen los Caciques, y así son mal obedecidos en pagarles los tributos y en lo demás que les ordenan. Comenzábanse entonces, como dijimos, las fiestas más de asiento, que llamaban de la coronación, por espacio de quince días, y al último traían los principales las joyas y coronas de oro adornadas con caricuríes de Santa Marta, que habían hecho para el efecto orejeras y narigueras de oro para las narices y orejas, chagualas para el pecho y medias lunas para la frente, y dándole en presente las más principales al Cacique, y vistiéndole los caballeros de finas telas de algodón, y poniéndole un bordón de guayacán bien labrado en la mano y una corona de oro, cuentas verdes y blancas, y otras joyas ricas en la cabeza, con las que no eran de todo valor, daban remate á la fiesta, partiendo de carrera todos hasta llegar á la primera quebrada que estaba más cerca de donde se celebraba, y arrojándolas á las aguas, se quedaban allí en alabanzas de sus dioses. Al modo de éstas eran las fiestas que se hacían en la posesión que tomaba el Bogotá, aunque con mayores gastos y grandezas.

3.º Cuando sucedía que le faltaba heredero al Cacique, no tenía licencia el pueblo de elegirlo, porque el Bogotá lo ponía de su mano, escogiendo para esto los hombres de más nobleza y mejor sangre, costumbres y valentía, entre los cuales eran preferidos aquellos valentones que dijimos se llaman Guechas, y estaban en las fronteras de sus enemigos los Panches, pero á éstos que escogía el Bogotá para poseer estos Cacicazgos, en ninguna cosa ponía más cuidado, para examinar sus costumbres, que en saber por experiencia serían honestos, cono-

ciendo de la mucha importancia que sea esta verdad para el Gobierno, lo cual experimentaba públicamente con bien poca honestidad, pues en medio de los que había en una plaza, juntos para este examen, hacía traer una doncella, de buen parecer, con sólo el vestido que le dió naturaleza, y con él mismo salían dos de los pretensores y se ponían junto á ella, y si alguno tenía natural movimiento sensual, era excluído de la pretensión del Cacicazgo y elegido el otro, y si ambos caían en lo mismo, eran ambos excluídos, hasta que viniendo otros, era elegido el que se mostraba enfrenado en aquella ocasión: juzgando el Bogotá ser capaz de aquel señorío quien era enfrenado en tales acciones. Del Bogotá nunca se supo haber faltado heredero, porque para esto tenían cuidado los Caciques de Chía de tener muchas mujeres, con que nunca había falta de quien los heredase; no eran iguales en linaje todos los Caciques, pues unos eran menores y de menos estimada sangre; otros eran de mayor estima, á quien llamaban Bsaque, y éstos eran en especial los que tenían sus pueblos en fronteras de enemigos, como el Pasca, Subachoque, Cáqueza, Teusacá, Fosca, Guasca, Pacho, Simijaca. El Tibacuy era como condestable, Guatavita y Ubaque eran como Duques, el Suba como Virrey, y el Rey de Bogotá; aunque por tiranía, porque en las primeras poblaciones de estas tierras cada Cacique fué señor de lo que por entonces le cupo de tierra y vasallos sin sujeción á otros, hasta que con violencia sujetó después el Bogotá á muchos Caciques, aunque muchos de sus convecinos nunca acabaron de darle perfecta obediencia sin andar royendo el cabestro, como luégo veremos, y lo mismo sucedió con el Cacique de Tunja ó Ramiriquí, que con la misma violencia sujetó á muchos de aquella tierra. Tampoco heredaban los hijos legítimos á los Capitanes y gente principal después de los Caciques, sino los sobrinos, salvo si los hijos eran habidos en esclavas, porque éstos entraban heredando á sus padres.

4.° El respeto que tenían sus vasallos al Cacique era tan grande, que juzgaban perdérsele si le miraban á la cara, y así el hablarle, era siempre á espaldas vueltas, lo que guardaban con tanta puntualidad que solía andar por pena de infamia el hacerlo uno por fuerza que le viera su cara, como sucedía el que era acusado de ladrón, pues trayendo la primera vez delante del Cacique á espaldas vueltas, y reprendiéndole el hecho, y la segunda reprendiéndole y castigándolo con azotes; á la tercera, como incorregible, le daban mayor pena que fuera para ellos la muerte natural, porque delante el Cacique, estaba sentado en una silla de autoridad, lo reprendía un caballero de los de su casa, desde las espaldas de la silla del Cacique, diciéndole: ya os hemos castigado dos veces de vuestra mala vida y no habéis tenido vergüenza de volver á ella, vos os debéis de considerar algún gran señor, y pues lo sois, bien podéis mirar al Cacique, y arremetiendo á él, le volvía con violencia la cabeza, y hacía que mirase al Caci-

que, dejándole ir con solo esta pena á su casa; pero era tan grande la infamia que con eso llevaba, que se acababa su linaje, pues ninguno del pueblo ni su comarca le daba sus hijos ni hijas para que casara con los suyos, ni le ayudaban en labranzas, ni necesidad alguna, y todos se tenían por apretados de hablar con él, sólo porque había mirado al Cacique y así cuando le llevaban algún presente para negociar y hablar con él, porque nadie lo va á ver ni visitar que no le presente algo primero, entraban con la cabeza y cuerpo bajo, y puesto en el suelo delante de los piés del Cacique lo que llevaban, le volvían las espaldas y sentándose en el suelo le trataban de su negocio ó visita.

CAPÍTULO VII

Contenido: 1.° Modos que tenían los Caciques en cobrar sus tributos y otras deudas—2.° Fiestas que se hacían cuando se acababan las casas nuevas—3.° Leyes universales del Bogotá para todo su Reino—4.° Modos y leyes para los casamientos.

CUANDO algún indio retardaba la paga del tributo que se debía al Cacique, le enviaba con un criado suyo un gato león, ú oso que criaban en sus casas para este efecto: amarrábanlo á la puerta de la casa del deudor, estando el que lo llevaba con él, á quien estaba obligado el deudor á mantener con mucho regalo, y darle cada día que se detuviese allí una manta de algodón y darle de comer al animal tórtolas, curíes y pajarillos, con que ponían al pobre indio en tales apreturas, que por salir de ellas, diligenciaba con cuidado la paga, quedando escarmentado para lo de adelante; lo mismo usaban en especial el Bogotá, cuando enviaban á llamar algunos de sus vasallos, porque el gato era como seña de que ellos eran los que los llamaban; si alguno no criaba de estos gatos, que eran monteses y bien diferentes de los nuéstros, para apremiar á que le pagara el tributo, usaban de otro modo, y era que enviando á cobrarlo, si no pagaban en los días que daban de espera, entraba el cobrador á sus casas, y apagábales con agua la lumbre y no se había de volver á encender hasta que pagasen, con que procuraban los deudores fuese con brevedad, por la falta que les hacía el fuego.

2.° Cuando se hacía de nuevo la casa y cercado del Cacique, en los hoyos que hacían para poner aquellos palos gruesos que usaban en medio del buhío, y á las puertas del cercado, hacían entrar, acabado el hoyo, una niña bien compuesta en cada uno, hijas de los más principales del pueblo que estimaban en mucho se quisiesen servir de ellos para aquello el Cacique, y estando las niñas dentro de los hoyos, soltaban los palos sobre ellas y las iban macizando

con tierra, porque decían consistía la fortaleza y buen succso de la casa y sus moradores en estar fundada sobre carne y sangre humana. Después de acabada, convidaba el Cacique á todo el pueblo para una gran borrachera que duraba muchos días, en que había muchos juegos, bailes y entretenimientos, en especial de truanes y chocarreros, de que había muchos entre ellos que ganaban en eso la vida, andando de fiesta en fiesta por las pagas que les daban de mantas y otras cosas, según la calidad del que las hacía. El tiempo que duraban éstas del Cacique, estaban á la puerta del cercado, desde la mañana hasta la noche, sin comer ni beber, dos indios, ya en edad mayores, desnudos todo el cuerpo, en pié, cubiertos con una red grande de coger pájaros, tañendo con unas flautas y haciendo una música melancólica y triste para significar con aquello más al vivo lo que representaban: estando allí con aquella postura, que era la muerte, porque decían que la red era instrumento suyo, pues mataban con ella las aves; el estar desnudos representaba cómo deja á los hombres cuando los acomete, pues quedan desnudos de todas sus cosas de esta vida; y á lo mismo aludía el no comer ni beber en todo el día, pues también los priva de eso, de lo que no era bien se acordasen en todos los juegos, fiestas y entretenimientos, y por eso estaban á la puerta de la fiesta, para que antes de ella se le representasen á todos los que se hallaban en ellas que habían de morir; y aun entre los regocijos de dentro había indios con instrumentos que hacían músicas tan tristes, que incitaban á llorar á todos de rato en rato en medio de los regocijos y bailes. Usaban todos los indios estas fiestas siempre que estrenaban casas nuevas, pero cada cual con gastos según su posible, si bien en ninguna habían de faltar truanes de que se han prestado tanto conmunmente todos los indios de estas tierras, que las de México tenían sus dioses particulares y templos para ellos.

Para más solemnizar estas fiestas de la dedicación de sus casas, los Caciques ordenaban que algunos mozos de buena disposición corriesen cierta distancia que les tenían señalada en redondo, algunas veces de más de cuatro leguas, á que saliesen corriendo todos juntos los que se determinaban á eso, pero yéndose aventajando á los demás, los más valientes volvían más presto á la casa de donde habían salido, donde les iba premiando el Cacique su valentía como iban llegando, porque al primero le daba seis mantas, y le concedía que cubriéndose con la una, pudiera dejar llegar la una punta de ella al suelo por detrás, que le daba en los talones, cosa que nadie le pudiera hacer sin privilegio del Cacique, y les duraba por toda su vida; al segundo que llegaba daban cinco mantas, al tercero cuatro y así los demás, hasta seis iban disminuyendo el premio, sin el cual se quedaban los demás, y aun algunos por pasar con honra la carrera, reventaban con el trabajo en ella.

3.º Aunque cada uno de los Reyes Bogotaes ponía particulares leyes, según le parecía convenir á su República y buen gobierno, tenían otras comunes y de inmemorable antigüedad, puestas por los Reyes pasados, á cuya observancia ninguno faltaba, que eran así: mandaban que quien matase, muriese, aunque lo perdonasen los parientes del muerto, porque la vida decían que sólo la daba Dios, y que los hombres no la podían perdonar ; si algún hombre soltero forzaba alguna mujer, había de morir por ello, y si casado, habían de dormir dos solteros con la suya; si alguno se hallase que tuviese cuenta con su madre, hija, hermana ó sobrina, que entre ellos eran grados prohibidos, los metiesen en un hoyo angosto de agua con muchas sabandijas venenosas dentro y cubriéndolo con una gran losa, lo dejasen pereciendo allí, y la misma pena se daba á ellos ; los que incurriesen en el pecado nefando murieran con tormentos y los que de ordinario les daba, era empalarlos con una estaca de una palma espinosa hasta que les salía por el cerebro, porque decían era bien fuese castigado por donde había pecado. Y dejaba la ley puerta abierta porque los reyes sucesores pudieran agravar las penas, con que fué la gente de este Reino siempre limpísima en este pecado, y bien diferente de la de los llanos sus vecinos y de los de Santa Marta, como diremos en la tercera parte. Si alguna mujer moría de parto, mandaba la ley que perdiese el marido la mitad de la hacienda, y la llevase al suegro ó suegra, hermano ó parientes más cercanos en defecto del padre, mas quedando la criatura viva, sólo estaba obligado á criarla á su costa y aun añadían en algunas partes que si no tenía hacienda, había de buscar algunas mantas el viudo con que pagar á los herederos la muerta, y si no le perseguían hasta quitarle la vida; ninguno, por prohibición de la ley, podía subir en andas para ser llevado en hombros de sus criados á alguna parte, sino sólo el Bogotá y á quien por privilegio y merced ganada con señalados servicios se lo concediese; estaban limitadas las pinturas, galas, joyas, y en sus vestidos y adornos á la gente común, y concedido el privilegio á los Bsaques y á los más Caciques y otros principales licencia para poder traer las narices y orejas horadadas, y ponerse en ellas y en el cuello las joyas de oro que quisiesen, como también estaba concedido á los Jeques. Era ley que los bienes de quien muriese sin herederos, quedasen aplicados á su fisco y cofres reales; que quien huyese de la batalla antes que el Capitán que los gobernaba, le diesen una muerte vil al albedrío de su Cacique; que quien mostrase cobardía en la guerra, le vistiesen por afrenta ropa de mujer, y usase los mismos ministerios y oficios que ellas usan en sus casas, por el tiempo que quisiese el Cacique. Estaban ordenadas también otras penas ligeras para más ligeras y livianas culpas, como eran azotes, romperles la manta con que se cubrían, trasquilarles los cabellos, que por mucha gala traían largos, y así tienen por pena afrentosa hoy que se los hagan quitar los españo-

les en pena de algunos delitos que cometen, aunque ya van perdiendo el miedo poco á poco á este castigo, viendo que allí se les quedan las raíces, con que luégo se va remediando aquella falta; este castigo era común á mujeres y hombres, y así ahora lo es también común el sentimiento de él.

4.º Estas eran las comunes leyes que tenían puestas los Bogotaes á todo su Reino, sobre las cuales había otras costumbres comunes y aun particulares de cada pueblo, en especial acerca del casarse, porque el que quería tratar de eso, ya que tenía determinado con quien hablaba, sin poner casamenteros ni otras ceremonias por su persona, con alguna de las que tenían á su cargo y debajo de su amparo á la que pretendía, ora fuesen padres ó parientes, con quien trataba del precio que había de dar por ella, y si lo que ofrecía no les parecía bastante, añadía por dos veces la mitad más de lo que prometió primero, y si á la tercera no bastaba, buscaba mujer más barata; pero si en estos conciertos quedaba satisfecha y contenta la parte de la novia, entregábansela sin más ritos ni dilaciones, quedándose ellos con la paga que el novio había dado, sin que ella llevase más de dote que algunas quince ó veinte múcuras de chicha y algunas alhajuelas usuales de casa, de manera que iba por diferente camino que nuestra nación para echar esta mercadería de casa, pues ellos la venden y se la pagan con ser de menos valor, y entre nosotros se usa pagar, porque las quieran llevar, y aun pienso viene de ahí el tratar estos indios tan mal y como esclavas á sus mujeres, porque las tienen como compradas por el precio que dieron, y las nuéstras ser tan respetadas y mandonas, porque parece compran el respeto con la dote que llevan.

CAPÍTULO VIII

CONTENIDO: 1.º Leyes particulares de casamientos y número de mujeres que podía tener cada indio—2.º Caso notable que sucedió en Bogotá, de los antiguos con una mujer—3.º Castigos que se daban á los adulterios—4.º Ceremonias que se usaban con las doncellas cuando les venía la primera vez su mes y con los niños recién nacidos—5.º En cierta provincia de los llanos, cuando pare la mujer, se echa el marido en la cama con cierta superstición.

NO eran las que hemos dicho leyes comunes á todos en los casamientos, pues en algunos pueblos se usaba que el pretendiente enviaba, sin hablar con nadie, á los parientes ó padres de la que pretendía una manta y si no se la volvían á enviar, luégo volvía enviando otra, y una carga de maíz, y medio venado, si era gente á quien les estaba concedido por los Caciques comerlo, porque esta carne no se podía comer sin este privilegio, aunque era común á todos poder comer de otras carnes, de conejo, curíes y aves. Aquella noche siguiente de como había enviado esto, se iba al romper del alba, y se sentaba á la puerta de sus suegros, sin hacer más ruido que el que bastase para que entendiesen que estaba allí; los cuales en sintiéndolo, decían desde dentro: ¿quién está allá afuera? es por ventura algún ladrón que viene á hurtar ó buscar carne? á mí? pues yo no debo á nadie nada, ni convido huéspedes; á que no respondía el pretendiente, sino que con silencio estaba aguardando que saliese la desposada, que no tardaba mucho, con una totuma grande de chicha, y llegando junto á él, la probaba ella primero y dándosela á él, bebía cuanta podía, con que quedaba hecho el casamiento, y le entregaban la desposada, aunque ya sabían los padres y parientes era trabajador y podía bien sustentarla, en que se reparaba mucho, porque la tenía en el número de las mujeres que podían tener en la hacienda y diligencia con que las podían sustentar; y así los más ricos tenían muchas más, pues las de los Caciques llegaban muchas veces á ser ciento; y aun las del Bogotá afirman haber sido trescientas: setecientas menos de las que tuvo Salomón, que ésas llegaron á mil, como lo dejamos dicho, ni hay que espantar hayan sido las de estos indios tantas, por ser ellos tan dados á la sensualidad, y ellas tan de poca costa en su sustento, pues no habiendo menester tiendas de milanes para su vestido y afeites, con solas dos mantas de algodón se concluía con los gastos del vestido, y su comida era un poco de maíz molido y algunas hierbas y raíces.

2.º Cuando el Cacique sabía de algunas doncellas de buen parecer, las pedía á sus padres, que sin condición se las traían á su casa, donde andaban desnudas hasta que dormía con ellas, porque después se vestía al traje de las demás

que tenía, de las cuales siempre era una la más principal y estimada del Cacique. A uno de los antiguos bogotaes llamado Meicuchuca sucedió que trayéndole una vieja una china doncella que él había enviado á pedir, se aficionó tanto á ella por ser hermosa, que empleando en ella toda su afición, parece que no le quedó ninguna con que acariciar á la principal de las demás que tenía, porque todo su entretenimiento de noche y de día era con la recién venida, de que la otra rabiaba de celos sin poderlo remediar, hasta que consultando el caso con un Jeque, ayunando y haciendo ofrendas al santuario, le respondió el Jeque que llegase una noche á la cama del Cacique, estuviese en ella con la china; lo cual como hiciese la mujer, halló el Cacique su marido durmiendo y con él una gran culebra en que estaba convertida la china, salió con silencio del aposento y casa y yéndose á la del Jeque, le dijo lo que pasaba, el cual le respondió que otro día convidase á la india con otra de las mujeres á irse á bañar á este río que llaman el Bogotá, ó por su propio nombre Bunza, cuando pasa por bajo del Salto de Tequendama, porque esto sucedió en la casa de recreación que tenía allí cerca, á quien los españoles llamaron casa del monte, cuando entraron en esta tierra, de que ya hablamos; no se descuidó la mujer en el convite y diligencia para el baño, en el cual estándose ya bañando todas las que fueron, á vista de las demás, se convirtió la china en una gran culebra y se despareció por entre las aguas, sin que más la viesen, con que quedó deshecho el engaño del demonio y la Cacica fuera de celos: algunos casos han sucedido con estos indios al modo de éste, siéndoles el demonio mimbo y subimbo.

3.º No reparaban mucho algunos indios, cuando se casaban, en hablar á sus esposas doncellas, no obstante la ley que había acerca de esto, antes algunos cuando conocían no haber llegado hombre á ellas, las tenían por desgraciadas y sin ventura, pues no la habían tenido en que hombres se les aficionasen, y con este pensamiento las aborrecían como mujeres desdichadas. Si bien es verdad que sentían después mucho el adulterio, y así á la que sentían sospechosa de esto la hacían comer aprisa mucho ají, con que se abrasaba las entrañas, y con la misma le decían que confesara su delito, lo que hacían muchas veces con la fuerza del tormento, y aun lo que no habían hecho; dábanles en confesando, agua, con que se mitigaba el ardor del primero, y sentenciábanla á muerte, como lo disponía la ley y adulterio; otras veces no confesaban y quedaban purgadas con el tormento del indicio, y les hacían grandes fiestas; si era el adúltero rico y ella de baja calidad, le rescataba la muerte con oro y mantas, de que llevaba su parte el Cacique, lo que no se podía hacer si sucedía el desastre con algunas de sus concubinas ó mujeres, porque sin remisión habían de pagar ambos por muertes crueles, dejando los cuerpos sin enterrar en el campo para escarmiento y ejemplo de los demás.

4.º Las preñadas ofrecían al Cuchaviva sus cintillos y figuras de oro bajo, para tener buen parto, y si parían dos de un parto, mataban el segundo que nacía, teniendo por grande afrenta parir dos juntos, porque decían ser aquello demasiada lujuria, creyendo ser imposible engendrarse dos juntamente, sino que había de ser por fuerza uno después de otro con distintos ayuntamientos, y así por librarse de esto, era ley inviolable no llegar el marido á la mujer hasta muchos días después de haber parido. No se han hallado parteras en esta tierra, porque no son menester, antes cuando quieren parir, huyen si pueden de la gente, y se van á esconder cerca de un barrio, para en pariendo entrarse en él á lavarse con su parto, como lo hacen en particular las indias Guayapes en San Juan de los llanos, al Sur de esta ciudad de Santafé. Cuando á la doncella le venía su mes la primera vez, la hacían estar sentada seis días, en un rincón, tapada con una manta cabeza y rostro, después de los cuales se juntaban algunos indios que llamaban para esto, y puestos en dos hileras como en procesión, llevándola en medio, iban hasta un barrio, donde se lavaba, y después le ponían el nombre Deipape, que es lo mismo que nosotros llamamos doña Fulana, y volviéndola con esto á la casa, hacían las fiestas que solían de chicha.

Usaban de esta superstición para conocer si los niños habían de ser venturosos ó desgraciados, que cuando lo destetaban hacían un rodillo pequeño de esparto con un poco de algodón en medio, mojado con leche de la madre, y yendo con él seis mozos, buenos nadadores, lo echaban en un río, y tras él los mozos nadando, y si el rodillo se volvía entre el olaje del agua antes que lo alcanzasen á tomar, decían había de ser desgraciado el niño por quien se hacía aquello, pero si lo recobraban sin trastornarse, juzgaban había de tener mucha ventura, y así contentos se volvían á casa de los padres y diciendo lo que les había pasado, se hacían fiestas según el suceso; llegaba luégo cada uno de los mozos y otros que tenían convidados, y quitaban con unos cuchillos de caña ó piedra al niño, que estaba sentado en una manta, un mechón de cabellos hasta que lo dejaban sin ninguno; éstos echaban después en el río, donde lavaban al niño, que era cierto modo de bautismo; ofrecían al niño algunos dones, después de estar bien remojados de chicha, con que se concluía la fiesta.

5.º A las espaldas de estas sierras de Bogotá, que es parte del Este que llaman los llanos, entre las demás naciones hay una que anda bagabunda en cuadrillas pequeñas, desnudos del todo, sin casas ni sementeras, duermen donde les coge la noche, por ser tierra caliente, comen frutas y raíces silvestres, usan arcos y flechas, nunca se detienen en parte ninguna, sino es que cuando ha de parir la mujer, porque entonces hace el marido un hoyo tan hondo como ella, algo espacioso, donde pare á solas, y si es varón el del parto, hace el marido

una barbacoa ó tablado de cañas encima del hoyo, levantado en alto con una lanza sobre cuatro palos, sobre que se sube, y aquí está por tres días y noches. Está siempre de aquel lado sin comer y volverse al otro lado, se baja triste de la barbacoa, y diciendo que el niño ha de ser desgraciado, por aquello no se le da mucho de criarlo; pero si puede perseverar en estos dos tormentos y los que se añaden á veces de sol y agua, aquel tiempo le juzgan suerte dichosa, y en alegría hacen fiestas.

CAPÍTULO IX

CONTENIDO: 1.º Los indios del Nuevo Reino no saben dar razón de dónde vinieron á estas sus tierras en que vivían de labranzas—2.º Dividían el tiempo por días, meses y años, y usaban de medidas y monedas de oro—3.º Tenían lugares señalados de mercado donde contrataban—4.º De éstos el más principal era el de Sorocotá, donde hallaron una riquísima piedra de metal de plata.

DE las cegueras con que hablan estos indios, como hemos visto, acerca de sus principios, podemos entender tienen las misma acerca de su venida á estas tierras, y así sólo se sospecha vinieron de las partes del Este por algunas conjeturas que de ellos tenemos, de que por no poder sacar con el fundamento, no trataré más. Sólo digo que la necesidad del frío, y no ser suya la tierra por la misma razón de árboles frutales silvestres, ni de otra cosa de comida que naturalmente produzca, como lo son algunas tierras calientes de quien ya hemos hablado en nuestra primera parte, donde se sustentan los indios sin cansarse en hacer sementeras, los de estas del Reino se dieron mucho á ellas; y así han sido siempre grandes labradores de maíz, yucas, batatas, arracachas, xequineas, turmas, cubios y otras raíces, y en especial lo eran de algodón en las tierras que alcanzaban calientes, que eran todas las circunvecinas á las espaldas de las serranías que cercan estos valles del Reino, porque aunque por todas partes estaban cercados de enemigos, á punta de lanza defendían las labranzas que tenían en tierras calientes, de frutas, raíces y algodón, que no se dan en las frías. De éste hacían mucha y muy fina buena ropa de manta desde que aquel su predicador, que dijimos se las enseñó á tejer, con las cuales se vestían revolviéndose una al cuerpo y cubriéndose con otra, sin diferencia hombres y mujeres, y con las que sobraban y la sal que se hace en los tres pueblos, Zipaquirá, Nemocón y Tausa, en que ha tenido excelencia este Nuevo Reino sobre todo en sus tierras convecinas, se iban á ellas á los mercados que tenían puestos en ciertos parajes de términos comunes y de tantos días y lunas.

2.º Para mayores noticias de esto, importará darlas de otras costumbres que tenían en orden á sus contratos, é inteligencia de vivir en modo político: dividían el tiempo como nosotros en días, meses y años, aunque con diverso modo, porque los días contaban por soles, viendo que él era la causa de ellos, de manera que tantos soles eran tantos días; estos distinguían en sólo tres partes, mañana, medio y tarde; los meses contaban por lunas con sus menguantes y crecientes, dividiendo cada una de éstas dos en otras dos, con que venían hacer cuatro partes del mes, ó la luna al modo que nosotros lo dividimos por cuatro semanas; tenían también año de doce meses ó lunas, que comenzaba en Enero y se acababa en Diciembre, pero por la inteligencia que nosotros tenemos para comenzarlo en aquel mes, ni como la que tuvieron los romanos de comenzarlo en el de Marzo; pues sólo le daban principio desde Enero, porque desde allí á labrar y disponer la tierra por ser tiempo seco y de verano, para que ya estuviesen sembradas la menguantes de la luna de Marzo, que es cuando comienzan las aguas del primer invierno en esta tierra, y como es de la luna de Enero que comenzaban estas sementeras, hasta la del Diciembre, que las acababan de coger, hay doce lunas, á este tiempo llamaban con este vocablo Chocan, que es lo mismo que nosotros llamamos año, y para significar el pasado decían Chocamana, y al año presente Chocamata, y á la luna llamaban Chía; nunca supieron contar más que cheste veinte y este número iban multiplicando las veces que habían menester; usaban de medida para el maíz que llamaban aba, aunque nunca usaron de peso para el oro ni otra cosa, pues sólo para entenderse en el oro fundido, que eran unos tejuelos redondos hechos en los moldes que tenían para ello, y era su moneda, aunque sin ninguna señal y por eso común á todas las provincias, pues no miraban más que el valor intrínseco; usaban medidas de las coyunturas de los dedos de la mano por la parte de dentro, de manera que la circunferencia del tejuelo había de llegar ambas dos rayas de las coyunturas, y para los que eran mayores en tratos de mayor cuantía, unas hebras de algodón con que daban vuelta á la circunferencia del tejuelo y á todo su ancho; no conocían moneda de otro metal que de oro, si bien les sucedía de ordinario cuando les faltaba éste, tratar unas cosas por otras.

3.º Esto, como hemos dicho, se hacía en los mercados ó ferias donde se juntaban de muchas partes, llevando todos á cuestas sus mercancías, porque como yá dijimos en nuestra primera parte, no se halló en esta tierra, ni en todo lo descubierto de estas Indias, animal que les pudiera ayudar á llevar cargas. Lugares de mercado fueron casi todos que había de indios en estas dos provincias de Bogotá y Tunja; pero los más principales se hicieron de ordinario en dos: el uno en los pueblos que estaban á las márgenes del Río Grande de la Magdale-

na, tierra muy caliente, poblada por ambas partes de los indios Poinas ó como llamaban los españoles Yaporoges, por su Cacique de ellos llamado Yapaocos: éstos eran tántos, que cogían sus poblaciones ambas márgenes de este gran río, desde el de Cuello hasta el Lache, que entra en el grande enfrente de Neiva; eran éstos grandes mineros, por ser muchas las vetas de oro que hay en la tierra nombrada, y esto les ocasionaba á saberlas fundir y labrar, haciendo de ello muchas y grandes joyas, de las que muchas veces hemos dicho, aunque mal obradas para sus galas y santuarios. A las tierras de éstos acudían á hacer mercados los moscas, en especial los del pueblo de Pasca y sus convecinos, llevándoles mucha cantidad de finas mantas, sal y esmeraldas, con que rescataban del mucho oro fundido y en joyas que les daban en trueque los Yaporoges, que fué el camino más principal por donde entró la mayor parte del oro que hubo en este Nuevo Reino y hallaron los españoles, aunque no dejó de acrecentarlo el que sacaban de los pillajes en las victorias que tenían de sus enemigos los Panches, en cuyas tierras se han hallado ricas vetas de ello, porque en todo lo que toca en las provincias frías de Bogotá y Tunja, hasta hoy no se ha podido hallar rastro, como dejamos dicho, sino es lo que en estos tiempos se ha hallado cerca de Sogamoso. Eran tan sutiles en sus tratos, que no había indio que los igualara, con ser en las demás cosas de tan ofuscados ingenios; eran grandes logreros, pues si para el tiempo que fiaban sus mercancías no se les acudía con la paga, era ley que cuantas lunas pasasen del tiempo señalado, fuese creciendo la deuda por mitades, con que muchas veces venía á hacer el número de la deuda crecidísimo sobre lo que valía lo que la había contraído. Las esmeraldas fueron siempre buen género en ellos, porque lo estimaban para sus galas y santuarios, de que andaban gran número en la tierra, por haber sido abundantes de ella en sus principios las minas de Somondoco, de donde las sacaban á la sazón que entraron los españoles y se comunicaban entre los indios de tierra fría, porque de las de Muzo participaban poco, por las sangrientas enemistades que había entre ellos y los moscas, si bien por los contratos y rescates que había entre los unos y los otros, no obstante sus enemistades, les venían muchas de ellas, después que los Muzos se apoderaron de aquella tierra de guerra, habiendo subido de las márgenes del Río Grande, como después diremos más largo, de donde sacamos que habiendo sido los moscas señores de aquellas tierras de los Muzos antes que ellos se las quitaran, pudieron tener y tuvieron muchas y muy finas esmeraldas del cerro de Itoco, de donde ahora se sacan.

4.º El otro puesto donde se hacían los más famosos mercados era en la tierra del Cacique Sorocota, que ahora se comprende en los términos de la ciudad de Vélez, aquí por ser comunes Bogotaes, Tunjas, Sogamosos, Guanes,

Chipataes, Agataes, Saboyaes y otras muchas provincias comprendidas dentro de éstas se juntaban de ocho en ocho, véseles gran suma de gente con los frutos de sus tierras, en que también bullía buena suma de oro, en especial de los que acudían del poniente, como eran Agataes y sus vecinos, que viven á las vertientes del Río Grande de la Magdalena, donde siempre se ha hallado mucho de este metal, aunque nunca el de plata, y así se tuvo por cosa rara lo que sucedió en este mercado de Sorocota, y algunos años después de fundado por los españoles, los cuales dejaron pasase adelante, como lo tenían de costumbre; aunque por haber sucedido, unos negros esclavos cimarrones acudían allí el día del mercado, haciendo á los indios mil agravios que después pagaron en la horca por industria de las justicias; por evitar éstos y otros inconvenientes mandó la de Vélez le mudara el puesto del mercado á una loma alta cerca del otro puesto, donde aunque comenzaron á acudir, era de tan mala gana, que los más se volvían á su primer sitio, haciendo sus contratos de mayor cuantía sobre una piedra de hasta cuatro quintales que había en un cerrillo del puesto, á cuya redonda estaba toda la gente. Advirtiendo en esto la ciudad de Vélez, y habiendo los alcaldes de ella buscado la causa, hallaron que aquella piedra era la que no les podía arrancar de su primer sitio por las supersticiones que en ellas tenían para sus contratos, con que determinaron con más veras quitarlos de allí, y para que del todo tuviera efecto, hacer pedazos la piedra, la cual hallaron, quebrándola, tan rica de plata, que se sacaron de ella más de ochenta marcos, de que se hicieron muchas piezas que algunas permanecen hoy; llenóse con esto la tierra de esperañzas, entendiendo ser aquella piedra de algunas minas ricas de algún metal que hubiese cerca, haciendo en esto apretadas diligencias por más de cuatro años, en que se trastornaron todas las quebradas, cerros y amagamientos de la redonda con extraordinarios cuidados, que todos fueron en vano, por no haberse podido rastrear hasta hoy cosa de este metal en minas en toda la tierra que lo buscaron, de donde salió opinión, entre muchos, que aquella piedra se la había traído allí el demonio de alguna mina rica de plata de las de la ciudad de Mariquita, Potosí ú otra parte, para las supersticiones que sobre ella hacían.

CAPÍTULO X

CONTENIDO: 1.º Modo de inquirir los hurtos y de hacer bailes—2.º Conocieron estos indios otro metal que el oro; trátase de algunas de sus costumbres y de sus tierras—3.º Prosíguese lo mismo.

NO sólo los Jeques, pero aun otros indios viejos ganaban su vida haciendo mil supersticiones en necesidades que se le pedían para sacar los hurtos; tomaban estos viejos ó Jeques la paga que les daban los primeros y haciendo diez caminos ó fingiéndoles desde el lugar donde se había hecho el hurto, atribuía á cada camino cada dedo de las dos manos y tomando tabaco con que medio se embriagaba, advertía si le temblaba alguno de los dedos, ó lo imaginaba y así decía que por el camino que correspondía aquel dedo habían llevado el hurto, y si haciendo diligencia para buscarle por aquella parte bien, y si no así se quedaba. Sobre las fiestas que hemos dicho tenían en la dedicación de sus casas y coronaciones de Caciques, tenían otras en los meses de Enero, Febrero y parte de Marzo en las cabas de sus labranzas, donde se convidában alternativamente unos Caciques á otros, haciéndose grandes gastos y presentes de oro y mantas y de su vino, porque todas sus fiestas las hacía éste, supliendo las faltas de la comida, pues ésta no les daba cuidado, como él anduviese en abundancia, asíanse de las manos hombres con mujeres, haciendo corro y cantando ya canciones alegres, ya tristes, en que referían las grandezas de los mayores, pausando todos á una y llevando el compás con los piés, ya á compás mayor, ya á compases, según sentían lo que cantaban, al són de unos flautas y fotutos tan melancólicos y tristes que más parecía música del infierno que cosa de este mundo; tenían en medio las múcuras de chicha, de donde iban esforzando á los que cantaban otras indias que estaban del corro dentro, que no se descuidaban en darles á beber. Duraba esto hasta que caían embriagados y tan incitados á la lujuria con el calor del vino, que cada mujer y hombre se juntaba con el primero ó primera que se encontraba, porque para esto había general licencia en estas fiestas, aun con las mujeres de los Caciques y nobles.

2.º Todo este vino se hacía de maíz, de suerte que de él usaban para su comida y bebida, de que eran en extremo viciosos; nunca usaron de fierro ni lo conocieron con haber infinito en sus tierras, en especial en la del Cacique Guatavita; tampoco conocieron el cobre, de que hay harta abundancia en los términos de Vélez y Colimas; plomo y estaño no llegó á su noticia con haber infinitos en muchas partes, labraban la tierra con palas de madera, usaban de cuchillos de piedra, tenían sus bosques y pesquerías, cada lugar propio en las borracheras, fiestas y en otras juntas; tenían sus distribuciones de asientos más ó menos honra-

dos según la antigüedad, nobleza de sangre y linajes, si bien todos se sentaban en el suelo, de suerte que si alguno usurpaba el lugar de otro, el dueño de él, cuando venía, lo cogía de la oreja y con palabras afrentosas lo quitaba.

No desamparaban sus enfermos, como lo hacían otras naciones, cuando estaban en el artículo de la muerte, pues antes se juntaban muchos á verle morir, hasta que había espirado; tenían por dichoso al que moría de algún rayo ó por otro accidente ó muerte repentina, porque había pasado sin dolores esta vida; tenían por ley irrefragable que cuando moría la principal mujer del Cacique, temían que era la que mandaba y gobernaba la casa, podía dejar mandado á su marido no se juntase con otra ninguna mujer aunque fuese de las otras que le quedaban, por el tiempo que ella le ordenase como no pase de cinco años, porque á esto lo limitaba la ley, aunque el marido en estos últimos pasos de la vida, poniéndole delante el regalo y buenos tratamientos que le había hecho en el discurso del tiempo maridable, acrecentando á esto grandes ruegos, alcanzaba de ella le acortase el tiempo y plazo de la continencia, lo más que pudiese. Eran varios los modos con que enterraban los difuntos, porque á los Reyes y Caciques de ordinario le sacaban las tripas y intestinos en muriendo, y con una resina que llamaban mocoba, que se hacía de unos higuillos de leche pegajosa y otras cosas con que las mezclaban, embalsamaban los cuerpos y después de llorados en sus casas seis días, los enterraban en unas bóvedas ó cuevas que tenían ya hechas para eso, envolviéndolos en mantas finas, poniéndoles á la redonda muchos bollos de su maíz y múcuras de su chicha, sus armas, que eran las que muchas veces hemos dicho, y en la mano un pedazo ó tiradera hecha de oro, á devoción de la que arrojó el Dios Bochica desde el arco del cielo cuando hizo con ella paso á las aguas de este valle, como dijimos.

3.º En los ojos, narices, orejas, boca y ombligo les ponían algunas esmeraldas y tejos de oro, según el caudal de cada uno, y al cuello chagualas de lo mismo; encerrábanse en la misma bóveda con él las mujeres y esclavos que más le querían, porque ésta era la mayor demostración y fineza de amor que había entre ellos, pero dábanle primero á los vivos un zumo de cierta yerba, con que privados de sentidos no conocían la gravedad del hecho á que se ponían; si bien, después de vuelto en sí, morirían desesperados, como lo declaró una india de éstas que sacaron los españoles otro día de como la habían enterrado á usanza de ellos en el pueblo de Checa, en el valle de Ubaque, que por haber tenido aviso del entierro, abrieron el sepulcro y la sacaron ya medio muerta y descalabrada de los golpes que le daban en la bóveda con la desesperación. Daban á entender con este modo de entierros, creer que había otra vida, aunque necesitaba de comer y beber, y servicio de criados, como dejamos dicho.

A los Reyes Bogotaes, demás de lo dicho, metían el cuerpo en un tronco

de palma con cabo, según la estatura de cada uno, forrado de dentro y fuera de gruesas planchas de oro fino, cubiertas con otra de lo mismo, de donde tomó fuerzas la fama para decir que los Bogotaes se enterraban en ataudes de oro, como lo dice Gomara tratando de las cosas de este Reino, aunque no con la certeza que ellas tienen; otros secaban los cuerpos de sus difuntos á fuego manso en barbacoas, y en otras las ponían dentro de buhíos que tenían dedicados como para entierros; á otros enterraban sólo envueltos en una manta en los campos, sobre cuya sepultura plantaban un árbol para deslumbrar el sitio, porque no sucediese desenterrarlos, como se solía hacer para sacarles el oro y esmeraldas con que siempre los enterraban, de manera que sus hijos y mujeres, si las dejan, sólo sucedían en los bienes raíces, porque los muebles y tesoros entraban con ellos en los sepulcros. De una de estas sepulturas que se hallaron en los cerrillos que llaman de Cáqueza, en el valle de Ubaque, que era de un Cacique, se sacaron más de veinticuatro mil pesos de buen oro, por diligencia del Obispo D. Fr. Juan de los Barrios. La gente más honrada lloraba sus difuntos otros seis días después de enterrados, y aun les hacían por algunos tiempos sus aniversarios, convidando para éstos sus deudos y parientes, que juntos lloraban al difunto al són de unos tristes instrumentos y voces que cantaban en endechas los grandes hechos del difunto, alegrábanse al último con su vino y mascar hayo, que son unas hojas de una mata semejantes á las del lentisco, que dicen les da fuerza mascándolas. De que entre los demás abusos ha introducido el demonio, se apliquen los españoles á las costumbres de los indios, ha sido una el mascar hayo, en especial entre mujeres flacas, cosa abominable y escandalosa, y que no deja de estorbar para la conversión de los indios. La gente ordinaria convidaba para estos llantos, y con bollos de maíz que daban al fin de ellos á los convidados, quedaban acabadas las exequias.

CAPÍTULO XI

CONTENIDO: 1.º Origen de los indios de Sogamoso—2.º Fábula que cuentan los indios de Tunja acerca de su primer Cacique—3.º Hállanse rastros de que un predicador entró en el valle de Sogamoso, á quien salieron á recibir los Caciques—4.º Otros rastros de más de lo dicho, que se hallan de habérseles predicado verdades á los indios de Tunja.

AUNQUE son tan unas estas dos grandes provincias de los moscas Bogotá y Tunja, en temples, disposiciones de tierra, trajes y vestidos, siempre han sido desconformes en todo lo demás, por haberlo estado siempre en las voluntades, y así nos obliga la historia á decir de esta provincia de Tunja y del gran valle de Sogamoso que se comprende en ella, algo de lo que varían de esta de Bogotá, en lo que han dicho los capítulos pasados. Ya pienso tocamos en otra parte que la ciudad y provincia de Tunja se llamó así por los españoles, corrompiendo el vocablo Hunza, que es su propio nombre, tomado del primer Cacique dicen hubo en ella, llamado Hunzahua, de quien sólo se había perdido el Hua. El gran valle de Sogamoso corrió la misma fortuna en este nombre, pues llamándose el Cacique que hallaron en él los españoles Suamos, por no acertarlo á pronunciar, lo llamaron el valle de Sogamoso, con que se ha quedado.

Entre las mismas nieblinas que los demás de estas tierras andaban los Tunjas acerca de sus primeros principios, pues los ponen en decir que cuando amaneció, ya había cielos y tierra, y todo lo demás de ellos y de ella, fuera del sol y la luna, y que así todo estaba en oscuridades, en las cuales no había más personas que el Cacique de Sogamoso y el de Ramiriquí ó Tunja (porque en estos dos pueblos nunca hubo más de un Cacique ó señor, y fué el que lo era de toda la provincia). Estos dos Caciques dicen que hicieron todas las personas: á los hombres de tierra amarilla y á las mujeres de una yerba alta que tiene el tronco hueco. Estaban todavía las tierras en tinieblas, y para darles luz mandó el Cacique de Sogamoso al Ramiriquí, que era su sobrino, se subiese al cielo y alumbrase al mundo hecho sol como lo hizo, pero viendo no era bastante para alumbrar la noche, subióse el mismo Sogamoso al cielo y hízose luna, con que quedó la noche clara, y los indios obligados á adorar á entrambos, como lo hacían con otros muchos ídolos, que según su imaginación y persuasión del demonio levantaban cada día. Esto, según su cuenta, sucedió por el mes de Diciembre, y así en recuerdo y memoria de este suceso, hacían los indios de esta provincia, en especial los Sogamosos, en este mes, una fiesta que llamaban huan, en la cual, después de juntos, salían doce, vestidos todos de colorado, con guirnaldas y

chasines que cada una de ellas remataba en una cruz, y hacia la frente llevaba un pájaro pequeño. En medio de estos doce de librea estaba otro que la tenía azul, y todos éstos juntos cantaban en su lengua cómo todos ellos eran mortales y se habían do convertir los cuerpos en ceniza, sin saber el fin que habían de tener sus almas: decían esto con palabras tan sentidas que hacían mover á lágrimas y llantos los oyentes con la memoria de la muerte, y así era ley que para consolarlos en esta aflicción, había de convidar á todos el Cacique y alegrarlos con mucho vino, con que salían de la casa de la tristeza y se entraban del todo en la de la alegría y olvido de la muerte.

2.° Después de subidos los dos Caciques al cielo, y convertidos en lo que hemos dicho, el primero que dicen hubo en Tunja y Ramiriquí se llamaba Hunzahua, que permaneció siempre puesto á la provincia, y el de Ramiriquí de menos estimación. Este Hunza se enamoró de una hermana que tenía, de buen parecer, y no pudiendo conseguir sus sensuales intentos, por la vigilancia con que la guardaba la madre, dió traza de hacer viaje á la provincia de los Chipataes, á comprar algodón de que aquella provincia ha sido abundantísima, con intentos de que lo acompañara su hermana para cumplir con ella los que traía de su afición, como sucedió, pues dándole licencia la madre para que fuera con él, á pocos días de como volvieron, echó de ver la madre el mal recado, viéndola que le crecía el vientre y pechos, con que encendida en cólera cuando lo adivinó, tomó la ana, que es el palo con que se menea la chicha cuando se quiere (porque la estaban haciendo en esta sazón) y remetiendo con la moza para darle con él, para ampararse del golpe se puso detrás de la gacha donde se hacía, que no le fué de poco provecho, pues le descargó sobre ella la ira de a madre, quedando la masa y la chicha derramada y la gacha quebrada, en memoria de lo cual se abrió la tierra y recibiendo la chicha, quedó hecho un pozo de ella, aunque convertida en agua, que ahora llaman el pozo de Donato por lo que dejamos dicho. Corrióse el Hunzahua tanto de que hubiese su madre acometido delante de él á su hermana con tantos bríos, que con enfado dejó su casa, y subiéndose á la loma que estaba sobre el pueblo, y ahora sobre la ciudad á la parte del Oeste, echó mil maldiciones á aquel valle, con que quedó estéril y de tan mal país como ahora lo es, pues es uno de los malos que hay en las Indias: desabrido por los muchos vientos fuertes que lo combaten, esterilísima la tierra y desacomodada en todo para la vida humana; llamó desde allí á su hermana con una tata, que es trompeta de palo, la cual tuvo por mejor dejar á su madre y casa por huír de su cólera, que estar sujeta á mil desgracias que le podían suceder con ella, y así viniéndose con su hermano, determinaron ambos dejar del todo aquella tierra y no sabiendo por dónde mejor guiarse, arrojó el Cacique una tiradera al aire, y ella rechinando y sonando con un cascabel que

llevaba, los fué guiando hasta Susa, delanchero donde le dieron á la señora los dolores del parto, y pariendo un niño, y no atreviéndose á llevarlo, lo dejaron convertido en piedra en una cueva, donde hoy dicen está, y libres ya de esto, pasaron adelante con la misma guía de flecha y llegando por estas tierras de Bogotá, cerca del pueblo de Ciénega, por bajo del Salto de Tequendama, al pasar el río les pareció ser mucho el cansancio y camino que traían, y que hallándose en tierra ajena habían de ser mayores, determinaron convertirse en dos piedras, que hoy están en la mitad del río. De este Cacique y hecho que cuentan con su hermana, dicen tomaron atrevimiento para andar ellos con las suyas y casarse con ellas como lo hacían.

3.º No es menor la noticia que tienen los de esta provincia, en especial los Sogamosos, de aquel predicador que dijimos había pasado por estas tierras, que la que tuvieron estos Bogotaes, y así dicen que en tiempo de un Cacique de aquel valle, llamado Nompanen, habrá cuatro edades, que las nombran por este vocable Bxogonoa, vino un hombre del mismo talle y vestido que le pintamos tratando de él en estas tierras del Bogotá, que les predicó y enseñó muchas cosas buenas, de que aún han quedado algunos rastros; son tan ciegos que casi no se conocen; traía en la cabeza y brazos hecha la señal de la cruz, y en la mistura rematada una macana que traía por bordón en la mano; llamábanle con tres nombres: el uno Sadigua soñado, que quiere decir nuestro pariente y padre Sugumonxe santo, que se hace invisible, y Sugunsua, que quiere decir hombre que se desaparece. Al primer pueblo que llegó en este valle fué al de Ganza, en un sitio que llaman Toyú, donde estuvo tres días en una cueva, en los cuales le fueron á visitar el Cacique de Ganza, que ahora se dice Gámeza, el de Bubanza, Socha, Tasco, Tópaga, Monguí, Tutasá, Mongua, Pesca, Yaconí, Bombaza, Tota, Guaquirá, Sátiva, todos por el orden dicho, y como fueron llegando, fueron ganando la antigüedad y grandeza que hoy tienen y conservan, entre ellos por la de Sogamoso superior á las dichas, no salió de su casa á verlo hasta que él entró más dentro del valle y llegó á un puesto que llaman Otga, á donde salió el Cacique Nompanen con toda su gente, y hablándole con grande acatamiento el predicador, comenzó su oficio y darles á entender que había un Dios en el cielo que premiaba á los buenos, y tenía en el infierno castigo para los malos, lo que conocen hoy bien los indios por tradición desde estos tiempos; si bien respetan y obedecen ofreciendo sacrificios al demonio, aunque conocen ser su enemigo, y aconsejarles cosas contra la razón, á quien dicen los chontales le ayudan los ladinos, exhortándolos que no dejen las costumbres de sus antepasados, aunque hagan también lo que les aconsejan los españoles, donde se ve cuán pernicioso es andar estos ladinos entre ellos.

4.º Diós el también á entender que las almas eran inmortales y que

iban á recibir premio ó pena según habían vivido en esta vida cuando salían de los cuerpos, los cuales habían de resucitar y tener otra vida, aunque entendían habían de tener necesidad en ella de comidas como en ésta, y á esto atinaba el ponérselas en sus sepulcros: éstas y otras muchas cosas en orden á los artículos de la fé y preceptos divinos, hallamos rastros fué declarando este predicador por todos los pueblos que pasaba, de lo cual unos se fueron acordando y conservando unas cosas y otras, que no ha sido poco después de tántos años y comunicación tan larga y ordinaria que con ellos tenía el demonio: no se les acabaron de desarraigar estas leyes, sino que se han conservado algunas para que por ellas se haya facilitado más el crecimiento que han tenido con la predicación del Evangelio que amaneció entre ellos con la venida de los españoles, los cuales, entre otras sentencias y rastros que hallaron de esto en esta provincia, fué una estatua de un ídolo en el pueblo de Boyacá, con tres cabezas humanas en un cuerpo, que declaraban los indios tenerle figurado así porque representaba una cosa que eran tres personas con un corazón y una voluntad, como se lo había dicho á sus mayores el Sugunsua que pasó por esas tierras.

CAPÍTULO XII

CONTENIDO: 1.º Desparece el predicador del pueblo de Iza después de dejar enseñados en buenas costumbres á los indios del valle y Tunja—2.º Hace el Cacique de Sogamoso con grandes penas se guarden las buenas costumbres que les enseñó el predicador—3.º Modos con que el Sogamoso se hizo temer, y famoso en sus tierras y las convecinas—4.º Modo que se tiene en la sucesión del Cacique de Sogamoso, y caso que sucede acerca de esto.

PROPONIENDO con veras el Cacique Sogamoso Nompanen guardar y hacer que sus vasallos guardasen las cosas que el predicador amonestaba, le pidió consejo para las penas con que obligaría á su gente para la guarda de estos mandamientos, á quien respondió el predicador se habían de guardar voluntariamente y con buen corazón y no con rigores de este mundo, pues en el otro estaban aparejados premios y penas para los que los guardasen ó quebrantasen; enseñóles también á hilar algodón y tejer mantas, y otras cosas de vida política, como á los del Bogotá en el tiempo que estuvo con ellos, que no fué poco, después del cual llegó al pueblo de Iza, y habiéndoles predicado y enseñado lo mismo, desde allí se despareció, que nunca más lo vieron, dejando allí en una piedra estampado un pié de los suyos, en que tienen hoy tanta

devoción los indios y indias preñadas, que van á raspar de aquella piedra y la beben en agua para tener buen parto.

2.º Luégo que se desapareció el predicador, pasó el Nompanen muy adelante en sus intentos en la observancia de lo que le había enseñado, tomándola con tantas veras, que conociendo su gente no lo había de guardar sin penas, las puso á quien quebrantase lo que les había amonestado, estableciendo por ley que á quien cogiesen en mentira, hurto, matase ó quitase la mujer ajena; al que matase muriese, y en lo demás por la primera vez, fuese bien castigado con azotes, por la segunda, con infamia, por la tercera, él y toda su parentela; lo cual se guardaba tan inviolablemente, que dicen ahora aquellos indios haber aprendido de los españoles á mentir y hurtar, porque hasta entonces no sabían qué cosa era esto, en que han salido bien enseñados. Heredó el estado, por muerte de este Cacique, una hermana suya llamada Bumanguay, que le heredó también el celo en la observancia de estas leyes, pues las hizo guardar hasta que enamorándose de un indio de Firavitova con quien se casó y dejó en su lugar cuando murió, se fué cayendo este rigor y observancia por haber establecido este Cacique que la pena que tenía puesta acerca de ella el Nompanen se conmutase en oro y mantas, con que juntó mucho de éste á costa de las buenas costumbres que hasta allí se habían guardado.

3.º La afición con que quedaron á este predicador los naturales de estas tierras del Bogotá, les hizo acudir á él cuando estaba en las del Sogamoso, á pedirle remedio en una gran necesidad que sobrevino del agua, la cual se remedió á tiempo que pudieron decir los Bogotaes había venido el remedio por la mano del predicador, con que cobró entre ellos mayor reputación, y del Cacique de Sogamoso mayor brío en lo que intentó luégo que se desapareció de su pueblo y valle, pues dió en publicar le había dejado cuando se partió por heredero de toda su santidad, y que así tenía la misma facultad para hacer llover cuando quisiese, como el otro lo hacía, enviar heladas, escarchas, fríos, calores, secas, enfermedades, como él quisiese; esto fué cobrando poco á poco tanta opinión, que la vino á tener no sólo en ambas estas provincias de los Moscas, sino en muchas convecinas, de donde frecuentaba aquel pueblo y su templo, que era tan grandioso como tenemos dicho, teniendo todos ellos hasta hoy por muy averiguado ser aquel territorio tierra santa y de su veneración, con mayor religión los ídolos que se hacían dentro de aquel valle y serlo también el Cacique, pues de su mano y poder venían los buenos y malos temporales, la salud y enfermedades; traíalos con esto abobados, y de todas partes grandes y ricas ofrendas, según eran las necesidades de salud y buenos tiempos porque lo venían á rogar, con que él se hacía rico y estimado, y su tierra y templo frecuentado y famoso en muchas naciones; para conservar esta opinión, usaba á veces

de mil embustes y embelesos, pues fingiendo que se enojaba con la gente de las provincias, les hacía grandes fieros y amenazas de muertes, pestilencias y otras plagas, y subiéndose á un monte que para esto tenía señalado, con algunos nobles que le seguían cuando quería dar á entender que había de venir enfermedad de cámaras de sangre, se vestía de mantas coloradas y tomando bijao ó almagre molido, lo esparcía por el aire; otras veces, cuando amenazaba de viruelas, se subía al mismo sitio, vestido de mantas viejas, y rascándose el cuerpo, lo que sacaba entre las uñas esparcía por los vientos, como que daba potestad con aquéllos á que la enfermedad cayese sobre todos en el mismo lugar; se vestía otras veces de blanco, y esparciendo ceniza por el aire, daba á entender había de ser aquello causa de secas y hielos, con que se habían de destruír las raíces y las demás comidas.

Daba más fuerza á estos embaucamientos, mostrándose melancólico y desabrido muchas veces á los que le venían á hablar, pero quien mayor la daba era el demonio, pues permitiéndolo Dios por los pecados y idolatrías de los indios, algunas veces sucedía lo que amenazaba el Cacique, alterando por ventura ó inficionando el demonio el aire, que hasta en esto bien tiene poder con permisión divina, con que venían enfermedades y demás plagas, y sobre los indios reverencia y temores á estos castigos, aunque no falta quien diga haber tenido esto principio en un Cacique de buen entendimiento y discurso, que habiendo con él gastado muchos días en las obscuridades del sol, luna, estrellas y nubes, aves y animales, vino por experiencia y conjeturas á sacar estos sucesos antes que vinieran, como lo hace la buena y acertada astrología, ó por ventura por ser el Cacique Iducansas, en quien dicen comenzó este grande hechicero, y por pactos que tenía con el demonio, con quien de ordinario hablaba, vino á alcanzar estas revoluciones y mundanzas de tiempos como de un maestro que alcanza esto y mucho más en filosofía.

4.º Esta estimación que por esta razón hacía toda la tierra del Sogamoso, fué causa que la hiciese muy grande en la sucesión de este Cacicazgo, y así aunque antes que se introdujera esta fama lo heredaban los sobrinos como en los demás pueblos, después se vino á introducir fuese la sucesión por elecciones hechas una vez del pueblo de Tobasa y otra del de Firabitova alternativamente, y de ninguna manera pudiese ser de otros pueblos, ni de uno de estos dos Caciques consecutivos, ni lo consentían los cuatro electores, que eran los Caciques de Busbansa, Gámeza, Toca y Pesca, y en casos de discordia entraba el voto de Tundama ó Duitama; por conservar esta costumbre hubo una revuelta en todo el valle, pocos años antes que entraran en él los españoles, habiendo querido con favor de tres valientes hermanos suyos, un caballero de Firavitova introducirse en este Cacicazgo, no siendo la vez de la elección de

aquel pueblo, por haber sido el antecesor, sino del de Tobasía; era éste un valeroso mozo Bermejo y de barba larga, dos cosas bien peregrinas para estas tierras; viendo los Tobasías que lo era también el hecho y de atrevimiento nunca oído, fueron con la queja á los electores, que determinaron luégo con fuerza de guerra desposeer al Bermejo del Estado, no sólo porque había quebrantado las leyes de la sucesión, sino también porque había hecho justicia públicamente del Gámeza por haberle negado el voto y voluntad que le pedía para ser electo como los demás.

Juntaron los electores sus gentes y armas, á que acudió también el Tundama con la suya, y juntos embistieron con el Bermejo, y los que le seguían en Sogamoso, donde se defendió tan valerosamente, que se echó de ver ser aventajados sus bríos sobre todos los de sus enemigos, á quien sin duda venciera y saliera con sus intentos, si los electores no mandaran pregonar con penas de la vida que ninguno de los de Sogamoso peleara en defensa del Bermejo, por cuanto era tirano, intruso en el oficio; pues por las leyes de sus mayores no le venía á él sino al que eligiera el Tobasía: fueron tan eficaces estas palabras de los electores, que al punto se pasaron á su banda los de Sogamoso, dejando desamparado al Bermejo con solos sus hermanos y algunos pocos que le siguieron, los cuales hicieron rostro á todo el ejército de los demás, con tantos bríos, que se echaron de ver los muchos que tenía su Capitán Bermejo, el cual los perdió, y la vida haciendo demostraciones con sus valentías de su hidalga sangre, como también lo hicieron sus hermanos, recobrando su cuerpo de entre los enemigos, que lo tenían para ponerlo hecho cuartos en cuatro palos, en castigo de su atrevimiento, como él lo había hecho con el Gámeza, y para ejemplo de los demás y reparo de lo que en el mismo caso pudiera suceder adelante.

CAPÍTULO XIII

CONTENIDO : 1.° Caso notable que sucede con unos españoles que van á sacar un santuario—2.° Embuste del demonio con que se dió principio al gobierno que tuvo sobre los indios de Tunja.

SOSEGÁRONSE con esta muerte los alborotos, y volviéndose á reducir las elecciones á su camino antiguo, la hicieron de uno de Tobasa, de donde había de ser por las suertes alternativas llamado Nompasum, que quiere decir vasija de león en aquella lengua, por cuya muerte sucedió el Suamos, que es lo mismo que el encubierto, aunque no lo fué mucho á los españoles, pues fácilmente dieron con él luégo que entraron en esta provincia de Tunja, como dejamos dicho, y que éste era á quien hallaron los españoles, y después bautizaron llamándolo Don Alonso, cuyo trato fué siempre tal que dió con él á entender la nobleza de sangre, en especial por la generosa mano con que á las necesidades de todos acudía de mucho oro y riquezas que le habían quedado cuando entraron en su pueblo los españoles, de quien lo pudo esconder y poner en seguro, por haber tenido noticia de ellos mucho antes que llegaron.

No será fuera de propósito, aunque algo antepuesto, decir aquí lo que sucedió á un español llamado Badillo, por oficio empedrador, vecino de la ciudad de Tunja, el cual viéndose en necesidad de oro, lo comunicó con una india vieja que le servía en casa, rogándole se lo remediara, dándole, si sabía, noticia de algún santuario para que lo sacase ; la vieja, condoliéndose del amo, le aseguró le mostraría en uno grandes riquezas, con que el amo codicioso dispuso el viaje para irlo á sacar, comunicándolo con dos ó tres amigos, y entre ellos un clérigo de misa, para que le ayudara. Dispuesto ya todo, llevando la india por guía, salieron de la ciudad de Tunja y llegaron á los altos de las espaldas del pueblo de Isa, en este valle, y trastornando quebradas, sierras y montes, desde el alto del uno mostró la india el paraje donde habían de hallar lo que buscaban, no siéndole posible hacerla pasar de allí por miedo que decía tenía de morirse si llegaba más cerca del santuario; dejáronla con esto volverse al pueblo, y pasando ellos adelante, en el paraje que les señaló, entre la obscuridad y maleza de unos árboles y breñas, hallaron un buhío donde entraron con el secreto posible, y hallaron un viejo seco, al parecer de más de cien años, con cuatro ó cinco muchachos de hasta diez, que les iba enseñando el oficio y ceremonias de Jeques ; pareció turbarse el viejo con la gente nueva, pero volviendo luégo en sí, les preguntó qué buscaban, y respondiendo que el santuario y el oro que tenía, sosegóse el anciano y díjoles : si no son otros vuestros intentos y deseos, yo os los

cumpliré no aquí sino en otra parte, donde le tengo, para donde podemos ir cuando quisiéredes. No fué poco el gusto que tuvieron con esto, considerándose ya señores de tanto oro, que eran pocos los que iban para cargarlo. Comenzaron su viaje por donde el viejo los guiaba, que eran unos caminos tan dificultosos, que lo eran mucho aun para mozos sueltos y de buenos alientos; y así la guía mostrando pocos y no poder andar por las malezas que los guiaba, decía que lo cargasen á cuestas si querían tener oro; los cuales no reparando lo primero por conseguir lo segundo, lo llevaban á veces cargado por mil dificultades, con inmensos trabajos y sudores, de manera que ya rendidos del trabajo y carga del viejo, después de haber tomado el alto de una dificultosa cuesta, se sentaron á descansar. Habíase prevenido el clérigo de llevar agua bendita en un jarrillo para lo que sucediera, por ser como tan de ordinario los santuarios cosas del demonio; ya que hubieron alentádose algo para bajar otra valiente cuesta, tomó el clérigo unas yerbas de las que estaban junto á sí y diciendo: quiero echarle agua bendita á este viejo para que tengan buen corazón en darnos mucho oro, mojó las yerbas en el agua bendita y rociándolo, cosa maravillosa, al punto cayó el cuerpo del viejo en el suelo y comenzó á rodar la cuesta abajo como si fuera un madero seco, de que quedaron admirados los españoles, y volviéndolo á mirar, echaron de ver había muchos años que era muerto, según estaba seco y que lo había poseído el demonio por instrumento, en quien hablaba y hacía las demás acciones del hombre que vieron y también consideraron la burla que les había hecho el demonio, y así causados y corridos de ella, volviéronse á la ciudad, donde no se atrevían á contarlo.

2.º Luégo que el predicador se ausentó de la provincia de Tunja y Sogamoso, comenzó el demonio á dar contrarias doctrinas, y entre ellas quiso deshacer lo que el otro les había predicado acerca de la encarnación, diciéndoles que aún no estaba hecha, pero que la había de hacer el sol, tomando carne humana en una doncella de las del pueblo de Guachetá, y que había de parir lo que concibiera de los rayos del sol, quedando virgen. Sonó por la provincia esta nueva, y teniendo dos hijas doncellas el Cacique del pueblo dicho, deseosas ambas de que sucediese en ellas el milagro, todos los días á la alborada se salían del cercado y casa de sus padres, y subiéndose á un cerro de los muchos que tiene el pueblo á la parte del salir el sol, se recostaban de manera que les pudiese herir con los primeros rayos, y continuando esto por algunos días, fué disponiendo el demonio, por permisión divina, cuyos juicios son incomprensibles, las cosas para salir con sus intentos, de manera que en pocos días que las doncellas hicieron esto, la una fué apareciendo como preñada, que ella decía del sol, y al cabo de los nueve meses parió una Guacata, que es en su lengua una piedra de esmeralda grande y rica; tomóla la mujer y envolviéndola en unos algo-

dones, púsosela entre los pechos, donde la trajo algunos días y al fin de ellos se halló convertida en criatura, por orden todo del demonio; á éste llamaron Goranchacha, y lo criaron en la misma casa del Cacique, con título de hijo del sol, hasta que ya fué de más de veinticuatro años, cuando ya por toda la provincia se sabía de su nacimiento y crianza, y lo tenían por hijo de él; parecióle al mozo que se estimaba por hijo de tal padre no estar ya en una aldea como era Guachetá, sino irse á la corte de Ramiriquí y verlo á él y sus grandezas de ella, y poniendo en efecto sus intentos y camino ya la última jornada de él, sabiendo de su venida, el Ramiriquí le salió á recibirlo, hospedó y regaló en su casa por algunos días como á hijo del sol, dióle después gana de verse con el Sogamoso, por la fama que éste divulgaba del que era, como acá decimos ir á ver á Roma y al Sumo Pontífice, á quien recibió el Sogamoso con grande aplauso, como á hijo del tal padre, y hizo grandes fiestas y presentes, á que no faltó retorno de parte del Goranchacha de los que le había hecho el Ramiriquí. Estúvose allí algunos días, entreteniéndose en regocijos y fiestas de Baco, y tratando de volver á la Corte, encontró en el camino, cerca de las peñas de Paipa, un indio de los que él había traído y dejado en Ramiriquí, que le contó cómo el Cacique había ahorcado á un muchacho que servía de paje al Gran Chacha y lo había dejado en la Corte cuando fué á Sogamoso. Encendióle en cólera la nueva, de manera que entrando en Ramiriquí con ella, mató al Cacique, y se hizo obedecer por señor de toda la provincia, sin que en esto hallara mucha dificultad, por lo mucho que estimaban todos su persona y ser hijo de su padre, á quien ellos adoraban por Dios. Vínose luégo á Tunja desde Ramiriquí, donde sentó su casa y Corte, señalando los criados que le parecieron más á propósito, y entre ellos al Pregonero, que era un indio con una gran cola, que ninguno supo de dónde vino, pero era el más estimado de todos los criados que tenía; no sólo por ser ambos de una patria y cavernas infernales, sino porque este oficio de pregonero ha sido siempre tan estimado entre los moscas, que los que lo ejercitaban eran la segunda persona del pueblo en sangre, nobleza y estimación de todos.

CAPÍTULO XIV

CONTENIDO: 1.º En algunas partes ha habido demonios por Caciques—2.º Cruel gobierno de Goranchacha—3.º Quiere hacerle casa al sol y desaparece y el pregonero se convierte en humo—4.º Eligen en lugar al que hallaron los españoles—5.º Modo de enterrar á sus muertos y uso de la Santa Cruz.

NO ha habido cosa nueva en algunas de estas tierras haber tenido demonios por sus Gobernadores y Caciques, pues como diremos en nuestra tercera parte, fué opinión recibidísima, y sin duda entre los indios del Zenú, que en aquellas tres provincias que están desde el río del Darién hasta el del Cauca, que se llamaron Finzenza, Zenufana y Panzenú, tuvieron por Gobernadores tres demonios, como entienden los naturales de esta Provincia de Tunja. Lo eran estos dos Caciques y Pregonero de quien vamos tratando, sin que podamos dar á esto más salida que encoger los hombros y arquear las cejas en los juicios impenetrables de Dios, que permite esto por lo que él se sabe.

2.º Comenzó á gobernar este gran Chacha con tanto señorío y crueldad para con sus vasallos, que no sólo no se dejaba hablar de todos, ni mirar á la cara, porque ésa era común costumbre de todos los Caciques, pero aun habían de estar delante de él postrados y el rostro pegado al suelo y así le hablaban á los pocos que él daba licencia. El rigor que tenía en los castigos, aun por cosas leves, era tal, que no se atrevían á quebrantar sus mandamientos, aunque fuesen con riesgo de la vida; los azotes que mandaba dar eran tan crueles, que haciéndolos cargar primero sobre las carnes de pencas de tuna, sobre ellas los azotaban fuertemente, ó apaleaban; puso veras en que se guardaran algunos de los mandamientos de la ley de Dios, como no hurtar ni mentir, ni quitar la mujer ajena, para con estas verdades introducir sus mentiras, como fué mandar hiciesen veneración á muchos dioses, pudiesen tener Jogros y que le acudiesen con insufribles tributos, de manera que aun hasta los animales grandes y pequeños, dicen los indios por encarecimiento les hacía que se los pagasen, intentando con esto hacerse poderoso en riquezas para hacerse temer más con ellas, y á quien faltaba en algo de esto, tenía cierto de morir empalado, ó ahorcado en el cerro que hemos dicho está sobre el pueblo, á quien los españoles llamaron de la horca por los muchos que hallaron allí puestos en estos patíbulos.

3.º Cerca de las postreras casas del pueblo, á la parte del Norte, donde ahora llaman las cuadras de Porras, hizo edificar un templo á su padre el Sol, donde lo hacía venerar con frecuentes sacrificios, y él hacía sus estaciones en ciertos días del año, con tanta prosopopeya y majestad, que juntándose todos los indios, y puestos como en procesión para acompañarle, y tendiéndole por el

suelo en todo el camino mantas finas y pintadas, comenzaban á caminar desde sus palacios, que eran donde ahora está fundado el convento de San Agustín, con tanto espacio y flema, que no habiendo de una parte á otra más que hasta tres tiros de escopeta, gastaba tres días enteros en el viaje, otros tres estaba solo en el oratorio y capilla del templo, y en otros tantos volvía á sus reales casas. Quiso sublimar la fábrica de este templo en honra de su padre, y poniéndolo en efecto, mandó que le trajesen de diversas partes gruesos y valientes mármoles; llegaron al sitio con tres de ellos, como hoy se ven, aunque dicen nunca vieron la cara á los que los traían, por llegar con ellos de noche, de donde coligen eran también demonios los oficiales; otros dos se ven en el camino de Ramiriquí, y otros dos en Moniquirá, que no llegaron al sitio, como ni la fábrica á ponerse en ejecución, porque cuando ya estaba en estado de eso, era en tiempo en que ya los españoles estaban poblados en Santa Marta, y así conjeturando el Goranchacha, que también llegarían á descubrir y conquistar aquella tierra, hizo un día juntar toda su gente, y por su pregonero, á quien ponían muchas mantas en rollo dejando en medio, hubo donde entrase la cola que tenía, que era como de león, y se sentase; les hizo una larga plática, en que les adivinó había de venir una gente fuerte y feroz, que los había de maltratar y afligir con sujeciones y trabajos y despidiéndose de ellos, diciendo que se iba por no verlos padecer, y que después de muchos años volvería á verlos, se entró en su cercado y nunca más lo vieron; el Pregonero, por desengañar más del todo, y dar más claras muestras de quien era, delante de todos dió un estallido y se convirtió en humo hediondo, que fué la última despedida.

4.º En lugar de Goranchacha eligieron después por Cacique, por haberse perdido en la sucesión; á uno que llamaban Munchatocha, á quien hallaron los españoles y de quien ya hemos tratado. Otras dos fiestas añadían estos naturales á la que dijimos hacían en el mes de Septiembre, que la celebraban por el de Marzo y Junio, y ésta era la más solemne, porque á los primeros del mes quemaban toda la basura de casa, y aquella ceniza y la demás que había sacaban al campo. Hacían que los muchachos se lavasen antes de amanecer, enviándolos á esto azotados con una mochila de red, y á pocos días había de traer el muchacho algo de presente á quien lo azotó; gastaban en esto los que había hasta cerca de los postreros del mes, y entonces salían los mancebos engalanados, con levantados penachos de plumería, y corrían todos los cerros, dándole el Cacique al más ligero una ó dos mantas; concluíase la fiesta con los Bebrajaes que solían, lo cual hacían porque no hubiese hombres.

5.º Por las enfermedades de que moría cada uno, juzgaban el lugar de trabajo ó descanso que había de tener en la otra vida, porque los que morían de calenturas, dolor de costado, cámaras de sangre, ó en la guerra, ó las muje-

res que morían de parto, les dejaban con esperanzas de que habían ido á descansar al cielo, pero sin ellas que iban al infierno los que morían de otra manera y así se entristecían con la muerte de éstos, y no se ponían mantas nuevas, ni cruces junto á ellos en las sepulturas, como lo hacían con aquéllos. Embarnizándoles la cara con vija, perfumando las sepulturas con trementina, y poniéndoles una cruz al lado derecho, y haciéndoles un pequeño buhío sobre el sepulcro, ya que estaba cerrado, y en lo alto de la otra una cruz; aunque perdida casi del todo la fama por unos hilos de varios colores que le entretejían por todas las cuatro partes y poníanla en tantas porque la tenían por símbolo de alegría, como se lo había dicho su predicador.

CAPÍTULO XV

Contenido: 1.º El Cacique Guatavita y Ubaque, más enemigos que amigos del Bogotá—2.º Trazas del Bogotá para matar al Guatavita—3.º Mata el Bogotá al Guatavita y apodérase de su pueblo y tierras—4.º Hace guerra el Bogotá al Ubaque, sujétalo y á otros tres Caciques rebeldes.

Ya dejamos sentado en otras partes las pocas noticias que tienen estos indios moscas de sus antigüedades y de las muchas que dan de las enemistades antiguas que hubo en las dos principales cabezas de estas dos Provincias de Bogotá y Tunja, porque como eran tiranos en sus tierras, y ser condición de los tales no contentarse con poco, no se quietaban los ánimos de ambos, hasta ver sujeto así el uno al otro con toda su tierra; pero conocíanse más estos bríos en el Bogotá, en especial en el penúltimo que hubo antes que entraran los españoles, llamado Nemequene, que quiere decir hueso de león, porque sólo de éste saben dar noticias; el cual tocado de la ambición que hemos dicho, y deseos de dilatar sus tierras por las del Tunja, le andaba siempre maquinando guerras, aunque muchas de sus trazas no le salían á propósito por tener cerca de su pueblo dos grandes príncipes, sus opuestos, y muy confidentes y amigos del Tunja, á quien nunca el Bogotá pudo por muchos años sujetar del todo: el uno es llamado Guatavita, que quiere decir alto sobre sierra ó remate de sierra, y el otro Ubaque, aunque su propio nombre es Ebaque, que quiere decir sangre de madero. Estos dos solos, por ser tan grandes señores, no sólo no se les sujetaban, pero le hacían resistencia y tener á raya muchas veces en la ejecución de sus intentos para contra ellos y el Tunja, pues le sucedía que si le acometía el Tunja, á espaldas vueltas entraban talando y destruyendo sus tierras y vasallos, con que se le ponía freno en los agravios que intentaba contra el Tunja.

2.° Traía esto desvelado al Bogotá y trabajado su entendimiento buscando trazas de quitar de enmedio estos estorbos, y no le fué en vano este desvelo, pues entre los demás caminos que intentó, le cuadró uno que le salió como deseaba, y fué así: la mayor parte de los guatavitas tenían excelencia sobre los demás indios de la Provincia en fundir y labrar oro, y así andaban derramados por toda ella, pues los había en casi todos los pueblos ganando su vida á eso, sobre lo cual fundó su traza el Bogotá, mandando á los Caciques sus vasallos no consintiesen en sus tierras ningún indio platero guatavita, antes les mandasen se recogiesen á su pueblo, y que si alguno de ellos ó de los de sus pueblos tuvieran necesidad de alguno de ellos, envíase por él, dejando en su lugar otros dos de sus vasallos, para que en tanto que duraba la obra, ó faltaba el platero de su pueblo, hiciesen asistencia sirviendo al Guatavita. Era mucho el trato que había de joyas de oro en estos tiempos, por ser los indios aficionados á engalanarse y adornar á sus difuntos con ellas; fué fácil cumplir la orden del Bogotá, en especial cuando se descubrió el intento, aunque en secreto, y así en poco tiempo tuvo el Guatavita, en trueque de mil plateros sus vasallos y amigos, más de dos mil gandules extraños de su pueblo, y más sus enemigos que amigos: crecíanle con éstos sus rentas y arrogancia, no entendiendo el engaño que le iban armando, y con vanidad decía gloriándose, que le reconocían vasallaje todos los Caciques de la tierra, pues le enviaban sus vasallos que le sirviesen y pagasen tributo, de que presto quedó desengañado, pues siendo los indios que le enviaban los más valientes y guerreros que hallaban los Caciques, y con orden y aviso que cuando lo tuviesen del Bogotá le acometiesen y matasen con todos sus hijos, sobrinos y parientes más cercanos, estaban siempre á la mira, haciéndoseles ciento cada hora que se dilataba el aviso del Bogotá.

3.° El cual acrecentando cautelas á cautelas, advirtió serle estropiezo y inconveniente á estos intentos otro Capitán ó vasallo del Guatavita llamado Guasca, de quien hacía grande confianza para guardar el paso por donde le podía el Bogotá acometer, por tener su pueblo y casa con innumerables copias de indios, poco más de una legua del pueblo de Guatavita á la parte del Bogotá; el cual antes que pusiera en efecto lo que intentaba con los dos mil gandules, procuró allanar este estorbo y estropiezo del Guasca, que no le fué dificultoso, pues por terceras personas en secreto se dejó cohechar, y prometer paso franco al Bogotá para contra el Guatavita, pudiendo más el interés que la fidelidad que le debía, añadiendo á esta maldad la de hallarse también con los Bogotaes cuando le embistieron y mataron, que una noche estando durmiendo el Guatavita y sin sospecha del suceso, por la confianza que tenía en él y en sus vasallos, pero como no vive más el leal de lo que quiere el traidor, al amparo de éste, fácilmente consiguió lo que quiso el Bogotá, sacando de esta vida al Guatavita

y á toda su parentela, quedando ya con un enemigo menos y señor de sus vasallos y tierras, donde puso luégo guarnición de soldados por lo que podía suceder y por Gobernador, á un hermano suyo.

4.º Viendo que le corría en popa la fortuna, antes que se cansara, como dicen, acordó con el mismo ejército venir la vuelta de Ubaque y representándole batalla le cercó su principal pueblo y casas por dos partes, á quien el Ubaque, como hombre poderoso y nada descuidado, resistió con mucho valor por espacio de seis ó siete meses, en que hubo grandes muertes de ambas partes, pero al cabo de ellos, viendo que el Bogotá se reforzaba cada día y minoraba la suya, se le rindió y prometió vasallaje debajo de ciertas condiciones, entre las cuales fué una que tomase por mujeres el Bogotá dos hijas que tenía doncellas, porque le pareció que teniéndole por yerno, se habían de olvidar acedias pasadas y tener quietud él y sus vasallos, y algo más tolerable la sujeción al Bogotá, que vino bien en el concierto, tomando por mujer á la mayor, y dando para lo mismo la otra á su hermano, puesto el presidio que le pareció bastaba para asegurar á Ubaque, y dió con esto la vuelta á su tierra, cargado de victorias y despojos, donde le recibieron con bailes, regocijos y canciones en que cantaba sus hazañas y victorias. Para acabar de tenerlas cumplidas, les restaban por sujetar otros tres valerosos Caciques, rebeldes á su obediencia, no lejos de su principal pueblo; el uno era á quien llaman los españoles comunmente Ubaté, aunque el Ebaté se dice y significa sangre derramada, por la mucha que en otros tiempos derramaron las guerras en aquel mismo sitio, que hoy es el mayor y mejor pueblo que hay en esta Provincia de los moscas; el otro se llamaba Susa, que quiere decir paja blanca, delante de Ubaté, dos ó tres leguas al Norte. Llamábase el postrero Simijaca, que significa nariz ó pico de lechuza, dos leguas más adelante, al mismo paraje. Contra éstos fué con poderoso ejército antes que se le enfriara la mano de los buenos sucesos pasados, y aunque en varios encuentros de guerra le resistieron estos pueblos muchos días, con victorias alternativas de una parte y otra, al fin los vino á vencer y hacer sus tributarios, dejando caudillos y guarniciones en todos de satisfacción sujetos á su hermano y el que gobernaba en Guatavita como su General y Lugar-Teniente en toda aquella tierra.

CAPÍTULO XVI

CONTENIDO : 1.° Intentaba el hermano del Bogotá haber á las manos los tesoros del Ubaque, sobre lo que se trababa gran guerra—2.° De ella le sucede la muerte por mano del Ubaque—3.° Témese éste de la indignación del Bogotá, y envía á disculparse con un gran presente—4.° Va el Ubaque en persona á verse con el Bogotá y vuelve libre á su tierra.

LA codicia que ardía en este Gobernador hermano del Bogotá, le caldeaba el deseo de saber dónde tenían sus tesoros, los que antes de esta guerra publicaba la fama los tenían abundantes, y no faltando entre los muchos que tenía en su ejército quien supiese de todo, no faltó quien le descubriese dónde tenía los suyos el Ubaque. Certificándose los había retirado y puesto en cobro en un fuerte peñol que tenía en su tierra rodeado de una profunda laguna, sin tener más que una estrecha senda por donde entrarle, estimulado de esta codicia, dió luégo en su imaginación, cómo las podría haber á las manos, y con mal fundadas trazas se determinó una noche tomar la vuelta de Ubaque, y caminar á pasos largos hasta que llegó al pueblo de Chiguachí, por donde es forzoso había de pasar para el de Ubaque y Peñol, donde él guiaba sus intentos; pero viendo que los del Chiguachí eran de no dejarle pasar, por tener puestas en él las confianzas y resguardos de sus tierras: el Ubaque le engañó, fingiendo tenía orden de su hermano el Bogotá para visitar de noche los presidios que por allí estaban puestos y saber si había descuido en lo que le tenían ordenado.

Entendiendo el Chiguachí ser así lo que le decía, dejó pasar libre al Gobernador y sus soldados, el cual con ellos entró al Peñol del Ubaque, y cogiendo de sobresalto á las guardas, mató á muchas personas; escapándose otras, fueron á gran prisa y dieron noticia del insulto al Ubaque, que turbado con la nueva, por tocarle tan de lleno en el corazón, saltó como un león de la cama, y hizo tocar alarma, y juntó alguna gente, aunque pareciéndole no ser bastante la que le acudió, se determinó pedir favor al caudillo del Presidio que tenía allí puesto el Bogotá, el cual sospechando que no se habría atrevido el Gobernador á un caso tan grave sin orden de su hermano el Bogotá, no se atrevió á dar socorro al Ubaque, ni enviar favor al Gobernador, y así se estuvo neutral, y con tibieza, la cual como conoció el Ubaque, fué á la defensa con la más gente que pudo hallar á mano, y con bríos de leones, todos cercaron el Peñol y le acometieron, intentando ganarle por la angosta entrada, pues era imposible poderse hacer por otra parte, la cual defendían los de dentro con tanto valor que le resistieron el paso por cinco días, en que hubo porfiadísimos encuentros, como lo pedía

la grandeza del tesoro, y grandes muertes de ambas partes, con que estaba ya la laguna teñida en sangre de los heridos y muertos que se arrojaron á ella.

2.º Viendo el Gobernador que le iba faltando la comida y gente y aumentándose la del Ubaque, determinó salir del Peñol con la suya y venir á las manos con la de su enemigo en campo más abierto; pero antes de esto se resolvió de echar á pique, como lo hizo, en la laguna el tesoro que ya tenía en su poder porque ya que él no lo podía gozar, por saber de cierto se le habían de quitar en saliendo, viendo ser imposible defenderlo por ser tanto como era, tampoco lo gozase su dueño, lo cual hecho así y desocupado de aquella carga, salió con valerosos bríos y embistió con la gente del Ubaque, que se los quitaron presto por ser mucha, despachándolo de esta vida, y muchos de los suyos, huyendo los demás, con que quedó el Ubaque victorioso, aunque sin su gran tesoro, ni esperanzas de haberlo á las manos, por ser tan profundo el lago donde le echaron y donde hoy se está.

3.º Sobresaltáronle luégo sobre esto otros temores al Ubaque, de los sentimientos que había de tener el Nemequene por la muerte de su hermano, á quien por su valor estimaba en mucho, y así como hombre sagaz, trató sin dilación de enviar su disculpa, contándole la verdad del caso, y cómo había sucedido la muerte de su hermano, muy contra su gusto, y el lance forzoso de permitida defensa á la violencia que le hacía en quererle quitar, no sólo su tesoro sino la vida. Despachó con este recado bien industriados mensajeros, y proveídos de joyas de gran precio, con buena cantidad de finas mantas, por ser costumbre entre ellos, como hemos dicho, nunca aparecer sin dones delante del Cacique, para con obras y palabras aplacar los sentimientos que tenía del caso. Llegaron á Bogotá los mensajeros, y habida licencia para hablar al Rey á espaldas vueltas, sentados en el suelo en su presencia, donde también habían puesto e presente, hicieron su embajada, á que estuvo el bárbaro atento con severidad, dando al fin de ella por respuesta que viniese el Ubaque en persona á dar su descargo.

4.º En que no puso dilación luégo que supo la voluntad del Rey, y así disponiendo para llevarle otro rico presente de veinte hermosas doncellas, bien aderezadas con ricas joyas de oro y sartas de cuentas, cien cargas de indios de ricas telas de algodón con muchas y finas esmeraldas, algunos animales de oro fino bien labrados, con otras cosas que ellos tenían de estima, presente al fin de un gran rey, con que llegó á su presencia, sin que quisiese tomar de todo más que dos telas de algodón por ceremonia y usanza suya, diciendo no ser lícito tomar del acusado cosa que turbase la claridad de la justicia y la hiciese torcer. Tratóse luégo del caso, enviando el Bogotá criados de satisfacción, para que se la trajeran del suceso, de que resultó la culpa contra su hermano, y así después de seis

meses que se gastaron en averiguaciones, volvió á su pueblo el Ubaque, libre, honrado y cargado de favores del Bogotá.

CAPÍTULO XVII

CONTENIDO : 1.° Determina el Bogotá hacer guerra al Tunja—2.° Júntanse de la tierra de Bogotá con sus Caciques cincuenta mil combatientes con sus armas—3.° Marcha con su gente el Bogotá hasta darse vista los dos campos en la tierra del Tunja—4.° Embajadas que se envían acerca del darse la batalla el Bogotá y el Tunja.

CRECÍAN por horas en el Bogotá los bríos con los crecimientos que iba teniendo en las victorias y dilataciones de su imperio; y como un buen suceso sea piedra imán de otros, deseaba, fundado en la buena suerte de los sucedidos, y en su gran poder, haber á las manos el de Tunja, y así determinado hacerle una guerra tal que de una acabasen las discordias, consiguiendo él sus intentos para comunicarlos hizo llamar á todos los caciques y gente noble, sus vasallos, que no siendo poderosos en venir á su presencia, estando en ella todos y él sentado en un levantado y rico trono, les habló de esta manera: "Ya, muy amigos, sabéis los acrecentamientos que cada día me van poniendo los dioses en las manos, en ensanchar mi poder, riquezas y términos de mi Imperio, con que es bien procure de mi parte, no sólo conservar lo ganado, pero acrecentarlo con hechos tales, que conozcan nuestros vecinos quién soy yo, y quién mis vasallos, y así querría, pues sois de ellos los que más estimo, me ayudásedes con los bríos que soléis á quitarle los suyos al Quemuinchatocha, con que quedaremos pacíficos en nuestra tierra, gozando nuestras haciendas, y señores de las suyas, teniendo en nuestra obediencia sus gentes, y así conociendo mi gusto, dispondréis luégo las vuéstras para el efecto con todas las armas, comidas y pertrechos de guerra que fueren necesarios, en que no gastaréis más tiempo de una luna, dentro del cual os aguardo aquí bien despachados, en que conoceré la afición que me tenéis y gusto con que me servís. Despachados por la mañana, porque no perdáis tiempo, pues con su serenidad y haberse alzado las aguas, nos convida ayudar nuestros deseos." Mostraron los Caciques ser los mismos los suyos, en el cuidado que á la mañana pusieron en su partida y en el disponer las cosas de la guerra, luégo que llegaron á sus tierras, pues manifestando á sus vasallos la voluntad de su Rey, se dispusieron todos á hacerla, aparejando bastimentos y armas que, como hemos dicho otras veces, eran macanas, dardos, picas, hondas, flechas sin veneno, aunque lo que más usaban eran unas tiraderas ó dardillos de un cierto carrizo, con unas puntas de durísima madera de palma, que tiraban

con acierto y estólicas, todos de golpe flaco, aunque fuesen crecidas las fuerzas del que los tiraba.

2.° No faltaron los Caciques en ser puntuales y venir con toda su gente y muchas mujeres para que los regalaran, haciéndoles las comidas en la jornada en el tiempo que se les señaló, y así se vieron todos juntos en un día, ranchados en los anchos y extendidos prados, á la redonda y aposentos del pueblo de Bogotá: cada Cacique y parcialidad con distintas señas en sus tiendas, que las armaban de mantas, con que se distinguían unos de otros. Alegróse el Nemequene de ver el cuidado y puntualidad con que habían acudido los caciques, y acompañado de ellos y de otros nobles de su Corte, salió á ver la gente de guerra y pasar y hacer nómina de los que había, que fueron cincuenta mil, con bastantes armas y mantenimientos para lo que durase la guerra. Había ya enviado mensajeros al Tunja á darle noticia de ella y de sus intentos, y el Tunja había hecho lo mismo en retorno, manifestándole también los suyos, que eran de no huírle la cara, porque era costumbre en ocasiones de guerra, cuando se había de hacer, enviar mensajeros de una parte á otra; los cuales se estaban en los pueblos de los contrarios, donde los regalaban y estimaban en mucho, todo el tiempo que duraba.

3.° Preparáronse luégo sacrificios de niños, y los Jeques para sacrificarlos y pedir por aquellos medios al sol, y los demás ídolos los buenos sucesos de lo que intentaban. No se descuidó el Tunja en prevenir lo necesario á la resistencia de su enemigo, y en avisar á sus vasallos le acudieran con su gente y pertrechos de guerra; envió también á rogar al Sogamoso le enviase socorro porque el ruído que habían hecho las prevenciones del Bogotá le obligaban á todo. Estábalo el Sogamoso de las buenas correspondencias que siempre había tenido con el Tunja, y así con la brevedad posible le envió doce mil hombres de guerra, y juntos con los demás que tenía prevenidos el Tunja, hicieron más grueso ejército que el de Bogotá, el cual acabados los sacrificios y tenida respuesta por el Jeque del buen suceso y fortuna en la guerra, comenzó luégo la gente á marchar cada cual en su escuadra y parcialidad, aunque tumultosamente y sin concierto, haciendo grandes estragos por las tierras del Tunja, luégo que entraron en ellas, de que llevó la mayor parte Turmequé, como el primero por aquel lado, de que quedó más irritado el Tunja, que ya lo estaba aguardando con su gente, cuando se dieron vista ambos ejércitos en el sitio que ahora llaman el Arroyo de las Vueltas, el cual solamente hacía división de los campos que cubrían los llanos y laderas con la muchedumbre que en ambos había.

4.° Antes de presentarse la batalla envió el Bogotá, con un caballero de su casa, al Tunja, una embajada en que le decía: "Espantado estoy que Minchatocha, que siendo su prudencia tal, que sabes con ella dar á otros consejos, no los tomes para sí, y confiado vanamente de sus bríos los tengas para con los míos,

que tan superiores á los tuyos han sido siempre, y así tendré por cordura que dando de mano á guerras de quien pienso, si la quieres, salir victorioso, te rindas con paz á mi imperio y señorío de donde seguirá quietud á tu persona y vasallos y el buen tratamiento que yo sé hacer á los míos, y pues no perderás nada tu opinión en ser vasallo de una sangre y linaje tan valeroso como es el de los Reyes Bogotaes, no te está mal el consejo antes que vengamos á rompimiento y pérdida de vidas de tanta gente como aquí tenemos, y de lo que determinares, será bien me avises luégo." Alteró la sangre al Tunja la embajada, de manera que si no le reportara la consideración de su grandeza, embistiera sin enviarle respuesta; pero sosegándose, respondió al mensajero que después de tomado consejo en la respuesta, la daría al Bogotá otro día, como lo hizo en amaneciendo, enviándole un criado de su casa y con él á decir: "Gran Nemequene, maravillado estoy de que presumas tanto de tus bríos, y que los míos se han de acortar de manera que yo haga un borrón tan grande, como será para mi sangre y nobleza mostrar flaqueza en esta ocasión, donde no tienes tan en la mano la victoria y fortuna, que no piense yo la tengo más asida y cierta, pues tengo por mayores mis bríos, y por mi parte la razón en la defensa de mis tierras, á donde tú me vienes á buscar; y pues en sangre sabes no te debo nada, hagase muestra de quien cada uno es; librando los sucesos de la guerra en solo los dos, para que no muera tanta gente como tú dices, y el que quedare vencido sirva y sujete al otro con toda su tierra y gente.

CAPÍTULO XVIII

CONTENIDO: 1.° Llegan á rompimientos ambos campos—2.° Cada cual de los dos reyes, traídos en andas de una parte á otra, esfuerzan su gente y queda herido de muerte el Bogotá—3.° Huyó el Bogotá y los suyos de la batalla hasta llegar á su pueblo de Muequetá—4.° A donde muere el quinto día de como llegó, y lo enterraron los Jeques á su modo—5.° Sucédelo un deudo suyo á que no le venía de derecho.

QUEDÓ corrido el Nemequene de la respuesta del Tunja, por parecerle sobrado atrevimiento desafiarle de persona á persona, considerando la desigualdad que había entre los dos; pero con todo eso se determinó á admitir el desafío, y saliera á él, si no lo impidieran los Bsaques, poniendo por delante mil razones tan eficaces, que la menor bastaba para desistir de los intentos, y no era la menor el representarle la poca igualdad que había entre él, que era un gran príncipe, señor de tantos Reinos y provincias, y un cacique como lo era el Tunja, á quien ya podían tener por un vasallo, según la confianza con

que estaban de ganar la victoria, y sería temeridad dejar por lo dudoso lo cierto, porque aunque eran conocidas las ventajas que él le hacía al Cacique en bríos, ánimo y destreza, no era bueno colgar de un hilo, ni aventurar cosa de tanta importancia en lo que la fortuna pudiera suceder, rodara contra el seguro que tenían de ser los vencedores, peleando de poder á poder; disuadióse con esto el intento, y mandó que se ordenasen los escuadrones, lo que también hizo el Tunja, viendo lo que pasaba en el real de su enemigo, y á la seña del rompimiento que se dió con las trompetas y fotutos, se embistieron los salvajes con tanta furia, aunque sin orden, que en poco rato ya el andar la batalla era sobre cuerpos muertos, porque ya abiertas las cabezas con las macanas, quebradas piernas y brazos, ya aturdidos con las piedras de las hondas, ya pasados con las lanzas, fué mucho el estrago que al primer ímpetu hicieron unos en otros; andaban los encrespados penachos y plumería rodando por aquel suelo, empapados en sangre, despedidos de sus amos, que los dejaban ya luchando con la muerte; atronaba la tierra y aire el estruendo de trompetas, buinas, y caracoles, y grita que no cesaba en ambas partes.

2.º Como tampoco lo hacían el Tunja y Nemequene, andando ambos en andas ricas; como viento, esforzando cada cual á los suyos y con deseos ambos de encontrarse, aunque lo impidió la confusión y prisa de la guerra, bien desgraciada para el Nemequene, pues entre los cuidados con que andaba halló el mayor de todos, que es el de la muerte, con un dardo que le vino sin saber de dónde salvando por los aires, que se le entró con herida penetrante por la tetilla derecha, que lo fué tanto, que aunque le sacó con ambas manos sin esperar que ajenas lo hicieran, fué tanto el dolor que luégo le sobrevino, que aunque quiso disimularlo, porque no desmayaran sus gentes, no pudo excusar el decir á los de su guardia: "yo, amigos, me siento tan mal herido, que no tengo confianza de mi vida; haced como buenos en venganza de la muerte que me han dado y en defensa de las vuéstras, y el venir á manos de vuestros enemigos, pues por las muestras que ellos han dado, sin duda será vuéstra la victoria."

3.º Pasara adelante, según se advirtió con la arenga, si el grave dolor le dejara la lengua libre, y sin la turbación que todos conocieron en él, de que no la tuvieron pequeña los presentes, aunque no fué tanta que no advirtiesen en sacarlo luégo del conflicto de la batalla y comenzar á caminar aprisa la vuelta de Bogotá, que fué bien menester, por la mucha que comenzó á dar luégo el Tunja á los Bogotaes, habiendo entendido la ausencia y estado en que le había puesto la herida á su Rey, el que daba también claras muestras; la mano floja con que los Bogotaes peleaban y así con poco que apretó la suya el Tunja, le volvieron las espaldas, á quien fué siguiendo en alcance de la victoria, con dichosos sucesos y muerte de muchos, hacia el pueblo de Chocontá, dejando aquellos

páramos llenos de los cuerpos muertos ; desde donde tomó la vuelta de Tunja para su tierra; entrando en ella victorioso y rico de despojos. Venían los Bogotaes tan temerosos del suceso, que aun no tenían seguro que no viniesen los Tunjas y les quitasen su Rey, y así sin detenerse un punto, remudándose unos tras otros en las andas, los hacía ligeros el miedo, y caminar noche y día hasta que llegaron á Bogotá.

4.º Donde luégo acudieron los Jeques, que también se preciaban de médicos, y de que anduviesen juntos los dos oficios, porque conocían unas yerbas buenas para las heridas, de que hay tantas en esta tierra, y para otras enfermedades á que también acudían, usando de mil ridiculosas ceremonias entre las aplicaciones que hacían de ellas, lo que no aprovechó en esta herida de Nemequene, pues al cuarto ó quinto día salió de esta vida, dejando en ella á sus vasallos con prolijos llantos, y cantares tristes en modos de endechas, como tenían de costumbre, donde se presentaban las hazañas y otras cosas que le sucedieron en el discurso de su Reino. Pusiéronse también los de su pueblo y principales vasallos de los otros, mantas coloradas y envijaron el rostro y cabellos, que era el luto con que celebraban el sentimiento que tenían de la muerte de sus Reyes. Esto duró por quince ó veinte días, en que se gastó buena cantidad de su vino, porque en todas sus acciones y juntas de tristeza ó alegría, él es el que los entretiene.

Trataron luégo los Jeques del entierro, á que ellos solos acudían, sin que otra persona lo sepa, y si alguno acaso lo venía á saber y lo decía, era ley que lo amarrasen á un palo y muriese allí flechado, dando premios al que le acertase más presto al corazón ó alguno de los dos ojos, y así para guardar más este secreto, el mismo año que tomó la posesión el que hereda, comienzan los Jeques de noche con las mayores obscuridades de ellas, á hacerle poco á poco el sepulcro en partes remotísimas, espesas, breñosas y escondidas, y aun suelen para más seguro sacar de madre un río y en la corriente de él hacer el sepulcro, y se está hecho para cuando es menester, que aun muchas veces el que se ha de enterrar en él, no lo sabe, y después de enterrado, vuélvenlo á echar que pase por encima. Aunque todas estas diligencias han solido vencer las que ha hecho la codicia de nuestros españoles, hallando donde nunca se imaginara grandes y crecidos tesoros en estas sepulturas.

5.º Tomó luégo por muerte del Nemequene la posesión del Reino un deudo suyo por modos que tuvo para ello sin ser Cacique de Chía, á quien le venía por derecho, por favor que tuvo para esta violencia y tiranía en algunos de los principales del Reino, llamado Thisquesusa: era hombre valiente, según refieren de su persona, aunque no llegó su ánimo á probarlo con el de los españoles, pues no dejó aun le viesen la cara, como también dijimos. Con todo eso, luégo

que heredó, mostró bríos para contra el Tunja en venganza de su antecesor y tío, y por sustentar las perpetuas enemistades que allí se habían conservado entre los dos, y así ordenó con ayuda de los nobles que habían salido desbaratados de la del Nemequene. Se juntó otro grueso ejército de más de setenta mil combatientes, con todas las armas y pertrechos de guerra necesarios para en abriendo el tiempo del verano, tomar la vuelta del Tunja y probar con él la mano, si tenían mejor suerte que la pasada. Esto tuviera efecto por estar para ello todo dispuesto, si no les atajara los pasos la entrada de los españoles, que fué en este tiempo, como en el suyo ya dijo la historia.

FIN DE LA CUARTA NOTICIA.

QUINTA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

CONTENIDO: 1.º Deja Quesada comisión á los Capitanes Suárez y Martín Galiano para que pueblen las ciudades de Tunja y Vélez—2.º Sale el Capitán Galiano á poblar la ciudad de Vélez y poblóla en el valle de Ubaza—3.º Trasládase la ciudad á la parte y sitio donde hoy permanece—4.º Rebélase el Cacique Saboyá y pacifícanlo con algunas otras provincias de naturales.

YA dijimos cómo los deseos que tenía el General Jiménez de Quesada de ir á España, le dieron tanta prisa que no le dejaron sosegar para dejar primero fundadas las dos ciudades que determinó fundar con el parecer de Sebastián de Belalcázar y consejo de sus Capitanes, y también porque á sus priesas se añadían las que le daban á la partida el mismo Belalcázar y Nicolás de Fedremán, y así sólo quedaron señalados el Capitán Gonzalo Suárez Rondón con algunos Capitanes y soldados para que poblara la una ciudad en la tierra del Cacique de Tunja, en el sitio que mejor le pareciera, y el Capitán Martín Galiano con otros Capitanes y soldados, para que poblaran otra en el sitio que fuese más á propósito en la provincia del Cacique Chipatá, por donde entraron al descubrimiento, para que fuese como puerta y entrada á todos los que después viniesen al Reino, entendiendo que aquél había de ser siempre el principal camino por donde subiesen y bajasen todos. Dejó ordenado que aquélla se llamase Tunja, porque quedase en ella el nombre del Cacique y provincia donde se fundaba, y ésta Vélez á su devoción y imitación de los otros dos pueblos Vélez el blanco y Vélez el rubio, que están en Castilla, dentro del Reino de

Granada, de donde toma el título el marquesado de los Vélez, y porque juzgó ser bien que ya que esta tierra tenía puesto el nombre del Nuevo Reino de Granada á devoción del otro Reino, hubiese también algunas ciudades del nombre de las del otro Reino, y así como puso á ésta Santafé, quiso poner á la otra ciudad de Vélez, aunque otros dicen fué á imitación de la ciudad de Vélez Málaga, donde sus padres tenían sus haciendas, y donde en esta ocasión asistía la mayor parte del año, con que le tenía afición y esto es lo más cierto.

2.º Dejóles títulos á ambos pobladores, y de Justicias mayores en las ciudades que poblasen, y así luégo que él se embarcó en el Río Grande, se dispusieron los dos Capitanes en esta ciudad de Santafé para hacer su viaje y poblaciones, dispúsolo con más brevedad, ó porque tuvo menos estorbos el Capitán Galiano, y así á mediados del mes de Junio se partió con la gente que tenía señalada ó alguna otra, como lo dispuso el Teniente Fernán Pérez de Quesada y en seis días llegaron al pueblo de Tinjacá, que, como dijimos, le habían puesto el de los Olleros. Detuviéronse algunos días allí, tanteando el sitio, porque les aficinaba el temple y disposición de la tierra y el tener cerca una laguna grande, y de buenos y gustosos pescados, aunque pareciéndoles estaba lejos de Chipatá, para los intentos que se pretendían; pasaron adelante con ellos al pueblo de Suta, donde no faltaron pareceres se poblara y sin duda fuera más acertado, por ser tan agradable el sitio, la tierra tan fértil, la templanza del país tan acomodada, pero al fin dejando el sitio, fueron adelante por el camino que se sabían de Sorocotá y Moniquirá, y llegando al valle de Ubaza, cerca de donde entran su aguas en el río que habían llamado el Suárez, determinaron poblar la ciudad, y así fueron luégo trazándola y haciendo las ceremonias y diligencias que se suelen hacer en las poblaciones nuevas, en tres de Julio del año de mil quinientos treinta y nueve, repartieron solares, hicieron elección de Cabildo, Justicia ordinaria y regimiento de las personas más calificadas, entre las cuales salieron electos, por Alcaldes Juan Alonso de la Torre y Alonso Gascón, y Regidores Baltasar Moratón, Diego de Güeta, Antonio Pérez, Marcos Fernández, Francisco Fernández, Juan de Prado, Alguacil mayor Miguel Seco, y escribano Pedro de Salazar.

3.º Comenzaron luégo á ir tanteando la tierra y señalándola términos á la ciudad, á lo menos por aquellas partes que hacia Tunja y este Reino habían dado vista; no gastaron muchos días en esto, ni en experimentar que el sitio de la ciudad que habían escogido no era á propósito, por ser mal sano, y así habiendo advertido en otros mejores puestos, cuando andaban calando y tanteando la tierra, les pareció mudarla al término y jurisdicción del Cacique Chipatá, por ser más alta y de mejor temple, más bañada de los vientos y más á la entrada de este Reino, y así á las espaldas de un monte que mira al Oriente,

se determinaron á poblar, ó por mejor decir, trasladarla, como lo hicieron en el lugar que ahora permanece, que aunque por entonces les pareció bueno y á propósito, luégo fué mostrando la experiencia mil inconvenientes para la salud y comodidad, aunque no acabándose de persuadir á ellos hasta que ya tenían fundadas casas de propósito, hubieron de permanecer en el puesto hasta hoy. Comenzóse esta segunda población á catorce de Septiembre del mismo año del mil quinientos treinta y nueve, día de la exaltación de la Santa Cruz, y así se le puso á la iglesia esta advocación y título.

4.º Repartiéronse solares en que se comenzaron luégo á hacer casas, á que ayudaron mucho los indios de aquella provincia que vinieron de paz, que junto con los indios moscas que llevaron los conquistadores; en pocos días hicieron buenas casas, aunque cubiertas de paja, donde pudieron todos acomodarse mientras se fueron haciendo otras más de propósito de tapia y teja. Encargaron la fábrica de la iglesia al Cacique de Saboyá y su gente, que estaba demás por aparente y mal segura, como se echó de ver presto, pues apenas hubo acabado de hacer la iglesia, cuando hizo demostración de su braveza contra los españoles, haciéndoles muy al descubierto la guerra, y la siguió con porfía de más de treinta años, y pasaran muy adelante si no hubiera quedado en este tiempo consumida toda la gente. De la demás del distrito, hizo luégo el Capitán Galiano con los más cuerdos de sus pobladores repartimientos ó apuntamientos, señalando á cada uno la suerte que pareció, según sus méritos, porque para todo tenía comisión, con que tuvieron luégo el sustento necesario los vecinos, porque los indios de sus repartimientos acudían bien con los frutos de sus tierras; fué luégo menester acudir á la pacificación de los del Saboyá, antes que se desvergonzara ni tomara más bríos, y así salió una tropa de los soldados que los tenían mejores, y entrando en su provincia con fuerzas y maña lo volvieron á aquietar en una fingida paz, desde donde volvieron los soldados á la provincia de Inzaque, subiendo á las últimas sierras de Agatá, tierra rasa y de pocas montañas y que hervía de gente, falta de agua los veranos, por lo cual su vivienda era á la larga de algunas quebradas y amagamientos, donde hallaban alguna los que podían caber en tales sitios, porque los otros se sustentaban del agua que recogían en grandes estanques los inviernos para los veranos; esta esterilidad tienen estas sierras por la parte que miran al Este, porque por las del Oeste las suple con abundantes quebradas de muy buena agua, que bajando de ellas hacen lagunas, donde se cría mucho y muy buen pescado y el remanente desagua en el Río Grande de la Magdalena.

Dos Caciques eran los principales que gobernaban toda esta tierra; el uno llamado Cocoma y el otro Agatá, de quien tomaron su nombre. A los cuales y á sus principales enviaron á llamar los soldados; ya que estuvieron en la cum-

bre de esta serranía, no rehusaron de venir los Caciques, trayendo á los nuéstros la comida necesaria y aun con abundancia, y algunas piezas de oro fino, ofreciéndoles entre éstos una buena voluntad y deseos de servir á los españoles, los cuales recibieron amigablemente lo uno y lo otro, y les declararon á qué era su venida á aquellas tierras, que era á hacerles amigos y parientes y que diesen la obediencia al Rey de España, en pago del amparo que les haría y lo que deseaba tenerlos por amigos. De todo mostraron buen corazón y afabilidad, si bien no dejaron de sentir los Caciques y principales el haber de bajar de señores á criados. Despidiéronse con esto los unos y los otros y tomando los nuéstros la vuelta de la ciudad de Vélez, llegaron á ella sin ningún contraste y mal suceso, y con esto bueno de dejar pacífica la sierra de Agatá por entonces.

Pareciéronle al Capitán Galiano buenos principios éstos para los fines de sus intentos, que eran el buscar las minas de oro que hallaban entre los indios, de que ya tenían algunos rastros y noticias que les habían sacado á los indios con preguntas, y así á pocos días de como volvió á la ciudad esta tropa, acordó con la justicia y regimiento que saliese otra de treinta soldados y por caudillo al Alcalde Juan Alonso de Latorre, y doscientos indios de los amigos más seguros, á buscar las minas con los rastros y guías que tenían.

CAPÍTULO II

CONTENIDO: 1.º Sale una tropa de soldados de la ciudad de Vélez en demanda de descubrimientos y minas de oro—2.º Prosiguen su demanda sin hallar nuevas noticias, el río de Carare—3.º No habiendo hallado las minas de la noticia, toman la vuelta de la ciudad, á donde llegaron después de haber rompido mil estorbos de indios rebelados. 4.º Sale el Capitán Galiano con algunos soldados al castigo de los Agataes.

SALIERON éstos de la ciudad á la vuelta de las Sierras de Agatá, que comenzaron á subir con harto trabajo, por la falta que hemos dicho tienen de agua y ser de dos leguas la subida, con que lo pasaran mal, si los vecinos desde lo alto, teniendo noticia de la necesidad con que iban, no les socorrieran con agua y múcuras de su vino y otros refrescos de maíz y fruta, con que pudiera al pueblo y casas de Cocome, cuyas tierras demoran á la parte del Poniente, porque en las del Oriente es señor el Agatá. Hízoles gran fiesta á los soldados y á sus compañeros los indios de Cocoma dos días que estuvieron en sus casas. Después de los cuales salieron en su demanda la vuelta del Valle, que nombraron del Sapo, para donde llevan el rastro de las minas. Toparon los caminos tan dificultosos de riscos y peñascos tajados, que muchas veces estu-

vieron para mudar de intentos y no pasar adelante; en especial en un paso de una peña tajada tan dificultoso, que para subir le tenían los indios hecha una escala de bejucos, al modo de la de las gavias de los navíos, colgada de los árboles de arriba, por donde al fin subieron uno á uno, con peligro de hacerse pedazos si se desviaban, porque su altura no era para menos, como lo daba á entender un grueso golpe de agua que se despeñaba de lo alto, que cuando llegaba abajo llegaba como copos de nieve; pero la codicia les hizo llanas estas dificultades, y otras toparon para bajar por la otra parte, pues no eran menores los despeñaderos y breñas tajadas que los de ésta, y así fueron bajando poco á poco asidos también á bejucos por unos apeaderos de gatos, hasta que dieron con una quebrada que estaba abajo, de mucha agua y piedras y arboleda por sus márgenes, donde había infinitas guacamayas.

2.º Apenas habían puesto el pie en el suelo ó llano, cuando se enmarañó el cielo y les vino una tempestad tan grande, que no sólo se empaparon en agua, pero se vieron en peligro por la mucha que tomó la quebrada, que le hizo salir de madre y extenderse por la sabana. Aunque quedó pagado este trabajo con los muchos pescados que hallaron luégo en la tierra que había bañado el agua de la quebrada, que con la creciente los había dejado allí medio enlamados entre las piedras. Rancháronse allí aquella noche, y á la mañana, prosiguiendo su viaje, se apartaron por una senda de los demás, seis soldados: Luis Fernando García Calvete, Diego Ortiz, Gonzalo de Vega, Pedro de Salazar y Juan de Eslaba; y de repente dieron en unos maizales ya sazonados, y en un pueblezuelo de indios desapercibidos y que aun no debiera haber llegado á sus oídos la fama de los españoles. Cogieron algunos para tomar más fresca noticia de minas, y entre ellos á una india moza, tan hermosa, bien proporcionada y dispuesta, que admiraba: tenía las galas y poca ropa que se usaba en aquella tierra; sus zarcillos y chagualas de oro fino, todo con tanto aseo puesto, que parecía criada en la corte, aunque la mucha honestidad con que acompañaba todo esto la libraba del peligro en que lo demás la tenía puesta. Volvieron estos soldados á los demás con los indios que habían cogido, á quienes preguntándoles si tenían noticias de minas de oro y que de dónde venía aquello que tenían, no supieron responder sino que aquello tenían por rescates que les traían otros indios de muy lejos. Viendo que no hallaban nuevas noticias, siguiéronse por las que traían, rompiendo por mil dificultades de espesuras de montes por entre el río de Orta y Carare, hasta llegar al Maporiche, en que gastaron sin provecho quince días, pues no hallando en ellos rastro de minas, determinaron tomar la vuelta de la ciudad de Vélez con algún poco de oro que habían ranchado y rescatado entre algunos indezuelos que topaban poblados por aquellas asperezas.

3.º Volvieron con éstas por las mismas del camino que habían pasado á la

ida y porque no sabían otro, y llegando al pueblo de Cocoma con esperanzas de que les habían de regalar como á la ida, que salieron bien en vacío, pues hallaron que lo estaba todo de gente porque se habían alzado y retirado á unas cuevas y cavernas de que hay muchas y grandes por allí, á donde según su costumbre se solían meter los indios cuando se disponían para guerras. No sintieron bien de esto los soldados, pero siéndoles forzoso haber de hacer noche allí, porque se iba llegando, se bajaron á otro pueblezuelo más abajo, donde se rancharon con el recato y cuidado que como baquianos y experimentados era menester. Con el mismo comenzaron á proseguir su camino luégo á primeras luces, porque cada hora iban echando de ver si habían de ver en ocasión de haber menester las manos, y así, llevaban en ellas bien apercibidas las rodelas y espadas, no asegurándose de emboscadas, en especial en los pasos dificultosos del camino: y bien fué menester, pues apenas habían caminado un cuarto de legua de los ranchos, cuando descubrieron las cumbres de un valle por donde habían de pasar, cubiertas de fieros indios agataes, soberbios y de posturas arrogantes, con encrespados penachos, arcos y flechas en las manos unos, otros con lanzas, dardos y macanas, sin que ninguno estuviese desapercibido, como caso bien pensado. Apenas se hubieron descubierto los unos á los otros, porque ya estaban los nuéstros en la dificultad del paso, cuando los indios comenzaron á tocar sus caracoles y buinas, dar desatinados gritos y despedir por muchas partes grandes y ligeras galgas que tenían puestas á trechos, por donde era imposible dejar con ellas de peligrar los soldados, como sucediera si el Juan Alonso no les dijera que era bien apartarse y subir á una loma por un reventón de una recuesta, como lo hicieron; comenzando á gatear al punto que su caudillo acabó de decírselo, con que en breve rato aunque con dificultad se vieron libres de las galgas, pero no de los indios, pues llegaba su atrevimiento á tanto, que llegó cerca de los nuéstros gran multitud de ellos á medir sus macanas y lanzas con las espadas, en especial con los de la retaguardia, que les fué necesario mostrar cada uno cuánto era el valor de su persona, como lo hicieron con hechos tan valerosos que espantaban por los valientes indios que vencieron y mataron, cuyos cuerpos y cabezas iban rodando la cuesta abajo, al modo que ellos arrojaban las galgas; los cuales viendo cuán mal andaba su partido, lo tomaron de irse retirando á lo alto de donde habían bajado, y como ellos iban subiendo la cuesta, los nuéstros fueron bajando en prosecución de su camino, el cual abreviaron por los muchos que iban heridos, aunque ninguno de peligro, pues todos sanaron en la ciudad, donde llegaron y contaron el suceso.

4.° No le pareció al Capitán Martín Galiano sería buen gobierno dilatar el castigo de aquel atrevimiento, porque de salir con aquello no lo tomaran los indios para mayores males, y así señaló luégo de la gente que estaba descansada

en la ciudad los que le pareció bastaban para el castigo, y con ellos y algunos perros de ayuda que habían traído los que habían bajado del Pirú, porque los de Santa Marta y Venezuela nunca se habían servido de ellos hasta entonces, salió de la ciudad con el secreto posible, porque no hubiese de los indios del servicio de la ciudad quien avisase á los agataes, á cuyas sierras llegaron, y por partes excusadas y cubiertos con la oscuridad de la noche subieron divididos en dos tropas que acaudillaban el Galiano y Juan Fernández Valenzuela para dar á una en dos pueblos que, según decían las guías, estaban distantes media legua el uno del otro y en ellos gran cantidad de gente recogida y confiada en las asperezas del sitio, con que dormían á sueño suelto y sin velas, no sabiendo aún del modo de hacer guerra que tenían los españoles y que no se dormían en buscar los contrarios.

CAPÍTULO III

Contenido: 1.º Asaltan nuestros soldados á dos pueblos de agataes, donde matan y prenden muchos indios—2.º Caso desgraciado en que murió uno de los soldados, con que se irritó el Capitán Galiano y hacen con más severidad el castigo—3.º Pretenden los indios quitar á los nuéstros la presa de sus mujeres é hijos, aunque sin provecho y con mucho daño—4.º Prometen los agataes la paz á los nuéstros en rescate de los presos.

IBAN subiendo los soldados por muchas partes de aquellos reventones, las rodelas á las espaldas y haciendo partes de las manos, trepando por los peñascos y eminencias peligrosas con harto sudor y cansancio, y así tomando la cumbre junto á los pueblos, les fué necesario descansar un rato para tomar aliento. Primero que dicen Santiago, en que no se detuvieron mucho, porque ya se iba llegando la media noche, que era cuando llevaban concertado dar á una en ambos pueblos. Repartiéronse los soldados por cuarteles, con que cercaron todas las casas, á que acometieron á una con la señal que se hizo con un cuerno por falta de trompeta, dando sobre los indios descuidados y dormidos con tanto estruendo y alboroto, que hicieron con esa demostración de muchos más que eran, con que los indios quedaron tan sobresaltados como si cada uno de los soldados fuera un rayo que había caído del cielo. Arremetían algunos á sus armas tan sontocados y sin acuerdo, que ni atinaban con ellas, ni aun con las puertas de los buhíos, y los que al fin las tomaban, ya era tarde y sin provecho, y así aprovechándose más de sus piés que de ellas, los que podían escapaba huyendo de la muerte que les podía dar las espadas y lanzas, y iban á bus-

car la que los estaba aguardando en los despeñaderos, por donde se arrojaban y hacían pedazos. Crecían las voces, confusión y arroyos de sangre por una y otra parte, en especial en los que no podían huír, de los cuales prendieron hasta trescientas piezas, y de ellos á los más protervos y valientes castigaron cortando á unos las narices, á otros las orejas, pulgares ó manos, enviándolos así por mensajeros á los otros y que les avisasen que si no se quietaban un día y otro, habían de pasar por estas mismas penas ú otras mayores.

2.° Habiendo corrido igual fortuna en ambos pueblos á un mismo tiempo, en el que amaneció llegó el Valenzuela con sus presos y soldados, donde estaba el Capitán Galiano, desde donde vinieron al rayar el sol gran junta de indios en una loma no tan apartada, que no se podían oír ni entender las voces que daban con muestras de regocijo y palabras injuriosas contra nuestros españoles, que se admiraban no sabiendo la causa de que se alegraran habiendo tenido tan mal suceso en sus casas y personas; pero diciendo á las lenguas que advirtiesen con atención lo que decían los indios, vinieron á entender en su alegría, porque tenían entre ellos uno de nuestros soldados de que los demás estaban bien ignorantes, por no haber hasta allí echado menos á nadie, y así el caudillo Galiano, haciéndolos juntar á todos, hallaron que faltaba un Juan de Cuéllar, soldado fanfarrón y valiente de los que habían bajado del Pirú con Belalcázar, el cual, según después se supo, se metió aquella noche á cierta necesidad, no lejos de las casas, entre unos árboles, donde estaban á la mira acechando tres ó cuatro gandules, que viéndole descuidado en su necesidad, le dieron tal golpe con una macana en los sesos, que se los derramaron por el suelo, sin que pudiese dar una voz con que lo sintiesen sus compañeros, y así con secreto al punto lo arrastraron la cuesta abajo, y llevaron, que luégo se hizo de los indios huídos en aquellos altos, desde donde daban las voces de alegría, haciéndole al cuerpo muerto mil afrentas y diciendo otras tantas á los vivos, los cuales tomaron tanta congoja del suceso, en especial el Capitán Galiano, por ser el primero que le habían muerto, después que los tenía á su cargo, que se determinó correr la tierra y seguir el castigo con más severidad que hasta allí, y así dividiendo su gente en tropas con vigilantes caudillos, trastornaban la tierra con todos sus rincones y cavernas, noches y días, dando asaltos, trasnochadas y albasos, y echando emboscadas en pasos estrechos, con que se vinieron á hostigar tanto los indios, que ya no parecía uno, por haberse metido entre peñascos y breñas, y sin más de que como dijimos hay muchas por aquellos montes, y así viendo que no les podían dar alcance y que los soldados estaban fatigados de los trabajos de trastornar laderas y tierras ásperas, determinó el Capitán dejar aquello así por entonces y tomar la vuelta de Vélez con la mucha cantidad de toda suerte de gente que tenían presa.

3.º Viendo los indios, que á todo estaban atentos desde aquellos altos, que les llevaban sus hijos y mujeres, se juntaron en gran cantidad y con un ímpetu furioso y alocado y como medio desesperados, bajaron de un alto y sin temor rompieron por entre los nuéstros con tanta furia, que llegaron á echar mano de las cuerdas y cadenas de los presos que llevaban del medio del batallón, para quererlas soltar, con que se resolvió y creció una tan sangrienta pelea y porfía, que quedando algunos muertos de los indios, los otros tuvieron por bien de apartarse, pero no tan del todo, que no iban siguiendo y picando con voces, piedras y dardos á la retaguardia con tanta obstinación, que aunque les resistían los soldados con daño suyo, no dejaban de proseguir en sus intentos, que eran de quitarles la presa. Determinaron, para acabar de desbaratarlos, que se emboscase la vanguardia, como lo hicieron Juan de Poveda, Diego Franco, Bartolomé González, Pedro Gil, Pedro Gutiérrez, Alonso Gómez, Francisco de Murcia, Alonso Domínguez Herreño, Pedro Fernández, Belengán Aranda, Bartolomé Hernández y Germán Gallego, todos soldados de buenos bríos y experimentados en tales trances. No se echó de ver el quedar esta emboscada, porque no se descubrieron las demás, ni perdieron punto del paso que llevaban, antes la retaguardia comenzó á dar más prisa á los presos que llevaban delante, para con eso ir cebando á los indios que venían detrás, y que pensasen iban ya huyendo de ellos aprisa, con lo cual se la daban mayor á caminar tras los soldados, con que llegaron más presto á meterse entre los emboscados, los cuales á buen tiempo salieron y los cogieron en medio, hallándose burlados y en puesto y necesidad de aprovecharse de las pocas armas que llevaban, que le sirvieron de harto poco, y así quedando muchos lastimados, muertos, heridos y presos, volvieron otros las espaldas huyendo, sin atreverse á volverles más la cara, por haberles costado tan caro su pertinacia. Llegaron á Vélez con los presos, desde donde soltaron á muchos que volviesen á sus tierras, después de haberles hablado largo lo que habían de decir á sus parientes acerca de la paz que deseaban tener con ellos, con que estarían quietos en sus tierras, y que debajo de ella podían venir con seguro á llevar sus mujeres, hijos y parientes, sin otro interés más que asentar la paz con más seguro que la habían guardado hasta allí.

4.º Fuéronse los indios con este recado, que no lo recibieron con poco gusto los Agataes, y así determinaron venir los señores y más principales, con quienes se celebró de nuevo la amistad, prometiendo más firmeza en ella que habían tenido hasta allí, aunque siempre se hicieron muy al revés de lo que ofrecían, pues siempre anduvieron con mil inquietudes, inquietando á los nuéstros, y á las veces tales y con tanta fuerza, que le forzaban al Martín Galiano enviar y venir á pedir socorro de gente á esta ciudad y la de Tunja, y con har-

ta prisa, porque se la daban éstos y los demás vecinos, como luégo diremos. Al fin esta vez llevaron casi todos los presos dejando en pago empeñada su palabra de paces, que nunca la supieron desempeñar hasta que los tiempos y guerras los vino á consumir, de manera que en ellos ya no ha quedado casi ninguno.

CAPÍTULO IV

CONTENIDO: 1.º Por las noticias que tuvo el Capitán Galiano de la provincia de Guane, salió con gente de la ciudad de Vélez y comenzó la conquista—2.º Pelea de nuestros españoles con el Cacique Macaregua—3.º Alcanzan la victoria los nuéstros y aposéntanse aquella noche en las casas del Cacique.

ENTRE los soldados que estaban en la ciudad de Vélez, de los que habían venido á este Reino con el Teniente General Nicolás de Fedremán, algunos habían militado con Ambrosio Alfinger, alemán, en aquella salida que hizo de la ciudad de Coro á Tamalameque, dando vuelta por la provincia de Guane á los páramos de Sirivitá, como largamente dejamos dicho en nuestra primera parte; acordándose, pues, de estos rumbos, en especial Pedro Gutiérrez, echaron de ver por las demarcaciones que demarcaba cerca de esta ciudad, al Oriente la provincia de Guane, que según la vieron llena de gente cuando pasaron por ella con Ambrosio Alfinger, les pareció ser de mucha consideración, y así con estas noticias determinó el Capitán Galiano, ya que veía sosegada la tierra, de tomar otras mayores para ir á buscar la de Guane, y teniéndolas y de su bondad y muchedumbre de gente, determinó ir á ella á su conquista, con la más y mejor que tenía en la ciudad. Está la tierra de Guane distante de la ciudad de Vélez á la parte del Este veinte leguas escasas, tierra pedregosa, seca y de buen temple, más caliente que fría, de buenos y saludables aires, por ser limpia de montaña y anegadizos que los suelen corromper; tiene de circunferencia más de diez ó doce leguas, que comienzan desde una singla ó cordillera que corre Norte Sur hacia la parte del Este, la cual corta el río de Sogamoso grande y furioso, para pasar al Río Grande de la Magdalena, recibiendo primero cerca de esta tierra de los Guanes el río de Suárez, caudaloso, y otro que llaman Chalala: no tanto llegan sus términos por la parte del Norte al río del Oro, que se le puso el nombre que merecía, pues á tantos ha enriquecido, en especial de la ciudad de Pamplona, con lo mucho que le han sacado, aunque reduciendo á sus términos á esta provincia, sólo se extiende por allí el río de Sogamoso. Danse en estas tierras toda suerte de ganados, con abundancia de granos

y frutas de Castilla y naturales, en especial en una mesa alta, bien espaciosa, que llaman de Gerida, donde vivía el señor á quien los demás de la tierra reconocían por tal, llamado Guanetá. Son los indios bien dispuestos, de buenas caras y más blancos que colorados; vístense de mantas, del mucho y buen algodón que crían; una ceñida y otra como por capa anudada, con las dos puntas encima el hombro izquierdo. Las mujeres son de muy buen parecer, blancas y bien dispuestas y más amorosas de lo que eran menester, en especial para con los españoles. Atinosas para todo y tan fácil en aprender nuestra lengua castellana, que en dos ó tres meses suelen salir tan ladinas y hablarla con tanta propiedad como un hijo de un mercader de Toledo. A esta provincia, pues, dejando por su Teniente y guarda de la nueva ciudad al Capitán Juan Fernández de Valenzuela, guió el Capitán Martín Galiano con cincuenta españoles, los seis soldados de á caballo, saliendo de la ciudad de Vélez á veinte de Enero del año de mil quinientos cuarenta, y yendo marchando por sus días, llegaron y pasaron el río que llaman Cucunubá, pasando adelante hasta el postrer valle arrimado á la singla que divide la tierra para desde allí, que es lo postrero de hacia el Este, venir allanando y conquistando la provincia, volviéndose hasta la ciudad de Vélez y llegando lo primero á un pueblo que se llamaba Poasaque, y su Cacique Corbareque, lo hallaron vacío porque se habían retirado todos con su Capitán, por la nueva que habían tenido de los nuéstros, y por ventura por la experiencia que tenían de cuando pasó Ambrosio de Alfinger; pero rastreando dónde estaban, hubieron al Cacique á las manos y á los más principales, sin mucha dificultad, con quien asentaron paces, prometiendo los nuéstros de guardársela siempre, y ellos de ser grandes servidores del Rey de España y del encomendero que les fuese señalado en su nombre. Lo mismo les sucedió en otro valle á donde fueron después de éste, su vecino, cuyo Capitán les dió buenas preseas y finas telas, y lo que más estimaron fué la paz, con que quedó con el mismo buen pie. Entraron en la tierra de Poima, que los recibió de paz, regalándoles mucho con su maíz, vino, frutas, y más con las joyas de oro fino que les dió á la despedida, y su palabra de serles bueno y fiel amigo; pero como las cosas de este mundo siempre anden mezcladas, y de ordinario los buenos sucesos sean víspera de los malos, no les sucedió como los pasados con el Cacique Chalala, cuya gente se mostró arriscada y briosa en defensa de sus tierras, donde se hubieron de detener los soldados, por si podían ganarles las voluntades. Ocho días en que siempre se mostraron tan ariscos, que no sólo no quisieron venir á conciertos de paz, pero antes irritaban á guerras, en que no pudiéndolas excusar los nuéstros, prendieron de todas edades hombres y mujeres buena copia de gente, que era la más lucida de todos aquellos valles, de que hicieron demostración con sus bríos, en especial las mujeres, que eran de mucha hermosura y

aseo en su vestir, gracia y donaire en su hablar. Comenzaron desde allí á correr las playas del gran río Sogamoso, donde hallaron grandes poblaciones, todas vacías de gente, por haberse huído de temor, pero bien llenas de ropa y comidas, donde metieron las manos los soldados á osadas.

2.º Tuvieron allí noticia que á la mano derecha de donde estaban vivía un Cacique llamado Macaregua, hombre rico, belicoso y valiente, y que vivía en las asperezas de un cerro, de condición tan desabrida, que no le dieron esperanzas de paces con él, pero tomándolas ellos de haber á las manos sus riquezas, éstas les hicieron ir en demanda de su pueblo y casas, á donde ya que llegaron cerca, no pudiendo ir los caballos por sus asperezas, ni subir por camino; derecho, fueron por él los peones y el Capitán Galiano con los de á caballo fueron rodeando á tomar una loma que caía un poco más alta que el pueblo, que aun arriba donde estaban los buhíos era el sitio tan peñascoso, que de ninguna manera podían tampoco servir los caballos, pues ni aun para bajar donde habían subido hallaban después camino; acabaron el de subida los peones y dando vista al pueblo, acometieron sin atenerse á ganar la puerta de la más principal casa del que juzgaron ser del Cacique, pero como habían sido ya sentidos, estaba prevenido un escuadrón de piqueros, que con muy buen orden y brío salió á recibirles y detenerles en las prisas y bríos que llevaban, porque los tenían tan buenos los piqueros, que hubieron menester rapar, como dicen, de redondo con las rodelas, porque no sólo era el escuadrón valiente, pero también disciplinado en su postura, compás de pies, arrimos y destrezas, que parecían criados toda su vida en las guerras de Flandes, y si sucedía que los nuéstros les ganaban alguna tierra, apretaban los puños, de suerte que la volvían á recobrar, con que estuvo indecisa la victoria sin desgracia de la una ó la otra parte, hasta que un mozo arriscado y algo colérico y orgulloso, llamado Pedro Vásquez, se adelantó un poco de los demás, llevando un brazo alto para herir á un indio de muerte, con que el pobre se dispuso para la suya, pues descuidándose en reparar con la rodela, le dió una lanzada uno de los indios con la punta tostada de una pica por debajo del brazo, que al punto cayó muerto, á quien se dieron traza los indios en la refriega de arrebatar y llevar arrastrando hasta la puerta de su Cacique, donde andaba tan fuerte la pelea y de tántos indios, que no les fué posible á los nuéstros recobrar el cuerpo muerto por entonces.

3.º Corridos de esto los soldados, y que les durasen tanto los indios en su porfía y viendo que les venía socorros de otros por muchas partes, les embistieron á lo español, que rompiéndolo al primer encuentro, quedaron tres indios muertos, sin otros muchos mal heridos, con los que pudieron se fueron retrayendo de la batalla y aprovechándose de sus pies, derrumbándose cada cual por donde podía, dejando sus casas en las manos de los soldados, que estaban bien necesitados de

descansar y tomar refresco; y un Pedro de Salazar, de que le curaron dos malas lanzadas que le habían dado, de que después de muchos días sanó. Estábase desasiendo entre tanto el Martín Galiano en lo alto de oír los golpes y grita de las guazabaras y no hallar paso para bajar con los caballos al socorro; pero estas congojas, deseos y cuidados, parecen le abrieron camino más para derrumbarse y para bajar por donde fueron apeándose ellos y los caballos hasta llegar al sitio de la refriega, cuando ya la hallaron acabada; pero aunque llegaron á tiempo, les fueron de ningún provecho los caballos por la aspereza del sitio. Enterraron primero al Pedro Vásquez y luégo acudieron al despojo de las casas, donde hallaron bien poco, por tenerlo ya puesto en cobro en otras partes los indios, por lo que podía suceder. Llegó con esto la noche, para lo cual y reposar se rancharon en las casas del Cacique, por parecerles algo más fuertes, aunque se hizo más confianza que de ellas, de los vigilantes centinelas que pusieron, aunque todos lo eran, pues no soltaron las armas de las manos, atendiendo más al peligro en que estaban que á tomar el sueño, y así fué poco el que todos tomaron, en especial el Martín Galiano, que no tomó ninguno, porque el cuidado que tenía no le dejaba parar en ninguna, andando visitando las centinelas y advirtiendo con este cuidado el peligroso sitio en que estaban al rendir el primer cuarto de la noche, despertó á los que mal dormían y les dijo: "Ya veis, compañeros y amigos, lo mal seguro que estamos en este puesto, por estar tan desacomodado para valernos de los caballos si vuelven sobre nosotros los indios, y así tengo por mejor, que con el silencio y obscuridad de la noche, nos mejoremos en sitio, tomando el de aquel alto donde yo estuve, pues aunque es dificultosa la subida, lo de arriba está acomodado, por estar limpio y llano, para podernos mejor defender y servir de los caballos en cualquier suceso de que debemos asegurarnos, pues tenemos ya conocidos los bríos de estos indios."

CAPÍTULO V

CONTENIDO : 1.° Prosíguese la misma conquista de Guane—2.° Divídense los nuéstros en dos partes y la una de ellas va á dar con ciertos indios que los estaban aguardando, á quienes desbarataron los soldados—3.° Hallan los españoles algunos indios retirados sobre ciertas breñas, donde sucedieron algunas muertes—4.° Llegan á otros pueblos más delante, donde les salieron de paz.

PARECIÓ bien á todos la determinación y acuerdo, y así sin más dilación, muy al secreto levantaron ranchos y subiéndose á la loma por donde habían bajado, los sentaron allí por espacio de tres días, donde estuvieron aderezando las armas y los demás pertrechos de guerra y reformando los caballos de comidas y herraduras, que por no tenerlas de hierro ni otro metal, se las echaban de oro bajo, viendo que sin ellas no podían caminar sin despearse á pocos pasos, por ser tan pedregosa la tierra, la cual estaba ya tan alborotada, que no había cumbre ni ladera que no se pareciese cubierta de indios, dando mil gritos y voces con la boca y sus caracoles y buinas que hacían de cañas huecas, porque la gente era tanta que parecía sólo la provincia de Guane un manantial de indios y que las peñas y breñas los brotaban, pues en la poca tierra que hemos dicho tenían, había más de treinta mil casas y en cada una todo un linaje y parentela, con que hervía toda de gente.

2.° Fué causa todo esto y las amenazas que les hacían á los nuéstros para que advirtiesen en el recato que debían de tener en hacer aquella guerra, y así entrando en consejo de ella, salió determinado sería más acertado ir á buscar los indios, que aguardar que ellos viniesen, y así después de los tres días dieron en un pueblo que se llamaba Guanentá, de donde pienso tomaba el nombre esta provincia, cuya gente, aunque era innumerable, quedó asombrada de ver tan de repente y á deshoras la gente nueva en su pueblo, de quien aunque habían tenido noticia, no entendían era de la fortaleza con que les acometieron, y así cada cual por donde pudo se deslizó del pueblo huyendo ; tras los cuales, sin mucho acuerdo, fueron los nuéstros dividiéndose en dos partes ; la una de ellas con sólo ocho soldados ; y los de á caballo, que fueron Alonso Fernández y Gonzalo de Vega ; los demás siguieron á Martín Galiano por otra parte, yendo todos por donde les cupo el alcance de la victoria. A los ocho les sucedió á poco de como se apartaron de los demás, que dieron de repente con una tropa de Gandules que los estaban aguardando en un cerro, no muy alto, bien prevenidos de ondas, dardos y lanzas, y tan seguros á su parecer por su fortaleza y la del sitio, que no huyeron ; antes esperaron cuando vieron á nuestros soldados, los cuales no se detuvieron más, antes se determinaron en llegar á ellos y embes-

tirles lüégo, como lo hicieran si no hallaran atravesada una quebrada de agua más abajo, y cerca de los indios, tán llena de piedra y alta la barranca por la parte contraria, que no les fué posible por el camino que llevaban derecho á los indios, los cuales según aquello, estaban confiados y sin huír. Hubieron con esto de reparar los nuéstros, á quien los Gandnles enviaban temerarias rociadas de piedras, y así determinaron en quedar en aquel puesto con dos soldados, los indios amigos yanconas que llevaban y que haciendo presencia y resisténcia con sus flechas á los del alto, los entretuviesen, y los demás soldados con lòs dos caballos buscasen subida la quebrada arriba, pára cogerlos descuidados por las espaldas. Hiciéronlò así deslizándose, los pechos por la tierra entre el pajonal hasta meterse en la quebrada, cuya barranca contraria los amparó de la vista y piedras de los de arriba. Al fin subiendo un buen trecho por ella, vinieron á hallar salida para hombres y caballos, y revolviendo por lo más secreto que hallaron hacia las espaldas de los indios, que hallaron seguros y cebados en disparar piedras á los indios amigos, dieron de repente en ellos peones y caballos, por ser la tierra llana, con tanta furia, que quedaron en poco rato tantos muertos y heridos, que fueron pocos los que escaparon; de donde sacaron los soldados algunos despojos de las chagualas y otras piezas de oro que traían los muertos, con que dieron la vuelta, y se juntaron con los demás españoles, cuyos sucesos entre tanto no fueron menos venturosos que éstos, sin desgracia de ningún soldado ni indio amigo.

3.° Pasaron juntos á otro pueblo más adelante llamado Burtaregua, situado cerca de la Singla, de buen asiento, fértil de frutas y maíces, porque la industria de sus moradores llegaba á sacar acequias de un río, con que se regaban y fertilizaban sus términos, y regalaban sus vecinos: los cuales ya cuando los nuéstros llegaron, estaban con sus haciendas puestas en cobro, en unas altas cuevas y solapas que hacía á la Singla por aquella parte que mira al poniente, tan áspera y rigurosa la subida á ellas que si no era por dos sendas que tenían á los lados como apeaderos de gatos, no había por otra parte, alta ni baja, por donde llegar á donde estaban los indios á vista de los españoles, los cuales viendo qué por la frente era imposible la subida, buscándola con los indios amigos, con brevedad dieron con las dos sendas y determinándose subir arriba, repartiéronse algunos peones para trepar por ambas, bien apercibidos de sus rodelas y espadas, con concierto, que si saliesen por alguna los indios de arriba al encuentro, se volviesen á bajar como huyendo para con esto bajarlos al llano, donde se pudieran avenir con ellos peones y caballos; con este concierto y el que era menester para la subida de pasos tan peligrosos, fueron prosiguiendo por ambas partes para las cuevas, de donde al punto que los vieron los indios, salieron á impedirles el paso, como lo habían imaginado, con que los soldados se volvieron atrás y

tomaron tierra llana y segura, siguiendo los indios hasta los últimos escalones, donde luégo comenzaron los caballos y soldados á revolver sobre ellos, haciéndoles harto daño con muertes y heridos, y no fué menos el que les causó en las medias laderas, pues bajando por ellas los que venían siguiendo á los delanteros, como los pasos eran tan angostos y peligrosos, y ellos venían furiosos y ciegos de cólera contra los nuéstros, se despeñaban muchos y hacían pedazos, impeliéndose unos á otros y cayendo unos sobre otros, de que fué mayor el estrago y muertes que el que sucedió abajo con los soldados. Los cuales viendo la ruína que se iba causando, hicieron que los indios amigos lenguas dieran grandes voces diciéndoles se detuvieran y vinieran á conciertos de paz y amistad, porque si no habían de perecer todos despeñados ó á sus manos; viendo que aquello era lo que les importaba, fuéronse deteniendo poco á poco los que habían quedado y dando la paz y amistad á los nuéstros, los dejaron quietos en sus tierras.

4.º Sonó esto por todos los demás de la provincia, y no sin provecho, pues desde allí juzgaron muchos serle de mucho excusar contiendas con los cristianos y tratar con ellos asentadas paces, y así con esta resolución, vinieron muchos á darlas, entre los cuales y de los pueblos fué Macaregua, trayendo, para mejor negociar, las armas y vestidos de Pedro Vásquez, que mataron en su pueblo, y muchas mantas y joyas de oro fino, con que se digirieron las acedias que traían con él y le dieron palabra de concertarle la paz toda la vida como él quisiese, con que lo despidieron al gusto de todos, y dejando aquel puesto, pasaron á los dos pueblos Bocore y Choaguetá, que los recibieron de paz y dieron la obediencia en nombre del Rey de España, haciendo demostraciones de todo con telas finas y piezas de fino oro de no poca importancia que les presentaron.

CAPÍTULO VI

Contenido: 1.º Encuentro que tuvieron parte de nuestros soldados con cuarenta indios de quien hubieron victoria—2.º Pasan adelante los nuéstros con su conquista y recíbenlos de paz en algunos pueblos—3.º Acaban de dar vista y pacificar la provincia de Guane y determinan volver á la ciudad de Vélez—4.º Pónenlo en ejecución y llegan á la ciudad á tiempo bien importante.

Muy diferente parecer tuvo por entonces Chianchón, pues no sólo no vino de su voluntad, como los demás, á tratar de paz con los españoles, aun enviándolo á llamar; despreció la embajada con demasiada arrogancia, pareciéndole ser poderoso él solo, no sólo á defender sus pueblos, sino aun echar de toda la comarca á los españoles, que no sintiendo bien de esto, envió el Capitán

Galiano veinte soldados con algunos de á caballo que lo pacificasen y llamasen si pudiesen por bien, antes de llegar á las manos ; y así llegaron y entraron en el pueblo con semblante pacífico, y sin exceder de lo que se les había ordenado, hasta que llegaron cerca de las casas del Cacique, de donde salieron á recibirlos cuarenta valientes indios con gruesos bastones en las manos, determinados de matar á palos á los soldados, como lo mostraron, poniendo al punto por obra sus intentos, descargando pesados y furiosos golpes sobre los que no venían descuidados, pues reparando la furia de los salvajes, les abrieron á muchos los pechos, y derramaban sus entrañas con las puntas de las espadas y lanzas, de manera que en poco rato de todos cuarenta ninguno se escapó de sus manos muerto ó preso, y entre ellos el Cacique, que maniatado hizo compañía á los demás, con quien dieron la vuelta los nuéstros para Bocore, sin ser poderoso para atajar ni retardarles el camino la mucha gente que salía de él con intentos de quitarles la presa, porque los caballos los atropellaban y hacían que desocupasen el paso, que sin detenerse pasaron con los presos hasta llegar donde estaban los demás con el Martín Galiano.

2.º El cual mandó luégo que los desatasen, y hiciesen tratamiento amigable, y con palabras blandas y amorosas los acarició, y trató lo mucho que les convenía tratar con ellos la paz en nombre del Rey de Castilla, con que vivirían seguros en sus tierras, sin que nadie les ofendiese, pues ellos en pago de su amistad y tributos que pagasen al Rey y á su encomendero en su nombre, se obligaban á defenderlos de quien los quisiesen ofender. Dió el Cacique y los demás con esto muestras de gran corazón, con que los dejaron ir libres á sus tierras, rogándoles hablaran á los demás y los pacificaran y los redujeran á lo mismo. Dejaron con esto aquel sitio y pasaron al de Sutota, donde los recibieron sin repugnancia, antes con afabilidad, y para más mostrarla les presentaron algunas buenas mantas y piezas de oro. Pasaron con esto Afotiseo y Caraheta al valle de San Coteo y Cupainata, que eran entonces de las poblaciones más principales, así en multitud de gentes como de frutos, pero no fueron bastantes las riquezas, que de ordinario suelen ser ocasión de soberbia y arrogancia, para que éstos la tuvieran con los nuéstros, pero les fueron obedientes y sujetos á todo lo que quisieron ordenar entonces y después.

3.º Ya con esto tenían vista y pacífica toda la provincia de los Guanes, y así en aquel pueblo se pusieron á hacer descripción de ella y de todos sus Caciques para señalar las huertas de encomiendas y repartirlas con igualdad, según los méritos de cada uno entre los Capitanes y soldados, conforme la costumbre y orden que tenía dado el Rey para remunerar los trabajos de los conquistadores; pero teniendo ya hecha esta minuta, les pareció se hacía la repartición con más sosiego en la ciudad, y así se determinaron á dar la vuelta á

ella por lo mucho que lo deseaban, por haber cuatro meses que habían salido y no estar sin sospechas de novedades que hubiesen sucedido con los indios sus comarcanos, por la poca satisfacción que tenían de su amistad y paz, porque aunque tenían ya dueños y amos señalados, no era esto bastante para su quietud, antes ocasión de lo contrario en muchos, ya por parecerles carga pesada el haberlos hecho de libres tributarios, ya porque el modo con que sus encomenderos los trataban, era más para avisparlos que tenerlos pacíficos, en especial que como entonces comenzaba la codicia á tomar fuerza, con deseos de hacerse ricos los pobres, y que siempre lo habían sido, y el tributo que habían de pagar los indios no estaba tasado, y era con tan grandes excesos que algunos les hacían pagar á sus encomendados, que venían á hacer reventar la coyunda de la servidumbre, y buscar su primera libertad por todos los modos que les eran posibles, y aun tentaban los imposibles.

4.º No faltó de esto y malos sucesos por estas ocasiones en esta ciudad de Vélez, como diremos, y bien á sus principios, pues á los dos meses de como partió el Capitán Galiano á esta conquista, sucedió un caso desastrado con uno de los encomenderos de la ciudad, de que aunque no había tenido noticia el Capitán, un soldado parece lo sospechaba, fundado en lo que dijimos, y así determinaron por el camino que habían llevado volverse con la brevedad posible, que fué bien menester para pacificar los alborotos que hallaron en ella; fueron todos tan bien recibidos, como deseados por el buen suceso en dejar llana la tierra del Guane, como lo estuvo hasta lo que diremos sucedió cuando vino don Alonso Luis de Lugo por Gobernador, sin haber perdido más que un soldado, ni peligrado ninguno, y por lo mucho que lo deseaba para el castigo de lo sucedido y defensa de otros mayores males que tenían.

CAPÍTULO VII

CONTENIDO: 1.º Codicia insaciable de un encomendero que fué causa de su desgraciada muerte—2.º Despídese el Cacique Tiquisoque de su encomendero con fingidas demostraciones de amistad, yendo á prevenir la guerra, como lo hizo con gran copia de indios acometerle—3.º Empezóse la batalla y vase prosiguiendo con muerte de muchos indios y heridos de los nuéstros.

UNO de los vecinos de la ciudad de Vélez que tenía ya repartimientos de indios, era Alonso Gascón, de quien había sid[illegible] lo los primeros alcaldes, y no era él de menos consideración ni de me[illegible] a de indios, cuyo Cacique se llamaba Tiquisoque, el cual le acudía c[illegible] dad

con el tributo como podía, aunque no como quería su encomendero, porque cuanto más le traían menos le hartaba y con más apetito quedaba su hambre, porque las riquezas en el codicioso, dijo Séneca, eran como el bocado de pan que se arroja al perro, que sirve más de cebarle el apetito que de apagarle el hambre. Así fué en este encomendero, pues un día que le trajo el Cacique algún oro, en lugar de agradecimiento, le dijo mil denuestos y oprobios, y hizo mil amenazas, que si no le traía lo que tenía escondido en sus santuarios, lo quemaría vivo. Fué el sentimiento que tuvo el indio de estas palabras, bastante para acabar de llenar los deseos y intentos que traía de librarse de aquella servidumbre por el camino que pudiese, y aprovechándose de la ocasión, disimuló en lo exterior, aunque bien encendido el corazón, y sin alteración de rostro, ni cuerpo, respondió á su encomendero con palabras pacíficas para más disimular, diciéndole: "No he podido traerte más oro, pero si gustas de más, como lo muestras, has de servirte de ir á mi pueblo y casas, donde en tu presencia te presentaré á los indios tus necesidades, con que se esforzarán á cumplírtelas con la abundancia que yo no puedo por mí solo, pero sé de cierto que con mis ruegos y tu presencia tendrás cuanto quieras, porque yo los tengo dispuestos ya para eso, y es razón acudamos á la necesidad de quien tanto deseamos servir." Fueron las palabras del indio la yesca en que se cebó el fuego de la codicia del encomendero, y así sin sospechas del veneno con que las decía por no poderle persuadir sus deseos á otra cosa de lo que le representaba el Cacique, ya se le hacía cada hora un año para ponerse en camino del pueblo de los indios, por parecerle estaba el peligro de verse ya enriquecido en la tardanza, y así sin ninguna llegó á pedir licencia para hacer el viaje al Teniente Juan Fernández de Valenzuela, el cual después de haber rehusado dársela, que parece adivinaba el suceso, hubo de concederle la ida por un enfadoso ruego y de otros; pero advirtiendo del cuidado que era menester para meterse entre indios tan mal seguros. No lo dejaban sus deseos reparar en nada al gascón, y así apercibiendo su caballo y armas, se dispuso para el camino con seis amigos de buen brío, también apercibidos con las suyas, que fueron espadas y rodelas: llamábanse uno Benito Carco y otro Bartolomé Sánchez, de los que vinieron de Santa Marta; los otros cuatro de quien no tenemos los nombres, eran de los del General Nicolás Fedremán; llevó también algunos indios yanaconas diestros en el arco y flechas. Salieron de la ciudad, y llegando á la casa del Cacique Tiquisoque, los recibió con agazajo, cubriendo con él y con los muchos regalos cuales hizo sus depravados intentos, que luégo trató de poner en ejecución, despidiéndose de ellos á boca de noche, ya que los dejaba en su casa bien cenados y acomodados, diciendo que iba á percibir sus indios para que saliesen todos por la mañana, que quería, para más servirlos y entretener-

los, ordenar una caza de venados y con osos, de que la tierra estaba bien abundante, y los indios diestros en matarlos, y después que nos hayamos entretenido en esto, les diréis lo que os pareciere, decía el indio, y haber servido con lo que tengo en mi rancho, se os traerá el oro á satisfacción de vuestro gusto. Dormid con mucho esta noche, que muy de mañana seré aquí con vosotros.

2.º Despidiéndose con esto, engañándolos con la verdad de la caza que iba á trazar de sus personas; aunque luégo los comenzaron á desengañar temores de que no era, como dicen, agua limpia lo que decía el bárbaro, y así el Benito Carco dijo á los demás: "No me parece bien, señores, la plática y regalos que nos hace este indio; quiera Dios no lo vengamos á pagar todo junto, cogiéndonos en alguna trampa que nos tengan armada ó cerrándonos los caminos para que no podamos volver, ó procurando cogernos descuidados, dar sobre nosotros, que somos nadie para con la multitud que de ellos se puede juntar, y no vive más el leal de cuanto quiere el traidor; pero ya que inconsideradamente nos hemos metido en el peligro, no es bien nos descuidemos un punto, porque en eso será posible sucedernos lo que podemos temer; esté el caballo ensillado y el perro de traílla, y todos en centinela, pues tengo por cierto que lo están también los indios para hacer de las suyas cuando menos pensemos." Las sospechas y miedos de todos hizo parecer bien el aviso á todos, y así estuvieron con él y con harta vigilancia toda la noche, como también la tenía Tiquisoque, no durmiendo ni dejando dormir á sus indios con las prevenciones que les mandó hacer, para dar á la mañana sobre los españoles, y con el aviso que hizo dar para la misma á todos los Caciques comarcanos, en especial al Saboyá, bien deseoso de que le vinieran á las manos tales ocasiones, y aun por ventura, según se sospechó, fué el principal que urdió esta tela y el primero que dió el consejo y traza.

Pasaron los nuéstros toda la noche en varios pensamientos y trazas para lo que ya tenían tragado había de suceder por la mañana con aquella gente bestial y arrojadiza, entre quien su desgraciada suerte los tenía; consolábanse también á veces con esperanzas, en especial cuando ya amanecía, de que podría ser no suceder mal, pues se había pasado la noche sin haber sucedido; traían con esto los ojos vigilantes á todas partes, al rayar el sol, por si veían muestras de lo que sospechaban, cuando vieron bajar por una loma rasa y de sabana más de seiscientos indios bien armados de sus flechas, dardos, arcos y macanas, con el demás aderezo de encrespadas plumas que acostumbran á sacar ó para guerras, ó para cuando van juntos de comunidad hacer coger las rozas, ú otros ejercicios que suelen hacer juntos; quedaron los nuéstros perplejos con esto, imaginando si sería lo primero, ó vendrían así para la caza y fiesta por alegrarlos más; pero luégo se desengañaron y conocieron sus intentos por el denuedo y modo de ca-

minar que traían ; y así creyendo lo peor como cosa más cierta, tuvieron por sin duda la batalla, para la cual se dispusieron el Juan Gascón, puesto en su caballo, y los demás con sus armas, y fingiendo salían de amistad á recibirlos, sin ningún alboroto se fueron á encontrar con los indios, y llegando hasta un paraje acomodado para poderse servir del caballo, se descubrieron hasta que llegara el escuadrón más cerca y responderle, como dicen, como ellos cantasen.

3.º No les duró mucho esta perplegidad, pues luégo que llegaron los indios á tiro de flecha de ellos, hicieron seña de su rompimiento y de sus intenciones, disparando muchas flechas al són de muchas businas y caracoles que tocaban y grita que levantaron, que parecía se hundía la tierra al resonar de todo esto por los valles. Volaban las venenosas flechas tan aprisa que no se daban manos los soldados á repararlas con las rodelas, y así desde luégo comenzaron á lastimarlos, y á entender que si no era con particular auxilio del cielo, no podían escapar de entre tanta máquina de salvajes, por lo cual el Juan Gascón, con la voz algo turbada, habló á sus compañeros como pidiéndoles perdón, diciendo : "Perdonadme, señores y amigos, pues he sido el principal instrumento, que sin razón hayáis venido á veros en este peligroso trance; sabe Dios lo que estoy arrepentido, más por vosotros que por mí, pero ya es imposible el excusar el hacer demostración de quién somos. Poderoso es Dios para librarnos de tanta gente, pero nuestras manos será bien hagan de su parte de manera que estos bárbaros no nos hayan vivos á las suyas, porque será eso padecer mil muertes, y así vale más morir de una vez que de tantas, ya que ha sido ésta nuestra infeliz suerte."

Fué esta plática como despedida que hicieron los unos de los otros para entrarse á morir entre los indios, y así haciendo soltar luégo el perro y dando el Gascón de espuelas al caballo, se entraron entre los indios los nueve como nueve leones hambrientos entre manada de ovejas, y con una furia desesperada por verse ya heridos del veneno de las flechas, hacían cruel carnicería en los indios, que pretendían, embistiéndolos por todas partes, cogerlos á manos vivas para doblarles sus muertes; pero los soldados se defendían con tanta fuerza, que en poco rato ya no podían andar sino encima de cuerpos de indios muertos, cortadas las cabezas y brazos; acerca el del caballo había valerosos hechos, acudiendo siempre atropellar á los que se mostraban más bizarros y valientes, empleaba su lanza derribando y traspasando con ella á cuantos se le ponían delante, como lo hacían los de las espaldas que le iban siguiendo, porque ya que no podían redimir sus vidas, las querían vender á precio de muchas muertes. Andaban ya todos tan llenos de flechas y las más de ellas penetrantes, que les estorbaban al menear como querían las espadas, sin darles lugar la prisa para que se las sacasen, y no era lo menos que los combatía la aflicción de la sed que traían con el mucho trabajo, del cual y de la mucha sangre que derramaban por las heridas,

y muertes que habían dado, les iban faltando el vigor y fuerza, como se echaba de ver en los golpes de la espada.

CAPÍTULO VIII

CONTENIDO: 1.º En el conflicto de la batalla matan al Encomendero, después de haberle muerto el caballo y hecho valerosas suertes en los indios—2.º Mueren los demás españoles y indios amigos, y sólo se escapó uno, que fué á dar la nueva de lo sucedido á la ciudad de Vélez—3.º Piden socorro los de Vélez á Fernán Pérez de Quesada en la ciudad de Santafé, envíalo, y con él y los recién llegados de Guane salen al castigo—4.º Llegan á las tierras de estos indios y hállanlos en las alturas de unos peñascos, donde les comenzaron á embestir.

EL perro, aunque anduvo valeroso, al fin traspasado de muchas flechas, perdió la vida, como también el caballo con mil venenosas heridas por los ijares y pecho, aunque al tiempo de caer muerto quedó el caballero en pié, sin perder la lanza, con que hizo hechos tan de español, que parecía entonces entrar de refresco en la batalla, y así hizo cosas en la defensa, hasta que entre los demás golpes de macanas que le daban por mil partes, uno vino con tanta fuerza que le derribó la celada borgoñona que traía y quedándose sin defensa la cabeza, acudió luégo otro segundo en ella que le quitó la vida, y uno de los más valientes y principales indios de Saboyá la lanza, de que hizo más estimación que si le dieran toda la plata que se ha sacado del cerro del Potosí, porque decía en otras ocasiones que peleó con ella, que le hacía valiente y atrevido, por ser lanza de español, que lo era tanto, y aun decía el bárbaro, que aquélla lo había de hacer inmortal, que si dijera al contrario lo acertara, pues con ella se le dió la muerte por mano del Capitán Juan de Rivera en una refriega que se tuvo en la pacificación que se hizo años después de estos indios Saboyaes, donde solos dos peones españoles, y el uno cojo, se defendieron y escaparon de más de quince mil indios, siendo esta lanza que se le quitó á este indio gran parte para este suceso, de que por ventura después hablaremos en las conquistas de Muzo.

2.º Murieron al fin á mano de los indios los otros seis españoles, habiendo hecho primero menos muchas vidas de indios, sin que pudieran haber á mano ninguno vivo, que era lo que más pretendían Tiquesoque y Saboyá; no falta quien diga que uno de los españoles, con ciertos indios y anaconas de los que llevaban, se huyó por un lado enmedio del conflicto de la batalla, pretendiendo escaparse de la muerte; pero si se hizo, les fué en vano, porque estando la muerte entonces derramada por todas partes de aquella redonda, á cualquiera

que fueron la hallaron, porque tenían los indios ocupados todos los caminos, de manera que sólo quedó vivo un indio de los que llevaban, que pudo llegar con harto trabajo á la ciudad de Vélez, por las muchas heridas con que escapó, á donde dió la nueva, y contó el caso como había pasado, que no causó pocas tribulaciones, por la poca defensa que había en la ciudad, estando tántos fuera en la provincia de Guane, y el principal caudillo, Martín Galiano, hombre valeroso en paz y guerra; los recelos que más acongojaban la ciudad era de las sospechas que podían tener no se levantase y juntase toda la tierra para venir sobre ellos, en especial que ya los conocían por gente brava, terrible y determinada para toda maldad, y por entonces cobrados más bríos con el caso fresco sucedido, y no sospechaban mal, porque si siguieran la victoria que habían comenzado, y dieran sobre el pueblo, sólo Dios pudiera defenderlos.

3.º Viéndose en estos trabajos y con sospechas de otros mayores el Juan Fernández de Valenzuela y los demás de la ciudad, y que para reposo y defensa de ella y de lo que podría suceder no tenían nuevas de la venida de los de Guane, acordaron de enviar hacer saber el suceso á Fernán Pérez de Quesada, que estaba en esta ciudad de Santafé, para que les enviase el socorro que viese habían menester, el cual considerando el riesgo en que estaba la ciudad, despachó por la posta cincuenta españoles, bien prevenidos de armas y muchos de ellos de á caballo, con los tres valerosos Capitanes Juan de Céspedes, Gonzalo García Zorro y Juan de Rivera, los cuales á paso largo y doblando jornadas llegaron á la ciudad un día antes que el Capitán Martín Galiano con toda su gente de la vuelta de Guane, con que resucitaron los del pueblo y perdieron los bríos los naturales, y aun para hacerlo perder advirtiendo lo que convenía no dilatar el castigo, determinaron ponerlo luégo en ejecución, para lo cual señalaron setenta hombres, que pareció bastaban, con que se determinó el Martín Galiano ir por caudillo, no reparando en los trabajos y cansancio que había padecido en la provincia de Guane. No le pareció llevar caballos, por ser la tierra áspera y que no habían de servir más que de estorbo, en especial que ya se tenía noticia de la junta que hacían los indios, que iban á buscar dentro de las malezas y riscos de los montes de Orta y Cocumique, que son confines á las sierras de Agatá, donde pensaban defenderse los bárbaros, si iban los nuéstros á acometerles, y si no venir desde allí juntos á buscarlos, con determinación de no volver paso atrás, primero que los destruyeran y echaran de sus tierras, como se supo de algunos indios de ellos mismos que dieron aviso á los nuéstros; lo cual les fué causa sobre las determinaciones, abreviar más la salida de la ciudad, para anticiparse á los intentos de los indios, y cogerlos sobre seguro, y así salieron con solas espadas, rodelas y ballestas, el mismo año de mil y quinientos y cuarenta, á los postreros de Mayo, yendo dejando atrás mil dificultades de sierras;

llegaron á las de los Agataes y sus poblaciones, que hallaron vacías de gente y de toda suerte de sustentos, y sin rastros por donde pudieran buscar sus moradores; pero como gente experimentada en tales guerras y costumbres de indios, rastrearon por todas partes, buscando los rastros por donde pudieron haberse entrado en la montaña, por ser ésta la común costumbre de las retiradas de estos naturales. No pasó en esto mucho tiempo que no diese uno de los soldados con una mal seguida trocha por una estrechura tál, que los que no eran tan diestros no se podían persuadir, por ser aquella entrada de gente; pero los que más sabían y tenían más largas experiencias, no dificultaron era aquélla la salida que habían hecho los indios de su pueblo, y como éstos fueron los más, venció este parecer, y entrando por allí, siguieron un buen trecho los rastros ciegos, hasta que vinieron á hallarlos más claros y manifiestos, y siguiéndolos á dar, en el camino claro, ancho y bien trillado, con que se les quitó á todos la duda de ser aquél el de los indios de la retirada; fuéronlos siguiendo con recato hasta llegar á una singla ó cordillera peñascosa, por donde también había los rastros; atravesándola subieron por ellos hasta la cumbre, desde donde vieron otra más adelante que las dividía un valle hondo; pero las cumbres no tan lejos que no estuviesen á tiro de ballesta y flecha, donde vieron gran multitud de indios, todos armados, y á usanza de sus guerras, con mucha plumería, con que parecían mucho más altos y dispuestos que ellos eran.

4.º Luégo á la primera vista que dieron los bárbaros á los nuéstros, comenzaron su algazara con tan desaforadas voces naturales y de caracoles, fotutos, cornetas y trompetas, que recorriendo los ecos por aquellos valles y peñascos, parecía hundirse la tierra; despedían á vuelta de esto tanta multitud de flechas, que casi oscurecían el sol y para más asegurar los bríos, se acercaban cuanto podían á los labios de los peñascos, y así sucedió que un indio de los más valientes y briosos, para mostrar que lo era, y capitán de los otros, se puso á la punta de una tapa que estaba un poco más sobresaliente que las demás breñas, desde donde, con palabras y obras de sus flechas, pretendía ofender más á los nuéstros, aunque sus tiros sólo fueron de efecto en un perro que quedó lastimado de uno; pero pagólo bien por sus cabales, pues en recompensa dió la vida, porque un Alonso Martín, soldado viejo, de los que habían venido con Fedremán, de quien ya tratamos en la primera parte en lo de la laguna de Maracaibo, ballestero no menos diestro con su ballesta que el más diestro indio con su arco, poniendo en ella un arpón y apuntando al indio sobresaliente y atrevido, hizo un tan acertado tiro, que le pasó de parte á parte por el lado izquierdo, con que cayó muerto el desdichado gandul, despeñándose por más de cien estados, viniendo á parar al camino por donde habían de subir los soldados

al puesto de los indios, los cuales viendo la desgraciada muerte de su Capitán y otras acertadas suertes que se hicieron en ellos con las ballestas, y que ya no les habían quedado municiones de flechas para resistir el llegar á ellos los soldados, se fueron retrayendo más adentro de la singla á otras mayores alturas y más fragosas que aquéllas.

CAPÍTULO IX

CONTENIDO: 1.º Victoria que alcanzan los nuéstros de los indios Saboyaes, con que quedan castigados—2.º Revuelven sobre el pueblo de Tiquisoque, donde con los de á caballo hicieron gran estrago en los indios.

NO fué dificultoso á los soldados conocerles los intentos á los indios y así se dieron mayor prisa á tomar el alto donde estaban antes, que se pasaran al otro, y les sucedió bien, pues cuando imaginaban los indios que estaban los nuéstros en la mitad de la ladera, los hallaron sobre ellos, peleando con tanta furia, á que no ayudaban poco los bravos perros que llevaban, que los quedaron de mucha matanza que se hizo. Tuvieron por bien derrumbarse por donde podían, por si podían librarse de tal furia, no atendiendo ya á subirse á la breña que intentaban, por ser lugar manifiesto, sino á meterse en cuevas y espesos arcabucos, donde no les hallasen. Trataron luégo los nuéstros de rastrear los bahíos donde se alojaban, que descubrieron fácilmente, porque estaban cerca del sitio de la guazabara, y en ellos abundancia de comidas, con no pequeño despojo de oro y otras cosas importantes, donde estuvieron descansando dos ó tres días, después de los cuales tomaron la vuelta de Tiquisoque.

2.º Cuando salió el Capitán Galiano de Vélez con sus setenta hombres á este castigo, quedó concertado que el Capitán Céspedes, con otros de á caballo, saliesen cierto día para el castigo del Tiquisoque, donde podrían servirse de los caballos, y que los que antes llegasen al pueblo de un indio llamado Capa, una legua de Tiquisoque, aguardaran allí á los otros; y así caminó el Galiano con su gente y pasando por tierras de Popoba, llegó al pueblo de Capa, donde se juntó con los de á caballo; y así todos comenzaron á caminar aquella legua que les faltaba á Tiquisoque, en el cual les fué forzoso pasar una media ladera, de cuyas cumbres tenían los indios con quien estaba á la mira contando los pasos á los españoles y sabían que les era forzoso el pasar por allí, gran multitud de galgas que comenzaron á despedir y con ellas miles de flechas á tal tiempo, que si no es con favor del cielo, no pudiera escapar ninguno, por las muchas que de unas y otras venían, y la dificultad del paso, que les era imposible evitar, ni po-

der tomar el alto por ninguna parte; sólo hallaron por más seguro remedio el ir divididos y alar el paso, con que al fin y el socorro divino, pasaron sin suceder desgracia de consideración hasta ponerse en el asiento del pueblo de Tiquisoque, donde salieron una inmensidad de indios despidiendo flechas con una fiereza que espantaba, haciendo alguno de ellos ostentación de los despojos que habían tomado á Gascón y sus amigos, en especial de la lanza que no pudieron los nuéstros recobrar por entonces, aunque lo intentaron, por la inmensidad de la gente que acudía, que les daban bien en qué entender, por ser tantos y todos diestros en sus armas; pero como no lo fuesen menos los nuéstros con las suyas y los caballos, apretáronlos con tan valerosa furia, en especial los Capitanes Céspedes, Zorro y Rivera con los demás que andaban á caballo, á quien seguían los peones con sus ballestas y espadas, atendiendo con mayor cuidado á los que se mostraban más valientes y orgullosos, que se hizo en ellos un tan terrible estrago, que ya los cuerpos muertos, y estar la tierra tan mojada de sangre, les era mucho estorbo á la ligereza que era menester en los caballos, peones y perros, que también lo hicieron valerosamente; al fin no pudiendo sufrir los indios tanta furia, y temiendo en sus personas el mismo estrago que se había hecho en los muertos, tomaron por el amparo la huída hacia unos pasos que tenían puestos cautelosos, de hoyos muy hondos, cubiertos por encima, para que siguiéndolos cayesen en ellos, como sucedió, pues yendo siguiendo el alcance uno de los jinetes que había ido de Santafé, cayó en uno de ellos, sobre quien se volvieron los bárbaros al punto que lo vieron, con tanta furia, pensando que ya lo tenían á las manos, que les fué necesario á los españoles menear bien las suyas para defenderle; de suerte fué la porfía de ambas partes sobre esto, que fué como comenzar de nuevo la batalla, pues se mostraban mayores bríos que á los principios, por haber hecho los nuéstros caso tan de honra el defender y sacar vivo el soldado de entre tanto barbarismo, que no con menos ahínco pretendían lo mismo, poniendo su felicidad en sólo aquello; pero al fin el ánimo invencible de los nuéstros, que con ser solos ciento cincuenta, los naturales con muchas muertes de ellos y muy á su costa de los que quedaron heridos, sacaron del hoyo vivo y sano al jinete y caballo, con que viéndose ya sin esperanzas los naturales de lo que pretendían, y que los golpes fieros caían sin piedad sobre ellos, comenzaron á huír más de propósito por unas sendas que ellos tenían conocidas, y libres de emboscadas puntas, porque todo lo demás fuera de estos caminos estaba sembrado de ellas, y ocasionado por todas partes á muertes trabajosas en los que con ellas se empuyasen, que es un ardid de que estos naturales usan, peligrosísimo y de riesgo para sus enemigos, sin tenerlo ellos ningún trabajo, porque suelen con sola una vecezuela que envían á poner estas puntas en pasos estrechos de los caminos por donde es forzoso

ó coyuntura que han de pasar los que les siguen, hacer mayor guerra y matar más gente que en una guerra campal, como sucedió en ésta, que no habiendo muerto ningún soldado en la pelea, murieron cuantos se empuyaron, pisando las venenosas puntas en el alcance, sin que les aprovechara cura ninguna, fuera de Diego Ortiz, á quien socorrieron con cuidado, aunque con cura rigurosa, pues fué cortando con una navaja al punto la carne que se picó con el veneno, y caldeándola después con hierro ardiendo, que es la más principal y acertada cura que se ha hallado para el caso.

CAPÍTULO X

Contenido: 1.º Traza para librarse de las puyas con que tienen los indios sembrados los caminos, que le aprovechó poco á un soldado—2.º Pasan adelante los nuéstros con el castigo á la provincia de Chevare y mueren algunos de los españoles del veneno de las puyas—3.º Prosiguiendo el castigo, tienen nueva de que subía gente de la costa, con que no pasaron adelante en sus intentos y tomaron la vuelta de la ciudad—4.º Descripción de la ciudad de Vélez y algunas costumbres de los indios de su comarca.

Para librarse de tan pernicioso peligro dieron los soldados en usar en esta parte y otras, en especial entre Muzos y Colimas que tenían las mismas costumbres, de unas antiparas bien acolchadas y fuertes de algodón, con que cubrían todo el pié por debajo y encima, y toda la pierna, y llevando los piés rastrando por lugares sospechosos, se libraban del veneno y aseguraban á los que los seguían, porque iban descubriendo y quebrando las puntas, si bien esta industria no bastó á librar de la muerte que se le siguió de quedar picado á un soldado de bastantes fuerzas y bríos llamado Antonio Pérez, portugués, que llevaba unas antiparas de éstas, en que confiaba demasiado, por ser un cuero grueso de danta, porque caminando con ellas, con el rocío de la mañana se ablandaron de manera que no resistieron á una punta que pisó, y así tocándole, á malas penas debió de ser en alguna vena, sin remedio perdió la vida al seteno, rabiando de graves dolores, con mucho sentimiento de todos sus compañeros, por ser soldado de estima.

2.º Salieron de esta tierra de Tiquisoque y fueron á la provincia de Chevera, donde les fué forzoso detenerse ocho días en pesadas guazabaras, porque era gente arriscada y valiente sus naturales, donde al cabo de ellos salieron con algunos soldados heridos, y otro menos que había muerto con el veneno de las flechas, de que se libraron por diligente cura el Capitán Juan Fernández de Valenzuela, que sacó atravesado un brazo con un dardo y empuyada la pierna

derecha, y Francisco de Murcia, que escapó mal herido, aunque después vivió muchos años con larga generación; pero murieron Diego Martínez y un Francisco Hernández Delcija, soldados muy valientes, con otros cuatro que se enterraron sus nombres con sus cuerpos, y no hicieron menos falta en aquella ocasión dos valientes lebreles y una yegua que quedaron muertos, del Capitán Alonso de Poveda, natural del pueblo de Villiscusa de Aro, en la Mancha, cuatro leguas del pueblo donde yo nací; de suerte que la más cruel guerra que había entre estos indios era las de estas puntas envenenadas, pues sin ver muchas veces al enemigo, morían sin remedio hombres y animales; debido con todo esto, se hicieron estimables suertes en aquel castigo, pero aunque fueron muchas las muertes de los naturales, no tuvieron igualdad con las pocas que hubo de españoles, por ser mucha la falta que hacían respecto de los pocos que había en estos tiempos en este Reino.

3.º Entre los muchos naturales que pretendieron en esta salida, castigaron á algunos cortándole los dedos á unos, á otros una mano, á otros las narices, para que con esto escarmentaran, y los demás que no habían podido haber á las manos. Llególes en este tiempo á los soldados socorro de la ciudad, de peones y caballos, con que se determinaron pasar á Tumunga, donde había largas y extendidas poblaciones ricas y abundantes de comidas, dispuestas y prevenidas para las guerras que se ofrecieran, ó tenían intentos de hacer, aunque duraran muchos días; no se habían tampoco descuidado en hacer cubrir muchos hoyos y puntas venenosas en los pasos estrechos por donde se entraba en sus tierras, mas ya los españoles, como escarmentados de las pasadas, iban con recato y cuidado, limpiando con los pies antiparados, y con otros instrumentos, les pasos sospechosos, si bien esto no les libró tan del todo que no muriesen de las puntas Pedro de Alvarado y Baltasar de Moratín, Alcalde que á la sazón era de la ciudad, con aquellos accidentes rabiosos con que siempre morían los inficionados de estos venenos. Prosiguiendo iban su riguroso castigo en esta provincia de Tumunga, por ser una de las más culpadas en las alteraciones y revoluciones pasadas, cuando llegó carta de la ciudad al Capitán Galiano, en que se sospechaba subía gente de la costa por el camino que habían traído los primeros conquistadores, y que estaban ya cerca de la ciudad, según las nuevas que habían traído algunos indios. No pusieron los Capitanes duda en esto, por haber ya días que habían sabido era muerto en Santa Marta el Adelantado y Gobernador D. Pedro Fernández de Lugo, y entender que había ya en su lugar proveído Gobernador el Consejo de las Indias, ó la Audiencia de Santo Domingo, y así no dudaban que cualquiera que fuese, subiría á este Reino con las nuevas de su grandeza, que ya habían sembrado en la costa los tres Tenientes Generales cuando bajaron, y así por entonces determinaron dar de mano al castigo

y la vuelta á la ciudad de Vélez, desde donde se volvieron á esta de Santafé los Capitanes y soldados que habían salido de ella al socorro; fuera del Capitán Juan de Rivera, que quedó en la de Vélez por ventura con los deseos que tenía de ver Gobernador ó Justicia nueva en la tierra, como sospechaban sería de quien tenían las nuevas que ya llegaban por algún otro respecto que le obligó por entonces á no volver á esta ciudad de Santafé.

4.º De donde está apartada la de Vélez treinta leguas al Nordeste en cinco grados y cincuenta minutos de latitud á la parte del Norte, sentada en los costados de un monte que mira al Este, por cuya parte tiene por términos el río del Oro, y los parte con la ciudad de Pamplona por el Sur con la de Tunja por el Oeste con el término de los Muzos, y por la del Norte llegan hasta el de la ciudad de Ocaña, en tierra toda doblada, sin ningún llano, bien templada, sin frío ni calor, de buenos aires, que no le ayudan poco á la salud, por ser limpia de arcabuco, aunque tiene el que ha menester para la leña y madera. No es bueno el asiento del pueblo, en especial por ser perseguido de valentísimos truenos y rayos. Dase mucho algodón, de que se hacen cargazones de alpargates en la provincia de Guane; dase buen trigo y todas las frutas y legumbres de España, si les buscan de temple que cada una ha menester, pues hay de todos, con la diferencia de altos y bajos; en especial se da con mucha grosedad caña dulce, que es el mayor trato de este pueblo, para cuyo beneficio tienen fundados casi treinta ingenios, que los sirven negros y indios, en que se hace mucha cantidad de azúcar, miel y conservas, de donde abunda todo este Nuevo Reino; es tan abundante de mujeres esta ciudad, que de ordinario nacen seis tantas que hombres, y todas de buen parecer, y los hombres de buen ingenio y bien dispuestos.

Críase bien toda suerte de ganado mayor, vacas, yeguas y mulas, por ser fertilísima de pasto todo el año; danse cabras, pero pocos carneros, porque el calor no les es á propósito, lo que también es ocasión para que no se haga queso de la abundancia que hay de leche, pero hay la de manteca. Tienen buenas minas de oro fino á las vertientes del Río Grande de la Magdalena, como son las que llaman del Sapo, y en el río del Oro, cerca de la provincia de Guane, y otra que llaman de los cañaverales, cuatro leguas del pueblo de la sierra de Agatá; labran una mina de cobre tan fértil que sale á la mitad, y tan dócil y suave de labrar, que hacen de él, sin liga, las obras menudas que quieren; hay mucho metal y minas de fierro, y en muchas partes muy buenas y finas piedras del águila, de que tengo una en mi celda de más de seis libras, y otras menores que las hallé no lejos del pueblo, al cual le han quedado, de más de cien mil indios que tenía con la provincia de Guane cuando entraron los españoles, solos mil y seiscientos de encomienda en veintisiete Encomenderos, que acá llaman

vecinos, demás de los cuales habrá otros tantos, que por todos tendrá la ciudad hasta setenta vecinos. Tiene convento de nuestra religión, con tres pueblos de doctrinas que están á su cuidado y enseñanza. Las costumbres de estos indios eran varias, según la variedad de las provincias, aunque en muchas conformaban con las que tenemos dichas de los Moscas, si bien discordaban en otras que sería nunca acabar querer contarlas. Los ladrones al tercer hurto morían flechados, amarrados á un palo, y al que mejor le acertaba de los flecheros en el ojo ó boca, le daba el Cacique una manta en premio; á los muchachos no castigaban sus travesuras con azotes, sino echándoles agua de ají ó pimienta en los ojos, que les hacía saltar; á la que tenían sospecha de adulterio, embriagaban con zumo de borrachera, y si estando así hacía algunas acciones feas ó sensuales, daban por confirmada la sospecha y la mataban, y si no la daban por libre, dándole á beber el zumo de otra yerba, con que volvía en sí; lo mismo hacían con los muchachos y muchachas cuando eran de hasta once ó doce años, y si así embriagados acudían los muchachos á las flechas, arcos ó instrumentos de labrar la tierra, y las muchachas á las piedras de moler ó algodón, que todo se lo ponían allí cerca, los tenían por hacendosos y valientes, á cada cual en su modo, pero si se dejaban dormir sin acudir á esto por flojos, los desestimaban; lo mismo hacían con los esclavos, conociendo si habían de ser fugitivos ó no en el acudir ó no á la puerta de la calle, cuando estaban con esta embriaguez. Los entierros eran al modo de los que hemos dicho de los indios de la sabana, con sus comidas, bebidas, mujeres, esclavos y riquezas, salvo que las bocas de los sepulcros estaban á un lado en la barranca y no por la parte de arriba, á modo de Silos, como los de estos de Bogotá, según se echó de ver en muchas sepulturas que abrieron los españoles en los principios, de que muchos quedaron ricos con el oro que sacaron de ellas. En el repartimiento que hizo el Capitán Martín Galiano y apuntamiento de los pueblos del Guane que dió á los soldados que le ayudaron á conquistar la provincia, no obstante que tenía ya por encomienda los pueblos de Chipatá y Saboyá, cerca de la ciudad de Vélez, señaló para sí el Guane, el pueblo de Chanchón, que era de los mejores, aunque huyendo en la nota en que podía caer demasiado codicioso, como ya algunos de los vecinos lo tenían advertido, fiado en la amistad y correspondencia que tenía en uno de sus soldados de la conquista de Guane, llamado Bartolomé Fernández de León, á quien había señalado y repartido el pueblo de Poaseque, puso en su cabeza y confianza el pueblo de Chanchón para que le administrase con los emolumentos y provecho que se sacase de él, donde hacía su principal asistencia el Bartolomé Fernández, y procuraba acudir con mucha puntualidad al Galiano con todos los provechos que podía sacar y acrecentarlos cada día, en especial con rescates que venían hacer algunos indios desnu-

dos, de diferentes naciones y lenguas, convecinos de los Guanes, que por el oro que traían les daban sal, de que los hacían codiosos la falta que les hacía en sus tierras por no tenerla, de donde vino á tener noticia el Bartolomé Fernández de unas provincias fértiles y abundantes, que estaban entre el río de Sogamoso y el de Opón, que se llamaban Yaregüies, de hasta cuatro mil indios, y otros que tendrían otros tantos de diferentes nombres y apellidos, á quien se determinó descubrir y conquistar el año de mil quinientos cincuenta y uno, como diremos.

CAPÍTULO XI

Contenido: 1.° Sale el Capitán Gonzalo Suárez Rondón desde la ciudad de Santafé á poblar la de Tunja—2.° Fúndase la ciudad de Tunja y señálansele términos—3.° Dícense los útiles de esta ciudad y los Corregidores que ha tenido—4.° Fernán Pérez de Quesada hace en los vecinos de Tunja los apuntamientos de los indios de sus términos.

Después que el Teniente General Gonzalo Jiménez de Quesada, antes de su partida de esta ciudad de Santafé para España, hubo hecho elección de la persona de Gonzalo Suárez Rondón para que poblase una ciudad en las tierras del Cacique Tunja, llamado de este nombre, lo nombró por Justicia Mayor, que fuese de ella cuando la hubiese fundado, porque aunque es verdad en el recado que le dió de esto de entender que estaba ya fundada por ciertas inteligencias que lo movieron á decirlo así, ó porque ya la daba por fundada según la resolución que tenía tomada en ello, con todo eso no se fundó hasta muchos días después que se le dió este recado, pues se le despachó á diez de Mayo de mil quinientos treinta y nueve, y la ciudad se fundó y pobló á diez de Agosto del mismo año: la cual asignación para poblarla y denominación de Justicia Mayor, le confirmó en diez y ocho de Junio del mismo año Fernán Pérez de Quesada, como Teniente que quedó de su hermano el Licenciado Gonzalo Jiménez, dando en la confirmación las causas y estorbos que se habían ofrecido para retardar la población dicha; las cuales conclusas, salió de esta ciudad de Santafé al efecto el dicho Gonzalo Suárez, con los Capitanes y soldados de á pié y de á caballo que les señaló el Fernán Pérez de Quesada, y por Capellán al Padre Fray Vicente Requesada. Y tomando la vuelta de la provincia de Tunja, llegó al mismo pueblo y aposentos del Cacique á los primeros de Agosto del mismo año.

2.° A donde habiendo descansado algunos dos ó tres días, el de la Trans-

figuración, que es á seis del mes, pareciendo á él y á sus compañeros á propósito para fundar la ciudad el mismo sitio donde tenía fundado el Cacique, por estar en medio de la Provincia, tomó posesión en nombre del Rey en el cercado que decían de Quimenza de una ciudad, haciendo todas las ceremonias acostumbradas en las nuevas poblaciones, á quien puso por nombre Tunja, como se lo había ordenado el Gonzalo Jiménez de Quesada; señaló sitio para iglesia y que fuese de la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, conforme según se ve en el día, con el mismo que se tuvo en la dedicación de la iglesia, y aun fundación de esta ciudad de Santafé, pues fué en el mismo día que esta de Tunja, aunque está un año después, como hemos dicho; él mismo nombró por Alcaldes á Juan de Pineda y Jorge de Olmeda; y Regidores, al Capitán Juan del Junco, Gómez del Corral, Diego de Segura, Pedro de Colmenares, Fernán Vanegas, Antonio Bermúdez, Fernando de Escalanto; habiendo nombrado primero por escribano para los autos que se hicieran, á Domingo de Aguirre; no nombró Alguacil Mayor porque ya dejó nombrado y dados recados para que lo fuera del Reino el Gonzalo Jiménez de Quesada, al Capitán Baltasar Maldonado, al cual nombró y dió poder el Gonzalo Suárez para que fuera con la gente que le señaló de á pié y de á caballo, á señalar y mojonar los términos de la dicha ciudad, por las partes que señaló el Teniente Gonzalo Jiménez, en los recaudos que le dió de Justicia Mayor al dicho Suárez, que fueron más cortos de los que ahora tiene, por haberse después dilatado.

3.º Permanece hoy la ciudad en el mismo sitio que la fundaron la primera vez, á las faldas de un monte pelado por la parte que mira al Este, en cinco grados de latitud al Norte, y en setenta y seis y diez minutos de longitud, veintitrés ó veinticuatro leguas de esta ciudad de Santafé, al Nordeste; temple frío para tocar en páramo, desabrido, combatido de vientos lestes y fuertes; es su comarca y término abundantísima de toda suerte de frutos de la tierra y de España, en especial de trigo y de cebada, de que tiene excelencia sobre todas las demás el gran Valle de Sogamoso, que es el algori de todo este Reino, pues es el que le harta de trigo y harinas; los ganados mayores y menores y frutos que se sacan de ellos, son abundantísimos y muy buenos, en especial el queso y manteca de vaca, por serlo las tierras de pastos todo el año; llegan sus términos por la parte del Norte á la quebrada de Tequia; por las del Este no tienen término conocido, por ser aquella parte la de los Llanos que llama de Venezuela ó el Dorado, que corren una inmensidad de leguas; por la parte del Sur se dividen sus términos con la de esta ciudad de Santafé, revolviendo á la parte del Poniente, por donde también toca con las de Muzo por aquella parte que llaman de Chiquinquirá, donde está fundada una muy buena iglesia, dedicada á Nuestra Señora, que es la devoción de todo este Reino, y aun de toda esta tierra firme,

por los milagros y remedios en necesidades que ha obrado una Santa Imagen de Nuestra Señora que está allí, de cuyos principios y toda su historia tratara yo en ésta, si no estuviera escribiendo la particular que pienso saldrá presto á luz. Lo más de estos términos es tierra doblada, aunque tiene pedazos de llanos en algunos extendidos valles, como en el Sogamoso y otros.

Tendrá esta ciudad hasta quinientos vecinos, de los demás y encomenderos, que son hasta setenta y dos ó setenta y tres, en quien están encomendados veinte mil indios, que han quedado de casi cien mil y novecientos que había cuando entraron los españoles; tiene buenos edificios de piedra, tapias, por haberse hallado para ellos tierra muy á propósito, es falta de agua y leña, aunque lo fué más á sus principios, antes que un Corregidor que hubo los años pasados, llamado Juan de Carate Chacón, hizo un conducto abierto, pesado y nivelado muchos días antes por un Juan de Quijalte, por donde viene un razonable golpe de agua mejor en sus nacimientos que cuando llega á la ciudad, por falta de buen conducto; pero al fin con esa que pasa y la que traen de acarreto con jumentos de otras fuentes no tan buenas un poco apartadas, y no es lo menos que califica los términos de esta ciudad el tener dentro de ellas, á seis ú ocho leguas de ella á la parte del Sureste, la mina de las esmeraldas de Somondoco, que aunque no se labran de presente por falta de agua, han sido la grosedad de todo este Reino. De estas piedras antes que los españoles descubrieran las de Muzo, que han sido las que han llenado el mundo, como diremos en su lugar; hay en ella un convento acabado, grande y bueno, donde se leen artes y teología de Nuestro Padre Santo Domingo; otro que se va ya acabando de Nuestra Orden, donde se leen artes, á cuyo gobierno están ocho doctrinas de indios, en que entran la mayor parte de los que hay, y pueblo principal en el Valle Grande y fertilísimo de Sogamoso; hay otro convento de San Agustín, colegio de la Compañía de Jesús, dos conventos de monjas, la Concepción y Santa Clara, y una parroquia, que es la iglesia mayor, bien hecha, en especial la portada, y de buenas y ricas capillas bien dotadas, con su cura y vicario distintos; ya son seis parroquias, desde el año de mil seiscientos veinticuatro. Los más de sus pobladores fueron gente noble, como se echa de ver en sus descendientes que viven hoy. Son los hombres y mujeres de buen cuerpo y parecer, y en común, todos de buenos ingenios para letras y lo demás; es cabeza de Corregimiento, en cuyo partido se comprenden las ciudades de Vélez y Pamplona, con la Villa de Leiva. Desde su fundación la gobernaron Corregidores, puestos por la Real Audiencia de Santafé hasta el año de mil quinientos ochenta y dos, que entró á gobernarla por su mano el Capitán Antonio Lobe, á quien sucedió con provisión del mismo Consejo, el año de mil quinientos noventa y uno, Bartolomé Campuzano, y á éste D. Antonio Beltrán de Guevara, que tuvo por sucesor á Juan

Ochoa de Bunda Jáuregui, á quien siguió D. Fernando Ramírez de Berrío, y á él, D. Pedro Arroyo de Quesada, y á él, el Capitán Alejandrino Ramírez de Arellano, que hoy, con buena aceptación de todos, lo gobierna. Bien advertido se ha dicho algo de esto antes del tiempo que pide la historia; pero supuesto que no se excusaba decirlo aquí ó en otra parte, quise dárselo todo junto al lector en ésta, y quedar desocupado para lo que sigue.

4.° El Capitán Maldonado gastó algunos meses en señalar los términos, en los cuales fué en esta ciudad de Santafé á ver la nueva de Tunja el Teniente Fernán Pérez de Quesada, donde lo halló el Baltasar Maldonado de vuelta á ella, dejando amojonados los términos y trayendo la copia de los Caciques é indios que había en ellos, con lo cual el Fernán Pérez, habiendo ya hecho lo mismo en esta Provincia de Bogotá, hizo los apuntamientos, repartiendo según le pareció las suertes de indios á los conquistadores, aunque no á satisfacción de todos, teniéndose muchos por menos premiados que llenos de méritos; de esta desigualdad atribuyen la causa al haberse dejado llevar de la lisonja y regalos con que solicitaban su amistad algunos de los soldados que quedaron de los de Belalcázar, con que los mejoró y acrecentó sobre los que merecían más y que trataron de adquirir cada día más méritos por su espada, más que por hacer regalos á los que gobernaban, como otros lo hacían, teniendo mucho para esto gran copia de indios é indias que habían bajado del Pirú, pues había soldado que tenía de machos y hembras más de ciento y cincuenta que les servían, muchas de ellas bien industriadas en los métodos de cocina y frutas de sartén con que se regalaban unos á otros, y aun trataron de acrecentar sus caudales con el maltrato que tenían sus criados, como le sucedió á un soldado portugués con una india que tenía de su servicio. Entre las demás dicha Nusta, que enviándola á cierto rancho de un Capitán con un regalo de buñuelos y hojuelas, dijo á los del suyo: allá va niña Nusta Pla Di Deux aprobeite á su amo su traballo, con que quedó el dicho en proverbio por muchos años en la tierra. Muy por otro camino fueron siempre los Capitanes y soldados que entraron de Santa Marta con Fedremán, pues por estar curtidos en trabajos, salían con un puño de maíz tostado y unos alpargates á trastornar el mundo en conquistas.

CAPÍTULO XII

CONTENIDO: 1.° Determina el Gobernador de Santa Marta, Jerónimo Lebrón, subir por el Río Grande al Nuevo Reino. Arma para ello bergantines—2.° Señala también doscientos soldados que le acompañarán con todos los Oficiales de guerra—3.° Entran los bergantines en el Río-Grande, atropellando mil dificultades que se les ponían delante.

YA dijimos cómo se alborotó toda la costa de Cartagena y Santa Marta con las nuevas qne se dieron del descubrimiento de este Reino, cuando llegaron allí los tres Tenientes generales, y cómo requirió el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada desde Cartagena á Jerónimo Lebrón, que ya gobernaba en Santa Marta con comisiones de la Real Audiencia de Santo Domingo, por muerte de Don Pedro Fernández de Lugo, para que desistiese de los intentos que había sabido tenía de subir á este Reino como á tierra que pertenecía á su gobierno, de que no hizo mucho caso el Jerónimo Lebrón; antes puso más veras en la subida, con la contradicción que le hacía el Quesada, y así escogió la mejor gente con que se hallaba, y disponiendo el viaje por el río y por la tierra, al modo que se había tenido cuando se subió al descubrimiento, y para que se dieran las manos y ayuda en las necesidades que se ofreciesen los unos á los otros, armó siete bergantines, en que entraron cien soldados con buenas armas y por Capitán un Alonso Martín, bien experto en todo trance de mar y tierra, por ser caudillo antiguo y valiente de muchas ocasiones, y por pedirlo la que emprendían, los artillaron bien con algunos vercires, frusleras y buenas escopetas y abundantes municiones y otras armas que metieron con gran cantidad de buenas mercancías, algunas botijas de vino y otras de harina, entre las cuales venía trigo, cebada y otras semillas, para que mejor se conservaran, como lo hicieron hasta llegar á este Nuevo Reino, que fueron los primeros que entraron en él, y se dieron con tánta fertilidad, que ninguna extrañó la tierra, antes parece las estaba aguardando, deseosa de que se las sembrasen, según los colmados frutos que luégo fueron dando todas. También embarcaron la primera semilla de mujeres españolas, que no ha sido la que menos ha fructificado entre las demás en este Reino, pues aun antes que entrara en él á la mitad del camino y ribera del Río Grande, entre las inmensas dificultades con que subían, dió fruto una Isabel Romero, que venía allí con su marido Francisco Lorenzo, vecino antiguo de Santa Marta, pariendo una hija que llama Doña María; de manera que madre y hija, criolla de las márgenes del Río Grande, fueron las dos primeras españolas que pisaron la tierra de este Reino. Acompañaban á los bergantines tres grandes canoas para

que les sirvieran de esquifes ó vateles, equipadas de algunos indios amigos de los convecinos al Cacique Malambo, en que venían por Capitanes y que los gobernaban dos Caciques: uno llamado Melo, que había tomado el nombre en tiempos atrás de aquel Capitán lusitano llamado Melo, que fué el primero que, como dijimos, entró por la boca del Río Grande; y el otro se llamaba Malegú, de donde tomaron nombre los indios Malegues.

2.º Para llevar consigo por tierra escogió otros doscientos buenos soldados, cien caballos y otras bestias en que traían las comidas, armas, vestidos y herramientas necesarias al camino. Nombró por su Teniente general á Hernán Velásquez de Velasco, hombre noble y de mucho valor, como se echó de ver en ocasiones de conquistas que se ofrecieron en este Reino, en especial en la Provincia de los Chicareros, donde fué fundador de la ciudad de Pamplona con Pedro de Ursúa, como después diremos. Nombró por Maese de Campo al Capitán Jerónimo Aguayo, caballero cordovés. También quiso subir con él como lo hizo el Capitán y Maese de Campo Juan Ruiz de Orejuela, natural y caballero conocido de la misma ciudad, de quien ya dijimos le había hecho quedar cerca de su superior, Don Pedro Fernández de Lugo, cuando subió á este descubrimiento y conquista el Gonzalo Jiménez de Quesada, con concierto que se le había de dar la parte que le tocaba como Capitán y Maese de Campo de todo lo que se ganara en la salida; lo que fué causa de venirse ahora con Jerónimo Lebrón, porque la fama de la grosedad que había hallado en el Reino, le había llenado de esperanzas de que hallaría recogidas y depositadas en parte segura las partes del oro y rancheos que por el concierto le venían: de que se halló defraudado del todo, pues aunque se hicieron estas divisiones y partes, cuando partieron el oro y esmeraldas de los pillajes, como queda dicho, luégo que se supo de la muerte de Don Pedro Fernández de Lugo, volvieron á embeber en sí no sólo lo que habían señalado tocaba al Juan Ruiz de Orejuela, pero aun todo lo que le venía al Gobernador que los envió y al Licenciado Juan Gallegos, que subió por Capitán de los bergantines y volvió á Santa Marta con un ojo menos que perdió en la de Sompallón á la vuelta del viaje, con quien también fué concierto había de entrar en parte. Venían por Capitanes Luis de Manjarrés, Gregorio Suárez, el Capitán Millán; por Cabo de Escuadra venía Diego de Paredes Calvo, soldado antiguo de Santa Marta, el Capitán Juan de Angulo, que después casó en Vélez con Isabel; Juan de Royo, Pedro Ruiz García, Diego Rincón, el Capitán Francisco Melgarejo, el Capitán Morán, á quien celebra en sus versos el famoso poeta por Don Alonso de Arcila; el Capitán Lorenzo Martín, que después fué quien dió primeros cimientos á la ciudad de Tamalameque, el año de mil quinientos cuarenta y cinco, aunque no permaneció su poblacion donde la puso, sino donde diremos, y fué también de los antiguos

poetas celebrado. Venían con los dichos Diego García Pacheco, Blas Martín, natural de Cabeza del Buey en Extremadura, labrador, tosco en su lenguaje pero muy valiente, y que con excelencia conocía las falacias con que hablaban los indios en traiciones contra los españoles.

3.º Estos, pues, y los demás hasta doscientos, con alguna gente de servicio de los indios é indias de Santa Marta, y los bergantines, salieron de la ciudad á los primeros de Enero del año de mil quinientos cuarenta; mandó el Capitán de mar guiasen los pilotos á la boca del Río Grande, cuya entrada estaba tan dificultosa por el bravo olaje que levantaban en el encuentro las aguas dulces con las saladas, que fué favor del Cielo no perecer todos los que embistieron á entrar, con alijar mucho de la ropa; y así, habiendo pasado con este peligro algunos hasta llegar a la mansedumbre de las aguas, por donde fueron subiendo el río, á los demás fué forzoso buscar otro pasaje y entrada para el río, como fué por la Ciénega ó laguna que se comunica con bocas al mar y río para donde guiaron, entrando por una de ellas desde el mar y yendo navegando hasta meterse en la otra que corresponde al Río Grande, que llaman de Pestague, enfrente de las barrancas de Malambo, donde no se les ofreció menores dificultades para pasarla que en los olajes del mar, respecto de ser mucha su angostura y la trabazón de raíces de mangles y muchos maderos que había en el canal ocultos en las aguas cenagosas donde encallaban á cada paso los bergantines con mil dificultades de moverlos; las cuales apeó un soldado vizcaino llamado Sancho, buen buzo, arrojándose al agua sin reparar en el riesgo de la vida en que se ponía por los muchos cocodrilos ó caimanes, de que hervía el paso, pero venciéndolos todos su buen ánimo, iba cortando las raíces y apartando estropiezos, hasta que á fuerza de palancas y remos salieron á la madre del río, donde se juntaron con los otros barcos que les estaban aguardando.

CAPÍTULO XIII

CONTENIDO: 1.º Llegan los bergantines á la Provincia de Mompox, donde á traición dieron á los nuéstros una guazabara naval los naturales, de que salieron los soldados victoriosos—2.º Los que se escaparon de los indios salieron á dar la paz, pretendiendo rescatar los Caciques—3.º Uno de ellos guía á los nuéstros al pueblo de Tamalameque, á quien saquearon hallando la gente descuidada—4.º Llegan los soldados á otro pueblo donde hallaron buen pillaje, cogen los indios una mujer española en el río y métenla en su tierra.

TODOS juntos fueron siguiendo el río con las tres canoas hasta que llegaron sin riesgo ni mal suceso al puesto y barranca donde después se pobló y ahora está la villa de Mompox; allí los recibieron tres Caciques con fingida paz, pretendiendo con ella quitar la vida á los españoles, para lo cual, por haber tenido aviso de su llegada, tenían prevenidos sus indios, como lo hicieron debajo la misma fingida amistad con el Licenciado Juan Gallegos. Acompañaban á los tres Caciques cien gandules, valientes de cuerpos y fuerzas, escogidos para los intentos y armados de flechas, arcos y macanas, con orden de que cuando viesen llegaba el golpe de la gente apercibida por el río, y que los españoles se ocupasen en defender los barcos, personas y haciendas, embistiesen con ellos por las espaldas y cuando menos pensasen estuviesen ya muertos ó mal heridos del veneno de las flechas; pero como era mucho el que traían en sus pechos, no dejó de salir fuera y conocerse por algunas señas y palabras que entendía la lengua que traían los nuéstros; por donde conociendo la traición, llegó en secreto y avisó al Capitán Alonso Martín de la maldad que había rastreado lo mucho que le importaba velarse con cuidado. Túvolo con esto el Capitán, que lo solía tener siempre, aun en menores ocasiones; antes del aviso que le dió el indio, estaba lleno de las mismas sospechas, y así disimuladamente fué avisando á cada uno de sus compañeros y diciéndoles: no me agradan las amistades de estos indios, por las señas que hemos conocido en ellos; si viéredes bajar muchas canoas con indios por el río, á la primera vista no quede vivo ninguno de éstos, para que así nos almorcemos á quien pretende cenarnos. Apenas hubo dado el aviso, cuando todos vieron salir de cierta punta que hacía un poco más adelante del río, tanta multitud de canoas, que parecía cubrirlo, en que venía tanta infinidad de bárbaros desnudos, y todo el cuerpo embijado, dando tan terribles voces que atronaban la tierra, cargados de sus arcos y envenadas flechas, puestos coronas unos, otros encrespados penachos de rica y varia plumería, planchas, patenas, chagualas y diademas de finísimo oro, que brillaba con mil resplandores, que á no ser de ánimo español los soldados

contra quien venían, les hicieran perderlo y pensar tenían sobre sí la muerte, pero fué al contrario, pues cobrando mayores bríos, hicieron que vinieran sobre los cien gandules que estaban con ellos, pues con brevedad los despacharon de esta vida á todos, fuera de los tres Caciques, que mientras se hacía la matanza en los demás, pusieron en prisión al Capitán Pedro Niño, Diego de Rincón Moscoso y Pedro Tellez, con los cuales presos se metieron todos con brevedad en los bergantines, á tiempo que ya estaban cercados de multitud de canoas y bárbaros que ya comenzaban á desembrazar no sin conocido riesgo de los soldados, de que se libraron con brevedad, acudiendo todos á disparar los tiros de fruslera, bercetes y escopetas, con que hicieron tales efectos que trastornaron muchas canoas, y matando infinitos indios, al fin como quien no tiene defensa en ellas, iban las aguas bermejas de la mucha sangre de los muertos suyos, penachos nadando cubrían y llevaban las aguas, y sus cuerpos los caimanes y cocodrilos; de que quedaban admirados los que desde algo lejos veían la fiesta sin participar de ella, y más de no ver efectos de muertes en los nuéstros por mano de los cien gandules, como estaba hecho el concierto.

2.º Y así viendo el manifiesto peligro y escarmentando en cabeza ajena, con más silencio del que traían, volvieron las proas de las canoas agua arriba y á meter detrás de la misma punta donde habían salido, con sospechas de haber sucedido lo mismo con los tres Caciques y sus cinco compañeros, y así para salir de esta duda, vinieron á la tarde cinco indios viejos á tratar con los nuéstros de buenas y fundadas amistades, si bien su principal intento era saber el estado que tenían sus Caciques y los demás, de cuya duda salieron en llegando, viendo los tres presos y á los demás muertos. Advirtiendo los Caciques el estado en que se hallaban y no poder salir de él sino era por paz y amistad con los españoles, hablaron á los cinco viejos y les ordenaron trataran de ella con todos los indios, sin consentirles tomar arma, ni dar ocasión de sospecha de enemistades, antes hiciesen demostración de amistad trayéndoles maíz y de los demás regalos de los frutos de la tierra, pues ya que á fuerza de armas no podían hallar su quietud en ella, la buscasen con buen tratamiento de los huéspedes; despidiéronse con esto los indios, y con la amistad que les prometió el Capitán, comenzaron luégo ellos también hacer demostraciones enviando sus canoas cargadas de maíz y regalos.

3.º Los temores con que estaban los tres Caciques les hacían dar trazas para conseguir su libertad intentando mil caminos, y entendiendo que el que traían por allí los españoles era para vengar las muertes y robos que se hicieron en el suceso del Licenciado Juan Gallegos, se llegó uno de ellos al Capitán Alonso Martín y le habló diciendo: "No pienses que en el caso de los años pasados fuimos participantes los de ambas riberas de este río, pues sólo los de

Tamalameque fueron los agresores del delito con el Jeque Alonso, y así no será bien paguemos los que estamos sin culpa; si quieres castigar á los que las tuvieron, yo te guiaré por parte que de repente puedas dar sobre ellos, donde recobrarás los bienes que robaron y castigarás las culpas que hicieron." Agradeció con buenas palabras el Capitán éstas del Cacique y prometiéndole á su tiempo libertad, ordenó guiasen los bergantines por el rumbo que ordenaba el Cacique, que con fidelidad los guió hasta el pueblo de Tamalameque, donde llegaron tan á tiempo, que hallándolo fuera de sospecha del suceso, pudieron dar de repente sobre todos, si bien se escaparon algunos y entre ellos el Alonso con muchos de sus bienes en canoas, que siempre tenían á pique para todo suceso. Saquearon el pueblo, en que hallaron harto buen rancheo de oro, algunas espadas, dagas y escopetas, herramientas, ropa de la que robaron en la terrible guazabara del Licenciado Juan Gallegos, que se le representaba allí bien al vivo á Diego de Rincón, como á quien tanto le cupo de ella.

4.º Salieron de este pueblo, y á pocos días dieron con otro que estaba en una isla que hacía un grande y extendido lago, cuya gente le resistió la entrada por más de una hora, con tantos bríos que no dejaron de suceder desgracias á los nuéstros, y una sobre todas con la muerte de un buen soldado llamado Juan de Vivas, en cuya venganza embistieron los demás con tantos bríos que hicieron convertir los suyos á los indios en procurar escaparse de sus manos arrojándose al agua, desamparando su pueblo en las de los españoles, que anduvieron sin pereza trastornándolo codiciosos de hallar el mucho oro que ranchearon de lo más fino, porque demás de cuatro quintales que hallaron de oro bajo en joyas y argollones, no hicieron caso, pareciéndoles ser todo cobre y sin quilates, de que en saliendo se arrepintieron, pues el fuego y ensaye se los halla y da el valor que tiene. Anduvieron después por ambas márgenes del río, entrando por algunos esteros y lagunas, donde no les faltaron buenos pillajes, haciendo con esto tiempo para que se llegara el que habían concertado, en que se habían de juntar los de la tierra y río á la boca del de Carare. * Esta fué la ocasión que los detuvo descansando algunos días en el pueblo de Sompallón, donde después se trasplantó el pueblo de Tamalameque, que había fundado el año de mil quinientos y cuarenta el Capitán Cuevas, por parecerles había mejor disposición de tierras para crianzas de ganado en este sitio de Sompallón, donde tampoco pudieron sustentarse por la gran fuerza y fragosidad de los indios, con que cada día y aun cada hora los inquietaban y destruían las haciendas y personas, como siempre lo hicieron los naturales de este río, con sucesos tan lastimosos y tanto, que se llevaron muchos libros con las relaciones de todo lo

* Debe de ser Cesare.

que pudo ser buen testigo un Francisco Henriquez, vecino de Santa Marta, por un caso desgraciado y harto doloroso que entre los demás de esta condición le sucedió. Pues despachando un día en un bergantín á su mujer acompañada de ciertos españoles, su criado, ocho negros remeros y negras del servicio con una rica vajilla de plata y otras joyas y copia de dinero á un repartimiento de indios que tenía en esta provincia de Tamalameque, quedándose él con otro bergantín en Santa Marta para seguir á la mujer en despachándose de ciertos negocios, porque se iba de propósito con toda su casa por algunos días al repartimiento, asegurándole para todo la paz, que había mucho guardaban los indios de ambas márgenes del río; pero pareciéndoles ser mucha la que hasta allí habían guardado, embistieron en cierto paraje con el bergantín mucha cantidad de canoas y robaron cuanto llevaba, y matando toda la gente, dejaron sola viva á la mujer del Henríquez, que metieron la tierra adentro, donde nunca más pareció, ni fueron bastantes á descubrir las muchas y apretadas diligencias que se hicieron.

CAPÍTULO XIV

CONTENIDO: 1.º Han á las manos nuestros soldados á Alonso Xeque, que andaba solicitando tierra contra ellos—2.º Saben los soldados del Alonso Xeque de estar la tierra convocada contra ellos y retíranse á la boca del río de Carare—3.º Dánles una guazabara naval los indios, de que salen los españoles victoriosos.

LOS días que se detuvieron los bergantines en Sompallón gastó el Alonso Xeque en solicitar los ánimos (como lo sabía hacer) de toda la tierra, para que irritados diesen sobre los nuéstros en venganza del nuevo daño que á su parecer había recibido en su pueblo; no pudo hacer esto tan en secreto que no se viesen cada día pasar estafetas en canoas por las anchas playas del río, á vista de los bergantines, con los avisos que se iban dando unos á otros; en que no advirtieron los españoles hasta que el Cacique Melo, que llevaban en las tres canoas, como á quien se le entendía de aquellas trazas, las vino á entender y avisar de ellas, declarando al Capitán sus sospechas, y que para salir de ellas, de más de ser el cuidado y vigilancia, importaba coger algunas de aquellas canoas mensajeras, para saber de ellas los intentos de toda la tierra, si no quisiesen por grado, á fuerza de tormentos. Pareció á todos bien el consejo del Cacique y tomándolo, se previnieron tres de los barcos de buenos remeros y indios amigos que al calor de los nuéstros se esforzaban más de lo que podían, y entrando en cada uno seis soldados con sus municiones, em-

bistieron á las primeras tres canoas que dieron vista, que venían bien equipadas de valientes y bien armados indios, y mientras se ocuparon en coger las dos primeras que tuviesen lugar de tomar tierra y escaparse, como lo intentaron, se huyó y escapó la otra, de que no se les dió mucho á los soldados, pues ya para los intentos tenían arta gente en la de las dos, en especial con la buena suerte que se tuvo de coger en la una al Alonso Xeque, que era la causa de la inquietud de todo el río en ambas partes y de tantas desgracias y pérdidas de vidas y haciendas de españoles.

2.º Andaba éste convocando la gente prevenida y resuelta dar aquella noche sobre los bergantines, á donde llegaron con los presos, desengañado ya el Alonso de las mentiras con que lo había asegurado el demonio en sus hechos, de que se daría sobre los españoles sin que ellos lo supiesen, los cuales poniendo en diferentes partes los presos, vinieron á entender de todos cómo toda la gente de ambas bandas del río estaban determinados á matarles aquella noche y que el tenerlos presos no sería parte para desistir de los intentos. Entraron en consulta sobre lo que se debía hacer, y después de varios pareceres, que los más fueron que aguardaran allí, sin dar muestras de cobardía, pues tendrían segura la victoria, por tener allí presos los Caciques, el Alonso Martín, como más cursado en estas ocasiones y de cuya disposición pendían los buenos ó malos sucesos, les habló de esta suerte: « No me parece, amigos, lo acertaremos viendo el peligro tan á los ojos, dejárnoslos á sabiendas quebrar en él, estando en nuestra mano el excusarlo; bien sabéis en las obligaciones que quedamos por el concierto que se hizo á la partida de la ciudad, de que aguardásemos al Gobernador y los demás del ejército á la boca del río de Carare, para pasarlo ellos en los bergantines, y que si no hemos subido tan arriba como nos hallamos, ha sido por hacer tiempo y rehacer el caudal si se nos ofrecía ocasión, y pues de las que hasta aquí hemos salido bien y la que tenemos delante no podemos prometernos llena satisfacción de buen suceso, tengo por cordura, pues nos da lugar le volvamos las espaldas y hurtemos el cuerpo allegándonos, pues ya es tiempo, á la boca del río dicho, pues vale más los aguardemos que nos aguarden, con que saldrán también en vano los intentos de estos indios hallándonos ausentes, de que se seguirá el desbaratarse esta liga contra nosotros, volviéndose cada cual y á sus casas con dificultad de volverse á juntar otra vez, desbaratados ésta, y caso que quieran con pertinacia seguir el darnos alcance, si lo hicieren, será mañana con luz, cuando veremos, si llegamos á las manos, quién nos hiriere y á quién herimos, con que podemos tener más seguro el vencer que ser vencidos, y así me determino que, con la capa y silencio de la noche, nos dejemos ir á la mar del agua, para lo cual todos se dispongan, y lo demás que convenga en los bergantines ». Admitieron todos por mejor este consejo y á las primeras sombras

de la noche, sin más aguardar, llevaron rejones en que estaban varados los barcos, y dejándose ir al paso de la corriente por no hacer ruido con los remos, caminaron con más espacio que quisieran, pues gastaron todo el de la noche en el que había hasta la boca del río Carare, en cuyo paraje y frente se detuvieron á la banda contraria, que es el Poniente, donde hallando tierra limpia y de cabañas, hicieron asientos y se sentaron tiendas de propósito, teniéndolo de no apartarse de allí hasta que llegara el Jerónimo Lebrón con los demás; pero los intentos de los indios, que estaban á la banda contraria en acecho, y ya les habían dado vista, fueron otros que los suyos, pues apenas habían comenzado á disponer los almuerzos, cuando vieron desembocar por el río de Carare más de quinientas canoas, cada una á lo menos traía treinta y cinco indios, todos embijados, con sus penachos y armas y terrible estruendo de voces, caracoles y trompetas, tan alentados á la batalla, que se les echaba de ver en los visajes y meneos que venían haciendo, porque demás de su ferocidad en toda ocasión, en ésta se les acrecentaba por entender venían los nuéstros desbaratados de Sompallón, faltos de municiones y defensa, que debió de ser también concierto entre todos. Estuvieron éstos allí para salir de refresco y dar sobre los que se escaparan de arriba, pues necesariamente habían de echar el río abajo.

3.º Apenas hubieron los soldados dado vista á estas canoas y embarcándose aprisa, y entoldado los bergantines de popa y proa, cuando la dieron á otras infinitas que bajaban el río en su rastro, de las que habían venido á dar sobre ellos aquella noche, que juntas con las otras se vino hacer tan gran número que cubrían todo el tablazo del río y atronaban sus riberas, valles y montes con la algazara entre todos; tirando á vuelta de las voces tan espesas flechas, que casi cubrían el sol, aunque ofendieron poco con ellas á los soldados, por el reparo que tenían de los toldos; donde aunque entraban las puntas, quedaba de fuera el tendal ó carrizo donde estaban aferradas con hilo. Tuvieron con este resguardo lugar los soldados de poner por los bordos, disponer y cargar las piezas, y dispararlas á su salvo, con que se comenzó á hacer tal batería, que en poco rato se veían muchas canoas limpias de gente, y boyantes sin quien las guiara, por haber muerto unos de los que venían en ellas, y otros desamparándolas del todo, por haberse arrojado á las aguas, que iban ya tintas en sangre de la mucha que se derramaba; las cabezas quebradas de unos, sirvió de escarmiento á otros, con que tuvieron por mejor y más dichosa suerte, como lo es la del que escarmienta en cabeza ajena; y así saltaron algunos en las canoas sin dueño, para con ellas y las otras que quedaban más boyantes, poder huír más seguros, con que quedó en poco rato limpio el río de todas, y los bergantines libres y victoriosos, sin pérdida ni desgracia de ninguna persona de ellos. Habiendo averiguado bien al descubierto, y cuán culpado estaba en él el Alonso, de que se le

hizo luégo la causa con las de sus compañeros presos, por lo cual resultó darles sentencia de muerte, tan bien merecida como la tenía por las muchas de que había sido causa, como ya dijimos. Ejecutóse luégo, no obstante mil promesas que hacía de guardar de allí adelante la fidelidad que había prometido en el Santo Bautismo, porque ya llegaba tarde.

CAPÍTULO XV

Contenido: 1.º Júntase el Gobernador Jerónimo Lebrón con los bergantines, y prosíguese el río, unos por agua, otros por tierra como hasta allí. Entran algunos soldados en un lago—2.º Caso que sucedió á dos españoles con una india y un indio—3.º Determina el Gobernador el nuevo modo que se había de tener de pasar adelante—4.º Pasan hasta donde pudieron llegar los bergantines.

A SEIS días de esta victoria llegó á la boca del río de Carare Jerónimo Lebrón con el resto del campo, después de haber pasado, y atropellando intolerables trabajos que se le ofrecieron hasta allí, donde fué recibido de los ciento que estaban en los bergantines con grande aplauso y muestras de gusto, como él y los demás que lo acompañaban también le tuvieron de que de los ciento sólo faltaba el que había muerto en la isla, y por las victorias y buenos sucesos que habían tenido, pasaron la boca de aquel río y comenzaron á caminar á las parejas por el grande arriba; los de las tierras y aguas, ranchándose cada noche en playas hasta el río que llaman de Lebrija, que es el mismo que el del Oro; y después la boca del de Serrano, por ser profundo y no poderse vadear sin riesgo de caimanes. Desde donde por no haberlo ya en pasar ninguno, hasta la Tora ó los cuatro brazos que llaman, pasaron adelante los bergantines, con orden de aguardar allí la demás gente. Yá este pueblo y vocablo de la Tora está totalmente perdido, sin que haya quien se acuerde de él. Llegaron allá algunos días antes y por no perder tiempo en ellos, andaban ranchando en los pueblos de las márgenes al río y comarca de la Tora, donde prendieron, entre los demás, un indio que les prometió llevar á una Provincia de indios ricos poblados á la redonda de un extendido lago, á la banda del Este, cuyas aguas se cebaban de las del Río Grande, por una boca también angosta, poco trecho arriba de la Tora, que no daba paso mayor que para una canoa. Determinaron con esto los soldados de fletar tres, en que entraron veinticuatro de ellos para el descubrimiento, con buenos bogas de los indios amigos; llegaron con esta prevención á la boca de la Ciénega y la hallaron tan larga y impedida de caimanes, que se gastó desde el amanecer hasta otro día á la misma hora en pasarla, de manera

que á las primeras luces del otro día dieron vista á la anchura del lago y á las muchas poblaciones que tenía en su margen, hallando ser más que las noticias. Esta boca está poco más abajo del pueblo de indios que hoy llaman de Chingalas, y á las márgenes de este lago ó ciénega, por sabanas están pobladas de hatos de vacas de vecinos de la villa de Mompox.

2.º Guiaron á la parte donde conjeturaron por los humos había más flacos pueblos, yendo los españoles tendidos en el plan de la canoa, por no alborotar con la vista la tierra antes que saltaran en ella, que fué á la mitad del día, por la proligidad de la navegación y mucha distancia que había desde la boca hasta las primeras casas, donde surgieron y donde comenzó luégo la confusión por la inopinada y repentina llegada de la gente nueva y tan aborrecida de los de ellas por la fama que días antes les había llegado, lo cual también les añadió bríos, para que con ellos y sus armas defendiesen su tierra, haciendo rostro á los peregrinos, á lo menos en cuanto era menester para dar lugar á que se pusiese en cobro hacienda, hijos y mujeres. Un Francisco Muñoz, soldado valiente, codicioso de haber á las manos una moza de buen parecer, rompió por entre los que hacían la resistencia, y apartándose de sus compañeros, la asió de los cabellos; la cual resistiendo el captiverio, daba voces á su marido, que no fué perezoso en llegarle al socorro, y como halló tan ocupado y embebido al soldado en sujetar la bárbara hermosa, y que había perdido la rodela en la refriega, tuvo lugar y buena ocasión de disparar una flecha envenenada, con que le hirió de un hombro, de que ya que no por entonces, después murió, cuando ya iba sanando, dicen que por hartarse de pescado, con que volvió á tomar fuerza el veneno; ya iba el bárbaro á disparar otra flecha sobre el mismo soldado, cuando llegó Pedro Niño como un viento, y de una cuchillada le cortó el arco, y hirió juntamente una mano, con que se embraveció más el indio fiero, y fiando en sus fuerzas, embistió con el Pedro Niño á brazo partido, con que anduvieron ambos bregando buen espacio de tiempo, haciendo cada cual lo que podía, hiriendo á su contrario con la cabeza, rodilla, palma y mogicones, hasta que ambos juntamente cayeron, aunque el Pedro Niño encima y con otra no pequeña ventaja, porque cayendo al tronco de una palma donde había un enjambre de abejas con su miel, cargaron sobre el pobre indio desnudo; de manera que no fueron poca parte para que quedara rendido. La mujer, que ya la había desamparado el Francisco Muñoz con el dolor del flechazo, aunque pudiera huír, no le pareció ser esto de mujeres honradas, sino ayudar á su marido en cuanto pudo, y así ambos quedaron presos, que no fueron después de poca importancia en el camino. Entre tanto los otros españoles no holgaban, pues les dieron bien en qué entender los otros indios; mientras les pareció, hicieron bastante tiempo para que se pusiera en

cobro la chusma, porque luégo que entendieron esto, desocuparon el puesto los que pudieron á los muertos, heridos y sus casas, tomando por defensa la huída y dejándolas en las manos de los españoles, que supieron darse buena maña en el rancheo, de que no hallaron pocas riquezas, con que el temor que tuvieron, no se alterasen todos los pueblos del lago y viniesen sobre ellos, volvieron con la brevedad posible por la misma boca y barra de la laguna hasta llegar donde habían dejado los bergantines, á donde también llegó luégo el Gobernador con la demás gente.

3.º Fué necesario consultar entre los Capitanes el modo que desde allí se había de tener para el resto del camino, pues no había ya quien lo supiera, por no haber llegado más que hasta allí Diego de Rincón y Diego de Paredes, cuando subieron con Gonzalo Jiménez de Quesada, y se volvieron con el Licenciado Juan Gallegos en los bergantines á Santa Marta, habiéndoles también de ser forzoso dejar el Río Grande, y tomar á mano izquierda la parte del Oriente por un brazuelo de un río, por donde también subieron los primeros, aunque ya tan sin trochas ni rastros del viaje, por haber ya días que se había hecho, que de ninguna suerte hallaban por donde guiarse, para llevar desde allí los mismos pasos que ellos habían llevado, y así después de la consulta se determinó subiesen los bergantines lo que pudiesen por aquel brazuelo donde se los dejarían por la determinación que todos traían de dar vista á este Reino, y no volver ninguno por entonces á Santa Marta, y que el Capitán Manjarrés con algunos compañeros viniese sobresaliente por la montaña, advirtiendo con cuidado los pasos de los primeros en las cortaduras viejas de los árboles, donde hiciese otras nuevas, para que pudiese guiar tras él abriendo el camino y allanando sus dificultades el Capitán de macheteros que se llamaba Sebastían Millán.

4.º Determinados en esto, hicieron diligencia entre los indios que habían cogido, si había alguno que supiese aquellas trochas por donde habían subido otros hombres barbados como ellos los años antes, para que los fuera guiando, á que se ofreció luégo el indio de la lucha con Pedro Niño, diciendo que él y su mujer lo sabían por haber ido por ellos muchas veces á los rescates de sal y mantas que traían de aquellas tierras, las cuales decían eran dificultosas de pasar, por las asperezas de breñas y arcabucos y faltas de mantenimientos, por ser poca la gente que las habitaba, pero que con todas estas dificultades, si les hacían buenos tratamientos á él y á su mujer, los llevarían hasta donde estaban los otros que iban buscando; por ser esto lo que deseaban, fué de sumo gusto para todos, con que también trataban, y con mayor blandura y amor que á los demás, al indio y su mujer, á los cuales el Manjarrés llevó consigo, que le fueron buenos y fieles guías, llevándolos por los mejores pasos, los cuales

les iba señalando en los árboles y otras partes para los que quedaban detrás. Los bergantines subieron el brazuelo hasta donde pudieron nadar, y allí descargaron lo que llevaban, mientras llegó el Gobernador con la demás gente del campo, que dió luégo orden de que se dispusiesen las cargas acomodadas para bestias y indios, como las pedía la maleza y fragosidad del camino. Despidió desde allí á los Caciques Melo y Malebú con sus canoas y indios, agradeciéndoles la amistad y buena compañía que le habían hecho, aunque ellos, ó por el amor que habían tomado á los nuéstros, ó por el miedo que tenían á los suyos del camino, sin el favor de los soldados, ó por nuevas tierras, se determinaron subir con ellos á este Reino, como lo hicieron, no dejando al Jerónimo Lebrón, hasta que de la vuelta de Santa Marta los dejó otra vez en sus tierras. Hizo también botar los bergantines y dejándolos al albedrío de lo que les sucediese, comenzaron todos á caminar por donde les iban abriendo camino los macheteros, á jornadas cortas, porque la dificultad no daba lugar que se alargasen.

CAPÍTULO XVI

CONTENIDO: 1.º Prosiguen su viaje en demanda del buhío de la sal, yendo sobresaliente el Capitán Manjarrés—2.º Encuentran un río furioso y tratan cómo pasarlo—3.º Habiéndolo pasado algunos, hallan el buhío de la sal, y otros cerca y en ellos alguna comida—4.º Intenta un soldado matar una india, instigado de la hambre, la cual también les hace algunos pasar el raudal del río.

EL Capitán Manjarrés con los compañeros que le señalaron y las guías de marido y mujer, salió de la Tora cuatro ó cinco días antes que el ejército, apeando algunas dificultades de las infinitas que hallara en el camino por donde iba guiando el indio al buhío y almacén de la sal, de contratos y rescates, que dijimos habían hallado los primeros descubridores. Eran tales las dificultades que se les ponían delante de tierras pantanosas y anegadizas, fangales, balzares y espesura de montañas, que por las más partes no podían andar sin ir primero abriendo con machetes, y sucedió que con uno sin guerra, ni advertir lo que hacía, desjarretó un soldado un pie á otro que se llamaba Alonso Pérez, de los mejores que venían en el campo, de que se recibió notable pena, así por la desgracia del paciente, como por no tener donde dejarlo, sin conocido detrimento de la vida, por hallarse cuatro ó cinco jornadas apartados del cuerpo del ejército, y así como leales compañeros lo cargaron en hombros en una hamaca, remudándose á ratos unos y otros, que no fué añadir poco trabajo

sobre el que tenía el camino, hasta un río grande, legua y media antes del buhío en cuya demanda iban, en que gastaron veintisiete días trabajosos desde la Tora, por las dificultades que en cada uno se iban ofreciendo de nuevo y apretándose más cuanto más adelante, por la falta de mantenimientos que comenzaron á tener á la mitad de estos días, la cual suplía mucho las esperanzas de hallar comida, que les salían en vano, por ser rarísimos los moradores de aquel país.

2.º La iban todos tan sin alientos, que sólo se los daba la guía, diciéndoles estar cerca del buhío de la sal, cuando toparon el río que dijimos, poco más de una legua del que les atajó las esperanzas que llevaban de llegar presto, no hallándole vado ni modo como pasarlo, hasta que la necesidad, maestra de invenciones, en especial la de valiente hambre que les perseguía, les hizo lo fueran también de ellos, sacando fuerzas de flaquezas, y intentando una soga larga tejida de bejucos con que atravesar el furioso río, y ayudados de ella irlo pasando; hízose así, y atándole al extremo unos largos cordeles, se arrojaron con ellos á nado dos soldados, que pasando á la otra banda, aunque con inmenso trabajo por la gran fuerza del río, fueron con los cordeles halando la soga de bejucos hasta que cobrando el cabo, lo amarraron fuerte á un árbol en frente de donde estaba atada otra en la otra banda, con que quedó hecho paso, aunque algo dificultoso, por donde fueron pasando uno á uno, desnudos todo el cuerpo por el agua, el hatillo, espada, rodela y arcabuz en la cabeza, asidos con las manos de los bejucos, con que fueron hallándose en la otra banda uno á uno once soldados; el primero que pasó fué el Capitán Morán, el segundo Pedro Carrasco, fué el tercero Manjarrés, á quien siguió Juanes vizcaíno, uno de los soldados más diestros y valerosos que tuvo en Santa Marta desde sus principios. A esto fué siguiendo Pedro Machetero, mozo desbarbado pero muy valiente. Entró luégo un Gonzalo de Oyón, hermano menor de aquel Alonso de Oyón, tirano que se levantó en la ciudad de San Sebastián de la Plata, Gobernación de Popayán, de quien hablará luégo la historia en nuestra tercera parte. Pasó luégo Alvaro Vicente, Cristóbal Roldán y Juan de Tolosa, que con Sancho el vizcaíno y Juan de Gamboa, que fueron los que pasaron primero nadando, hacen el número dicho que se hallaron á la otra banda, atajando á los demás el pasaje una gran creciente que luégo sobrevino, con que quedó quebrada la cabuya y divididos los de una parte y otra, y con harto desabrimiento todos, por lo cual le llamaron el río del Bejuco.

3.º No dejándole la hambre dar lugar á dilaciones, tampoco le pareció al Capitán Luis de Manjarrés darlas en buscar el buhío, y tentar por si allí se podía remediar; y así siguiendo una mal abierta senda que iba guiando hacia arriba, algo apartada del río, á poco más de una legua lo hallaron con harta cantidad

de panes de sal, que habían bajado allí del Reino para contratos, aunque sin ninguna gente, con que les fué forzoso (no siendo aquello lo que buscaban para matar su hambre) seguir un camino que iba desde allí á otros buhíos, no lejos, donde hallaron moradores, aunque pocos, porque los más de ellos estaban en las labranzas recogiendo su grano, del que hallaron añejo en los buhíos; comenzaron luégo los soldados á satisfacer, sin que se lo impidiera la gente, que sobresaltada de la que veían en sus tierras, tan extraña, procuraron antes defender por piés sus personas, que por manos sus haciendas y casas, y así el maíz que hallaron en ellas, y el que recogieron de las labranzas que estaban cerca, lo encerraron en una, con intentos de no desampararlo, por lo mucho que le importaba lo hallase junto al campo cuando llegase para remediar la mucha necesidad que traían de ello y aun de otra tan sabrosa comida.

4.º Con esta consideración y advertir que siendo tan pocos era inconveniente dividirse, estuvieron dos días detenidos, guardando la casa de la comida, sin enviar á dar aviso á los que quedaron de la otra banda del río de lo que les había sucedido, que no les fuera de poco consuelo por el cuidado en que los tenía el no saber del suceso de su caudillo y compañeros, y la aflicción del hambre en que estaban, pues en catorce días fué su principal sustento tallos de bihao cocidos, manjar bien desabrido y de poca sustancia, con que se vinieron hacer las hambres tales, que le forzó la suya á un caballero llamado Valenzuela, determinarse rabiando con ella á decir con juramento que había de matar á la india guía y comerle los hígados asados, y no fué esto sólo á lo hablado, pues estaba ya dispuesto para hacerlo, y pasara adelante con el hecho, si un soldado llamado Iñigo López de Mendoza, con graves palabras, no le afeara el intento, en especial en hombre que era y se preciaba de caballero, y que si todavía quería pasar con él adelante, habían de tomar todos la defensa, pues por todos corría la obligación de conservar el buen nombre que tenían, y que no se dijera en los siglos por venir, había caído una mancha de tánta infamia sobre soldados tan nobles como venían en aquel ejército, y que si el hambre le apretaba tanto, él le daría un pedazo de queso que le había quedado en sus alforjas, con que se podía entretener hasta que Dios lo remediase, en quien confiaba sería presto; hízose así tomando el Valenzuela el queso, avergonzado ya de haber sacado á plaza sus intentos. Mudó de los que tenía de envíar aviso el Luis de Manjarrés, pareciéndole no ser acertado por el cuidado y necesidad con que los del río estaban, y así determinó envíar á Pedro Machetero y Gonzalo de Hoyón, mozos sueltos y de brío, con algunas mazorcas, y avisos de sus sucesos, dándosele primero de que lo llevasen, y cuidado por el mucho que suelen tener los indios en acecho, y los inconvenientes que se les seguirían si les diesen vista, y aunque caminaran de noche y avisasen á los detenidos en el

río, que más arriba se hallarían con bueno y apacible vado, por llevar sus aguas más extendidas y fondables, pero antes que éstos llegasen, la necesidad de buscar comidas, y el poco remedio que hallaban de donde les viniese, y pareciéndoles ser menos dañoso el aventurarse al río que morir de hambre, hiciéronlo así algunos echándose á nado, que fueron á salir con harto trabajo por el fuerte raudal de la corriente á diferentes puestos de la otra banda, sacando algunos las espadas, rodelas y hatillo sobre la cabeza, de que otros quedaron despojados, como fueron un Juan Guillén y Antonio Pérez de Lara, que perdiendo sus armas entre las aguas, y el vestido, quedaron con sólo el que les dió la naturaleza. Arrojóse después de éstos un Alonso Martín, gran lengua de los indios de Santa Marta, por haberse criado desde niño con ellos, al cual, perdiendo el ánimo en el raudal de las aguas, favoreció Pedro Niño, que ya estaba de la otra banda, asiéndose de las ramas de un árbol que caían sobre el agua, arrojándose en ellas y alargando un pié en que se asió el Alonso Martín, como lo hizo, con que yéndose mejorando el Pedro Niño en las ramas de más dentro del árbol, acercó Alonso Martín hasta que pudo asirse de algunas que bañaba el agua, con que y con el favor divino, salió sin peligro del río, dejando en prendas su hatillo y armas, sin sacar otra librea que la natural, con que ya estaban tres vestidos de una misma suerte, á quien los demás socorrieron con lo poco que les había quedado, para honestar las partes de la puridad, quedando todo lo demás del cuerpo cubierto con la capa del cielo, y para no llevar las manos en el seno, ó por mejor decir, vacías, pues no tenían seno donde meterlas. Cortaron unos palos largos y haciéndoles puntas, los llevaban en vez de picas, para lo que pudiese suceder.

CAPÍTULO XVII

CONTENIDO: 1.º Pasan todos el río y júntanse con el Manjarrés, que ya había despachado con dos soldados aviso al Gobernador—2.º Fuérzales la hambre á matar de secreto algunos caballos para repararla—3.º Llega el Gobernador á donde estaba el Manjarrés, de donde prosiguen su viaje por mil dificultades—4.º Guazabara que les dan los indios á una tropa de los soldados de Manjarrés.

TOMARON éstos que habían pasado la derrota de Manjarrés, deteniéndose de cuando en cuando á vomitar la mucha agua que habían bebido sin querer en el pasaje, que como halló el estómago vacío, no la podían detener. A poca distancia del camino toparon los dos soldados que enviaba el Manjarrés con el avío y mazorcas, de que comían con tanto gusto sin que fuese necesario les viese la cara el fuego, como si fueran conservas de Valencia ó las Canarias. Guiáronlos al buhío de la sal, pasando los dos á dar aviso del paso del río á los que estaban detenidos á la otra banda, y aguardando hasta que pasaron todos, y socorriéndoles después de haber pasado con el maíz que les había quedado, que les supo á cada uno. Harto poco caminaron juntos hasta el buhío de la sal, y desde él al Manjarrés, donde ya estaban los compañeros que iban con los desnudos, á donde los socorrieron de vestidos hechos de algunas mantas de algodón que había hallado el Manjarrés en el poblezuelo donde estaba.

2.º Pasaron el río los dos soldados en demanda del Gobernador y la demás gente del campo, que caminaban, no con menores fatigas y aflicciones de hambre que los de adelante; los cuales obligaban á que algunos en secreto matasen los caballos, presumiendo que viéndolos sus amos muertos, los repartirían entre la gente más necesitada, darían carnicería de ellos, vendiéndoles á pedazos en precios subidos, á trueque de oro de que los más traían buena cantidad adquirida en los ranchos que hemos dicho del río, como sucedió con algunos, que viendo sus caballos muertos, los vendían, y les valieron más que les dieran por ellos acá en el Reino, con valor por entonces cada uno más de mil quinientos pesos. No hizo Pedro Ruiz García, pues viendo muerto de esta manera uno que traía regalado, hizo á sus negros lo echasen en el río á los caimanes, procurando con esto atajar los grandes inconvenientes que se iban siguiendo, de que se cumpliesen los deseos de los que así en secreto los mataban, no obstante que tenían él y sus criados la misma necesidad de comida que los demás.

3.º No acudió con menos cuidado el Gobernador á cortar esta malicia, pronunciando un auto, en que con pena de muerte prohibió la de los caballos, aunque fuesen sus propios amos. Llegaron los dos soldados al campo con el

aviso de que les tenía Manjarrés grandes comidas, con que fueron bien recibidos, y todos mal alentados, sacan fuerzas de flaqueza con la certidumbre del socorro, para hacer más largas las jornadas y llegar más presto á recibirlo, como sucedió; pues fué menos la mitad del tiempo que ganaron al que habían de gastar por allegar donde estaba el Manjarrés, donde también llegó por su pié el Alonso Pérez, que dijimos fué desjarretado, porque la mucha dieta que por necesidad había tenido, junto con el cuidado de la cura, le hizo sanar en pocos días, en los que estuvieron allí descansando y reformándose el ejército. Pasó adelante Manjarrés con su escuadra, subiendo una empinada cuesta, que cuanto más adelante más se encrespaba, hasta que llegaron al paso que llamaron Volador, por haber visto desde lo alto las eminencias y despeñaderos tales, que si no era volando, era imposible bajarlas, y así fueron prolongando por sus cumbres la empinada singla y cordillera, hasta llegar á una quiebra, por donde se cortaba para dar paso á las aguas, donde lo hallaron poco menos dificultoso y de los mismos riesgos que el que dejaron; pero viendo no había otro menos malo para bajar y proseguir el viaje, hubo de hacerse por allí, sirviéndose cada uno tanto de las manos como de los piés, con lo que, y la ayuda del Señor, se vieron todos abajo sin peligro, porque le dieron infinitas gracias. Llegó el campo de allí tres días, que quedaron todos admirados y temblando sólo en verlo, cuanto más habiéndoles de ser forzoso el pasarlo, pareciéndoles imposible, sin despeñarse los más ó todos; pero Millán con los azadones y barreteros en las partes que permitían las peñas, iba haciendo escalones y gradas anchas, con que se fué haciendo menos dificultosa la bajada, y en lo último de ella se echaron muchas ramas de árboles y fagina para si acaso resbalaban algunos caballos, que era imposible menos según venían hambrientos y cansados no padeciesen el detrimento que fuera si pasaran en la tierra dura y peñas. Acábase el día en esta diligencia y al siguiente, luégo por la mañana, fueron echados los caballos sueltos uno á uno por las gradas, hablándoles detrás por donde iban, con tanto tiento como si tuvieran lumbre de razón, y así sólo padecieron desgracia dos yeguas, que no bajando con tanto tiento, rodaron hasta la fagina, de donde no se pudieron más levantar, y así sirvieron de hacer plato á los más honrados y necesitados del ejército. El Capitán Manjarrés, que se hallaba entonces hasta legua y media de aquel paso, dió sobre ciertas casas cercanas á las sierras de Atún, donde hallaron algún mantenimiento de maíz y frijoles y dieron vista á otros caneyes apartados un cuarto de legua, para donde guiaron con secreto por no ser sentidos y coger las comidas el Capitán Morán, Juan de Cuenca, Antón Pérez de Lara y otro Antón Pérez portugués, Pedro Machetero y otro que llamaban Santo Domingo, todos siete soldados excelentes, ligeros y de grandes bríos, con que volando subieron el reventón que se oponía hasta llegar á las casas que les de-

jaron libres sus moradores viendo venir á ellos gente bárbara.

4.º Llegó la noche y un grande aguacero juntamente con ellos, con que les fué forzoso recoger á una de las dos casas, que no había más, descuidándose con la buena cena, y nadie que se lo impidiera, y echáronse á dormir sin pensamiento de que podían venir sobre ellos los dueños de las casas, como sucedió, pues convocando á los demás sus parientes de las sierras de Atún al tiempo de rayar el sol, con ímpetu terrible les cercaron la casa inmensa cantidad de feroces indios, pegándole fuego por diversas partes, con que se incendió en un instante toda, al fin como de paja. Los soldados que vieron su manifiesto peligro, arremetiendo á las armas y puerta que tenían ya cogidas los bárbaros, á pesar de todo, con muertos y heridos, se vieron en el raso, donde creció la grita tumultosa de los indios, confiados y seguros de la victoria en su valentía y armas, y así acrecentaban por momentos los rugidos, de tal manera que oyendo los compañeros que quedaron abajo y enterándose que eran de guazabara, envió el Manjarrés de socorro al Capitán Valenzuela con doce compañeros y arcabuces, que aunque todos eran valientes y ligeros, el reventón de la subida era tan dificultoso que los retardó más de lo que quisieran, con que llegó á tal punto la fuerza de la batalla que fué menester bien la de los soldados para defenderse, en que hicieron cosas tan dignas de eterna memoria, que no atreviéndome á escribirlas por menudo, las dejo que las celebre el silencio. Sucedióle á Antón Pérez de Lara que como anduviese con insignes bríos derribando fieros bárbaros por aquella cuesta resbalosa con la sangre y aguacero de la noche, yéndosele ambos piés juntos, cayó en medio del conflicto y de los indios, que saltaron con suma ligereza sobre él, en especial un Cacique como un gigante, que llevaban al pobre soldado en volandas, sin ser poderoso escaparse de ellos, y así viéndose perdido y sin remedio de las manos, acudió al de las voces, llamando con ellas á Morán que lo viniera á socorrer, el cual reconociendo entre la matanza y grita de los indios la voz amiga, acudió como un viento al socorro, que le comenzó á dar luégo en llegando, abriéndole las entrañas al valiente Cacique, por donde despió la alma con un valiente grito, que atemorizando á los demás, fué causa que se retrajesen y dejasen la presa del soldado, que se puso en un instante en pié con su espada y rodela, que nunca la soltó de la mano, ni los fieros indios se detuvieron en quitársela; tanta era la codicia y lo cebados que estaban en llevarlo vivo y por haber sido en un instante la caída, prisión, socorro y libertad, sin lo cual tuviera entre los indios su miserable fin, pero después no lo hallaba en el contar muchas veces su buen suceso.

CAPÍTULO XVIII

CONTENIDO : 1.º Victoria que alcanzan los nuéstros de la guazabara, y quémaseles un barril de pólvora—2.º Prosiguen su viaje con buenos y malos sucesos—3.º Oblígales la hambre á comer grillos y otros animales, y á un soldado á dar setenta y cuatro pesos por seis ratones—4.º Fuérzales la hambre otra vez á matar algunos mulos. Guazabara que dan los indios, donde mueren algunos de los nuéstros.

LLEGABA ya á este tiempo el Capitán Valenzuela con sus compañeros, que disparando los arcabuces, á la entrada se acabaron de atemorizar los naturales y de determinar la huída al alto de la Sierra, dejando al sitio de las casas libre, y heridos á todos los siete soldados, aunque sin riesgo. Advirtiendo el Luis Manjarrés no faltaban poblaciones de indios en aquel paraje, y que pudiera ser hacerse junta de todos para venir sobre ellos y darles algún mal rato, ordenó que veinticinco compañeros con arcabuces y un barril de pólvora tomasen el alto la noche siguiente, con el silencio y tinieblas de ella, como lo hicieron, pues antes de quebrar el alba ya habían tomado la cumbre á tiempo que ya venían algunos escuadrones de indios en su demanda á la venganza del Cacique que mató el Capitán Morán en el socorro del Antón Pérez de Lara, de manera que á los primeros rayos que se asomaron del sol, descubrieron á la clara dos partidas de gente en campaña : la una de solo veinticinco soldados, y la otra de multitud innumerable de indios que en un instante cercaron á los veinticinco que con los arcabuces, arma espantable y nunca vista para ellos, hicieron en poco rato tanto estrago, tirando de mampuesto á la turbamulta, que del temor y espanto se les echaba de ver traían ya floja y resfriada la mano en la batalla, en especial con lo que le sucedió á un soldado, que faltándole la pólvora, acudió por ella al barril y habiéndole sacado y trayendo la cuerda encendida, sin advertencia, encendió también la pólvora y le quemó barba y cabello, de cuyas chispas saltando algunas en el barril que dejó abierto, se encendió, y con terrible estallido reventando, arrojó las duelas ó costillas y arcos por el aire, de que se quedaron los indios tan del todo atemorizados, que les parecía estaba ya sobre ellos el general juicio y arruin (sio) el postrero, tomaron la huída todos, siguiendo los nuéstros el alcance, hasta meterse por las poblaciones de las sierras de Atún, que entonces eran grandes pueblos, por la mucha gente.

2.º La cual viendo que se iban acercando á ellos los peregrinos en su tierra, le pegaron fuego con tanta desesperación, que en menos de dos horas veían humear todos los collados, valles y laderas con un incendio tan general, que no les dejaron una casa enhiesta en que ampararse, de que no dejó de recibir pena por ser ya tiempo de ordinarias aguas en aquella tierra, aunque los consoló

la copia grande del que se hallaban de maíz en las labranzas que recogieron y encerraron en un buhío que hicieron por su mano, donde esperaron hasta que llegase Luis de Manjarrés, que fué luégo que Jerónimo Lebrón con los demás del campo llegó á las primeras casas que dijimos, donde paró poco el ejército, por ser poca la comida para tantos, con que se veían obligados á pasarse sin detenerse mucho á donde la hallasen procurada ya por los sobresalientes, aunque también, por otra parte, se hacían diligencias en lo mismo buscándolas á un lado y otro del camino por donde marchaba el campo, siendo caudillos de estas diligencias Blasco Martín y Pedro Téllez, que no dieron en veces poco socorro con que pudieron llegar con algún aliento todos y juntarse en las sierras de Atún, donde aguardaba Manjarrés y sus soldados ; estuvieron allí pocos días, porque el mantenimiento no sufrió mucho sin que pasasen adelante con su trabajosísima jornada, con solas esperanzas de comida.

3.º Vídose aquí afligido el Manjarrés por ir algo indispuesto del camino, y tomando en su lugar el cargo de sobresaliente Diego de Paredes Calvo con treinta compañeros, llegó hasta el valle de Opón, catorce leguas de las sierras y Atún, todas de camino anegadizo y montuoso, lleno de cieno y pantanos, áspero y siempre lluvioso, triste y totalmente ajeno de consuelo, pues por las ordinarias y continuas aguas, no había lugar de enjugarse el vestido ; á que sobrevenía la falta de sustento para todos, de manera que los obligaba la hambre á comer grillos, culebras y otras inmundicias tan contrarias á la salud, que murieron por aquellos bosques y asperezas de esto y de hambre más de setenta personas, y aun tal vez sucedió que hallando Pedro Niño seis ó siete ratones que tenían unos indios cocidos con tallos de bihao y no pudiéndolos comer de asco, otro soldado á cuya noticia llegó el guisado, que la hambre le debió de hacer menos asqueroso, dió por ellos sesenta y cuatro pesos de oro fino ó castellanos en dos finas chagualas, que le supieron mejor que en otros tiempos seis estimados conejos de Aranjuez.

4.º Y aunque se pregonó con pena de la vida, nadie matase perro, mula ni caballo, una mañana amanecieron muertos ciertos mulos, y otros cortados ambos labios para comérselos, no fueron posibles el hallar el agresor las apretadas diligencias que se hicieron, y así se quedó sin castigo el hecho, y ellos en tal trabajo por la falta que les hacían los labios, que no podían roer las hojas de las cañas como los demás de quien era el sustento ordinario, por no hallarse otra yerba más á mano entre aquellos ásperos arcabucos. Salió Pedro Téllez con los que se hallaban más enteros la vuelta de los nacimientos de aquel río de Opón triscando algún socorro de comidas, que era ya en todos la principal ocupación, por ser la principal necesidad que llevaban, y á pocos pasos de como se apartó del ejército dió con ciertas casas proveídas de maíz, yuca y frisoles de que car-

garon á osadas y se vinieron hasta llegar al río que era forzoso para llegar al campo; pero no fué esto tan sin pagar escote, que no bajaron como unas águilas tras de ellos una tropa de indios, y les embistieron con tanto atrevimiento, que les convino para salvar las vidas dejar la carga de los hombros y aprovecharse de las armas, porque se valían de las suyas con tanto ánimo los naturales, que aun no les daban lugar de valerse y defenderse con las espadas y rodelas; antes cinco de ellos quedaron maltratados de los terribles golpes de macanas y uno tanto, llamado Carrasco, que murió aquella noche, como sin duda lo hicieran todos, si no les llegara, sin saber, á buen tiempo socorro de seis soldados, que llegados al río y viendo el peligroso aprieto en que estaban los otros, el Alonso Pérez, que dijimos había sanado del pié que le habían desjarretado, reservado para mayor desgracia, se arrojó con mucho brío, para socorrerlo más presto, al agua, donde le atravesó un indio con una flecha las entrañas, de que acabó su vida también aquella noche juntamente con el Carrasco y otro compañero, después de hechas cristianas diligencias. Visto que no aprovechaban las que hacían en su defensa el Pedro Téllez y sus compañeros, Valenzuela, que era uno de los que estaban á la otra banda del río, sacó lumbre con brevedad y se dió tal maña con el arcabuz que hizo retirar de la ribera á todos los indios, con que pudieron libremente pasarlos sanos el río á los heridos, de que no quedó libre Pedro Téllez, el cual corrido del suceso, apenas hubo descansado cuatro días cuando con mayor copia de soldados, mejor apercibidos de armas, subió siguiendo los rastros que habían llevado los indios, que se retiraron y caminando con avisado recato hasta pasar las sierras de la banda de Guane, hallaron extendidas poblaciones y en las que toparon más á mano, vengaron sus injurias con harta sangre que se derramó, no sin peligro de los nuéstros y muerte de un soldado que pasó de esta vida en una refriega; y pareciéndole con esto convenía tomar la vuelta del Real, llegó á él y contó la infinita gente que había hallado por aquella parte.

CAPÍTULO XIX

CONTENIDO: 1.º Encuentro que tiene Manjarrés y sus soldados con un indio que les impide el paso á la subida de una chapa. Mátalo Diego Rincón—2.º Pasa adelante Manjarrés con su tropa hasta el Valle de los primeros descubridores que llamaron del Alférez—3.º Desde donde llegó al de la Grita y pues al mismo sitio el Gobernador Jerónimo Lebrón—4.º Y desde allí á la ciudad de Vélez.

HALLÁNDOSE ya el Capitán Manjarrés con alguna mejoría de sus achaques, volvió á seguir su oficio de sobresaliente con cuarenta ó cincuenta compañeros, dejando rancheados los del campo y esperando en el Valle de Opón, hasta que enviase razón de los sucesos y tierras de adelante: yendo juntos en prosecución de una chapa por donde era forzoso pasar, para tomar el alto donde iban encaminados, vieron ciertas labranzas y buhíos al parecer de poca gente, y para verlos de tomar les era forzoso subir un recuesto por donde entraba una senda tan angosta que tasadamente cabía por ella un hombre y así habían de ir por fuerza en hilados unos tras otros por entre unas malezas de un cañaveral de cañas bravas y macizas (como son todas las pequeñas de estas tierras), que era imposible apartarse á un lado ni otro; yendo por estos reventones y dificultosas angosturas, se les opuso un terrible gandul en medio de la senda, defendiendo el paso sin ayuda de otro más que de sus fuerzas, en quien estaba confiado y en un fuerte bastón proporcionado á su terrible estatura y fortaleza. Viéndolo así detenido y puesto en buena parte para sus intentos, los de la vanguardia, con gentil denuedo y bríos, se fueron para él la cuesta arriba, acometiéndolo con ello y maña, poniendo las rodelas por delante, de que el salvaje hacía poca cuenta, pues con su nudoso bastón les hacía trompicar la cuesta abajo, rodando unos sobre otros, con la facilidad que se derriban los bolos con la bola. Corríase de esto cada uno como hombres de honor, y volviendo con mayor brío una y muchas veces, en todas les sucedió lo que en la primera, volviendo rodando sin que en esto aventajase ninguno, por tener el bárbaro tanto ánimo, la piedra y la cuesta por la estrechura del lugar, donde con la fuerza y golpes del bastón, tenía rozado gran espacio de aquellas duras y macizas cañas; estando detenidos en esto los primeros, acabó de llegar la retaguardia, donde venía Diego Rincón, que luégo que supo ser uno solo el que detenía á tantos, dijo con mucho brío: «¡Es posible, soldados, que un solo indio resista el paso á tantos y tan fuertes españoles, curtidos en vencer millones de ellos en mil ocasiones que se les han puesto adelante? dénme lugar á la subida, que yo haré la deje libre y desocupe para todos», á quien respondió Diego de Paredes: «Calvo no quede por eso, señor Rincón, la subida se le dará franca para

que sin ir al arcabuco pueda cargar la leña que quisiere, de la mucha que tiene derribada el indio en su defensa y en nuestro daño; pero mire, no suba por el suyo como los demás y baje tomando las pajas con el corderillo y hecha la corona antes que se ordene ».

Iba tomando con esto más bríos el Diego de Rincón, y así con muchos, sin esperar más consulta de la espada desnuda, bien alentado subió el reventón y llegó al gigante, poniéndole delante la rodela con pensamiento de sufrir en ella el primer golpe y entrar luégo con la punta de la espada rompiendo por donde primero topase; pero no le sucedió bien su tanteo, pues el primer golpe que le alcanzó el bastón fué de manera que le hizo volver desatinado la cuesta abajo, dando vueltas ya de piés, ya de cabeza, de que en los compañeros celebrando con risa su regreso, hacían burla de los valentones intentos que poco antes había mostrado, quedando de esta traza más corrido que del suceso; volvió otra vez después de vuelto en sí con mayores bríos, á probar ventura con el salvaje, que le halló tan firme como primero, aunque con mejor suceso, pues al tiempo que venía descargando el pesado golpe de la macana con mucha presteza, se le metió el Rincón debajo, juntando la rodela con la tierra y amparándose de ella, donde el indio hizo el golpe con el medio de la macana, con que no pudo ser tan fuerte y en lleno como si diera con ella más hacia la punta, de manera que no pudo desbaratar al soldado, y así con mucha destreza tuvo lugar de meter la mano de la espada y con ella herirle en el muslo izquierdo, de donde comenzó luégo á salir copia de sangre, que fué ocasión, y por ventura ya cansado, de pelear con tantos, para que volviese las espaldas y dejase el puesto, huyéndose á gran prisa, yendo tras él con la misma el Rincón siguiendo el alcance con tanta velocidad ambos, que parecía más vuelo que carrera, pues aunque con mucha, subieron los demás soldados, no le fué posible dar alcance aun con la vista, y así no pudieron seguirlos para dar socorro al Rincón, que no les fué de poca congoja, sospechando si tendría necesidad de él. Estando en esto, lo vieron asomar con la espada teñida en sangre, echando mil graciosas arrogancias, como le había quedado la mano sabrosa, diciendo que piés había tenido aquel gigante, no había para que alzara su espada en los Mergantes, Galafres y Traquitantos que finge la antigüedad, pues todos esos fueron gallinas para el brío de sus brazos. Y contando el suceso, decía que yéndole ya á los alcances, se había vuelto el indio contra él con furia de un lebrel rabioso, pero tendiendo la mano de la espada, la barrenó por las tripas, y cayó aquella máquina en el suelo, dando tan terrible grito y golpe, que tembló la tierra con la pesada carga, si ya no fué que temblase de mí; el Luis de Manjarrés, con su media lengua, pues era tanto cuanto balbuciente y gracioso en conversaciones de trisca, le respondió; yo oí el golpe, voto á quito, y aun de veros á vos temblamos todos,

porque vuestro hecho anula á todos los que hicieron los nueve de la fama.

2.° Con estos entretenimientos, celebrando el valiente hecho del Rincón, y que no merecía quedar por los rincones, llegaron á las casas y labranzas, que hallaron sin gente, porque los intentos del indio en impedir la subida, sólo eran, según pareció, de hacer tiempo para que lo tuvieran sus mujeres y familias, que no debió de haber más gente, para ponerse en cobro antes que llegaran los soldados, que durmieron allí, y siguiendo otro día su trabajoso camino, llegaron al valle que los primeros descubridores llamaron del Alférez (como queda dicho), quince leguas de la tierra de Opón, donde quedaba Jerónimo Lebrón con los restantes; á quien enviaron luégo aviso que viniese, pues ya por las muchas poblaciones que se iban hallando, se hallaba mayor mantenimiento en aquellas Provincias, hasta donde habían perecido más de ochenta hombres, por la mayor parte de hambre, desde que dejaron el Río Grande y entraron por la maleza y dificultades que se han dicho. Pasa un furioso río por este Valle, y lo iba tanto cuando pasaron estos soldados, que por poco descuido que tuvo uno llamado Diego Hermoso, lo arrebató y llevó el raudal con tanta fuerza que fué imposible poderlo socorrer los compañeros.

3.° Llegaron los que quedaban detrás, habiéndolos hasta entonces aguardado con sus compañeros el Luis de Manjarrés, que luégo pasó adelante al Valle que también los primeros llamaron de la Grita, porque de día y de noche no dejaban de darla los naturales de él, con asaltos y acometimientos furiosos, en uno de los cuales fué tan desgraciado un soldado llamado Palomares, que lo tomaron vivo á manos y se lo llevaron, sin remedio de poderlo librar, de que quedaron con notable pena y disgusto los demás que siguieron su viaje ya por tierra más abierta, por ser allí el remate de las montañas, aunque tan dobladas de cuestas ásperas, encumbradas y faltas de aguas, por ir desapercibidos de vasos en que llevarla, que muchos llegaron por la sed hasta las últimas aflicciones de la vida, tanto que una siesta sin duda la perdiera de esto el Manjarrés, si con cuidado los soldados no buscaran aguas por muchas partes, y se la trajeran cuando le llegó la nueva al Gobernador al sitio de Opón de la mejora de las tierras y camino que habían abierto los sobresalientes, viendo no la tenían algunos de los enfermos, ni esperanza de tenerla tan presto, y que lo iban retardando demasiado, dejándolos á cargo de su Maese de campo Ortún Velasco, que los amparó con mucho cuidado, hasta que llegó con ellos algunos días después que los delanteros á Vélez, abrevió con los demás su camino, ya más alentados todos con los buenos países y comidas que iban hallando.

4.° Ya entre los demás, se les habían en este tiempo muerto las guías que traían desde el Río Grande, y así por sendas, los sobresalientes preguntaban algunos indios que habían habido á las manos sobresaltados, en qué parte esta-

ban otros hombres barbados como ellos, de quien vinieron á entender por las mismas sendas, estaban sólo dos días de camino, con que no recibieron poco gusto, viendo lo poco que faltaba para el fin de tan penosa y afligida jornada; durmiendo allí aquella noche, que fué más larga de lo que quisieran, á las primeras hacer otro día, comenzaron su camino, y el que dijeron los indios era de dos días, les hizo su deseo caminar en uno, hasta que dieron vista á la nueva ciudad de Vélez, sin que los vecinos supiesen de cierto su llegada, si bien por algunos indios tenían ya noticias confusas de ella. Como dijimos, le habían llegado al Capitán Martín Galiano, estando haciendo el castigo en la Provincia de Tumunga, pero aunque algunos tenían por cierto vendría algún Gobernador nuevo, otros lo ponían en duda, ó á lo menos decían que sería mayor la dilación en su llegada, con que estaban todos descuidados, hasta que llegando cerca el Manjarrés y sus compañeros, hicieron salva con los arcabuces, con que salieron todos los vecinos, que reconociendo ser gente de la costa sus compañeros y amigos, los recibieron con abiertos brazos y muchas demostraciones de alegría, con palabras y obras de regalo que les hicieron en sus casas, donde los hospedaron con crecido gusto, y con el mismo despacharon luégo algunos de los más nobles vecinos que saliesen al encuentro del nuevo Gobernador y su gente á darle la bienvenida de parte de la ciudad, y mejor refresco que pudieron juntar para todos, de que fueron cargados muchos indios hasta que lo encontraron y acompañaron hasta la ciudad, que también lo recibió con aplauso y honradas demostraciones.

CAPÍTULO XX

CONTENIDO: 1.º Recibe el Cabildo y ciudad de Vélez á Jerónimo Lebrón como á su legítimo Gobernador—2.º Resuelve Fernán Pérez de Quesada en la ciudad de Santafé no recibir por Gobernador del Reino á Jerónimo Lebrón, y en orden á eso le despacha dos Capitanes—3.º Responde Jerónimo Lebrón á los mensajeros de Quesada—4.º Envía segunda vez Fernán Pérez mensajeros á Jerónimo Lebrón.

ERA en esta ocasión uno de los Alcaldes de la ciudad el Capitán Alonso de Poveda, que viendo los recaudos de su Gobierno que traía Jerónimo Lebrón y el buen proceder que tenía con todos, como hombre modesto y discreto que era en toda ocasión, fué de parecer con el resto del Cabildo, que lo recibieran por Gobernador, como en realidad no había hasta entonces razón de hacer otra cosa, por no estar aún separado este Reino del Gobierno de Santa Marta por autoridad del Rey, á quien convenía, y no á otro, hacer la se-

paración, como después se hizo; pero entre tanto, todo esto, descubierto en nueva conquista, pertenecía á aquella Gobernación y Gobernador de donde tuvo su principio, como claramente (demás de ser ello así) lo confiesa el Teniente general Gonzalo Jiménez de Quesada en el título que dió en esta ciudad de Santafé, á diez de Mayo de mil quinientos treinta y nueve, á Gonzalo Suárez Rondón de Justicia Mayor, que decía así: «Yo, Gonzalo Jiménez, Teniente del Gobernador y de Capitán general en esta Provincia de Santa Marta, por el ilustre y muy magnífico señor Don Pedro Fernández de Lugo, Adelantado de las Islas de Canaria y Adelantado y Gobernador perpetuo de la ciudad de Santa Marta y sus Provincias, por su Majestad &c.», donde se ve con claridad que á lo último de esta conquista, cuando ya estaba el pié en el estribo para irse á España, se tenía por Teniente del Gobernador de Santa Marta, como en realidad lo era, y esta Provincia sujeta aquélla; lo mismo confiesa su hermano y Teniente Fernán Pérez de Quesada, confirmando el mismo título en la misma ciudad de Santafé á diez y ocho de Junio de mil quinientos treinta y nueve, ya que era partido para España el Gonzalo Jiménez de Quesada, el cual dice así: «Fernán Pérez de Quesada, Teniente del Gobernador é Justicia Mayor en esta Provincia ó Nuevo Reino de Granada, hasta tanto que su Majestad ó el señor Gobernador de la ciudad de Santa Marta en su real nombre otra cosa provea ó mande &c.,» de todo lo cual se saca haber andado acertado el Alcalde y Cabildo de Vélez, y ajustados á lo que debían hacer en conciencia, recibiendo á Jerónimo Lebrón, y el yerro que hicieron los que después no lo recibieron.

2.º Despacharon luégo á esta ciudad de Santafé, por la posta, desde la de Vélez, dando aviso al Fernán Pérez de la llegada del nuevo Gobernador, que la tomó pesadamente, y mucho más cuando supo que los de Vélez le habían recibido; y así resuelto y cerrándose, como dicen, de campiña á no recibirlo, ordenó que fuesen hablarle y darle bienvenida de su parte el Capitán Antón de Olalla y Guzmán de Avellaneda, advirtiéndoles hablasen siempre con el recato que era menester en orden á que no se extendía su jurisdicción á la nueva conquista de este Reino, y así llegados ambos, fuéronle á besar las manos y tomándola para hablar el Antón de Olalla, después de haberle dado la bienvenida de parte de Fernán Pérez, le dijo en su nombre: «Ya sabrá Vmd. que gobierna este Nuevo Reino, en nombre del Rey, en ausencia de su hermano Fernán Pérez de Quesada, el cual nos ordenó que en nombre suyo viésemos los recaudos que Vmd. trae, con que pretende ser esto de su Gobierno de Santa Marta, porque si en ellos no se dijo expresamente comprenderse este Reino en aquel Gobierno, se sirviera Vmd. de no intentar gobernarlo, ni inquietar á quien ahora lo gobierna, hasta que el Rey Nuestro Señor declare otra cosa, en cuyo Consejo están ya los recaudos de la división, para que él nos ordene como Señor de todo lo

que debemos hacer; las tierras y sus indios están ya repartidos en sus conquistadores, y así ahora, cuando el que gobierna esto quiera sujetarlo á otro que lo mande y gobierne, los Cabildos de las tres ciudades, es cierto no le consentirán, si bien todos, como gente hidalga y comedida, estimarán como se debe y es razón la persona de Vmd., sus Capitanes y soldados; y si en algo de esto hemos sido causa de disgusto, somos también dignos de perdón, pues no son nuéstras las resoluciones y palabras, sino de quien nos envía».

3.º Oyólas con atención el Gobernador, y reportándose, sin dar á entender la alteración que le habían causado, respondió: "Satisfecho quedo, señor Capitán Antón de Olalla, de vuestro intento y que si algo hay contra el que se debe tener en recibirme, no es tan vuestro cuanto del que gobierna, cuyas razones tengo por frívolas y de ninguna fuerza, para dejar de ponerla yo en que no se me quite lo que el Rey me ha dado, y querer hacerme en esto resistencia; tendrá resabios el que resuelva hacer á su Majestad, es incurrir en mal caso, pues mis recaudos contienen no sólo aquel Gobierno del puerto de Santa Marta, pero todo lo descubierto y por descubrir, lejos ó cerca de él, y decir que esto está ya separado de aquello, bien sabe Fernán Pérez ser incierto, hasta que la poderosa mano y determinación de nuestro Rey lo haga, en cuya voluntad sólo está el desmembrarlo ó que se esté junto, de que hasta ahora no sabemos más que esto postrero, tengo también por razón desvanecida fundar el derecho de este Gobierno en tener ya repartida la tierra á los conquistadores de ella, pues no obstante que eso se ha hecho sin dueño, mis intentos no de quitar á nadie los premios tan bien merecidos á los grandes trabajos que padecieron en su descubrimiento, como hemos echado de ver por experiencia, con lo que nosotros hemos padecido en el mismo camino, sino antes acrecentarlos con mucho aumento, pues conozco ser pequeña toda paga á servicios tan crecidos como en éstos se hicieron. La gente que me viene acompañando, si bien deseo sus comodidades, no han de ser quitándolas á otros, pues es gente toda que por la espada y lanza hacerse temer y ganar la comida y el respeto, y ellos lo tienen tan bueno á toda su buena correspondencia y cortesía, que sabrá conocer se les deben más que á ellos, á los primeros que dieron vista y conquistaron la tierra, y así con esta llaneza quisiere todavía Fernán Pérez permanecer en su porfía, tenga por cierto habré yo con ella de defender mi jurisdicción".

4.º Callando estaba el Capitán Antón de Olalla á todas estas razones, cuando su compañero, Guzmán de Avellaneda, pareciéndole ser demasiado el silencio, con demasiada alteración y dando de mano, dijo al Gobernador: «Traiga Vmd. lo que mandare y sean sus recaudos más que bastantes, que si su provisión no se declarase expresamente en este Reino, bien podrá sosegarse en este pueblo, sin poner más adelante el pié, porque sé de ciencia cierta serán en

balde las diligencias que contra esto se hicieren»—«Eso será, respondió el Gobernador, si la cosa se guiara por vuestro consejo y de los que fueren de igual talento, y por ser mensajero no respondo á vuestras razones como merecen, no haciendo uno de ellas, y así id ambos en paz, porque en ésta quiero librar mi justicia, antes que en las puntas de las lanzas». Despidiéronse con esto del Gobernador, saliendo tan en su gracia el Antón de Olalla, cuanto el Avellaneda desabrido; vinieron ambos á esta ciudad de Santafé, y dando al Fernán Pérez la respuesta, le significaron ser el Gobernador hombre de valor y sustancia, á quien determinó el Quesada volver otra vez á enviarle mensajeros para conocer más por entero su intención; saber si mudaba algo de intentos, y así nombró para esto al Capitán Juan Cabrera y Baltasar Maldonado, que llegados á la ciudad de Vélez, los recibió el Jerónimo Lebrón con las cortesías que merecían personas de sus buenas prendas, con quien estuvo hablando á solas tiempo prolijo. En tan poco se concluyó nada, porque el Gobernador estaba firme en sus intentos de querer le obedecieran, como se echó de ver en los efectos y en lo que salieron diciendo los de la embajada con desabrimiento de no ir despachados como pretendían, con el cual salieron de la ciudad y se volvieron á esta de Santafé, dando la respuesta al Fernán Pérez de Quesada del ruin despacho con que venían.

CAPÍTULO XXI

Contenido: 1.º Dice á Jerónimo Lebrón llevar las cosas por modo pacífico, y Fernán Pérez le escribe una carta y determinan se vean juntos los dos en Tunja—2.º Sale el Teniente Fernán Pérez de la ciudad de Santafé, y Jerónimo Lebrón de la de Vélez * y dánse vista cerca de ésta ambos campos—3.º Los Capitanes de ambas partes procuran terciar de bueno y entre ellos Gonzalo Suárez.

No faltó quien con malicia aconsejara al Gobernador que no dejase volver á Santafé á los dos de la embajada, antes los prendiese, al menos al Juan de Cabrera, por ser hombre de lucido talento y el oráculo de los cabildos de las tres ciudades, cuyo parecer de ordinario seguían, por darlo siempre bien fundado y con direcciones al provecho de la tierra, porque quedando desamparados de estos fuertes consejos, quedaría con menos fuerza el Fernán Pérez, y las Repúblicas para hacerle con trazas resistencia; no le pareció al Jerónimo Lebrón ser cordura llevar la cosa por términos rigurosos con quien hasta entonces la intentaba con humildes ruegos y sin arrogancias, y pues

* Dice el original: de Tunja.

ellos lo habían comenzado así, tenía por más acierto pasarla con aquel modo adelante, y untar la llaga primero que quemarla, y de ordinario sucede que el que ayer á vísperas tenía un parecer, hoy al amanecer lo saca de otra color, porque como el pensamiento no está un punto ocioso, suele mejorar los intentos, mirando las cosas con diferente modo. Mudó el Fernán Pérez de Quesada el que hasta allí había tenido, negociando de palabra por terceras personas, pareciéndole mejor traza tratar del caso por escrito, y así le despachó una carta con persona de cuidado, cuya sustancia era en suma decir que aquel negocio estaba cometido á los cabildos de las tres ciudades, Santafé, Vélez y Tunja, para que confiriendo en sus acuerdos los recados con que pretendía el Gobierno de la nueva tierra conquistada, saliese determinado lo que se debía hacer, pues miran más muchos ojos que pocos, y en los inconvenientes reparan más muchos juicios que uno, y que para dar mejor acierto á todo, le suplicaba se llegase á la ciudad de Tunja, donde se acabarían de determinar las controversias y salva la justicia de las partes, se le serviría en todo lo que les quisiese emplear en cosas de su gusto, y que él le tenía de llegar también á la ciudad dicha, para lo cual tenía calzadas las espuelas, con mil deseos de besar sus manos y conocer las muchas partes que de él suplicaban.

2.º Ya en este tiempo la gente y caballos de Jerónimo Lebrón se habían reformado de los trabajos del camino con el buen tratamiento que á todos se les hizo en Vélez, y así vista la carta de Fernán Pérez, salió de la ciudad, acompañado de los vecinos más lucidos, que de su voluntad quisieron usar de esta cortesía y estar á su voluntad para cualesquier suceso, viendo que en realidad era su legítimo Gobernador, y así juntos con la demás gente que trajo el Jerónimo Lebrón, que por toda se juntarían doscientos peones, y ciento en lucidos y briosos caballos con la preparación de armas necesarias ofensivas y para defensa, porque los barruntos que tenían de haber de venir la cosa en rompimiento les hizo disponerlo todo así con cautela, de la cual avisado el Fernán Pérez, que algún tiempo antes había llegado á Tunja, tampoco le faltó, pues so color de salir á recibirlo, sacó de la ciudad el mismo número de peones y gentes, todos hombres de gran valor para la guerra, y sustancia para todo negocio y sobre todo muy aficionados á su General, con que pudo con facilidad disponerlos para responder al Gobernador según cantase. Diéronse vista los dos campos á un cuarto de legua escaso de distancia de la ciudad de Tunja, y, viniéndose acercando los unos á los otros, hicieron todos alto á poco más distancia de un tiro de escopeta, á una parte y otra de una quebradilla pedregosa, de poca agua, que pasaba por medio. Advirtiendo el Jerónimo Lebrón los infinitos indios que cubrían los valles y laderas, venidos allí sin ser llamados, para ver en qué paraban los negocios, exhortando su gente, la compuso ener-

presentación de rompimiento, de lo cual alterado el Fernán Pérez y los suyos, hicieron las más diligencias, estando cada cual así dispuesto, esperando si el contrario hacía el primer rompimiento para quedar disculpado cada uno de no haber sido el primero que acometió, sino el que se defendía. En esta dilación andaban los escribanos que traían de cada parte, una á otra, haciendo alternativos requerimientos, protestaciones y otras diligencias comunes para descargar cada cual su bando de cualquier mal ó daño que viniese, librando el negocio en las armas, pudiendo decidirse por papeles y judicatura de hombres de ciencia y conciencia; también pasaban de un bando á otro, con intentos de componer los daños que amenazaban hombres de discreción y buen celo, señalándose entre los demás el Capitán Suárez como más obligado á desear la paz de la ciudad y tierra que estaba más á su cargo que á los otros, por ser Justicia mayor de ella.

3.º Y así llegando con el comedimiento y cortesías que eran razón, dijo la suya al Gobernador de esta manera: " Mucho importará, señor Jerónimo Lebrón, que por un rato se sirva Vmd. cerrar los oídos á sus razones, que por ventura no procuran más que la inquietud y perdición de tantos y tan nobles hidalgos como aquí están á pique de ello, y se abran á mis razones, que van guiadas á cortar tan grandes inconvenientes y dirigir las cosas á buen fin; el que pretende en sus armas el cirujano es la salud del enfermo, la cual es imposible se consiga sin mayor daño, cuando pidiendo la necesidad de la llaga sólo unturas, se cauteriza con abrasante fuego, de donde se le vienen á encoger los nervios, y quedar con más daño que el principal; esto podemos temer en la ocasión presente, pues habiéndonos costado tanto las conquistas y pacificación de estos naturales, y procurando con los mismos trabajos reducirlos del todo y conservarlos en la fe católica, y en nuestra amistad, no será buen medio para conseguir estos fines cauterizar esta llaga que procuramos curar con blandura, poniéndoles delante el fuego encendido de la guerra que está amenazando entre nosotros, porque es imposible que dejen de alterarse y mudar de intenciones cuando vean que las nuéstras son de matarnos unos á otros, hermanos, parientes, conocidos, pues no les falta habilidad para conjeturar de aquí que si estas crueldades usamos unos con otros, mayores las tendremos con ellos, y lo que de aquí se seguirá, júzguelo el juicio más cuerdo, que podrá también en juzgar ser común el detrimento llegados á las manos, pues cada cual sabrá menear las suyas en defensa y la de justicia, sin ahorrarse en el fuego de la batalla amigos con amigos, hermanos con hermanos ni hijos con padres, faltando en todo la caridad cristiana con que debemos proceder los hijos de la Iglesia, de que con tanta razón todos nos preciamos, ni hay para que nadie se prometa salir victorioso, pues las dudas de la guerra á nadie

pueden asegurar esto, y caso que demos á Vmd. este seguro no se le podremos dar del castigo que merecerá por haber acometido ó tomado venganza, no de enemigos de la fé, sino de hijos de la iglesia y leales vasallos á su Rey, pues en su nombre venimos todos de España, hemos descubierto éstas tierras, y determinado se ponga en sus Reales manos la división de ellas y las de Santa Marta; lo cual se está hoy determinando en el Real Consejo, á cuya resolución estamos todos obedientes para cuando venga, pero entre tanto no será bien se perturbe el orden que está dado para nuestra paz y la de los naturales, y pues la capacidad y talento de Vmd. tendrá bien considerada la sustancia y ponderación que esto tenga, no será perder sino hacerse digno de una gran corona, cuya fama se publicará por el mundo, de que no perturbando el modo con que se va procediendo en plantar la fe católica, haya remitido la determinación de esto al cabildo, donde todos procuraremos se dé á cada cual lo que es suyo.

CAPÍTULO XXII

CONTENIDO: 1.º Resulta el buen tercio de Suárez y los demás el hablarse á solas el Gobernador y Fernán Pérez de Quesada—2.º De que resultó el aquietarse todos y entrar de amistad en Tunja—3.º No se le admiten sus recados ni los dan por bastantes los del Cabildo de la ciudad, con que se determina volver á Santa Marta—4.º Pártese á Santa Marta, donde llega y desde allí á Santo Domingo—5.º Hace degollar al Cacique Tunja Fernán Pérez de Quesada, por cierto testimonio que le levantaron—6.º Determina Fernán Pérez de Quesada hacer jornada en demanda de la casa del sol y deja por Justicia mayor á Gonzálo Suárez.

ESTÁBAN con Jerónimo Lebrón presentes á esta plática el Capitán Ortún Velazco, Luis de Manjarrés, Juan Ruiz de Orejuela, Diego de Rincón y otros soldados que no ayudaron poco á realzar la razón que había en lo que se proponía, con que el Gobernador se determinó á hablar sobre el caso á solas con Fernán Pérez, de que fué mensajero el mismo Suárez, entendiendo, como sucedió, era aquél el último lance para que cesasen las lanzas de la guerra y inquietudes, y así salió luégo el Fernán Pérez á la margen de la quebrada que estaba en medio, acompañado de los Capitanes Juan de Céspedes y Juan Cabrera, el Capitán Suárez y Gonzalo García Zorro, solos cinco con espadas solas en las manos. Hizo lo mismo Jerónimo Lebrón acompañado de los Capitanes Ortún Velasco, Luis de Manjarrés, San Millán y Jerónimo de Aguayo, y llegados los unos á los otros, se saludaron con grande urbanidad y cortesanos comedimientos, y con los mismos llamó el Jerónimo Lebrón aparte al Fernán

Pérez, y comenzaron ambos á pasearse y hablar á solas gran espacio de tiempo, á lo que pareció, dando y tornando sobre el negocio con mucha amistad de ambas partes, y aun del Gobernador. No debieron de faltar ofertas, pretendiendo con ellas ganar la voluntad al Quesada, como á principal cuerda del instrumento, teniendo por cierto que si ésta se templaba, no harían las demás disonancia.

2.º Pero el Fernán Pérez estuvo siempre firme en lo que se remitiese la resolución á los cabildos, como quien tenía seguro se habían de hacer sus partes y guardarle el rostro, y que si ellos quisiesen admitirlo con una mano, él los recibiría con ambas: con esta resolución subieron los unos y los otros á caballo con muestras y apariencias amigables y fueron á la ciudad de Tunja, donde hospedaron á los recién venidos, y trataron al Gobernador con la urbanidad, cortesías y regalo que si estuviera admitido en el Gobierno.

3.º Mas aunque en el presentar sus provisiones hizo todas las diligencia que suelen en tales ocasiones hombres sagaces, no dieron los recados por bastantes, usando de razones y disculpas menos jurídicas que voluntarias, pues sólo las pudieron fundar como hemos dicho. *Sic volo sic jubeo sit pro ratione voluntas:* así lo quiero, así lo mando, siendo sólo mi voluntad la razón de todo; y para que con gusto se volviese á su Gobernación, dejando ésta al que la tenía, dieron orden cómo él y los que de sus compañeros le quisiesen seguir de vuelta, vendiesen su ropa, esclavos, caballos y las demás cosas que traían á precios excesivos, porque entonces la necesidad que padecían de todo los nuevos moradores de la tierra, hacía que el precio más moderado de las cosas fuese el que les ponía el dueño, con que recogió el Jerónimo de Lebrón suma de oro y esmeraldas de que entonces estaban abundantes los conquistadores, y lo mismo juntaron algunos de sus compañeros, personas principales, vendiendo á su gusto todas sus haciendas, por el que tuvieron de acompañarlo de vuelta; entre los cuales fueron el Maese de Campo de Belalcázar, Melchor de Valdés, y el Maese de Campo de D. Pedro Fernández de Lugo, Juan Ruiz de Orejuela, viéndose defraudado de lo que venía á buscar, pues no halló aun rastro de nada. Acompañáronlo también algunos de los que estaban en el Reino hasta la costa, por tener ya bien proveídos los cofres y acrecentados caudales con los provechos que se les habían seguido desde que descubrieron la tierra, que por todos serían los que se embarcaron con él en un barco cerca de Tocaima y le fueron acompañando todo el Río Grande, hasta veinticinco hombres, poco más ó menos, de suerte que todo el resto de los que metió en el Reino, mujeres españolas y esclavos, se quedaron en él. Llegó con próspero viaje á Santa Marta, á donde á pocos días que fué, luégo que tuvo nueva de la venida por Gobernador de Santa Marta y el Nuevo Reino, D. Alonso Luis de Lugo, dejando el Gobierno de Santa Marta

al Obispo Juan de Angulo, no el primero que tuvo aquella ciudad, como dice Herrera *deca* 7, *lib.* 1., *cap.* 10, porque antes había tenido otros dos (como lo digo en la Historia de Santa Marta), se fué á la Isla Española y ciudad de Santo Domingo, donde tenía asentada casa y hacienda, que junto con la mucha que llevó del Reino, pasó el resto de su vida con mucho posible y más contento que si tuviera el Gobierno, sin aguardar después de él golpes de residencias, que suelen de ordinario quebrantar los huesos, afligir el alma, destruír las haciendas y consumir la vida, aunque más procuren traerla ajustada entre tantos émulos como tienen los jueces, en especial en estas tierras, donde media tanta agua entre ellas y su Rey. No se ha podido sacar puntual cuenta del mes en que entró en este Reino Jerónimo Lebrón, pero según el que dijimos salió de Santa Marta y el tiempo que gastó en el camino, llegó á la ciudad de Vélez á los últimos de Junio del año de mil quinientos cuarenta, ni de los muchos que se quedaron en él han podido conservarse hasta hoy las memorias de sus nombres, por haberlas consumido ochenta y dos años que han pasado hasta éste y así de todos ellos sólo hemos podido recoger y reducir á memoria éstos: El Capitán Ortún Velasco, el Capitán Gregorio Suárez, el Capitán Juan de Angulo, el Capitán Jerónimo de Aguayo, caballero cordovés, que fué el primero que sembró y cogió trigo en este Nuevo Reino de Granada, cerca de Tunja, Pedro Briceño, que fué el primero que hizo molino para moler el trigo ; como la primera mujer que hizo pan de él fué Elvira Gutiérrez, mujer del Capitán Juan de Montalvo ; el Capitán Diego García Pacheco, Gonzalo de León, Pedro García Ruiz, Diego de Rincón, Pedro Niño, Francisco Gutiérrez de Murcia, el Capitán Luis de Manjarrés, Diego de Paredes Calvo, el Capitán Alonso Martín, Fernando Alvarez de Acevedo, que fué el que después metió por los llanos el primer ganado en este Nuevo Reino y lo trajo de la Isla de la Margarita, porque por el río el primero que entró lo trajo el Adelantado D. Alonso Luis de Lugo; Sancho Vizcaino, Pedro Téllez, Antón Pérez de Lara, Antón Pérez, portugués, Pedro Blasco Martín, el Capitán Lorenzo Martín ; de éstos y otros que se quedaron de los de esta Gobernación en los tres Tenientes Quesada, Fedremán y Belalcázar se dieron después á otros tierras, como en especial sabemos lo hicieron el Capitán Alonso Martín, de ellos; Jerónimo de Inzá, de los de Quesada, y Mateo Sánchez Rey, de los de Fedremán, que se volvieron á Santa Marta, aunque después algunos á este Reino.

5.º Ya en este tiempo era muerto el Cacique Quemuinchatecha, que hallaron los españoles cuando entraron á Tunja, de su muerte natural y grande edad que tenía, y en su lugar había heredado su sobrino Quemichua, que gobernaba sus indios con afabilidad, y hacía buenas amistades á los españoles; pero duróle poco esta fortuna, pues un indio del mismo pueblo, según dicen, sólo por hacer á su

salvo de una de sus mujeres, de quien el indio andaba aficionado, se juntó con otros incitándoles que acusasen al Cacique delante del Fernán Pérez de Quesada, que tenía convocada la tierra para hacer un general alzamiento, y dando sobre los españoles, consumirlos á todos. Hízose la acusación y averiguación del caso, tal cual se puede hacer entre gente incapaz de poder con certeza de averiguar cómo son los indios, y pareciéndole al Fernán Pérez era bastante, y según se dice, incitándolo algunos soldados del Pirú, gente poco quieta, dió sentencia de que fuese el Cacique degollado, como se hizo, en medio de la plaza de la ciudad de Tunja, con mucha cantidad de sus vasallos, sin otra multitud que de otros pueblos se hizo justicia por haberlos también encartado y metido en la danza de la rebelión el malicioso indio, sin tener ninguno de ellos culpa por no haberse en toda la provincia de Tunja imaginádose tal, que parece lleva de suelo toda aquella tierra y clima y aun toda la de los Moscas el ser leales á sus mayores. De este Cacique muerto degollado, dicen los indios circunvecinos de Tunja que está la cabeza con el cuerpo de oro en el arcabuco de Iguaque, y el cuerpo con la cabeza de oro en el pueblo Ramiriquí en un santuario.

6.º En los recados que dió á Gonzalo Suárez el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada acerca de su partida á España para ser Justicia Mayor en la ciudad de Tunja y todo su término y facultades para ensancharlos con nuevos descubrimientos y conquistas por todas las partes de él, le dejó prohibido no las hiciese en las provincias de las Amazonas, de quien se tenía noticia, ni el de los indios Laches, donde también se la habían dado de la casa del sol, porque estas dos conquistas las reservaba para sí á la vuelta que hiciese de España ó para quien él diese comisión, y así, ó por haberla dejado á su hermano Fernán Pérez de Quesada, ó por haberse él dispuesto á eso, viéndose Teniente de su hermano y Justicia Mayor de este Reino, y que había quedado victorioso contra los intentos de Jerónimo Lebrón, y viendo la tierra conquistada de los Moscas pacífica y poblada de valientes y diestros Capitanes para lo que pudiera suceder en su ausencia, se determinó con la gente que le pareció á propósito hacer una salida en descubrimiento de las noticias que se tenían de la casa del sol; pero sabiendo esta su determinación, el cabildo de esta ciudad de Santafé y la de Tunja, le hicieron requerimientos que antes de su partida dejase nombrado por Justicia Mayor y su Lugar-teniente persona de su satisfacción para todo lo que en su ausencia se ofreciese, como lo hizo nombrando al mismo Capitán Gonzalo Suárez Rondón, de cuyo nombramiento salieron luégo dudas entre algunos hombres de valor, si lo podía tener ó no el nombramiento hecho por el Fernán Pérez, á causa de ser él Teniente de su hermano Gonzalo Jiménez de Quesada, lo cual se remedió haciendo elección del mismo Capitán Suárez para lo mismo los cabildos de Santafé y Tunja, con que les pareció quedaba ya

todo eso seguro por ese camino, y sin contradicción, como en efecto no la hubo, antes se supo portar tan bien el Gonzalo Suárez en el Gobierno y tan á gusto de los más, que viniendo después orden de su Majestad, para que en las partes que no estuviese puesto por su orden Gobernador, lo fuese aquel que nombrasen y eligiesen las ciudades y que aquél daba por electo y lo confirmaba desde luégo para que en su Real nombre gobernase ; usando los cabildos de Santafé y Tunja de esta Real facultad en ausencia del Quesada, fué en cabildo abierto á voz de todos reelecto para el Gobierno el Gonzalo Suárez.

CAPITULO XXIII

CONTENIDO: 1.º Trabajos y discurso de la jornada de Fernán Pérez—2.º Encomiéndase el pueblo de Tundama á Baltasar Maldonado con condición que lo pacificase, que estaba fortificado en la isla del Pantano—3.º Llegan los españoles cerca de la isla, y habla el Capitán Baltasar Maldonado al Tundama, pidiendo se dé paz—4.º Respuesta que da el Tundama á los castellanos.

DISPUSO lo necesario á su viaje y descubrimiento el Fernán Pérez, y con los Capitanes y soldados que señaló, que fueron más de doscientos, y entre ellos de los más principales Lope Montalvo de Lugo, que había entrado en el mismo año con una compañía por la misma parte y pasos que Fedremán, habiendo salido como él, también desde Coro, como yá dijimos en la primera parte. Llevaba también más de cuatrocientos indios é indias de servicio y por Capellán al Padre Fray Vicente Requesada, de la Orden de San Agustín, Cura de Tunja. Salió de Santafé y después de Tunja, mediado el mes de Agosto el año de 1541, la vuelta de los indios y Provincia llamada de los Laches, donde las esperanzas que llevaba de las noticias de la casa del Sol, después de haber padecido innumerables trabajos en trastornar toda aquella tierra, se quedaron, como dijimos, á la luna; pasó desde allí por las quebradas de Tequia, hasta llegar al páramo de Ciribita, donde halló los rastros, aunque antiguos, de cuando llegó por allí Ambrosio de Alfinger, como dejamos dicho en nuestra primera parte. Volvió para la del Oriente, entrándose en los llanos en busca del fingido Dorado, ó tierras de las Amazonas; cargóse al Sur y llegó al pueblo de Nuestra Señora, ó de la Fragua, que es como dejamos dicho, donde después se pobló y ahora lo está la ciudad de San Juan de los Llanos, y habiéndose proveído de algunas comidas, fué torciendo el viaje al poniente, por tierras ásperas, de mal país y mal pobladas, pues sólo toparon con los indios llamados Macos, gente poca y pobre. Pasado el río Papamene entraron en la

Provincia de los indios Guaipis, desde donde dieron en otra más poblada y áspera, de los Choquies, gente Caribe; de donde á distancia de nueve jornadas toparon un río que llamaron Bermejo, desde donde se volvió Jorge de Espira, como dejamos dicho, que estará de la mar del Norte al Sur más de quinientas leguas. Pasado este río, siguiendo la aspereza de la misma cordillera y sierras que llaman de Tagaeza, habiendo caminado hasta treinta leguas con increíbles necesidades de comidas, viéndose atajados de la aspereza para pasar adelante, revolvieron á los Llanos, donde encontraban tántos anegadizos y ríos, que les sucedió algún día hacer diez ó doce puentes para pasarlos, con mil enfermedades y muertes que por el mal país les sobrevenían; andando por aquí de una vuelta y otra sin saber los guías por dónde echar, dieron con aquella gran cordillera que cría los árboles que llaman de la canela, á lo que es aquella especie á las espaldas del Quito, que corren más de cuarenta leguas, todas de tierra sobremanera enfermiza; y al fin, habiendo pasado el valle llamado de Mocoa, y tomado algunos indios, con que fueron siguiendo ciertas noticias al poniente de una tierra llamada Achivichí, con intolerables trabajos, vinieron á hallarse en el valle de Sibundoy, tierra de Pasto, y Gobernación que hoy es de Popayán, habiendo andado desde Mocoa hasta allí más de doscientas leguas de tierra anegadiza, pobre, desierta y mal poblada; en que gastó muchos meses primero que volviera al Reino, con tan grandes trabajos de hambres y enfermedades, que sería de tejer una larguísima historia y no tan importante, ponernos de intentos á escribirlos más por menudo, pues por uno de los trabajosos sucesos se pueden sacar los demás que los trajo á éste, y fué que llevando el Padre Fray Vicente Requesada en su rancho para ayudar á llevar su gasto el asno Marubare, de quien ya dijimos habían subido desde la costa del mar los primeros conquistadores, fué tan grande la hambre que en una ocasión tuvieron, que les fué forzoso matarlo y dar alguna de la sangre en regalo á los enfermos, y de la otra, con las tripas, hacer morcillas, comiéndose todo lo demás, sin perder el cuero, que lo tuvieron por no poco regalo los que lo alcanzaron á comer. Vino á salir después el Fernán Pérez y Montalvo de Lugo por el paraje y tierras de Pasto, que hemos dicho, con muy poca gente de la que había sacado, por haberse muerto más de cien soldados, ya hechos y cursados en estas guerras, de las que en otras llaman veteranos y en éstas baquianos, y ciento y dos caballos y casi toda la gente de servicio, y otros huídos á la Gobernación de Popayán, á donde envió después Don Alonso Luis de Lugo, aunque en vano, á recogerlos, como diremos.

2.º Fué siempre el Cacique Tundama ó Duitama tan valeroso, que en él parece se había encerrado toda la dificultad de la conquista y pacificación de los indios de la Provincia de Tunja, pues estuvo con muchas rebeldías hasta

muchos días después que los demás estaban yá pacíficos, y así fué necesario tomar de propósito para que él lo estuviera, el conquistarlo, y pareciendo persona de satisfacción para esto el Alguacil Mayor Baltasar Maldonado, se la encargó el Fernán Pérez de Quesada en el repartimiento que hizo de los indios de la Provincia, dándole las de aquel pueblo de encomienda, con cargo de que los conquistara y allanara, que en cantidad era la suerte mejor de toda la tierra, aunque siempre con determinación, por ser tan belicoso de defenderse y no reconocer á nadie vasallaje. Con estos intentos, después de haber puesto en cobro todas sus riquezas y chusma, juntó veinte mil guerreros, todos con muchas de sus armas, flechas, ondas, macanas y dardos, con bastimentos para muchos días, y en una isla que hacía una gran laguna en un espacioso valle, que comunmente ahora llaman el pantano de Duitama, llena de imposibles para aprovecharse en ella de caballos, por ser largo el espacio que deja á la redonda el cieno de anegadizo, con que se hace también inútil para andar la gente sin riesgo conocido de la vida. Se fortificó de manera que pareciéndole estaba seguro todo á la redonda, por estar cercado de agua, fuera de una entrada que había libre de éste para la isla, le hizo á éste una cava que se comunicaba con ambas partes de la laguna, y llenaba de agua, haciéndole por la parte de dentro un paredón de céspedes trabados, tan alto y peinado con la barranca, que hacía bien dificultosa la subida y entrada de la isla, desde donde podían ofender y defenderse; sembraron toda la redonda y esta entrada de muchas y agudas puntas de fuerte madera de palma, aunque sin veneno, porque nunca los indios Moscas lo han usado; en especial las pusieron en las partes y pasos que con mayor evidencia se entendía no habían de poder excusar de pasar los españoles, contra quienes eran todos aquellos reparos y pertrechos, para si los quisieren acometer para sujetarlos á pagar tributos.

3.º No les fué oculta esta prevención y retiro á los nuéstros, y así trataron luégo de desbaratarlos, tomando para esto el Capitán Maldonado, con orden del Gonzalo Suárez, que yá gobernaba, como hemos visto, cien hombres: los cuarenta de á caballo, tan valerosos y diestros en las armas todos, que con justa razón se podían llamar hombres de guerra y bríos españoles y bien prevenidos de armas, llegando á dar vista al pantano, sentaron real cerca de los fortificados, pero donde no podían llegar las flechas de que les disparaban desde luégo que los vieron por instantes, mil rociadas con gritos y algazaras de voces, caracoles y trompetas, con que atronaban la tierra sonando á vuelta de esto mil furiosas y atrevidas amenazas contra los españoles, que dieron luégo traza con sus acostumbradas prevenciones de guardar por todas partes del Pantano, no les metiesen bastimento á los cercados, porque si duraba algún tiempo el defenderse, la hambre habría de ser causa de sujetarlos. Hecho esto, Baltasar Maldona-

do, antes que se comenzase la conquista, llegó con algunos armados á caballo á un puesto desde donde podían oirlo los de dentro, y habló al Tundama de esta manera: « No pienses, Tundama, ha de ser bastante para contra cristianos esa pequeña fortaleza que has hecho para defenderte, pues á los bríos de los españoles, aun cosa de mayor defensa son de burla, y así mejor defenderás tu vida y la de tus vasallos con muros y empalizadas, de paz y amistad, que es la que te deseamos y venimos á prometer, antes que lleguemos á las manos y pruebes las fuerzas que hay en las de los españoles, con que vivirás seguro en tu casa, gozando de tus tierras y hacienda; esta paz te pido una y muchas veces, y la obediencia al Rey de España, debajo de cuyo amparo serás defendido de quien te ofendiere, pues sus reales manos son para todo poderosas, y así no quieras comprar caro y tan á costa de tu sangre y vida, pudiendo comprar barato lo que tarde ó temprano ha de venir á entrar por tus puertas, que es sujetarte á los españoles como lo están todos los demás tus vecinos y parientes, los nobles Bogotaes y valientes Panches, y no te debes olvidar el fin que tuvo el desvanecido Tisquesusecha, y con la suma desgracia que remata sus días el loco Sacresasigua, y si tú lo fueres tanto que no te espantara esto y pusiere freno á tus intentos, pondrálo la poderosa mano de esta gente que me acompaña y mía ».

4.º No perdió palabra el Tundama de cuantas habló el Baltasar Maldonado que no oyera y entendiera, y comenzara desde las primeras á revolver razones en su pecho para darle respuesta acomodada á sus intentos, bien otros de los españoles, y así en altas voces dijo: « No pienses soy tan bárbaro que no conozca el bien de la paz y los muchos que salgan de ella, y la estimación que debo hacer de la amistad que es bien se tenga con vosotros, la que diera desde luégo si no conociera vuestras mañas, que son palabras blandas meternos en vuestra amistad y dentro de ella hacernos reventar con pesadas cargas de tributos. Pagárselos al Rey de Castilla, á quien vosotros decís lo pagan tantos Reyes y príncipes, fuera tolerable; pero á sus criados y siervos, como vosotros lo sois, será desatino un gran príncipe como yo, sujetarme á pagarlo, ayudándome á estos intentos el conocer los vuéstros, ejecutados con malas obras, malos tratamientos y muertes, de que tenemos á la vista claro ejemplo con los campos bañados de sangre de la que habéis derramado en Sogamoso y sus comarcas, con que habéis cebado vuestros perros, dando otros crueles y afrentosos tormentos en las partes deshonestas, donde se echa de ver cuánto lo seais todos vosotros, ni son para mí de ninguna importancia los ejemplos de risa que me traeis de los muertos, pues si ellos no supieron disponer la resistencia que os pretendieron hacer, caiga sobre ellos el mal suceso, que pretendo despachar de mí, dándoos á entender que no lo habéis con muertos, mas con vivos, y que

habéis menester todo vuestro valor y fuerzas de que tánto blasonáis, para con las del Tundama, tan conocidas de todos sus convecinos, y para que desde luégo, vosotros que lo queréis ser nuéstros por fuerza, las conozcáis, reparo de este tiro que os envío de mi mano ».

CAPÍTULO XXIV

CONTENIDO: 1.º Comienza el Tundama á defenderse, y los nuéstros se acercan á su fuerte—2.º Comiénzase la batalla, que dura un día entero entre el Duitama y los españoles—3.º Retíranse los soldados á la noche, en que tienen aviso del poco fondo de la cava—4.º Vuelven á la mañana á proseguir la guazabara y entran algunas gentes á la cava.

HACIENDO y diciendo despidió de su arco una valiente flecha, á cuyo ejemplo hicieron los demás lo mismo, con tanta prisa, y tan espesas como si fuera una granizada, de suerte que les convino á los jinetes apresurar el paso hasta donde no alcanzaban los tiros, donde volvieron á reparar con dudas si volverían llamando más soldados y gente á acometer luégo la fortaleza; pero viendo que ya la luz del día era poca, y necesariamente se había de gastar en venir de los ranchos y poner en orden la demás gente, determinaron pasar más adelante á ellos, donde pasaron la noche con vigilante cuidado y centinelas hasta que llegasen las primeras luces, en que con mucho brío todos se dispusieron, determinados al dificultoso asalto; los peones desnudaron espadas y embrazaron rodelas, echándose sus sayos de armas, los jinetes armados de las suyas y encorbetados los caballos con las mismas de que eran los sayos de armas de los jinetes, que eran de lienzo de algodón estofado y colchado con el mismo en rama; comenzaron por buen orden á caminar por el dique, que en esta tierra se llama camellón hasta llegar á tiro de mosquete de los indios, que no se mostraban menos bizarros y con gallardía por encima la cerca de los céspedes con encrespados y altísimos penachos unos, otros con diademas, chagualas y patenas de oro fino, de que también gastaban en brazaletes, orejeras y petos, donde traían otras más grandes planchas para defensa de los arcabuces, que no fué poco cebo para alentar los bríos de los españoles, tener á la vista joyas de tanto precio.

2.º Pero estando más el de su valor y salir con victoria en sus intentos, comenzaron luégo á mostrarlos, acercándose por aquella parte que advirtieron más dispuesta para poder entrar al fuerte más á su salvo; no les fué á los

bárbaros dificultoso conocerles los intentos, que lo eran de entrarse por la cava, pues la hondura de la laguna por las demás partes los tenía defendidos y así cargaron tantos á defender aquélla con tan espesos dardos, flechas y lanzas arrojadizas á vueltas de enfadosos gritos y voces de trompetas y caracoles, que fué bastante este furor terrible para no dejar poner á los nuéstros el pié dentro, ni aun de la cava, que entendían pasar á nado, por su mucho hondo. Aunque duró esta porfía de sol á sol, no sin muertes y heridas de muchos indios con arcabuces y escopetas de los soldados, que también quedaron lastimados algunos y no el que menos un Miguel Sánchez, á quien pasaron la mano y la rodela con una fuerte flecha, que se estuvo incada en ella hasta que á la noche volvieron á sus ranchos sin haber ganado y hecho más que la matanza dicha. Llegó también un Juan de Torres enclavada con tanta desgracia una rodilla con un dardo, que quedó cojo todo el resto de su vida, de que no quedaron con poca pena los compañeros, por ser uno de los mejores soldados que había entre ellos, arriscado y animoso y que ponía el pecho al mayor riesgo de las dificultades de la guerra, y en la paz y conversación hombre entretenido y jovial, y algo mordedor con dichos picantes, pero en quien hallaban socorro y favor los miserables.

3.° Descansaron aquella noche en sus ranchos con acrecentados bríos de salir por la mañana á la porfía, y tomar con tanta la demanda, que se prometían seguir á la victoria, para la cual, como tenían ya también tanteada la fortaleza del sitio, fatigaba cada cual su entendimiento, en que gastaban grandes ratos de la noche, dando traza por dónde la acometerían para lograr sus deseos, y como fuesen los mismos los de aquel indio que ya dijimos había llegado á los nuéstros en el valle de Sogamoso cortada la mano y las orejas por la del Tundama, y deseando tomar venganza se hacía siempre al abrigo de los españoles, aprovechóse de esta ocasión para tomarla, y entendiendo el cuidado con que andaba el Capitán Maldonado para disponer el combate de otro día, llegóse á él diciendo: "Capitán, no te aflijas, entendiendo que la cava es tan honda como parece, pues habiendo sido poco el tiempo que tuvieron para hacerla, por entender sería aprisa vuestra llegada, con la que la hicieron no tuvieron lugar, aunque la ensancharon, de darle más fondo que hasta la cinta, ó por partes muchos menos, y así si os determináis volver á la porfía, hallaréis en ella la facilidad que os digo para poderla vadear, como me lo ha dicho por cosa cierta un pariente mío, que desea vuestro buen suceso como yo, y venganza del Tundama por los agravios que á él y á mí tiene hechos." Agradaron mucho á todos estas razones del indio, aunque también fueron causa de quedar corridos por no haber tentado con las lanzas el fondo de la cava, y visto

por sus manos el engaño en que estaban por las noticias que otros indios les habían dado, afirmando ser toda ella de más de dos estados en hondo.

4.º Los bríos con que quedaron todos los soldados de estas nuevas, hacía parecer cada hora de la noche ciento, y así en llegando la primera de la mañana, todos se dispusieron, jinetes y peones con sus armas y con buen orden, fueron llegando al foso, que ya estaba por la otra banda tan lleno de defensa que cubría la multitud de indios toda la barranca, con sus penachos, armas y adornos, como el día antes, sacando muchos hoy de nuevo paveses hechos de cortezas de árboles que los cubrían hasta la cabeza; causaba gusto ver tantos juntos con tanta plumería de varios y vivos colores, aunque todos con intentos de pasar adelante con porfía en su defensa, de que hicieron demostración luégo que vieron los nuéstros, que armados de lucidísimas armas, que á los rayos del sol daban mil resplandores, guiaban á su asiento, pues luégo levantaron con fina grita y algazara de voces trompetas, caracoles marinos y otros instrumentos con que daban muestra, según su costumbre, á rompimiento de batalla. No les retardó el paso este tumulto á los soldados, ni de llover sobre ellos piedras, flechas y dardos para que no llegasen á tentar con la lanza el fondo de la cava, que viendo era como lo había dicho el indio, sin detenerse se abalanzó el primero á la laguna con gallardos bríos en su caballo, un Pedro Corredor, á quien siguió con los mismos Alonso de Aguilar, á cuyos pasos y esfuerzos llegó luégo Diego Montañés y Pedro Yanes, portugues; también se arrojó con éstos, sin reparar que tenía herida la mano, Miguel Sánchez, pues en ella llevaba la rodela y en la otra una espada, tan fina y cortadora, que su estima le hizo diese por ella, cuando la compró el Miguel Sánchez, mil ducados á Francisco de Saldaña, que tenía por Secretario el Sebastián de Belalcázar cuando llegó á este Reino. Guardan hoy esta espada, por ser de tanta estima, según me dicen, sus hijos, que son Fernán Mateo y Juan Sánchez de la Parra, regidor de la ciudad de Tunja. Entraron con los mismos bríos Paredes, Calderón, Gómez de Cifuentes, Pedro Núñez, Cabrera en su brioso caballo, y el Capitán Bartolomé Camacho, y luégo todos los demás peones y gente.

CAPÍTULO XXV

CONTENIDO: 1.º Entran todos los soldados en el agua de la cava, desde donde prosiguen furiosamente la batalla—2.º Pasan á la otra banda, y con muertes de muchos indios consiguen victoria del Tundama, aunque él se escapó—3.º Porfía el Tundama, aunque vencido, ofender á los nuéstros, si bien después les dió la paz hasta que murió desgraciadamente—4.º Por lo cual privaron de los indios á Baltasar Maldonado, aunque después se los restituyeron. Muere también, desgraciadamente, el sucesor del Tundama.

AGUARDÓ el Capitán Baltasar Maldonado, porque no se le quedara ninguno de los peones y jinetes fuera del agua, á entrar en ella con su caballo el postrero, y así todos en ella, puestos en ala, fueron caminando á la contraria banda, sin que los retardara la infinidad de naturales que estaban en ella despidiendo sobre ellos sus acostumbradas armas tan aprisa, que cubrían los rayos del sol, de manera que llegando los nuéstros á la barranca donde ellos estaban intentando subirla, les pareció imposible por su altura y resistencia de los indios, que con las voces que daba el Tundama y otros sus Capitanes esforzando á todos, iban desamparando otros lugares y cargando sobre aquellos por donde los nuéstros intentaban entrarles, se juntó tanta multitud que parecía un enjambre de abejas, hiriendo cada cual como mejor podía, derribando al agua al español, que gateando pretendía, á su pesar, tomar la cumbre de la albarrada, con que iban perdiendo más aprisa los nuéstros la esperanza de salir con la victoria, á lo menos por entonces, si bien eran en gran número los indios que morían con las balas, ballestas, lanzas y picas, por ser tantos y no dar golpes ni tiro en balde, en especial sobre los que se acercaban más á la orilla, de cuyos cuerpos muertos ya estaba cubierta gran parte del agua y convertida en sangre por la mucha que se derramaba.

2.º En la mayor fuerza de esta batería, advirtió el Capitán Jorge de Olmeda la parte más flaca de la resistencia, y llegándose á ella, dió de espuelas á su brioso caballo y le hizo poner las manos fuera del agua en barranca, que fué bastante con aquello y el bufido del caballo á atemorizar los más cercanos indios, de manera que retirándose espantados, desocuparon el puesto, y apretándole entonces las espuelas con más fuerza, la hizo el caballo y en un punto se halló en tierra seca de la otra banda, entre los indios, á quienes fué atropellando con furia y abriendo pechos, espaldas y barrigas con la lanza, en cuya ayuda halló luégo á su lado, haciendo el mismo estrago, por haber subido por los mismos pasos, al Capitán Maldonado, á quien luégo fué siguiendo Mateo Sánchez Cogolludo. Bastaron estos pocos para meter tan en temor los indios, que luégo

se conoció la mano floja en la resistencia que hicieron para la subida del resto de los españoles, con que pudieron gateando unos, y otros en sus caballos, hallarse todos, peones y jinetes, en breve tiempo arriba con poca ó ninguna resistencia, donde fué la pelea tan de veras y sangrienta, que en poco tiempo ya les eran de mucho estorbo tantos cuerpos muertos y á medio morir como quedaban por el suelo, de que los demás quedaban tan atemorizados, que no haciendo caso de las voces y solicitud del Tundama, con que andaba como un viento esforzándolos á todos, se abalanzaban á poner en cobro cada cual como podía, arrojándose los más al agua, que no sabiendo nadar, como es cosa común en estos indios de tierra fría, quedaron los más ahogados, y desamparado el fuerte, donde hubieron á las manos los españoles buen número de oro del pillaje en chagualas, brazaletes, diademas y otras joyas, con mucho número de cautivos, de manera que el más templado rigor que usaron con ellos se pudo juzgar por demasía. Valióle su diligencia al Tundama cuando se vido desamparado de los suyos, para que no lo volvieran á las manos los nuéstros, y así sin soltar las armas de la mano, á vista de los soldados, se escapó con algunos de sus principales que le acompañaron. Era de tan gallardo corazón, que aunque se vido trastornado en esta pérdida de la fortuna, no faltó un punto en los intentos que siempre había tenido de defenderse cuando le hallasen.

3.º Y así recogiendo las reliquias de los suyos y solicitando favores de los Caciques convecinos, estuvo á la mira y aguardando ocasiones á tiempo en que sospechaban lo habían de buscar, y aun no contentándose á veces sólo con defenderse, resistiéndose intentó algunas el ofender á los nuéstros, si bien en todas salió con las manos en la cabeza, por ser tan minoradas sus gentes y pelear con mano floja, desgracias que siempre siguen al vencido, con que pocas veces halla mejorada su suerte. Advirtió con esto el Tundama ser la mejor que podía escoger la paz y amistad con los españoles, inclinando el cuello (hasta allí libre y cerrero) al yugo del perpetuo vasallaje, para cuyos intentos envió por mensajeros á los más nobles indios que le habían quedado, cargándolos de palabras y riquezas, con que mejor fuesen recibidos sus deseos y perdonados sus atrevimientos; lo uno y lo otro recibieron con gusto los españoles, por ser ambas cosas en que lo tenían puesto, y así despacharon los mensajeros, asegurándoles buena amistad al Tundama, que confiado en este seguro, vino en persona á dar la obediencia, que jamás había reconocido á nadie, á su nuevo encomendero, que lo recibió con muestras agradables y dádivas de algunas cosillas de Castilla, menos ricas que vistosas, para tenerle grato y más aficionado á su servicio: volviéronse, dejando estas tierras llanas, los españoles á Tunja, donde frecuentaba sus venidas el Tundama, trayendo con generosa mano, no sólo las ordinarias demoras y tributos, sino aun las extraordinarias todo el tiempo que le duró la vida, que

fué bien poco, pues en cierta ocasión, viniéndole á pagar el tributo y dándoselo en oro labrado, chagualas, diademas y otras joyas, lo iba el Baltasar Maldonado machacando con un martillo para meterlo en la fundición y hacerlo tejos, y pareciéndole no conformar la cantidad del oro con la de su codicia, le preguntó que por qué no acababa de pagarle la demora, que entonces la tasa era la voluntad del encomendero, á quien el indio, afligido de no ser su posible dar tánto como el amo le pedía, respondió con algún desabrimiento, con que tornó tanto encendido en cólera el Baltasar Maldonado, que ciego con ella, le quebró los cascos con el martillo que tenía en la mano, de manera que no bastó diligente cura para que no saliese de esta vida, de que el Maldonado, todo el resto que tuvo de la suya, anduvo apesarado, quejándose de su cólera y poco sufrimiento.

4.° No quedó sin castigo el caso y otros muchos que otras ocasiones de conquistas tuvo con los indios, por ser en estas materias de mayores excesos y crueldades que eran menester, pues cuando vino á gobernar este Reino y visitó la provincia de Tunja el Licenciado Miguel Díaz de Armendaris, le hizo cargo de esta y de otras cosas que le acumularon, por lo que lo privó de este repartimiento del Tundama y de otros muchos que tenía, de cuya sentencia, sintiéndose agraviado, apeló para el Licenciado Gasca, que á la sazón gobernaba los reinos del Pirú. Después de aplacadas las rebeliones de Gonzalo Pizarro, presentó sus paquetes y de lo fulminado contra él, dados sus descargos, le dió por libre y restituyó en sus suertes y honras, con que después vivió apesarado de los excesos que había tenido en las conquistas con los naturales. Sucedió esta guerra el año de mil quinientos cuarenta y uno, por Noviembre. Por muerte de este Cacique Tundama sucedió en el Estado un sobrino suyo, á quien después bautizó Don Fr. Juan de los Barrios, primer Obispo de este Reino, y puso por nombre Don Juan, que no tuvo menos pesado y lastimoso fin que el tío, por culpa del Dr. Cortés de Mesa, uno de los Oidores de esta Real Audiencia, pues visitando aquella provincia, informándole tenía este Don Juan un rico santuario, y habiéndole persuadido muchas veces lo sacara y se le diera, pretendió los efectos de esto, desconfiado de que por otro camino los había de tener, dándole rigurosos tormentos, y viendo no aprovechaban los ordinarios, invento los extraordinarios y de suma afrenta para el indio, que fué hacerlo traer desnudo, sin ninguna cosa sobre ninguna parte de su cuerpo, por las calles del mismo pueblo y vasallos, atadas atrás las manos y una soga á la garganta, de que quedó con tantos sentimientos, considerándose tan gran príncipe y señor de más de cinco mil indios, y la estimación que hacía de su persona el buen Obispo que lo bautizó, sentándolo á comer á su mesa y regalándole con palabras y obras en todas ocasiones, que él mismo se ahorcó, dejándose llevar de la pasión del enojo, que causó notable sentimiento el hecho en toda la tierra. Muy

poco después sucedió que por otra ceguedad semejante, ó peor, le cortaron la cabeza al Oidor, por sentencia de sus compañeros Don Lope de Almendaris y el Licenciado Zorrilla, en esta ciudad de Santafé, de que podrá ser á su tiempo demos más larga relación, pues nos llama ahora la que debemos dar de otras conquistas y pacificaciones de este Reino.

CAPITULO XXVI

Contenido: 1.° Retíranse algunos indios de este Reino á Peñoles, huyendo de los españoles, en especial los pueblos Suta, Tausa y Cucunubá—2.° Van subiendo los castellanos el Peñasco, no obstante las muchas galgas que les arrojaban de arriba—3.° Con una despeñaron á un soldado, y los demás suben hasta ganar el alto—4.° Sujetan los nuéstros á los indios y hácenlos bajar del Peñol y déjanlos pacíficos en sus pueblos.

NO hay gente tan bárbara en el mundo que siendo, como son, hijos de Adán, no le esté mordiendo eternamente aquella engañosa culebra, que á ellos tánto lastimó con aquel bocado de libertad que les dió diciendo: "Seréis libres como dioses", y así aunque estos naturales en otras cosas son tan bárbaros, como conocemos sus pleitos ordinarios con los españoles, son sobre su libertad y no pagarles tributo, en que han puesto muchas mil veces en riesgo sus vidas y haciendas, estimar en menos perderlas de una que írsela dando poco á poco á título de tributos. Testigos son de esto algunos indios moscas, de pueblos particulares, pues atormentados de este pensamiento antes y después de lo que hemos dicho sucedió con el Tundama, intentaron librarse de tributos y servicios importunos de los españoles, encastillándose en altos fragosísimos y á su parecer inexpugnables peñoles con sus haciendas, chusmas, comidas, armas y pertrechos necesarios para defenderse, aunque durase gran número de días de combate y guerra que les hiciesen ellas. Fué uno de éstos, y no el de menor fortaleza, el que tomaron los indios de Suta y Tausa con sus vecinos los de Cucunubá, porque todos fueron de un mismo pensamiento y traza, por estar convecino á los tres pueblos, como lo tengo visto hartas veces, cuyas murallas son peña tajada, capaz en su altura de contener gran número de gente, donde se fueron alojando con toda la suya los tres pueblos, y lo necesario de comidas y armas para guardar una sola subida y entrada que tenía, derecha, empinada y angosta tan por extremo que apenas había donde asentar un pié en toda ella en llano, y esto con riesgo de despeñarse, si por desgracia se deslizaba el que subía y hacerse menudos pedazos por la fra-

gosidad y aspereza de las altísimas peñas; luégo que se supo en esta ciudad de Santafé este retiro y otro que diremos más adelante, reparando los que le gobernaban en los inconvenientes que se seguirían por las demás partes del Reino de salir éstos con sus intentos, los tuvieron y resolución efectiva de ellos de que fuera un caudillo con los soldados más alentados á apear estas dificultades y á los indios de aquellos altos peñoles, y caminando una buena escuadra hasta ponerse al pié de este de Suta y Tausa, intentaron mil veces la peligrosa subida sin poder hacer ningún efecto, por los que hacían los encastillados con el cuidado que tenían de arrojar galgas de que estaban bien proveídos, y otros tiros.

2.º Era el temor que con esto cobraba el español más atrevido y valiente, tal, que tenía por temeridad el embestir tal empresa, y no tenían por consejo huír el conocido riesgo que se seguía de querer pasar adelante por la estrecha y mal segura senda, de donde dos ó tres, fiados en su fortaleza, queriendo proseguirla, volvieron mal heridos á sus ranchos, de algunos pedazos de galgas de las muchas que dejaban caer por la cuchilla, pero habiéndose todos determinado el no salir de allí, ni levantar rancho hasta hacer llano aquel dificultosísimo pináculo, para que los indios, hechos fuertes en otras, perdiesen las esperanzas de poderse defender en ellos; viendo el castigo y suceso de éstos, dispusieron con más acuerdo la subida, yendo adelante un rodelero, y un ballestero á sus espaldas, para que el uno fuera resguardando al otro, y así iban enhilados la cuesta arriba, asiendo tan de ordinario con las manos como con los piés, hasta que subieron la mayor parte del reventón, precediendo á todos un suelto y valiente mozo rodelero llamado Pedro Barranco, que trepaba con tan buenos bríos que no fueron bastante las dificultades de la cuesta, ni tiros de los de arriba, para hacerse detener un solo punto en el camino, si bien hacía esto con lo mucho que le ayudaban los ballesteros que iban á sus espaldas, haciendo algunas buenas suertes en los indios, cuando se les fueron llegando á tiro de ballesta.

3.º Con esta gallardía iba subiendo el soldado Pedro Barranco, cuando al mejor tiempo que llegaban á tomar el alto y poder con piés seguros aprovecharse de las manos, acertó á venir una gran peña de las muchas que se precipitaban de lo alto y darle tan gran encuentro, que le hizo despeñar hasta llegar abajo hecho pedazos por más de doscientos estados, con general dolor de todos sus compañeros, si bien les fué el suceso causa para no proseguir la empresa y tesón que llevaban por advertir ser la vuelta más peligrosa que la prosecución del camino, y así lo fueron siguiendo con los mismos riesgos y mayores que hasta allí por la mayor dificultad de los pasos y mayores fuerzas de los indios, por tenerlos más cerca, que era causa de que viniesen con más fuerza los tiros de piedras y nubadas de flechas innumerables, por serlo los defensores de arriba,

que estaban tan apiñados y embebecidos en estorbarle aquellos últimos pasos á los nuéstros con gritos y alborotos por verlos yá tan cerca de sí, lo que jamás pensaron, que algunos, impelidos de otros, confusamente se derrumbaban por una y otra parte: conociéronse bien allí los bríos españoles, pues con ellos y las pocas ballestas que iban subiendo rompieron la última dificultad de la subida, que estaba en el postrer escalón, cobrándolo algunos á pesar de los indios, que con furia nunca vista en ellos llegaban á medir las macanas con las espadas.

4.º Bien bastó el comenzar á entretener á los indios los primeros que cobraron el alto para que con la menor resistencia que ya había, los demás en poco tiempo se hallaran en él y diesen ayuda á los primeros que ya estaban necesitados de ella por la gran caterva con quien lo habían. A quien ya juntos todos los soldados, desbarataron con tantas muertes y heridas que en breve fueron en todos señores de la fortaleza, porque muchos que no murieron á sus manos con las revueltas turbaciones que había y el temor de mayores males, desatinados se despeñaban por aquellos riscos; cuya ruina fué tal escarmiento para los que menos desesperados se dejaban sujetar, que lo han estado siempre de allí adelante, sin haberse conocido en ellos rastro de rebelión. Bajáronse con esto los españoles, y hicieron bajar á todos con sus casas y haciendas los indios y que fuese cada cual á su pueblo, donde los dejarón pacíficos y llanos al yugo de la servidumbre, aunque bien minorados.

CAPITULO XXVII

CONTENIDO: 1.º Retíranse también los indios de Simijaca á otro peñol, donde llegan los españoles con intentos de reducirlos y pacificarlos—2.º Procuran subirlo y los indios defenderse y hacer volar á un soldado desde lo alto—3.º Desbaratan los nuéstros á los indios del peñol de Simijaca y sácanlos de paz, después de mucho consumo que hizo la guerra.

CINCO ó seis leguas adelante de este peñol á la banda del norte había otro cerca del pueblo de Simijaca, nada menos fuerte ni con menores dificultades en subirlo, pues sólo daba lugar á esto una tan pequeña dificultad y peligrosa trocha, como la que hemos dicho de esta otra, y por ventura más, como también lo es su circunferencia de peña lisa tajada y más derecho que el pasado. Ceñía sus cimientos y raíces hasta alguna parte de sus laderas, un monte de espesos árboles altos y descollados, cuyos troncos ocupaban monte bajo, y entretejía tronco y ramas inmensidad de bejucos, con que estaban asidos unos árboles con otros, de que yá, como he visto muchas veces, ha quedado aquella montaña algo más clara, por haberse gastado para leña en los pueblos y estancias convecinas, y haber hecho en ellas los indios algunas rozas y sementeras. La cumbre de este peñol es tan ancha y llana, que tiene capacidad para vivir en ella con comodidad gran suma de gente, y arriba una y aun dos quebradas de buen agua. Aquí, pues, se subió toda la de aquel pueblo y sus convecinos, con sus casas é hijos, mujeres y haciendas, muchas armas, piedras y otros pertrechos de guerra, con una suma tan grande de comidas, que bastaba para sustentarlos muchos días. A éste, pues, llegó la gente, á cuatro ó seis de como salieron de ese otro, y rancheándose en tierra limpia, poco apartados de la ceja de arcabuco, comenzaron antes del asalto, con las lenguas que llevaban, á llamarlos de paz á voces, porque la altura es de manera que se pueden oír y entender de una parte y otra. Prometíanles conciertos de amistad segura si quisiesen bajar á recibirla ; pero los indios, con loca confianza en sus fuerzas, y la del sitio, no sólo no respondían á propósito según los amigables ofrecimientos, más antes con fieras amenazas y bravatas, envueltas con tiros, piedras y galgas, enviaban las respuestas, con que ocasionaron á los soldados á determinarse poner el pecho á las dificultades inmensas que ofrecía á los ojos la conquista, para con ella hacerles venir por fuerza á lo que no querían de grado.

2.º Intentaron luégo la rigurosa subida y hallaron serlo tanto, que en seis ó siete días que á la continua, en diferentes horas de noche y de día procuraban ir ganando tierra, les fué imposible por la continua vigilancia de los indios, que

en ninguna hora de la noche y día aflojaban la mano en su defensa desembrazando dardos, piedras y flechas, con tan impetuosos torbellinos, que el español tenía por cordura, amparándose lo mejor que podía de su escudo, volver los pasos atrás dejando pasar aquellas furiosas tempestades, así por el riesgo en que se ponían, queriendo con temeridad proceder entre ellos por el empinado y angostísimo recuesto, como por considerar que los bárbaros incautos, con tan frecuentes rociadas, habían de gastar sus armas, sin reservarlas para mayores necesidades y tiempo más conveniente, y que entonces lo sería para intentar la subida con menos riesgo. Salióles bien la conjetura y como de gente experimentada en tales ocasiones, pues cuando ya fueron pasando aquellas primeras, ya no venía tan espesa la tempestad y torbellino de armas, con que pudieron con más confianza del fin de sus intentos tomar las suyas, que eran espadas, rodelas, ballestas y sayos de armas, con que fueron subiendo puestos en el mismo orden que en la otra subida : un rodelero delante y á sus espaldas un ballestero, resguardándose el uno al otro, ahuyentando el de la ballesta los contrarios con sus tiros, y defendiéndose el de la rodela de los que bajaban del alto. Iban de esta suerte enhilados unos tras otros, llevando el primer lugar Alonso de Olalla, mozo suelto, brioso y de los más alentados de la compañía, que reparaba los importunos tiros de piedras y dardos en su rodela con tanta fortaleza que no fueron bastantes, con ser muchos, á hacerle dar paso atrás ni aun detenerse, con que iba siempre ganando tierra, con deseos de llegar á la que estaba llena, donde con más seguridad de piés pudiera desenvolverse y aprovecharse de sus manos y espada ; con estos intentos iba, cuando con otros, bien contrarios, salieron muchos indios al encuentro, hechos escuadrón, con largas picas de tostadas puntas ; y al tiempo que el Olalla quisiera mejorarse en sitio, ellos no quisieron, antes le dieron tantos votes y tan recios, que no ayudándole el lugar para tenerse, ni sus fuerzas para resistir á tantos, lo precipitaron é hicieron volar del risco, con tan gran ventura suya, ó por mejor decir favor divino, que viniendo por el aire, sin topar en ninguna parte de la breña, vino á caer sobre los árboles del arcabuco, donde quedó en los entretejidos de bejucos y ramas, con que se libró de los peligros que le sucediera cayendo en las descompuestas peñas, que estaban más abajo, aunque no quedó tan del todo libre, por haber sido de tan de alto la caída, que no escapase lastimado en una pierna, de que anduvo cojo todo el resto de su vida, para que en toda ella no se olvidara de la merced que Dios le había hecho, y señalado en el rostro, donde se hizo una mal herida con la espada al caer, por no haberla soltado de la mano, como tampoco soltó la rodela : ha quedado hasta hoy de este suceso en estas tierras, llamarle aquélla el salto de Olalla, que todos juzgan por maravilloso, considerando las circunstancias que tuvo.

3.° Los compañeros que le iban siguiendo, no por el suceso, retardaron el paso, ni dejaron la porfiada subida, haciendo con los arpones los ballesteros detener el ímpetu de los indios, con que fué bastante á que con brioso cuidado pudieran llegar los cuatro delanteros á parte más segura y an[illegible]sa, donde tuvieron lugar de menear mejor las espadas y entretener la resistencia de los indios, para que los demás compañeros fueran llegando, como sucedió, pues con la menor resistencia que hallaban, brevemente pudieron dar socorros á los cuatro cercados de infinita caterva, á tiempo que les era bien necesaria, porque los indios, viendo ya su perdición tan cerca, peleaban como desesperados, empleando en tropel confuso todo el resto de las armas que les habían quedado, habiéndoselas unos con los de arriba, y otros con los que iban subiendo más zorreros, intentando el uno dejarles acabar de subir, para que mejor se avinieran los de arriba con los menos. Toda esta resistencia fué harto flaca, pues no bastó á que no se fueran mejorando todos en la subida, con mucha sangre y pérdida de vidas de los naturales, que ya como se daban por vencidos, peleaban cada hora con más floja mano. Con que todos los soldados pudieron tomar el alto y hacerse señores del todo de sus fuerzas, y amortiguar la de los indios, los cuales viéndose entre la furia de los españoles, y sin esperanzas de escapar de la muerte por los filos de sus espadas, juzgaban desesperadamente ser menos malo tomarla con sus propias manos, como lo hacían, arrojándose del alto risco, de donde llegaban hechos pedazos á lo bajo, por la aspereza de peñascos por donde caían. Dióse con esto remate y castigo al rebelión de Simijaca, de que quedaron los indios tan domésticos como lo han estado siempre hasta hoy, y sus convecinos tan amedrentados que tuvieron por bien luégo de dejar las armas y mudar los intentos que tenían de alzarse también ellos, si hubieran salido con su pretensión los Simijacas, en que se ve la importancia que tuvo pacificar éstos para que se aquietasen los demás, y hubieran los españoles seguros, y á ellos se les pudiese doctrinar é instruír en la fe católica, que fueron los principales fines á que se ordenaban estas guerras, si bien algunos españoles se portaban en ellas con más rigores que los casos pedían.

CAPITULO XXVIII

CONTENIDO: 1.º Retiros á otros Peñoles de los indios de Ocavita y Supachoque—2.º Salen á su conquista los Capitanes Céspedes y Zorro con copia de soldados—3.º Intentan subir al Peñol, y la mucha dificultad les hace dar mano por entonces á esto—4.º El Capitán Juan de Pineda allana el Peñol de Supachoque, y no pudiendo hacer lo mismo en el Ocavita, inténtalo el Capitán Suárez.

NO se concluyó con esto el allanar Peñoles en el Reino, pues faltaban otros dos que llamaban Ocavita y Supachoque, en la provincia de Tunja, catorce ó quince leguas de la ciudad á la banda del norte, donde estaban tan entronizados, retirados y hechos fuertes los indios de aquellos pueblos, que con desvanecidas arrogancias enviaban recados á los españoles, diciendo que en las puntas de las lanzas y dardos enviarían los tributos á que los querían sujetar; fundaban esta confianza en las ventajas con que se hallaban por estar en lugares tan fuertes y inaccesibles á su parecer, como eran los dos Peñoles donde se habían retirado con sus familias, haciendas y prevención de armas, galgas y otros pertrechos de guerra, con tan dificultosa subida, sólo por una parte que lo era mucho más que las pasadas, á lo menos en el de Ocavita, como se echó de ver.

2.º No eran pequeños los inconvenientes que amenazaban de estos retiros, por estar á la mira los demás indios de la provincia para proceder en otros de la misma suerte, si salían bien los que habían intentado éstos; y así el Capitán Gonzalo Suárez, que ya gobernaba por ausencia de Fernán Pérez de Quesada, viendo corría por su cuenta el reparo de esto, estando en esta ciudad de Santafé, juntó á los Capitanes y soldados viejos que se hallaban en ella, para tratar del modo con que se había de procurar allanarlos, de donde salió determinado de común consentimiento se encargase la conquista á los Capitanes Juan de Céspedes y Gonzalo García Zorro, personas tales como pedían las dificultades del caso y que se habían visto en otras semejantes ó mayores en la provincia de Santa Marta, y otras de que por su mucho valor habían salido con victoria; no esperando sucederles menos en éstas, aceptaron el cargo, y tomando al suyo cien soldados diestros y baquianos, armados de ballestas y arcabuces, de qué ya había buena copia en el Reino de las que trajo y dejó Jerónimo Lebrón, que con la pólvora que luégo se comenzó hacer en algunas partes de Tunja y Santafé, por los buenos materiales que se hallaron para ella, fueron de grande importancia en toda ocasión de conquistas. Caminaron la vuelta de Tunja y desde allí la de Ocavita, y á las faldas de su Peñol, donde estaban fortificados los indios, plantaron sus tiendas en sitio acomodado, y comenzando luégo á tantear la subida,

la hallaron tan dificultosa y llena de imposibles para subirla, que se volvieron á las tiendas no poco confusos y ciertos de la dificultad que tenía ganar la fuerza por fuerzas.

3.º Aunque por no perder en esta ocasión el crédito ganado en tantas, y teniendo conocido granjearse mayor honra en los mayores peligros y dificultades, otro día siguiente intentaron si podían vencer aquéllas; lo primero por camino de paz, en que les convidaban á voces con las lenguas intérpretes, cuyas respuestas eran galgas, tiros y amenazas, con que ocasionaron á los soldados á embravecerse y hacérselas á ellos, y comenzar á intentar la subida apercibidos con la comodidad que fué posible de ballestas, arcabuces, espadas y rodelas; pero á los primeros pasos fué la presurosa fuerza de las galgas que se venían impeliendo unas á otras tan aprisa y con tanto ruido, que parecía con algún terremoto haberse conmovido el valiente Peñol y desasidóse de él con la violencia; de suerte que con mucha y hartos más ligeros pasos con que iban subiendo, bien á su pesar bajaron, buscando lugares seguros; pero como el de los indios lo era tanto y tan prevenido de piedras, después de muchos días que estuvieron aguardando los nuéstros ocasión para poder subir intentando cada día nueva traza, que todas salían en vano, se resolvieron en dejar por entonces la empresa, como lo hicieron, para mejor ocasión, y tomar la vuelta de la ciudad de Tunja.

4.º Donde considerando la gravedad del caso, y que se había hecho más grave y de consideración habiéndoles acometido, y los indios quedado con su honra, y ocasionado esto á mayor soberbia, y los demás de las provincias á nuevas alteraciones, se determinó tomase la mano en la conquista el Capitán Juan de Pineda, que aceptándola partió luégo de la ciudad con buena copia de escogidos soldados, bien aviados de armas y municiones, y tomando la vuelta del Peñol de Supachoque, se dió tan buena maña en su conquista que en menos de tres días quedó llano, guardando el modo que se había tenido en los otros dos, si bien la subida era menos dificultosa y menor el número de los que la defendían. De haberse divulgado esta victoria de los españoles por todos los lugares convecinos de los naturales, se llenó de esperanzas el Pineda de que se le rendiría el Ocavita, recelándose de la pena y castigo que se les había dado á sus vecinos por la rebelde resistencia que habían tenido. Pero saliéronle en vano, por estarse el Ocavita en sus trece, y más brioso cada hora en su defensa, respondiendo con los mismos tiros y amenazas que en las ocasiones pasadas á las palabras blandas con que le ofrecía amigable paz el Capitán Pineda, que viendo la proterva y dura condición del indio, mudó las palabras en obras, procurando ir gateando con sus soldados por el reventón de la subida; pero apenas se comenzaron á colgar de las peñas, cuando se descolgaban otras de lo alto sobre ellos,

tan grandes y con tanto ruido, que tuvieron por bien descolgarse también ellos aprisa y librar las personas, dejando pasar la tempestad cada cual como podía. Lo que le sucedió otras muchas veces que lo intentaron de día y de noche en el tiempo que se detuvieron, que no fué poco, hasta que ya desconfiados de poderles entrar por la gran suma que tenían arriba de estas piedras, tomaron la vuelta de la ciudad de Tunja, dejando el Peñol intacto por entonces, y á los indios ensoberbecidos y con honra, y á los demás ocasionados á inquietudes. Dábale cuidado al Capitán Gonzalo Suárez ver la dificultad que tenía en allanar aquel Peñol, pues tantos y tan valientes Capitanes y soldados lo habían dejado por los imposibles que le hallaban y que podría suceder encenderse de esto algunos fuegos dificultosos de apagar, y así se determinó ir en persona sobre él con toda la mejor gente que tenía en las tres ciudades del Reino, sin dejar ninguno de los Capitanes de valor y prendas, aunque fuesen ya reservados, pues para ocasiones tales, ninguno lo había. Llevó entre ellos á Alonso Martín, aquel que dijimos había venido por cabo en los siete bergantines de Jerónimo Lebrón, hombre muy de hecho en toda ocasión dificultosa y de riesgo; iban todos bien prevenidos de armas, y sobre los pertrechos de guerra que llevaron en las demás ocasiones, en éstas acrecentaron escalas, azadones, borras y maromas con qué poder hacer escalones en las piedras y subir á los más bajos andones del Peñol, donde no tenían tanta comodidad sus defensores para ofenderles desde lo alto á causa de servirles de cubiertas unos grandes y sobresalientes peñascos que con unas sobrecejas como alas hacían ciertas concavidades, en cuyo amparo se podían defender los que se pusieran allí, por no poder llegar las galgas ni tocar las concavidades, sino que pasaban por alto, desde donde podían al parecer los arcabuces hacer algún efecto.

CAPÍTULO XXIX

CONTENIDO: 1.° Traza que intenta el Alonso Martín para rendir al Ocavita—2.° Sálele bien, pues con ella dió el Ocavita la paz—3.° Baja el Ocavita con sus principales del Peñol y recíbenlo los nuéstros con aplauso—4.° Determina el Capitán Suárez vaya Jerónimo de Aguayo á fundar la ciudad de Málaga, en las quebradas de Tequia.

LLEGARON con estas prevenciones ó intentos al Peñol, y se situaron donde las otras dos veces; pero antes de comenzar las diligencias de guerra, intentaron las de paz, amonestándolos con buen intérprete saliesen á gozar de ellas de sosiego, pues no pretendían molestarlos, sino tratarlos amigablemente, y darles en esta razón todos los favores y amparo que pudiesen. No respondían á propósito los indios que estaban más á mano oyendo estas razones, por lo cual el Alonso Martín los importunaba haciendo dar mayores voces á la lengua que le llamasen al Cacique, con quien tenía que tratar cosas que le importaban; fué tan importuno en estos ruegos, y llamándole con palabras blandas y lisonjeras que fueron piedra imán del corazón de hierro del Ocavita; y así le apareció luégo y salió de entre los indios aparte, donde podía percibir lo que le iba diciendo el Alonso Martín con el faraute, porque luégo que vido al Cacique esforzó al indio lengua, diciéndole: no te receles que conmigo vas, dí al Cacique lo que yo te fuere diciendo, y comenzando á subir el reventón por la trocha de la subida, sin detenerse un punto en andar y hablar con la lengua, le iba diciendo le dijese al Cacique: mucho me huelgo ver en ti tan gallarda presencia que jamás he visto otra que se iguale, por donde conozco ser verdad lo que publica de ti la fama, que eres hijo del sol y de la luna, de donde proviene ser tantas y tan estimadas tus grandezas, y darte la fortuna tales favores y victorias, lo que reconocen bien todos tus amigos, los Capitanes españoles, sino tenerte cada uno á su lado y en ocasión de que conozcas por el regalo que te desean hacer lo mucho que te quieren; de esta verdad te aseguro de parte mía y de todos en cuyo nombre vengo á prometerla, y para que salgas más de sospechas, y entiendas ser así lo que te digo, y no te receles de cosa en contrario, vengo solo á asegurarte confiado en tu nobleza, sin lanza, espada ni rodela; pues á quien viene así, más dispuesto viene para paz que guerra.

2.° De esta manera, haciendo y diciendo estas y otras palabras blandas y amorosas, llegó sin detenerse al Ocavita, que quedó espantado de ver inopinadamente junto á sí al español, que no cesó por un rato de estarle hablando en orden á la paz que intentaban asentar con él; entre tanto Paredes, Calderón, Juan de Tolosa, Gómez de Cifuentes, Diego de Rincón, Francisco de Mojica y Pedro Niño, advirtiendo el peligro en que se había puesto Alonso Martín, como mozos

ligeros y alentados, volaron la cuesta arriba y llegando al alto y puesto donde estaban los dos, vieron al Cacique que estaba hablando con suavidad y blandura al Alonso Martín estas razones : bien sabes, Capitán, que si quisieras no hubieras subido cuatro pasos la cuesta primero que te hubiera hecho desde aquí volver muchos atrás por el aire, como ha sucedido en tus compañeros las ocasiones pasadas; pero he retardado mi poderoso brazo y brío por ver el que tú traías subiendo la cuesta con demasiado atrevimiento y peligro, advirtiendo también el poco que á mí se me seguía de que llegase aquí un hombre solo y desarmado entre tantos valientes como estamos puestos en armas, bien echo de ver se puede atribuír su determinación más á temeridad que á prudencia, en haber dado á tu enemigo mano para que conozcas la fortaleza de ella; pero de aquí también conozco que vienes con santos intentos, y pues te has confiado de Ocavita, pidiéndole con amistad la paz, yo te la prometo desde luégo, y de dar remate á los intentos que tenía de perseverar en mi defensa, considerando yá la mayor importancia que tenga dejar contiendas enojosas, y tomar amistad con gente del valor que tenéis los españoles, bien conocido en que hayáis venido de tierras tan extrañas y hayáis sujetado la infinita gente que hallásteis en ésta, pudiendo de aquí tener por cierto yá que si algunos días me conservara en esta fortaleza, no podían ser muchos, por ser mayor la vuéstra, y así fiando en la palabra que me has dado en el amparo de mi persona, bajaré con intento y lo estaré siempre al abrigo de vuestra defensa.

3.º Bien se puede entender el gusto que tendrían los españoles con estas palabras del Cacique, y así el Pineda, en acabándolas, le echó los brazos al cuello, respondiéndole otras blandas y amorosas, con que le acabó de asegurar con los intentos de que había dado muestras, y dando á entender no eran de cumplimiento, se bajó en compañía de los siete soldados y de otros indios nobles, y llegaron al campo de los españoles, donde lo recibieron con singular aplauso, haciéndole todos demostraciones amigables y mil agradecimientos al Alonso Martín por la buena industria con que había allanado aquella dificultad, sin que se derramare sangre de indios y españoles. Hizo mayores demostraciones de este agradecimiento el Capitán Suárez, no sólo por haber sido tan á medida de su inclinación y condición pacífica, sino también por tener yá quitado aquel estropiezo y ocasión de mayores males que se temían en la provincia que tenía á su cargo.

4.º Volvieron con esto á la ciudad de Tunja, dejando en su tierra pacífico al Ocavita, que lo ha estado siempre hasta los tiempos presentes. Cuando sucedió esto, eran los fines del año mil quinientos cuarenta y uno, cuando ya quedaban llanas y pacíficas ambas provincias de los moscas; pero para que lo estuvieran más en el extremo de ellas por la banda del norte, que son, como

dijimos, las quebradas de Tequia, determinó el Capitán Gonzalo Suárez se fundase una ciudad que se llamase Málaga, á su devoción, por ser él hijo de la ciudad de este nombre en Castilla. Escogió para el efecto al Capitán Jerónimo de Aguayo, Alcalde que era en la ciudad de Tunja cuando se determinó esto, que fué á diez de Marzo del año siguiente (42) de cuarenta y dos, si bien en esta fundación no vido el fin de sus deseos el Capitán Suárez, por lo que luégo diremos le sucedió con la venida de Don Alonso Luis de Lugo por Gobernador de este Reino, que halló la tierra con la pacificación que hasta aquí ha dicho la historia, de manera que en lo que toca á las dos provincias de los moscas, no tuvo en qué emplear su cuidado, sino es en lo que iremos diciendo. Los imposibles que tenga el dar gusto á todos quien gobierna, hizo que aun de la condición pacífica del Capitán Gonzalo Suárez, no se agradasen todos, y así hubo muchos que en este tiempo que gobernó con riesgo de sus vidas, se arrojaban por el Río Grande en cuatro palos, de que hacían unas malas balsas y se iban á otras tierras á buscar mayor ventura, si bien no hallando y echando menos la bondad de las de este Reino, les forzaba la necesidad volverlas á buscar después de algunos días.

FIN DE LA QUINTA NOTICIA Y DEL SEGUNDO TOMO

INDICE

PRIMERA NOTICIA HISTORIAL

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX

CAPÍTULO XXX

CAPITULO XXXI

CAPITULO XXXII

CAPITULO XXXIII

CAPÍTULO XXXIV

SEGUNDA NOTICIA HISTORIAL.

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX

CAPÍTULO XXX

CAPÍTULO XXXI

CAPÍTULO XXXII

CAPÍTULO XXXIII

CAPÍTULO XXXIV

CAPÍTULO XXXV

CAPÍTULO XXXVI

CAPÍTULO XXXVII

CAPÍTULO XXXVIII

CAPÍTULO XXXIX

CAPÍTULO XL

TERCERA NOTICIA HISTORIAL.

CAPÍTULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CUARTA NOTICIA HISTORIAL

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

QUINTA NOTICIA HISTORIAL.

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPITULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPITULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

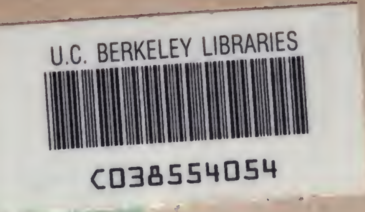
CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C038554054

